

TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA
DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS XXVI-XXX

EDITORIAL GREDOS

TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS XXVI-XXX

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ ANTONIO VILLAR VIDAL

APÉNDICE HISTÓRICO-GEOGRÁFICO DE
FRANCISCO JAVIER FERNÁNDEZ NIETO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 177

Asesores para la sección latina: JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JOSÉ SOLÍS.



© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1993.

Depósito Legal: M. 3969-1993.

ISBN 84-249-1428-7. Obra completa.

ISBN 84-249-1609-3. Tomo V.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1993. — 6543.

NOTA TEXTUAL

La traducción del presente volumen está basada en el texto latino de la edición de R. S. Conway y S. K. Johnson (Oxford, 1985) con las salvedades de XXVI 32, 8 (*pollicens hoc*) y 41, 18 (*uestro transissent*); XXVII 29, 10 (*annuo*) y 48, 14 (*dextrum*); XXVIII 3, 3 (*Bastetanae*); 7, 9; 11 y 13 (*Thronium*); 9, 13 (*exercitus*); 15, 9 (*cadere*); 25, 13 (*non*), y 45, 9 (*mallet ex duobus qui ibi essent*); y XXIX 1, 20 (*rebantur*); 10, 3 (*nam*); 10, 6 (*exta*); 19, 12 (*segniter*), y 35, 14 (*naualia castra*).

LIBRO XXVI

SINOPSIS

AÑO 211 a. C.

Asignación de mandos y provincias (1, 1 - 2, 6).

Acusación tribunicia contra Gneo Fulvio, que acaba exiliándose (2, 7 - 3).

Capua: llegada de Aníbal, batalla, retirada de Aníbal (4-6).

Aníbal inicia la marcha sobre Roma. Reacción en la Urbe (7-8).

Medidas de emergencia en Roma. Combate de la caballería.

Aníbal inicia la retirada (9-11).

En Capua se agrava la situación. Discurso de Vibio Virrio ante el senado (12-13).

Suicidio colectivo de veintisiete senadores de Capua, rendición y medidas posteriores (14-16).

En Hispania, Nerón se enfrenta a Asdrúbal. Roma elige a Publio Cornelio Escipión como general supremo (17-18).

Semblanza de Escipión. Su llegada a Hispania y primeras operaciones (19 - 20, 7).

Flota púnica en Tarento. Ovación para Marcelo. Operaciones en Sicilia (20, 7 - 21).

AÑO 210 a. C.

Elecciones en Roma. Juegos. Prodigios (22-23).

Pacto romano con los etolios contra Filipo. Ocupación de Antícira (24 - 26, 4).

Caps. 26, 5 - 37: ROMA.

Marcelo, cónsul, es acusado por los sicilianos. Incendio en Roma. Embajada de Capua (26, 5 - 27).

Informe ante el senado. Medidas militares. Marcelo cede Sicilia a su colega (28-29).

Los sicilianos acusan a Marcelo ante el senado. Réplica de Marcelo y apoyo del senado (30-32).

El senado recibe a los campanos y acuerda deportar a la mayoría (33-34).

Recluta a expensas de particulares. Aportaciones de oro. Situación de la guerra (35-37).

Salapia (38).

Tarento (39).

Sicilia (40).

Caps. 41-51: HISPANIA.

En Hispania, Escipión inicia la marcha sobre Cartagena (41-42).

Nueva arenga de Escipión. Primer y segundo asalto a Cartagena (43-45).

Toma y saqueo de Cartagena. Botín. Recompensas (46-48). Episodio de los rehenes hispanos (49-50).

Maniobras militares. Marcha de Escipión a Tarragona (51).

- 1 *Asignación de mandos y provincias* Los cónsules Gneo Fulvio Centumalo y Publio Sulpicio Galba entraron en funciones el quince de marzo ¹. Convocaron al senado en el Capitolio y abrieron un debate sobre la situación del Estado, la dirección de la guerra y la distribución de provincias y ejércitos. A los cónsules del año anterior, Quinto Fulvio y

¹ El año comenzaba entonces en los idus de marzo, y la primera sesión del senado se celebraba en el templo de Júpiter en el Capitolio.

Apio Claudio, se les prorrogó el mando y se les asignaron los ejércitos que ya tenían, dándoles además instrucciones de no abandonar el asedio de Capua hasta tomarla al asalto. Era ésta la preocupación que tenía más en vilo a los 3 romanos, no tanto por resentimiento, que nunca estuvo más justificado contra ninguna otra ciudad, como por la 4 sensación que había de que una ciudad tan famosa y poderosa, igual que había arrastrado tras de sí con su defección a bastantes pueblos ², así también, una vez reconquistada, haría que el sentir general se orientase una vez más hacia el respeto por el antiguo imperio. También a los pretores 5 del año anterior les fue prorrogado el mando, en Etruria a Marco Junio y en la Galia a Publio Sempronio, cada uno con las dos legiones que tenía ³. Se le prorrogó asi- 6 mismo el mando a Marco Marcelo para que llevase a término la guerra en Sicilia como procónsul con el mismo ejército que tenía; si necesitaba refuerzos, que los sacase 7 de las legiones que mandaba en Sicilia el propretor Publio Cornelio, a condición de no escoger a ninguno de los sol- 8 dados a los que el senado había negado el licenciamiento o la vuelta a la patria antes de que finalizara la guerra ⁴. A Gayo Sulpicio le tocó Sicilia, asignándosele las dos le- 9 giones que había mandado Publio Cornelio con refuerzos del ejército de Gneo Fulvio, que había sido vergonzosamente desbaratado y puesto en fuga el año anterior en Apu- 10 lia ⁵. A este contingente de soldados el senado le había fijado el final del servicio militar en los mismos términos

² Tras la batalla de Cannas. Ver XXIII 6.

³ Desde la entrada de Aníbal por el norte de Italia, los romanos tenían dos pretores, con dos legiones cada uno, cerca de Rímíni y en Etruria en prevención de un eventual ataque de los galos.

⁴ Cf. XXIV 18, 9, y XXV 7, 4.

⁵ En las cercanías de Herdónea. Ver XXV 21.

que a los de Cannas. A la ignominia de unos y otros se añadió además la prohibición de invernar en las plazas fuertes o emplazar sus cuarteles de invierno a menos de diez
11 millas de ninguna ciudad. A Lucio Cornelio se le asignaron, en Cerdeña, las dos legiones que había mandado Quinto Mucio; en caso de ser necesarios refuerzos, se dio orden
12 a los cónsules de que los alistasen. A Tito Otacilio y Marco Valerio les fueron asignadas las costas de Sicilia y Grecia con las legiones y flotas que ya tenían a su mando: Grecia tenía cien naves y una legión, Sicilia cien naves y dos legio-
13 nes. Las legiones romanas con las que se hizo la guerra aquel año por tierra y por mar fueron veintitrés ⁶.

2 A principios de aquel año se sometió un escrito de Lucio Marcio ⁷ a la deliberación del senado; a éste le parecieron magníficas las acciones llevadas a cabo, pero el título que se arrogaba escribiendo «el propretor al senado», mando que no le había conferido ni el mandato del pueblo ni la autoridad del senado, resultaba irritante para gran
2 parte de la ciudadanía. Se consideraba un mal precedente el que los generales fueran elegidos por el ejército y que el ritual solemne de la toma de auspicios en los comicios fuera sustraído al control de las leyes y de los magistrados y trasladado a los cuarteles, a las provincias, al arbitrio
3 de los militares. Algunos opinaban que se debía someter la cuestión a la consideración del senado, pero pareció mejor posponer la deliberación hasta que se marcharan los
4 jinetes que habían traído el escrito de Marcio. Con relación al trigo y las ropas del ejército, se acordó contestar por escrito que el senado se ocuparía de ambas cosas; pero no se estimó oportuno utilizar la fórmula «al propretor

⁶ Sin contar los efectivos de Hispania.

⁷ Cf. XXV 37-39.

Lucio Marcio», para que éste no diese por zanjada la cuestión que precisamente quedaba por debatir. Fue esto lo primero que sometieron los cónsules a debate cuando partieron los jinetes, y todos los pareceres coincidían en proponer a los tribunos de la plebe que cuanto antes consultasen al pueblo a quién quería que se enviase a Hispania con mando de general sobre el ejército que había mandado con plenos poderes Gneo Escipión. La propuesta fue tratada con los tribunos y hecha pública. Pero otra discusión constituía el centro de la atención.

<i>Acusación tribunicia contra Gneo Fulvio, que acaba exiliándose</i>	Gayo Sempronio Bleso ⁸ presentó de- 7 manda de comparecencia en juicio contra Gneo Fulvio, al que acusaba en las asambleas por haber perdido el ejército en Apulia; decía y repetía que muchos generales, por temeridad o falta de cono-
---	--

cimientos, habían llevado a la ruina a su ejército, pero 8 que únicamente Gneo Fulvio había corrompido a sus legiones con toda clase de vicios antes de traicionarlas; por eso se podía decir con razón que estaban perdidas antes de ver al enemigo, y que no era Aníbal sino su propio general quien las había vencido. A la hora de emitir el 9 voto, nadie considera suficientemente a quién confía el mando y el ejército. ¿Que cuál era la diferencia entre Tito Sempronio y Gneo Fulvio? A Tito Sempronio se le había 10 entregado un ejército de esclavos ⁹ y en poco tiempo, a fuerza de disciplina y autoridad, había conseguido que ninguno de ellos pensase en su origen y condición en el campo de batalla, sino que defendiesen a sus aliados y aterrassen

⁸ Tribuno de la plebe; había sido cuestor en 217. Exceptuada la rama de los Sempronio Longo, hasta el 170, los Sempronios eran oponentes de los Escipiones.

⁹ Cf. XXIII 32, 1.

a sus enemigos; prácticamente habían arrancado Cumas, Benevento y otras ciudades de las fauces de Aníbal y se
11 las habían devuelto al pueblo romano; Gneo Fulvio había imbuído de vicios propios de esclavos a un ejército de ciudadanos romanos bien nacidos, educados en la libertad; con ello había conseguido que fuesen arrogantes y turbulentos ante los aliados y cobardes y pusilánimes ante los enemigos, y que no pudieran resistir no ya el ataque sino
12 ni siquiera el grito de guerra de los cartagineses; y no era de extrañar, por Hércules, que los soldados hubiesen retrocedido en el frente de combate cuando el general era el
13 primero en echar a correr: más le sorprendía que algunos hubieran caído a pie firme y que no hubieran acompañado todos a Gneo Fulvio en su huida despavorida. Gayo Flaminio, Lucio Paulo, Lucio Postumio, Gneo y Publio Escipión habían preferido caer en el campo de batalla antes
14 que abandonar a sus ejércitos rodeados ¹⁰; Gneo Fulvio había vuelto casi solo a Roma con la noticia de la destrucción de su ejército. Era indignante y escandaloso que el ejército de Cannas, por haber huido del campo de batalla, hubiera sido deportado a Sicilia sin permitirle salir de allí hasta que el enemigo abandonase Italia, y que últimamente se hubiese tomado la misma decisión en el caso de las
15 legiones de Gneo Fulvio, mientras quedaba impune la fuga del propio Gneo Fulvio de una batalla emprendida por su propia temeridad, y que él fuese a pasar la vejez en las tabernas y burdeles donde había pasado la juventud mientras
16 que los soldados, cuyo único delito era haberse parecido a su general, estaban sujetos a un servicio militar ignominioso, prácticamente relegados al destierro: ¡hasta ese ex-

¹⁰ Flaminio en Trasimeno, Paulo (Emilio) en Cannas, Postumio frente a los galos y los Escipiones en Hispania.

tremo eran distintas en Roma las condiciones de la libertad para el rico y para el pobre, para el que desempeñaba un cargo y para el simple ciudadano!

El acusado cargaba sobre los soldados su propia culpa: 3 Ellos clamaban por la batalla, y se les había llevado al campo de combate no el día que ellos querían, porque era demasiado tarde, pero sí al día siguiente, y una vez formados en momento y lugar favorable, no habían resistido la fama o la fuerza del enemigo; al huir todos en desban- 2 dada, él también se había visto envuelto en el tropel, igual que Varrón en la batalla de Cannas, igual que tantos otros generales. ¿Cómo podía él haber ayudado a su país resis- 3 tiendo en solitario, a no ser que su muerte fuese a servir de remedio a los desastres públicos? No se había metido 4 incautamente en terreno desfavorable por falta de provisiones, no se había visto envuelto en una emboscada al avanzar sin un reconocimiento previo del terreno: había sido vencido con las armas en un ataque en campo abierto; no había dependido de él la moral de los suyos ni la de los enemigos, la propia manera de ser hace a cada uno audaz o cobarde. Fue acusado por dos veces con petición 5 de multa. A la tercera, después de escuchar a los testigos, como, aparte de echar sobre él toda clase de improperios, muchísimos declaraban bajo juramento que era el pretor quien había iniciado la huida despavorida y que los sol- 6 dados, abandonados por él, habían emprendido la fuga porque suponían fundado el pánico de su general, hubo un estallido tal de indignación que la asamblea pedía a gritos la pena de muerte. También sobre este punto ¹¹ se 7 suscitó una nueva disputa, pues al haber pedido Bleso pe-

¹¹ Es decir, sobre la posibilidad legal de solicitar una pena más severa después de haber pedido la de multa en las dos primeras sesiones.

nos para intentar, mientras les quedaban fuerzas, una salida general. Por otra parte, en numerosos enfrentamientos, 3 solían tener éxito en los combates de la caballería y resultar vencidos en los de infantería, pero los romanos estaban menos contentos por vencer que dolidos por ser doblegados en algún terreno por un enemigo sitiado y casi vencido. Al fin se ideó un sistema para compensar con ingenio lo 4 que faltaba de fuerzas. Se escogieron de entre todas las legiones los jóvenes más veloces por el vigor y la agilidad de sus miembros; se les entregaron escudos más pequeños que los de la caballería y siete venablos a cada uno, de cuatro pies de largo y con punta de hierro como la que llevan las lanzas de la infantería ligera. Cada jinete cogía 5 a uno de ellos sobre su caballo habituándolo a mantenerse a su grupa y saltar rápidamente a tierra a una señal dada. Cuando después de un entrenamiento diario se estimó que 6 eran capaces de hacerlo con suficiente seguridad, avanzaron hasta la explanada que se extendía entre su campamento y la muralla, contra las formaciones de la caballería campana; cuando estuvieron a tiro se dio la señal y los 7 vélites desmontaron de un salto. Inmediatamente la formación de infantería sale de repente de entre la caballería lanzándose sobre los jinetes enemigos y disparando un dardo tras otro; al lanzarlos a mansalva en gran cantidad sobre 8 hombres y caballos, hirieron a un gran número, pero fue aún mayor el pánico suscitado por lo inusitado e imprevisto de la maniobra, y la caballería cargó sobre un enemigo descompuesto y le hizo huir, causándole estragos, hasta las puertas. A partir de entonces los romanos fueron 9 también superiores con la caballería, quedando establecida 10 la norma de que hubiese vélites en las legiones. Quien propuso combinar infantería y caballería fue, según dicen, el centurión Quinto Navio, y por ello lo honró su general.

- 5 Mientras en Capua la situación estaba así, dos empeños contrapuestos tenían indeciso a Aníbal: el de apoderarse de la ciudadela de Tarento, y el de no perder Capua.
- 2 Prevaleció, sin embargo, la consideración de Capua, en la que veía centrada la atención de todos, aliados y enemigos, y que iba a constituir un precedente, cualquiera que
- 3 fuese el resultado final de su secesión de Roma. Dejó, pues, gran parte de la impedimenta y todo el armamento más pesado en el Brucio, se preparó lo mejor que pudo para una marcha rápida con tropas escogidas de infantería y caballería y marchó hacia la Campania. No obstante, a pesar de lo precipitado de su avance, lo siguieron treinta
- 4 y tres elefantes. Hizo alto en un valle escondido detrás del Tifata, monte que domina Capua. Sobre la marcha tomó la fortaleza de Calacia, después de echar por la fuerza a la guarnición, y se volvió contra los que sitiaban Capua.
- 5 Mandó mensajeros a la ciudad a decir en qué momento pensaba atacar el campamento romano para que estuviesen preparados para una salida brusca y se lanzasen al exterior simultáneamente por todas las puertas, con lo cual
- 6 provocó una alarma muy considerable, pues él atacó por un lado y por el otro salieron bruscamente los campanos en masa, caballería e infantería, y junto con ellos la guarnición púnica mandada por Bóstar y Hannón.
- 7 En vista de lo apurado de la situación, los romanos, para no dejar brechas en su defensa si se concentraban todos en un solo frente, distribuyeron así las fuerzas:
- 8 Apio Claudio se situó frente a los campanos, y Fulvio frente a Aníbal; el propretor Gayo Nerón tomó posición en la calzada que lleva a Suésula con la caballería de seis legiones, y el legado Gayo Fulvio Flaco en dirección al
- 9 río Volturno con la caballería aliada. La batalla dio comienzo no sólo con el grito de guerra y el estrépito de

costumbre, sino que, además del fragor de armas, hombres y caballos, multitud de campanos no combatientes colocados en las murallas batiendo bronces, como es costumbre hacer en el silencio de la noche durante los eclipses de luna, armaban tal alboroto que distraían incluso la atención de los combatientes. Apio mantenía alejados de la empalizada sin dificultad a los campanos; en el lado opuesto, Fulvio sufría un acoso más intenso de Aníbal y los cartagineses. Allí la sexta legión cedió terreno; rechazada ésta, una cohorte de hispanos con tres elefantes penetró hasta la empalizada; había abierto brecha en el frente romano por el centro y estaba indecisa entre una esperanza y un riesgo, la de abrirse paso hasta el campamento y el de quedar aislada de los suyos. Cuando Fulvio vio la legión en apuros y el campamento en peligro, incitó a Quinto Navio y otros primeros centuriones a lanzarse sobre la cohorte enemiga que combatía al pie mismo de la empalizada; la situación era muy crítica: había que dejar pasar a los hispanos, y entonces les iba a costar menos trabajo irrumpir en el campamento que antes abrir brecha en sus líneas compactas, o bien había que acabar con ellos al pie de la empalizada; no era un empeño especialmente difícil: eran pocos, y aislados de los suyos; además, si se volvía contra el enemigo desde ambos lados el frente que parecía roto mientras les duraba el pánico a los romanos, los cogería entre dos fuegos con su doble ataque. Cuando Navio oyó estas palabras de su general, le arrebató la enseña al portaestandarte del segundo manípulo de la primera línea y la llevó en dirección a los enemigos amenazando con lanzarla en medio de éstos si los soldados no le seguían al instante y tomaban parte en la ofensiva. Era de gran estatura, realzada por su armadura; la enseña que llevaba en alto era el centro de atracción de las miradas de compa-

17 triotas y enemigos. Cuando ya había llegado hasta la vanguardia de los hispanos le dispararon trágulas ¹⁵ desde todas partes y casi toda la cohorte se volvió contra él solo, pero ni la multitud de enemigos ni la lluvia de dardos pudieron frenar la acometida de aquel guerrero.

- 6 También entonces el legado Marco Atilio dirigió la enseña del primer manípulo de la segunda línea de combate de la sexta legión contra la cohorte de hispanos, y los legados Lucio Porcio Lícino y Tito Popilio, que estaban al mando del campamento, se batían con denuedo delante de la empalizada y encima mismo de ésta mataron a los
2 elefantes que la estaban cruzando. Sus cuerpos llenaron el foso, dando paso al enemigo como si se hubiera levantado un terraplén o tendido un puente; allí, entre las moles de los elefantes abatidos, se produjo una horrible carnicería.
- 3 En el otro lado del campamento ya habían sido rechazados los campanos y la guarnición cartaginesa, y se combatía al pie mismo de la puerta de Capua que da al río Volturno.
- 4 Más que una resistencia armada al asalto de los romanos, a los enemigos los mantenía a distancia con sus proyectiles un dispositivo de ballestas y escorpiones que había en la
5 puerta. Refrenó también los ímpetus de los romanos una herida del general Apio Claudio, al que alcanzó una jabalina pesada en lo alto del pecho, debajo del hombro izquierdo, cuando arengaba a sus hombres delante de las enseñas de vanguardia. A pesar de todo, se dio muerte a un gran número de enemigos delante de la puerta, y los demás fueron rechazados en tropel adentro de la ciudad.
- 6 En cuanto a Aníbal, al ver los estragos causados en la cohorte de hispanos y la encarnizada defensa del campamento enemigo renunció al asalto e inició la retirada de

¹⁵ Especie de venablos provistos de una correa para lanzarlos.

las enseñas y el repliegue de la infantería, cubriendo su retaguardia con la caballería para prevenir el hostigamiento por parte del enemigo. Las legiones persiguieron febrilmente al enemigo, pero Flaco ordenó tocar a retirada considerando suficientemente cubierto un doble objetivo: que se dieran cuenta los campanos de lo poco que significaba la protección de Aníbal, y que el propio Aníbal comprendiera esto mismo.- Los historiadores de esta batalla dicen que murieron aquel día ocho mil hombres del ejército de Aníbal y tres mil de los campanos, y que se les tomaron quince enseñas a los cartagineses y dieciocho a los campanos.

En otros relatos he encontrado que la batalla no tuvo ni con mucho tales proporciones, que fue mayor la alarma que la lucha al irrumpir inesperadamente en el campamento romano, númidas e hispanos con elefantes, derribando éstos con gran estrépito las tiendas a su paso por el medio del campamento y provocando la huida de las acémilas, que rompían las ataduras; que a la confusión se añadió una argucia, pues Aníbal hizo entrar a hombres que sabían hablar latín, vestidos a la usanza itálica, para que transmitieran a los soldados de parte de los cónsules la orden de huir a los montes cercanos, cada uno por sus propios medios, ya que el campamento estaba perdido; pero que el engaño fue rápidamente descubierto y neutralizado, con una gran matanza de enemigos, y que se hizo salir del campamento a los elefantes con fuego.

Comoquiera que fuese su comienzo y su final, esta batalla fue la última antes de la rendición de Capua. El *medix tuticus*, que entre los campanos es el más alto magistrado, era aquel año Sepio Lesio, hombre de origen oscuro y escasos medios. Cuentan que su madre en cierta ocasión en que siendo él pequeño ofrecía un sacrificio expiatorio de un prodigio que atañía a la familia, al anunciarle el

7 *Aníbal*
 inicia la marcha
 sobre Roma.
2 *Reacción*
 en la Urbe

Aníbal entonces, al ver que no era posible ni atraer al enemigo a más combates ni abrirse paso hasta Capua a través de su campamento, temiendo que los nuevos cónsules le interceptasen también a él el abastecimiento, decidió renunciar a su inútil intento y alejar de Capua el campamento. Mientras barajaba diversas posibilidades sobre la dirección a tomar a continuación, le asaltó el impulso de ir directamente al centro mismo de la guerra, a Roma, empresa ésta siempre ambicionada cuya oportunidad había dejado escapar tras la batalla de Cannas, como otros murmuraban y él mismo reconocía. Cabía esperar que con el pánico y la confusión de la sorpresa se podría ocupar alguna zona de la ciudad y que al estar Roma en peligro abandonasen inmediatamente Capua o bien los dos o al menos uno de los generales romanos; y si dividían las fuerzas resultarían más débiles ambos, brindándole a él o a los campanos la eventualidad de un triunfo. Lo único que le inquietaba era la posibilidad de que los campanos se rindieran inmediatamente después de su marcha. Convenció con regalos a un

Reacción en la Urbe

númida dispuesto a cualquier osadía para que cogiera una carta, entrara en el campamento romano fingiéndose desertor, y saliera subrepticamente por el otro lado en dirección a Capua. La carta estaba llena de palabras de aliento: 7 su marcha iba a resultar beneficiosa para ellos, pues se iba a llevar del asedio de Capua a los generales romanos y sus ejércitos para defender Roma; que no se desmoraliza- 8 sen, que aguantando unos cuantos días se librarían por completo del asedio. A continuación dio orden de coger las 9 naves del río Volturno y llevarlas río arriba hacia el fuerte que ya anteriormente había construido como medio de defensa. Cuando le informaron de que había tantas que se 10 podía trasladar a todo el ejército en una sola noche, hizo preparar provisiones para diez días, llevó por la noche las tropas hasta el río y pasó a la otra orilla antes del amanecer.

Fulvio Flaco se había enterado de esta operación por 8 unos desertores antes de que se iniciara, y cuando informó de ello por carta al senado de Roma, la noticia produjo reacciones diversas según el talante de cada cual. Convocado 2 inmediatamente el senado ante semejante emergencia, Publio Cornelio, cuyo sobrenombre era Asina, proponía que se hiciese venir de toda Italia a todos los generales y todos los ejércitos para defender la ciudad, sin pensar en Capua ni en ninguna otra cosa. Fabio Máximo consideraba ver- 3 gonzoso retirarse de Capua y echarse a temblar y andar de acá para allá al menor gesto o amenaza de Aníbal; ¿él, que a pesar de resultar vencedor en Cannas no se 4 había atrevido sin embargo a marchar sobre Roma, ahora, rechazado de Capua, se había hecho la ilusión de apoderarse de la ciudad de Roma? No venía a asediar Roma 5 sino a liberar Capua. Junto con el ejército que estaba en la ciudad, a Roma la defenderían Júpiter, testigo de la violación de los tratados por parte de Aníbal, y los demás

llegó hasta el río Liris ¹⁶, en territorio fregelano, donde encontró el puente destruido por los fregelanos para retardar su marcha. También Fulvio se vio retenido por el 4 río Volturno, pues Aníbal había quemado las embarcaciones, y debido a la gran escasez de madera tenía dificultades para procurarse balsas con que pasar al ejército al otro lado. Una vez pasado el ejército en las balsas, Fulvio 5 tenía expedito el resto del camino, pues tanto en las ciudades como a los lados de la calzada había dispuestos víveres en abundancia; los soldados, enfebrecidos, se incitaban unos a otros a apretar el paso conscientes de que acudían a defender a la patria. En Roma, un mensajero fregelano 6 que había viajado día y noche sin interrupción suscitó un gran movimiento de pánico. La alarma conmocionó la ciudad entera al correr la gente de un lado para otro exagerando lo que había oído, creándose una confusión mayor de lo que correspondía a las noticias recibidas. Se oían 7 llantos de mujeres en los domicilios, y además las matronas se echaban a la calle por todas partes y corrían de un templo a otro barriendo los altares con los cabellos sueltos, arrodilladas, tendiendo las palmas vueltas hacia el 8 cielo, hacia los dioses, suplicándoles que arrancasen la ciudad de Roma de las manos del enemigo y conservasen indemnes a las madres romanas y a sus hijos pequeños. El senado estaba en el foro a disposición de los magis- 9 trados por si querían consultarlo sobre algo. Unos reciben órdenes y se van a cumplir cada uno su cometido, otros se ofrecen por si su colaboración puede ser útil en alguna parte. Se apostan retenes en el Capitolio, en la ciudadela, en las murallas, alrededor de la ciudad, incluso en el mon-

¹⁶ La Vía Latina cruzaba el río Liris cerca de Fregelas.

- 10 te Albano y en el fuerte de Éfula ¹⁷. En medio de esta agitación, llega la noticia de que el procónsul Quinto Fulvio ha salido de Capua con un ejército; para que no se vea restringida su autoridad si entra en la ciudad, el senado decreta que su autoridad sea igual a la de los cónsules.
- 11 Aníbal, después de devastar el territorio de Fregelas con mayor saña porque habían destruido los puentes, llega a territorio de Labicos ¹⁸ después de cruzar los de Frusinón ¹⁹,
- 12 Ferentino y Anagnia. Desde allí se dirige a Túsculo por el Álgido ²⁰, y al no permitírsele entrar en sus murallas tuerce a la derecha y descende hacia Gabios. Desde allí descende con su ejército hacia Pupinia ²¹ y acampa a ocho
- 13 millas de Roma. Cuanto más se iba acercando el enemigo, mayor era la matanza de fugitivos, pues por delante iban los númidas, y mayor el número de prisioneros de toda edad y condición.
- 10 En medio de esta conmoción, entró en Roma Fulvio Flaco por la puerta Capena con su ejército y se dirigió a las Esquilias por el centro de la ciudad cruzando las Carinas ²², y a continuación salió y acampó entre las puertas
- 2 Esquilina y Colina. Los ediles de la plebe le llevaron allí provisiones; los cónsules y el senado fueron al campamento, donde se debatió acerca de la situación general. Se acor-

¹⁷ Situado, no lejos de Tíbur, al Sur. Posiblemente se fundó allí una colonia en 247.

¹⁸ En Labicos se había fundado una colonia en 418. Cf. IV 47, 6.

¹⁹ Actual Frosinone. Situada en la Vía Latina a unos ochenta Kms. al sudeste de Roma.

²⁰ Relieve montañoso situado en territorio ecuo entre los montes Albanos y la Vía Latina.

²¹ Demarcación ubicada entre Roma y Túsculo que dio nombre a la tribu Pupinia.

²² El que sería barrio aristocrático de Roma en época imperial.

dó que los cónsules acamparan fuera de las puertas Colina y Esquilina, que el pretor urbano Gayo Calpurnio tuviese el mando del Capitolio y la ciudadela, y que el senado en pleno permaneciera reunido en el foro por si era preciso consultarlo dada la situación de emergencia. Entretanto, 3 Aníbal trasladó su campamento al río Anio, a tres millas de la ciudad. Después de establecerse allí avanzó con dos mil jinetes hacia la puerta Colina, hasta el templo de Hércules, y acercándose a caballo todo lo posible, examinó las murallas y la posición de la ciudad. A Flaco le pareció 4 vergonzoso que lo hiciera con tanta libertad y comodidad; envió por tanto a sus jinetes con orden de rechazar a la caballería enemiga haciendo que regresara al campamento. Cuando se inició el combate los cónsules ordenaron a los 5 tráfugas númeridas (cerca de mil doscientos había entonces en el Aventino) que cruzaran las Esquilias por el centro de la ciudad, pues pensaban que éstos serían los más indi- 6 cados para combatir en aquellas vaguadas, edificios ajardinados, huertos, tumbas y calles encajonadas. Cuando algunos los vieron bajar al galope desde la ciudadela y el Capitolio por la Cuesta Publicia ²³, se pusieron a gritar que el Aventino estaba tomado. Esto provocó tal confusión y 7 tales carreras que la aterrada multitud se habría precipitado en masa al exterior de la ciudad de no ser porque allí estaba el campamento cartaginés; entonces buscaban refugio en las casas y recintos cubiertos y atacaban con piedras y objetos arrojados a los suyos, tomándolos por enemigos, cuando cruzaban las calles. No se podía frenar el 8 tumulto y deshacer el malentendido debido a que las calles estaban atestadas de campesinos y cabezas de ganado arras-

²³ Calle que bajaba desde el Aventino hacia el noroeste del Circo Máximo.

trados en masa hacia la ciudad por la súbita alarma.

9 El combate de la caballería fue favorable y los enemigos fueron rechazados. Por otra parte, como había que controlar los tumultos que se originaban sin fundamento en numerosos sitios, se acordó que todo aquel que hubiese sido dictador, cónsul o censor tuviese el más alto grado de autoridad hasta que el enemigo se retirara de las mura-

10 llas. Durante el resto del día y la noche siguiente se suscitaron muchas alarmas infundadas, que fueron controladas.

11 Al día siguiente, Aníbal cruzó el Anio y formó todas sus tropas en orden de batalla; Flaco y los cónsules no

2 rehusaron el combate. Cuando ambos ejércitos estaban preparados para correr el albur de una batalla en que el trofeo del vencedor sería la ciudad de Roma, una lluvia torrencial mezclada con granizo causó tal confusión en ambas formaciones, que se retiraron a los campamentos casi sin poder sostener las armas, con tanto miedo como el que

3 tenían al enemigo. También al día siguiente una borrasca parecida separó a los contendientes, alineados en el mismo sitio; en cuanto se refugiaban en los campamentos, la at-

4 mósfera se serenaba con una calma sorprendente. Los cartagineses atribuyeron un significado religioso a esta circunstancia, y cuentan que se le oyó decir a Aníbal que unas veces le faltaba voluntad y otras suerte para apode-

5 rarse de la ciudad de Roma. Sus esperanzas se vieron además mermadas por un par de circunstancias, trivial una e importante la otra. La importante fue que, mientras él estaba acampado con sus tropas al pie de las murallas de la ciudad de Roma, se enteró de que partían hacia Hispania

6 tropas de refuerzo con sus banderas al frente, y la otra fue que se supo por un prisionero que aquellos mismos días había sido vendida casualmente la tierra sobre la que él estaba acampado sin que por ello se hubiera rebajado

el precio lo más mínimo. Pues bien, el hecho de que se 7
hubiera encontrado en Roma un comprador para el suelo
del que él era dueño por ocupación armada le pareció tan
desafiante y ultrajante que inmediatamente llamó al prego-
nero y le ordenó poner en venta las oficinas de banca si-
tuadas en torno al foro romano.

Impresionado por estos sucesos retiró su campamento 8
en dirección al río Tucia, a seis millas de Roma. Desde
allí continuó la marcha hacia el bosque sagrado de Fero-
nia ²⁴, cuyo templo era en aquellos tiempos famoso por
sus riquezas. Los habitantes de Capena y demás conveci- 9
nos llevaban allí las primicias de sus cosechas y otros pre-
sentes, de acuerdo con sus posibilidades, y lo habían adorna-
do con gran cantidad de oro y plata. De todas estas do-
naciones fue entonces despojado el templo. Después de la
marcha de Aníbal se hallaron grandes montones de bronce,
pues los soldados tiraban las piezas impulsados por el
temor religioso. Sobre el despojo de este templo no hay 10
ninguna duda entre los historiadores. Celio sostiene que
Aníbal se desvió hacia allí desde Ereto cuando marchaba
hacia Roma y dice que se inició su itinerario en Reate,
Cutillas y Amiterno; que pasó desde la Campania al Sam- 11
nio y de allí a territorio peligno, y que pasó al país de
los marrucinos dejando a un lado la plaza de Sulmona;
que luego fue por el territorio de Alba ²⁵ al de los marsos,
y de aquí a Amiterno y a la aldea de Fóruos. En esto 12
no hay error, pues las huellas de un ejército y un general
de este calibre no pudieron confundirse en el recuerdo en
tan breve espacio de tiempo: está efectivamente comproba-

²⁴ Feronia tenía dos santuarios: éste, situado al pie del monte Soracte, en el sur de Etruria, y otro cerca de Anxur.

²⁵ Alba *Fucens*, al noroeste del lago Fucino.

13 do que siguió esa ruta; lo único en que hay divergencias
es si fue ése el itinerario de su marcha hacia Roma o el
de su vuelta de Roma a la Campania.

12 Por otra parte, Aníbal no tuvo tanta
 En Capua tenacidad para defender Capua como los
 se agrava romanos para estrechar el cerco. En efec-
 2 *la situación.* to, atravesó el Samnio, Apulia y Lucania
 Discurso hacia territorio brucio y hasta el Estre-
 de Vibio Virrio cho, hasta Regio, con tal rapidez que su
 ante llegada casi repentina los sorprendió des-
 el senado prevenidos. A pesar de que durante aquellos días había
sufrido un asedio no menos riguroso, con todo, Capua no-
tó la llegada de Flaco, y sorprendió mucho que no hubiera
4 vuelto también Aníbal. A través de conversaciones poste-
riores supieron que los cartagineses los habían dejado so-
los y abandonados y habían perdido las esperanzas de con-
5 servar Capua. A esto se sumó un edicto de los procónsules
hecho público y difundido entre los enemigos con el re-
frendo del senado, disponiendo que ningún ciudadano cam-
piano que se pasase a los romanos antes de una fecha de-
6 terminada sufriría daño. No se pasó nadie; más que la
lealtad, los retraía el miedo, porque con su defección ha-
bían incurrido en una responsabilidad demasiado grave co-
7 mo para que se les perdonase. Pero a pesar de que nadie
tomaba personalmente la decisión de pasarse al enemigo,
8 tampoco se buscaba salida colectiva de ningún tipo. Los
nobles se habían desentendido de los asuntos públicos y
no había forma de reunirlos en el senado; estaba en el po-
der alguien que, más que honrarse con él, con su falta
de dignidad le había quitado fuerza y autoridad al cargo
9 que desempeñaba ²⁶. Ya ni siquiera aparecía por el foro

²⁶ Sepio Lesio, el *medix tulicus*.

o los lugares públicos ninguno de los principales; encerrados en sus casas esperaban de un día para otro el hundimiento de la patria y su propio final.

El peso de la responsabilidad recaía por entero en 10 Bóstar y Hannón, jefes de la guarnición cartaginesa, preocupados por su propio peligro y no por el de sus aliados. Éstos le escribieron una carta a Aníbal en la que de forma 11 rotunda e incluso amarga le reprochaban no sólo haber entregado Capua en manos del enemigo sino de haberlos expuesto a ellos y a la guarnición a toda clase de torturas; él se había marchado al Brucio como apartándose para 12 que Capua no fuese tomada ante sus propios ojos, y sin embargo, por Hércules, a los romanos ni siquiera el ataque de Roma había podido alejarlos del asedio de Capua: ¡cuánto más constantes eran los romanos como enemigos 13 que los cartagineses como amigos! Si regresaba a Capua y concentraba allí toda la acción bélica, tanto ellos como los campanos estarían preparados para una salida; no ha- 14 bían cruzado los Alpes para hacer la guerra contra Regio y Tarento, los ejércitos cartagineses debían estar allí donde estuvieran las legiones romanas; así se había conseguido la victoria en Cannas, y en el Trasimeno: actuando a la vez, acampando frente al enemigo, tentando a la suerte. Redactada la carta en estos términos, se la entregaron a 15 unos númidas que se comprometieron a la empresa por un precio convenido. Éstos, fingiéndose desertores, fueron al campamento de Flaco para abandonarlo después en el momento oportuno —el hambre que se pasaba en Capua desde hacía tanto tiempo daba a cualquiera un motivo ra- 16 zonable para la desertión—. De pronto se presenta en el campamento una mujer campana, amante de uno de los desertores, y descubre al general romano que los númidas han preparado un plan para desertar y llevar una carta

17 a Aníbal, que ella está dispuesta a tener un careo con uno de ellos que le había revelado el plan. Hicieron que comparciera, y al principio simulaba con bastante firmeza que no conocía a la mujer; después, convicto poco a poco de la verdad, viendo que se reclamaban y preparaban los instrumentos de tortura, confesó que efectivamente era así
18 y presentó la carta. A lo denunciado añadió además algo que permanecía oculto: que otros númidas andaban por
19 el campamento romano con apariencia de desertores. Fueron apresados más de setenta y azotados con varas junto con los últimos desertores, y enviados de nuevo a Capua con las manos cortadas ²⁷.

13 La vista de un suplicio tan atroz quebrantó la moral de los campanos. La aglomeración de la población ante la curia obligó a Lesio a reunir al senado; se amenazaba abiertamente a los ciudadanos principales, que se venían ausentando desde hacía ya tiempo de las deliberaciones públicas, con ir a sus casas si no acudían al senado y sacarlos a todos a la calle por la fuerza. Esta amenaza le procuró
2 al magistrado un senado muy concurrido. En él, mientras los demás hablaban de que era obligado enviar embajadores a los generales romanos, Vibio Virrio ²⁸, que había sido el promotor de la ruptura con Roma, cuando se le preguntó su parecer dijo que quienes hablaban de embajadores, y de paz, y de capitulación, no tenían en cuenta
3 ni lo que habrían hecho ellos si tuvieran a los romanos en su poder, ni lo que ellos mismos iban a tener que soportar. «¿Es que creéis —dijo— que esa rendición va a ser
4 como la otra vez, cuando les entregamos a los romanos nuestras personas y cuanto teníamos para conseguir su apo-

²⁷ Castigo habitual para los espías.

²⁸ Cf. XXIII 6.

yo frente a los samnitas ²⁹? ¿Ya habéis olvidado en qué momento y en qué circunstancias nos separamos del pueblo romano? ¿Ya habéis olvidado cómo, al romper con ellos, dimos muerte entre escarnios y suplicios a la guarnición, a la que se podía haber dejado marchar ³⁰?, ¿en cuántas ocasiones, y con qué rabia, hicimos salidas contra los sitiadores, atacamos su campamento, y llamamos a Aníbal para que los aplastara?, ¿y lo último, que desde aquí lo enviamos a atacar Roma? Por otra parte, pensad con qué saña han actuado contra nosotros, para deducir de ahí qué cabe esperar. Cuando en Italia había un enemigo extranjero —¡y el enemigo era Aníbal— y la conflagración bélica era total, se desentendieron de todo, se desentendieron incluso de Aníbal y enviaron a ambos cónsules y los dos ejércitos consulares al asalto de Capua. Llevan ya años debilitándonos por hambre, teniéndonos rodeados y encerrados entre sus trincheras, soportando ellos mismos con nosotros peligros extremos y fatigas durísimas, sufriendo frecuentes bajas en la empalizada y las trincheras, y últimamente casi privados de su campamento. Pero esto por alto, no es nada nuevo o inusual pasar fatigas y peligros cuando una ciudad enemiga es asediada. Pero hay otro aspecto que sí demuestra un resentimiento y un odio implacable e inexorable: Aníbal, con un enorme ejército de infantería y caballería, atacó su campamento y en parte lo tomó; la gravedad del peligro no les hizo desistir en absoluto del asedio. Cruzó el Volturno y pasó a fuego el territorio de Cales, y no se alejaron ni un paso ante semejante desastre de sus aliados. Dirigió la ofensiva contra la propia ciudad de Roma, y ni siquiera se preocu-

²⁹ Referencia a lo relatado en VII 31.

³⁰ No concuerda con lo dicho en XXIII 7, 3.

paron de la amenaza de semejante tormenta. Cruzó el Anio y plantó su campamento a tres millas de la ciudad, y por último se acercó a las mismas murallas y puertas, les hizo ver que les quitaría Roma si no dejaban Capua: no la
12 dejaron. Los animales salvajes, impulsados por el furor de un instinto ciego, si vas contra sus cubiles y sus crías, puedes hacer que se vuelvan para defender a los suyos;
13 a los romanos no los alejó de Capua ni el asedio de Roma, ni sus mujeres e hijos, cuyos llantos se podían oír casi desde aquí, ni los altares, los hogares, los santuarios de los dioses, ni las tumbas de sus mayores profanadas y violadas: tan intensas eran sus ansias de castigarnos, tan
14 grande su sed de beberse nuestra sangre. Y tal vez con razón; nosotros habríamos también hecho lo mismo de habérsenos presentado la oportunidad. Por eso, puesto que ha sido otra la voluntad de los dioses inmortales y yo ni siquiera puedo rehusar la muerte, sí puedo, mientras soy libre y dueño de mí, evitar con una muerte honrosa y a la vez dulce los suplicios y ultrajes que el enemigo prepara.
15 Yo no veré a Apio Claudio y Quinto Fulvio exultantes con su insolente victoria, ni me veré, cargado de cadenas, arrastrado por la ciudad de Roma dando vistosidad a su triunfo para después ser metido en una prisión o atado a un poste y doblegar el cuello ante un hacha romana, con la espalda destrozada por las varas; no veré cómo es incendiada y arrasada mi patria, y arrastradas para ser deshonradas las madres campanas y las doncellas y los mu-
16 chachos libres. Arrasaron hasta los cimientos Alba, de donde ellos eran oriundos, para que no quedase memoria de su estirpe y sus orígenes; mucho menos voy a creer que perdonarán a Capua, a la que odian más que a Cartago.
17 Conque aquellos de vosotros que quieran plegarse ante el destino antes de ver todos estos horrores tienen hoy

preparado y dispuesto un convite en mi casa. Una vez 18
saciados de vino y comida, irá pasando por turno la mis-
ma copa que me será presentada a mí; esa bebida librára
el cuerpo de los suplicios, el espíritu de los ultrajes, los
ojos y los oídos de ver y oír todas las atrocidades e igno-
minias que esperan a los vencidos. Habrá alguien prepara-
do para arrojar nuestros cuerpos sin vida a una gran pira
encendida en el patio de mi casa. Ésta es la única posi- 19
bilidad de una muerte honorable y libre. Los propios ene-
migos admirarán nuestro valor y además Aníbal sabrá que
ha abandonado y traicionado a unos aliados valerosos».

*Suicidio
colectivo
de veintisiete
senadores
de Capua,
rendición
y medidas
posteriores*

Fueron más los que asintieron a este 14
discurso de Virrio que los que tuvieron
el valor de poner en práctica lo que apro-
baban. La mayoría de los senadores, 2
confiando en que tampoco con ellos se-
ría implacable el pueblo romano que tan-
tas veces en numerosas guerras había da-
do muestras de clemencia, votaron y
enviaron embajadores para entregar Capua a los romanos.
Unos veintisiete senadores acompañaron a Vibio Virrio 3
a su casa y después de comer con él y aturdir con el vino
sus mentes cuanto les fue posible para no ser conscientes
de su inminente desgracia, bebieron todos el veneno;
después, abandonando el convite, dándose la mano y un 4
último abrazo y llorando por su fin y el de la patria, unos
se quedaron para ser quemados en la misma pira y otros
se marcharon a sus casas. El exceso de comida y bebida en 5
sus venas restó eficacia a la fuerza del veneno para precipi-
tar su muerte, por eso la mayoría de ellos continuaron con
vida durante toda la noche y parte del día siguiente, pero
antes de que se les abrieran las puertas a los enemigos ex-
piraron todos.

- 6 Al siguiente día, por orden de los procónsules, se abrió la puerta de Júpiter, que quedaba frente al campamento romano. Por ella entró una legión y dos escuadrones³¹ de caballería con el legado Gayo Fulvio. Éste, como primera medida, dispuso que se le entregasen todas las armas que había en Capua, tanto defensivas como ofensivas, y después de apostar guardias en todas las puertas para que nadie pudiera salir o escapar, arrestó a toda la guarnición cartaginesa y ordenó al senado campano que fuera al campamento, a presencia de los generales romanos.
- 8 Cuando llegaron allí, inmediatamente fueron todos encadenados y recibieron orden de entregar a los cuestores el oro y la plata que poseían. El oro pesó dos mil setenta libras y la plata treinta y un mil doscientas. Veinticinco senadores fueron enviados a Cales para su custodia y veintiocho a Teano, cuyo voto estaba comprobado que había sido decisivo para rebelarse contra los romanos.
- 15 En lo referente al castigo del senado campano, Fulvio y Claudio tenían criterios muy distintos. Claudio era proclive a conceder el perdón, Fulvio era partidario de mayor rigor. Por eso Apio se inclinaba por remitir al senado, a Roma, cualquier decisión sobre el asunto; lo que procedía era que los senadores tuvieran la posibilidad de indagar si los campanos habían compartido sus planes con alguno de los pueblos latinos aliados, y si habían contado con su colaboración en la guerra. Pero Fulvio decía que había que evitar por encima de todo que los ánimos de los aliados leales se viesan turbados por acusaciones dudosas y expuestos a las denuncias de quienes no tenían el menor escrúpulo en decir o hacer cualquier cosa; él, por tanto, pensaba obstaculizar y hacer imposible tal investigación.

³¹ Unidades aliadas de caballería, de 500 hombres cada una.

Después de este cambio de impresiones se separaron y Apio estaba seguro de que, a pesar de la dureza de sus palabras, en una cuestión de tanta trascendencia su colega esperaba a recibir carta de Roma, pero Fulvio, precisamente para evitar que ello obstaculizase sus propósitos, disolvió el consejo militar y ordenó a los tribunos militares y a los prefectos de los aliados que seleccionaran a dos mil jinetes y les dieran instrucciones de estar preparados al toque del tercer relevo de la guardia.

Partió por la noche para Teano con estas fuerzas de caballería y al amanecer cruzó la puerta y se dirigió al foro. Nada más entrar los jinetes se produjo una aglomeración de gente; mandó llamar al magistrado³² sidicino y le ordenó que trajera a los campanos que tenía bajo custodia. Los trajeron a todos y fueron azotados con las varas y decapitados. De allí marchó a galope tendido a Cales; una vez allí, cuando ya se había sentado en el tribunal y los campanos, que había mandado traer, estaban siendo atados al palo, llegó de Roma un jinete a toda velocidad y le entregó a Fulvio una carta del pretor Gayo Calpurnio y un decreto del senado. Desde el tribunal corrió por toda la asamblea el rumor de que todo lo referente a los campanos pasaba a competencia del senado. Fulvio, convencido de que así era, cogió la carta y la guardó entre su ropa sin abrirla y ordenó al pregonero que mandase al lictor proceder de acuerdo con la ley. De esta forma fueron también ejecutados los que estaban en Cales. Después se dio lectura a la carta y al decreto del senado, demasiado tarde para impedir una ejecución cuyo cumplimiento se había apresurado por todos los medios para que nada pudiese impedirla. Cuando ya se estaba levantando

³² El *medix tuticus* de Teano (sidicino).

Fulvio, el campano Táurea Vibelio, avanzando entre la multitud, lo llamó por su nombre, y cuando Flaco se sentó de nuevo preguntándose sorprendido qué querría de él, 12 dijo: «Haz que me maten a mí también, para que puedas presumir de haber dado muerte a un hombre mucho más 13 valiente que tú». Flaco dijo que sin duda no estaba en sus cabales, pero que aunque quisiera hacerlo se lo impedía 14 un decreto del senado; entonces Vibelio dijo: «Puesto que, después de haber sido tomada mi patria y haber perdido a mis parientes y amigos, pues yo mismo quité la vida a mi esposa y a mis hijos con mis propias manos para que no sufrieran ningún ultraje, a mí ni siquiera se me da la oportunidad de morir como estos compatriotas míos, que 15 sea mi valor el que me libere de esta vida odiosa». Y así, atravesándose el pecho con una espada que había escondido entre su ropa, cayó agonizante a los pies del general. 16 Como el hecho de la ejecución de los campanos y muchos otros se llevaron a cabo por decisión de Flaco exclusivamente, algunos historiadores ³³ dicen que Apio Claudio murió justo antes de la rendición de Capua, y también que este Táurea ni fue a Cales voluntariamente ni se quitó la vida por su propia mano, sino que cuando era atado al poste con los demás, Flaco ordenó imponer silencio porque en medio de aquel ruido había dificultad para oír lo 3 que éste gritaba, y entonces Táurea pronunció las palabras ya mencionadas: que él, un hombre muy valeroso, moría por orden de quien no se le podía comparar en valor; tras estas palabras, el pregonero, por orden del procónsul, sentenció: «Lictor, aplícale las varas a ese valiente y comienza 4 por él la aplicación de la ley». Algunos autores sostienen además que antes de la ejecución se leyó el decreto del

³³ Cf. ZONARAS, IX 6.

senado, pero como en éste se añadía que «si le parecía»³⁴ remitiese al senado toda la cuestión, interpretó que se dejaba a su criterio el valorar lo que consideraba como lo mejor para el Estado.

De Cales regresó a Capua, y recibió la sumisión de 5 Atela y Calacia; también aquí fueron castigados los responsables políticos. Así, fueron ejecutados en torno a 6 setenta³⁵ senadores de los más significados; cerca de trescientos nobles campanos fueron metidos en prisión; otros fueron repartidos por las ciudades latinas aliadas, para su custodia, y murieron por diferentes circunstancias; el resto de la ciudadanía campana fueron vendidos como esclavos. Se debatió luego acerca del destino de la ciudad y su 7 territorio, opinando algunos que una ciudad tan poderosa, tan próxima y tan hostil debía ser arrasada. Pero prevalecieron las razones de tipo práctico inmediato, pues en consideración a su territorio, que sin duda era el primero de Italia por la fertilidad de su tierra, que producía en abundancia frutos de todas clases, se conservó la ciudad para que sirviera de residencia de los labradores. Para poblar 8 la ciudad se dejó que siguiera allí la multitud de residentes forasteros, de libertos, de pequeños comerciantes y artesanos; todo el territorio y los edificios pasaron a propiedad del pueblo romano. Pero se acordó que Capua fuese 9 una ciudad sólo en el sentido de lugar de residencia, temporal o permanente, o sea que no hubiese ningún organismo político: ni senado, ni asamblea popular ni magistraturas; que fuese una masa que al no tener consejo público ni 10 autoridad, nada que la aglutinase, fuese incapaz de poner-

³⁴ Era la fórmula de cortesía habitual cuando el senado daba instrucciones a un magistrado, (cf. XXII 39, 9, y XXV 41, 9).

³⁵ Incluyendo a los de Teano y Cales.

se de acuerdo; para administrar justicia se enviaría todos
 11 los años un prefecto ³⁶ desde Roma. Se organizó así la
 situación de Capua con un plan encomiable desde todos
 los puntos de vista. Se tomaron medidas severas y rápidas
 con los máximos responsables; la masa de ciudadanos fue
 12 dispersada sin ninguna esperanza de retorno; no se aplicó
 el drástico recurso del fuego o la demolición contra las
 murallas o los edificios, que no tenían culpa, y aparte de
 otras ventajas se consiguió también aparecer como clemen-
 tes ante los aliados al dejar intacta una ciudad nobilísima
 y riquísima cuya destrucción habría deplorado toda la Cam-
 13 pania y todos los pueblos vecinos a ella. El enemigo se
 vio forzado a reconocer lo enérgicos que eran los romanos
 a la hora de castigar a los aliados desleales y lo nulo que
 era el apoyo de Aníbal para defender a los que se habían
 puesto bajo su protección.

17 Libre de preocupación en lo que a
 Capua se refería, el senado romano acordó
 asignar a Gayo Nerón seis mil solda-
 dos de infantería y trescientos de caballe-
 ría, elegidos por él entre las dos legiones
 que había tenido a sus órdenes en Ca-
 pua, y otros tantos soldados de a pie y
 ochocientos jinetes de los aliados de la
 confederación latina. Este ejército em-
 barcó en Putéolos y Nerón lo condujo
 a Hispania. Llegó a Tarragona con las naves, desembarcó
 allí las tropas, y después de varar las naves armó también
 a las tripulaciones para incrementar el número de tropas;
 2 partió hacia el Ebro y se hizo cargo del ejército de Tiberio
 Fonteyo y Lucio Marcio. Después emprendió la marcha

³⁶ *Praefectus iure dicundo*, elegido por votación popular.

en dirección al enemigo. Asdrúbal el de Amílcar tenía ⁴ su campamento en Piedras Negras ³⁷, lugar éste situado en la Ausetania entre las plazas de Ilturgi y Mentisa. Era un desfiladero, cuya entrada ocupó Nerón. Asdrúbal, ⁵ ante el temor a verse atrapado, envió un parlamentario con la promesa de que si le permitía salir de allí sacaría de Hispania todas sus tropas. El romano aceptó la pro- ⁶ puesta de muy buen grado y Asdrúbal pidió una entrevista para el día siguiente para acordar personalmente los términos de la entrega de las ciudadelas de las ciudades y fijar la fecha de la retirada de las guarniciones de forma que los cartagineses pudieran llevarse todas sus cosas sin daño. Aceptado esto, Asdrúbal ordenó que las tropas más pesadas ⁷ fueran saliendo del desfiladero por donde pudieran, comenzando al anochecer y continuando durante toda la noche. Puso el mayor cuidado en que no salieran muchos ⁸ aquella noche, puesto que un número reducido era en sí más adecuado tanto para pasar en silencio sin que el enemigo se diera cuenta como para escapar por veredas angostas y difíciles. Al día siguiente, acudieron a la con- ⁹ ferencia, pero se pasó el día hablando mucho y escribiendo deliberadamente detalles que no venían al caso, y hubo que dejarlo para el día siguiente. El contar con otra ¹⁰ noche dio lugar a evacuar a más hombres, y tampoco al otro día se acabó la cosa. De esta forma pasaron varios ¹¹ días discutiendo públicamente las condiciones y varias noches haciendo salir en secreto cartagineses del campamento. Y cuando ya había salido la mayor parte del ejército, ya ni siquiera se mantenían las propias propuestas iniciales

³⁷ Es muy problemática su localización debido a la confusión de topónimos, ya que Ausetania estaba en la zona circundante a Vich, mientras que Ilturgi pertenecía a la lejana Bética (cf. XXI 23, 2, y XXIII 49, 5).

- 12 y el acuerdo estaba cada vez más lejano, pues había menos motivos para mantener la palabra a medida que había menos que temer. Cuando ya habían salido del desfiladero casi todas las tropas de infantería, un día, al amanecer, una densa niebla envolvió por completo el desfiladero y los campos del contorno. Nada más percatarse de ello, Asdrúbal mandó a Nerón aviso para que se aplazasen las conversaciones para el día siguiente, pues aquel día por motivos religiosos los cartagineses no podían tratar ningún asunto importante. Como ni siquiera entonces se sospechó el engaño, se les concedió aquel día de favor, y Asdrúbal, saliendo inmediatamente del campamento con la caballería y los elefantes sin hacer ruido alguno llegó a lugar seguro.
- 13 Aproximadamente tres horas después de amanecer, el sol disipó la niebla y abrió el día, y los romanos vieron vacío el campamento enemigo. Por fin entonces se dio cuenta Claudio del engaño cartaginés, y nada más comprender que había caído en una trampa se lanzó en persecución de los que se habían marchado, preparado para entrar en combate.
- 14 Pero el enemigo rehuía el enfrentamiento. Se producían, no obstante, pequeñas escaramuzas entre la retaguardia de la columna cartaginesa y la vanguardia de los romanos.
- 15 Entretanto los pueblos de Hispania que se habían rebelado contra los romanos después de la derrota ³⁸ sufrida por éstos no volvían a su lado, y tampoco se rebelaban
- 16 otros nuevos. En Roma, una vez reconquistada Capua, tanto el pueblo como el senado estaban ahora más preocupados por Hispania que por Italia. Se consideraba conveniente reforzar el ejército y enviar allí un general ³⁹.
- 17 No había acuerdo acerca de qué persona enviar, aunque

³⁸ Narrada en XXV 32-36.

³⁹ Nerón, como *propretor*, tenía rango inferior.

sí en que había que elegir con el mayor cuidado, para un frente en el que habían caído en el espacio de treinta días dos grandes generales, a la persona que había de reemplazarlos a los dos. Como se proponían diferentes nombres, 4 finalmente se llegó a la solución de convocar los comicios para la elección de un procónsul para Hispania, y los cónsules fijaron la fecha de la convocatoria. En un principio 5 se esperaba que presentasen su candidatura aquellos que se considerasen dignos de tan alto mando; cuando esta expectativa se frustró, se reprodujo el dolor por la derrota sufrida y de nuevo se echó de menos a los generales perdidos.

La ciudadanía, por tanto, estaba abatida y sin saber 6 qué hacer, pero no obstante bajó al Campo de Marte el día de los comicios; vuelta hacia los magistrados, observaba los rostros de los ciudadanos principales, que a su vez se miraban unos a otros, y murmuraba que la situación era tan desesperada y se confiaba tan poco en la supervivencia del Estado que nadie tenía el valor de hacerse cargo del mando supremo en Hispania; entonces Publio Cornelio, 7 hijo del Publio que había caído en Hispania, joven de unos veinticuatro años de edad, manifestó de pronto que optaba al cargo y se colocó en un lugar más elevado, donde se le pudiera ver. Cuando todas las miradas se concen- 8 traron en él, los gritos y aplausos hicieron presagiar inmediatamente un mando feliz y afortunado. Luego, cuando 9 se les pidió que emitieran su voto, todos sin excepción, no sólo las centurias en conjunto sino cada uno individualmente, decidieron que el mando de Hispania fuese para Publio Escipión. Pero después de finalizada la votación, 10 cuando en los ánimos se calmó la impetuosidad y la euforia, se produjo un repentino silencio y una callada reflexión sobre lo que habían hecho, no fuera a ser que la

ordinariamente a solas. Esta costumbre, que conservó durante toda su vida, hizo que algunos dieran fe a la creencia, difundida casual o intencionadamente, de que era un hombre de estirpe divina, e hizo que se repitieran las habladurías que ya antes habían corrido acerca de Alejandro Magno, igualmente inconsistentes y fantásticas, de que había sido engendrado en el concúbito con una enorme serpiente y que la prodigiosa aparición había sido vista varias veces en la habitación de su madre, deslizándose y desapareciendo de repente de la vista cuando llegaba gente. Personalmente nunca desmintió tales maravillas, es más, incluso les dio pábulo con una especial habilidad para no negar ni afirmar abiertamente nada semejante. Muchos otros detalles del mismo género, unos verdaderos y otros inventados, habían sobrepasado en el caso de aquel joven los límites de la admiración por un ser humano. Fundándose en ellos entonces, los ciudadanos confiaron tan importante empresa y tan alto mando a quien por su edad no había alcanzado la madurez.

A las tropas que quedaban en Hispania del antiguo ejército y a las que habían pasado en barco desde Putéolos con Gayo Nerón se añadieron diez mil hombres de infantería y mil de caballería, y el propretor Marco Junio Silano le fue asignado como ayudante para dirigir las operaciones. Así, con una flota de treinta naves —todas quinquerremes, por otra parte—, salió de la desembocadura del Tíber siguiendo la costa del mar Etrusco y después de contornear los Alpes y el golfo Gálico y el promontorio de los Pirineos desembarcó las tropas en Ampurias ⁴¹, ciudad griega cuyos habitantes son también ⁴² oriundos de Focea. Desde

⁴¹ Cf. XXI 60, 2.

⁴² Al igual que los masilienses.

allí, después de ordenar a las naves que continuaran, marchó por tierra a Tarragona, donde celebró una reunión con todos los aliados, pues al correrse la voz de su llegada habían 13
afluído delegaciones desde toda la provincia. Allí hizo sacar a tierra las naves y reenvió las cuatro trirremes marselesas que le habían dado escolta de honor desde su 14
país. A continuación procedió a dar respuesta a las delegaciones, que estaban en suspenso ante la diversidad de acontecimientos tan numerosos, y lo hizo con tal grandeza de ánimo, basada en la enorme confianza que tenía en su propia valía, que no salió de sus labios ni una palabra arrogante, y todo lo que dijo rebosaba autoridad y sinceridad.

20 Partió de Tarragona y se dirigió a las ciudades aliadas y a los cuarteles de invierno del ejército, y felicitó a las tropas porque habían mantenido la provincia a pesar de haber sufrido dos derrotas sucesivas tan serias y, sin dejarle al enemigo sacar ventaja de sus éxitos, lo habían mantenido alejado de todo el territorio del lado de acá del Ebro, y 3
porque habían protegido fielmente a sus aliados. Tenía a Marcio a su lado y lo trataba con tanta consideración que resultaba evidente que la última cosa que le preocupaba era que alguien fuese un obstáculo para su propia gloria. Después, Silano reemplazó a Nerón, y las nuevas tropas 4
fueron conducidas a los cuarteles de invierno. Escipión, después de iniciar y llevar a cabo sin pérdida de tiempo todo lo que era preciso poner en marcha y hacer, regresó 5
a Tarragona. Entre los enemigos la fama de Escipión era tan grande como entre sus conciudadanos y aliados, y un vago presentimiento de lo que iba a ocurrir les hacía sentir un miedo tanto mayor cuanto menos explicable era racionalmente ese miedo, surgido sin motivo aparente. Habían 6
ido a establecer sus cuarteles de invierno en distintas direcciones: Asdrúbal el de Gisgón, hacia Cádiz, en el Océano;

Magón, hacia el interior, concretamente al norte del macizo de Cástulo ⁴³; Asdrúbal el hijo de Amílcar invernaó cerca del Ebro, en las proximidades de Sagunto ⁴⁴.

Flota púnica en Tarento.
Ovación para Marcelo.
Operaciones en Sicilia

A finales del verano en que fue tomada Capua y Escipión llegó a Hispania, una flota cartaginesa llamada de Sicilia a Tarento para impedir el aprovisionamiento de la guarnición romana que se encontraba en la ciudadela de Tarento

había bloqueado, es cierto, todas las vías de acceso a la ciudadela desde el mar, pero al prolongar demasiado el bloqueo hacía más aguda la escasez de víveres para sus aliados que para el enemigo, pues a pesar de que la costa estaba tranquila y los puertos abiertos gracias a la protección de las naves cartaginesas, aun así no se les podía suministrar a los tarentinos tanto trigo como consumía la propia flota, con una tripulación en la que se entremezclaban gentes de todo tipo, de suerte que la guarnición de la ciudadela, al ser poco numerosa, aun sin llegarle provisiones podía sustentarse con las que se habían almacenado previamente, mientras que los tarentinos y la flota ni siquiera con nuevos suministros tenían suficiente. Al final la flota se retiró ⁴⁵, y su marcha produjo mayor satisfacción que su llegada. Pero la escasez no se alivió gran cosa, porque al cesar la protección naval no se podía suministrar trigo.

⁴³ Sierra Morena. La población de Cástulo estaba en la margen derecha del Guadalimar a unos cinco Kms. de Linares. Su nombre medieval es Cazlona.

⁴⁴ Había sido reconquistada por los romanos en el 214 (XXIV 42, 9-10).

⁴⁵ Los tarentinos, según Polibio (IX 9, 11), pidieron a Bomílcar que se marchara con su flota.

- 21 Al finalizar aquel mismo verano regresó Marco Marcelo de la provincia de Sicilia a Roma, y el pretor Gayo Calpurnio le concedió una audiencia del senado junto al templo de Belona. En ella, después de hacer un relato de sus campañas y quejarse sin acritud, más por sus hombres que por él, por el hecho de que no se le hubiera permitido traer al ejército una vez cumplida su misión, pidió que se le permitiera entrar en triunfo en la ciudad. No lo consiguió. Se discutió largamente qué sería más impropio: negarle el triunfo ahora que estaba presente a un hombre en cuyo nombre se había decretado una acción de gracias cuando estaba ausente y se había honrado a los dioses inmortales por los éxitos conseguidos bajo su mando, o que un general a quien se había dado orden de entregar el ejército a su sucesor —cosa que sólo se decretaba cuando una provincia continuaba en guerra— celebrase el triunfo como si la guerra hubiera concluido y sin contar con la presencia del ejército que podía atestiguar si el triunfo era merecido o no. Se optó por una salida intermedia: que entrase en Roma con los honores de la ovación. Los tribunos de la plebe, con la autorización del senado, presentaron al pueblo la propuesta de que Marco Marcelo se vistiese del poder supremo el día que entrase en la ciudad recibiendo la ovación. La víspera de su entrada en Roma celebró el triunfo en el monte Albano ⁴⁶. Después, durante la ovación, entró en la ciudad precedido por un botín considerable. Junto con una representación de la toma de Siracusa, con catapultas, ballestas y todas las restantes máquinas de guerra, iban los objetos con que una realeza opulenta había decorado una larga paz, gran cantidad de bronce y plata labrada y otros objetos y telas preciosas, así como

⁴⁶ Cf. XLV 38, 4.

muchas estatuas famosas con las que se había engalanado Siracusa como las principales ciudades de Grecia. También, 9 como expresión de la victoria sobre los cartagineses, desfilaron ocho elefantes, y no fue menos digno de ver el espectáculo de Sosis el siracusano y Mérico ⁴⁷ el hispano, que iban delante con coronas de oro; el primero de ellos había 10 dirigido la entrada nocturna en Siracusa, y el segundo había entregado Naso y su guarnición. A estos dos se les 11 concedió la ciudadanía y quinientas yugadas de tierra a cada uno, a Sosis en el territorio siracusano que hubiera pertenecido al rey o a enemigos del pueblo romano, y en Siracusa una casa elegida por él entre las de aquellos que habían sido castigados conforme a las leyes de la guerra; a Mérico y los hispanos que se habían pasado con él se 12 acordó concederles en Sicilia una ciudad, con su territorio, de las que habían abandonado la causa de Roma. Se en- 13 cargó a Marco Cornelio ⁴⁸ de asignarles la ciudad y el territorio donde le pareciera. En ese mismo territorio se le asignaron cuatrocientas yugadas de tierra a Beligene, que había inducido a Mérico a pasarse al otro bando. Después 14 de marchar Marcelo de Sicilia, la flota cartaginesa desembarcó ocho mil soldados de a pie y tres mil jinetes númeradas. Las ciudades de Murgencia y Ergecio se pasaron a su bando, defección que secundaron Hibla y Macela y algunas otras menos conocidas. Los númeradas, a las órdenes 15 de su prefecto Mútnes, recorrían toda Sicilia prendiendo fuego a las tierras de labor de los aliados del pueblo romano. Por otro lado, las tropas romanas, irritadas en parte 16 porque no se les había permitido abandonar la provincia junto con su general y en parte porque se les había prohi-

⁴⁷ Cf. XXV 30, 2 ss.

⁴⁸ Cetego, sucesor de Marcelo en Sicilia.

bido pasar el invierno en las ciudades, cumplían con des-
 gana sus obligaciones militares y si no se amotinaban era
 17 más por falta de un líder que de voluntad. En medio de
 estas dificultades, el pretor Marco Cornelio calmó los áni-
 mos de los soldados a base de alentarlos unas veces y de
 castigarlos otras, y además sometió de nuevo a obediencia
 a las ciudades que se habían sublevado y una de ellas, Mur-
 gencia ⁴⁹, se la asignó a los hispanos, a quienes por decre-
 to del senado se les debía una ciudad con su territorio.

22 Como los dos cónsules tenían por pro-
Elecciones en vincia Apulia y como Aníbal y los carta-
Roma. gineses representaban ya menor peligro,
Juegos. se les dieron instrucciones de echar a suer-
Prodigios tes Apulia y Macedonia. A Sulpicio le

2 correspondió Macedonia, reemplazando a Levino. Fulvio
 fue llamado a Roma para las elecciones, y cuando estaba
 celebrando los comicios para elegir cónsules, la centuria
 prerrogativa ⁵⁰, la Voturia de jóvenes, votó a Tito Manlio
 3 Torcuato y Tito Otacilio. Como la multitud se aglomeró
 alrededor de Manlio, que estaba presente, para darle la
 enhorabuena, y el sentir común popular no ofrecía dudas,
 él, escoltado por un gran número de gente, se acercó al
 4 tribunal del cónsul y le pidió que escuchase unas breves
 palabras suyas y mandase llamar otra vez a la centuria que
 5 había emitido el voto. Mientras todos estaban expectantes,
 atentos a lo que iría a pedir, alegó como excusa una enfer-
 6 medad de la vista diciendo que no tenía pudor un gober-
 nante o un general que, a pesar de tener que hacerlo todo
 por medio de los ojos de otros, demandaba que le fueran
 7 confiadas la vida y la suerte de los demás; por consiguien-

⁴⁹ Ver XXIV 27, 5.

⁵⁰ La que, previo sorteo, tenía derecho a votar la primera.

te, si al cónsul le parecía bien, que hiciese votar otra vez a la Voturia de jóvenes y le hiciese recordar, a la hora de elegir cónsules, la guerra que había en Italia y las circunstancias que atravesaba el Estado; apenas si había dejado 8 de zumbiar en sus oídos el estrépito tumultuoso que había producido el enemigo al aproximarse a las murallas de Roma hacía pocos meses. Tras estas palabras, la centuria, con un nutrido clamor, manifestó que no cambiaba lo más mínimo su opinión y que volvería a votar a los mismos cónsules. Entonces Torcuato dijo: «Ni yo podré, si soy cónsul, 9 aguantar vuestra manera de comportaros ni vosotros mi autoridad. Volved a votar y pensad que la guerra púnica está en Italia y que el general enemigo es Aníbal». La 10 centuria, entonces, impresionada por la autoridad de aquel hombre y por los murmullos de admiración de los circunstantes, pidió al cónsul que llamara a la Voturia de mayores, que ellos querían cambiar impresiones con los de más 11 edad y votar a los cónsules teniendo en cuenta su autoridad. Llamados los mayores de la Voturia se les concedió un tiempo para hablar aparte con ellos en el Cercado ⁵¹. Los mayores dijeron que había que deliberar acerca de tres 12 candidatos: dos que habían desempeñado ya muchos cargos, Quinto Fabio y Marco Marcelo, y, si de verdad querían que se eligiese cónsul a alguien nuevo para enfrentarse a los cartagineses, Marco Valerio Levino, que había llevado a cabo una brillante campaña por tierra y mar contra el rey Filipo. Una vez expuestas las opiniones acerca de 13 los tres, los mayores se retiraron y los jóvenes emitieron sufragio. Dieron su voto para el consulado a Marco Claudio, en el candelero entonces por el sometimiento de Sici-

⁵¹ Un amplio espacio cerrado, en el Campo de Marte, para las votaciones.

lia, y a Marco Valerio, ausentes ambos. Todas las centurias siguieron el ejemplo de la prerrogativa. ¡Como para burlarse ahora de los que admiran el pasado! Si existiera una ciudad de sabios como, más que conocer, imaginan los filósofos, yo, la verdad, no creo que pudieran constituir la ni unos notables más ponderados y menos dominados por la ambición de poder ni una masa con mejor conducta. Francamente, que una centuria de jóvenes haya querido consultar a los mayores a quién confiar el mando con su voto, parece algo casi increíble en estos tiempos en que incluso la autoridad de los padres carece de valor y de peso ante los hijos.

Se celebraron a continuación las elecciones de pretores. Fueron elegidos Publio Manlio Volsón, Lucio Manlio Acidino, Gayo Letorio y Lucio Cincio Alimento ⁵². Casualmente ocurrió que una vez finalizados los comicios llegó la noticia de que había fallecido en Sicilia Tito Otacilio, al que según todos los indicios el pueblo estaba dispuesto a elegir en su ausencia como colega de Tito Manlio de no haberse interrumpido el orden de las elecciones. Los Juegos Apolinales se habían celebrado el año anterior, y el senado, a propuesta del pretor Calpurnio, decretó que se celebrasen también aquel año y se prometiesen con voto para todos los años. Aquel mismo año fueron observados y anunciados varios prodigios. La Victoria que estaba sobre el pináculo del templo de la Concordia ⁵³, alcanzada por un rayo y derribada, quedó enganchada en las Victorias que había en las antefijas y no se cayó al suelo. También llegaron noticias de que en Anagnia y Fregelas la mu-

⁵² El analista.

⁵³ En el foro. Dedicado en 304 (cf. IX 46, 6). Había otro en la ciudadela, dedicado en 216 (cf. XXIII 21, 7).

ralla y las puertas habían sido alcanzadas por rayos, que en el foro de Suberto habían corrido arroyos de sangre durante un día entero, que en Ereto había llovido piedra y en Reate había parido una mula. Estos prodigios fueron 6 expiados con víctimas mayores y se fijó un día de plegarias públicas y un novenario sacro. Varios sacerdotes públicos 7 murieron aquel año y se nombraron sustitutos: Marco Emilio Lépidio, para ocupar la plaza de Manio Emilio Númida, decénviro de los sacrificios; para el puesto de Marco Pomponio Matón, pontífice, Gayo Livio; en lugar de Espurio Carvilio Máximo, augur, Marco Servilio. No se hizo 8 nombramiento para ocupar la plaza del pontífice Tito Otacilio Craso porque murió al finalizar el año. Gayo Claudio, flamen de Júpiter, renunció a su cargo porque había presentado de forma indebida las entrañas de la víctima de un sacrificio.

*Pacto romano
con los etolios
contra
Filipo.*

*Ocupación de
Anticira*

Por las mismas fechas, Marco Valerio 24 Levino, después de haber sondeado en conversaciones secretas la actitud de los jefes etolios, acudió con una flota ligera a la asamblea de los etolios, cuya celebración había sido señalada previamente

con ese expreso fin. En ella presentó la toma de Siracusa 2 y de Capua como pruebas de los éxitos romanos en Sicilia y en Italia, y añadió que los romanos tenían una cos- 3 tumbre que les venía ya de sus antepasados: tratar bien a sus aliados; a unos les habían dado la ciudadanía en igualdad de derechos con ellos mismos y a otros los mantenían en una situación tal que preferían ser aliados mejor que ciudadanos; siendo los etolios el primer pueblo de ultramar 4 en estrechar lazos de amistad con Roma gozarían por ello de mayor consideración; Filipo y los macedonios eran 5 vecinos peligrosos para ellos, y él había quebrantado ya

su poder y su orgullo y además los iba a reducir a tal situación que no sólo tendrían que abandonar las ciudades que les habían quitado a los etolios por la fuerza sino que incluso Macedonia sería poco segura para ellos; y a los acarnanios, que se habían separado de la federación de los etolios con gran disgusto de éstos, los iba a reducir de nuevo a la antigua situación, sometidos a su ley y su control. Las promesas contenidas en estas palabras del general romano las confirmaron con su autoridad Escopas, que entonces era pretor ⁵⁴ de aquel pueblo, y Dorímaco, un etolio muy notable, exaltando el poder y la majestad del pueblo romano más fielmente y con menos reservas.

Con todo, lo que más les atraía era la esperanza de apoderarse de Acarnania. Se consignaron por escrito, por consiguiente, las condiciones en que pasaban a ser amigos y aliados del pueblo romano, añadiendo que si les parecía bien y querían, tuviesen los mismos vínculos de amistad los eleos y los lacedemonios y Átalo y Pléurato y Escerdiledo, reyes, Átalo de Asia y los otros dos de los tracios y los ilirios; los etolios iniciarían de inmediato una ofensiva por tierra contra Filipo, y los romanos les ayudarían con no menos de veinticinco quinquerrems; el suelo, los edificios, los muros y los campos de las ciudades desde Etolia hasta Corcira serían para los etolios, y para el pueblo romano todo el resto del botín, y los romanos pondrían los medios para que los etolios se hicieran con Acarnania; en caso de que los etolios firmaran la paz con Filipo, se haría constar por escrito en el tratado que la paz sería firme si desistía de hacer la guerra a los romanos y sus aliados y los pueblos que estaban sometidos a ellos; igualmente, el pueblo romano, en caso de llegar a una

⁵⁴ Traducción habitual para *strategós*.

alianza con el rey, pondría los medios para que éste no tuviese derecho a hacerles la guerra a los etolios y sus aliados. Éstos fueron los términos del acuerdo, y el documento fue depositado dos años más tarde en Olimpia por los etolios y en el Capitolio por los romanos, para que hubiera testimonio en los sagrados monumentos. El motivo del retraso fue el largo tiempo que estuvieron retenidos en Roma los embajadores etolios, lo cual no fue obstáculo, sin embargo, para pasar a la acción. Los etolios iniciaron inmediatamente la ofensiva contra Filipo y Levino tomó Zacinto⁵⁵ —es una pequeña isla próxima a Etolia; tiene una sola ciudad, del mismo nombre; la tomó al asalto excepto la ciudadela—, las Eníadas y Naso, en Acarnania, y se las entregó a los etolios. Convencido de que Filipo estaba bastante ocupado en la guerra que tenía al lado como para poder pensar en Italia y en los cartagineses y en sus pactos con Aníbal, Levino se retiró a Corcira.

La noticia de la defección de los etolios⁵⁶ le llegó a 25 Filipo cuando estaba en Pela⁵⁷ en sus cuarteles de invierno. Por ello, como al comienzo de la primavera pensaba marchar a Grecia con su ejército, con el objeto de que en Macedonia, a su retaguardia, el miedo mantuviera quietos a los ilirios y las ciudades vecinas a ellos, hizo una incursión por sorpresa en territorio de los oricinos⁵⁸ y apoloniatas, y a estos últimos, que habían salido fuera de sus muros, los rechazó otra vez hacia dentro, aterrados y presa de pán-

⁵⁵ Independiente hasta su toma por Filipo en 217 (POLIBIO, V 102, 10). Filipo la reconquistó de nuevo, probablemente en 207.

⁵⁶ Habían suscrito un acuerdo con Filipo hacía seis años.

⁵⁷ Capital de Macedonia.

⁵⁸ Orico, situado entre Apolonia y Corcira, había sido aliado de Roma desde 214 (XXIV 40).

3 nico. Después de devastar la zona próxima de Iliria dirigió
su marcha hacia Pelagonia con igual rapidez; a continua-
ción tomó Sintia, ciudad de los dárdanos que podría ser-
4 virles de paso a éstos hacia Macedonia. Después de estas
rápidas acciones, pensando en la guerra de los etolios com-
binada con la de los romanos bajó a Tesalia atravesando
5 Pelagonia, Linco ⁵⁹ y Botiea, pues estaba convencido de
que podría inducir a estos pueblos a emprender con él la
guerra contra los etolios; dejó a Perseo con cuatro mil hom-
bres en las gargantas de entrada a Tesalia para impedirles
6 el paso a los etolios; él, antes de meterse en operaciones
más importantes, llevó el ejército a Macedonia, y de allí
7 a Tracia, al país de los medos. Tenían éstos por costumbre
hacer incursiones en Macedonia desde que se dieron cuen-
ta de que el rey estaba ocupado en una guerra exterior
8 y el reino estaba desprotegido. Por eso, para quebrantar
las fuerzas de este pueblo, comenzó a devastar sus tierras
y simultáneamente a sitiar Ianforina, capital y fortaleza
9 de la Médica. Escopas, nada más enterarse de que el
rey había partido para Tracia y que estaba allí empeñado
en una guerra, armó a toda la juventud etolia y se dispuso
10 a invadir Acarnania. La población de los acarnanios era
inferior en fuerzas y además había perdido ya las Eníadas
y Naso, y veía que se le venía encima también una guerra
con Roma; para hacerles frente preparó una ofensiva, fruto
11 más de la rabia que de una decisión meditada. Después
de enviar a sus mujeres e hijos y a los mayores de sesenta
años al cercano Epiro, los que tenían entre dieciséis y se-
senta años juraron no volver si no era como vencedores;
12 para que nadie acogiese en su ciudad, en su casa, a su
mesa, en su hogar, al que abandonase vencido el campo

⁵⁹ Zona montañosa entre el alto Peneo y el Áoo.

de batalla, formularon una terrible maldición contra sus compatriotas, y contra sus huéspedes el conjuro más solemne de que fueron capaces; al mismo tiempo rogaron a los epirotas que enterrasen en una tumba común a todos los suyos que hubiesen caído en el campo de batalla y que sobre ella pusieran el siguiente epitafio: «Aquí yacen los acarnanios que sucumbieron luchando por su patria contra la injusta violencia de los etolios». Encendido así su coraje, acamparon frente al enemigo casi en su frontera. Enviaron mensajeros a informar a Filipo de lo crítico de su situación obligándolo a dejar la guerra que tenía al alcance de la mano, con Ianforina rendida y otros resultados favorables. Al principio, la noticia del juramento de los acarnanios había retrasado el ataque de los etolios; después, la de que llegaba Filipo les hizo incluso retroceder al interior de su territorio. Filipo, aunque había avanzado a marchas forzadas para evitar que los acarnanes fueran aplastados, no pasó de Dío⁶⁰; cuando después se enteró de que los etolios se habían retirado de Acarnania, regresó a su vez a Pela.

A comienzos de la primavera, salió Levino de Corcira con su flota, dobló el promontorio de Léucade y llegó a Naupacto, donde anunció que se dirigía a Antícira⁶¹, para que Escopas y los etolios estuviesen allí preparados. Antícira está situada en la Lócride, a la izquierda según se entra en el golfo de Corinto. Está a corta distancia de Naupacto tanto por tierra como por mar. Menos de tres días después comenzó el ataque simultáneo por tierra y mar. El acoso por mar era más fuerte porque por ese lado ata-

⁶⁰ Al pie del monte Olimpo, por la cara norte. Dominaba dos calzadas de gran importancia estratégica.

⁶¹ Ésta de Locros (a poco más de treinta Kms. del golfo de Corinto) es menos conocida que su homónima de la Fócide, en la costa sur, a unos quince Kms. de Delfos.

caban los romanos y a bordo de las naves había máquinas y artillería de todo tipo. Así, a los pocos días la ciudad se rindió y les fue entregada a los etolios; el botín, de acuerdo con lo pactado, fue para los romanos. Levino recibió una carta notificándole que había sido elegido cónsul en su ausencia y que llegaba Publio Sulpicio para relevarle. Pero él regresó a Roma más tarde de lo que todos esperaban, pues lo retuvo allí una larga enfermedad.

Marco Marcelo tomó posesión del consulado el quince de marzo y ese mismo día reunió al senado simplemente porque ésa era la costumbre, y manifestó que mientras estuviera ausente su colega, no trataría ningún asunto concerniente al Estado o a las provincias; dijo que estaba al corriente de que había muchos sicilianos en las cercanías de Roma en las villas de sus detractores; que estaba tan lejos de ser él quien les impidiese difundir abiertamente en Roma las acusaciones que le achacaban sus enemigos, que él mismo les habría concedido inmediatamente audiencia ante el senado si no anduvieran simulando sentir ciertos reparos en hablar de un cónsul en ausencia de su colega; ahora bien, en cuanto llegase su colega, no permitiría que se tratase ninguna cuestión antes de que los sicilianos se presentasen ante el senado; Marco Cornelio casi había hecho una leva en toda Sicilia para que viniera a Roma el mayor número a presentar quejas contra él, y había llenado la ciudad de cartas con el embuste de que en Sicilia continuaba la guerra, para rebajar su gloria. El cónsul adquirió aquel día reputación de hombre moderado, despidió al senado, y parecía que iba a haber una suspensión total de los asuntos públicos hasta que el otro cónsul llegase a la ciudad.

La inactividad, como de costumbre, suscitó rumores 10 entre la población. Se quejaban de la duración de la guerra y de la devastación, en las cercanías de Roma, de las tierras por donde había pasado Aníbal con su columna a la ofensiva, de las movilizaciones que habían extenuado Italia, de que casi cada año era aniquilado un ejército, de la 11 elección para el consulado de dos hombres belicosos, fogosos y soberbios en demasía que serían capaces de desencadenar una guerra incluso en tiempos de paz y calma, y con mayor razón durante la guerra iban a dejar sin resuello a la ciudadanía.

Un incendio que estalló en varios puntos a la vez 27 alrededor del foro la noche anterior al Quincuatro ⁶² cortó estos comentarios. Ardieron al mismo tiempo las siete 2 tiendas —cinco más tarde— y las oficinas de cambio que ahora se llaman Tiendas Nuevas; después fueron alcanza- 3 dos por las llamas los edificios privados ⁶³ —pues por entonces no había basílicas—, las Canteras ⁶⁴, la Plaza del Pescado y el Atrio Regio ⁶⁵. El templo de Vesta se salvó, 4 a duras penas, gracias sobre todo a los esfuerzos de trece esclavos, que fueron rescatados a expensas del Estado y manumitidos. El incendio continuó toda la noche y el día 5 siguiente, y nadie dudaba de que había sido intencionado, porque las llamas habían aparecido a la vez en numerosos puntos, alejados entre sí además. Por ello, el cónsul, con 6 la autorización del senado, anunció en asamblea pública

⁶² Festividad de Minerva que se celebraba del 19 al 23 de marzo (*Quinquatrus maior*). Había otra (*Quinquatrus minor*) a mediados de junio.

⁶³ Las «tiendas» del foro, que se alquilaban sobre todo a cambistas y banqueros, eran de propiedad pública.

⁶⁴ Las *lautumiae* eran antiguas cuevas en las que se emplazaron las cárceles.

⁶⁵ O Atrio de Vesta. Casa de las vestales.

que quien diese información acerca de los responsables del incendio sería recompensado con dinero si era libre y con
7 la libertad si era esclavo. Atraído por esta recompensa, un esclavo de los Calavios de Capua —su nombre era Mano— declaró que eran sus amos y otros cinco jóvenes de la nobleza campana cuyos padres habían sido decapitados por Quinto Fulvio quienes habían provocado aquel incendio e iban a provocar otros por toda la ciudad si no
8 eran detenidos. Fueron arrestados ellos y sus esclavos. Al principio trataron de restar crédito a la denuncia y al delator diciendo que éste el día anterior había sido azotado con las varas y se había escapado de sus amos, y por resentimiento, sin base alguna, a partir de un hecho fortuito
9 se había inventado un delito. Pero cuando se los sometió a un careo y en medio del foro comenzó el interrogatorio⁶⁶ de los cómplices del delito, confesaron todos y fueron castigados tanto los amos como sus esclavos cómplices. El delator fue recompensado con la libertad y con veinte mil ases.

10 A su paso por Capua, los campanos rodearon en masa al cónsul Levino suplicándole entre lágrimas que les permitiese ir a Roma a rogarle al senado que, si al menos entonces podía ablandarlo un poco la compasión, no consumase su perdición permitiendo que Quinto Flaco borrara para
11 siempre la estirpe de los campanos. Flaco aseguraba que él no tenía ninguna animosidad personal contra los campanos; era una enemistad patriótica, y lo seguiría siendo mientras supiera que su actitud hacia el pueblo romano no cambiaba, pues no había sobre la tierra ninguna nación, ningún
12 pueblo más hostil al nombre romano. Por eso los mantenía encerrados en sus murallas, porque cuando algunos por

⁶⁶ Bajo tortura, al tratarse de esclavos.

el medio que fuera lograban escapar vagaban por el campo como animales salvajes destrozando y matando cuanto encontraban a su paso. Unos habían huido al lado de Aníbal, 13 otros habían ido a Roma para incendiarla; el cónsul encontraría en el foro medio devorado por las llamas las huellas del crimen de los campanos. Habían asaltado el templo 14 de Vesta con su llama perenne, prenda del imperio de Roma marcada por el destino, custodiada en su santuario; en su opinión, era de lo más arriesgado darles a los campanos la posibilidad de entrar en las murallas de Roma. Levino les dijo a los campanos que lo siguieran a Roma, 15 después de que se comprometieron bajo juramento ante Flaco a estar de vuelta en Capua cinco días después de haber recibido la respuesta del senado. Flanqueado por 16 esta multitud, así como por los sicilianos que habían salido a su encuentro y lo habían seguido a Roma, daba la imagen de un hombre pesaroso por la destrucción de dos famosísimas ciudades que conducía a Roma como acusadores a los vencidos en la guerra por dos celebérrimos guerreros. Sin embargo, los dos cónsules sometieron primero a 17 debate en el senado la situación del Estado y las provincias.

Allí hizo Levino una exposición sobre 28

*Informe
ante el senado.*

*Medidas
militares.*

*Marcelo
cede Sicilia*

*a su
colega*

cómo estaban las cosas en Macedonia, en Grecia, con los etolios, los acarnanios y los locrenses, y sobre las operaciones que él había llevado allí a cabo por tierra y por mar; Filipo había sido rechazado por 2 él a Macedonia cuando les estaba haciendo la guerra a los etolios, y se había

retirado al interior de su reino; y por tanto se podía retirar de allí la legión: bastaba la flota para mantener al rey alejado de Italia. Éste fue el informe del cónsul en relación 3 con él mismo y con la provincia que le había sido enco-

mendada. A continuación los dos cónsules sometieron a debate el reparto de provincias. El senado decretó que uno de los cónsules se hiciera cargo de Italia y de la guerra con Aníbal, y que el otro se responsabilizara de la flota que había mandado Tito Otacilio y de Sicilia, con la colaboración del pretor Lucio Cincio. Les fueron asignados los dos ejércitos que estaban en Etruria y en la Galia, compuestos por cuatro legiones: las dos urbanas del año anterior serían enviadas a Etruria, y a la Galia las dos que había mandado el cónsul Sulpicio. Galia y sus legiones estarían bajo el mando de quien designase el cónsul al que correspondiese Italia. A Etruria fue enviado Gayo Calpurnio, al que después de su pretura le fue prorrogado el mando por un año; también a Quinto Fulvio le fue asignada Capua como provincia y se le prorrogó el mando por un año; se le dieron instrucciones de reducir el ejército de ciudadanos y de aliados de manera que de las dos legiones se formase una sola con cinco mil hombres de a pie y trescientos de a caballo, licenciando a los más veteranos, y que se mantuvieran siete mil aliados de infantería y trescientos de caballería siguiendo el mismo criterio de los años de servicios para licenciar a los antiguos soldados. A Gneo Fulvio, cónsul del año anterior, se le mantuvo la provincia, Apulia, y el ejército, sin ningún cambio; se le prorrogó el mando solamente por un año. Publio Sulpicio, su colega, recibió instrucciones de licenciar a todo su ejército⁶⁷ salvo las tripulaciones de las naves. También se dio orden de licenciar al ejército de Sicilia mandado por Marco Cornelio cuando el cónsul llegara a la provincia. Al pretor Lucio Cincio se le asignaron los excombatientes de

⁶⁷ Pero según se dice en XXVII 7, 15, mantenía aún una legión al año siguiente.

Cannas, dos legiones aproximadamente, para defender Sicilia. Otras tantas legiones le fueron asignadas al pretor 12 Volsón, para Cerdeña: las que había comandado Lucio Cornelio el año anterior en la misma provincia. Los cónsules 13 recibieron órdenes de alistar legiones urbanas sin incluir a ningún soldado de los que habían servido en los ejércitos de Marco Claudio, de Marco Valerio o de Quinto Fulvio, y sin que las legiones romanas sobrepasasen la cifra de veintiuna.

Una vez aprobados estos decretos del senado, los cón- 29 sules sortearon las provincias. A Marcelo le correspondió Sicilia y la flota, a Levino, Italia y la guerra con Aníbal. Los sicilianos, que estaban de pie a la espera del sorteo 2 con los ojos puestos en los cónsules, quedaron tan anonadados con este resultado, como si de nuevo hubiera sido tomada Siracusa, que sus llantos y lamentos atrajeron al instante todas las miradas y después dieron pie a comentarios. Vestidos de duelo visitaban los domicilios de los 3 senadores asegurando que abandonarían sus respectivas ciudades e incluso Sicilia entera si Marcelo volvía allí para un nuevo mandato; si éste se había mostrado implacable 4 con ellos la vez anterior sin que se lo merecieran en absoluto, ¿qué haría ahora, irritado porque sabía que los sicilianos habían acudido a Roma a presentar quejas contra él? Más le hubiera valido a aquella isla quedar sepultada bajo las cenizas del Etna o inundada por el mar, antes que ser entregada, por decirlo así, a su enemigo personal, para ser castigada. Estas lamentaciones de los sicilianos, presen- 5 tadas primero por los domicilios de la nobleza uno tras otro, difundidas después en conversaciones que hacía surgir en parte la compasión hacia los sicilianos y en parte la antipatía hacia Marcelo, llegaron también hasta el senado. Se les pidió a los cónsules que sometieran a deliberación 6

del senado una permuta de provincias. Marcelo decía que si los sicilianos hubieran sido oídos ya por el senado, su parecer sería distinto probablemente, pero que, para que nadie pudiera decir que el temor les impedía exponer libremente sus quejas contra quien los iba a tener en breve bajo su mando, él estaba dispuesto a permutar la provincia si su colega no tenía ningún inconveniente; pero pedía que previamente se pronunciara el senado, pues si era injusto dejarle al colega la opción de elegir provincia sin echarlo a suertes, ¿no era una injusticia mucho mayor, y hasta un insulto, traspasarle al colega lo que la suerte le había deparado a él?

Así, una vez que el senado expresó su parecer pero sin formalizar un decreto, se levantó la sesión. La permuta de provincias se llevó a efecto por acuerdo entre los cónsules, arrastrando el destino a Marcelo en dirección a Aníbal de suerte que sería el último de los generales romanos en caer precisamente cuando mayores eran los éxitos bélicos, para gloria de un enemigo sobre el que obtuvo el honor de una victoria ⁶⁸ después de tan severas derrotas.

Verificada la permuta de provincias, los sicilianos, recibidos en el senado, se extendieron hablando de la inalterable lealtad del rey Hierón con el pueblo romano, haciendo de ella un motivo de reconocimiento para todos; a Jerónimo, y después a los tiranos Hipócrates y Epicides, los habían odiado aparte de otros motivos por haber abandonado a los romanos pasándose a Aníbal; por esa razón los jóvenes de la aristocracia habían dado muerte a Jerónimo poco menos que por deci-

⁶⁸ La victoria de Nola, relatada en XXIII 16.

sión pública, y se habían conjurado setenta jóvenes de la más alta nobleza para matar a Epicides e Hipócrates; aquéllos, faltos de apoyo debido al retraso de Marcelo, que no había acercado su ejército a Siracusa en el momento convenido, habían sido delatados y los tiranos los habían matado a todos; incluso esa misma tiranía de Hipócrates y Epicides la había fomentado Marcelo al saquear Leontinos⁶⁹ de forma brutal. A partir de entonces los jefes de los siracusanos no habían cesado en ningún momento de dirigirse a Marcelo y asegurarle que le entregarían la ciudad cuando él quisiera; pero él, primero, había preferido tomarla por la fuerza, y después, como no lo había conseguido a pesar de intentarlo todo por tierra y por mar, había preferido como garantes de la entrega de Siracusa al herrero Sosis y al hispano Mérico antes que a los siracusanos principales, que tantas veces se le habían ofrecido infructuosamente para ello, evidentemente para tener un pretexto más plausible para expoliar y masacrar a los más antiguos aliados del pueblo romano. Si no hubiera sido Jerónimo sino el pueblo y el senado de Siracusa los que se hubiesen pasado a Aníbal, si a Marcelo le hubieran cerrado las puertas los siracusanos por decisión oficial y no los tiranos Hipócrates y Epicides que oprimían a los siracusanos, si le hubieran hecho la guerra al pueblo romano con el encono de los cartagineses, ¿qué habría podido hacer Marcelo peor que lo que había hecho, salvo destruir Siracusa? Realmente, aparte de las murallas y las casas de la ciudad saqueadas, aparte de los templos de los dioses, violados y expoliados llevándose a los propios dioses con sus ornamentos, aparte de esto en Siracusa no quedaba nada. A muchos además les habían sido arrebatados sus

⁶⁹ En XXIV 30, se relatan las imputaciones sobre el saqueo.

bienes hasta el extremo de que ni siquiera con el desnudo suelo podían sustentarse ellos y los suyos con lo que les quedaba de su fortuna saqueada. Rogaban a los senadores que hicieran restituir a sus propietarios, si no todo, sí al menos lo que quedaba y podía ser identificado. Después que expusieron estas quejas, Levino les mandó salir del recinto para que los senadores pudieran deliberar acerca de sus demandas, pero Marcelo dijo: «Mejor que se queden para dar mi réplica con ellos delante, puesto que dirigimos la guerra por vosotros, padres conscriptos, en la condición de tener por acusadores a quienes hemos vencido con las armas y de que las dos ciudades conquistadas este año sienten en el banquillo Capua a Fulvio y Siracusa a Marcelo».

Introducidos de nuevo en la curia los enviados, el cónsul dijo: «No me he olvidado, padres conscriptos, de la majestad del pueblo romano y de mi autoridad hasta el extremo de pensar en defenderme, yo, un cónsul, frente a las acusaciones de unos griegos⁷⁰, si los cargos fueran dirigidos contra mí personalmente; pero lo que está en cuestión no es lo que hice yo, ya que las leyes de la guerra me amparan en todo lo que hice frente a unos enemigos, sino más bien el trato que éstos debían recibir. Si ellos no fueron enemigos nuestros, no importa en absoluto si yo traté mal a Siracusa ahora o en vida de Hierón. Pero si, por el contrario, se rebelaron contra el pueblo romano, si atacaron con armas de hierro a nuestros embajadores⁷¹, si cerraron las murallas y la ciudad y las defendieron contra nosotros con tropas cartaginesas, ¿quién se va a indignar porque se haya tratado como a enemigos a quienes actuaron como tales? Rechacé la oferta de entrega de la

⁷⁰ Referencia al origen de las ciudades sicilianas como colonias griegas.

⁷¹ Cf. XXIV 33, 2.

ciudad hecha por los jefes siracusanos; preferí confiar en Sosis y el hispano Mérico para una empresa tan importante. Vosotros no sois los más humildes de los siracusanos, o no echaríais a otros en cara su baja condición social; ¿quién de vosotros me prometió en firme que me abriría las puertas, que dejaría entrar en la ciudad a mis soldados armados? Odiáis y maldecís a quienes lo hicieron, y ni siquiera aquí os priváis de pronunciar improperios contra ellos: ¡tan lejos estáis de haber tenido vosotros mismos intención de hacer algo semejante! Precisamente, padres conscriptos, la humilde condición de esos dos, que éstos me echan en cara, es la mejor prueba de que yo no rechacé a nadie que quisiera prestar un servicio a nuestro país. Además, antes de poner sitio a Siracusa intenté la paz, bien enviando embajadores o bien participando personalmente en conversaciones, y en vista de que no tenían recato en maltratar a mis embajadores y que ni a mí mismo se me daba una respuesta cuando me entrevisté delante de las puertas de la ciudad con sus jefes, después de pasar muchos trabajos por tierra y mar acabé por conquistar Siracusa con la fuerza de las armas. De lo que les ocurrió a los vencidos, sería más lógico que se quejaran ante Aníbal y sus derrotados cartagineses, y no ante el senado del pueblo vencedor. Si yo, padres conscriptos, hubiera tenido intención de negar que había entrado a saco en Siracusa, nunca adornaría la ciudad de Roma con sus despojos. Y en cuanto a lo que como vencedor le quité o le di a cada uno, sé perfectamente que actué de acuerdo con las leyes de la guerra, por un lado, y de acuerdo con lo que cada uno merecía, por otro. El que vosotros, padres conscriptos, ratifiquéis o no lo hecho, afecta más al Estado que a mí. Mi compromiso está realmente cumplido; concierne al Estado el que no hagáis para el futuro más remisos a

- 11 otros generales si desautorizáis mi actuación. Y puesto que habéis escuchado directamente mis palabras y las de los siracusanos, padres conscriptos, saldremos a la vez de la curia para que el senado pueda deliberar con mayor libertad no estando yo presente». Así, se retiraron los sicilianos y él se dirigió al Capitolio para ocuparse de la recluta.
- 32 El otro cónsul abrió el debate acerca de las demandas de los sicilianos. Durante el mismo se expusieron diferentes puntos de vista durante largo tiempo. Una gran parte
2 del senado, encabezada por Tito Manlio Torcuato, opinaba que se debía haber dirigido la guerra contra los tiranos, enemigos a un tiempo de Siracusa y del pueblo romano, y no haber tomado la ciudad por la fuerza sino haberla recuperado para darle estabilidad, una vez recuperada, sobre sus antiguas leyes y libertad, en lugar de quebrantarla con una guerra cuando estaba ya exhausta por su desdi-
3 chada esclavitud. En los enfrentamientos entre los tiranos y el general romano, situada en medio como premio del vencedor, había sucumbido una ciudad muy hermosa y muy noble, granero y tesoro del pueblo romano en otro tiempo, cuyas magníficas aportaciones habían ayudado y equipado al Estado en numerosas ocasiones, y, sin ir más lejos, en
4 aquella misma guerra púnica ⁷². Si el rey Hierón, el amigo más fiel del imperio romano, levantara la cabeza, ¿con qué cara se le podría enseñar Siracusa o Roma si, después de ver a su patria medio derruida y expoliada, cuando entrase en Roma iba a ver en el vestíbulo de la ciudad, casi a
5 la puerta, los despojos de su patria ⁷³? A pesar de que se decía esto y cosas parecidas por hostilidad hacia Marce-

⁷² Véase, por ejemplo, XXII 37, 1, y XXIII 21, 5 y 38, 13.

⁷³ Referencia a la ornamentación de los templos construidos por Marcelo fuera de la puerta Capena.

lo y compasión hacia los sicilianos, con todo, los senadores adoptaron un acuerdo más moderado: lo que Marco Marcelo había hecho en el curso de la guerra y después de la victoria, había que ratificarlo; en adelante se haría cargo el senado de los asuntos de Siracusa y encargaría al cónsul Levino que se ocupase de la suerte de aquella ciudad cuanto pudiese sin daño para el Estado. Se envió a dos senadores al Capitolio para que volviera el cónsul a la curia, se hizo entrar a los sicilianos y se leyó el decreto del senado. Los sicilianos, saludados y despedidos cortésmente, se echaron a los pies del cónsul Marcelo suplicándole que disculpara las cosas que habían dicho para deplorar y aliviar su desgracia, y que los acogiera a ellos y a la ciudad de Siracusa bajo su protección y patronazgo. El cónsul prometió hacerlo, les habló en tono amistoso y los despidió.

*El senado
recibe
a los campanos
y acuerda
deportar
a la mayoría*

A continuación se les concedió audiencia en el senado a los campanos; su discurso fue más conmovedor, su caso era más difícil. Efectivamente, ni podían negar que habían merecido castigo, ni había tiranos a los que echar las culpas;

pero creían que con tantos senadores muertos por el veneno y tantos decapitados habían pagado suficiente castigo; quedaban vivos unos pocos nobles a los que no había llevado al suicidio su propia conciencia o condenado a muerte la ira del vencedor; éstos, como ciudadanos⁷⁴ romanos unidos a Roma en gran parte por parentesco y por vínculos ya muy estrechos por matrimonios de antiguo, pedían la libertad para sí y para sus hijos y una parte de sus bienes.

⁷⁴ Ciudadanía concedida a los caballeros en 340 (VIII 11, 16), y a todos, *sine suffragio*, en 338 (VIII 14, 10).

4 Cuando se retiraron de la curia, durante unos momentos se dudó sobre si se debía hacer venir de Capua a Quinto Fulvio —pues el cónsul Claudio había muerto después⁷⁵ de la toma de la ciudad— para que estuviese presente en el debate el general que había dirigido las operaciones igual que se había discutido entre Marcelo y los sicilianos.

5 Después, al ver en el senado a Marco Atilio y Gayo Fulvio el hermano de Flaco, legados de éste ambos, y a Quinto Minucio y Lucio Veturio Filón, legados a su vez de Claudio, que habían participado en el desarrollo de todas las operaciones, ya que, por otra parte, no se quería ni hacer venir de Capua a Fulvio ni posponer la cuestión

6 de los campanos, se le pidió su opinión a Marco Atilio Régulo, la persona de más rango entre los que habían estado en Capua, y dijo: «Testifico que asistí al consejo con los cónsules después de la toma de Capua cuando se planteó la cuestión de si había algún campano que hubiese prestado algún buen servicio a nuestro país. Resultó que había

7 dos mujeres, Vestia Opia, una atelana residente en Capua, y Pácula Cluvia, que en otro tiempo había comerciado con su cuerpo. La primera había ofrecido diariamente sacrificios por la salvación y la victoria del pueblo romano, y la segunda había suministrado clandestinamente alimentos

8 a nuestros prisioneros; la actitud de todos los demás campanos con respecto a nosotros había sido como la de los cartagineses, y Quinto Fulvio hizo decapitar no a los más

9 culpables sino a los más influyentes. No veo cómo, sin un mandato del pueblo, puede el senado tratar la cuestión de los campanos, que son ciudadanos romanos; también en tiempo de nuestros antepasados, cuando la rebelión de los satricanos, se hizo así: el tribuno de la plebe Marco Antis-

10

⁷⁵ Ver 16, 1.

tio propuso previamente a la plebe, y ésta lo aprobó, que el senado quedase facultado para pronunciarse acerca de los satricanos. Mi opinión es, por consiguiente, que hay 11 que llegar a un acuerdo con los tribunos de la plebe para que uno de ellos, o varios, presenten una propuesta a la plebe en virtud de la cual tengamos la facultad de decidir acerca de los campanos». El tribuno de la plebe Lucio Ati- 12 lio, por iniciativa del senado, presentó la propuesta al pueblo en estos términos: «Con todos los campanos, atelanos, calatinos y sabatinos que se entregaron al procónsul Quinto Fulvio sometiéndose a la voluntad y al poder del pueblo romano, y con todos los que se entregaron juntamente con 13 ellos, y con todas las cosas que entregaron junto con sus personas: territorio, ciudad, cosas divinas y humanas, utensilios o cualquier otra cosa que entregaron, con todo esto yo os pregunto, Quirites, qué queréis que se haga». La 14 plebe expresó así su voluntad: «Lo que el senado por mayoría de los presentes acuerde bajo juramento, eso queremos y ordenamos».

En virtud de este plebiscito, un decreto del senado 34 les restituyó, como primera medida, los bienes y la libertad a Opia y a Cluvia: si querían reclamar del senado alguna otra compensación, que viniesen ellas a Roma. En cuanto 2 a los campanos, se adoptaron para cada familia resoluciones que no vale la pena enumerar en su totalidad. A unos 3 les serían confiscados los bienes, y ellos y sus hijos y esposas serían vendidos a excepción de las hijas que se hubiesen casado fuera antes de caer en poder del pueblo romano; otros serían encarcelados y más tarde se vería qué se 4 hacía con ellos; respecto a otros campanos, se hizo una división según el nivel de renta para confiscar o no sus bienes. Se acordó que les fuera devuelto a sus dueños el ganado aprehendido excepto los caballos, y también los

esclavos, excepto los adultos de sexo masculino, y los bienes
6 muebles. Todos los campanos, atelanos, calatinos y sabati-
nos, a no ser los que estaban con el enemigo ellos o sus
7 padres, se dispuso que fuesen libres con la condición de que
ninguno de ellos fuese ciudadano romano o de la confede-
ración latina y que ninguno de los que habían estado en
Capua mientras las puertas estaban cerradas se quedase
en la ciudad o en territorio campano después de una fecha
8 determinada; se les asignaría un lugar donde residir, al otro
lado del Tíber pero no colindante con el río; respecto a
los que no habían estado ni en Capua ni en ninguna ciu-
dad campana que se hubiese levantado en armas contra
el pueblo romano, se acordó que fuesen confinados a este
9 lado del río Liris, el que da a Roma, y que los que se
habían pasado a los romanos antes de la llegada de Aníbal
a Capua fuesen confinados al lado de acá del Volturno sin
que ninguno de ellos fuese propietario de tierras o edificios
10 a menos de quince millas del mar; los que fueran deporta-
dos más allá del Tíber, únicamente harían adquisiciones
o tendrían posesiones en territorio de Veyos, Sutrio o Ne-
pe, y esto sin sobrepasar el tope de las cincuenta yugadas
11 de tierra. Se acordó que fueran vendidos en Capua los
bienes de todos los senadores y de quienes habían desem-
peñado magistraturas en Capua, Atela o Calacia, y que
fueran enviados a Roma y en Roma vendidos los hombres
12 libres que habían sido destinados a la venta. Los cuadros
y las estatuas de bronce que se decían tomados al enemigo
fueron remitidos al colegio de los pontífices para determi-
13 nar cuáles eran sagrados y cuáles profanos. Debido a estos
decretos, los campanos se fueron bastante más abatidos
que cuando habían venido a Roma, y ya no protestaban
de la falta de humanidad de Quinto Fulvio para con ellos,
sino de la injusticia de los dioses y de su detestable suerte.

*Recluta
a expensas
de particulares.
Aportaciones
de oro.
Situación
de la guerra*

Después de despedir a los sicilianos y 35
los campanos, se hizo el reclutamiento.
Una vez alistadas las tropas se comenzó
a tratar del complemento de remeros.
Como para ese propósito no había ni 2
hombres bastantes ni en aquellas circuns-
tancias dinero alguno en el tesoro público
con el que agenciarlos y pagarles la soldada, los cónsules 3
publicaron un decreto disponiendo que los particulares, a
tenor de su renta y de su clase, como se había hecho ya
en otra ocasión ⁷⁶, proporcionasen remeros con paga y ví- 4
veres para treinta días. Ante este edicto fue tal la agita-
ción, tal la indignación de la población, que más que
condiciones para una sedición lo que faltó fue quien la
capitaneara. Después de los sicilianos y los campanos, se
pensaba, los cónsules la habían emprendido con el pueblo
romano para arruinarlo y destrozarlo. Esquilmado por 5
tantos años de impuestos, no le quedaba más que la tierra
desnuda y devastada. Las casas las había quemado el ene-
migo, los esclavos que cultivaban la tierra se los había lle-
vado el Estado, bien comprándolos a bajo precio para el
ejército o bien reclamándolos como remeros. Si a alguien 6
le quedaba algo de plata o de bronce, se les había ido en
pagas a los remeros o en los impuestos anuales. A dar lo
que no tenían no había fuerza ni autoridad que pudiera
obligarlos. Que vendieran sus bienes, que se ensañaran en
sus personas, lo único que les quedaba. Ni siquiera para
rescatarse a sí mismos les quedaba nada. Protestas de este 7
tipo se proferían, no en secreto, sino abiertamente en el
foro, a la vista de los propios cónsules, por parte de una
gran multitud que los rodeaba; los cónsules no eran capaces

⁷⁶ En 214. Cf. XXIV 11, 7-9.

de calmarla ni con recriminaciones ni con buenas palabras.

8 Finalmente, anunciaron que les daban tres días de plazo para reflexionar, y ellos a su vez los dedicaron a examinar

9 la situación y buscarle una salida. Reunieron al senado al día siguiente con el suplemento de remeros como tema. En la sesión, después de extenderse en consideraciones acerca de lo justificado de la negativa del pueblo, la conclusión a que apuntaron las intervenciones fue que era preciso imponer aquella carga a los particulares, fuese o no justa;

10 en efecto, ¿con qué se iban a procurar tripulaciones, si en el tesoro público no había dinero? Ahora bien, sin flota ¿cómo se podía conservar Sicilia, o tener a Filipo alejado de Italia, o mantener la seguridad de las costas de Italia?

36 En esta difícil situación el debate no avanzaba y las mentes estaban como embotadas; entonces el cónsul Levino

2 dijo que así como los magistrados eran superiores en autoridad al senado y el senado al pueblo, así también debían ser los primeros a la hora de asumir las cargas pesadas

3 y desagradables. «Si pretendes imponer algo a un inferior, los tendrás a todos más dispuestos a obedecer si primero tú te impones esa obligación a ti mismo y a los tuyos. Un impuesto no resulta gravoso cuando los demás ven que todos los principales cargan con una parte del mismo mayor de la que corresponde por individuo. Por consiguiente,

4 si queremos que el pueblo romano tenga flotas y las equippe, y que los particulares aporten remeros sin protestar, impongámonos primero nosotros esa misma obligación.

5 Llevemos mañana los senadores al tesoro público todo nuestro oro, plata y bronce acuñado, dejando cada uno un anillo para él, su mujer y sus hijos, y la *bullā* ⁷⁷ para su pequeño; y los que tengan mujer e hijas, una libra de oro por cada

⁷⁷ Que llevaban colgada del cuello los niños romanos nacidos libres.

una. Los que desempeñaron una magistratura curul, que 6
conserven una libra de plata y los arneses del caballo, para
que puedan tener un salero y un platillo para el culto de
los dioses. Los demás senadores, solamente una libra de 7
plata. En cuanto al bronce acuñado, dejémosle cinco mil
ases a cada cabeza de familia. Pero todo el oro restante, 8
la plata y el bronce acuñado llevémoslo inmediatamente
a los triúnviro de finanzas antes de aprobar ningún sena-
doconsulta, a fin de que esta contribución voluntaria y es-
ta porfía por prestar un servicio al Estado suscite la emula-
ción del orden ecuestre en primer lugar y del resto de la
población después. Éste es el único camino que hemos 9
encontrado los cónsules después de largas conversaciones
entre nosotros; seguidlo, y que los dioses nos ayuden. Un
Estado sólido preserva también fácilmente las propiedades
privadas; abandonando lo que es de todos, en vano tratas
de conservar lo que es tuyo».

Esta propuesta encontró una aceptación tan entusiásti- 10
ca que incluso se les dieron las gracias a los cónsules.
Se levantó la sesión, y cada uno de ellos lleva al tesoro 11
público su oro, plata y bronce acuñado en una porfía tal
que todos quieren que su nombre figure el primero, o en-
tre los primeros, en el registro público, de forma que no
dan abasto los triúnviro a recoger y los escribas a anotar.
A la respuesta unánime del senado siguió la del orden ecues- 12
tre, y a ésta, la de la plebe. Así, sin edictos, sin coerción
por parte de los magistrados, al Estado no le faltaron ni
remeros de complemento ni dinero ⁷⁸ para pagarles, y cuan-
do todo estuvo dispuesto para la guerra los cónsules par-
tieron hacia sus provincias.

⁷⁸ Estas contribuciones voluntarias fueron reembolsadas en los últi-
mos años de la guerra. Cf. XXIX 16, 1-3.

37 En ningún otro período de la guerra estuvieron los
cartagineses y los romanos más inciertos entre el miedo
y la esperanza, envueltos por igual en alternativas opuestas.
2 Para los romanos, en efecto, en las provincias, las derrotas
de Hispania de una parte y los éxitos de Sicilia de otra
3 habían equilibrado duelos y alegrías, mientras que en
Italia la pérdida de Tarento supuso daños y dolor, pero
el hecho de conservar, contra toda esperanza, la ciudadela
4 y su guarnición fue motivo de júbilo; y la alarma ines-
perada y el pánico del asedio y el ataque de Roma se trocó
5 en alegría con la toma de Capua a los pocos días. Tam-
bién en ultramar se contrapesaban las operaciones en una
especie de alternancia: Filipo se había vuelto enemigo en
un momento poco oportuno, pero se habían incorporado
como nuevos aliados los etolios y el rey asiático Átalo,
como si la fortuna anticipase ya el dominio de Oriente pa-
6 ra los romanos. A su vez los cartagineses veían compen-
sada la pérdida de Capua con la toma de Tarento, y si por
un lado anotaban en su haber la gloria de haber llegado
hasta las murallas de Roma sin que nadie se lo impidiera,
por otro estaban pesarosos por haber fracasado en su in-
7 tento y sentían la humillación de haber sido tomados tan
poco en serio que se había hecho salir hacia Hispania un
ejército romano por otra puerta cuando ellos estaban acam-
8 pados al pie de las murallas romanas. Incluso en la pro-
pia Hispania, cuando con la destrucción de dos ejércitos
y la muerte de dos generales tan importantes habían sido
mayores sus esperanzas de liquidar la guerra y expulsar
de allí a los romanos, más indignación sentían por el he-
cho de que Lucio Marcio, un jefe de circunstancias, hubie-
9 ra reducido a nada y frustrado su victoria. Así, al equi-
librarse la suerte, todo estaba en el aire para ambos ban-

dos, intactas las esperanzas, intacto el temor, como si las primeras acciones bélicas se iniciasen entonces.

Lo que más inquietaba a Aníbal era 38
el hecho de que Capua, atacada por los
Salapia romanos con más tenacidad de la que él
ponía en defenderla, le había enajenado
la voluntad de muchos pueblos de Italia,
a los que no podía tener sujetos con guarniciones a menos 2
que quisiera fragmentar su ejército en muchos cuerpos pequeños, cosa que entonces no era en absoluto conveniente, ni podía tampoco retirar las guarniciones y dejar la lealtad de los aliados abierta a la esperanza o condicionada por el miedo. Su temperamento propenso a la codicia y la crueldad 3
lo indujo a saquear lo que no podía defender, para dejárselo arrasado al enemigo. Fue ésta una estrategia 4
indigna tanto en su concepción como en sus resultados. Se enajenaba, en efecto, los ánimos no sólo de los que sufrían inmerecidamente sino también del resto, pues el precedente tenía repercusiones en muchos. Tampoco el 5
cónsul romano dejaba de tantear las ciudades por si por alguna parte despuntaba alguna esperanza.

En Salapia ⁷⁹ los ciudadanos principales eran Dasio y 6
Blatio. Dasio era amigo de Aníbal; Blatio favorecía la causa de Roma cuanto podía sin comprometerse, y por medio de mensajes secretos le había hecho concebir a Marcelo esperanzas de una rendición; pero sin la colaboración de Dasio no era posible llevar a efecto tal cosa. Después de 7
dudarlo mucho y durante largo tiempo, e incluso entonces más por falta de un plan mejor que por esperar que diera resultado, llamó a Dasio; pero éste, contrario al proyecto

⁷⁹ Entre Arpos y Cannas. Llegó a ser puerto del Adriático mediante la apertura de un canal.

por un lado y enemigo personal de su rival en el poder
8 por otro, le desveló a Aníbal el plan. Mandados llamar
los dos, cuando Aníbal estaba delante del tribunal despa-
chando algunos asuntos con intención de entrar en el de
Blatio en breve, cuando después de retirarse la gente que-
daban esperando el acusador y el acusado, Blatio propuso
9 a Dasio entregar la ciudad. Pero éste, como si fuera algo
evidente, dice en voz alta que ante los ojos de Aníbal se
le está proponiendo una traición. A Aníbal y al resto de
los presentes les pareció esto demasiado audaz para ser ve-
10 rosímil: sin duda, no era más que rivalidad y animosidad,
y se hacía una acusación que podía ser inventada sin ma-
yor inconveniente porque no podía tener testigos. Así pues,
11 se les mandó marchar. Pero Blatio no cejó en su audaz
empeño hasta que a fuerza de insistir y hacer ver lo venta-
joso que ello sería para ellos y para la ciudad consiguió
que Salapia y la guarnición cartaginesa, formada por qui-
12 nientos númidas, fuese entregada a Marcelo. No se pudo
llevar a cabo la rendición sin un gran derramamiento de
sangre. Aquellos jinetes eran con mucho los más aguerridos
de todo el ejército cartaginés. Por eso, a pesar de que
fue una acción por sorpresa y los caballos dentro de la
ciudad no podían evolucionar, sin embargo en pleno tu-
13 multo cogieron las armas e intentaron una salida, y como
no pudieron escapar, cayeron combatiendo hasta el últi-
mo, y no fueron más de cincuenta los que cayeron vivos en
14 poder del enemigo. La pérdida de este escuadrón de jinetes
fue para Aníbal bastante más sensible que la de Salapia⁸⁰;
a partir de entonces, el cartaginés ya nunca fue superior
con la caballería, en la que había radicado su mayor fuer-
za con gran diferencia.

⁸⁰ La había tenido seis años en su poder.

Tarento

Por las mismas fechas en la ciudadela 39 de Tarento la falta de víveres era casi insoportable; todas las esperanzas de la guarnición romana que se encontraba allí y del prefecto de la guarnición y de la ciudadela, Marco Livio, estaban puestas en los suministros enviados desde Sicilia; para que éstos se desplazaran sin 2 riesgo a través de las costas de Italia estaba estacionada en Regio una flota de cerca de veinte naves. Al mando de la flota y del convoy estaba Decio Quincio, un hombre 3 de nacimiento oscuro pero de historial militar brillante por muchas acciones intrépidas. En un principio, Marcelo le 4 había dejado cinco naves, las mayores de ellas dos trirremes; después, debido a la intrepidez de sus frecuentes acciones, le fueron asignadas además tres quinquerremes; por último, a fuerza de exigir de los aliados Regio ⁸¹, Velia 5 y Pesto las naves a que el pacto los obligaba, él mismo reunió una flota de veinte naves, como ya se ha dicho. A esta flota, que había salido de Regio, la salió al paso 6 Demócrates con igual número de naves tarentinas a unas quince millas de Tarento, cerca de Sapriorte. El romano, 7 que no preveía el encuentro que se iba a producir, navegaba a vela; pero cerca de Crotona y Síbaris ⁸² se había provisto de un suplemento de remeros y contaba con una flota muy bien equipada y armada en proporción al tamaño de las naves. Se dio la coincidencia, por otra parte, de que 8 amainó por completo el viento en el momento mismo en

⁸¹ Regio había estado bajo protección romana desde el año 280. La tomaron los campanos, pero Roma los desalojó en el 270. Un tratado la obligaba a suministrar tropas, pero por lo demás era independiente. Pesto, con población griega en su mayor parte, fue colonia romana desde 273.

⁸² Nombre antiguo de Turios (cf. XXV 15, 9).

que fueron avistados los enemigos, de modo que hubo tiempo suficiente para recoger el velamen y preparar remeros y soldados para el combate inminente. Rara vez en otras ocasiones fueron al choque con tanto ímpetu flotas regulares, y es que en su combate ponían en juego algo mucho más importante que ellas mismas: los tarentinos, que les habían quitado otra vez la ciudad a los romanos después de casi cien años ⁸³, combatían para liberar también la ciudadela y además con la esperanza de cortarles los suministros al enemigo si le arrebataban el dominio del mar en una batalla naval; los romanos combatían para demostrar, conservando la posesión de la ciudadela, que la pérdida de Tarento se debía no a la fuerza y el valor, sino a la traición y el engaño.

Así, pues, dada la señal, por ambas partes se lanzaron con los espolones al ataque; no hacían retroceder ninguna nave ni dejaban que el enemigo se distanciase cuando alguien le había enganchado una nave lanzando un gancho de hierro, y combatían a tan corta distancia que se desarrollaba la acción no sólo con armas arrojadas sino con la espada casi cuerpo a cuerpo. Las proas estaban pegadas una a otra, las popas viraban impulsadas por los remos enemigos; estaban tan apiñadas las naves que apenas caía en el mar sin dar en el blanco ningún proyectil; se atacaban frontalmente como si fueran formaciones de infantería, y los combatientes podían pasar de una nave a otra. Sin embargo, destacó entre las demás la lucha de las dos naves que iban a la cabeza de sus escuadras, que chocaron

⁸³ Tarento fue aliada de Roma desde su rendición en 272, hacía 62 años. Aunque su paso al bando de Aníbal fue responsabilidad de una minoría (XXV 8 ss.), su independencia quedó aminorada tras ser reconquistada por Roma.

entre sí. En la nave romana estaba el propio Quincio, en 15 la tarentina Nicón, Percón de sobrenombre, que odiaba a los romanos y era odiado por ellos a nivel no sólo público sino personal porque pertenecía a la facción que había entregado Tarento a Aníbal. Mientras Quincio peleaba y 16 a la vez alentaba a los suyos sin cubrirse, Nicón lo atravesó con la lanza; cuando cayó con las armas en la mano desplomándose en la parte delantera de la proa, el taren- 17 tino vencedor saltó prontamente a su nave, desconcertada por la pérdida del comandante, y rechazó al enemigo; la proa era ya de los tarentinos, la popa la maldefendían los romanos apelonados; de pronto apareció por popa otra trirreme enemiga; cogida así en medio, la nave romana fue 18 capturada. Cundió entonces el pánico en las demás, al ver apresada la nave pretoria, y huyendo en desbandada, unas se fueron a pique en alta mar y otras, impulsadas a remo hacia tierra, fueron presa en breve de los turinos y los metapontinos. De las naves de transporte que iban detrás con 19 los suministros, unas pocas cayeron en poder del enemigo y las otras, reorientando continuamente las velas a favor de los vientos cambiantes, se dirigieron a alta mar.

Por aquellos mismos días se desarrolló en Tarento la 20 acción con suerte bien diferente. Unos cuatro mil hombres que habían salido a aprovisionarse de trigo vagaban dispersos por los campos, y entonces, Livio, que mandaba la 21 ciudadela y la guarnición romana, atento a cualquier oportunidad para entrar en acción, envió desde la ciudadela dos mil quinientos hombres armados a las órdenes de Gayo Persio, un hombre de acción. Cayó éste sobre los que 22 vagaban desperdigados por los campos, haciendo estragos en ellos a mansalva durante largo tiempo, y a los pocos que se libraron los rechazó al interior de la ciudad, a cuyas puertas a medio abrir se lanzaron en su atropellada huida,

faltando poco para que la ciudad fuera tomada en aquel mismo ataque. Quedó así equilibrada la situación en Tarento, venciendo los romanos en tierra y los cartagineses por mar. Unos y otros vieron igualmente frustradas las esperanzas de víveres, que habían tenido al alcance de sus ojos.

40 Por las mismas fechas, cuando ya había transcurrido gran parte del año, llegó a Sicilia el cónsul Levino, esperado por los antiguos y los nuevos aliados; ante todo y sobre todo pensó en arreglar la situación de Siracusa, en desorden aún, pues la paz era reciente; a continuación marchó con sus tropas a Agrigento, donde la guerra aún continuaba, y que estaba ocupada por los cartagineses con una fuerte guarnición. La fortuna, además, favoreció su propósito. El general de los cartagineses era Hannón, pero todas las esperanzas estaban depositadas en Mútimes⁸⁴ y sus númidas. Éste andaba por toda Sicilia arrancándoles botín a los aliados de los romanos y no había forma de impedirle el regreso a Agrigento ni por la fuerza ni por la astucia, ni de impedirle salir cuando quería. Como debido a esto su fama hacía sombra ya incluso al renombre de su general, acabó por redundar en envidia, de suerte que ni siquiera sus triunfos, por venir de él, resultaban demasiado gratos a Hannón. Éste, al fin, le confió el mando de Mútimes a su propio hijo, en el convencimiento de que quitándole el mando acabaría también con el ascendiente que tenía entre los númidas. Pero el resultado fue muy otro, pues incrementó la popularidad de aquél con su antipatía; además, Mútimes no toleró la humillación de aquella injusticia y al instante envió clan-

⁸⁴ Enviado por Aníbal: XXV 40.

destinamente mensajeros a Levino para entregarle Agrigento. Después que éstos dieron garantías y se acordó la forma 8 de llevar a cabo la operación, los númidas ocuparon la puerta que daba al mar después de poner en fuga o dar muerte a sus guardianes, e hicieron entrar en la ciudad a los romanos enviados precisamente con ese propósito. Cuando la columna avanzaba ya por el centro de la ciudad 9 y por el foro con gran tumulto, Hannón, pensando que no era más que un motín, una sublevación de los númidas como ya había ocurrido en otra ocasión, se puso en marcha para reprimir la revuelta. Pero cuando divisó desde 10 lejos una multitud más numerosa que la de los númidas y llegó a sus oídos el sonido de voces romanas que tan bien conocía, emprendió la huida antes de llegar a la distancia de un tiro de dardo. Salió por la puerta del otro 11 lado acompañado de Epicides y con unos pocos más llegó hasta el mar; encontraron muy a punto una pequeña embarcación y dejando al enemigo en Sicilia, por la que habían combatido tantos años, cruzaron a África. La multitud restante de cartagineses y sicilianos, sin intentar siquiera oponer resistencia, se lanzaron a una huida ciega, y como las salidas estaban bloqueadas fueron muertos junto a las puertas.

Una vez en su poder la ciudad, Levino hizo azotar y 13 decapitar a los que mandaban en Agrigento; a los demás los vendió junto con el botín; el dinero lo mandó todo a Roma. Al difundirse por Sicilia la noticia del desastre 14 de los agrigentinos, todos se pusieron de pronto a favor de los romanos. En poco tiempo se rindieron veinte plazas, seis fueron tomadas por la fuerza y cerca de cuarenta se pusieron voluntariamente bajo la protección de Roma. El cónsul recompensó y castigó a los principales de estas 15 ciudades según los merecimientos de cada cual, y obligó

a los sicilianos a deponer por fin las armas y dedicarse
 16 al cultivo de la tierra para que la isla produjese alimentos
 para sus habitantes y además aliviase la falta de víveres
 de Roma y de Italia igual que había hecho en multitud
 de ocasiones. De Agatirna ⁸⁵ se llevó consigo a Italia a
 17 una muchedumbre abigarrada. Eran cuatro mil hombres,
 una mezcolanza de las más diversas procedencias: desterra-
 dos, deudores insolventes, en su mayoría autores de homi-
 cidios cometidos cuando vivían en sus propias ciudades y
 bajo sus leyes, los cuales después que el azar los había
 reunido por motivos diversos en Agatirna malvivían del
 18 robo y del pillaje. Levino consideró poco seguro dejar en
 la isla, que entonces comenzaba a consolidarse sobre la
 paz reciente, a aquella gente germen de disturbios, que,
 por otra parte, podía ser de utilidad para los reginos, nece-
 sitados de gente habituada al pillaje con miras a devastar
 el Brucio. Y por lo que a Sicilia se refiere, la guerra quedó
 resuelta aquel año.

- 41 *En Hispania,
 Escipión inicia
 la marcha
 sobre
 Cartagena* En Hispania ⁸⁶, a principios de la pri-
 mavera, Publio Escipión botó al mar sus
 naves y mediante un edicto citó en Tar-
 ragona a las fuerzas aliadas auxiliares,
 y ordenó a la flota y las naves de trans-
 porte dirigirse de allí a la desembocadura del río Ebro.
 2 Después de dar orden de que acudieran también allí las
 legiones desde los cuarteles de invierno, él salió de Tarra-
 gona con cinco mil aliados para unirse al ejército. Cuando
 llegó, consideró que debía hablar especialmente a los vete-
 ranos supervivientes a tantas derrotas; convocada la asam-
 3 blea, habló así: «Ningún general nuevo anterior a mí pudo
 dar las gracias justa y merecidamente a sus hombres antes

⁸⁵ Puerto situado en la costa nororiental de Sicilia, al oeste de *Tyndaris*.

⁸⁶ Se retoma la narración interrumpida en 20, 6.

de haber contado con sus servicios; la fortuna ha hecho 4
que yo, antes de tomar contacto con la provincia o el cam-
pamento, os estuviera agradecido, en primer lugar, por la
devoción que profesasteis a mi padre y a mi tío antes y
después de su muerte y, en segundo lugar, porque con 5
vuestro valor conservasteis intacta para el pueblo romano
y para mí, su sucesor, la posesión de esta provincia, perdi-
da con tan graves reveses. Pero ahora que por la bondad 6
de los dioses nos preparamos y ponemos manos a la obra
no para quedarnos nosotros en Hispania sino para que no
se queden los cartagineses, no para impedir el paso al ene-
migo manteniéndonos quietos ante la orilla del Ebro sino
para pasar nosotros al otro lado y llevar allí la guerra,
temo que a alguno de vosotros pueda parecerle este pro- 7
yecto más ambicioso y audaz de lo que corresponde al
recuerdo de las derrotas sufridas recientemente y a mi
edad. Las derrotas de Hispania nadie puede olvidarlas 8
menos que yo, pues mataron a mi padre y a mi tío en un
espacio de treinta días para que en nuestra familia se suce-
diera un motivo de luto tras otro; pero así como el ser 9
casi huérfano y estar casi solo en mi familia me rompe
el corazón, así también la fortuna y el valor de mi país
me llevan a no desesperar del resultado final. Por alguna
forma de la fatalidad, nuestro destino es que en todas las
guerras importantes salgamos victoriosos de las derrotas.

Prescindo de las antiguas, de Porsena, de los galos, 10
de los samnitas; comenzaré desde las guerras púnicas.
¿Cuántas flotas, cuántos generales, cuántos ejércitos no se
perdieron en la primera? ¿Qué decir de ésta de ahora? 11
Estuve presente en todas las derrotas, y aquellas en las que
no estuve presente las sentí más que nadie. Trebia, Trasi-
meno, Cannas, ¿qué son sino recordatorios de la pérdida
de ejércitos y cónsules romanos? Añádase la defección de 12

Italia, de la mayor parte de Sicilia, de Cerdeña; añádase el pánico de la amenaza definitiva, el campamento cartaginés plantado entre el Anio y las murallas romanas, y la visión de Aníbal victorioso casi a las puertas. Cuando todo se venía así abajo, se mantuvo íntegro e inmutable el valor del pueblo romano; levantó todas estas ruinas y las man-
13 tuvo en pie. Vosotros, soldados, bajo el mando y los auspicios de mi padre, fuisteis los primeros haciendo frente a Asdrúbal cuando, después de la derrota de Cannas, se dirigía hacia los Alpes e Italia, y si se hubiese reunido con su hermano ya no existiría el nombre de Roma; y este
14 éxito compensó aquel revés. Ahora, por la benevolencia de los dioses, las cosas se desarrollan en Italia y en Sicilia de forma favorable y próspera todas, mejor y más afortunadas de día en día. En Sicilia hemos tomado Siracusa
15 y Agrigento, los enemigos han sido arrojados de toda la isla, y la provincia, reconquistada, está bajo el dominio del pueblo romano. En Italia hemos recuperado Arpos, y
16 Capua ha caído. Aníbal, después de recorrer todo el camino de vuelta desde la ciudad de Roma en precipitada huida, rechazado hasta el más apartado rincón del territorio del Brucio, no pide ya a los dioses nada mejor que poder
17 retirarse y salir con vida del territorio enemigo. ¿No sería el mayor de los contrasentidos, soldados, que decayera vuestra moral ahora que allí todo es favorable y sonriente, cuando vosotros aquí con mis padres —permítaseme equipararlos incluso con el mismo honroso título— sostuvisteis la vacilante fortuna del pueblo romano en un momento en que los desastres se sucedían unos a otros y hasta los propios dioses parecían estar de parte de Aníbal? ¡Ojalá también los acontecimientos recientes se hubieran desarrollado
18 sin mayor duelo por mi parte que por la vuestra! ⁸⁷.

⁸⁷ Seguimos la hipótesis *uestro transissent* para la laguna del texto.

Ahora, los dioses inmortales protectores del imperio romano que inspiraron a todas las centurias la voluntad de que se me diera el mando, esos mismos dioses, con augurios y auspicios, e incluso por medio de visiones nocturnas, sólo me vaticinan éxito y prosperidad. También mi ins- 19
tinto, mi adivino más fiable hasta la fecha, presiente que Hispania es nuestra, que en breve todos los cartagineses, arrojados de aquí, llenarán mares y tierras con una huida vergonzosa. Eso que el instinto por sí solo presiente se ve 20
confirmado por un razonamiento que no engaña. Maltratados por ellos, sus aliados imploran vuestra protección por medio de embajadas; tres generales, mal avenidos hasta el extremo casi de traicionarse unos a otros, desmembraron el ejército en tres cuerpos tirando de ellos en direcciones completamente opuestas. Cae sobre ellos la misma 21
mala suerte que antes nos agobió a nosotros, pues son abandonados por sus aliados igual que antes nosotros por los celtíberos, y han dividido las fuerzas, cosa que significó la ruina para mi padre y mi tío; ni las desavenencias 22
internas les permitirán unirse, ni podrán resistírsenos por separado. Vosotros, soldados, basta con que seáis leales al nombre de los Escipiones, al vástago de vuestros generales que rebrota como cuando se corta del tronco una rama. Adelante, veteranos, conducid al nuevo ejército y al nuevo 23
general al otro lado del Ebro, llevadlos a esas tierras tantas veces recorridas por vosotros con tantas acciones valerosas. Igual que ahora reconocéis en mí el rostro, la mirada, 24
los rasgos físicos de mi padre y de mi tío, yo conseguiré en breve devolveros también la imagen de su genio, su lealtad y su valor, de forma que pueda decirse a sí mismo cada uno de vosotros que el general Escipión ha resucitado o ha vuelto a nacer».

42 Después de caldear los ánimos de los soldados con esta arenga dejó a Marco Silano con tres mil hombres de a pie y trescientos de a caballo para defender aquella comarca y cruzó el Ebro con todas las tropas restantes, veinticinco mil hombres de infantería y dos mil quinientos de 2 caballería. Algunos entonces trataron de convencerlo para que, puesto que los ejércitos cartagineses se habían separado en tres direcciones tan distintas, atacase al más próximo; él pensó que tal acción entrañaba el peligro de llevarlos a reunirse y no poder hacer frente uno solo a tantos 3 ejércitos, y decidió atacar entretanto Cartagena, ciudad de por sí opulenta por sus propios recursos y llena además de toda clase de material bélico del enemigo. Allí estaban las armas, allí estaba el dinero, allí estaban los rehenes 4 de toda Hispania; su situación, por otra parte, era muy a propósito para cruzar a África y además dominaba un puerto suficientemente amplio para cualquier tipo de flota, y no sé si el único de la costa de Hispania de cara al Mediterráneo.

5 Salvo Gayo Lelio, nadie en absoluto sabía a dónde se dirigían. Éste había recibido instrucciones de dar un rodeo con la flota controlando la velocidad de las naves de forma que entrase en el puerto la flota al mismo tiempo que 6 Escipión aparecía por tierra con el ejército. Seis días después de dejar el Ebro llegaron a Cartagena al mismo tiempo por tierra y por mar. El campamento se situó en la zona norte de la ciudad; en la parte de atrás se levantó una empalizada, pues el frente estaba protegido por la 7 naturaleza del terreno. Y es que la situación de Cartagena es la siguiente ⁸⁸: aproximadamente en el centro de la costa

⁸⁸ Los errores de orientación de la ciudad (en torno a los noventa grados) aparecen en Polibio, cuya descripción es más detallada.

de Hispania hay una bahía abierta especialmente al viento del sudoeste; entra tierra adentro unas dos millas y media, con una anchura de algo más de mil doscientos pies. A la entrada de esta ensenada, una pequeña isla hace de barrera frente al mar abierto y resguarda el puerto de todos los vientos salvo el sudoeste. De la parte más entrante de la bahía arranca una península, precisamente el relieve sobre el que está construida la ciudad, rodeada por el mar al este y al sur; al oeste la cierra una laguna, que se extiende también un poco hacia el norte, con una profundidad variable según esté alta o baja la marea. Una loma de cerca de doscientos cincuenta pasos de ancho une la ciudad al continente. A pesar de que por este lado la fortificación no hubiera sido muy laboriosa, el general romano no levantó empalizada, tal vez para mostrar ante el enemigo una orgullosa confianza o tal vez para tener libre el camino de vuelta cada vez que se acercase a las murallas de la ciudad.

*Nueva arenga de
Escipión.
Primer
y segundo asalto
a Cartagena*

Después de concluir todos los demás trabajos de fortificación que eran necesarios alineó además las naves en el puerto dando a entender que el bloqueo era también marítimo; pasó revista a la flota y advirtió a los capitanes de las naves que estuviesen muy atentos a no descuidar las guardias nocturnas, que el enemigo al principio del asedio lo intenta todo por cualquier punto. De regreso al campamento, con el objeto de explicarles a los soldados las razones de su plan de iniciar las operaciones precisamente con el asedio de una ciudad y de infundirles con su arenga la confianza en conquistarla, reunió la asamblea y habló en estos términos:

«El que se imagine que os he traído aquí, soldados, únicamente para atacar una ciudad, ha calculado vuestro

trabajo más que las ventajas; es verdad, efectivamente, que vais a atacar las murallas de una sola ciudad, pero en esta
4 única ciudad conquistaréis Hispania entera. Aquí están los rehenes de todos los reyes y pueblos más conocidos, que una vez en vuestro poder os harán dueños de todo lo que
5 está bajo el dominio de los cartagineses. Aquí está todo el dinero de los enemigos, sin el cual ellos no pueden llevar adelante la guerra, puesto que mantienen ejércitos mercenarios, y a nosotros nos será sumamente útil para atraernos
6 la voluntad de los bárbaros. Aquí están las catapultas, las armas y todo el material bélico, que os equipará a vosotros y al mismo tiempo dejará sin nada al enemigo.
7 Tomaremos, además, una ciudad muy hermosa y rica, muy estratégica, por otra parte, por su magnífico puerto, desde donde se nos puede suministrar por tierra y por mar todo lo que requiere la práctica de la guerra. Esto representará una gran ventaja para nosotros y una pérdida mucho mayor para el enemigo. Ésta es su ciudadela, su granero, su tesoro público, su arsenal, aquí es donde lo almacenan todo; hasta aquí se llega desde África directamente; éste es el único fondeadero desde los Pirineos hasta Cádiz; desde aquí amenaza África a toda Hispania...»⁸⁹.
44 ...había armado. Al ver que se preparaba el ataque por tierra y por mar, dispuso sus tropas de la forma
2 siguiente: situó a dos mil habitantes de la plaza en el lado próximo al campamento romano, puso en la ciudadela⁹⁰ una guarnición de quinientos hombres, colocó otros quinientos donde la ciudad se elevaba hacia el este; a todos los demás les ordenó estar pendientes de todo y acudir a

⁸⁹ Se ha perdido la parte final del discurso de Escipión y el comienzo del capítulo siguiente.

⁹⁰ Próxima a la muralla por su lado noroeste.

donde los gritos o una emergencia reclamasen su presencia. Después abrió la puerta y mandó salir a los que había 3 alineado en el camino que llevaba al campamento enemigo. Los romanos, siguiendo órdenes personales del general, retrocedieron un poco para estar más cerca de los refuerzos que se iban a enviar en el momento mismo del combate. Al principio se enfrentaron contingentes simila- 4 res de tropas; después, los refuerzos enviados sucesivamente desde el campamento obligaron a los enemigos a emprender la huida, siguiéndolos además tan de cerca en su desbandada que si no hubiese mandado tocar a retirada podrían haber irrumpido en la ciudad juntamente con los fugitivos.

La alarma no fue ciertamente menor en toda la ciudad 5 que en el campo de batalla; muchos puestos de guardia fueron abandonados en una huida despavorida, y también los muros al saltar de ellos cada uno por donde le cogía más a mano. Cuando Escipión, que había salido hasta 6 la llamada Colina de Mercurio, se percató de que las murallas estaban desguarnecidas de defensores en muchos tramos, hizo salir a todos del campamento y les dio orden de avanzar al asalto de la ciudad y llevar escalas. Él, 7 protegido por los escudos que tres jóvenes vigorosos sostenían ante él, pues era ya muy grande la cantidad de dardos de todo tipo que salían volando de los muros, se acercó a la ciudad. Animaba, daba las órdenes precisas, y, cosa 8 que tenía gran importancia para enardecer los ánimos de los soldados, estaba allí presente como testigo ocular del valor o la cobardía de cada cual. Por eso corren arros- 9 trando heridas y armas arrojadizas; ni los muros ni los combatientes que hay sobre ellos pueden impedir que rivalicen por escalarlos. También se inició al mismo tiempo 10 el ataque naval de la parte de la ciudad que baña el mar;

pero por ese lado era mayor el ruido que la fuerza que
11 se podía emplear. Mientras abordan, mientras desembarcan precipitadamente escalas y hombres, mientras se apresuran a saltar a tierra por el sitio más a mano, se estorban unos a otros con las propias prisas por ser los primeros.

45 Entretanto el cartaginés había llenado ya las murallas de nuevo con hombres armados; tenían a su disposición un buen número de la enorme cantidad de proyectiles acumulada, pero la mejor defensa no eran los combatientes ni los proyectiles ni ninguna otra cosa, sino las propias murallas. Pocas escalas, en efecto, podían alcanzar su altura, y las que eran más largas eran por ello menos sólidas.
2 En consecuencia, como el que iba en cabeza no podía ganar el muro y sin embargo subían otros detrás, se rompían con el peso. Aun en caso de resistir las escalas, algunos caían a tierra al nublárseles la vista con la altura.
4 Como escalas y hombres se estaban viniendo abajo en todas partes y precisamente este resultado incrementaba la audacia y el entusiasmo de los enemigos, se dio la señal
5 de retirada, y esto de momento les dio a los sitiados un respiro después de las fatigas de tan reñido combate y además la esperanza de que tampoco en el futuro se podría tomar la ciudad con escalas o cerco, mientras que los trabajos de asedio eran difíciles y darían tiempo a que sus generales acudieran en su ayuda.

6 Apenas se había calmado la confusión del primer asalto cuando Escipión ordenó que otros hombres de refresco se hicieran cargo de las escalas de los que estaban agotados
7 o heridos y atacaran la ciudad con mayor brío. En cuanto se le informó de que bajaba la marea, como unos pescadores tarraconenses que habían recorrido la laguna en barcas o a pie cuando éstas quedaban varadas le habían dicho que se podía pasar a pie hasta la muralla sin dificultad,

marchó hacia allí llevando consigo quinientos hombres. Era cerca de mediodía, y aparte de que al bajar la marea ⁸ en su movimiento natural hacía decrecer el nivel del agua, se levantó además un fuerte viento del norte que empujaba el agua de la laguna a favor de la bajamar, dejando los vados con tan poco nivel que en algunos sitios el agua sólo llegaba al ombligo y en otros apenas llegaba más arriba de las rodillas. Esta circunstancia la había previsto Escipión ⁹ después de un cuidadoso examen, pero la atribuyó a una intervención extraordinaria de los dioses, los cuales, para que pudieran pasar los romanos, hacían retroceder al mar y vaciaban la laguna abriendo caminos jamás pisados hasta entonces por el pie del hombre. Ordenó seguir a Neptuno como guía de su marcha y avanzar por el centro de la laguna hasta salir a las murallas.

*Toma
y saqueo
de Cartagena.
Botín.
Recompensas*

Los que atacaban desde tierra tenían ⁴⁶ enormes dificultades. Aparte del obstáculo que suponía la altura de las murallas, los defensores tenían a los romanos a merced de sus disparos desde los dos lados, de forma que los que subían tenían más amenazados los flancos que el frente. Pero, en el otro lado, a los quinientos ² les fue fácil cruzar la laguna y subir a continuación a la muralla, pues no se había construido ninguna protección en aquel sector por considerarlo suficientemente guarnecido por su posición y por la laguna, y tampoco había la barrera de ningún puesto de guardia o vigilancia, al estar todos pendientes de acudir a ayudar allí donde se presentara el peligro.

Una vez que penetraron en la ciudad sin resistencia, ³ siguieron adelante, corriendo cuanto podían, hacia la puerta en torno a la cual se había concentrado toda la acción. Tan centrados estaban en ella no sólo los ánimos sino los ⁴

ojos y los oídos de todos los combatientes y de los que observaban y animaban a los combatientes, que nadie se dio cuenta de que detrás de ellos la ciudad había sido ocupada hasta que los dardos cayeron sobre sus espaldas y el enemigo los tenía entre dos fuegos. Cundió entonces el pánico entre los defensores, y se ocuparon los muros y comenzó el derribo de la puerta tanto desde dentro como desde el exterior; en poco tiempo, destrozados a fuerza de cortes los batientes y retirados para que no estorbasen el paso, entraron las tropas a la carga. También salvó las murallas un gran número, pero éstos se dedicaron a hacer estragos a mansalva entre los habitantes de la ciudad; los que habían penetrado por la puerta, en formación regular con sus jefes, avanzaron en filas hacia el foro por el centro de la ciudad. Desde allí vio Escipión que los enemigos huían en dos direcciones, unos hacia la loma que quedaba al este y que estaba defendida por una guarnición de quinientos hombres, y otros hacia la ciudadela, donde había ido a refugiarse el propio Magón con casi todos los efectivos desalojados de las murallas; entonces envió parte de sus tropas a asaltar la loma y él marchó hacia la ciudadela al frente del resto. La loma fue tomada al primer asalto, y Magón, después de intentar defender la ciudadela, al ver que todo estaba lleno de enemigos y que las esperanzas eran nulas, se entregó con la ciudadela y la guarnición. Hasta que se rindió la ciudadela, la matanza indiscriminada continuó en toda la ciudad sin perdonar a ninguno de cuantos adultos se encontraron; después, a una señal dada, se puso fin a la matanza, dedicando los vencedores su atención al botín, que fue enorme y de todo tipo.

Fueron hechos prisioneros cerca de diez mil varones libres; de éstos, a los que eran ciudadanos de Cartagena

Escipión les devolvió la ciudad y todo lo que les pertenecía y que la contienda había respetado. Cerca de dos mil 2 eran artesanos; a éstos los declaró propiedad del pueblo romano, con la posibilidad de una liberación cercana si colaboraban eficazmente en los trabajos de la guerra. A los demás, residentes jóvenes y esclavos sanos, los des- 3 tinó como remeros de refuerzo a la flota, que se había incrementado con la captura de ocho ⁹¹ naves. Además 4 de toda esta multitud estaban los rehenes hispanos, que fueron tratados con la misma consideración que si fueran hijos de aliados. Se aprehendió también una enorme canti- 5 dad de material bélico: ciento veinte catapultas de las de mayor tamaño, doscientas ochenta y una más pequeñas; ballestas grandes, veintitrés; pequeñas, cincuenta y dos; una 6 enorme cantidad de escorpiones grandes y pequeños, y de armas defensivas y ofensivas; setenta y cuatro enseñas militares. También se le llevó al general gran cantidad de 7 oro y plata: doscientas setenta y seis páteras de oro, casi todas de una libra de peso; dieciocho mil trescientas libras de plata, acuñada y en bruto, y un gran número de vasos de plata. Todo esto fue pesado y contado por el cuestor 8 Gayo Flaminio. Y cuatrocientos mil modios de trigo y doscientos setenta mil de cebada. Sesenta y tres naves de 9 carga fueron abordadas y capturadas en el puerto, algunas con su cargamento: trigo, armas, y también bronce y hierro, y velas, y esparto y otros materiales navales para equi- 10 par una flota, de forma que la propia Cartagena fue lo menos importante entre tanto material de guerra conquistado.

Aquel mismo día Escipión encargó a Gayo Lelio de 11 la vigilancia de la ciudad con las tripulaciones de las naves,

⁹¹ Según Polibio, dieciocho.

2 llevó él mismo las legiones de vuelta al campamento y mandó reponer fuerzas a sus hombres extenuados por todas las acciones de guerra de aquel día, puesto que habían combatido en una batalla campal y habían afrontado tantos trabajos y tanto peligro para tomar la ciudad, y después de tomarla habían luchado, desde una posición desfavorable además, con los que se habían refugiado en la
3 ciudadela. Al día siguiente reunió a las tropas de tierra y a la marinería y en primer lugar rindió alabanza y dio gracias a los dioses inmortales, que no sólo le habían hecho dueño en un solo día de la ciudad más rica de Hispania sino que anteriormente habían concentrado en ella todas las riquezas de África y de Hispania, de forma que al enemigo no le quedaba nada y a él y los suyos les sobra-
4 ba de todo. A continuación elogió el valor de sus hombres porque ni la salida de los enemigos, ni la altura de las murallas, ni el desconocimiento de los vados de la laguna, ni el fuerte situado en lo alto de una colina, ni la ciudadela bien fortificada les había impedido abrir brecha y superar-
5 lo todo. Por eso, aunque se lo debía todo a todos, el principal honor, el de la corona mural, era para el primero que se había encaramado a la muralla; que se presentara
6 el que se considerase merecedor de tal galardón. Se presentaron dos, Quinto Trebelio, centurión de la cuarta legión, y Sexto Digicio, un soldado de marina. La rivalidad entre ellos dos era menos fuerte que la pasión que suscitó
7 cada uno de ellos entre los hombres de su ejército. Gayo Lelio, prefecto de la flota, estaba a favor de los soldados de marina, y Marco Sempronio Tuditano, de los legionarios.
8 Como este enfrentamiento estaba a punto de degenerar en una revuelta, Escipión hizo saber que iba a nombrar tres jueces árbitros para que después de hacer una investigación y oír a los testigos decidiesen cuál de los dos había

salvado el muro de la ciudad en primer lugar; además de 9
Gayo Lelio y Marco Sempronio, defensores cada uno de
una de las partes, nombró a Publio Cornelio Caudino, neu-
tral, y ordenó que los tres, como jueces, se sentaran y exa-
minaran la causa. Como el asunto suscitaba mayores dis- 10
cusiones por haber dejado de lado a unas personas tan
autorizadas, que, más que defensores, habían sido mode-
radores de las posturas encontradas, Gayo Lelio dejó la
comisión, se acercó a donde estaba sentado Escipión y le 11
hizo ver que se estaba llevando la cuestión sin comedimiento
ni honestidad y poco faltaba para que vinieran a las ma-
nos; que, por otra parte, aunque no se llegase a la violen-
cia, la forma de tratar el asunto era un precedente detesta-
ble, puesto que se intentaba conseguir con trampas y per-
jurio una recompensa honorífica al valor; a un lado estaban 12
los legionarios, al otro los soldados de marina, dispuestos
a jurar por todos los dioses no lo que sabían que era cierto
sino lo que deseaban que lo fuera, y a comprometer con
el perjurio no sólo su propia persona y su vida sino las
enseñas militares y las águilas y el compromiso del jura-
mento solemne; todo esto se lo comunicaba puesto de acuer- 13
do con Publio Cornelio y Marco Sempronio. Escipión dio
las gracias a Lelio, convocó la asamblea y manifestó que
estaba convencido de que Quinto Trebelio y Sexto Digicio
habían escalado la muralla al mismo tiempo y que les con-
cedía a los dos la corona mural al valor. Después recom- 14
pensó a los demás a tenor del mérito y el valor de cada
cual; particularmente distinguió al prefecto de la flota, Gayo
Lelio, poniéndolo a su mismo nivel con toda clase de elo-
gios, y lo recompensó con una corona de oro y treinta
bueyes.

- 49 Después hizo venir a los rehenes de
 las poblaciones de Hispania, cuyo núme-
 ro no me atrevo a consignar, pues en unos
 encuentro que eran trescientos, y en otros,
 que tres mil setecientos veinticuatro. Tam-
 2 bién en otros datos hay discrepancias entre los historiadores. Uno escribe que la guarnición cartaginesa constaba de diez mil hombres, otro que de siete mil, otro que no sobrepasaba los dos mil; en un sitio ⁹² encuentra uno que fueron diez mil los prisioneros, en otro que más de veinticinco
 3 mil. En cuanto a los escorpiones capturados, diría que fueron cerca de sesenta entre grandes y pequeños si sigo al historiador griego Sileno ⁹³; de seguir a Valerio Anciate, diría que seis mil escorpiones grandes y trece mil pequeños: tan poco reparo hay en mentir. Ni siquiera en lo referente a los generales hay coincidencia. Los más dicen que la flota la mandaba Lelio, pero hay quien dice que
 4 era Marco Junio Silano. Valerio Anciate sostiene que la guarnición cartaginesa la mandaba Arines y que se rindió a los romanos; según otros historiadores, era Magón.
 6 Tampoco hay acuerdo en cuanto al número de naves apresadas ni en cuanto al peso del oro y la plata y al dinero reunido. Si hay que dar crédito a alguien, el término
 7 medio es lo más cercano a la verdad. Como quiera que sea, hizo venir a los rehenes y en primer lugar los exhortó
 8 a que nadie se desalentase, pues habían pasado a poder del pueblo romano, que prefería obligar a los hombres por la gratitud más que por el miedo y tener a las naciones extranjeras unidas a él con una alianza leal antes que so-

⁹² En Polibio.

⁹³ Acompañó a Aníbal. Lo utilizaron como fuente Polibio y Celio Antípatro. Ésta es la única ocasión en que es mencionado por Livio.

metidas con una esclavitud digna de lástima. Luego, después que le dieron los nombres de sus ciudades, hizo recuento de los prisioneros que había de cada pueblo y envió mensajeros a sus casas para que vinieran a hacerse cargo cada uno de los suyos. Si coincidía que había delegados de alguna de las ciudades, les entregaba en el acto a los suyos; los demás se los confió al cuestor Gayo Flaminio para que los atendiera cuidadosamente. Entretanto salió de entre la multitud una mujer entrada en años, esposa de Mandonio el hermano de Indíbil, reyezuelo de los ilergetes⁹⁴, se echó llorando a los pies del general y comenzó a suplicarle que recomendara muy especialmente a los guardianes atención y respeto con las mujeres. Escipión dijo que no les iba a faltar de nada en absoluto, y entonces la mujer replicó: «A eso no le damos demasiada importancia, pues con cualquier cosa tenemos suficiente, dada nuestra situación. Es otra la preocupación que me inquieta al considerar la edad de estas otras, pues yo ya estoy libre del peligro de los ultrajes que puede sufrir una mujer». Estaban en torno a ella, en la flor de la edad y de la belleza, las hijas de Indíbil y otras igualmente nobles que la veneraban como madre todas ellas. Entonces Escipión le dijo: «Mis principios y los del pueblo romano me llevarían a impedir que aquí se violase lo que en cualquier parte es inviolable; ahora me impulsan además a ser más escrupuloso vuestra virtud y dignidad, ya que ni siquiera en el infortunio os olvidáis de la honestidad de una matrona». A continuación las entregó a un hombre de intachable conducta ordenándole que las cuidara con el mismo respeto y consideración que si se tratara de las mujeres y madres de huéspedes.

⁹⁴ Cf. XXI 22, 3.

Después los soldados conducen a su presencia a una prisionera, una muchacha joven de tan notable belleza que atraía a su paso todas las miradas. Escipión le preguntó de dónde procedía y quiénes eran sus padres, y entre otras cosas se enteró de que era la prometida de un príncipe celtíbero, un joven llamado Alucio. Mandó, pues, a buscar inmediatamente a su tierra a sus padres y a su prometido, y como entretanto se enteró de que éste moría de amor por su prometida, en cuanto llegó se dirigió a él escogiendo las palabras con más cuidado que cuando les habló a los padres. «Te hablo como lo hace un joven a otro, para que haya menos miramientos en nuestra conversación. Tu prometida fue hecha prisionera, y conducida a mi presencia por mis soldados; he oído que la amas profundamente, y su belleza lo hace creíble; como también yo, si tuviera libertad para disfrutar de los placeres de la juventud y sobre todo de un amor honesto y legítimo y no me absorbiesen los asuntos del Estado, desearía que se fuese indulgente conmigo por amar demasiado a mi prometida, ya que está en mi mano quiero favorecer tu amor. A tu prometida se le ha dispensado aquí a mi lado un trato tan respetuoso como si estuviera en casa de sus padres, tus futuros suegros; te la hemos preservado para poder hacerte un regalo respetado y digno de ti y de mí. La única recompensa que pido a cambio de este presente es que seas amigo del pueblo romano, y si me consideras un hombre de bien como ya antes sabían estas gentes que lo eran mi padre y mi tío, has de saber que en Roma hay muchos como nosotros y no se puede citar hoy en todo el mundo ningún otro pueblo al que puedas desear menos como enemigo tuyo y de los tuyos o preferir como amigo». El joven, transido de alegría y de confusión al mismo tiempo, cogiendo la diestra de Escipión invocaba a todos los dioses

para que lo recompensasen en su lugar, puesto que en modo alguno tenía los recursos proporcionados a lo que él sentía y Escipión se merecía de él; fueron llamados entonces los padres y parientes de la doncella; éstos, ya que se les devolvía gratis la muchacha para cuyo rescate habían traído una cantidad bastante considerable de oro, comenzaron a rogar a Escipión que se lo aceptase como regalo asegurándole que no se lo iban a agradecer menos que el hecho de haberles devuelto intacta a la muchacha. Escipión dijo que lo aceptaría, ya que se lo pedían con tanta insistencia, hizo que lo depositaran a sus pies y llamando a su presencia a Alucio le dijo: «Éste es mi regalo de boda, para añadir a la dote que recibirás de tu suegro», y le mandó coger el oro y quedarse con él. Feliz por el honor y el regalo que se le hacía, marchó a su tierra, donde abrumó a sus paisanos hablándoles de los méritos de Escipión elogiosamente: había llegado un joven que se asemejaba mucho a los dioses, que lo conquistaba todo o bien con las armas o bien a base de bondad y generosidad. Hizo, pues, una leva entre sus súbditos y a los pocos días volvió junto a Escipión con mil cuatrocientos jinetes escogidos.

*Maniobras
militares.
Marcha
de Escipión a
Tarragona*

Escipión había retenido a su lado a Lelio para contar con su consejo en la toma de medidas con los prisioneros y rehenes y con el botín; una vez tomadas convenientemente todas las medidas, le

dio una quinquerreme, embarcó en seis naves a los prisioneros, entre ellos Magón y unos quince senadores apresados juntamente con él, y lo envió a Roma para informar de la victoria. Él dedicó los pocos días que había decidido quedarse en Cartagena a hacer maniobras con las tropas de mar y de tierra. El primer día, las legiones, armadas, hicieron ejercicios sobre un espacio de cuatro millas; el se-

gundo día, sus órdenes fueron atender al mantenimiento y limpieza de las armas delante de las tiendas; el tercer día hicieron un simulacro de batalla regular con palos y lanzamiento de armas arrojadizas despuntadas; el cuarto día fue dedicado al descanso; el quinto volvieron a hacer
5 maniobras con las armas. Mantuvieron la misma alternancia de ejercicio y descanso mientras estuvieron en Cartagena. Los remeros y soldados de marina salían a alta mar cuando había bonanza y probaban la movilidad de
6 las naves en simulacros de batallas navales. Estos ejercicios fuera de la ciudad, en tierra y en el mar, ponían a punto para la guerra sus cuerpos y sus espíritus; y la propia ciudad resonaba con el ruido de los preparativos bélicos, con toda clase de artesanos encerrados en los talleres públicos.
7 El general estaba pendiente de todo con igual dedicación: tan pronto estaba con la flota en los muelles como en las maniobras de las legiones o dedicando su tiempo a inspeccionar los trabajos que realizaba en los talleres o en el arsenal y en los muelles una enorme masa de obreros a por-
8 fía todos los días. Cuando todo esto estuvo en marcha y se repararon las partes dañadas de la muralla y se organizó una guarnición para defender la ciudad, salió para Tarragona, y en el trayecto se dirigieron a él sobre la mar-
9 cha numerosas delegaciones. A unas les dio respuesta y las despidió sin detenerse, a otras las emplazó para Tarragona, donde había citado a una reunión a todos los alia-
10 dos, antiguos y nuevos. Acudieron casi todos los pueblos que habitan a este lado del Ebro, y también muchos de la provincia del lado de allá. Al principio, los jefes cartagineses ocultaron deliberadamente las noticias de la toma de Cartagena; después, cuando el acontecimiento se divulgó demasiado como para poder ocultarlo o disimularlo, trata-
11 ban de quitarle importancia diciendo que era sólo una
12

ciudad de Hispania la que había sido tomada en una acción por sorpresa y casi furtiva de un solo día; y que un joven arrogante, hinchado por el éxito de una operación tan poco importante, en su desmedido entusiasmo le había dado la apariencia de una gran victoria; pero en cuanto ¹³ oyese que se acercaban tres generales, con tres ejércitos enemigos victoriosos, inmediatamente le asaltaría el recuerdo de los funerales de su familia. Hacían circular tales bala- ¹⁴ dronadas, pero ellos sabían muy bien hasta qué punto había debilitado sus fuerzas en todos los sentidos la pérdida de Cartagena.

LIBRO XXVII

SINOPSIS

AÑO 210 a. C.:

Aníbal destruye Herdónea. Conspiración en Capua (1-3).

Embajada de Sifax a Roma. Expedición contra la costa de África (4-5).

AÑO 209 a. C.:

Elecciones en Roma. Informe sobre Hispania (6 - 7, 6).

Asignación de provincias, nombramiento de decurión y otros (7, 7 - 8).

Rebelión de 12 de las 30 colonias latinas (9-11).

Marcelo persigue a Aníbal, arenga a sus hombres y consigue una victoria (12-14).

El cónsul Fabio recupera Tarento. Emboscada de Aníbal (15-16).

Campaña en Hispania. Victoria de Escipión sobre Asdrúbal en Bécula (17-18).

Escipión aclamado por los íberos. Medidas de los jefes cartagineses (19 - 20, 8).

AÑO 208 a. C.:

Elecciones en Roma. Marcelo, cónsul (20, 9 - 21).

Asignación de mandos. Portentos (22-23).

Medidas respecto a Arrecio y Tarento (24-25).

de Herdónea ⁹⁶. Con la esperanza de recuperar esta ciudad, 4 que se había separado de Roma después de la derrota de Cannas, el procónsul Gneo Fulvio estaba acampado allí, en una posición poco segura y sin protección defensiva. La negligencia característica del general se veía agravada 5 por su confianza, basada en un informe según el cual la lealtad de los habitantes para con los cartagineses flaqueaba desde que había llegado la noticia de que Aníbal tras la pérdida de Salapia se había marchado de aquella comarca hacia el Brucio. Todo esto, puesto en conocimiento de 6 Aníbal desde Herdónea a través de mensajeros secretos, suscitó en él el interés por conservar la ciudad aliada y al mismo tiempo la esperanza de coger por sorpresa al enemigo. Con un ejército ligero, forzando la marcha para anticiparse casi a la noticia de su llegada, avanzó hacia Herdónea, y para infundir mayor pánico al enemigo se acercó en formación de batalla. El romano, igual a él en 7 audacia, inferior en habilidad y fuerza, sacó precipitadamente sus tropas y se fue al choque. La quinta legión y 8 el ala izquierda de la caballería entraron en acción con gran fuerza. Pero Aníbal dio orden a sus jinetes de que, en cuanto las formaciones de infantería atrajesen las miradas y la atención con la lucha entablada, dieran un rodeo y parte de ellos atacaran el campamento enemigo mientras otros sembraban el desconcierto entre los combatientes atacándolos por la espalda; él, mofándose de la homonimia de 9 Gneo Fulvio, porque dos años antes había derrotado en aquel mismo lugar al pretor Gneo Fulvio, aseguraba que el resultado de la batalla iba a ser similar. No resultó 10 infundada esta esperanza. En efecto, a pesar de que los romanos habían tenido muchas bajas en el combate cuer-

⁹⁶ En Apulia. Cf. XXV 21, 1.

po a cuerpo en la lucha de la infantería, resistían sin em-
11 bargo sus enseñas y sus líneas, pero la carga de la caba-
llería por su retaguardia y a la vez el grito de guerra del
enemigo desde el campamento hizo dar la vuelta a la sexta
legión, que al estar formada en segunda línea fue desbara-
tada la primera por los númidas, y después a la quinta
12 y a los que estaban en vanguardia. Unos huyeron en
desbandada y otros fueron muertos en su puesto, donde
cayó también el propio Gneo Fulvio junto con once tribu-
13 nos militares. En cuanto al número de romanos y aliados
muertos en aquella batalla, ¿quién podría darlo como cosa
segura, si uno encuentra trece mil en una fuente y no más
14 de siete mil en otra? El vencedor se apoderó del cam-
pamento y del botín. Herdónea la quemó porque se enteró
de que había estado a punto de pasarse a los romanos y
no iba a permanecer fiel si él se marchaba de allí; la pobla-
ción la trasladó toda a Metaponto y Turios ⁹⁷, pero hizo
matar a los principales convictos de haber mantenido con-
15 tactos secretos con Fulvio. Los romanos que escaparon de
semejante desastre llegaron huyendo medio desarmados
por diferentes caminos hasta el cónsul Marcelo, en el
Samnio.

2 Marcelo, sin inquietarse en absoluto por una derrota
tan severa, escribió una carta al senado a Roma informan-
do de la pérdida del general y del ejército cerca de Herdó-
2 nea, pero añadiendo que él, el mismo que había humillado
a un Aníbal engreído por la victoria después de la batalla
de Cannas, marchaba contra éste e iba a hacer que le du-
3 rara poco su exultante alegría. Pero en Roma, la verdad,
era profundo el duelo por lo que había ocurrido, así como
4 el temor por lo porvenir. El cónsul pasó del Samnio a la

⁹⁷ *Síbaris* en XXVI 39, 7.

Lucania y acampó cerca de Numistrón ⁹⁸ en una llanura a la vista de Aníbal, pues el cartaginés ocupaba una colina. Dio además otra muestra de seguridad en sí mismo, porque fue el primero en presentar batalla; tampoco Aníbal se echó para atrás cuando vio que las enseñas salían puertas afuera. Formaron sus tropas, sin embargo, de modo que el cartaginés situó su ala derecha colina arriba y los romanos alinearon su ala izquierda junto a la ciudad. Por parte romana entraron en acción la primera legión ⁶ y el ala derecha de la caballería, por la de Aníbal los soldados hispanos y los honderos baleares, y también los elefantes después de iniciarse el combate. La lucha se mantuvo incierta durante largo tiempo. Como prolongaron el combate desde la tercera hora hasta la noche y las primeras líneas estaban agotadas de pelear, la legión tercera substituyó a la primera y el ala izquierda a la derecha y por parte enemiga hombres de refresco tomaron el relevo de los que estaban cansados. Un nuevo y encarnizado combate surgió de pronto de las cenizas del que ya languidecía, al renovarse las fuerzas y la moral. Pero la noche separó a los contendientes sin que la victoria estuviese decidida. Al día ⁹ siguiente los romanos permanecieron formados en orden de combate desde la salida del sol hasta bien entrado el día; en vista de que ningún enemigo salía a enfrentárseles, recogieron tranquilamente los despojos y quemaron a los suyos después de apilarlos en un mismo sitio. A la noche ¹⁰ siguiente, Aníbal levantó silenciosamente el campamento y partió hacia Apulia. Marcelo, cuando la luz del día desveló la huida de los enemigos, dejó los heridos en Numistrón con una pequeña guarnición al mando del tribuno militar Lucio Furio Purpurión e inició una estrecha persecución.

⁹⁸ En Lucania norte, a 40 Kms. de Venusia.

- 11 Les dio alcance cerca de Venusia ⁹⁹. Allí durante unos cuantos días se hacían salidas desde los puestos de vanguardia y más que batallas hubo choques desordenados en los que se entremezclaban infantería y caballería, favora-
- 12 bles a los romanos casi todos ellos. Desde allí los ejércitos recorrieron Apulia sin ninguna confrontación digna de mención, pues Aníbal emprendía la marcha por la noche en busca de un sitio para una emboscada y Marcelo sólo lo seguía en pleno día y después de reconocer el terreno.
- 3 Mientras tanto, en Capua, cuando Flaco mataba el tiempo vendiendo los bienes de los principales y arrendando la tierra que había sido confiscada ¹⁰⁰ —con una renta a pagar en trigo, en todos los casos—, para que no faltase un motivo de enañosamiento contra los campanos se descubrió, gracias a una denuncia, una nueva conspiración que
- 2 se estaba tramando en secreto. Había hecho que los soldados desalojaran las viviendas de la ciudad por una doble razón: para alquilarlas juntamente con las tierras, y por temor a que los demasiados placeres de la ciudad enervasen también a su ejército igual que al de Aníbal, y los había obligado a construirse sus propios barracones milita-
- 3 res junto a las puertas y los muros. Ahora bien, la mayoría de éstos estaban hechos de zarzos y tablas, y otros de cañas entretejidas, cubiertos de paja, todo ello como hecho
- 4 a propósito para servir de pasto a las llamas. Ciento setenta campanos capitaneados por los hermanos Blossios ¹⁰¹ se habían conjurado para prenderles fuego a todos ellos a
- 5 una determinada hora de la noche. Denunciado el plan

⁹⁹ En Apulia. Cf. XXII 49, 14 y nota.

¹⁰⁰ Correspondía normalmente a los censores esta tarea de arrendar el *ager publicus* romano.

¹⁰¹ Habían tomado partido por Aníbal al producirse la defección de Capua. Cf. XXIII 7.

por los esclavos de los Blosios, se cerraron inmediatamente las puertas por orden del procónsul y a una señal dada los soldados corrieron a las armas; fueron detenidos todos los culpables y después de una investigación sumaria fueron condenados y ajusticiados; a los delatores se les concedió la libertad y diez mil ases a cada uno. Fulvio mandó a Roma, al senado, a los nucerinos y acerranos que se quejaban de no tener dónde vivir al haber sido parcialmente incendiada Acerra y destruida Nuceria ¹⁰². A los 7 acerranos se les dio autorización para reconstruir lo que había sido incendiado; los nucerinos fueron trasladados, de acuerdo con sus preferencias, a Atela, y se obligó a los atelanos a emigrar a Calacia ¹⁰³.

Entre los muchos e importantes acontecimientos tan 8 pronto favorables como adversos que ocupaban los pensamientos de la gente, tampoco quedó en el olvido la ciudadela de Tarento ¹⁰⁴. Salió para Etruria una delegación 9 formada por Marco Ogulnio y Publio Aquilio a comprar trigo para mandarlo a Tarento, adonde se envió junto con el trigo una guarnición de mil hombres del ejército urbano, mitad romanos y mitad aliados.

*Embajada
de Sifax
a Roma.
Incursión
en la costa
de África*

El verano tocaba ya a su fin y se echa- 4 ba encima la fecha de los comicios consulares. Pero una carta que envió Marcelo manifestando que no era buena política alejarse ni un solo paso de Aníbal, que retrocedía y rehusaba el combate y él le iba pisando los talones, suscitó en los senadores la pre- 2

¹⁰² Sobre el castigo aplicado por Aníbal a Nuceria y Acerra, ver XXII 15, 6, y 17, 7.

¹⁰³ Atela y Calacia se habían pasado a Aníbal después de Cannas (XXII 61, 11) y habían sido reconquistadas por Roma (XXVI 16, 5).

¹⁰⁴ Ciudad en poder de Aníbal, ciudadela ocupada por una guarnición romana.

ocupación de tener que retirar del frente al cónsul que entonces estaba comprometido tan a fondo en la acción, o bien que no hubiese cónsules para el año siguiente.

3 Se estimó que lo mejor era hacer venir de Sicilia al cónsul Valerio, aun a pesar de que estuviese fuera de Italia.

4 Siguiendo instrucciones del senado, el pretor urbano Lucio Manlio le envió una carta adjuntándole la del cónsul Marco Marcelo para que supiera qué motivo tenían los senadores para hacerle venir de su provincia a él y no a su colega.

5 Más o menos por las mismas fechas llegaron a Roma embajadores del rey Sifax ¹⁰⁵ dando noticia de las victorias

6 obtenidas por éste sobre los cartagineses. El rey, afirmaban, consideraba al pueblo cartaginés su peor enemigo, y al pueblo romano su mejor amigo; anteriormente había enviado embajadores a Hispania, a los generales romanos Gneo y Publio Cornelio, pero ahora había querido ir a buscar la amistad romana en su misma fuente, por así decir.

7 El senado no sólo les respondió con cordialidad a los embajadores sino que envió sus propios embajadores, Lucio Genucio, Publio Petelio y Publio Popilio, con regalos

8 para el rey. Los obsequios que llevaron eran una toga y una túnica de púrpura, una silla ¹⁰⁶ de marfil, y una pátera

9 de oro de cinco libras. Recibieron instrucciones de visitar también a continuación a otros reyezuelos de África; igualmente llevaron para regalarles togas pretextas y páteras de

10 oro de tres libras cada una. Enviados asimismo a Alejandro Marco Atilio y Manio Acilio como embajadores ante los reyes Tolomeo y Cleopatra ¹⁰⁷ para conmemorar y renovar la amistad, llevaron como regalo una toga y una

¹⁰⁵ Cf. XXIV 48 y 49.

¹⁰⁶ Réplica de la silla curul.

¹⁰⁷ Hija de Tolomeo III, esposa de Tolomeo IV.

túnica de púrpura y una silla de marfil, y para la reina un manto bordado y un vestido de púrpura.

Durante el verano en que ocurrieron estos aconteci- 11
mientos llegaron desde las ciudades y campos cercanos no-
ticias de muchos fenómenos extraños. En Túsculo había
nacido un cordero con una tetilla que daba leche, y el pi-
náculo del templo de Júpiter había sido alcanzado por un
rayo, quedando sin la mayor parte de la techumbre; apro- 12
ximadamente por las mismas fechas, en Anagnia ¹⁰⁸ la tie-
rra alcanzada por un rayo delante de una puerta había ar-
dido durante un día y una noche sin que nada alimentase
el fuego, y en el cruce ¹⁰⁹ de Anagnia los pájaros habían
abandonado sus nidos en los árboles en el bosque sagrado
de Diana; en Tarracina, en el mar, no lejos del puerto, 13
unas serpientes de extraordinario tamaño habían dado gran-
des saltos como peces juguetones; en Tarquinios había 14
nacido un cerdo con rostro humano, y en territorio de Ca-
pena, cerca del bosque sagrado de Feronia ¹¹⁰, cuatro esta-
tuas habían trasudado gran cantidad de sangre durante un
día y una noche.

Estos portentos fueron expiados, por decreto de los 15
pontífices, con víctimas mayores; además se proclamó un
día de rogativas en Roma ante todos los altares, y otro
en territorio capenate, en el bosque sagrado de Feronia.

El cónsul Marco Valerio, llamado por carta, dejó al 5
pretor Lucio Cincio al cargo de la provincia y del ejército,
envió a Marco Valerio Mesala, prefecto de la flota, con
parte de las naves a África a saquear y al mismo tiempo

¹⁰⁸ Esta localidad, situada en el Lacio en el antiguo territorio de los hérnicos, es recurrente en las referencias de *prodigia*: XXVI 23, 5; XXX 2, 11; XLIII 13, 2; XLV 16, 5...

¹⁰⁹ El cruce de la Vía Labicana (a 40 millas de Roma) con la Vía Latina.

¹¹⁰ Cf. XXVI 11, 8.

observar lo que hacían y preparaban los cartagineses; él partió para Roma con diez naves, llegando sin novedad; convocó inmediatamente al senado y le dio cuenta de lo que había llevado a cabo: después de casi sesenta años de guerra por tierra y mar en Sicilia, con serios descabros en multitud de ocasiones, él había cumplido su misión allí; no había ni un cartaginés en Sicilia, ningún siciliano estaba fuera; los que se habían alejado huyendo por temor estaban todos de vuelta en sus ciudades y sus campos y araban y sembraban; se cultivaba de nuevo la tierra abandonada, fructífera al fin para sus propios agricultores y reserva segura de alimentos para el pueblo romano en tiempos de paz y de guerra. Introducidos después en el senado Mútnes y aquellos que habían prestado servicios al pueblo romano, se les rindieron honores a todos para cumplir el compromiso contraído por el cónsul. A Mútnes se le concedió además la ciudadanía romana en virtud de una propuesta presentada por un tribuno de la plebe con el refrendo del senado.

Mientras ocurría esto en Roma, Marco Valerio abordó en África con setenta naves antes del amanecer e hizo un desembarco por sorpresa en territorio de Útica¹¹¹; devastó una amplia zona, cogió muchos prisioneros y presas de todas clases, regresó a las naves e hizo la travesía a Sicilia, volviendo a Lilibeo a los trece días de su partida. Se sometió a los prisioneros a un interrogatorio, obteniendo las siguientes informaciones, que le fueron comunicadas por escrito con todo detalle al cónsul Levino para que supiese cuál era la situación en África: en Cartago había cinco mil númidas con Masinisa¹¹², un joven intrépido hijo de

¹¹¹ Ver XXV 31, 12.

¹¹² Véase XXIV 49 y XXV 34.

Gala, y por toda África se estaban reclutando otras tropas mercenarias para enviárselas a Hispania a Asdrúbal con el objeto de que éste pasase a Italia cuanto antes con el mayor ejército posible y se uniera a Aníbal; los cartagineses estaban convencidos de que de ello dependía la victoria; estaba siendo equipada además una poderosa flota para recuperar Sicilia, y se creía que zarparía en breve. La lectura de este informe por parte del cónsul causó tal impresión en el senado que decidió que el cónsul no debía esperar a los comicios sino que debía regresar inmediatamente a su provincia después de nombrar un dictador para que presidiera los comicios. Quedaba una cuestión por resolver: el cónsul decía que una vez en Sicilia nombraría dictador a Marco Valerio Mesala, que entonces mandaba la flota, y los senadores decían que no se podía nombrar dictador fuera del territorio romano, y que éste se circunscribía a Italia. El tribuno de la plebe Marco Lucrecio consultó sobre este punto al senado y éste decretó que el cónsul, antes de abandonar la ciudad, preguntase al pueblo quién quería que fuese nombrado dictador, y que nombrase dictador a quien el pueblo mandase; si el cónsul se negaba, que preguntase al pueblo el pretor; si tampoco éste aceptaba, que presentasen entonces la cuestión a la plebe los tribunos. Como el cónsul dijo que él no le consultaría al pueblo algo que era de su competencia y le prohibió al pretor hacer la consulta, los tribunos preguntaron a la plebe y ésta expresó su voluntad de que se nombrase dictador a Quinto Fulvio, que entonces se encontraba en Capua. Pero el día en que se iba a celebrar la asamblea de la plebe, el cónsul salió secretamente, de noche aún, para Sicilia, y los senadores, que habían quedado en la estacada, acordaron enviarle una misiva a Marco Claudio para que viniese en ayuda de su país, abandonado por su colega,

y nombrase dictador de acuerdo con el mandato del pueblo.
 19 Así, Quinto Fulvio fue nombrado dictador por el cónsul Marco Claudio, y en virtud del mismo plebiscito, Quinto Fulvio nombró jefe de la caballería al pontífice máximo Publio Licinio Craso.

- 6 Al llegar a Roma, el dictador envió al
Elecciones frente de Etruria a Gayo Sempronio Ble-
en Roma. so, que había sido lugarteniente suyo en
Informe sobre Capua, para reemplazar al pretor Gayo
Hispania Calpurnio, al que reclamó por carta para
 2 que tomase el mando de su ejército y de Capua. Fijó la
 fecha de los comicios ¹¹³ para el primer día hábil; éstos
 no pudieron llevarse a cabo debido a un enfrentamiento
 3 entre los tribunos y el dictador. La centuria Galeria de
 jóvenes, designada por sorteo para ser la primera en emitir
 su voto, había votado cónsules a Quinto Fulvio y Quinto
 Fabio, y las demás centurias llamadas en debida forma a
 votar se habrían decantado en el mismo sentido si no hu-
 biesen intervenido los tribunos de la plebe Gayo y Lucio
 4 Arrenio afirmando que era inconstitucional mantener a
 un magistrado en el cargo y un ejemplo aún mucho más
 rechazable que se eligiese a la misma persona que presidía
 5 los comicios; que, por consiguiente, en caso de que el
 dictador admitiese su propia candidatura, ellos pondrían
 el veto a los comicios; en caso de admitirse otras candida-
 turas que no fueran la suya, ellos no harían obstrucción
 6 a los comicios. El dictador invocaba en apoyo de la legali-
 dad de los comicios la autoridad del senado, el plebiscito,
 7 y los antecedentes; efectivamente, siendo cónsul Gneo Ser-
 vilio, al morir en el Trasimeno el otro cónsul, Gayo Flami-
 nio, con el consentimiento del senado se había propuesto

¹¹³ Para elegir los magistrados del año 209.

a la plebe y ésta había aprobado que mientras durase la guerra en Italia el pueblo tendría derecho a reelegir cónsules a quienes quisiese y cuantas veces quisiese entre aquellos que ya habían sido cónsules ¹¹⁴; y aducía como precedentes en ese sentido uno antiguo, el de Lucio Postumio Megelo, que siendo interrey había resultado elegido cónsul ¹¹⁵ junto con Gayo Junio Bubulco en los mismos comicios que él presidía, y otro más reciente, el de Quinto Fabio ¹¹⁶, que seguramente no habría consentido nunca que se le renovara el consulado si ello no fuera de interés público. Después de un prolongado debate oratorio, el dictador y los tribunos llegaron por fin al acuerdo de atenerse a la decisión del senado. Los senadores estimaron que las circunstancias del Estado exigían confiar la dirección de los asuntos públicos a generales veteranos, experimentados y dotados de conocimientos bélicos; no les parecía bien, por consiguiente, que se retrasasen los comicios. Cedieron los tribunos y se celebraron los comicios; fueron proclamados cónsules Quinto Fabio Máximo y Quinto Fulvio Flaco por quinta y cuarta vez respectivamente. A continuación fueron elegidos pretores Lucio Veturio Filón, Tito Quincio Crispino, Gayo Hostilio Túbulo y Gayo Aurunculeyo. Una vez elegidos los magistrados para el año siguiente, Quinto Fulvio cesó como dictador.

A finales de aquel verano pasó a Cerdeña una flota cartaginesa de cuarenta naves comandada por Amílcar; de-

¹¹⁴ Circunstancia no recogida por Livio en el libro XXII. El plebiscito reseñado en VII 42, 2, con la exigencia de un intervalo de diez años, no se cumplió en períodos excepcionalmente críticos.

¹¹⁵ En el año 291 (cónsul por tercera vez).

¹¹⁶ Fabio Máximo Cunctátor, cónsul por cuarta vez en 214. Cf. XXIV 9, 7 y 9.

- 14 vastó primero el territorio de Olbia ¹¹⁷, y después, al aparecer por allí el pretor Publio Manlio Volsón con su ejército, dando un rodeo hacia el otro lado de la isla devastó el territorio de Cárales y regresó a África con toda clase de botín.
- 15 Aquel año fallecieron y fueron reemplazados varios sacerdotes romanos. Gayo Servilio fue elegido pontífice en sustitución de Tito Otacilio Craso, y Tiberio Sempronio Longo hijo de Tiberio fue elegido augur en sustitución de
- 16 Tito Otacilio Craso. Asimismo fue elegido decénviro de los sacrificios Tiberio Sempronio Longo, hijo de Tiberio, para sustituir a Tiberio Sempronio Longo, hijo de Gayo. Fallecieron también Marco Marcio, rey de los sacrificios, y Marco Emilio Papo, curión máximo ¹¹⁸, y no se eligieron aquel año sacerdotes para ocupar sus plazas.
- 17 Además fueron censores aquel año Lucio Veturio Filón y Publio Licinio Craso, pontífice máximo. Craso Licinio no había sido cónsul ni pretor antes de ser elegido censor,
- 18 pasó directamente de edil a censor. Pero estos censores no actualizaron la lista de senadores ni hicieron ningún acto oficial: la muerte de Lucio Veturio puso fin a su mandato, con lo cual Licinio dimitió a su vez ¹¹⁹. Los ediles curules Lucio Veturio ¹²⁰ y Publio Licinio Varo continuaron un día más los Juegos Romanos. Los ediles plebeyos Quinto Cacio y Lucio Porcio Licino, con el dinero de las multas, dedicaron unas estatuas de bronce en el templo

¹¹⁷ Olbia, en la costa nororiental (Terranuova), y Cárales (Cagliari) en el sur de Cerdeña, isla que fue conquistada por Roma después de la primera guerra púnica.

¹¹⁸ Ver III 7, 6 y nota.

¹¹⁹ Era el único cargo en que se cesaba por la muerte del colega.

¹²⁰ Sería cónsul en el año 206.

de Ceres e hicieron unos juegos magníficos con relación a los recursos con que entonces se contaba.

A finales de aquel año, el legado de Escipión, Gayo 7 Lelio, llegó a Roma, a los treinta y tres días de su salida de Tarragona. Cuando entró en la ciudad con una columna de prisioneros atrajo una gran concurrencia de gente. Recibido al día siguiente en el senado, informó de la toma 2 de Cartagena, capital de Hispania, en un solo día, y de la reconquista de varias ciudades que se habían pasado al enemigo, así como de la incorporación de otras nuevas como aliadas. De los prisioneros se obtuvieron informaciones 3 básicamente coincidentes con el contenido de la carta de Marco Valerio Mesala ¹²¹. Lo que más preocupó a los senadores fue el paso de Asdrúbal a Italia, que ya tenía dificultades para contener a Aníbal y su ejército. También 4 se presentó Lelio ante la asamblea del pueblo e hizo la misma exposición detalladamente. El senado decretó un día de acción de gracias por los éxitos obtenidos por Publio Escipión y ordenó a Gayo Lelio que regresara cuanto antes a Hispania con las naves que había traído. Siguiendo a 5 numerosos historiadores, he situado en este año la toma de Cartagena, aun a sabiendas de que algunos dicen que fue tomada al año siguiente, pero es que me parece menos 6 creíble que Escipión pasase un año entero en Hispania sin hacer nada.

*Asignación de
provincias,
nombramiento
de curión
y otros*

El día quince de marzo, fecha en que 7 entraron en funciones los cónsules Quinto Fabio Máximo por quinta vez y Quinto Fulvio Flaco por la cuarta, se les asignó a ambos Italia como provincia, pero con el mando repartido en zonas distintas: Fabio operaría en Tarento, Fulvio en la Lucania y el Brucio. A Marco 8

¹²¹ Cf. 5, 8 y 10-13.

Claudio le fue prorrogado el mando por un año. Los pretores sortearon las provincias, correspondiendo la jurisdicción urbana a Gayo Hostilio Túbulo y la de extranjeros y la Galia a Lucio Veturio Filón, Capua a Tito Quincio Crispino y Cerdeña a Gayo Aurunculeyo. Se repartieron las tropas entre las provincias como sigue: para Fulvio, las dos legiones urbanas que mandaba en Sicilia Marco Valerio Levino; para Fabio, las que había tenido a sus órdenes Gayo Calpurnio en Etruria; el ejército urbano sustituiría al de Etruria y Gayo Calpurnio mandaría esta misma provincia y su ejército; Tito Quincio se haría cargo de Capua y del ejército que había tenido a sus órdenes Quinto Fulvio; Gayo Hostilio¹²² recibiría del propretor Gayo Letorio la provincia y el ejército que en esos momentos se encontraba en Arimino. A Marco Marcelo se le asignaron las legiones con las que había operado siendo cónsul. A Marco Valerio y Lucio Cincio —pues también a ellos se les prorrogó el mando en Sicilia— les fue asignado el ejército de Cannas, con instrucciones de completarlo con los soldados supervivientes de las legiones de Gneo Fulvio; los cónsules los reunieron y los enviaron a Sicilia; se los obligó además a servir en las mismas condiciones ignominiosas en que servían los supervivientes de Cannas y los del ejército del pretor Gneo Fulvio, que el senado había enviado allá como represalia por una huida parecida. A Gayo Aurunculeyo le fueron asignadas en Cerdeña las mismas legiones con que Publio Manlio Volsón había ocupado dicha provincia. A Publio Sulpicio se le prorrogó el mando por un año, con orden de ocupar Macedonia con la misma legión y la misma flota. Se ordenó el envío de

¹²² Debe de tratarse de una confusión de nombre de pretor, pues el urbano (Gayo Hostilio) debía permanecer en Roma.

treinta quinquerrems al cónsul Quinto Fabio, a Tarento, desde Sicilia; se decidió que con el resto de la flota pasase a saquear África el propio Marco Valerio Levino o enviase a Lucio Cincio o bien a Marco Valerio Mesala, como él prefiriera. En lo que se refiere a Hispania no se hizo ningún cambio, salvo prorrogarle el mando a Escipión y Silano no por un año sino hasta que el senado les mandase volver ¹²³. Éste fue el reparto de las provincias y el mando de los ejércitos para aquel año.

En medio de la preocupación por asuntos de mayor trascendencia, la elección de curión máximo, pues había que nombrar un sacerdote que sustituyera a Marco Emilio, hizo resurgir los viejos enfrentamientos al negarse los patricios a que se tomara en consideración la candidatura del único plebeyo que se presentaba a la elección, Gayo Mamilio Atelo, porque nadie que no fuera patricio había ejercido antes aquel sacerdocio. Se apeló a los tribunos, y éstos remitieron la cuestión al senado; el senado dejó la decisión en manos del pueblo, y de esta forma Gayo Mamilio Atelo fue el primer plebeyo elegido curión máximo. Por otra parte, el pontífice máximo Publio Licinio obligó a Gayo Valerio Flaco a dejarse consagrar flamen de Júpiter en contra de su voluntad. Para ocupar la plaza de Quinto Mucio Escévola, que había fallecido, fue nombrado decénviro de los sacrificios Gayo Letorio. De buen grado habría guardado silencio acerca del motivo de la consagración forzada del flamen si no se hubiese convertido en buena su mala reputación. Gayo Flaco había sido elegido para flamen por el pontífice Publio Licinio debido a que vivía una juventud ociosa y disipada y esos vicios lo habían hecho odioso a su hermano Lucio Flaco y al resto de sus parientes.

¹²³ En cambio, en 22, 7, se dice que la prórroga fue de un año.

6 En cuanto lo absorbió la atención al culto y las ceremonias religiosas abandonó sus antiguas costumbres de forma tan repentina que no había entre todos los jóvenes ninguno que gozase de mayor estima entre los senadores principales, cercanos a él o no. Llevado por este reconocimiento unánime de su persona a una justificada confianza en sí mismo, reclamó un privilegio caído en desuso durante muchos años por la falta de dignidad de los flámenes anteriores: entrar en el senado. Cuando entró en la curia, el pretor Publio Licinio le hizo abandonarla y él apeló a los tribunos de la plebe. El flamen reivindicaba un antiguo derecho de su sacerdocio, concedido a este cargo a la vez
9 que la toga pretexta y la silla curul. El pretor pretendía que el derecho debería fundamentarse no en ejemplos sacados de los anales y caídos en desuso por su vetustez, sino en la práctica de las costumbres más recientes, y, que recordaran sus padres o sus abuelos, ningún sacerdote de Júpiter había ejercido semejante derecho. El dictamen de los tribunos fue que la caída en desuso del derecho por dejadez de los flámenes había ido en perjuicio personal de éstos, no de su sacerdocio; sin que ni siquiera el propio pretor se opusiera, fue admitido el flamen en el senado con grandes muestras de aprobación por parte del senado y de la plebe, y todos pensaban que había logrado aquel privilegio más por lo intachable de su conducta que por un derecho de su sacerdocio.

11 Antes de salir hacia sus provincias los cónsules alistaron dos legiones urbanas para reforzar con los hombres
12 necesarios el resto de los ejércitos. El cónsul Fulvio encargó al legado Gayo Fulvio Flaco —que era hermano suyo— de conducir a Etruria el ejército urbano del año anterior y a Roma las legiones que estaban en Etruria.
13 Por su parte, el cónsul Fabio encargó a su hijo Quinto

Máximo que llevara a Sicilia al procónsul Marco Valerio los supervivientes que se habían reunido del ejército de Fulvio, que eran cuatro mil trescientos cuarenta y cuatro, y recibir de él dos legiones y treinta quinquerrems. La retirada de la isla de estas dos legiones no disminuyó en fuerzas reales ni aparentes las defensas de aquella provincia, pues aparte de las dos antiguas legiones, considerablemente reforzadas, contaba además con un gran número de desertores númerados de infantería y caballería, y también se alistó como soldados a los sicilianos que habían militado en el ejército de Epícles o de los cartagineses, hombres que conocían bien la guerra. El procónsul incorporó dichas tropas auxiliares extranjeras a cada una de las legiones romanas, manteniendo formalmente dos ejércitos. Con uno de ellos encargó a Lucio Cincio de la defensa de una parte de la isla, la que había ocupado el reino de Hierón; con el otro se encargaba personalmente de la defensa del resto de la isla, separado en otro tiempo por los límites entre los dominios romano y cartaginés¹²⁴; además había distribuido las setenta naves de la flota de forma que protegieran la costa en toda su extensión. Él recorría la provincia con la caballería de Mútnes para inspeccionar los campos tomando nota de cuáles estaban cultivados y cuáles sin cultivar, con el fin de felicitar o castigar, según el caso, a sus propietarios. Gracias a esta vigilancia se produjo trigo suficiente como para enviar a Roma y además almacenarlo en Catania a fin de que pudiese abastecerse de allí el ejército que iba a pasar el verano acampado cerca de Tarento.

¹²⁴ Como no hay ningún dato referente a esta división de la isla, se han propuesto explicaciones diversas, una de ellas que Livio escribe «romano» en lugar de «griego».

Sora, Suesa, Circeyos, Secia, Cales, Narnia e Interamna. Sorprendidos por esta actitud inesperada, los cónsules, en 8 su deseo de hacerles volverse atrás de tan inadmisible decisión, pensaron que adelantarían más con amenazas y recriminaciones que tratándolos con suavidad, y les dijeron que 9 habían tenido la osadía de decirles a los cónsules algo que los cónsules no podrían decidirse a repetir ante el senado, pues aquello no era una negativa a sus obligaciones militares sino una rebelión declarada contra el pueblo romano; que se apresurasen, por tanto, a volver a sus colonias y 10 tratasen el asunto con sus conciudadanos como si se plantease por vez primera y se hubiera comentado pero no tomado una decisión sobre un delito tan grave. Que les recordaran que ellos no eran campanos ni tarentinos, sino romanos, oriundos de Roma, enviados desde Roma a las 11 colonias, al territorio conquistado militarmente, para hacer más grande su stirpe. Estaban tan obligados con los romanos como los hijos con sus padres si es que les quedaba algún afecto filial, un recuerdo de su antigua patria. Que volvieran por tanto a debatir la cuestión, pues lo 12 que entonces de forma precipitada habían planeado era tanto como traicionar al imperio romano, como entregarle a Aníbal la victoria. A pesar de que durante largo tiempo 13 primero un cónsul y después el otro argumentaron en este sentido, los delegados se mantuvieron en sus trece, dijeron que ellos no tenían nada que volver a comunicar a su patria ni nada que consultar de nuevo a su senado, puesto que no había ni soldados que reclutar ni dinero que aportar para su paga. Viéndolos empecinados, los cónsules 14 trasladaron el asunto al senado, donde cundió el pánico de tal forma que una gran parte de sus miembros decían que el imperio estaba acabado; las demás colonias harían

otro tanto, y lo mismo los aliados, que se habían puesto todos de acuerdo para entregarle Roma a Aníbal.

- 10 Los cónsules trataban de animar y confortar al senado y decían que las otras colonias se mantendrían fieles a su antiguo deber, y que incluso aquellas que habían faltado a él tendrían respeto al imperio si se enviaban diputados
2 a dichas colonias no a suplicar sino a amenazar. El senado los autorizó a tomar y poner en práctica cuantas medidas estimasen conformes a los intereses del Estado, y después de sondear la actitud de las otras colonias citaron a sus delegados y les preguntaron si tenían preparados los solda-
3 dos conforme al texto acordado. Marco Sextilio Fregelano respondió, en nombre de las dieciocho colonias, que esta-
4 ban preparados los soldados estipulados en el acuerdo, que suministrarían más si se necesitaban más, y que pondrían todo su empeño en hacer cualquier otra cosa que ordenase y quisiese el pueblo romano, que para ello no les faltaban
5 recursos y les sobraba voluntad. Los cónsules les respondieron que su propia voz les parecía poca cosa para felicitarlos como se merecían si el senado en pleno no les daba las gracias en la curia, y los invitaron a acompañarles al
6 senado. El senado se dirigió a ellos en los términos más honoríficos que cabía y encargó a los cónsules de presentarlos también ante el pueblo y recordarle el servicio que acababan de prestarle al Estado, uno más entre los muchos e insignes que les habían prestado a ellos y a sus antepasa-
7 dos. Que ni siquiera ahora, después de tantos siglos, se silencien sus nombres ni se les prive de la gloria que les corresponde: fueron Signia, Norba, Satícula, Fregelas, Luceria, Venusia, Brundisio, Adria, Firmo y Arímino ¹²⁵,

¹²⁵ Enumeradas casi por orden de año de fundación, desde el 495 (Signia y Norba) hasta el 246 (Brundisio).

y en el otro mar, Poncias, Pesto y Cosa, y en el interior, 8
Benevento, Esernia, Espoleto, Placencia y Cremona ¹²⁶.
El imperio romano se mantuvo entonces en pie gracias a 9
la colaboración de estas colonias, y se les dieron las gracias
en el senado y ante el pueblo. El senado prohibió men- 10
cionar a las otras doce colonias que rehusaron obedecer,
y también que los cónsules despidieran o retuvieran o lla-
maran a sus delegados. Este sistema de castigarlos con el
silencio pareció el más acorde con la dignidad del pueblo
romano.

Mientras los cónsules hacían los preparativos necesari- 11
os para la guerra se acordó sacar el oro de las vicésimas ¹²⁷
que se guardaba en el tesoro público más intocable
para casos extremos. Se sacaron cerca de cuatro mil libras 12
de oro. De ellas se les dieron quinientas libras a cada uno
de los cónsules y de los procónsules Marco Marcelo y Publio
Sulpicio y al pretor Lucio Veturio, al cual le había
tocado en suerte la provincia de la Galia; el cónsul Fabio 13
recibió además un suplemento de cien libras de oro desti-
nadas a la ciudadela de Tarento; el oro restante se empleó
para pagar al contado la adquisición de ropa para el ejército
que hacía la guerra en Hispania ganando buena fama
junto con su general.

Se acordó también expiar los portentos antes de que los 11
cónsules se marcharan de Roma. En el monte Albano 2
habían sido alcanzados por un rayo una estatua de Júpiter
y un árbol próximo al templo, igual que el lago de Os-

¹²⁶ Por estricto orden cronológico, desde el 313 (Poncias) hasta el 218 (Placencia y Cremona).

¹²⁷ El impuesto del 5% que se pagaba en las manumisiones. Reserva de oro en barras que se guardaba en el *aerarium sanctius* para casos de emergencia grave.

- tia ¹²⁸, y la muralla y el templo de la Fortuna en Capua y la muralla y una puerta en Sinuesa habían sido también alcanzados por rayos. También contaban algunos que el agua del lago Albano había manado ¹²⁹ teñida de sangre, y que en Roma, en el interior del santuario del templo de la Buena Fortuna, una estatuilla de la corona de la diosa se le había caído por sí sola desde la cabeza a la mano.
- En Priverno se había constatado que había hablado un buey, y que un buitre había ido a posarse sobre una tienda cuando el foro estaba lleno de gente, y en Sinuesa había nacido una criatura de sexo ambiguo, mitad masculino y mitad femenino, lo que vulgarmente se llama un andrógino empleando la lengua griega, que suele prestarse más a la formación de palabras compuestas; y había llovido leche, y había nacido un niño con cabeza de elefante.
- Estos portentos fueron expiados con víctimas mayores y se decretó un día de rogativas y súplicas en todos los altares; también se decretó que el pretor Gayo Hostilio prometiese con voto y celebrase los Juegos Apolinales como se había hecho en aquellos últimos años.
- Por aquellos días el cónsul Quinto Fulvio convocó también los comicios para la elección de censores. Fueron elegidos dos que aún no habían sido cónsules, Marco Cornelio Cetego y Publio Sempronio Tuditano. Por iniciativa del senado se propuso al pueblo, y el pueblo lo sancionó, que estos censores arrendaran para su cultivo el campo de Capua.
- La revisión de la lista de senadores se retrasó debido a un enfrentamiento entre los censores a propósito de la

¹²⁸ No hay otras referencias acerca de tal lago. Puede tener el significado de colector de una fuente pública. Cf. también el sentido de *lacus* en XXXIX 44, 5.

¹²⁹ Cf. V 16, 9.

designación del cabeza de lista. Le correspondía a Sempronio hacer el nombramiento, pero Cornelio decía que se debía seguir la costumbre que venía de los antepasados y nombrar cabeza de lista al más antiguo de los excensores vivos; éste era Tito Manlio Torcuato. Sempronio sostenía que a quien los dioses le habían concedido en el sorteo el derecho a elegir, esos mismos dioses le habían dado el derecho de elegir libremente; que él lo iba a hacer siguiendo su propio criterio, y pensaba elegir a Quinto Fabio Máximo, y que estaba dispuesto a demostrar que incluso a juicio de Aníbal era el primer ciudadano de Roma. Después de un largo debate su colega cedió, y Sempronio eligió al cónsul Quinto Fabio Máximo para encabezar la lista del senado. A continuación se hizo la lista del resto de senadores quedando excluidos ocho, entre los que estaba Marco Cecilio Metelo, tristemente famoso por su propuesta de abandonar Italia¹³⁰ tras la derrota de Cannas. El mismo criterio se siguió para excluir a los miembros del orden ecuestre, pero eran realmente pocos los afectados por dicha nota infamante. Fueron privados de los caballos los supervivientes de las legiones de Cannas que se hallaban en Sicilia sirviendo en caballería, que eran muchos. La dureza de esta medida se incrementó con la prolongación del servicio: no les contarían los años de servicio prestados con caballo del Estado, y servirían diez años con caballo propio. Los censores hicieron además una cuidadosa y extensa relación de todos los que debían servir en caballería, y de éstos, a los que tenían diecisiete años al iniciarse aquella guerra y no habían hecho el servicio militar los redujeron al estado de ciudadanos sin voto. Después adjudicaron la reconstrucción de los edificios que había destrui-

¹³⁰ Cf. XXII 53, 5.

do el fuego alrededor del foro: siete tiendas, el mercado de abastos y el Atrio Regio ¹³¹.

- 12 *Marcelo* Cumplido todo lo que había que hacer
 persigue a en Roma, los cónsules salieron para el
 2 *Aníbal,* frente. Primero se adelantó Fulvio hasta
 arenga a sus Capua, y a los pocos días le dio alcance
 hombres Fabio; urgió éste a su colega de viva voz
 y consigue y a Marcelo por carta a mantener aleja-
 una victoria do a Aníbal con una durísima ofensiva
 3 mientras él atacaba Tarento; cuando se le quitase esta
 ciudad a un enemigo rechazado ya en todos los frentes
 y que no tenía dónde hacer alto ni dónde volver la vista
 y encontrar alguna lealtad, tampoco tendría motivo, sin
 4 duda, para permanecer en Italia. También envió un men-
 sajero a Regio, al prefecto de la guarnición apostada allí
 5 por el cónsul Levino frente a los brucios, ocho mil hom-
 bres en su mayor parte traídos de Agatirna, de Sicilia, co-
 mo ya se ha dicho ¹³², habituados a vivir de la rapiña.
 A éstos se habían sumado fugitivos de aquella zona, del
 Brucio, igualmente osados y constreñidos a intentar cual-
 6 quier cosa. Dio orden de llevar a esta partida primero
 a devastar el territorio brucio y después a atacar la ciudad
 de Caulonia ¹³³. Cumplieron las órdenes recibidas con pron-
 titud e incluso con avidez, y después de despojar y disper-
 sar a los agricultores se disponían a atacar la ciudad con
 la mayor violencia.
- 7 Marcelo, animado por la carta del cónsul y en parte
 también porque había llegado al convencimiento de que
 aparte de él no había ningún otro general que se pudiera

¹³¹ Véase XXVI 27, 2 ss.

¹³² Ver XXVI 40.

¹³³ Al norte de Locros, en la costa.

parangonar con Aníbal, en cuanto hubo en los campos forraje suficiente abandonó los cuarteles de invierno y salió hacia Canusio ¹³⁴ al encuentro de Aníbal. El cartaginés 8 trataba de inducir a los canusinos a pasarse a su bando, pero nada más oír que se acercaba Marcelo levantó de allí su campamento. La región era abierta, sin escondrijo alguno para una emboscada, por eso inició una retirada hacia zona montañosa. Marcelo le iba pisando los talones, situa- 9 ba el campamento frente por frente del suyo, y en cuanto finalizaba los trabajos defensivos formaba sus legiones en orden de combate. Aníbal entraba en pequeñas escaramuzas con algún escuadrón de caballería o con los lanzadores de infantería, pero no consideraba necesario arriesgarse a una batalla general. Se vio arrastrado, sin embargo, al 10 tipo de combate que trataba de evitar. Una noche, cuando se había adelantado, le dio alcance Marcelo en una zona abierta y llana y cuando estaba asentando el campamento le impidió continuar los trabajos atacando desde todas las direcciones a los zapadores. Se entabló así un combate con la totalidad de las tropas, y cuando ya la noche se echaba encima se separaron sin que se hubiera decidido el resultado. Antes del anoecer se atrincheraron a toda prisa los campamentos, muy poco distantes uno del otro. Al día 11 siguiente al rayar el alba formó Marcelo sus tropas en orden de combate; Aníbal no rehusó la confrontación, dirigiendo antes una larga arenga a sus hombres para que se acordaran de Trasimeno y Cannas y quebraran la arrogancia del enemigo que les acosaba y se les echaba encima 12 y no les dejaba marchar tranquilos, ni acampar, ni respirar, ni mirar a su alrededor; un día tras otro tenían que ver simultáneamente la salida del sol y la formación de

¹³⁴ Canosa.

combate de los romanos en la llanura; si de un solo combate el enemigo no salía sin derramar su sangre, en adelante se tomaría la guerra con más calma y tranquilidad. Enardecidos con esta arenga y al propio tiempo cansados de la insolencia de un enemigo que todos los días los acosaba y provocaba, entablaron el combate con gran fuerza. La lucha duró más de dos horas. Después comenzaron a ceder terreno por parte romana el ala derecha de la caballería y las fuerzas auxiliares. En cuanto Marcelo lo vio, pasó la legión decimoctava a primera línea. Mientras unos retrocedían en desorden y los otros los reemplazaban sin demasiadas prisas se desorganizó todo el frente, después se rompió por completo, y al ser más fuerte el miedo que la vergüenza emprendieron la huida. Cayeron en la batalla y durante la huida unos dos mil setecientos entre ciudadanos y aliados, entre ellos cuatro centuriones romanos y dos tribunos militares, Marco Licinio y Marco Helvio. Se perdieron cuatro enseñas militares del ala que inició la huida y dos de la legión que reemplazó a los aliados cuando retrocedían.

Después de regresar al campamento, Marcelo dirigió a la tropa una arenga tan dura y tan acre que el discurso de su irritado general fue para ellos más amargo que el día entero de infausto combate que habían soportado. «Doy gracias a los dioses inmortales» —dijo— «y los alabo, habida cuenta de las circunstancias, porque el enemigo no atacó también el campamento cuando vosotros os precipitabais con semejante pánico sobre la empalizada y las puertas; sin duda habríais abandonado el campamento con el mismo miedo con que dejasteis de luchar. ¿Qué miedo, qué terror, qué repentino olvido de quiénes erais y contra quiénes luchabais es este que hizo presa en vuestros ánimos? Sin duda estos enemigos son los mismos que os pa-

sasteis el último verano venciendo y persiguiendo una vez vencidos, a los que durante estos últimos días pisasteis 4 los talones en su huida día y noche, a los que agotasteis con tantos pequeños combates, a los que ayer no dejasteis marchar ni acampar. Pero paso por alto aquello de lo que 5 podéis enorgulleceros; me referiré a aquello de lo que debéis estar avergonzados y pesarosos. El caso es que ayer la batalla estaba equilibrada cuando la interrumpisteis. ¿Qué ha supuesto de nuevo la noche pasada, el día de 6 hoy? ¿Han disminuido en ese tiempo vuestras fuerzas, o se han acrecentado las suyas? Realmente me parece que no estoy hablando con mi ejército ni con soldados romanos; sólo sus cuerpos y sus armas son los mismos. ¿Acaso, 7 si hubieseis tenido los mismos ánimos, os habría visto la espalda el enemigo? ¿Le habría arrebatado las enseñas a algún manipulo o alguna cohorte ¹³⁵? Hasta ahora se ufana de haber destruido legiones romanas; vosotros por primera vez le habéis concedido hoy la gloria de poner en fuga a un ejército». En ese momento se alzó un clamor 8 pidiendo que les concediera perdón por ese día, que pusiera después a prueba cuando quisiese el valor de sus soldados. «Y tanto que lo haré, soldados» —dijo—, «y mañana os conduciré al campo de batalla para que como vencedores, y no como vencidos, consigáis el perdón que ahora pedís». A las cohortes que habían perdido las enseñas 9 dio orden de que se les diera cebada, y a los centuriones de los manipulos a los que les habían quitado las enseñas mandó ponerlos a un lado con las espadas desenvainadas y sin cinturón; y ordenó que todos, los de a pie y los de a caballo, se presentasen armados al día siguiente. Con 10

¹³⁵ Portaban enseña, en esta época, los manipulos en el caso de la legión y las cohortes en el caso de los aliados.

esto se disolvió la asamblea de los soldados, los cuales reconocían que habían sido justa y merecidamente reprendidos y que aquel día en el ejército romano sólo había habido un hombre, el general, al que tenían que dar satisfacción con la muerte o con una brillante victoria.

11 Al día siguiente se presentan equipados, tal como se había ordenado. El general los felicita y anuncia su intención de colocar en primera línea a los que iniciaron la huida el día anterior y a las cohortes que perdieron las enseñas; manifiesta que todos tienen ahora la obligación de luchar y vencer, que individual y colectivamente deben emplearse a fondo para evitar que la noticia de la derrota del día anterior llegue a Roma antes que la de su victoria de ese día. A continuación se les dio orden de tomar alimento para tener reserva de energías si la batalla se prolongaba, y una vez dicho y hecho todo aquello que contribuía a poner en tensión los ánimos de los soldados se formaron en orden de combate.

14 Cuando se informó de ello a Aníbal, comentó: «Realmente nos las vemos con un enemigo que no es capaz de soportar ni la buena ni la mala fortuna. Si vence, acosa sin piedad a los vencidos; si es derrotado, reemprende la 2 lucha contra su vencedor». Inmediatamente mandó dar la señal y alineó sus tropas. Se peleó por ambas partes con bastante más dureza que el día anterior, empeñados los cartagineses en consolidar la victoria de la víspera y los 3 romanos en borrar su ignominia. En el lado romano combatían en primera línea el ala izquierda de la caballería y las cohortes que habían perdido las enseñas, con la 4 legión decimoctava formada a la derecha. Los legados Lucio Cornelio Léntulo y Gayo Claudio Nerón mandaban las alas; Marcelo sostenía el centro como animador y como testigo 5 presencial. Por parte de Aníbal ocupaban la primera línea

los hispanos, que eran lo más sólido de todo su ejército. Como el combate se mantenía incierto después de largo 6 tiempo, Aníbal hizo avanzar a primera línea a los elefantes por si esta maniobra podía provocar el pánico y la confusión en alguna medida, y al principio descompusieron las 7 enseñas y las filas, en parte pisoteando y en parte dispersando presa del pánico a los que estaban a su alrededor, y dejaron desguarnecido uno de los flancos de la formación; el movimiento de fuga se habría extendido más 8 si el tribuno militar Gayo Decimio Flaco no hubiera arrebatado la enseña del primer manípulo de lanceros ordenando a sus hombres que lo siguieran. Los condujo hasta donde los elefantes en masa sembraban la confusión y ordenó disparar contra ellos las jabalinas. Las armas arro- 9 jadas dieron todas en el blanco, pues no resultaba difícil el lanzamiento desde cerca sobre semejantes moles, tan apiñadas además en esos momentos. Pero si bien no todos resultaron heridos, aquellos en cuya grupa quedaron clavados los venablos emprendieron la huida y, como es una especie muy cambiante, arrastraron consigo también a los que no estaban heridos. Entonces no fue ya un solo ma- 10 nípulo el que disparaba sus jabalinas sino todos los soldados por iniciativa propia siempre y cuando pudieran seguir la marcha de la manada de elefantes fugitivos. Con ello las bestias se precipitaron con mayor ímpetu sobre los suyos causando mayores estragos de los que habían causado entre el enemigo, porque la bestia aterrorizada es arrastrada por el pánico de forma más incontrolada que cuando la gobierna un guía sentado sobre ella. La infantería ro- 11 mana se lanza sobre el ejército convulsionado por el paso de los elefantes y sin mayor esfuerzo lo dispersa y lo pone en fuga presa del pánico. Marcelo lanza entonces la caba- 12 llería tras los fugitivos y sólo se pone fin a la persecución

cuando, despavoridos, son rechazados hasta el campamento.

- 13 Aparte de los otros motivos de pánico y confusión, se cayeron además dos elefantes en la puerta misma y los soldados se veían forzados a salvar el foso y la empalizada para precipitarse en el campamento. Fue allí donde se produjo la mayor matanza de enemigos: fueron muertos cerca
- 14 de ocho mil hombres, y cinco elefantes. Tampoco para los romanos fue incruenta la victoria: murieron cerca de mil setecientos de las dos legiones y más de mil trescientos aliados; los heridos, tanto ciudadanos como aliados, fue-
- 15 ron muy numerosos. La noche siguiente Aníbal levantó el campamento; Marcelo quería ir tras él, pero se lo impidió el gran número de heridos.

- 15 Los exploradores enviados en seguimiento de la columna volvieron al día siguiente con la noticia de que Aníbal se dirigía al Brucio.

- El cónsul Fabio recupera Tarento.*
- 2 *Emboscada de Aníbal* Más o menos por las mismas fechas se rindieron al cónsul Quinto Fulvio los hirpinos, los lucanos y los volceyentes ¹³⁶ entregándole las guarniciones de Aníbal que tenían en sus ciudades, y el cónsul los acogió con clemencia, limitándose a unas pala-
- 3 bras de reconvención por su pasado descarrío. También a los brucios se les dieron parecidas esperanzas de perdón cuando vinieron en representación suya los hermanos Vibio y Pacio, las personas más nobles de su pueblo con diferencia, a pedir las mismas condiciones que se les habían concedido a los lucanos para rendirse.

- 4 El cónsul Quinto Fabio tomó al asalto la plaza de Manduria ¹³⁷, en territorio salentino. En ella se cogieron cerca

¹³⁶ Esta importante población (Vulci) estaba en Lucania, aunque aquí parece aparte de los lucanos.

¹³⁷ Al este de Tarento, a unos treinta Kms.

de cuatro mil prisioneros y otro botín en cantidad considerable. De allí partió hacia Tarento y acampó a la entrada misma del puerto. En parte de las naves que había tenido 5 Levino para proteger la llegada de suministros cargó artillería y material para atacar las murallas, y en otras, ballestas y piedras y toda clase de proyectiles, incluso en las naves de carga, no sólo en las de remo, con el propósito 6 de que unos acarreasen hacia las murallas las escalas y la artillería y otros hostigasen a distancia, desde las naves, a los defensores de las murallas. Se equiparon y alistaron 7 estas naves para atacar la ciudad desde mar abierto. El mar, por otra parte, estaba libre, pues la flota cartaginesa había sido trasladada a Corcira porque Filipo se disponía a atacar a los etolios. Entretanto, en el Brucio, los que 8 asediaban Caulonia, ante la llegada de Aníbal temieron verse aplastados y se retiraron a una loma donde de momento estaban a cubierto de un ataque, aunque no ofrecía ninguna otra ventaja.

Un incidente apenas digno de mención ayudó a Fabio, 9 en su asedio de Tarento, a una importante conquista. Tenían los tarentinos una guarnición de brucios que les había proporcionado Aníbal. El prefecto de dicha guarnición estaba perdidamente enamorado de una mujer cuyo hermano servía en el ejército del cónsul Fabio. Enterado éste 10 por una carta de su hermana de su nueva relación con un rico extranjero tan considerado entre los suyos, concibió esperanzas de poder llevar a donde quisiera al amante de su hermana por mediación de ésta y comunicó al cónsul las expectativas que tenía. Como la idea no parecía des- 11 cabellada, se le dieron instrucciones para que entrase en Tarento como desertor; se ganó la confianza del prefecto gracias a su hermana y empezó por sondear cuidadosamente su carácter; después, cuando tuvo pruebas suficien-

tes de su ligereza, por medio de los halagos de la mujer lo indujo a traicionar la custodia de la posición que tenía a su cargo. Una vez acordados la manera y el momento de llevar la acción adelante, el soldado salió de noche furtivamente de la ciudad por un espacio no cubierto por los puestos de guardia e informó al cónsul de lo que había hecho y de lo que había quedado de acuerdo en hacer.

13 Durante el primer relevo de la guardia dio Fabio la señal a los que estaban en la ciudadela y a los que estaban de guardia en el puerto y él rodeó el puerto y tomó posiciones en el lado oeste de la ciudad sin ser visto. A continuación sonaron las trompetas simultáneamente en la ciudadela, en el puerto y en las naves que habían avanzado desde alta mar; intencionadamente se organizó un griterío y un enorme alboroto en todos aquellos puntos donde era menor el peligro. Mientras tanto el cónsul mantenía a sus hombres en silencio. Consiguientemente, Demócrates, que anteriormente había sido prefecto de la flota y casualmente tenía a su cargo aquel sector, al ver que alrededor suyo todo estaba tranquilo y que en otros sectores retumbaba un alboroto como cuando estallan gritos intermitentes al ser tomada una ciudad, temiendo que mientras él andaba con dudas el cónsul lanzase algún ataque directo, se llevó a sus hombres hacia la ciudadela, de donde llegaba el estrépito más alarmante. Cuando por el tiempo transcurrido y por el propio silencio —puesto que no se oía voz alguna allí donde poco antes todo eran ruidos dando la alarma y llamando a las armas— Fabio comprendió que se habían alejado los que estaban de guardia, mandó arrimar las escalas al tramo de muro donde el promotor de la traición había dicho que estaría de guardia la cohorte de los brucios. Fue allí donde primero se tomó la muralla, ayudándoles y dejándoles entrar los brucios, y se pasó a la ciudad;

después también se forzó la puerta más próxima para que entrase una nutrida columna. Entonces se alzó el grito de 19 combate, llegaron hasta el foro casi al despuntar el día sin encontrar ninguna resistencia armada, y sobre ellos se lanzaron desde todas partes todos los que combatían en la ciudadela y en el puerto.

A la entrada del foro se entabló un combate más 16 violento que prolongado. Los tarentinos eran inferiores a los romanos en coraje, armas, técnica de combate, vigor y fuerza física. De modo, pues, que únicamente lanzaron 2 las jabalinas y casi sin entrar en combate volvieron la espalda y se dispersaron por las bien conocidas calles de la ciudad hacia sus casas y las de sus amigos. Dos de sus 3 jefes, Nicón y Demócrates, cayeron peleando valientemente. Filéméno, promotor de la idea de pasarse a Aníbal, se alejó del combate al galope de su caballo, y poco des- 4 pués el caballo fue visto vagando por la ciudad, pero no se encontró su cuerpo por ninguna parte; la creencia generalizada era que se había precipitado desde el caballo a un pozo abierto. A Cartalón, el prefecto de la guarnición 5 cartaginesa, lo mató un soldado con el que se encontró cuando se dirigía, sin armas, al cónsul para recordarle la hospitalidad que unía a sus padres. Otros soldados dieron 6 muerte indiscriminadamente a los que estaban armados y a los que no, cartagineses y tarentinos por igual. También fueron muertos a mansalva muchos brucios, bien por equivocación o bien por el odio arraigado desde antiguo contra ellos, o para acallar los rumores de la traición, dando más bien la impresión de que Tarento había sido tomada por 7 la fuerza de las armas. A la matanza siguió el saqueo de la ciudad. Dicen que fueron cogidos treinta mil esclavos, una enorme cantidad de plata labrada o acuñada, tres mil ochenta libras de oro, y casi tantas estatuas y cuadros co-

8 mo los que adornaban Siracusa. Pero Fabio fue más magnánimo que Marcelo a la hora de respetar esa clase de botín; cuando un escriba le preguntó qué quería que se hiciera con unas estatuas de gran tamaño —se trataba de dioses representados en actitud de combate, cada uno con sus atributos—, ordenó dejarles a los tarentinos sus
9 dioses, airados con ellos. Después fue derruido y convertido en escombros el muro que separaba la ciudad de la ciudadela.

Mientras se desarrollaban estos hechos en Tarento, Aníbal, después de recibir la rendición de los que sitiaban Caulonia, enterado del ataque a Tarento se apresuró a acudir en su ayuda marchando día y noche a toda velocidad; y cuando supo que la ciudad había caído dijo: «Los romanos tienen también su propio Aníbal; hemos perdido Tarento por el mismo procedimiento con que la habíamos
11 tomado». No obstante, para que su cambio de sentido en la marcha no pareciera una huida, acampó en el lugar donde había hecho alto, a unas cinco millas de la ciudad. Se quedó allí unos pocos días y se retiró a Metaponto. Desde
12 aquí le envió a Fabio, a Tarento, dos metapontinos con una carta de los principales de la ciudad, para obtener del cónsul garantías de que no habría represalias por su comportamiento anterior si entregaban Metaponto junto con
13 la guarnición cartaginesa. Fabio, convencido de que era verdad lo que le proponían, fijó la fecha en que se presentaría en Metaponto y entregó una carta para los principales, carta que le fue entregada a Aníbal. Francamente
14 satisfecho por el éxito del engaño, pues hasta Fabio había caído en la trampa, preparó una emboscada no lejos de
15 Metaponto. Cuando Fabio consultó los auspicios antes de marchar de Tarento, las aves no le fueron favorables ni la primera vez ni la segunda. Consultó también a los dio-

ses sacrificando una víctima, y el arúspice anunció que había que prevenirse contra un ardid y una emboscada del enemigo. Los metapontinos enviados de nuevo, en vista de 16 que no se presentaba en la fecha señalada, para animarlo si andaba remiso, fueron detenidos de pronto y desvelaron la celada por temor a un interrogatorio más duro.

*Campana
en Hispania.
Victoria
de Escipión
sobre Asdrúbal
en Bécula*

A principios del verano en que ocurría 17 todo esto, Publio Escipión, en Hispania ¹³⁸, después de dedicar todo el invierno a ganarse la voluntad de los bárbaros a base, en parte, de regalos y en parte de devolver los rehenes y los prisioneros, recibió la visita de Edescón, jefe renombrado entre los hispanos. Su mujer y sus hijos estaban en poder de los 2 romanos; pero aparte de esta circunstancia lo había impulsado también una especie de inclinación espontánea que había hecho volverse a Hispania entera del dominio cartaginés hacia el romano. La misma razón tuvieron Indíbil 3 y Mandonio, los hombres más importantes sin duda de toda Hispania, para abandonar a Asdrúbal junto con todos sus paisanos y retirarse a unas alturas que dominaban su campamento desde las que podían llegar sin riesgo hasta los romanos a través de una cadena ininterrumpida de montañas. Viendo Asdrúbal que las fuerzas del enemigo se 4 incrementaban y las suyas disminuían de forma tan considerable y que si no ponía en marcha algún golpe de audacia se precipitarían por el camino iniciado, decidió presentar batalla cuanto antes. Más ávido aún de combate estaba 5 Escipión, porque sus esperanzas aumentaban con el éxito de sus acciones y también porque prefería luchar contra un solo ejército y un solo general, antes de que se unieran

¹³⁸ Vuelve el relato al final del libro XXVI.

los ejércitos enemigos, en vez de hacerlo contra todos a la vez. Sin embargo, por si tenía que combatir con muchos al mismo tiempo, había incrementado sus fuerzas con un hábil recurso. En efecto, viendo que las naves no eran de ninguna utilidad porque toda la costa de Hispania estaba libre de flotas cartaginesas, varó las naves en Tarragona e incorporó las tripulaciones a las tropas de tierra. Además tenía armas suficientes con las que había tomado en Cartagena y las que había hecho fabricar tras la toma de ésta encerrando a tan elevado número de obreros.

Con estas tropas salió Escipión de Tarragona a principios de la primavera, pues ya había regresado de Roma Lelio, sin el cual no quería emprender ninguna acción importante, y marchó directamente hacia el enemigo. Todo estaba tranquilo por donde avanzaba recibido y escoltado por los aliados de cada pueblo cuyos confines atravesaba, y entonces salieron a su encuentro Indíbil y Mandonio con sus tropas. Habló Indíbil en nombre de los dos, y no al estilo necio e imprudente de un bárbaro sino más bien con respeto y ponderación, más atento a justificar como necesario su cambio de bando que a ufanarse de haber aprovechado la primera oportunidad para hacerlo; él sabía, en efecto, que la denominación de tráfuga les resultaba odiosa a los aliados antiguos y sospechosa a los nuevos, y no censuraba esta costumbre universal siempre que no fuese la palabra sino la causa lo que produjera la doble odiosidad. Recordó a continuación sus servicios a los generales cartagineses y la avaricia, la prepotencia y los desafueros de todo tipo por parte de éstos con respecto a él y sus compatriotas; sólo físicamente, por tanto, había estado con ellos hasta ese momento; moralmente estaba desde hacía tiempo ya allí donde creía que se respetaba el derecho y la justicia. También aquellos que no pueden soportar la

violencia y las injusticias de los hombres buscan, suplicantes, refugio en los dioses; a Escipión le pedían que el 14 haber ellos cambiado de bando no se les tuviera en cuenta ni como un delito ni como un mérito; que valorase su colaboración según las pruebas que tuviera de la misma a partir de ese día.

El romano responde que así lo hará, sin duda, y que 15 no considerará tráfugas a quienes no dieron validez a una alianza en la que no había nada sagrado, ni divino ni humano. Sus mujeres e hijos fueron conducidos entonces 16 a su presencia y les fueron devueltos mientras ellos lloraban de alegría. Se les dio hospitalidad aquel día, y al día 17 siguiente se selló el compromiso con un tratado y se les envió a buscar sus tropas. En adelante plantaban sus tiendas en el mismo campamento hasta que se llegó, con ellos como guías, a la vista del enemigo.

El ejército cartaginés más próximo, el de Asdrúbal, 18 estaba cerca de la ciudad de Bécula ¹³⁹. Delante del campamento tenían avanzadillas de caballería. Los escaramuceadores, las tropas de vanguardia y las que iban a la cabeza de la columna, sobre la marcha y antes de buscar emplazamiento para el campamento, lanzaron un ataque contra éstas tomándolas tan poco en serio que no había duda sobre cuál era la moral de uno y otro bando. Los 3 jinetes fueron rechazados en una huida atropellada hasta el campamento, y las enseñas romanas llegaron casi hasta las mismas puertas. Aquel día simplemente se avivó el 4 espíritu de combate y los romanos acamparon. Por la 5 noche Asdrúbal replegó sus tropas a una altura que tenía una explanada en la parte más alta. Por detrás había un río y por delante y por los lados ceñía todo su contorno

¹³⁹ En la región minera, por las cercanías de Bailén.

- 6 una especie de ribazo abrupto. En la parte baja había también otra planicie ligeramente inclinada, rodeada a su
7 vez por un saliente igualmente difícil de escalar. Cuando al día siguiente vio Asdrúbal que el ejército romano estaba formado delante del campamento, hizo bajar a esta planicie inferior a los jinetes nómadas y a los baleares y africanos de armamento ligero.
- 8 Escipión recorría sus filas y enseñaba y les hacía ver cómo el enemigo, renunciando de antemano a la posibilidad de luchar en campo abierto, buscaba las alturas y estaba allí a la vista confiado en la posición y no en el valor y las armas; pero murallas más altas tenía Cartagena, y
9 los soldados romanos las habían escalado; ni las alturas, ni la ciudadela, ni siquiera el mar habían resistido a sus armas. Las alturas que habían ocupado les iban a servir a los enemigos para escapar saltando por precipicios y despeñaderos, y él les iba a cortar también la huida por allí.
- 10 Ordenó a una cohorte ocupar la entrada del valle por donde descendía el río, y a otra apostarse en el camino que llevaba de la ciudad a los campos serpenteando por la colina. Él, al frente de las tropas ligeras que el día anterior habían rechazado los puestos avanzados del enemigo, marchó contra los soldados de armamento ligero situados
11 en la plataforma de más abajo. Al principio avanzaron por terreno escarpado sin otro impedimento que las dificultades del camino; después, cuando estuvieron a tiro, cayó de pronto sobre ellos una enorme cantidad de armas
12 arrojadas de todas clases; ellos por su parte lanzaban piedras que el terreno ofrecía por todas partes, casi todas manejables, y no sólo los soldados sino también la masa de siervos mezclados con ellos.
- 13 Pero a pesar de que el ascenso era dificultoso y casi los cubrían los dardos y las piedras, gracias a su práctica

en escalar muros y a su tenacidad subieron los primeros. En cuanto éstos ocuparon un poco de espacio donde man- 14 tenerse a pie firme, desalojaron de la posición al enemigo, armado a la ligera y habituado a escaramuzas, combatiente seguro a distancia cuando se elude la batalla desde lejos a base de proyectiles, pero también carente de firmeza en la lucha cuerpo a cuerpo; causándole muchas bajas, lo empujaron hasta la formación que se mantenía en una parte más elevada de la colina. Entonces Escipión da orden a 15 los vencedores de lanzarse sobre el centro de la formación, reparte con Lelio las tropas restantes y le manda rodear la colina por el lado derecho hasta encontrar un camino de subida menos pendiente; él, describiendo un pequeño arco por la izquierda, se lanza sobre el flanco del enemigo. A partir de ahí se descompuso por primera vez el frente 16 al querer dirigir las alas hacia los gritos de guerra que sue- nan por todas partes en torno suyo y cambiar la orientación de las líneas. En medio de este tumulto subió tam- 17 bién Lelio, y mientras se replegaban para evitar ser heridos por la espalda, la primera línea se descompuso y dejó espacio para que llegaran también arriba los del centro; éstos nunca lo habrían conseguido, dado lo accidentado 18 del terreno, si se hubieran mantenido cerradas las filas con los elefantes colocados delante de las enseñas. Mientras 19 se producía una matanza en todos los frentes, Escipión, que había atacado el ala derecha con su ala izquierda, se empleaba a fondo combatiendo sus flancos desguarnecidos. Ya ni siquiera había espacio libre para la huida, pues 20 las avanzadas romanas habían ocupado las salidas a derecha e izquierda y, por otra parte, la puerta del campamento había sido cerrada al huir el general y los oficiales, sumándose a esto el pánico de los elefantes, tan temidos co-

Cuando el cuestor estaba vendiendo a los africanos ⁸ por orden del general, se enteró de que uno de ellos, un muchacho muy apuesto, era de sangre real, y se lo envió a Escipión. Cuando éste le preguntó quién era, y de dónde, y por qué a su edad estaba en un campamento, dijo que era númida y que sus paisanos le llamaban Masiva; que había quedado huérfano de padre y se había criado con su abuelo materno Gala, rey de los númidas, y que había pasado a Hispania con su tío Masinisa, el cual había llegado hacía poco con caballería de refuerzo para los cartagineses; que nunca había entrado en combate anterior- ¹⁰ mente porque Masinisa no se lo había permitido debido a su edad; que el día que se había combatido contra los romanos había cogido armas y un caballo sin que lo supiera su tío y había ido al frente, donde su caballo al resbalar lo había despedido de cabeza y había caído prisionero de los romanos. Escipión mandó dejar aparte al númida y ¹¹ liquidó los asuntos que tenía que resolver en el tribunal; después se retiró a su tienda, lo mandó llamar y le preguntó si quería volver al lado de Masinisa. Saltándosele lágrimas ¹² de alegría dijo que sí lo deseaba, y entonces le dio al chico un anillo de oro, una túnica laticlava junto con un manto hispano, una fíbula de oro y un caballo enjaezado, y lo despidió ordenando a sus jinetes que lo acompañaran hasta donde él quisiera.

Se celebró después un consejo de guerra. Aunque algu- ²⁰ nos proponían salir en seguida en persecución de Asdrúbal, Escipión estimó que había en ello el peligro de que uniesen ² con éste sus tropas Mágón y el otro Asdrúbal ¹⁴¹ y envió únicamente un destacamento a apostarse en los Pirineos,

¹⁴¹ El de Gísgón.

y él dedicó el resto del verano a recibir la sumisión de los pueblos de Hispania.

- 3 Cuando pocos días después de la batalla de Bécula salió del macizo de Cástulo Escipión, que regresaba ya a Tarragona, los generales Asdrúbal, hijo de Gisgón, y Magón vinieron desde la Hispania Ulterior a reunirse con Asdrúbal, ayuda tardía tras la derrota, pero muy oportuna con vistas a planificar los pasos siguientes de la guerra.
- 4 Cuando entonces contrastaron la actitud de los hispanos en la zona de cada uno de ellos, tan sólo Asdrúbal el de Gisgón mantenía que la costa del extremo de Hispania, la que da a Cádiz y al Océano, no sabía nada aún de los romanos y por ello se mantenía fiel a los cartagineses.
- 5 El otro Asdrúbal ¹⁴² y Magón coincidían en que la generosidad de Escipión había ganado la voluntad de toda la población tanto a nivel público como privado, y que no se pondría fin a las defecciones hasta que todos los soldados hispanos fuesen retirados a los últimos confines de Hispania o trasladados a la Galia. Por consiguiente, aunque el senado cartaginés no lo hubiese acordado, Asdrúbal debía irse a Italia, epicentro de la guerra donde se decidía todo, llevándose al mismo tiempo a todos los hispanos lejos de Hispania y del nombre de Escipión; su ejército, debilitado en parte por las deserciones y en parte por la derrota, se completaría con soldados hispanos, y Magón dejaría sus tropas a Asdrúbal el de Gisgón y él pasaría a las Baleares con dinero abundante para contratar tropas
- 6 auxiliares; Asdrúbal el de Gisgón marcharía con su ejército al interior de Lusitania, evitando entrar en combate con los romanos; Masinisa, con lo mejor de la caballería hasta totalizar tres mil jinetes, recorrería la Hispania Citerior,

¹⁴² El de Amílcar.

llevando ayuda a los aliados y arrasando las ciudades y los campos enemigos. Tomadas estas decisiones, los jefes se separaron para dar cumplimiento a lo que habían acordado. Esto fue lo que aconteció en Hispania durante aquel año ¹⁴³.

En Roma la fama de Escipión iba a 9
Elecciones en más de día en día; la toma de Tarento,
Roma. a pesar de deberse más a la astucia que
Marcelo, al valor, era un título de gloria para Fa-
cónsul bio; la fama de Fulvio declinaba; había 10

también comentarios adversos a Marcelo por el revés sufrido en su primer combate así como por haber llevado a sus hombres a acantonarse en Venusia en mitad del verano mientras persistían las correrías de Aníbal por Italia. El tribuno de la plebe Gayo Publicio Bíbulo estaba perso- 11
 nalmente enfrentado con él; ya desde la primera batalla que había perdido no había cesado de desacreditar a Claudio en sus intervenciones públicas haciéndolo odioso a la plebe; incluso andaba ya intentando que se le quitara el 12
 mando, y entonces los allegados de Claudio consiguieron que Marcelo regresase a Roma, dejando un legado en Venusia, para defenderse de las imputaciones de sus adversarios, y que mientras él estuviera ausente no se discutiera la suspensión de su mando. Casualmente llegaron a un 13
 mismo tiempo a Roma Marcelo para conjurar aquella ignominia y el cónsul Quinto Fabio para presidir las elecciones.

La cuestión del mando de Marcelo fue tratada en el 21
 circo Flaminio con gran afluencia popular y de todos los estamentos sociales. El tribuno de la plebe no acusó sólo 2
 a Marcelo sino a toda la nobleza: por su falta de honesti-

¹⁴³ Polibio sitúa la batalla de Bécula en el 208, un año después que Livio.

dad y sus vacilaciones, Aníbal, desde hacía nueve años ya, tenía a Italia como provincia suya y había vivido allí más tiempo que en Cartago; el pueblo romano recogía el fruto de haberle prorrogado el mando a Marcelo: su ejército, destrozado por dos veces, pasaba el verano acantonado en Venusia. Marcelo, con la enumeración de sus acciones, sofocó este discurso del tribuno de forma tal que no sólo fue rechazada la propuesta de quitarle el mando sino que al día siguiente lo eligieron cónsul todas las centurias con amplio consenso. Como colega fue elegido Tito Quincio Crispino, que entonces era pretor. Al día siguiente fueron elegidos pretores Publio Licinio Craso Dívite, pontífice máximo, Publio Licinio Varo, Sexto Julio César ¹⁴⁴ y Quinto Claudio.

En las fechas mismas de los comicios la sublevación de Etruria causó inquietud en la ciudadanía. Gayo Calpurnio, que tenía a su cargo aquella provincia como propretor, había escrito diciendo que la sublevación se había originado en Arrecio. Fue, pues, enviado allí inmediatamente Marcelo, cónsul electo, para examinar la situación y, si ésta lo requería, hacer venir al ejército y trasladar la guerra de Apulia a Etruria. Esta amenaza contuvo a los etruscos, que se estuvieron quietos. El senado respondió a una delegación de Tarento, que pedía la paz conservando la libertad y sus propias leyes, que volviesen cuando el cónsul Fabio estuviera de regreso en Roma.

Aquel año se prolongaron un día más tanto los Juegos Romanos como los Plebeyos. Fueron ediles curules Lucio Cornelio Caudino y Servio Sulpicio Galba, y ediles plebeyos Gayo Servilio y Quinto Cecilio Metelo. Se afirmaba

¹⁴⁴ Primer personaje de la familia Julia que aparece con el sobrenombre de César.

que Servilio no había sido tribuno de la plebe ni era edil legalmente porque su padre, que se había creído durante nueve años que lo habían matado los boyos cerca de Múтина cuando era triúnviro para el reparto de tierras, se tenía ahora la seguridad de que vivía ¹⁴⁵ y estaba en poder del enemigo.

En el año undécimo ¹⁴⁶ de la guerra 22
Asignación de púnica entraron en funciones como cón-
mandos. sules Marco Marcelo por quinta vez
Portentos —contando el consulado que no ejerció
 debido a una irregularidad en su nom-

bramiento ¹⁴⁷— y Tito Quincio Crispino. A los dos cónsules 2
 les fue asignada Italia como provincia y los dos ejércitos
 de los cónsules del año anterior (había un tercer ejército,
 que había mandado Marcelo, en Venusia entonces), con
 la posibilidad de elegir de entre los tres los dos que quisie-
 ran; el tercero le sería entregado a quien fuese designado
 por la suerte para hacerse cargo de Tarento y del territorio
 salentino. El resto de las áreas de competencia se distribu- 3
 yó de la forma siguiente: para Publio Licinio Varo, la ju-
 risdicción urbana; la de los extranjeros, yendo a donde el
 senado acordase, al pontífice máximo Publio Licinio Cra-
 so; a Sexto Julio César, Sicilia, y a Quinto Claudio, Ta-
 rento. Se le prorrogó por un año el mando a Quinto 4
 Fulvio Flaco con el objeto de que se hiciese cargo, con
 una legión, de la provincia de Capua, que había sido del
 pretor Tito Quincio. También se le prorrogó el mando a
 Gayo Hostilio Túbulo para que como propretor sucediese
 en Etruria a Gayo Calpurnio en el mando de las dos legio-

¹⁴⁵ Mientras el padre, patricio, vivía, se consideraba nula la elección del hijo para cargos plebeyos sin su autorización.

¹⁴⁶ El 208.

¹⁴⁷ Cf. XXIII 31, 13.

5 nes. Asimismo le fue prorrogado el mando a Lucio Veturio Filón para que como propretor se hiciera cargo de la provincia de la Galia con las mismas dos legiones que ha-
6 bía tenido siendo pretor. Lo mismo que en el caso de Lucio Veturio, se tomó el acuerdo por parte del senado y se presentó al pueblo la propuesta de la prórroga en el mando para Gayo Aurunculeyo, que había tenido Cerdeña a su cargo con dos legiones. Para la defensa de dicha provincia le fueron asignadas las cincuenta naves de guerra
7 que había enviado Publio Escipión desde Hispania. También a Publio Escipión y a Marco Silano les fueron confirmadas por un año más sus provincias de Hispania y sus ejércitos. Escipión recibió instrucciones de enviar a Cerdeña cincuenta de las ochenta naves que tenía entre las que
8 había llevado de Italia y las que había capturado en Cartagena, porque corrían rumores de que aquel año se estaban haciendo en Cartago grandes preparativos navales con la intención de llenar por completo las costas de Italia, Sicilia y Cerdeña con doscientas naves. Por lo que se refiere
9 a Sicilia, la distribución fue como sigue: a Sexto César se le asignó el ejército de Cannas; Marco Valerio Levino (pues también a él se le prorrogó el mando) mandaría la flota de setenta naves que estaba en Sicilia, a las que añadiría las treinta naves que habían operado en Tarento el año anterior, y con esta flota de cien naves pasaría a África a
10 saquear si lo estimaba oportuno. También a Publio Sulpicio le fue prorrogado el mando por un año para ocupar las provincias de Macedonia y Grecia con la misma flota. En cuanto a las dos legiones que habían estado en Roma
11 no se introdujo ningún cambio. Se autorizó a los cónsules a reclutar tropas de complemento para donde fueran necesarias. Aquel año el imperio romano contó con veintiuna
12 legiones para su defensa. Por otra parte, el pretor urbano

Publio Licinio Varo recibió el encargo de reparar las treinta viejas naves de guerra que había en Ostia y dotar de tripulación a otras veinte naves nuevas, de forma que se pudiera proteger la costa cercana a Roma con una flota de cincuenta naves. Gayo Calpurnio recibió órdenes tajantes de no mover de Arrecio su ejército antes de la llegada de su sucesor; lo mismo se le ordenó a Túbulo ¹⁴⁸ para que estuviese especialmente atento a que no surgiesen allí nuevas revueltas.

Los pretores salieron hacia sus provincias; a los cónsules los retuvieron escrúpulos de orden religioso porque no se acababan de obtener presagios favorables después de haber llegado noticias de algunos fenómenos extraños. De la Campania había llegado la noticia de que en Capua ² habían sido alcanzados por rayos dos templos, el de la Fortuna y el de Marte, y algunas tumbas; en Cumas —hasta ese extremo la superstición hace intervenir a los dioses incluso en los detalles más insignificantes— los ratones habían roído el oro en el templo de Júpiter; en Casino se había posado en el foro un gran enjambre de abejas; también en Ostia el rayo había alcanzado la muralla y ³ una puerta; en Cere un buitre había entrado volando en el templo de Júpiter; en Volsinios el lago se había teñido de sangre. Con motivo de estos portentos hubo un día de ⁴ rogativas. Durante varios días se sacrificaron víctimas mayores sin resultados favorables, y durante largo tiempo no se consiguió la paz con los dioses. Los funestos efectos de estos hechos portentosos recayeron sobre la persona de los cónsules, quedando a salvo el Estado.

Los Juegos Apolinales habían sido celebrados por primera vez por el pretor urbano Publio Cornelio Sila duran-

¹⁴⁸ Gayo Hostilio.

te el consulado de Quinto Fulvio y Apio Claudio ¹⁴⁹; a partir de entonces todos los pretores urbanos los habían celebrado, pero prometiéndolos con voto para un año solamente, y sin señalar fecha fija. Aquel año asoló la ciudad y el campo una grave epidemia que sin embargo causó enfermedades prolongadas más que mortales. Con motivo de esta epidemia se hicieron rogativas en todos los cruces de la ciudad y el pretor urbano Publio Licinio Varo recibió instrucciones de presentar al pueblo una proposición de ley disponiendo que se comprometiese con voto la celebración de aquellos juegos siempre en una fecha determinada. Fue así él el primero que los prometió con voto, señalándolos para el cinco de julio. En adelante se mantuvo como festivo este día.

24

*Medidas
respecto a
Arrecio
y Tarento*

De Arrecio llegaban noticias más graves cada día y la preocupación del senado iba en aumento. Se le escribió, pues, a Gayo Hostilio para que cogiera inmediatamente rehenes de los arretinos, enviándole con plenos poderes a Gayo Terencio Varrón para que se los entregara con el objeto de trasladarlos a Roma. En cuanto éste llegó, Hostilio ordenó a una legión que estaba acampada delante de la ciudad que entrase en la población y apostó guardias en los puntos estratégicos; a continuación convocó en el foro a los senadores y les exigió los rehenes. Cuando el senado pidió dos días para deliberar, hizo saber que o bien se los entregaban ellos en el acto o bien él cogería al día siguiente a todos los hijos de los senadores. Después se les dieron órdenes a los tribunos militares, prefectos de los aliados y centuriones para que montaran guardia en las puertas a fin de que nadie saliera de

¹⁴⁹ El año 212.

la ciudad durante la noche. No hubo prisas ni cuidado en 4
cumplir esta orden, y antes de que se colocaran las guar-
dias en las puertas escaparon con sus hijos siete de los se-
nadores principales antes de la noche. Cuando al amanecer 5
del día siguiente se comenzó a citar en el foro al senado
se los echó en falta y sus bienes fueron puestos en venta;
de los otros senadores se tomaron ciento veinte rehenes,
hijos suyos, y le fueron entregados a Gayo Terencio para
que los llevara a Roma. Éste, en el senado, hizo que la 6
situación pareciera más alarmante que antes. Por eso, co-
mo si en Etruria fuese inminente una sublevación, el pro-
pio Gayo Terencio recibió instrucciones de marchar a Arre-
cio al frente de una de las dos legiones urbanas y mante-
nerla de guarnición en la ciudad; se aprobó que Gayo 7
Hostilio, con el resto del ejército, recorriera toda la pro-
vincia y tomara medidas para que no se les ofreciera la
menor oportunidad a los que pretendían una sublevación.
Cuando llegó a Arrecio con la legión Gayo Terencio les 8
pidió a los magistrados las llaves de las puertas; éstos le
aseguraron que no aparecían, y, convencido de que no se
habían perdido por descuido sino que habían sido sustraí-
das a mala fe, puso llaves nuevas en todas las puertas y
se ocupó especialmente de que todo estuviese bajo su con-
trol. Puso aún mayor énfasis en prevenir a Hostilio para 9
que no confiase en que los etruscos iban a renunciar a cual-
quier intento si él previamente no tomaba medidas para
que no hubiese posibilidad de la menor intentona.

A continuación se trató en el senado el tema de los 25
tarentinos, en presencia de Fabio, con un debate muy vi-
vo, defendiendo él mismo a quienes había conquistado por
las armas mientras que otros les eran hostiles y la mayoría
proponía equiparlos a los campanos en responsabilida-
des y castigos. Siguiendo el criterio de Manio Acilio se 2

aprobó un senadoconsulto disponiendo que Tarento estuviese ocupada por una guarnición, que todos los tarentinos permanecieran dentro de las murallas, y que se volviese a tratar toda la cuestión más adelante, cuando la situación en Italia estuviese más sosegada. No fue menos vivo el debate cuando se habló de Marco Livio, el prefecto de la ciudadela de Tarento; unos proponían que se aprobara un senadoconsulto de censura al prefecto porque su negligencia había entregado Tarento al enemigo, y otros proponían concederle una recompensa porque había defendido la ciudadela a lo largo de un quinquenio y había contribuido más que nadie a la recuperación de Tarento; otra opinión intermedia sostenía que esa cuestión era competencia de los censores y no del senado, opinión ésta de la que participó también Fabio. Añadió, no obstante, que él estaba de acuerdo en que se había recobrado Tarento gracias a la colaboración de Livio, como repetían una y otra vez en el senado, pero que no habría habido necesidad de recuperarla de no haberla perdido.

Uno de los cónsules, Tito Quincio Crispino, partió para la Lucania con refuerzos para el ejército que había tenido a sus órdenes Quinto Fulvio Flaco. A Marcelo lo retenían en Roma una serie de escrúpulos religiosos que se le venían a la mente, entre ellos el hecho de que en Clastidio¹⁵⁰, durante la guerra con la Galia, había prometido con voto un templo al Honor y el Valor pero los pontífices ponían inconvenientes a la dedicación del mismo, diciendo que en rigor un único santuario no podía ser dedicado más que a una única divinidad, porque si era alcanzado por un rayo o tenía lugar en él algún hecho portentoso, la expiación iba a ser problemática al no poder

¹⁵⁰ Ver XXI 48, 2.

saber a cuál de los dioses se ofrecía el culto, pues pro- 9
piamente una sola víctima no puede ser sacrificada a dos
dioses salvo que estén bien determinados. Consiguientemen-
te, se erigió también a toda prisa un santuario al Valor;
pero no fue Marcelo, sin embargo, quien dedicó dichos san-
tuarios. Entonces por fin partió, con refuerzos para el ejér- 10
cito que había dejado en Venusia el año anterior.

Crispino, en su intento de asaltar Locros, en el Bru- 11
cio, porque pensaba que la toma de Tarento le había re-
portado gran prestigio a Fabio, había hecho traer de Sici-
lia toda clase de máquinas de artillería y de asedio; tam-
bién de allí se habían traído naves con que atacar la ciudad
por el lado del mar. Pero el intento fue abandonado por- 12
que Aníbal se había acercado con sus tropas a Lacinio ¹⁵¹
y había noticias de que su colega, con el que quería unirse,
había salido ya de Venusia con su ejército. Así que re- 13
tornó del Brucio a Apulia y los dos cónsules establecieron
cada uno su campamento a menos de tres millas de distan-
cia entre Venusia y Baucia. También Aníbal regresó a la 14
misma comarca, una vez alejada de Locros la guerra. Los
cónsules, de carácter agresivo ambos, casi todos los días
presentaban batalla con la firme esperanza de poder resol-
ver la guerra si el enemigo se enfrentaba con los dos ejérci-
tos consulares a la vez.

*Emboscada
cartaginesa
y muerte de
Marcelo*

Aníbal, como el año anterior había 26
combatido dos veces contra Marcelo re-
sultando vencedor en una y vencido en
otra, tenía motivos para la confianza tan-
to como para el temor si fuera con él
con quien tenía que luchar, pero no creía poder medir-
se con los dos cónsules. Dedicándose, pues, por entero 2

¹⁵¹ Al sur de Crotona.

a su estrategia característica, buscaba un lugar para una emboscada. Se producían, sin embargo, pequeñas escaramuzas entre los dos campamentos, con resultados variables. Los cónsules, pensando que se podía pasar el verano de esta forma, estaban convencidos de que se podía al mismo tiempo atacar Locros y escribieron a Lucio Cincio para que pasase de Sicilia a Locros con su flota, y con el fin de poder atacar también desde tierra las murallas ordenaron que se trasladase allí una parte del ejército que estaba de guarnición en Tarento. Informado Aníbal por algunos turinos de que esto iba a ocurrir, envió tropas a apostarse en la carretera de Tarento, donde se emboscaron al pie de la colina de Petelia ¹⁵² tres mil jinetes y dos mil soldados de a pie. Los romanos, que avanzaban sin reconocer el terreno, cayeron en la emboscada, resultando muertos unos dos mil hombres y cayendo prisioneros cerca de mil quinientos; los demás se dispersaron huyendo a través de los campos y bosques y regresaron a Tarento.

Entre el campamento cartaginés y el romano había una colina cubierta de bosque que no habían ocupado aún ni unos ni otros, los romanos porque no sabían cuál era su configuración por el lado que daba al campamento enemigo, y Aníbal por considerarla más a propósito para una emboscada que para un campamento. Con ese propósito, pues, envió por la noche algunos escuadrones de nómadas a esconderse en medio del bosque; durante el día ninguno de ellos se movía de su puesto para no ser divisados desde lejos ellos o sus armas. En el campamento romano todo el mundo comentaba que era preciso ocupar aquella colina y asegurarla con un fuerte para no tener al enemigo encima de sus cabezas, por así decir, en caso de que fuera

¹⁵² Petelia (XXIII 20, 4) estaba situada sobre una colina.

ocupada por Aníbal. Esto hizo efecto en Marcelo, que 10
dijo a su colega: «¿Por qué no vamos nosotros personal-
mente, con unos pocos jinetes, a efectuar un reconocimien-
to? Una inspección ocular nos permitirá tomar una deci-
sión con mayor seguridad». Crispino se mostró de acuerdo 11
y partieron con doscientos veinte jinetes, cuarenta de ellos
fregelanos y el resto etruscos; con ellos fueron los tribunos 12
militares Marco Marcelo, hijo del cónsul, y Aulo Manlio,
y también los dos prefectos de los aliados, Lucio Arrenio
y Manio Aulio. Según refieren algunos relatos, aquel día 13
el cónsul Marcelo ofreció un sacrificio y al inmolar la pri-
mera víctima apareció el hígado sin cabeza mientras que 14
en la segunda apareció todo lo que es habitual, viéndose
incluso un hígado con una cabeza mayor de lo normal;
esto no le gustó nada al arúspice, porque después de unas
entrañas incompletas y deformes habían aparecido otras
demasiado favorables.

Pero el cónsul Marcelo tenía tantas ganas de combatir 27
con Aníbal que nunca le parecía que estuvieran lo bastante
cerca sus campamentos. También en este caso cuando cru- 2
zaba la empalizada dio instrucciones para que los soldados
estuviesen preparados en sus puestos para coger los bártu-
los y seguirle si el reconocimiento que iban a hacer en la
colina resultaba satisfactorio.

Había una pequeña explanada delante del campamen- 3
to; de allí partía hacia la colina un camino abierto y visible
desde todas partes. Un explorador apostado allí no porque
se contase con un acontecimiento semejante, por cierto,
sino por si se podía sorprender a algún enemigo que se
hubiese alejado en exceso del campamento en busca de fo-
rraje o de leña, hizo una señal a los números para que
salieran todos a la vez de sus escondrijos. Los que tenían 4
que salirles al paso por delante desde la cima misma no

se presentaron hasta que los tuvieron rodeados los que tenían que cerrarles el paso por detrás; surgieron entonces desde todas partes y alzando el grito de guerra se lanzaron a la carga. Aunque los cónsules se encontraban en una depresión del terreno tal que ni podían salir hacia la cima, ocupada por el enemigo, ni era posible la retirada al estar copados por retaguardia, con todo se habría podido prolongar el combate si no hubieran emprendido la huida los etruscos haciendo que cundiera el pánico entre los demás.

6 Los fregelanos, a pesar de todo, aun habiéndolos dejado solos los etruscos, no cesaron de combatir mientras los cónsules estaban ilesos y sostenían la acción dando ánimos y

7 colaborando personalmente en la lucha; pero cuando vieron heridos a los dos cónsules, y más aún a Marcelo atravesado por una lanza cayendo moribundo del caballo, entonces huyeron ellos también —pero eran muy pocos los que quedaban con vida— con el cónsul Crispino alcanzado por dos venablos y con el joven Marcelo herido también.

8 Cayó el tribuno militar Aulo Manlio, y de los dos prefectos de los aliados, Manio Aulio fue muerto y Lucio Arrenio hecho prisionero; también cayeron vivos en poder del enemigo cinco lictores consulares, siendo muertos los demás o huyendo con el cónsul; en cuanto a los soldados de caballería, cuarenta y tres cayeron en el combate o

10 durante la huida y dieciocho fueron cogidos vivos. También en el campamento se había producido un gran revuelo para correr en ayuda de los cónsules, pero entonces vieron venir hacia el campamento al cónsul y al hijo del otro cónsul, heridos, y a los escasos restos de la malhadada expedición.

11 Fue una lástima la muerte de Marcelo aparte de por otras razones porque, a pesar de su edad —pues tenía ya más de sesenta años— y a pesar de su experiencia de

general veterano, había arriesgado tan incautamente su vida y la de su colega, y casi la república entera.

Muchas vueltas tendría que dar en torno a la misma cuestión si pretendiera recoger todas las distintas versiones de los historiadores acerca de la muerte de Marcelo. Para no hablar de los demás, Celio expone tres versiones de lo ocurrido: una, la tradicional; otra, escrita como elogio fúnebre por el hijo de Marcelo que había participado en la acción, y una tercera que presenta como resultado de su propia indagación. Pero a pesar de las diferencias entre unos y otros, la mayoría refieren que salió del campamento a reconocer el terreno y todos que se vio envuelto en una emboscada.

*Tentativa
de Aníbal
contra Salapia.
Incurción naval en
África*

Convencido Aníbal de que la muerte del cónsul y la herida del otro había sembrado el pánico entre los enemigos, a fin de no dejar escapar ninguna oportunidad trasladó inmediatamente el campamento a la colina en que había tenido lugar el combate. Allí encontró el cuerpo de Marcelo y lo enterró. Crispino, asustado por la muerte de su colega y por su propia herida, emprendió la marcha en el silencio de la noche siguiente y alcanzó las montañas más próximas, donde acampó en una posición elevada y protegida por todas partes. Entonces los dos generales comenzaron a moverse con astucia con el propósito el uno de tender una trampa y el otro de esquivarla. Aníbal había cogido del cadáver el anillo de Marcelo. Crispino, temiendo que el cartaginés urdiese algún engaño usando el sello fraudulentamente, había enviado mensajeros a las ciudades del contorno para informar de que su colega había muerto y que el enemigo se había apoderado de su anillo, que no se fiasen de las cartas escritas en nombre de Marcelo. Este mensaje del cónsul

había llegado a Salapia poco antes de que trajesen una carta de Aníbal escrita a nombre de Marcelo diciendo que éste llegaría a Salapia la noche siguiente, que estuviesen preparados los soldados de la guarnición por si eran necesarios sus servicios. Los salapitanos se dieron cuenta de la suplantación y pensaron que Aníbal buscaba la ocasión de castigarlos, furioso por su defección así como por la muerte de sus jinetes ¹⁵³; enviaron de vuelta al portador de la carta —que era un desertor romano— para que los soldados pudieran actuar sin testigos como quisieran y distribuyeron a los habitantes de la plaza por los muros y los puntos estratégicos de la ciudad; organizaron con especial cuidado para aquella noche las guardias y centinelas, y cerca de la puerta por donde pensaban que se presentaría el enemigo apostaron lo mejor de la guarnición. Aníbal llegó a la ciudad hacia el cuarto relevo de la guardia. En cabeza de la columna iban los desertores romanos y llevaban armas romanas. Cuando éstos llegan a la puerta llaman a los guardias, hablando todos en latín, y mandan abrir la puerta porque llega el cónsul. Los guardias, como si los hubieran despertado sus gritos, se remueven, se precipitan, tratan de abrir la puerta. El rastrillo estaba echado; unos lo levantan con palancas, otros tiran de él hacia arriba con cuerdas lo suficiente para poder pasar a pie por debajo. Apenas había sitio suficiente para pasar cuando los desertores irrumpieron a porfía por la puerta; cuando habían entrado unos seiscientos se dejó suelta la cuerda que sostenía en vilo el rastrillo y éste cayó con gran estrépito. Parte de los salapitanos se lanzan sobre los desertores, que después de la marcha llevaban las armas despreocupadamente colgadas del hombro como

¹⁵³ Cf. XXVI 38.

cuando se está entre amigos, y otros mantienen a raya al enemigo desde las torres de la puerta y desde las murallas con piedras, palos y jabalinas. Cogido así en su propia 13 trampa, Aníbal se alejó de allí y emprendió el camino de Locros para romper el asedio con que Lucio Cincio tenía bloqueada la ciudad atacándola con extremada violencia por medio de obras de asalto y de la artillería de todo tipo que había hecho traer de Sicilia. Magón ¹⁵⁴ apenas con- 14 fiaba ya en poder retener y defender la ciudad, y con la noticia de la muerte de Marcelo brilló para él el primer rayo de esperanza. A continuación llegó el mensaje de 15 que Aníbal había enviado por delante la caballería y él venía detrás con la columna de infantería forzando la marcha todo lo posible. Así que apenas se dio cuenta, por 16 las señales emitidas por los vigías, de que se acercaban los númidas, mandó abrir de repente la puerta y se lanzó a su vez con furia contra los enemigos. Al principio, el combate era equilibrado, más por lo inesperado de su acción que por estar en igualdad de fuerzas; después, cuando 17 aparecieron los númidas, les entró tal pánico a los romanos que huyeron en desbandada en dirección al mar, hacia las naves, abandonando los trabajos de asedio y la artillería con que batían los muros. Así, con la llegada de Aníbal quedó roto el asedio de Locros.

Cuando Crispino se enteró de la marcha de Aníbal al 29 Brucio ordenó al tribuno militar Marco Marcelo conducir a Venusia el ejército que había mandado su colega. Él 2 salió para Capua con sus legiones, y, como soportaba con dificultad el vaivén de la litera debido a la gravedad de sus heridas, escribió a Roma dando cuenta de la muerte de su colega y del peligro que corría él; no le era posible 3

¹⁵⁴ El Magón de XXV 15 y 16.

acudir a Roma para los comicios porque no creía que pudiese soportar las fatigas del viaje, y estaba además preocupado por Tarento, no fuera a ser que Aníbal se dirigiera allí desde el Brucio; era preciso que le enviasen como delegados a personas avisadas con las que poder discutir a voluntad asuntos de Estado. La lectura de esta carta causó un gran pesar por la muerte de uno de los cónsules y graves temores por el otro. Se envió, por tanto, a Quinto Fabio hijo al ejército de Venusia, y tres delegados al cónsul: Sexto Julio César, Lucio Licinio Polión y Lucio Cincio Alimento, que había regresado de Sicilia pocos días antes. Éstos recibieron instrucciones de decirle al cónsul que si él no podía ir a Roma para las elecciones, que nombrase en territorio romano un dictador para que presidiera los comicios. En caso de que el cónsul hubiera partido hacia Tarento, era voluntad del senado que el pretor Quinto Claudio trasladase de allí las legiones a un punto desde donde pudiese defender el mayor número de ciudades aliadas.

Aquel mismo verano cruzó Marco Valerio ¹⁵⁵ desde Sicilia a África con una flota de cien naves; efectuado el desembarco cerca de la ciudad de Clúpea ¹⁵⁶, devastó ampliamente el territorio sin encontrar apenas resistencia armada. Después los saqueadores volvieron a subir precipitadamente a las naves, porque de pronto se corrió la voz de que se acercaba una flota cartaginesa. Eran ochenta y tres naves. El romano se enfrentó a ellas con fortuna no lejos de Clúpea. Capturó dieciocho naves, puso en fuga a las demás y retornó a Lilibeo con un gran botín terrestre y naval.

¹⁵⁵ Levino.

¹⁵⁶ Al sur del *promunturium Mercurii* (Cabo Bon).

También aquel mismo verano acudió Filipo en ayuda 9 de los aqueos, que se lo pidieron porque Macánidas, tirano de los lacedemonios, los hostigaba con una guerra en sus fronteras, y además les habían causado estragos los etolios, que habían pasado en barco un ejército a través del estrecho que separa Naupacto de Patras ¹⁵⁷ (los habitantes de la zona lo llaman Ríon). También corrían noticias de 10 que Átalo, rey de Asia, tenía intención de pasar a Europa porque los etolios en su última asamblea anual le habían conferido la más alta magistratura de su nación.

*Intervención de
Filipo V
en Grecia*

Cuando Filipo, por estas razones, ba- 30
jaba hacia Grecia, cerca de la ciudad de
Lamia ¹⁵⁸ le salieron al paso los etolios
capitaneados por Pirrias, que había sido
elegido pretor para aquel año junto con
Átalo, ausente. Tenían como refuerzo tropas enviadas por 2
Átalo y cerca de un millar de hombres de la flota romana
enviados por Publio Sulpicio. Filipo combatió con éxito
dos veces contra tal general y tales tropas, y en cada una
de las batallas mató cerca de mil enemigos. Después, como 3
los etolios dominados por el miedo se mantenían dentro
de las murallas de Lamia, Filipo marchó con su ejército
a Fálara ¹⁵⁹. Es una localidad situada en el golfo Malíaco,
muy poblada en otros tiempos debido a su excelente puer-
to, a la seguridad de los fondeaderos del contorno y a otras
ventajas marítimas y terrestres. Allí acudieron embajado- 4
res de Tolomeo, rey de Egipto, de los rodios, de los atenienses y de Quíos, con el propósito de poner fin a la gue-

¹⁵⁷ Patras era uno de los miembros originarios de la Liga Aquea.

¹⁵⁸ Próxima al lado norte del golfo, al norte de la desembocadura del Asperqueyo.

¹⁵⁹ Al este de Lamia (era su puerto), cerca de Equino.

rra entre Filipo y los etolios. Éstos se valieron de su vecino
5 Aminandro, rey de los atamanos, como mediador. De
hecho, lo que a todos les preocupaba no era tanto los eto-
lios, que eran un pueblo más belicoso de lo que suelen ser
los griegos, como el impedir que Filipo y su reino se inmis-
cuyeran en los asuntos de Grecia, lo cual sería grave para
6 su libertad. La discusión acerca de la paz quedó aplazada
hasta la asamblea de los aqueos, fijándose el lugar y la
fecha precisa de dicha asamblea; mientras tanto, se consi-
7 guieron treinta días de tregua. A continuación el rey em-
prendió la marcha a través de Tesalia y Beocia y llegó a
Cálcide, en Eubea, para impedirle el acceso a los puertos
y el desembarco en las costas a Átalo, que según había
oído tenía intención de dirigirse a Eubea con su flota.
8 Dejó allí tropas para hacer frente a Átalo en caso de que
cruzase en ese tiempo, partió con un reducido número de
9 jinetes y tropas ligeras y llegó a Argos. Allí le fue confiada
por votación popular la presidencia de los Juegos Hereos
y Nemeos ¹⁶⁰ debido a que los reyes de Macedonia se dicen
oriundos de aquella ciudad; finalizados los Hereos, desde
la propia fiesta se fue inmediatamente a Egio, a la asam-
blea de los aliados, cuya fecha se había señalado mucho
10 antes. En ella se trató de la finalización de la guerra etóli-
ca para que ni los romanos ni Átalo tuvieran motivo para
11 entrar en Grecia. Pero los etolios desbarataron todo este
plan una vez transcurrido el plazo de la tregua cuando se
enteraron de que Átalo había llegado a Egina ¹⁶¹ y que
12 la flota romana estaba anclada en Naupacto. Convocados,

¹⁶⁰ Los Juegos Hereos se celebraban en Argos en honor de Hera. Los Nemeos, panhelénicos, se celebraban los años segundo y cuarto de cada Olimpiada cerca de Nemea.

¹⁶¹ Ocupada por los romanos en el año 210, éstos la habían transferido a los etolios en un tratado; los etolios la habían vendido a Átalo.

en efecto, a la asamblea de los aqueos en la que estaban presentes las mismas delegaciones que habían tenido conversaciones de paz en Fálara, comenzaron quejándose de pequeñas violaciones del compromiso contraído cometidas durante la tregua y acabaron asegurando que no se podía 13 poner fin a la guerra si los aqueos no les devolvían Pilo a los mesenios ¹⁶² y si no se les restituía Atintania ¹⁶³ a los romanos y el territorio de los ardieos a Escerdiledo y Pléurato. A Filippo, la verdad, le pareció profundamente 14 indignante que los vencidos se adelantaran a ponerle condiciones a él, el vencedor, y dijo que ya la vez anterior había escuchado proposiciones de paz y había pactado una tregua no porque abrigara la más mínima esperanza de que los etolios fuesen a mantenerse tranquilos sino para tener a todos los aliados por testigos de que él había buscado motivos de paz y ellos de guerra. Con esto, sin llegar a 15 un arreglo de paz, disolvió la asamblea dejando cuatro mil hombres armados a los aqueos para su defensa y recibiendo cinco naves de guerra; estaba decidido a provocar una 16 batalla naval a los romanos, dueños del mar desde hacía tiempo en aquella zona, si juntaba estas naves con la flota cartaginesa que le habían enviado recientemente y con las que estaban en camino enviadas desde Bitinia por el rey Prusias. Él marchó de la asamblea de nuevo a Argos, pues 17 ya se aproximaba la fecha de los Juegos Nemeos, a los que quería atraer con su presencia a mucha gente.

Mientras el rey se dedicaba de lleno a los preparativos 31 de los juegos y durante los días de fiesta se relajaba más de lo conveniente en tiempos de guerra, Publio Sulpicio

¹⁶² Filippo había devastado el territorio mesenio e intentado tomar Mesene en 214 (POLIBIO, III 19, 11).

¹⁶³ Región montañosa al norte del Epiro, en el valle alto del Áoo.

salió de Naupacto, arribó con su flota entre Sición ¹⁶⁴ y Corinto y devastó una amplia zona del territorio, famoso por la fertilidad de su suelo. La noticia de esta incursión sacó a Filipo de los juegos; emprendió a toda prisa la marcha con la caballería, dando orden de seguirle a la infantería, y atacó a los romanos, que andaban diseminados por los campos cargados con el botín sin esperarse nada parecido, rechazándolos hasta las naves. La flota romana retornó a Naupacto nada satisfecha de su botín. En cuanto a Filipo, con la fama de una victoria de importancia discutible pero conseguida al cabo sobre los romanos, atrajo mayor concurrencia a lo que quedaba de los juegos. Se celebraron los días de fiesta con enorme regocijo, incrementado además por la circunstancia de que Filipo, demagógicamente, se quitó la diadema de la cabeza así como la púrpura y cualquier otro distintivo de la realeza igualando su aspecto al de los demás, cosa que agrada más que nada a una población libre. Con este gesto habría dado esperanzas indudables de libertad si no lo hubiera afeado y estropeado todo con sus intolerables excesos. En efecto, día y noche andaba por los domicilios de los casados, con uno o dos acompañantes, y rebajándose a la condición de un particular, y cuanto menos se le reconocía, más disoluto se mostraba, haciendo derivar por completo hacia la satisfacción de sus propios apetitos la libertad que infundadamente les había hecho entrever a los demás. Porque no todo lo conseguía a base de dinero o de halagos sino que además utilizaba la violencia para sus criminales propósitos, y era peligroso para los maridos y los padres poner trabas al desenfreno del rey con una severidad inoportuna. Incluso a un jefe de los aqueos, Arato, le quitó la

¹⁶⁴ En el Peloponeso norte, al noroeste de Corinto.

mujer, llamada Policracia, y se la llevó a Macedonia con la promesa de una boda real.

Con este vergonzoso comportamiento pasaron las fiestas 9 de los Juegos Nemeos; transcurridos unos pocos días más, se fue a Dimas ¹⁶⁵ a expulsar una guarnición de etolios que los eleos habían pedido y acogido dentro de la ciudad. Cerca de Dimas le salieron al paso al rey los aqueos con 10 Cícladas, que tenía el mando supremo, inflamados de odio contra los eleos porque no hacían causa común con el resto de los aqueos, y llenos de hostilidad contra los etolios porque los consideraban responsables de haber atraído sobre ellos la guerra de los romanos. Reuniendo sus tropas 11 salieron de Dimas y cruzaron el río Lariso, que divide el territorio eleo y el de Dimas.

*Filipo
se retira a
Macedonia*

El primer día de su penetración en 32 territorio enemigo lo dedicaron al saqueo. Al siguiente se acercaron a la ciudad en formación de combate enviando por delante tropas de caballería que cabalgasen

ante las puertas para provocar a los etolios, pueblo siempre dispuesto a las salidas.

Ignoraban que Sulpicio había cruzado de Naupacto a 2 Cilene con quince naves y, después de desembarcar cuatro mil hombres durante el silencio de la noche para evitar que la columna fuese vista, había entrado en Élide. Lo 3 inesperado de esta acción provocó el pánico consiguiente cuando entre los etolios y eleos aparecieron enseñas y armas romanas. Al principio, el rey quiso retirar a los suyos; 4 después, iniciado ya el combate entre los etolios y los tralles —pueblo ilirio éste—, al ver a los suyos en un aprieto

¹⁶⁵ Situada en la costa oeste del Peloponeso, en el lado sur del golfo de Patras.

cargó también el propio rey contra una cohorte romana
5 con su caballería. Entonces su caballo, traspasado por una
jabalina, despidió al rey por encima de la cabeza dando
con él en tierra y se suscitó una lucha encarnizada por am-
bas partes al lanzarse sobre el rey los romanos y protegerlo
6 la guardia real. También él se batió brillantemente, for-
zado a combatir a pie entre los jinetes; luego, como la
lucha era ahora desigual y en torno a él caían o eran heri-
dos muchos, los suyos lo cogieron y lo montaron sobre
7 otro caballo y huyó. Aquel mismo día acampó a cinco
millas de la ciudad de los eleos. Al día siguiente marchó
con todas sus tropas a una fortaleza cercana de los eleos
llamada Pirgo, donde había oído que por miedo se había
refugiado con su ganado un gran número de campesinos.
8 Esta multitud desorganizada e inermes cayó en sus manos
en el primer movimiento de pánico producido por su llega-
da, y con semejante botín compensó de alguna forma la
9 vergüenza sufrida en Élide. Cuando estaba repartiendo el
botín y los prisioneros —había cuatro mil hombres y cerca
de veinte mil cabezas de ganado de todas clases— llegó
de Macedonia la noticia de que un tal Aeropos había toma-
do Línido ¹⁶⁶ después de sobornar al prefecto de la ciuda-
dela y de la guarnición, tenía además en su poder algunas
aldeas de los dasarecios y estaba incitando a la rebelión tam-
10 bién a los dárdanos. Renunciando, pues, a la guerra aquea
y etólica, pero dejando dos mil quinientos soldados de to-
do tipo bajo el mando de Menipo y Polifantes para la de-
11 fensa de los aliados, salió de Dimas y atravesando Acaya,
Beocia y Eubea, llegó a Demetriad ¹⁶⁷, en Tesalia, en diez
jornadas.

¹⁶⁶ En la orilla nordeste del lago del mismo nombre (hoy Ocrída).

¹⁶⁷ Centro comercial de Tesalia.

Hasta allí llegaron noticias de otros problemas más 33 alarmantes: los dárdanos, que se habían extendido por Macedonia, eran dueños ya de Oréstide ¹⁶⁸ y habían bajado a la llanura de Argeste; además era un rumor muy difundido entre los bárbaros el de que habían matado a Filipo. En la expedición en que se había enfrentado con los sa- 2 queadores del territorio cerca de Sición el ímpetu de su caballo lo lanzó contra un árbol y rompió uno de los cuernos del yelmo contra el saliente de una rama; un etolio 3 encontró el cuerno y se lo llevó a Etolia, a Escerdiledo, que conocía aquel adorno del yelmo, y se corrió la voz de que el rey había muerto. Después de marchar de Acaya 4 el rey, Sulpicio salió para Egina con su flota y se reunió con Átalo. Los aqueos combatieron con éxito contra los 5 etolios y los eleos no lejos de Mesene. El rey Átalo y Publio Sulpicio pasaron el invierno en Egina.

A finales de este año, después de nom- 6
Muerte del cónsul brar a Tito Manlio Torcuato dictador pa-
Crispino. ra la celebración de las elecciones ¹⁶⁹ y
Elecciones de los juegos, el cónsul Tito Quincio fa-
en Roma lleció a causa de su herida. Unos dicen 7
que murió en Tarento, otros que en la Campania. Ocurrió así lo que no había ocurrido antes en ninguna guerra: los dos cónsules murieron sin que hubiera ninguna batalla importante y dejaron al Estado como huérfano. El dictador Manlio nombró jefe de la caballería a Gayo Servilio, que entonces era edil curul. El senado en su primera reunión 8 dio instrucciones al dictador para que celebrase los Grandes Juegos ¹⁷⁰ que ya había celebrado el pretor urbano Marco Emilio durante el consulado de Gayo Flaminio y Gneo

¹⁶⁸ Región circundante de la actual Kastoria.

¹⁶⁹ De magistrados para el año 207.

¹⁷⁰ Prometidos con voto en 217 (XXII 10, 7).

Servilio haciendo voto de celebrarlos durante cinco años. En esta ocasión el dictador celebró los juegos e hizo voto
9 de celebrarlos durante un quinquenio. Como por otra parte los dos ejércitos consulares se encontraban sin generales tan cerca del enemigo, el senado y el pueblo dejando de lado cualquier otro asunto se preocuparon principal y casi exclusivamente de elegir cónsules cuanto antes y sobre todo de elegir hombres cuya valía los pusiera a salvo
10 de los ardidés púnicos, pues, si bien durante toda aquella guerra había sido funesto el temperamento precipitado y fogoso de los generales, precisamente aquel año los cónsules con su desmedido afán de entrar en combate con el
11 enemigo habían caído en trampas insospechadas; menos mal que los dioses inmortales, compadecidos del nombre romano, habían perdonado a los ejércitos inocentes y castigado con la muerte la temeridad de los cónsules.

34 Al buscar con la vista en torno suyo los senadores a quiénes elegir cónsules, destacaba notablemente sobre los
2 demás Gayo Claudio Nerón. Se trataba de buscarle un colega. Lo consideraban un hombre sobresaliente sin duda, pero más impulsivo y temperamental de lo que exigían las circunstancias de la guerra y un enemigo como Aníbal;
3 pensaban que era preciso moderar su talante impulsivo asignándole como colega un hombre comedido y prudente. Tal era Marco Livio, condenado hacía muchos años en un juicio
4 del pueblo al finalizar su consulado¹⁷¹; tan a mal había tomado esta deshonra que se había retirado al campo y durante muchos años había estado alejado de la ciudad y de toda relación social. Unos siete años después de su condena lo habían traído de nuevo a la urbe los cónsules Marco Claudio Marcelo y Marco Valerio Levino; pero

¹⁷¹ Cf. XXII 35.

llevaba ropas pasadas de moda y el pelo y la barba sin cortar, evidenciando en su rostro y en su aspecto el recuerdo palpable de la deshonra sufrida. Los censores Lucio 6 Veturio y Publio Licinio le hicieron afeitarse y quitarse aquella mugre, acudir al senado y cumplir con los demás deberes públicos. Pero incluso entonces asentía con una 7 palabra o votaba en silencio a favor de una propuesta, hasta que una causa en la que estaba en juego el buen nombre de un pariente suyo, Marco Livio Macato, lo obligó a ponerse de pie y exponer su criterio ante el senado. El hecho de oír su voz después de tanto tiempo hizo que 8 todos volvieran la vista hacia él y suscitó comentarios como que el pueblo había cometido una injusticia con quien no se lo merecía y que había sido un grave perjuicio para el Estado el haberse visto privado de los servicios y el consejo de un hombre semejante en una guerra de tanta trascendencia. Gayo Nerón no podía tener por colega ni a 9 Quinto Fabio ni a Marco Valerio Levino, porque no era legal elegir a dos patricios; el mismo inconveniente había 10 en el caso de Tito Manlio, aparte de que ya había rehusado ser candidato al consulado ¹⁷² y volvería a rehusar; sería una excelente pareja de cónsules si a Gayo Claudio se sumaba Marco Livio como colega. Esta idea que había sur- 11 gido en el senado fue bien acogida también por el pueblo. Entre toda la ciudadanía, el único que decía que no, era 12 aquel en quien recaía el honor, que acusaba de ligereza a la población: no se habían apiadado de él cuando era un reo vestido de duelo y le ofrecían la toga blanca cuando no la quería; amontonaban revueltos los honores y las condenas. Si lo consideraban un hombre de bien, ¿por qué 13 lo habían condenado de aquella forma como si fuera mal-

¹⁷² Véase XXVI 22 ss.

vado y culpable? Si lo habían encontrado culpable, ¿por qué le confiaban un segundo consulado después de haberse equivocado de aquella forma al confiarle el primero?

- 14 Los senadores le reprendían por este tipo de argumentos y quejas recordándole que Marco Furio ¹⁷³, vuelto del destierro, había colocado de nuevo a la patria en su sitio, del que había sido desalojada; la severidad de la patria, como la de los padres, hay que mitigarla con paciencia
15 y aguante. Poniendo todos su empeño eligieron cónsul a Marco Livio junto con Gayo Claudio.

- 35 Dos días después se celebraron las elecciones de pretores. Fueron elegidos Lucio Porcio Lícino, Gayo Mamilio, y Gayo y Aulo Hostilio Catón. Finalizados los comicios y celebrados los juegos, el dictador y el jefe de la caballería dejaron sus cargos. Gayo Terencio Varrón fue enviado a Etruria como propretor con el fin de que Gayo Hostilio se trasladase de dicha provincia a Tarento para hacerse cargo del ejército que había
2 mandado el cónsul Tito Quincio. Lucio Manlio iría como legado al otro lado del mar y vería cómo marchaban allí las cosas, y al mismo tiempo, puesto que se iban a celebrar en aquella época en Olimpia los juegos, a los que concurriría
3 una enorme afluencia de griegos, si podía atravesar las líneas enemigas sin riesgo, acudiría a esta concentración con el fin de que los sicilianos refugiados de guerra y los ciudadanos tarentinos relegados allí por Aníbal volvieran a sus casas y supieran que el pueblo romano les devolvía todos los bienes que poseían antes de la guerra.
4 Como parecía que se avecinaba uno de los años más duros y el Estado estaba sin cónsules, todos estaban pen-
5

¹⁷³ Camilo. (Cf. V 32, 8-9).

dientes de los cónsules electos queriendo que sortearan las provincias cuanto antes, pues querían saber de antemano qué provincia y qué enemigo le tocaría a cada uno de ellos. También, por iniciativa de Quinto Fabio Máximo, se trató 6 en el senado acerca de su reconciliación, pues había entre 7 ellos una enemistad notoria, que en el caso de Livio se había vuelto más amarga y crispada debido a su desgracia porque se había sentido menospreciado en aquel infortunio. Por eso éste se mostraba más implacable y decía que no 8 había ninguna necesidad de reconciliación: pondrían mayor empeño y cuidado en todas sus acciones por temor a que su colega y enemigo personal tuviese la posibilidad de sacar ventaja a su costa.

Prevaleció, no obstante, la autoridad del senado en 9 orden a que depusieran su actitud hostil y sirvieran al Estado con unidad de criterios y de sentimientos. No se les 10 asignaron provincias en un territorio común a ambos, como en años anteriores, sino en los extremos opuestos de Italia: a uno el Brucio y la Lucania haciendo frente a Aníbal, y al otro la Galia frente a Asdrúbal, que se estaba acercando ya a los Alpes según se decía. Aquel al que 11 le tocase en suerte la Galia elegiría el que prefiriese de los dos ejércitos de la Galia y Etruria además del urbano. Aquel al que correspondiese la provincia del Brucio re- 12 clutaría nuevas legiones urbanas y se haría cargo del ejército consular del año anterior que prefiriera; del ejército 13 que él dejase se haría cargo el procónsul Quinto Fulvio, que tendría mando por un año. En cuanto a Gayo Hosti- 14 lio, que había sido trasladado de Etruria a Tarento, fue ahora trasladado de Tarento a Capua; se le asignó una legión que el año anterior había estado bajo el mando de Fulvio.

36 La preocupación por la llegada de Asdrúbal a Italia iba en aumento de día en día. Primeramente comunicaron unos emisarios marselleses que había pasado a la Galia 2 y que su llegada había excitado los ánimos de los galos porque se decía que había traído consigo gran cantidad 3 de oro para contratar mercenarios. Después se envió con ellos a Sexto Antistio y Marco Recio en representación de Roma para examinar la situación; éstos volvieron contando que habían enviado emisarios guiados por marselleses a recoger toda la información posible de los jefes galos relacionados con los marselleses por lazos de hospitalidad; 4 daban por cierto que Asdrúbal cruzaría los Alpes la próxima primavera con el enorme ejército que había reunido ya, y la única razón que entonces lo retenía era el hecho de que los Alpes estaban cerrados por el invierno.

5 En sustitución de Marco Marcelo fue elegido y consagrado augur Publio Elio Peto, y Gneo Cornelio Dolabela fue consagrado rey de los sacrificios para reemplazar a Marco Marcio, que había muerto hacía dos años. También 6 este mismo año cerraron el lustrum ¹⁷⁴ los censores Publio 7 Sempronio Tuditano y Marco Cornelio Cetego. Fueron censados ciento treinta y siete mil ciento ocho ciudadanos, número bastante inferior al de antes de la guerra ¹⁷⁵. 8 Según la tradición, aquel año por primera vez desde la llegada de Aníbal a Italia se cubrió el comicio y se renovaron por un día los Juegos Romanos por parte de los 9 ediles curules Quinto Metelo y Gayo Servilio. También fueron renovados dos días más los Juegos Plebeyos por los ediles de la plebe Gayo Mamilio y Marco Cecilio Mete-

¹⁷⁴ Cf. I 44, 2.

¹⁷⁵ El censo de diez años atrás había dado un total de 270.000 ciudadanos (*Per. XX*).

lo, y estos mismos ofrecieron tres estatuas al templo de Ceres. Hubo asimismo un banquete en honor de Júpiter con motivo de los juegos.

A continuación entraron en funciones como cónsules 10 Gayo Claudio Nerón y por segunda vez Marco Livio. Como éstos ya habían sorteado sus provincias siendo cónsules designados, ordenaron a los pretores sortear las suyas. A Gayo Hostilio le correspondió la jurisdicción urbana, 11 y se le adjuntó también la de los extranjeros para que pudieran salir tres pretores para las provincias. Le correspondió Cerdeña a Aulo Hostilio, Sicilia a Gayo Mamilio y la Galia a Lucio Porcio. Las legiones, veintitrés en total, 12 se repartieron entre las provincias como sigue: dos serían para cada uno de los cónsules, Hispania tendría cuatro, dos cada uno de los tres pretores en Sicilia, Cerdeña y la Galia, dos Gayo Terencio en Etruria, dos Quinto Fulvio 13 en el Brucio, dos Quinto Claudio en la zona de Tarento y salentina, una Gayo Hostilio Túbulo en Capua, y se alistarían dos legiones urbanas. Los tribunos para las cuatro 14 primeras legiones ¹⁷⁶ los eligió el pueblo, para las demás los enviaron los cónsules.

Antes de que se marcharan los cón- 37
sules hubo un novenario sacro porque en
Portentos; Veyos había llovido piedra. Como de 2
levas costumbre, a raíz de la mención de un
portento se contaron otros: en Mintur-
nas ¹⁷⁷ habían sido alcanzados por rayos el templo de Júpiter y el bosque sagrado de Marica, al igual que la muralla y una puerta de Atela; los minturnenses, para que el 3

¹⁷⁶ Las de los cónsules.

¹⁷⁷ Colonia cercana a la de Sinuesa, fundada, como ésta, en 295. Cf. X 21, 8.

horror fuese mayor, añadían que había brotado un reguero de sangre en una puerta de la ciudad. Además, en Capua había entrado un lobo por una puerta durante la noche y había desgarrado al centinela. Estos fenómenos extraños fueron expiados con víctimas mayores, y los pontífices decretaron un día de rogativas. Después se repitió otra vez el novenario porque en el Armilustro ¹⁷⁸ se había visto llover piedra. Cuando los ánimos se habían liberado de los temores religiosos se vieron de nuevo turbados por la noticia de que en Frusinón un recién nacido era igual que un niño de cuatro años, y no era tanto su tamaño lo sorprendente sino el hecho de que tampoco en este caso se sabía con seguridad si era varón o hembra, como había ocurrido en Sinuesa dos años antes. Pues bien, unos arúspices a los que se hizo venir de Etruria declararon vergonzoso y funesto este portentoso; había que sacarlo de territorio romano, lejos del contacto con la tierra, y sumergirlo en el mar. Lo metieron vivo en una caja y se lo llevaron mar adentro, donde lo arrojaron. Decretaron además los pontífices que tres grupos de nueve doncellas cada uno recorrieran la ciudad cantando un himno. Cuando estaban en el templo de Júpiter Estátor aprendiendo el himno, compuesto por el poeta Livio ¹⁷⁹, cayó un rayo en el templo de Juno Reina en el Aventino; y como los arúspices dijeron que este portentoso concernía a las matronas y que había que aplacar a la diosa con una ofrenda, fueron convocadas en el Capitolio por un edicto de los ediles curules las matronas que tenían el domicilio en Roma o en un radio de diez millas de la ciudad, y eligieron a veinticinco entre ellas

¹⁷⁸ Lugar del Aventino donde todos los años en octubre se llevaba a cabo la purificación de las armas.

¹⁷⁹ Livio Andronico.

mismas para hacerles entrega de pequeñas cantidades tomadas de sus dotes. Con la suma se hizo una jofaina de oro como presente que se llevó al Aventino, y las matronas ritualmente purificadas ofrecieron un sacrificio.

Los decénviro^s fijaron inmediatamente la fecha para otro sacrificio a la misma diosa, y el orden fue el siguiente: desde el templo de Apolo¹⁸⁰ fueron conducidas a la ciudad dos terneras blancas por la puerta Carmental; tras ellas eran portadas dos estatuas de Juno Reina de madera de ciprés; detrás iban las veintisiete doncellas ataviadas con largas vestimentas cantando a Juno Reina un himno digno tal vez de encomio en aquella época para aquellos rudos ingenios pero que si hoy fuese reproducido parecería tosco y de mal gusto; tras la fila de doncellas iban los decénviro^s coronados de laurel, con la toga pre-texta. Desde la puerta se dirigieron al foro por el barrio Iugario; en el foro, el cortejo hizo alto, y las doncellas, pasando una cuerda de mano en mano, avanzaron acompañando el sonido de su voz al movimiento de sus pies. Siguiéron después por el barrio Etrusco y el Velabro cruzando el mercado del ganado hasta la cuesta Publicia, hasta el templo de Juno Reina. Allí las dos víctimas fueron inmoladas por los decénviro^s, y las imágenes de ciprés fueron introducidas en el templo.

Debidamente aplacados los dioses, los cónsules llevaron a cabo el reclutamiento con un rigor y un cuidado que nadie recordaba se hubiese aplicado en los años anteriores, porque con la llegada a Italia del nuevo enemigo se había multiplicado por dos la amenaza y, por otra parte, había menos jóvenes que poder alistar. Se obligaba por ello a proporcionar soldados incluso a las colonias de la costa,

¹⁸⁰ Situado en el Campo de Marte.

que se suponía tenían un derecho inviolable a la exención. Ante su negativa, los cónsules fijaron una fecha precisa para que expusieran ante el senado en qué derecho fundamentaba cada cual su exención. Ese día acudieron al senado los pueblos de Ostia, Alsio, Ancio, Anxur, Minturnas, Sinuesa, y Sena, del mar Adriático¹⁸¹. Cada pueblo dio lectura a sus títulos para la exención, pero ésta no le fue reconocida a ninguno mientras el enemigo estuviera en Italia, salvo a los de Ancio y Ostia; a los jóvenes de aquellas colonias se les hizo jurar que no pernoctarían más de treinta días fuera de las murallas de su colonia mientras el enemigo estuviese en Italia.

Todos pensaban que los cónsules debían marchar al frente cuanto antes, pues había que salirle al paso a Asdrúbal cuando bajase de los Alpes para evitar que se atrajese a los galos cisalpinos y a Etruria, enfebrecida con la esperanza de un cambio en la situación, y por otra parte había que mantener a Aníbal empeñado en su propia guerra para que no pudiera salir del Brucio e ir al encuentro de su hermano. Pero Livio, que no confiaba demasiado en los ejércitos de sus provincias mientras que su colega podía escoger entre dos excelentes ejércitos consulares y un tercero que mandaba en Tarento Quinto Claudio, no acababa de decidirse, y había presentado una moción para que se llamase de nuevo a filas a los esclavos voluntarios. El senado dio libertad absoluta a los cónsules para que sacaran

¹⁸¹ Sumando a éstas las que se enumeran en XXXVI 3, 6 (*Fregenae Castrum Album* y *Pyrgi* —aquí Anxur ya con el nombre de Terracina—), tenemos el total de las diez colonias *maritimae*, fundadas entre las guerras latina y de Aníbal, cuyos ciudadanos normalmente estaban exentos del servicio militar, exención que quizá no tuvieran (formalmente al menos) las colonias fundadas en 194 (cf. XXXII 29, 3-4, y XXXIV 1-5). Sena es la actual Senigallia o Sinigaglia (*Sena Gallica*).

tropas suplementarias de donde quisieran, para escoger a quienes quisieran de entre todos los ejércitos, y para cambiar de provincia a quienes considerasen que debían ser trasladados en bien del Estado. Todo esto se hizo con un perfecto acuerdo entre los cónsules. Los esclavos voluntarios fueron alistados en las legiones decimonona y vigésima. Según algunos historiadores, también Publio Escipión le envió desde Hispania a Marco Livio refuerzos muy considerables para aquella campaña: ocho mil hispanos y galos, dos mil soldados legionarios, y mil ochocientos jinetes en parte númeradas y en parte hispanos, tropas que transportó Marco Lucrecio en naves; y también Gayo Mamilio envió a Sicilia cerca de tres mil arqueros y honderos.

*Asdrúbal
cruza los Alpes.
Reacción en
Roma*

Una carta remitida desde la Galia por el pretor Lucio Porcio incrementó la alarma en Roma: Asdrúbal había salido de los cuarteles de invierno y estaba ya cruzando los Alpes; ocho mil lígures, alistados y armados, se le unirían en cuanto pasase a Italia si no se enviaba a alguien contra ellos para mantenerlos ocupados con la guerra; él, con su débil ejército, avanzaría hasta donde le pareciese que no corría riesgo. Esta carta obligó a los cónsules a concluir precipitadamente la recluta y salir hacia sus provincias antes de lo que tenían pensado, con el propósito de mantener al enemigo cada uno en su provincia respectiva y no dejar que tomaran contacto reuniendo sus fuerzas. Mucho les ayudó en ese sentido un error de cálculo de Aníbal, pues aunque estaba convencido de que su hermano pasaría a Italia aquel verano, sin embargo, recordando los agotadores esfuerzos que a él le había costado cruzar primero el Ródano y luego los Alpes peleando durante cinco meses con hombres y terreno, no esperaba ni por asomo un paso tan fácil y rápido.

Ésa fue la razón de que dejara los cuarteles de invierno
6 más tarde de la cuenta. Pero a Asdrúbal le resultó todo
más rápido y fácil de lo que tanto él como los demás se
esperaban. En efecto, los arvernos y después otros pueblos
galos y alpinos, aparte de darle acogida, lo siguieron a la
7 guerra; además, por un lado avanzaba por sitios antes im-
practicables, pero que la travesía de su hermano había abier-
to al paso, y por otro pasaba entre gentes ahora más trata-
bles después de doce años de comunicación desde que
8 los Alpes se habían hecho transitables. Y es que al no ha-
ber sido visitados anteriormente por extranjeros y no estar
ellos acostumbrados a ver en su tierra a ningún forastero,
no tenían relación con ninguna clase de hombres, y la pri-
mera vez, como no sabían a dónde se dirigía el cartaginés,
habían creído que iba por sus riscos y sus aldeas, a coger
9 animales y hombres; las posteriores noticias de la guerra
púnica que abrasaba Italia desde hacía once años les ha-
bían hecho comprender que los Alpes eran un lugar de
paso, y que dos poderosísimas ciudades separadas entre
sí a enorme distancia por tierra y por mar se disputaban
hegemonía y riqueza.

10 Estos motivos le habían abierto los Alpes a Asdrúbal.
11 Pero lo que había ganado con su rápida marcha, lo per-
dió con su demora en Placencia, asediándola en vano en
12 vez de atacarla. Creyó que era fácil el asalto a una ciudad
situada en el llano y lo animó la fama de la colonia, con-
vencido de que destruyendo aquella ciudad infundiría pá-
13 nico a las demás. Con aquel asedio se retrasó él y además
retuvo a Aníbal, que ya abandonaba los cuarteles de in-
vierno al tener noticias de su paso mucho más rápido de
14 lo que esperaba, pues echó cuentas no sólo del tiempo
que lleva el asedio de una ciudad sino de lo inútiles que

habían resultado sus intentos con respecto a aquella misma colonia cuando regresaba victorioso del Trebia.

Al salir los cónsules de la ciudad en direcciones opues- 40
tas es como si hubieran dividido entre dos guerras al mis-
mo tiempo las inquietudes de la población, que por un
lado recordaba los desastres que había traído a Italia la
primera llegada de Aníbal y al mismo tiempo se pregunta- 2
ba angustiada qué dioses irían a ser tan propicios a la urbe
y al imperio como para que hubiese éxito en los dos fren-
tes al mismo tiempo; hasta entonces se había ido tirando
a base de compensar reveses con triunfos. Cuando en Italia 3
la situación de Roma había hecho quiebra en el Trasimeno
y en Cannas, los éxitos bélicos de Hispania la habían le-
vantado de su caída; después, cuando en Hispania una 4
serie de desastres, incluida la pérdida de dos eminentes ge-
nerales, había destruido parcialmente dos ejércitos, nume-
rosas acciones llevadas a cabo con éxito en Italia y Sicilia
habían apuntalado a la tambaleante república; la propia 5
distancia entre los frentes, dado que una de las guerras
se desarrollaba en los últimos confines de la tierra, había
dado tiempo para respirar. Ahora tenían entre manos dos 6
guerras en Italia, dos generales renombradísimos ponían
cerco a la ciudad de Roma, y la gravedad del peligro se
había concentrado por entero en un mismo punto. Aquel
de ellos que venciese el primero uniría su campamento con
el otro en cosa de pocos días. Causaba temor además el 7
recuerdo del año anterior, luctuoso por la muerte de los
dos cónsules. Una población angustiada por tales preocu-
paciones acompañó a los cónsules en su marcha hacia las
provincias. Se cuenta que Marco Livio cuando partía para 8
la guerra lleno aún de resquemor contra sus conciudada-
nos, al advertirle Quinto Fabio que no entrase en combate
imprudentemente antes de conocer las características de su

enemigo, respondió que combatiría en cuanto echase la vista
 9 encima a la columna enemiga. Al preguntarle el motivo de
 tantas prisas contestó: «Ganaré gran gloria a costa del ene-
 migo, o si no, una satisfacción no honrosa pero sí justifi-
 cada, sin duda, a costa de la derrota de mis conciudadanos».

10 Antes de que el cónsul Claudio llegase a su provincia,
 Gayo Hostilio Túbulo atacó con tropas ligeras a Aníbal,
 que marchaba al frente de su ejército hacia el país salenti-
 no por el extremo del territorio Iarinate y sembró la confu-
 11 sión en su desorganizada columna; mató cerca de cuatro
 mil hombres y tomó nueve enseñas militares. Quinto Clau-
 dio, que tenía campamentos preparados en las ciudades
 del territorio salentino, había abandonado los cuarteles de
 12 invierno al oír hablar del acercamiento del enemigo. Así que,
 para no combatir contra dos ejércitos al mismo tiempo,
 Aníbal durante la noche levantó su campamento de terri-
 13 torio tarentino y se retiró hacia el Brucio. Claudio dirigió
 la marcha hacia el Salentino, y Hostilio, que se dirigía a
 Capua, se encontró con el cónsul Claudio cerca de Venusia.
 14 Entonces seleccionaron de entre los dos ejércitos cuarenta
 mil hombres de infantería y dos mil quinientos de caballe-
 ría con vistas a que operase con ellos el cónsul frente a
 Aníbal. En cuanto al resto de las tropas, se dio orden a
 Hostilio de conducir las a Capua para entregárselas al pro-
 cónsul Quinto Fulvio.

41 Aníbal reunió las tropas que tenía por
 todas partes, en los cuarteles de invierno
 y en las guarniciones del Brucio, y se di-
 rigió a Grumento ¹⁸², en la Lucania, es-
 perando recuperar las plazas que por
 2 miedo se habían pasado a los romanos. Allá se dirigió
 también desde Venusia el cónsul romano, reconociendo pre-

¹⁸² Cf. XXIII 37, 10.

viamente el terreno, y estableció su campamento a unos mil quinientos pasos del enemigo. La empalizada cartaginesa parecía casi tocar las murallas de Grumento: distaban quinientos pasos. Entre el campamento cartaginés y el romano se extendía una llanura; sobre el flanco izquierdo de los cartagineses y derecho de los romanos se alzaban unas colinas peladas de las que no recelaban ni unos ni otros porque no tenían bosque ni escondrijo alguno para una emboscada. Corriendo desde los puestos de avanzada se entablaban pequeños combates en el centro de la llanura que no merecen ser mencionados. Era evidente que lo único que pretendían los romanos era no dejar marchar al enemigo, mientras que Aníbal, deseoso de salir de allí, presentaba batalla con todos sus efectivos. Entonces el cónsul, echando mano de las artes de su enemigo, precisamente porque no cabía temer una emboscada en unas colinas tan al descubierto, mandó a cinco cohortes reforzadas con cinco manípulos ganar la cima durante la noche y apostarse en la ladera opuesta; al tribuno militar Tiberio Claudio Aselo y al prefecto de los aliados Publio Claudio, que mandó al frente de este contingente, les indicó el momento de salir de la emboscada y atacar al enemigo. Él formó al amanecer en orden de batalla a la totalidad de la infantería y la caballería. Poco después también Aníbal dio la señal de combate y se alzaron en el campamento los gritos de los que corrían a las armas; a continuación se precipitaron a porfía por las puertas los soldados de a pie y los de a caballo y desplegándose por la llanura corrieron en dirección al enemigo. Cuando el cónsul los vio desplegados ordenó a Gayo Aurunculeyo, tribuno militar de la tercera legión, que lanzara a la caballería de su legión con el mayor ímpetu posible contra los enemigos, que, como si fuera una manada de reses en estampida, se habían espar-

cido por toda la llanura tan desordenadamente que se los podía abatir y aplastar antes de que se formaran en orden de combate.

- 42 Aníbal aún no había salido del campamento cuando oyó el griterío de los combatientes. El tumulto le hizo salir y dirigir precipitadamente sus tropas contra el enemigo.
- 2 El miedo a la caballería había hecho presa ya en los que iban en cabeza; también estaba entrando en combate la infantería de la primera legión y el ala derecha aliada; los enemigos, en desorden, se ponían a combatir contra quien el azar les ponía delante, fuese de a pie o de a caballo.
- 3 Con los refuerzos, la batalla cobraba mayores proporciones, incorporándose los que llegaban corriendo al combate; aun en medio de la confusión y el pánico Aníbal habría reorganizado a los combatientes —tarea no fácil salvo que se trate de un ejército veterano y un general experimentado—
- 4 si no hubiese cogido miedo a quedar aislado de su campamento cuando oyó a su espalda el grito de guerra de las cohortes y manípulos que corrían a la carga colinas abajo.
- 5 A partir de ahí cundió el pánico y se inició una huida en desbandada. La carnicería no fue mayor debido a que la proximidad del campamento hizo más corta su huida
- 6 despavorida. En efecto, a la espalda llevaban pegada a la caballería y por los flancos cargaban de través las cohortes que bajaban a la carrera colinas abajo por un camino fácil
- 7 y sin obstáculos. Con todo, fueron más de ocho mil los muertos y setecientos los prisioneros; se capturaron nueve enseñas militares; también fueron muertos cuatro elefantes y capturados dos; estos animales no habían sido de ninguna
- 8 utilidad en una batalla repentina y embarullada. De los vencedores cayeron cerca de quinientos entre romanos y aliados.

Al día siguiente el cartaginés no hizo ningún movimiento. El romano, después de presentar batalla y ver que nadie avanzaba enfrente, dio orden de recoger los despojos de los enemigos muertos y sepultar los cadáveres de los suyos después de reunirlos en un montón. Después, durante bastantes días seguidos se acercó tanto a las puertas del campamento que parecía a punto de atacarlo, hasta que Aníbal emprendió la marcha durante el tercer relevo de la guardia dejando tiendas y fogatas muy numerosas en la parte del campamento orientada hacia el enemigo y unos pocos númidas para que se hicieran ver en la empalizada y en las puertas, y tomó la dirección de Apulia. Al amanecer, el ejército romano se acercó a la empalizada, y los númidas, según lo convenido, se hicieron ver durante algún tiempo en las puertas y en la empalizada, y después de engañar por un tiempo al enemigo espolearon sus caballos y dieron alcance a la columna de los suyos. El cónsul, cuando se dio cuenta del silencio del campamento y no vio por ninguna parte ni siquiera a los pocos que rondaban por allí, envió dos jinetes a explorar el campamento y, una vez cerciorado de que no había peligro, mandó irrumpir dentro. Se entretuvo allí justo el tiempo que tardaron los soldados en correr a por el botín, después mandó tocar a retirada y mucho antes de la noche se llevó de nuevo sus tropas. Al día siguiente se puso en camino al amanecer, siguiendo a marchas forzadas, por referencias y por las huellas, a la columna enemiga, y le dio alcance no lejos de Venusia. También en este caso hubo una batalla precipitada; mataron a más de dos mil cartagineses. A continuación, el cartaginés se dirigió a Metaponto, marchando de noche y por el monte para no dar la oportunidad de un combate. Hannón, que era el que mandaba la guarnición, fue enviado desde allí al Brucio con unos pocos hom-

bres a reunir un nuevo ejército; Aníbal unió las fuerzas de éste a las suyas y retrocedió de nuevo hacia Venusia por los mismos caminos por donde había venido, y de allí
 17 avanzó hacia Canusio. Nerón no había perdido en ningún momento el rastro del enemigo, y como él marchaba a Metaponto, hizo venir a la Lucania a Quinto Fulvio para que no quedase desguarnecida esta zona.

43 Entre tanto, Asdrúbal, que había renunciado al asedio de Placencia, envió a
Interceptada una carta de Asdrúbal cuatro jinetes galos y dos númidas con una carta para Aníbal; después de recorrer Italia en casi toda su extensión atravesan-

2 do territorio enemigo, cuando iban en pos de Aníbal que se retiraba hacia Metaponto, su desconocimiento de los caminos los llevó a Tarento, y unos forrajeadores romanos que andaban por los campos los condujeron ante el propretor
 3 Quinto Claudio. Al principio trataron de eludirlo con respuestas vagas, pero cuando el miedo a la tortura los obligó a confesar la verdad, revelaron que llevaban una carta de
 4 Asdrúbal para Aníbal. Junto con dicha carta, sellada como estaba, fueron entregados al tribuno militar Lucio Virgini
 5 o para su traslado ante el cónsul Claudio, enviando además dos escuadrones de samnitas como escolta. Llegaron a presencia del cónsul, se leyó la carta por medio de un
 6 intérprete y se interrogó a los prisioneros; entonces Claudio pensó que las circunstancias del Estado no eran como para que cada uno, según la práctica habitual, hiciese la guerra dentro de los límites de su provincia con su propio ejército
 7 contra el enemigo señalado por el senado, sino que hacía falta un golpe de audacia e imaginación, algo imprevisto, inesperado, que en un principio provocaría tanta alarma entre los ciudadanos como entre los enemigos pero que al final les haría pasar de un gran temor a una gran ale-

gría. Envió a Roma, al senado, la carta de Asdrúbal y ⁸ al mismo tiempo les expuso a los padres conscriptos qué se proponía; les aconsejó que, puesto que Asdrúbal le escribía a su hermano que se encontraría con él en Umbría, hiciesen venir a Roma a la legión de Capua, ordenasen una ⁹ leva en Roma, y enviasen el ejército urbano a hacer frente al enemigo en Narnia. Esto escribió al senado. Envió ¹⁰ también mensajes al territorio larinense, marrucino, frentano y pretuciano por donde iba a pasar con su ejército, para que todos ellos sacasen de los campos y las ciudades a la carretera provisiones preparadas para alimentar a los soldados; y que sacasen caballos y otras bestias de carga a fin de que hubiese medios de transporte en abundancia para los que estuviesen agotados. Escogió personalmente los ¹¹ mejores hombres, romanos y aliados, de todo su ejército, seis mil de a pie y mil de a caballo; les hizo saber que quería ocupar la ciudad de Lucania más próxima junto con su guarnición cartaginesa, que estuviesen todos preparados para la marcha. Salió de noche y giró en dirección ¹² al Piceno.

El cónsul avanzaba hacia su colega, forzando por cierto la marcha todo lo que podía, después de dejar al frente del campamento a su legado Quinto Cacio.

En Roma el pánico y la confusión eran tan intensos ⁴⁴ como hacía cuatro años, cuando se había emplazado el campamento cartaginés delante de las puertas y las murallas de la ciudad. Por otra parte, no se sabía muy bien si alabar o censurar la audacia de la marcha del cónsul; era evidente que la valoración iba a depender del resultado, lo cual es absolutamente injusto. Cerca de un enemigo como Aníbal se había dejado un campamento sin general con un ejército al que se había quitado lo que más valía, lo más escogido; y el cónsul había dado a entender que

marchaba a la Lucania cuando en realidad se dirigía al
3 Piceno y la Galia, y la mejor protección que dejaba al
campamento era la ignorancia del enemigo, que no sabía
que lo habían abandonado el general y parte del ejército.
4 ¿Qué ocurriría si esto se descubría y Aníbal quería per-
seguir con todo su ejército a Nerón, que había marchado
con seis mil hombres, o atacar el campamento dejado co-
5 mo botín, sin fuerzas, sin mando, sin auspicios? Aumenta-
ban el pánico las antiguas derrotas de aquella guerra y la
muerte de los dos cónsules el año anterior; todo ello, ade-
más, había ocurrido cuando había en Italia un solo gene-
ral, un único ejército enemigo; ahora habían pasado a ser
dos las guerras púnicas, en Italia había dos ejércitos enor-
6 mes, casi dos Aníbal. Porque Asdrúbal, hijo del mismo
Amílcar, era un general igualmente activo, con la expe-
riencia adquirida a lo largo de tantos años en la guerra
contra Roma en Hispania, con la fama de su doble victo-
ria aniquilando a dos ejércitos con sus brillantísimos gene-
7 rales. Podía, en efecto, ufanarse mucho más que el propio
Aníbal, sin lugar a dudas, por la rapidez de su marcha
desde Hispania y por haber concitado en armas a los pue-
8 blos galos, puesto que él había reunido un ejército en
los mismos parajes donde a Aníbal se le habían muerto
de hambre y de frío, que son las formas de morir más
9 dignas de lástima, la mayor parte de sus hombres. Añadían
además los expertos en temas hispanos que él iba a enfren-
tarse con un general, Gayo Nerón, que no le era descono-
cido, al que había burlado igual que a un chiquillo, cuan-
do por casualidad le había cogido en un desfiladero de
difícil salida, a base de consignar engañosas condiciones
10 de paz ¹⁸³. Se exageraban además por completo las fuerzas

¹⁸³ Ver XXVI 17.

del enemigo y se rebajaban las propias al dejarse guiar por el miedo, que siempre se pone en lo peor.

*La marcha
de Claudio Nerón
para unirse
al otro cónsul,
Livio*

Cuando Nerón ya había dejado al ene- 45
migo a tanta distancia que ya no entra-
ñaba riesgo desvelar su plan, dirigió a sus
hombres unas breves palabras. Les ase- 2
guró que ningún proyecto de ningún ge-
neral había sido aparentemente más audaz, pero en reali-
dad menos arriesgado que el suyo; que él los llevaba a
una victoria segura; su colega, en efecto, había salido 3
para aquella campaña bélica sólo después que el senado
le había concedido tropas de infantería y de caballería has-
ta que él había dicho basta, más numerosas y mejor equi-
padas que si marchara contra el propio Aníbal: si ellos
añadían su refuerzo, fuese más o menos importante, incli-
narían por completo la situación a su favor. Bastaba con 4
que en el campo de batalla —pues él se ocuparía de que
no ocurriese antes— se oyese decir que había llegado otro
cónsul y otro ejército; esto les aseguraría la victoria.
Un rumor decide una guerra, y detalles sin importancia 5
inclinan los ánimos hacia el temor o la esperanza. Los ho-
nores de la gloria consiguiente a una acción bien conduci-
da se los iban a llevar ellos sin lugar a dudas; lo que se 6
añade al final siempre parece que es lo que determina la
totalidad de un acontecimiento. Ellos mismos estaban vien-
do con cuánta concurrencia, con cuánta admiración, con
qué simpatía presenciaba la gente su paso.

Y, por Hércules, que en todas partes flanqueaban su 7
paso filas de hombres y mujeres que afluían de cualquier
parte del campo entre votos y súplicas y vítores. Les llama-
ban defensores de la patria, libertadores de la ciudad y
del imperio de Roma, de cuyas armas y de cuyas manos
dependía su libertad y salvación y la de sus hijos. Supli- 8

caban a todos los dioses y diosas para que fuese feliz su marcha, favorable la batalla, pronta su victoria sobre el enemigo; pedían verse obligados a cumplir los votos que hacían por ellos para que de la misma forma que en esos momentos los acompañaban llenos de preocupación, también después de unos pocos días saliesen alegres a su encuentro en el entusiasmo de la victoria. Después los invitaban, les hacían ofrecimientos, los importunaban porfiando cada uno con el ruego de que le cogiesen a él antes que a los demás lo que necesitaban para ellos y para sus monturas; todo se lo daban de buena gana y en abundancia. Los soldados se mostraban a cual más parco, no tomando más que lo necesario; tomaban el alimento sin detenerse ni alejarse de las enseñas; marchaban día y noche; apenas concedían al descanso lo imprescindible para las necesidades naturales del organismo. Por otra parte se le habían enviado mensajeros al colega para anunciarle su llegada y preguntarle si quería que llegasen en secreto o abiertamente, durante el día o por la noche, y que se estableciesen en su mismo campamento o en otro. Pareció preferible que entrasen de noche y en secreto.

El cónsul Livio había hecho circular por el campamento la consigna ¹⁸⁴ de que acogiesen los tribunos a tribunos, los centuriones a centuriones, los soldados de caballería a los de caballería y los de infantería a los de infantería, pues era preciso que no se ampliase el campamento para que el enemigo no se diese cuenta de la llegada del otro cónsul; iba a resultar relativamente fácil, por otra parte, apretarse más en poco espacio en las tiendas porque el ejército de Claudio no había llevado consigo casi nada más

¹⁸⁴ En la tablilla en que iba la contraseña se cursaban también instrucciones para la noche.

que las armas a aquella expedición. Pero durante la propia 3
marcha se habían incrementado los efectivos con voluntarios, pues se habían presentado espontáneamente tanto soldados veteranos que ya habían cumplido el servicio de las armas como jóvenes que rivalizaban por dar su nombre, y a los que había alistado si por su aspecto físico y su robustez parecían aptos para la milicia. El campamento 4
del otro cónsul estaba cerca de Sena, y Asdrúbal estaba a unos quinientos pasos de distancia. Por eso, cuando ya se estaba aproximando Nerón, hizo alto oculto detrás de los montes para no entrar en el campamento antes de la noche. Entraron en silencio y fueron conducidos cada uno 5
a la tienda de un camarada de su misma graduación, tributándoles todos una grata acogida. Al día siguiente hubo consejo, al que asistió también el pretor Lucio Porcio Lícino. Tenía éste su campamento pegado al de los cónsules, 6
y antes de que ellos llegaran había jugado con el enemigo con toda clase de maniobras bélicas, conduciendo su ejército por las alturas, apostándose unas veces en los pasos angostos para cerrar el paso y otras hostigando los flancos o la retaguardia de la columna; y ahora asistía al consejo. Muchos en sus intervenciones se inclinaban por retrasar 7
el momento de la batalla mientras se recuperaban los soldados de Nerón agotados por la marcha y la falta de sueño y al mismo tiempo éste se tomaba algunos días para informarse acerca del enemigo. Nerón insistió en aconsejar 8
e incluso rogar con el mayor encarecimiento que no convirtiesen en temerario, dando largas, un plan como el suyo que la celeridad había hecho seguro; por un error que 9
no iba a durar mucho, Aníbal, como paralizado, no había atacado su campamento que había quedado sin general ni había salido en su persecución; antes de que se moviese se podía destruir el ejército de Asdrúbal y regresar a Apu-

lia; quien por andar con vacilaciones concediese tiempo al enemigo, le entregaba a Aníbal aquel campamento y además le abría paso hacia la Galia para que se reuniera tranquilamente con Asdrúbal cuando quisiera; había que dar la señal inmediatamente y salir al campo de combate, y aprovecharse del error del enemigo ausente y del presente mientras ignoraba que se las veía aquél con menos y éste con más de los que pensaba, y además más fuertes. Se disolvió el consejo, se dio la señal de combate y en seguida salieron al campo de batalla.

47 Los enemigos estaban ya formados delante del campamento. Pero el combate no comenzó aún, porque Asdrúbal, adelantándose a las enseñas con unos cuantos jinetes, observó entre los enemigos unos escudos viejos que antes no había visto y caballos más flacos, pareciéndole también las tropas más numerosas de lo habitual. Sospechando, pues, lo que ocurría, mandó tocar en seguida a retirada y envió unos hombres al río donde se abastecían de agua y donde se podía coger algún prisionero y observar a ver si algunos tenían la tez curtida como después de una marcha reciente; al mismo tiempo ordenó dar una vuelta a distancia en torno al campamento y observar si en algún punto se había ampliado la empalizada, prestando atención a ver si en el campamento sonaba la señal una vez o dos. Se le informó puntualmente de todo ello, y le indujo a error el hecho de que los campamentos no hubieran sido ampliados en absoluto; había dos, igual que antes de la llegada del otro cónsul, uno el de Marco Livio y el otro el de Lucio Porcio; en ninguno de los dos había ningún añadido en el atrincheramiento con vistas a tener más sitio para las tiendas. Pero lo que llamó la atención del veterano general familiarizado con

*La batalla del
Metauro*

los romanos como enemigos fue que, según le informaban, la señal había sonado una sola vez en el campamento del pretor y dos veces en el consular; sin duda había dos cónsules, y le inquietaba el interrogante de cómo se había alejado de Aníbal uno de ellos. No podía sospechar de 6 ninguna manera lo que era una realidad, que Aníbal hubiese sido engañado y burlado en algo tan importante hasta el extremo de no saber dónde estaba el general y el ejército que tenía el campamento al lado del suyo; atemorizado 7 tras una seria derrota, seguramente no se había decidido a perseguirlo; mucho se temía haber llegado en su ayuda demasiado tarde, cuando no había ya nada que hacer, y que los romanos tenían ahora en Italia la misma suerte que en Hispania. Había momentos en que creía que su 8 carta no había llegado hasta él, que el cónsul la había interceptado y se había apresurado a sorprenderle. Agitado por estos interrogantes hizo apagar las hogueras y durante el primer relevo de la guardia dio la señal para recoger en silencio los petates y ordenó emprender la marcha. Con las prisas y el barullo de la noche se descuidó la 9 vigilancia de los guías y uno se ocultó en un escondite que tenía pensado ya de antemano, mientras que el otro cruzó a nado el río Metauro, cuyos vados conocía bien. Abandonado así por los guías el ejército, en un principio anduvo extraviado por los campos; algunos, rendidos por el sueño y las vigili-
as, se tumbaban en cualquier sitio y dejaban desguarnecidas de hombres las enseñas. Asdrúbal dio orden 10 de avanzar por la orilla del río mientras la luz del día dejaba ver el camino, y en vista de que no avanzaba gran cosa al volver sobre sus pasos por los entrantes y revueltas del tortuoso cauce, tenía el propósito de atravesar en cuanto las primeras luces dejaran ver un lugar apropiado para hacerlo. Pero cuanto más se alejaba del mar, más altas eran 11

las riberas que encajonaban el río y como no encontró vados perdió el día y dio al enemigo tiempo para darle alcance.

48 Primero llegó Nerón con toda la caballería; después
2 le siguió Porcio con las tropas ligeras. Éstos, con rápidos ataques, hostigaban desde todas partes a la cansada columna, y el cartaginés, desistiendo de una marcha tan parecida a una huida, quería emplazar su campamento en
3 una altura sobre la orilla del río; entonces se presentó Livio con todas las tropas de infantería no en orden de marcha sino formadas y armadas para entrar en combate
4 inmediatamente. Pero se unieron todas las fuerzas y se formó el frente de combate situándose Claudio en el ala derecha y Livio en la izquierda; al pretor se le confió el
5 centro. Asdrúbal, desistiendo de atrincherar el campamento al ver que había que combatir, colocó los elefantes en primera línea delante de las enseñas; junto a ellos situó en el ala izquierda a los galos frente a Claudio, no tanto porque confiase en ellos como porque creía que el enemigo
6 los temía; él se hizo cargo del ala derecha frente a Marco Livio con los hispanos —en estos soldados veteranos sí es-
7 taban depositadas sus mayores esperanzas—; los lígures fueron alineados en el centro, detrás de los elefantes. Pero el frente de combate era más profundo que largo; una colina
8 que sobresalía cubría a los galos. El frente que ocupaban los hispanos chocó con el ala izquierda de los romanos; la parte derecha de la formación romana, situada más allá de la línea de combate, permanecía inactiva: la colina que tenían delante les impedía atacar tanto de frente como de flanco.

9 Entre Livio y Asdrúbal se había entablado un durísimo combate y por ambos bandos se producía una carnicería
10 atroz. Allí estaban ambos generales, allí la mayor parte

de la infantería y la caballería romanas, allí los veteranos soldados hispanos, buenos conocedores del estilo de combate romano, y los lígures, raza dura para la guerra. Hacia allí se volvieron los elefantes, que en su primera carga habían hecho estragos en la vanguardia y ya habían hecho retroceder a las enseñas; cuando después fueron a más 11 la lucha y el griterío, no hubo forma de controlarlos y andaban sin rumbo entre los dos frentes como si no supiesen a quién pertenecían, igual que naves a la deriva sin timonel. Claudio les gritaba a sus hombres: «¿Para qué 12 hemos recorrido, entonces, tan largo camino tan aprisa?», e intentó en vano escalar la colina de enfrente; cuando 13 vio que por aquella parte no era posible llegar hasta el enemigo, retiró algunas cohortes del ala derecha donde iban a estar inactivos más que tomando parte en la lucha y dando un rodeo las llevó por detrás de las líneas romanas atacando el flanco derecho enemigo, cosa con la que ni 14 siquiera los suyos contaban, cuánto menos los enemigos. La maniobra fue tan rápida que apenas habían aparecido por el flanco cuando ya estaban atacando la retaguardia. Hispanos y lígures eran así diezmados desde todas partes, 15 el frente, los flancos y la espalda, y la matanza había alcanzado ya a los galos. Allí la lucha fue mínima, pues 16 gran parte de ellos habían abandonado las enseñas dispersándose durante la noche y echándose a dormir en cualquier sitio por los campos, y los que quedaban, agotados por la marcha y la falta de sueño, incapaces como son de soportar la fatiga, a duras penas sostenían las armas sobre los hombros. Además era ya mediodía y la sed y 17 el calor los dejaba, con la boca abierta, expuestos al degüello o la captura en masa.

49

*Muerte
de Asdrúbal.
Eco
de la victoria
en Roma*

Fueron más los elefantes muertos por sus propios guías que por el enemigo ¹⁸⁵. Los guías tenían un martillo y un escoplo de carpintero y cuando las bestias comenzaban a encabritarse les colocaban el escoplo entre las orejas en el punto donde se articulan la cabeza y el cuello y se lo clavaban dándoles un golpe con todas sus fuerzas. Éste era el método más rápido que se había encontrado para dar muerte a una bestia de tan enorme tamaño cuando su violencia sobrepasaba la posibilidad de controlarla, y el primero en introducir este sistema había sido Asdrúbal, general que merece ser recordado por tantas otras batallas, pero sobre todo por ésta. Él sostuvo a los combatientes alentándolos y arrostrando sus mismos peligros; él, unas veces rogándoles y otras increpándolos, enardeció a quienes estaban negados y rendidos por el desaliento y la fatiga; él hizo volver a los que huían y restableció la lucha que en algunos puntos se había interrumpido; por último, cuando el triunfo del enemigo era indudable, para no sobrevivir a aquel ejército tan grande que había seguido su nombre espoleó su caballo y se lanzó contra una cohorte romana. Allí cayó peleando, sin desmerecer de su padre Amílcar y de su hermano Aníbal.

Jamás durante aquella guerra se dio muerte a tantos enemigos en una sola batalla; daba la impresión de que se les había devuelto un desastre equiparable al de Cannas por la destrucción del ejército y la muerte del general: cincuenta y siete mil enemigos muertos, y cinco mil cuatrocientos hechos prisioneros ¹⁸⁶; considerable botín de todas clases, incluso de oro y plata; también se recuperó a más

¹⁸⁵ Según Polibio, fueron muertos seis y capturados cuatro.

¹⁸⁶ Polibio cifra las bajas en 10.000 muertos y 2.000 prisioneros.

de cuatro mil ciudadanos romanos que estaban prisioneros en poder del enemigo, siendo ésta una compensación por los soldados perdidos en aquella batalla. Porque la victoria estuvo muy lejos de ser incruenta: fueron muertos unos ocho mil entre romanos y aliados, y hasta los vencedores 8 estaban tan hastiados de la sangre y la carnicería que cuando al día siguiente se le comunicó al cónsul Livio que los galos cisalpinos y los lígures que no habían participado en el combate o habían huido durante la masacre se alejaban todos juntos sin un guía regular, sin enseñas, sin ningún orden ni disciplina, y que se los podía aniquilar a 9 todos sólo con enviar un escuadrón de caballería, replicó: «Mejor que haya algunos supervivientes que anuncien la derrota del enemigo y nuestro valor».

La misma noche que siguió a la batalla partió Nerón 50 hacia Apulia marchando más aprisa que a la venida, y al sexto día llegó a su campamento permanente, cerca del enemigo. Su paso fue celebrado con menor afluencia 2 de gente, pues no le había precedido ningún mensajero, pero con un entusiasmo tan grande que no podían controlar su alegría. Y en cuanto a Roma, no es posible describir 3 adecuadamente los dos sentimientos que embargaron a la población, la incertidumbre con que esperó el resultado y la forma en que recibió la noticia de la victoria.

A lo largo de todos aquellos días desde que llegó la 4 noticia de que el cónsul Claudio había partido, en ningún momento desde la salida hasta la puesta del sol abandonó la curia o a los magistrados ni un solo senador, ni el pueblo el foro. Las matronas, ya que no podían prestar 5 ningún otro servicio, se dedicaron a las plegarias y los conjuros y abrumaban a los dioses con súplicas y votos recorriendo todos los templos. Así de inquieta y en vilo estaba 6 la población cuando le llegaron primero vagas noticias de

que dos jinetes narnienses venidos del frente habían llegado al campamento que bloqueaba las gargantas de Umbría ¹⁸⁷, anunciando que se había hecho trizas al enemigo.

- 7 Al principio se prestó oídos a la noticia sin darle crédito, pues era demasiado importante y feliz como para hacerse a la idea y acabar de creerla; además le restaba credibilidad su propia celeridad, porque según se decía la batalla había tenido lugar hacía dos días. Después llegó una carta remitida por Lucio Manlio Acidino desde el campamento informando de la llegada de los jinetes narnienses. Esta carta, portada al tribunal del pretor a través del foro, hizo salir de la curia al senado, y la población acudió corriendo hacia las puertas de la curia tan a porfía y atropelladamente que el mensajero no podía entrar sino que era llevado a rastras entre preguntas y gritos de que se leyese la carta en los Rostros antes que en el senado. Por fin los magistrados apartaron y contuvieron a la masa y se pudo difundir la alegría en unos ánimos incapaces de controlarla.
- 11 La carta fue leída primero en el senado y después en asamblea pública, y según el talante de cada cual, unos se alegraban ya sin reservas y otros no estaban dispuestos a darle el menor crédito hasta oír a un enviado o una carta de los cónsules.

- 51 Precisamente llegó a continuación la noticia de que se acercaban los emisarios.

Entonces sí que corrieron a su encuentro las gentes de todas las edades, impaciente cada uno por ser el primero en apurar con sus ojos y sus oídos tanta dicha. Una hilerera ininterrumpida llegó hasta el puente Milvio. Los emisarios —eran Lucio Veturio Filón, Publio Licinio Varo y Quinto Cecilio Metelo—, flanqueados por gente de toda

¹⁸⁷ El paso de Furli.

condición social, llegaron hasta el foro mientras unos les 4 preguntaban a ellos y otros a sus acompañantes qué había ocurrido. Y a medida que cada uno se enteraba de que había sido destruido el ejército cartaginés y muerto su general, y de que las legiones romanas estaban intactas y a salvo los cónsules, inmediatamente lo comunicaba a los demás y compartía su alegría. Después de llegar, con dificultad, a la curia y de retirar, con mucha más dificultad, a la multitud para que no se metiese entre los senadores, se leyó la carta en el senado. Después los emisarios fueron conducidos ante la asamblea. Lucio Veturio, una vez leída 6 la carta, hizo una exposición personal más detallada de todo lo ocurrido en medio de grandes muestras de aprobación y al final incluso del clamor de todos los reunidos, que no cabían en sí de gozo. De allí salieron corriendo, unos hacia 7 los templos de los dioses a darles las gracias y otros a sus casas para compartir con sus mujeres y sus hijos tan gratas noticias. El senado decretó un triduo de acción de gracias, 8 ya que los cónsules Marco Livio y Gayo Claudio salvando su ejército habían destruido las legiones enemigas y a su general. El pretor Gayo Hostilio proclamó ante la asamblea del pueblo dicha celebración, en la que hubo una gran afluencia de hombres y mujeres. Todos los templos se 9 vieron igualmente llenos por una multitud durante los tres días; las matronas, con sus mejores atavíos, acompañadas de sus hijos, daban gracias a los dioses inmortales liberadas de todo temor como si la guerra hubiese terminado. Aquella victoria cambió además la situación de la vida 10 ciudadana hasta el punto de que a partir de entonces, como si fueran tiempos de paz, se aventuraban a hacer transacciones vendiendo, comprando, prestando dinero y devolviendo los préstamos.

- 11 El cónsul Gayo Claudio de vuelta al
Retirada de campamento mandó arrojar delante de los
Aníbal puestos de guardia enemigos la cabeza de
al Brucio Asdrúbal que había llevado conservándola
cuidadosamente, y exponer a la vista en-
cadenados como estaban a los prisioneros africanos, e in-
cluso mandó liberar a dos de ellos para que fueran a con-
12 tarle a Aníbal lo que había ocurrido. Cuentan que Aníbal,
muy afectado por tan grave quebranto público y familiar
al mismo tiempo, dijo que veía claro el destino de Carta-
13 go; y levantando el campamento con el propósito de con-
centrar en el último rincón de Italia, en el Brucio, todas
las fuerzas auxiliares que no podía proteger por estar de-
masiado dispersas, trasladó a territorio del Brucio a toda
la población de Metaponto sacándola de sus lugares de re-
sidencia y también a los lucanos que estaban sometidos a él.

LIBRO XXVIII

SINOPSIS

AÑO 207 a. C.:

En Hispania, Marco Silano vence a los celtíberos (1-2).

Toma de Orongis (3 - 4, 4).

Incursión en la costa de África (4, 5 - 4, 7).

Operaciones en Grecia. Toma de Oreó (5-6).

Filipo se retira al Peloponeso, acude a la reunión de los aqueos y vuelve a Macedonia (7-8).

AÑO 206 a. C.:

Roma: triunfo, elecciones, asignación de mandos (9-10).

Prodigios. Medidas para la agricultura. Elogio de Aníbal (11 - 12, 9).

La guerra en Hispania (12, 10 - 13).

Batalla de Silpia, con victoria de Escipión (14-15).

Masinisa se une a los romanos. Acercamiento de Escipión al rey Sifax (16-17).

Escipión y Asdrúbal juntos ante Sifax (18).

Aplastamiento de Iliturgi. Rendición de Cástulo (19-20).

Juegos funerarios. Horror en Astapa. Operaciones contra Cádiz (21-23).

Motín en el ejército al caer enfermo Escipión (24-26).

Discurso de Escipión a los rebeldes. Castigo de los cabecillas (27-29).

mares; Escipión envió contra él a Marco Silano¹⁸⁹ con no más de diez mil hombres de a pie y quinientos de a caballo. Silano forzó cuanto pudo la marcha y, a pesar del obstáculo que suponían las rutas accidentadas y los pasos encajonados entre espesos bosques, como ocurre en buena parte de Hispania, se adelantó no sólo a los mensajeros sino incluso a los rumores de su llegada, y guiado por desertores de la propia Celtiberia llegó hasta el enemigo. Por informes de estos guías supo, cuando estaban a unas diez millas del enemigo, que había dos campamentos junto a la ruta que seguían; que los celtíberos, un ejército nuevo de más de nueve mil hombres, tenían su campamento a la izquierda, y los cartagineses el suyo a la derecha; que éste estaba adecuadamente defendido con puestos de guardia, con centinelas y con todas las medidas regulares de seguridad militar, y que en el otro había indisciplina y falta de precauciones como es propio de bárbaros y de novatos que estaban menos en guardia por el hecho de encontrarse en su propia tierra.

Silano consideró que había que atacar éste primero y ordenó dirigir la marcha hacia la izquierda lo más posible para evitar ser avistado desde algún puesto de guardia cartaginés. Envió por delante exploradores y él se dirigió directamente hacia el enemigo acelerando la marcha.

Estaban casi a tres millas y el enemigo no había detectado su presencia, pues el terreno era accidentado y les servían de cobertura unas colinas pobladas de arbustos. Allí, en un valle profundo y no visible por consiguiente, dio orden a sus hombres de hacer alto y tomar alimento. Entretanto llegaron los exploradores confirmando lo dicho por los desertores. Entonces los romanos depositan allí mis-

¹⁸⁹ Marco Junio Silano, pretor en 212 (XXVI 19, 10).

mo los bagajes, empuñan las armas y avanzan en formación de batalla. Estaban a una milla de distancia cuando el enemigo los avistó y comenzó inmediatamente la actividad; también acudió al galope desde su campamento Magón al iniciarse los gritos y el tumulto. En el ejército celtibérico había cuatro mil hombres armados con escudo largo y doscientos jinetes. Situó en primera línea esta legión regular —que venía a ser la fuerza principal—; el resto, infantería ligera, lo dejó de reserva. Cuando los sacaba del campamento formados en este orden y apenas habían cruzado la empalizada, los romanos lanzaron sobre ellos sus jabalinas. Los hispanos se agacharon ante los dardos disparados por el enemigo y después se reincorporaron para disparar a su vez; los romanos, en formación cerrada como de costumbre, recibieron los dardos juntando los escudos y después se inició el cuerpo a cuerpo combatiendo a espada. Pero lo accidentado del terreno hacía inútil la rapidez de los celtíberos, que suelen combatir a base de carreras sucesivas, mientras que para los romanos, habituados a combatir a pie firme, esta circunstancia no era desfavorable, con la salvedad de que la escasez de espacio y los arbustos que crecían aquí y allá rompían la continuidad de las filas y se veían obligados a combatir de uno en uno o de dos en dos, como en duelos por parejas. Precisamente lo que obstaculizaba la huida de los enemigos los dejaba expuestos al degüello como maniatados; muertos ya casi todos los celtíberos armados de escudo, eran abatidas y exterminadas las tropas ligeras y los cartagineses que habían venido a ayudar desde el otro campamento. No más allá de los dos mil hombres de infantería y toda la caballería huyeron con Magón apenas iniciado el combate. Hannón, el otro general, fue capturado vivo junto con los que habían llegado al final, cuando la batalla

estaba ya perdida. Casi toda la caballería y los veteranos 12 de infantería que habían seguido a Magón en su huida llegaron a los nueve días al lado de Asdrúbal ¹⁹⁰, a la circunscripción de Cádiz. Los reclutas celtíberos se dispersaron por los bosques vecinos y de allí huyeron a sus distintos lugares de residencia.

Tan oportuna victoria no sofocó la conflagración bélica 13 que se había desencadenado, es cierto, pero sí ahogó el germen de la guerra que habría sobrevenido si los cartagineses hubieran tenido la posibilidad de levantar en armas a otros pueblos después de sublevar a los celtíberos. Por 14 eso Escipión felicitó vivamente a Silano y, abrigando la esperanza de poner fin a la guerra si él mismo no lo frustraba por andar remiso, marchó contra Asdrúbal, al último confín de Hispania, que era lo que quedaba de la guerra. Precisamente entonces el cartaginés estaba acampado en la 15 Bética para asegurar la lealtad de los aliados; inmediatamente levantó el campamento y en lo que más parecía una huida que una marcha se dirigió a Cádiz, al borde del Océano. Considerando, por otra parte, que mientras mantuviese 16 juntas sus tropas constituiría un objetivo bélico, antes de cruzar la bahía hacia Cádiz distribuyó todo su ejército por distintas ciudades para defender las murallas con sus armas y para que las murallas a su vez les sirvieran de defensa.

Cuando Escipión cayó en la cuenta de 3 que la guerra se fragmentaba en diversos frentes y que llevar la ofensiva a cada una de las ciudades era una tarea no laboriosa pero sí larga, emprendió el camino de vuelta. Con todo, para no dejarle aquella zona al enemigo 2 envió a su hermano Lucio Escipión con diez mil hombres

*Toma
de Orongis*

¹⁹⁰ El de Gisgón.

de infantería y mil de caballería a atacar la ciudad más rica de aquella comarca —Orongis¹⁹¹ la llamaban los bárbaros—. Está situada en el territorio de los meseses, 3
rama de los bastetanos; su suelo es fértil; sus habitantes, además, tienen minas de plata. Había sido la fortaleza desde la que Asdrúbal hacía incursiones a los pueblos del interior. Escipión acampó cerca de la ciudad y antes de circunvalarla envió hombres a sus puertas para que entraran en conversación con sus habitantes, sondearan sus sentimientos y les aconsejaran que experimentasen la amistad 4
antes que la fuerza de los romanos. Como la respuesta no fue nada amistosa, rodeó la ciudad de foso y doble empalizada, y dividió el ejército en tres cuerpos, a fin de que hubiese siempre uno al ataque mientras dos descansaban. Cuando el primer cuerpo inició el ataque hubo 5
una lucha terrible pero de resultado incierto: no resultaba fácil acercarse a los muros ni aplicar escalas debido a los proyectiles que caían; incluso si alguien conseguía enganchar las escalas al muro era derribado con horcas construidas al efecto o, desde arriba, le echaban encima garfios de hierro de forma que corrían peligro de ser levantados 6
en vilo hasta lo alto del muro. Cuando Escipión se dio cuenta de que la lucha estaba igualada a pesar del reducido número de los suyos y que la ventaja del enemigo radicaba en estar combatiendo desde lo alto de la muralla, retiró la primera sección y atacó la ciudad con las otras dos simultáneamente. Esto provocó tal pánico entre los sitiados, 7
agotados ya de luchar contra los anteriores, que los habitantes de la plaza huyeron de repente abandonando las murallas, y la guarnición cartaginesa, temiendo que la ciudad 8
9

¹⁹¹ Podría tratarse de la Auringe de XXIV 42, 5, es decir, Aurgi (Jaén).

hubiese sido rendida a traición, abandonó sus puestos y se concentró en un solo punto.

Después, los habitantes cogieron miedo a que el enemigo, en caso de penetrar en la ciudad, degollase a mansalva a todo el que encontrase, cartaginés o hispano indiscriminadamente. Abriendo, pues, repentinamente la puerta, se echaron en masa fuera de la ciudad poniendo los escudos por delante por si les disparaban venablos desde lejos y mostrando desnudas las diestras para que se viera bien que habían arrojado las espadas. No se sabe con certeza si la distancia impidió captar bien esta circunstancia o si se sospechó una trampa; se cargó con saña contra los transfugas y fueron destrozados como si fuera una formación que presentaba batalla; y por aquella misma puerta se irrumpió violentamente en la ciudad. Mientras tanto, en otros puntos se destrozaban y echaban abajo las puertas con hachas y dolabras y, a medida que iban entrando los jinetes, se dirigían a galope a ocupar el foro, pues ésas eran las órdenes recibidas; a la caballería se había sumado también un cuerpo de triarios; los legionarios invadieron los restantes puntos de la ciudad. Se abstuvieron de saquear y de matar a los que encontraban, salvo si ofrecían resistencia armada. Fueron puestos bajo custodia todos los cartagineses y también los cerca de trescientos habitantes de la plaza que habían cerrado las puertas; a los demás les fue entregada la ciudad y devueltos sus bienes. En el asalto de aquella ciudad cayeron cerca de dos mil enemigos y no más de noventa romanos.

La toma de esta plaza por la fuerza alegró tanto a los que participaron en la acción como al general y al resto del ejército. Fue muy vistosa su llegada llevando ante sí una gran turba de prisioneros. Escipión felicitó a su hermano en los términos más elogiosos que le fue posible,

parangonando la toma de Orongis con la toma de Cartagena que él mismo había llevado a cabo, y como se echaba encima el invierno y no podía atacar Cádiz ni seguirle los pasos al ejército de Asdrúbal, fraccionado aquí y allá por la región, retiró todas sus tropas a la Hispania citerior. Mandó las legiones a los cuarteles de invierno, envió a Roma a su hermano Lucio Escipión con el general enemigo Hannón y los demás prisioneros nobles y él se retiró a Tarragona.

Aquel mismo año una flota romana mandada por el procónsul Marco Valerio Levino hizo la travesía desde Sicilia a África y devastó una gran extensión del territorio uticense y cartaginés. Se cogieron presas desde los límites de los cartagineses hasta el pie mismo de las murallas de Útica. Cuando retornaban a Sicilia se encontraron con una flota cartaginesa de setenta naves de guerra, diecisiete de las cuales fueron capturadas, cuatro echadas a pique y el resto dispersadas y puestas en fuga. Victorioso en tierra y mar, el romano se dirigió de nuevo a Lilibeo con gran cantidad de botín de todo tipo. Consiguientemente seguro el mar tras la dispersión de las naves enemigas, se enviaron a Roma grandes cargamentos de grano.

A principios del verano en que se desarrollaron estos acontecimientos, el procónsul Publio Sulpicio y el rey Átalo, que como antes se ha dicho habían pasado el invierno en Egina ¹⁹², unieron sus flotas, de veinticinco quinquerrems la romana y de treinta y cinco la del rey, y se trasladaron de allí a Lemnos. También

¹⁹² Retoma la narración bélica interrumpida en XXVII 33, 5.

Filipo bajó hacia el mar, a Demetriadé, para estar preparado frente a cualquier intento si era necesario salirle al paso al enemigo tanto por tierra como por mar, y señaló la fecha en que debía concentrarse el ejército en Larisa ¹⁹³. Ante la noticia de la llegada del rey acudieron de todas partes a Demetriadé delegaciones de sus aliados. Los etolios, en efecto, habían cobrado ánimos a partir de su alianza con los romanos y de la llegada de Átalo y se dedicaban a saquear a sus vecinos; estaban muy atemorizados no sólo los acarnanes y beocios y los habitantes de Eubea, sino los aqueos, a los que además de la guerra de los etolios amenazaba también Macánidas, el tirano lacedemonio, que había colocado su campamento no lejos de la frontera de los argivos. Todos éstos pedían ayuda al rey, exponiendo cada uno los peligros que amenazaban a su ciudad por tierra y por mar. Ni siquiera de su reino le llegaban noticias tranquilizadoras: por un lado, se habían levantado en armas Escerdiledo y Pléurato, y, por otro, los tracios, especialmente los medos, iban a invadir la zona macedónica más próxima, si el rey estaba absorbido por una guerra lejana. Por otra parte, los beocios y los pueblos del interior de Grecia informaron de que el desfiladero de las Termópilas, en el punto en que una angosta garganta estrecha la senda, había sido cortado por los etolios con foso y empalizada para impedir que Filipo pasara a defender las ciudades de sus aliados.

Tantos conflictos en torno suyo tenían la virtualidad de poner en acción incluso a un general indolente. Despidió a las delegaciones prometiéndoles que a medida que

¹⁹³ Conquistada probablemente en 210. Hay dos Larisa: la que constituía el principal centro de la Tesalia nororiental, en la región de la Pelagóside, y la Larisa Cremaste de la Ftiótide, al oeste de Antronas.

lo permitieran la ocasión y las circunstancias les prestaría
10 ayuda a todos. Como era lo que más urgía de momento,
envió a Pepareto ¹⁹⁴ una guarnición para la ciudad, de don-
de habían llegado noticias de que Átalo, después de cruzar
desde Lemnos con su flota, había arrasado todo el territo-
11 rio circundante. Envió a Beocia a Polifantes con un peque-
ño destacamento, y a Menipo, uno de los oficiales del pro-
pio rey, lo envió a la Cálcide con mil peltados —la *pel-*
12 *ta* no es muy diferente de la *caetra*—, añadiendo quinientos
agrianes ¹⁹⁵ para que pudiera defender todos los puntos
de la isla. Él marchó a Escotusa ¹⁹⁶, adonde ordenó que
13 se trasladasen desde Larisa las tropas macedónicas. Allí
le llegaron noticias de que había sido convocada una asam-
blea de etolios en Heraclea y que pensaba acudir Átalo
14 para discutir las directrices de la guerra. Para desbaratar
esta convención con su llegada por sorpresa se dirigió a
15 Heraclea ¹⁹⁷ a marchas aceleradas. Llegó cuando la asam-
blea se había disuelto; sin embargo, arruinó por completo
las cosechas, que estaban ya a punto de madurar, sobre
todo en el golfo de los enianes ¹⁹⁸, y retornó con sus tro-
pas a Escotusa. Allí dejó todo el ejército y se retiró a De-
16 metriade con la guardia real. De allí, para poder afrontar
cualquier movimiento del enemigo, envió hombres a la Fó-
cide, Eubea y Pepareto a que eligieran puntos elevados des-
de donde fueran bien visibles fogatas encendidas sobre ellos;

¹⁹⁴ Isla (y ciudad) del Egeo situada al sur de Magnesia.

¹⁹⁵ Tribu tracia que vivía al este de los dárdanos. Suministraba tropas auxiliares a los macedonios.

¹⁹⁶ En Tesalia, cerca de Cinoscéfalas.

¹⁹⁷ No lejos de las Termópilas por el Oeste.

¹⁹⁸ El golfo Maliaco. El pueblo de los enianes, perteneciente a la Liga Etolia, vivía al sur de Tesalia.

él mismo dispuso en el Tiseo ¹⁹⁹, monte cuya cima se ¹⁷ eleva a gran altura, un lugar de observación para captar al instante, por los fuegos encendidos a lo lejos, la indicación de dónde realizaban algún movimiento los enemigos.

El general romano y el rey Átalo se trasladaron de ¹⁸ Pepareto a Nicea ²⁰⁰; de allí enviaron la flota a Eubea, a la ciudad de Oreó ²⁰¹, que es la primera de las ciudades de Eubea situada a la izquierda yendo desde el golfo de Demetriadé a la Cálcide y el Euripo. Átalo y Sulpicio con- ¹⁹ vinieron que los romanos atacarían por mar y las fuerzas del rey desde tierra.

Cuatro días después de arribar la flota iniciaron el ⁶ ataque a la ciudad. Habían dedicado ese tiempo a entrevistas secretas con Plátor, puesto por Filipo al mando de la ciudad. Tiene ésta dos ciudadelas, una que domina el mar ² y la otra en el centro de la población; una galería conduce desde ésta al mar, cuyo acceso está bloqueado por una torre de cinco pisos, un notable elemento defensivo. Aquí se ³ entabló un encarnizado combate, pues la torre estaba equipada con toda clase de armas arrojadizas, y por otra parte, para atacarla, se habían desembarcado de las naves ballestas y máquinas de asedio. Mientras los ojos y la aten- ⁴ ción de todos se centraban en aquella lucha, Plátor dejó entrar a los romanos por la puerta de la ciudadela que daba al mar, y en un instante la ciudadela fue ocupada. Desalojados de allí, los defensores corrieron hacia el centro de la ciudad, hacia la otra ciudadela, pero allí había ⁵ hombres apostados para impedir el movimiento de los ba-

¹⁹⁹ Monte situado en el extremo sur de Magnesia.

²⁰⁰ A cerca de cuatro Kms. de las Termópilas por el Este, entre el desfiladero y Tronio.

²⁰¹ En la costa norte de Eubea. Su antiguo nombre era *Histiaea*.

tientes de la puerta. Atrapados de esta forma, fueron muertos o hechos prisioneros. La guarnición macedónica se mantuvo apelotonada al pie de la muralla de la ciudadela sin huir en desbandada ni ofrecer una resistencia demasiado tenaz. Plátor, con el consentimiento de Sulpicio, los metió en las naves y los desembarcó en Demetrio²⁰², en la Ftiótide; él se retiró al lado de Átalo.

Con la moral alta por una victoria tan fácil en Oreó, Sulpicio se dirigió en seguida con la flota victoriosa a Cálcede, donde los resultados no respondieron en modo alguno a lo que esperaba. El mar, abierto por ambos lados, pasa a estrecharse presentando a primera vista la apariencia de un doble puerto con entrada en las dos direcciones, pero difícilmente habrá un fondeadero más peligroso para una flota. En efecto, desde los altos montes de ambas orillas se abaten inesperadamente vientos borrascosos, y además en el propio estrecho del Euripo no sube y baja la marea en períodos regulares siete veces al día, como se dice, sino que, en el mar revuelto y como un torrente que se precipita desde una montaña escarpada, cambia de modo irregular en una u otra dirección, a merced del viento. De esta forma, las naves no tienen reposo ni de día ni de noche. La flota fondeó en tan peligrosas aguas y por otra parte se mostró firme e inexpugnable la ciudad, a un lado defendida por el mar, y a otro, el de tierra, muy bien fortificada y protegida por una fuerte guarnición y por la lealtad de sus jefes militares y civiles, lealtad que en Oreó no había sido constante ni consistente. Dado lo temerario de la acción emprendida, el romano actuó con sensatez, porque en vista de las dificultades desistió en seguida del empeño para no perder el tiempo inútilmente, y de allí se trasladó

²⁰² A cuatro Kms. de la Tebas de Ftiótide. Era el puerto de Pirasos.

con la flota a Cino, en la Lócride, que es el emporio de la ciudad de Opunte ²⁰³, situada a una milla del mar.

*Filipo
se retira
al Peloponeso,
asiste
a la reunión
de los aqueos
y vuelve
a Macedonia*

Las fogatas encendidas en Oreó habían ⁷ advertido a Filippo, pero debido a la traición de Plátor habían aparecido demasiado tarde en la atalaya, aparte de que el acceso a la isla no era cosa fácil para su flota, inferior entonces en fuerzas. Debido al retraso, abandonó la empresa ² y en cuanto recibió una señal se puso prontamente en marcha para ayudar a Cálcide, pues aunque ésta es una ciudad de la misma isla, sin embargo está separada por un estrecho tan angosto que se comunica con el continente a través de un puente y se accede a ella más fácilmente por tierra que por mar. Filippo, pues, marchó ³ de Demetríade a Escotusa, de donde partió al tercer relevo de la guardia, desalojó a la guarnición y derrotó a los etolios que ocupaban el desfiladero de las Termópilas, haciendo huir al enemigo en tropel hasta Heraclea, y en un solo día llegó a Elacia ²⁰⁴, en la Fócide, a más de sesenta millas de allí. En torno a la misma fecha la ciudad de los opuncios era tomada y saqueada por el rey Átalo; Sulpicio se la había dejado al rey como botín porque pocos días antes los soldados romanos habían saqueado Oreó sin que los del rey participasen. La flota romana se había retirado a ⁵ Oreó, y Átalo, ignorante de la llegada de Filippo, mataba el tiempo recabando dinero de los notables; la llegada fue ⁶ tan inesperada que de no haber avistado a lo lejos a la

²⁰³ A poco más de treinta Kms. al este de Elacia. Su puerto, Cino, estaba a unos doce Kms. al Oeste.

²⁰⁴ Esta importante ciudad de la Fócide dominaba las vías de comunicación entre Macedonia y Tesalia por el valle del Peneo.

columna enemiga unos cretenses que casualmente se habían alejado de la ciudad para buscar forraje, podía haber sido aplastado. Sin armas y en desorden huyó Átalo en desbandada hacia el mar, a las naves, y cuando estaban echando al agua las naves se presentó Filipo e incluso desde tierra sembró el desconcierto entre la marinería. De allí retornó a Opunte, quejándose amargamente contra los dioses y los hombres por haber perdido la oportunidad de tan importante triunfo, que se le había escapado casi ante sus propios ojos. Irritado por este motivo, increpó también a los opuncios porque, pudiendo resistir el asedio hasta su llegada, se habían entregado casi espontáneamente nada más ver al enemigo.

Normalizada la situación en Opunte, salió para Tronio²⁰⁵. Átalo se retiró primeramente a Oreos; a continuación, al llegarle noticias de que Prusias, rey de Bitinia, había invadido las fronteras de su reino, se desentendió de los intereses romanos y de la guerra etolia y se trasladó a Asia. También Sulpicio se retiró con su flota a Egina, de donde había salido al comienzo de la primavera. A Filipo no le costó más trabajo tomar Tronio que a Átalo tomar Opunte. Habitaban aquella ciudad refugiados de la Tebas de Ftiótide²⁰⁶; al ser tomada por Filipo su ciudad, se habían puesto bajo la protección de los etolios y éstos les habían asignado como lugar de residencia aquella ciudad devastada y despoblada durante la anterior guerra con el propio Filipo. Una vez recuperada Tronio, como se ha dicho hace poco, emprendió la marcha y tomó Titronio

²⁰⁵ En la Lócride, al sur de Nicea.

²⁰⁶ En Acaya, a tres Kms. del *sinus Pegasaeus*. De Ftiótide, para distinguirla de la capital de Beocia. Conquistada en 217 por Filipo, la paz de Tempe la devolvió a los etolios. Tras la derrota de Antíoco fue adscrita a Tesalia.

y Drumias, pequeñas y oscuras poblaciones de la Dóride. De allí marchó a Elacia, donde tenían instrucciones de esperarle ²⁰⁷ los embajadores de Tolomeo y de los rodios. Cuando se estaba discutiendo allí acerca de cómo poner ¹⁴ fin a la guerra etolia —pues los embajadores habían participado hacía poco en la asamblea de romanos y etolios en Heraclea— llegó la noticia de que Macánidas había decidido atacar a los eleos mientras preparaban la celebración de los Juegos Olímpicos. Pensó que era preciso conjurar ¹⁵ este peligro; despidió a los embajadores con una respuesta amistosa —él no había provocado aquella guerra ni pondría obstáculos a la paz siempre que fuera en condiciones ¹⁶ justas y honrosas—, partió con tropas ligeras, bajó a Mégara ²⁰⁸ atravesando Beocia y de allí a Corinto, de donde marchó a Fliunte y Feneo ²⁰⁹ después de abastecerse de provisiones. Cuando ya había llegado a Herea ²¹⁰, al oír ¹⁷ que Macánidas se había refugiado en Lacedemonia asustado por la noticia de su llegada, se dirigió a Egio, a la asamblea de los aqueos, convencido además de que encontraría allí a la flota cartaginesa que había reclamado para contar también con alguna fuerza por mar. Pocos días antes ¹⁸ los cartagineses habían zarpado de allí hacia las Oxeas ²¹¹, y después, al enterarse de que Átalo y los romanos habían abandonado Oreó, se habían dirigido a los puertos acarnanios por temor a ser atacados y aplastados en Ríon ²¹², que es la entrada del golfo de Corinto.

²⁰⁷ Cf. XXVII 30, 4.

²⁰⁸ Miembro de la Liga Aquea desde 243.

²⁰⁹ Fliunte, en la Argólida al suroeste de Sición. Feneo, más al oeste, en la Arcadia, junto al monte Cilene.

²¹⁰ En la Arcadia oeste junto al río Alfeo.

²¹¹ Pequeñas islas junto a la desembocadura del Aqueloo.

²¹² En el lado sur. Enfrente, en la orilla etolia, Antiríon.

- 8 Filippo estaba disgustado y atormentado porque a pesar de la rapidez con que había acudido a todas partes no había llegado a tiempo a ninguna, y la fortuna, arrebatándose todo delante de los ojos, había frustrado su celebridad. Con todo, en la asamblea disimuló su disgusto y habló con optimismo, poniendo por testigos a los dioses y los hombres de que en ningún momento ni lugar había dejado de acudir con la mayor rapidez posible allí donde hubiese ruido de armas enemigas; pero era difícil determinar si en el desarrollo de la guerra había sido más audaz él o más pronto en huir el enemigo. Así se le habían escapado Átalo de Opunte y Sulpicio de la Cálcide, y así se le había ido de las manos Macánidas aquellos mismos días.
- 4 Pero no siempre consigue la huida su objetivo, ni hay que considerar difícil una guerra en la que basta con entrar en contacto con el enemigo para vencer. Lo más importante era que él tenía el reconocimiento por parte del enemigo de su manifiesta inferioridad; en breve tendría una victoria indudable, y ellos no iban a obtener unos resultados mejores de los que podían esperar combatiendo contra él.
- 6 Los aliados escucharon con gusto al rey. A continuación les devolvió a los aqueos Herea y Trifulia ²¹³, mientras que Alifera ²¹⁴ se la restituyó a los megalopolitas porque presentaban pruebas suficientes de que había pertenecido a su territorio. Después, con las naves que le proporcionaron los aqueos —se trataba de tres cuatrirremes y otras tantas birremes—, pasó a Antícira ²¹⁵. De allí, con siete quinquerremes y más de veinte embarcaciones li-

²¹³ Denominación general de la región situada al oeste del Peloponeso entre el Alfeo y el Neda. Ocupada por Filippo en 219/218.

²¹⁴ Situada al sur de Herea, tomada también por Filippo a los eleos en la misma fecha.

²¹⁵ De la Lócride.

geras que había enviado al golfo de Corinto para incorporarlas a la flota cartaginesa, marchó a Erutras ²¹⁶, que está cerca de Eupalio, en Etolia, y desembarcó. No engañó a 9 los etolios: toda la gente del campo y los poblados cercanos de Potidania ²¹⁷ y Apolonia huyó a los bosques y a los montes; el ganado que con las prisas no habían podido 10 llevarse fue cogido y metido en las naves. Envió a Nicias, pretor de los aqueos, con el ganado y el resto del botín a Egio, él se dirigió a Corinto y de allí hizo conducir por tierra a través de Beocia a las tropas de a pie mientras 11 él, zarpando en Céncreas ²¹⁸ y bordeando la costa ática, rebasó el Sunio y llegó a Cálcide casi por entre las flotas enemigas. Elogió su lealtad y su valor porque ni el temor 12 ni la esperanza habían doblegado su voluntad, y animándolos a mantenerse en el futuro dentro de la alianza con la misma constancia si preferían su suerte a la de los oritanos y opuncios, se trasladó en barco de Cálcide a Oreó; 13 confió el gobierno y la defensa de la ciudad a los notables que habían preferido huir antes que entregarse a los romanos una vez tomada la ciudad, y cruzó de Eubea a Demetriade, de donde había salido inicialmente para ayudar a sus aliados. Luego, una vez carenadas en Casandrea ²¹⁹ 14 cien naves, tarea para cuya finalización hizo venir a un elevado número de obreros navales, como la situación en Grecia estaba tranquila debido a la marcha de Átalo y a que él había prestado ayuda en el momento oportuno a

²¹⁶ Puerto de mar perteneciente en esta época a los etolios. Eupalio quedaba hacia el Norte en el interior.

²¹⁷ Al noroeste de Erutras y Antícira, en el curso alto del Dafno. Esta Apolonia era una posición fortificada próxima a Potidania.

²¹⁸ El puerto de Corinto.

²¹⁹ Nombre que recibió Potidea a raíz de su refundación por Casandro en 316. En la orilla oriental del golfo Termaico.

que en consideración a su valiente y afortunada dirección de los intereses del Estado se tributasen honores a los dioses inmortales y a ellos se les concediera la entrada triunfal en Roma; los senadores respondieron que efectivamente con- 8 cedían lo solicitado porque así lo merecían, primero los dioses, y después de los dioses, los cónsules. Una vez 9 decretada una acción de gracias pública en nombre de los dos y el triunfo de ambos, ellos, a fin de no ir separados en el triunfo después de haber actuado al unísono en la guerra, llegaron al siguiente acuerdo: puesto que la acción 10 había tenido lugar en la provincia de Marco Livio y era éste quien había tomado los auspicios el día en que se iba a dar la batalla, y como, por otra parte, el ejército de Livio había vuelto a Roma, mientras que el de Nerón no había podido salir de la provincia, Marco Livio debía entrar en la ciudad en cuadriga seguido de sus tropas, y Gayo Claudio, a caballo sin soldados.

El triunfo así compartido redundó en mayor gloria 11 de los dos, pero sobre todo de quien había cedido en honor a su colega tanto como lo sobrepasaba en méritos. El que iba a caballo, decía la gente, había recorrido Italia 12 de punta a punta en un espacio de seis días y se había enfrentado en el campo de batalla con Asdrúbal en la Galia el mismo día en que Aníbal lo creía en Apulia acampado frente a él; así, un solo cónsul, en los dos extremos 13 de Italia, se había enfrentado a dos ejércitos y dos generales, con su ingenio contra uno y con su propia persona contra el otro; el nombre de Nerón había bastado para 14 mantener a Aníbal en su campamento, y en cuanto a Asdrúbal, ¿qué otra cosa más que su llegada lo había hundi- 15 do y destruido?; por consiguiente, ya podía el otro cónsul marchar bien erguido en un carro tirado por muchos caballos si quería: el verdadero triunfador avanzaba por la ciu-

dad llevado por un solo caballo, e incluso marchando a pie Nerón sería recordado por la gloria conquistada en aquella guerra y desdeñada en aquel triunfo. Estos comentarios de los espectadores siguieron a Nerón hasta el Capitolio. En dinero, ingresaron en el tesoro público tres millones de sestercios y ochenta mil ases. Marco Livio repartió entre los soldados cincuenta y seis ases por cabeza, y otros tantos prometió dar Gayo Claudio a sus hombres ausentes cuando volviese al frente. Se cuenta que aquel día la tropa en sus chanzas dirigió más obscenidades a Gayo Claudio que a su propio cónsul, que los soldados de caballería elogiaron muy vivamente a los legados Lucio Veturio y Quinto Cecilio y animaron a la plebe a elegirlos cónsules para el año siguiente²²¹, y que a esta tendencia de voto preliminar de los jinetes sumaron los cónsules su autoridad en la asamblea del día siguiente poniendo de relieve la valiente y leal colaboración que habían tenido sobre todo de parte de los dos legados.

Como se aproximaba la fecha de los comicios y se había acordado que los presidiese un dictador, el cónsul Gayo Claudio nombró dictador a su colega Marco Livio y éste nombró jefe de la caballería a Quinto Cecilio. El dictador proclamó cónsules a Lucio Veturio y a Quinto Cecilio, el mismo que entonces era jefe de la caballería. Se celebraron después las elecciones de pretores; fueron elegidos Gayo Servilio²²², Marco Cecilio Metelo, Tiberio Claudio Aselo y Quinto Mamilio Turrino, que entonces era edil de la plebe. Finalizados los comicios, el dictador dejó el cargo y licenció al ejército, y en virtud de un decreto del senado marchó a Etruria para hacer una investiga-

²²¹ El 206 a. C.

²²² Gémino, el cónsul de 203.

ción acerca de cuáles eran los pueblos etruscos y umbros que a raíz de la llegada de Asdrúbal habían planeado abandonar a los romanos y pasarse a él, y cuáles los que le habían ayudado con hombres, provisiones o cualquier otro tipo de colaboración. Éstos fueron los acontecimientos 6 civiles y militares de aquel año.

Los Juegos Romanos fueron reinaugurados tres veces por los ediles curules Gneo Servilio Cepión y Servio Cornelio Léntulo; también los Juegos Plebeyos fueron repeti- 7 dos una vez, por los ediles de la plebe Marco Pomponio Matón y Quinto Mamilio Turrino.

El año decimotercero de la guerra púnica, siendo cón- 8 sules Lucio Veturio Filón y Quinto Cecilio Metelo, les fue asignada a ambos la provincia del Brucio para que dirigieran las operaciones bélicas frente a Aníbal. A continua- 9 ción se hizo el sorteo de las preturas, correspondiendo la urbana a Marco Cecilio Metelo, la de extranjeros a Quinto Mamilio, Sicilia a Gayo Servilio y Cerdeña a Tiberio Claudio. Los ejércitos se distribuyeron como sigue: a uno de 10 los cónsules el que había mandado Gayo Claudio, el cónsul del año anterior, y al otro el que había mandado el propretor Quinto Claudio, formados ambos por dos legiones; en Etruria el procónsul Marco Livio, cuyo mando 11 había sido prorrogado por un año, se haría cargo de las dos legiones de esclavos voluntarios del propretor Gayo Terencio; se decretó que Quinto Mamilio dejara su juris- 12 dicción a su colega ²²³ y ocupara la Galia con el ejército que había mandado el pretor Lucio Porcio, dándosele instrucciones de devastar las tierras de los galos que se habían pasado a los cartagineses a la llegada de Asdrúbal. La 13 defensa de Sicilia con las dos legiones de Cannas le fue

²²³ Al pretor urbano.

confiada a Gayo Servilio, igual que antes a Gayo Mamilio.

- 14 El antiguo ejército que había mandado Aulo Hostilio fue retirado de Cerdeña, y los cónsules alistaron una nueva
15 legión para que la trasladase allí Tiberio Claudio. Se les prorrogó el mando por un año para que se hiciesen cargo Quinto Claudio de Tarento y Gayo Hostilio Túbulo de Capua. El procónsul Marco Valerio, que había estado al frente de la defensa de las costas de Sicilia, recibió orden de entregar treinta naves al pretor Gayo Servilio y regresar a Roma con el resto de la flota.

- 11 Como la población, en su inquietud ante tan críticos momentos de la guerra, atribuía a los dioses la causalidad de todos los acontecimientos favorables y adversos, circulaban noticias de numerosos

*Prodigios.
Medidas para la
agricultura.
Elogio de
Aníbal*

- 2 prodigios. En Tarracina había sido alcanzado por el rayo el templo de Júpiter, y en Sátrico el de Mater Matuta; no menos atemorizados tenían a los satricanos dos serpientes que se habían deslizado dentro del templo de Júpiter por la puerta misma; de Ancio llegaron noticias de que a unos segadores les habían parecido ensangrentadas algunas espigas; en Cere había nacido un cerdo con dos cabezas y un cordero macho y hembra a la vez; también se decía que en Alba se habían visto dos soles y que en Fregelas
4 había resurgido la claridad durante la noche; decían también que había hablado un buey en el campo romano y que el altar de Neptuno en el Circo Flaminio había trasudado en abundancia, y que los templos de Ceres, de la Salud y de Quirino habían sido alcanzados por rayos.
5 Se encargó a los cónsules que expiaran los prodigios con víctimas mayores y celebraran un día de rogativas. Todo ello se llevó a cabo, en virtud de un decreto del senado.
6 Más que todos los prodigios anunciados de fuera o vistos

en la ciudad, atemorizó a las gentes el hecho de que se apagara el fuego del templo de Vesta, y por orden del pontífice Publio Licinio fue azotada la vestal que había estado de guardia aquella noche. Aunque esta circunstancia se 7 había debido no a una admonición de los dioses sino a un descuido humano, se acordó, no obstante, hacer una expiación con víctimas mayores y una rogativa en el templo de Vesta.

Antes de partir para el frente, los cónsules recibieron 8 del senado la encomienda de ocuparse de que la gente retornase a los campos: por la bondad de los dioses se había alejado la guerra de la ciudad de Roma y del Lacio, y se podía vivir en el campo sin temor; no era razonable en absoluto ocuparse del cultivo de Sicilia más que del de Italia. Pero la cosa no era tan fácil para la población, 9 dado que la guerra se había llevado a los agricultores libres y los esclavos escaseaban, y que el ganado había sido saqueado y las granjas destruidas o incendiadas; a pesar de todo, un buen número, impulsados por la autoridad de los cónsules, retornaron de nuevo a los campos. Se había 10 suscitado esta cuestión porque una delegación de los placentinos y cremonenses se quejaban de que sus vecinos galos invadían y devastaban su territorio, y que gran parte de sus colonos habían sido dispersados y en esos momentos sus ciudades estaban despobladas y sus campos devastados y abandonados. Se encargó al pretor Mamilio proteger 11 las colonias contra el enemigo; los cónsules, en cumplimiento de un decreto del senado, hicieron pública la orden de que los ciudadanos cremonenses y placentinos regresasen a sus colonias antes de una fecha determinada.

Después, a comienzos de la primavera, partieron también ellos para la guerra. Quinto Cecilio se hizo cargo 12 del ejército de Gayo Nerón, y Lucio Veturio recibió el del

propretor Quinto Claudio, completándolo con los nuevos
13 soldados que él mismo había reclutado. Los cónsules
marcharon sobre el territorio consentino ²²⁴ al frente de
sus ejércitos, saqueándolo a lo largo y ancho; cuando las
tropas estaban ya cargadas de botín, brucios y tiradores
númidas sembraron el desconcierto entre ellos en un paso
14 estrecho, hasta el punto de que corrió peligro el botín
e incluso los hombres. Fue mayor, sin embargo, la alarma
que la lucha efectiva, y las legiones, después de mandar
por delante el botín, salieron sanas y salvas a zona cultiva-
15 da. De allí marcharon a la Lucania, donde todos los pue-
blos, sin ofrecer resistencia armada, retornaron al dominio
de Roma.

12 Durante aquel año no se desarrolló ninguna acción
contra Aníbal, pues ni él presentó batalla al estar aún tan
reciente la herida sufrida por su país y por él en particular,
ni los romanos lo hostigaron en su inactividad: tal era la
fuerza que atribuían a aquel general único, aunque todo
2 se derrumbara en torno a él. Y no sé si fue más admi-
3 rable en la adversidad que en el éxito, él, que en tierra
enemiga, durante trece años, tan lejos de su patria, con
suerte diversa hacía la guerra con un ejército no de su pro-
pia nación, sino formado por un conglomerado de todo
tipo de pueblos que no tenían ni leyes, ni costumbres, ni
4 una lengua común, sino aspecto diferente, indumentaria,
armas, ritos, religiones, casi dioses diferentes, fundidos en-
tre sí por una especie de vínculo único de tal forma que
no estalló ninguna sedición ni entre ellos ni contra su gene-
5 ral a pesar de que a menudo faltaba dinero para la paga
y abastecimiento en territorio enemigo, falta por la que
en la guerra púnica anterior se habían cometido muchas

²²⁴ De Consencia; cf. XXIII 30, 5.

atrocidades entre los jefes y la tropa. Realmente, tras la 6 destrucción del ejército de Asdrúbal y del propio general, en los que se cifraba la única esperanza de vencer, y tras la retirada a los últimos confines del Brucio renunciando al resto de Italia, ¿a quién no le parece sorprendente que no se produjera motín alguno en el campamento? Efecti- 7 vamente, a las demás circunstancias se había sumado también el hecho de que ni siquiera para alimentar al ejército había otra perspectiva que el territorio del Brucio, y aunque se cultivase éste en su totalidad, resultaba escaso para alimentar a un ejército tan numeroso; entonces una gran 8 parte de la juventud había sido detraída del cultivo de los campos y se dedicaba a la guerra, y aquellas gentes tenían innata la mala costumbre de hacer la guerra saqueando. Tampoco se le hacía ningún envío desde su patria, pre- 9 ocupada por conservar Hispania, como si en Italia marchase todo bien.

*La guerra en
Hispania*

En Hispania las cosas corrían una suer- 10 te en parte idéntica y en parte muy diferente. Idéntica, porque los cartagineses, vencidos en batalla y perdido un general, habían sido rechazados a la costa his- pana más alejada, junto al Océano; diferente, en cambio, 11 porque Hispania, debido a la naturaleza del terreno y a la manera de ser de los hombres, era más apropiada no ya que Italia, sino que cualquier otra parte del mundo para un relanzamiento de la guerra. Por esa razón, siendo la 12 primera provincia en que penetraron los romanos —de las que pertenecen al continente, claro está—, fue la última de todas en ser sometida, y sólo en nuestra época, bajo el mando y los auspicios de Augusto César ²²⁵. Allí en- 13

²²⁵ Dato que se suele aducir al establecer la fecha de la composición

tonces Asdrúbal el de Gisgón, el general más grande y brillante de aquella guerra después de los Barca, regresó de Cádiz con esperanzas de reemprender la acción armada, y con la ayuda de Magón, el hijo de Amílcar, hizo una leva en la Hispania ulterior y armó cerca de cincuenta mil soldados de infantería y cuatro mil quinientos de a caballo.

14 En lo referente a la cifra de jinetes, prácticamente hay acuerdo entre los historiadores; en cuanto a la infantería, algunos escriben que se concentraron cerca de setenta mil
15 hombres en la ciudad de Silpia²²⁶. Aquí, dominando unas llanuras abiertas, tomaron posiciones los dos generales cartagineses, decididos a no rehuir el combate.

13 Cuando le llegaron noticias de la formación de un ejército tan numeroso, Escipión pensó que con las legiones romanas no iba a poder igualar tales fuerzas si no les enfrentaba, al menos aparentemente, tropas auxiliares bárbaras, pero que por otra parte no debía dar a estas últimas tanta consistencia que fuesen a tener una gran trascendencia en caso de pasarse al enemigo, cosa que había
3 significado la derrota de su padre y de su tío. Envío por delante a Silano ante Culca, que reinaba en veintiocho poblaciones, para que le hiciera entrega de los soldados de a pie y de a caballo que se había comprometido a reclutar
4 durante el invierno; él salió de Tarragona, y después de recoger los pequeños contingentes de tropas entregados por los aliados que habitaban cerca de la carretera, sin detenerse, llegó a Cástulo. Allí le llevó Silano las tropas auxiliares, tres mil soldados de infantería y quinientos de caba-

del libro XXVIII, puesto que con Agripa se dio por finalizada la conquista el 19 a. C.

²²⁶ La batalla de Silpia o Ilipa (Alcalá del Río), que Livio sitúa en el año 206, suele ser referida al 207.

llería. Desde allí avanzó hacia la ciudad de Bécula con todo su ejército, cuarenta y cinco mil hombres entre romanos y aliados, infantería y caballería. Cuando estaban asentando el campamento los atacaron Magón y Masinisa con toda su caballería, y habrían interrumpido los trabajos de fortificación de no haberlos atacado a ellos por sorpresa cuando estaban dispersos unos jinetes que Escipión había ocultado detrás de una colina muy oportunamente situada al efecto. Éstos, nada más iniciarse el combate, abatieron a los más decididos y a los que más se habían acercado a la empalizada y lanzado contra los propios zapadores. Con los demás, que habían avanzado bajo las enseñas y en ordenada formación, la lucha fue más larga e incierta durante mucho tiempo. Pero cuando llegaron primero cohortes ligeras desde los puestos de guardia y después soldados retirados de los trabajos de fortificación a los que se había ordenado empuñar las armas para sustituir, frescos y cada vez más numerosos, a los que estaban agotados, y cuando desde el campamento corrió al combate un contingente muy grande ya de hombres armados, los cartagineses y númeridas emprendieron una franca huida. Al principio se retiraban ordenadamente, sin que el miedo o la precipitación descompusiera en absoluto sus filas; después, a medida que los romanos caían con mayor contundencia sobre los últimos y no era posible resistir la carga, no pensaron ya en la formación y se dispersaron huyendo cada uno por el camino más corto. A pesar de que aquel combate fortaleció bastante la moral de los romanos y debilitó la del enemigo, con todo, en ningún momento se interrumpieron las incursiones de la caballería y las tropas ligeras durante varios días más.

- 14 Una vez tanteadas suficientemente las
 Batalla fuerzas en estas escaramuzas, sacó prime-
 de Silpia, ro Asdrúbal sus tropas en orden de bata-
 con victoria de lla, y a continuación se alinearon tam-
 Escipión bién los romanos; pero los dos ejércitos
 2 permanecieron formados delante de la empalizada, y como
 ni uno ni otro iniciaba el combate, cuando el día ya decli-
 naba retiraron sus tropas al campamento, primero el car-
 3 taginés y después el romano. Esto mismo se repitió du-
 rante varios días. Siempre era el cartaginés el primero en
 sacar sus tropas del campamento, y el primero en dar la
 señal de retirada a los hombres cansados de estar a pie
 firme; por ninguna de las dos partes se hacía un movi-
 miento hacia adelante ni se lanzaba un dardo o se daba
 4 un grito. El centro de la formación lo ocupaban en un
 frente los romanos y en el otro los cartagineses mezclados
 con los africanos; las alas las ocupaban los aliados, que
 eran hispanos en ambos bandos; delante de las alas de la
 formación cartaginesa, desde lejos, los elefantes parecían
 5 fortalezas. En ambos campamentos se hablaba ya de que
 combatirían tal como se habían alineado, que se enfrenta-
 rían los centros de las formaciones, los romanos y los car-
 tagineses, en los que estaban las razones de la guerra, con
 6 igual fuerza de ánimo y de armas. Cuando Escipión se
 dio cuenta de que había esta firme creencia, deliberada-
 mente cambió todo su plan para el día en que iba a dar
 7 la batalla. Por la tarde hizo circular por el campamento
 la orden de que antes del amanecer estuviesen preparados
 y alimentados hombres y caballos, que los jinetes, arma-
 dos, tuviesen embridados y ensillados ²²⁷ los caballos.
 8 Apenas hubo clareado el día, lanzó toda la caballería

²²⁷ No debe entenderse el término en su sentido estricto.

y la infantería ligera contra los puestos de vanguardia cartagineses; a continuación avanzó él rápidamente con la infantería pesada de las legiones reforzando las alas con 9 soldados romanos y colocando a los aliados en el centro, contrariamente al convencimiento que tenían tanto sus hombres como el enemigo. Cuando Asdrúbal, alertado por el 10 grito de guerra de la caballería, saltó fuera de su tienda y vio el tumulto delante de la empalizada y la agitación de sus hombres, y a distancia el brillar de las enseñas de las legiones y la llanura cubierta de enemigos, inmediatamente lanzó toda su caballería contra los jinetes; él salió 11 del campamento con las fuerzas de infantería y no cambió en nada el orden habitual de la formación de combate. La batalla de la infantería se mantenía indecisa desde 12 hacía ya tiempo y no podía resolverse por sí sola porque si eran rechazados, cosa que ocurría casi por turnos, tenían refugio seguro entre las líneas de infantería. Pero 13 cuando no había más de quinientos pasos de distancia entre los frentes mandó Escipión tocar a retirada y, abriendo las filas, dejó pasar por el centro a toda la caballería y las tropas ligeras, que repartió en dos grupos y colocó como reserva detrás de las alas. Después, llegado ya el 14 momento de iniciar la batalla, dio orden de avanzar a paso lento a los hispanos, que constituían el centro de la formación; desde el ala derecha —pues allí tenía el mando él 15 personalmente— mandó aviso a Silano y Marcio para que extendiesen hacia la izquierda su ala en la forma en que viesan que él se escoraba hacia la derecha, y que entraran 16 en combate con la infantería ligera y la caballería antes de que los centros pudieran encontrarse. Desplegadas así 17 las alas con tres cohortes de infantería y tres escuadrones de caballería cada una además de los vélites, avanzaban con rapidez hacia el enemigo siguiéndoles los demás en dia-

18 gonal; la línea era cóncava en el centro, donde las enseñas de los hispanos se desplazaban más lentamente.

19 Se había producido ya el choque entre las alas cuando el núcleo de la formación enemiga, los veteranos cartagineses y africanos, no estaban aún a tiro de dardo y no se atrevían a correr en ayuda de los combatientes de las alas para no abrir el centro al enemigo que venía de frente; 20 sus alas eran objeto de un doble acoso: la caballería y las tropas ligeras y los vélites las habían rodeado y las atacaban de flanco, y de frente las presionaban las cohortes para aislarlas del resto de la formación.

15 La lucha era desigual en todas partes, sobre todo porque la masa de baleares y reclutas hispanos se enfrentaba 2 a soldados romanos y latinos. Además, a medida que avanzaba el día comenzaron a fallarles las fuerzas a las tropas de Asdrúbal, cogidas por sorpresa en el ataque matutino y forzadas a salir precipitadamente al campo de batalla 3 antes de coger fuerzas tomando alimento. Precisamente por eso Escipión había ido dejando que transcurriera el día, para que se demorase la batalla; era, en efecto, la hora séptima cuando por fin las enseñas de la infantería se lan- 4 zaron contra las alas; la lucha llegó al centro bastante más tarde, de suerte que el calor sofocante del sol de mediodía y el cansancio de mantenerse en pie bajo las armas, y al mismo tiempo el hambre y la sed agotaron sus fuerzas antes 5 de entrar en acción con el enemigo. Por eso se mantenían en pie apoyándose en los escudos. Aparte de esto, los elefantes, espantados por la forma desordenada de combatir de la caballería y de los vélites y las tropas ligeras, se habían 6 desplazado desde las alas hacia el centro. Agotados, pues, física y anímicamente, retrocedieron, manteniendo sin embargo las filas como si se replegara el ejército entero a una orden del general.

Pero como los que iban venciendo cargaban desde todas 7 partes con mayor violencia precisamente porque eran conscientes de su ventaja, y como no resultaba fácil resistir su empuje a pesar de que Asdrúbal trataba de contener 8 a los que retrocedían poniéndose delante y diciéndoles a gritos que a su espalda había unas colinas, un refugio seguro si se replegaban ordenadamente, fue superior sin embargo el miedo a la vergüenza, y al caer los más cercanos al enemigo, volvieron la espalda inmediatamente y emprendieron todos la huida. Primero comenzaron a pararse las 10 enseñas al pie de las colinas llamando de nuevo a los soldados a las filas, ya que los romanos dudaban en subir con sus tropas colina arriba; después, cuando vieron que las enseñas avanzaban sin vacilar reemprendieron la huida y fueron rechazados, despavoridos, hasta el campamento. Los romanos no estaban lejos de la empalizada y en semejante acometida habrían tomado el campamento de no ser porque, tras un sol abrasador como el que brilla entre 11 nubes cargadas de lluvia, cayó un aguacero tan fuerte que los vencedores se retiraron con dificultad a su propio campamento, sintiendo algunos además escrúpulos religiosos en intentar ninguna otra cosa durante aquel día. Aunque 12 la noche y la lluvia invitaban a los cartagineses agotados por el esfuerzo y las heridas a un descanso que necesitaban, sin embargo, como el miedo y el peligro no les dejaban 13 lugar para la inactividad ante la perspectiva de que el enemigo atacase el campamento al amanecer, reforzaron el atrincheramiento con piedras recogidas por todo el contorno en los valles cercanos, dispuestos a defenderse con la fortificación si en las armas tenían una defensa insuficiente. Pero la desertión de sus aliados hizo que la huida 14 les pareciera más segura que la resistencia. La desertión

la inició Atenes, un reyezuelo de los turdetanos ²²⁸; des-
 15 tó con una gran partida de coterráneos. A continuación
 le fueron entregadas a Escipión por sus prefectos dos pla-
 16 zas fuertes con sus guarniciones, y en prevención de que
 una vez inclinados los ánimos a la defección la cosa adqui-
 riese mayores proporciones, Asdrúbal levantó el campa-
 mento en el silencio de la noche siguiente.

16 Al amanecer, los que estaban en los
 Masinisa puestos de guardia informaron de que se
 se une habían marchado los enemigos; entonces
 a los romanos. Escipión mandó por delante la caballería
 Acercamiento de y dio la orden de marcha. Ésta fue tan
 2 *Escipión* rápida que de haber seguido las huellas
 al rey Sifax sin desviarse les habrían dado alcance sin duda; pero se
 hizo caso a los guías, según los cuales había otro camino
 más corto en dirección al río Betis para atacar al enemigo
 3 mientras lo cruzaba. Asdrúbal, al estar bloqueado el paso
 del río, torció hacia el Océano, marchando a partir de en-
 tonces dispersos como fugitivos y dejando así a bastante
 4 distancia a las legiones romanas. La caballería y las tropas
 ligeras, atacándolos unas veces por retaguardia y otras por
 5 los flancos, los inquietaban y retrasaban, y cuando, ante
 la frecuencia de los ataques, hicieron alto las enseñas y
 libraron combates con la caballería o bien con los vélites
 6 y la infantería aliada, se presentaron las legiones. A partir
 de ese momento, más que una batalla aquello era una ma-
 tanza, como si fueran animales, hasta que el propio gene-
 ral tomó la iniciativa de la huida y escapó con seis mil
 7 demás fueron exterminados o cogidos prisioneros. Los car-
 tagineses atrincheraron precipitadamente un campamento

²²⁸ Cf. XXI 6, 1.

de emergencia en una colina muy elevada y desde allí se defendieron sin dificultad tras los vanos intentos del enemigo para superar la áspera subida. Pero difícilmente se 8 podía sostener unos pocos días el asedio en un terreno pelado y carente de recursos, por lo cual se producían deserciones. Finalmente el propio general hizo venir algunas naves —el mar no quedaba lejos de allí— y una noche abandonó al ejército y huyó a Cádiz. Enterado Escipión 9 de la huida del general dejó a Silano diez mil hombres de infantería y mil de caballería para el asedio del campamento, y él, con el resto de las tropas, regresó a Tarragona 10 en setenta etapas examinando sobre la marcha la trayectoria de los réglus y las poblaciones para poder dar recompensas de acuerdo con una justa valoración de los méritos. Después de su partida, Masinisa se entrevistó en secreto 11 con Silano y luego cruzó a África con un reducido número de compatriotas para asegurarse de que su pueblo secundara sus nuevos planes. No quedó entonces tan claro el 12 motivo de tan inesperado cambio, pero sí se demostró más tarde, con el ejemplo de su lealtad ininterrumpida hasta el último momento de su ancianidad ²²⁹, que tampoco entonces actuó sin una razón plausible. Magón, cuando 13 Asdrúbal le envió de nuevo las naves, se dirigió a Cádiz; los demás, abandonados por sus jefes, o desertaron o bien huyeron, dispersándose por las ciudades más próximas sin que ningún grupo se significase por su número o su fuerza.

Así, a grandes rasgos, bajo el mando y los auspicios 14 de Publio Escipión fueron expulsados de Hispania los cartagineses trece años después de iniciada la guerra y cuatro después de que Publio Escipión se hizo cargo de la provin-

²²⁹ Murió cumplidos los noventa años.

15 cia y del ejército. No mucho después volvió Silano a Tarragona a reunirse con Escipión con la noticia de que la guerra estaba resuelta.

17 Lucio Escipión, con un elevado número de prisioneros nobles, fue enviado a Roma a informar de la reconquista
2 de Hispania. Mientras los demás se hacían lenguas de semejante proeza con enorme júbilo y alabanzas, únicamente el que la había llevado a cabo, insaciable en su deseo de valor y auténtica gloria, consideraba la reconquista de Hispania como una pequeña muestra de lo que sus esperanzas y su grandeza de espíritu habían concebido.
3 Su perspectiva era ya el África y la gran Cartago y la gloria de llevar a término allí la guerra en busca de honor y renombre. Convencido, pues, de que debía dar
4 los pasos previos y ganarse las voluntades de los reyes y los pueblos, decidió tantear en primer término al rey Sifax.
5 Era éste rey de los masesulios; los masesulios, pueblo que limita con los moros, miran hacia Hispania, más o menos
6 hacia donde queda Cartagena. Había por entonces un tratado entre el rey y los cartagineses, pero Escipión supuso que no tendría más peso ni sería más inviolable de lo que
7 suele ocurrir entre los bárbaros, cuya lealtad depende de la fortuna, y le envió como embajador a Gayo Lelio,
8 con presentes. Encantado con ellos el bárbaro, y como por otra parte a los romanos les iban bien las cosas en todas partes mientras que para los cartagineses la situación era desfavorable en Italia y ya no tenían nada que hacer en Hispania, consintió en aceptar la amistad de los romanos, pero dijo que no hacía ni aceptaba la ratificación formal de la misma si no era en presencia del general romano.
9 Recibidas, pues, garantías de que éste podría llegar hasta allí sin peligro únicamente con tal propósito, Lelio volvió junto a Escipión.

Para quien se proponía África como objetivo, en todos los sentidos tenía mucha importancia Sífax, el rey más opulento de aquella tierra, que ya había tenido la experiencia de una guerra contra los propios cartagineses; además, los confines de su reino estaban muy bien situados respecto a Hispania, de la cual lo separaba un pequeño estrecho. Por ello Escipión pensó que valía la pena el intento aun a costa de grave peligro, ya que no había otra posibilidad; dejó para la defensa de Hispania a Lucio Marcio en Tarragona y a Marco Silano en Cartagena, adonde se había desplazado a marchas aceleradas por tierra desde Tarragona, y él junto con Gayo Lelio salió de Cartagena con dos quinquerremes e hizo la travesía hasta África²³⁰, a remo en su mayor parte por estar el mar en calma, y a veces con un viento suave a favor. Se dio la coincidencia de que en esos mismos momentos Asdrúbal, expulsado de Hispania, entraba en el puerto con siete trirremes, y echaba anclas arrimando las naves a tierra; la vista de las dos quinquerremes que sin la menor duda eran enemigas y que podían ser aplastadas antes de entrar en el puerto por las suyas, más numerosas, sirvió sólo para provocar desconcierto y confusión entre los soldados y la tripulación, que en vano intentaron disponer las armas y las naves. En efecto, las velas, impulsadas desde alta mar por un viento ligeramente más fuerte, metieron las quinquerremes en el puerto antes de que los cartagineses levasen anclas, y por otra parte nadie se atrevía a provocar más perturbación en un puerto del rey. Saltaron, pues, a tierra, primero Asdrúbal y al poco Escipión y Lelio, y se dirigieron hacia el rey.

²³⁰ Sífax residía entonces en Siga, cerca de la actual Orán.

- 18 *Escipión*
 y Asdrúbal
 juntos ante
 Sífax
- A Sífax le pareció espléndido —y realmente lo era— que los generales de los dos pueblos por entonces más poderosos hubiesen llegado el mismo día a pedirle la paz y la amistad.
- 2 Les ofreció su hospitalidad tanto a uno como al otro y, puesto que la casualidad había querido que estuviesen bajo el mismo techo y ante los mismos penates, intentó reunirlos en una entrevista para que dirimieran sus diferencias. Escipión rehusó diciendo que él no tenía ningún resentimiento personal contra el cartaginés para solucionarlo en una entrevista, y que sin un mandato del senado no podía negociar con el enemigo ningún asunto de Estado.
- 3 El rey, para que no pareciera excluido de su mesa uno de sus huéspedes, hizo un gran esfuerzo por convencerle para que asistiera al mismo ágape; no se negó, y cenaron
- 4 juntos con el rey; incluso, por complacerlo, ocuparon el mismo lecho Escipión y Asdrúbal. Por cierto, era tal la cortesía de Escipión y su tacto natural para todas las cosas, que con la soltura de su conversación se ganó no sólo a Sífax, un bárbaro no habituado a los modales romanos,
- 5 sino incluso a su encarnizado enemigo, el cual andaba después diciendo sin rebozo que le había parecido más admirable en su encuentro personal con él que en sus hazañas de
- 6 guerra y que no le cabía duda de que Sífax y su reino estaban ya en poder de los romanos: tal era la habilidad de
- 7 aquel hombre para granjearse simpatías. Por consiguiente, lo que tenían que hacer los cartagineses era no tanto investigar cómo habían perdido las Hispanias sino pensar en la
- 8 forma de conservar África. Si un general romano de tanta talla había dejado una provincia recién dominada, había dejado sus ejércitos, había cruzado a África con un par de naves y se había arriesgado en un país hostil en los
- 9 10

dominios de un rey de cuya lealtad no tenía pruebas, no era por viajar al extranjero ni hacer una gira de placer por la costa sino porque abrigaba la esperanza de conquistar África; hacía tiempo que Escipión andaba dándole 11 vueltas a esta idea, de esto se lamentaba abiertamente: de no estar haciendo la guerra en África, de la misma forma que Aníbal la hacía en Italia. Después de firmar un trata- 12 do con Sifax, Escipión dejó África, y tres días más tarde, sufriendo en alta mar el azote de vientos variables y a menudo violentos, llegó al puerto de Cartagena.

Si bien las Hispanias no estaban ya 19

Aplastamiento de conmocionadas por la Guerra Púnica,
Iliturgi; también resultaba evidente que era el mie-
rendición do, por saberse culpables, más que la leal-
de Cástulo tad lo que mantenía quietas a algunas

ciudades; entre éstas las más destacables por su importan-
 cia y por su responsabilidad eran Iliturgi y Cástulo. Ésta 2
 había sido aliada cuando las cosas marchaban bien, y des-
 pués del desastre de los Escipiones y sus ejércitos se había
 pasado a los cartagineses; los iliturgitanos habían añadido
 a la defección el delito de entregar o matar a los fugitivos
 de aquel desastre que habían buscado refugio a su lado.
 Tomar represalias contra estas poblaciones inmediatamente 3
 después de llegar, cuando las Hispanias no estaban asegu-
 radas, habría sido más justo que útil; como ahora que la 4
 situación estaba tranquila ya parecía llegado el momento
 de aplicar el castigo, hizo venir de Tarragona a Lucio Mar-
 cio y le envió a atacar Cástulo con la tercera parte de las
 tropas, y él, con el resto del ejército, llegó a Iliturgi en
 unas cinco jornadas. Estaban cerradas las puertas y todo 5
 preparado y a punto para repeler un ataque; hasta ese ex-
 tremo la conciencia de lo que se merecían había equivalido
 para ellos a una declaración de guerra. En esta circuns- 6

- tancia basó Escipión el arranque de su arenga a las tropas; los propios hispanos, al cerrar sus puertas, habían dado a entender lo justificados que estaban sus temores; por tanto, había que combatir contra ellos con mayor encarnizamiento que contra los cartagineses, pues, en efecto, con éstos se luchaba casi sin cólera por el imperio y la gloria, y a aquéllos había que hacerles pagar su perfidia, su crueldad y su crimen. Había llegado el momento de vengar la infame muerte de sus camaradas y la trampa preparada también contra ellos mismos en caso de que la huida les hubiese conducido allí, y de dejar sentado para siempre un precedente temible a fin de que nadie en ningún momento, en ninguna circunstancia, considerase susceptible de afrenta a un ciudadano o un soldado romano.
- 9 Acicateados por esta arenga de su general, reparten escalas entre hombres escogidos en cada manípulo, dividen el ejército en dos cuerpos tomando el mando de uno de ellos el legado Lelio, y atacan la ciudad en dos puntos a la vez, duplicando los motivos de pánico. Lo que anima a los habitantes de la plaza a defender con denuedo la ciudad no es un jefe militar o varios civiles sino el miedo que cada uno siente por la conciencia de su culpabilidad.
- 10 Tenían presente, y se lo recordaban a los demás, que lo que se pretendía con ellos no era vencerles sino castigarles; en el momento en que todos se enfrentaban con la muerte, la elección estaba entre morir en combate en el campo de batalla, donde la suerte común de la guerra a menudo levanta al vencido y abate al vencedor, o morir más tarde, una vez incendiada y arrasada la ciudad, ante los ojos de sus mujeres y de sus hijos prisioneros, maniatados y azotados, tras sufrir toda clase de horrores y vejaciones. Consiguientemente, no intervienen sólo los hombres en edad militar ni sólo los varones sino las mujeres y los niños,
- 11
- 12
- 13

más allá del límite de sus fuerzas físicas y morales, les alcanzan armas a los combatientes, les llevan piedras a los que refuerzan los muros. No estaba en juego únicamente 14 la libertad, que sólo sirve de acicate a los valientes, sino que todos tenían ante los ojos la perspectiva de unos suplicios extremos y una muerte infame. Su coraje se inflamaba rivalizando en el esfuerzo y el riesgo y mirándose unos a otros. Por eso se inició el combate con tal ardimiento 15 que aquel ejército dominador de Hispania entera fue rechazado varias veces de las murallas por la juventud de una sola ciudad y anduvo amedrentado en una batalla no demasiado gloriosa. Cuando Escipión vio esto, temiendo 16 que con tantos esfuerzos baldíos de los suyos se acreciese la moral del enemigo y se minase la de sus hombres, pensó que debía participar personalmente en el esfuerzo y el peligro, e increpando a los soldados por su cobardía mandó traer escalas y amenazó con subir él mismo si los demás vacilaban. Había llegado ya, con grave peligro, hasta el 17 pie de las murallas cuando se alzaron por todas partes los gritos de los soldados inquietos por la suerte de su general, y en muchos puntos al mismo tiempo comenzaron a alzarse las escalas; por su parte, Lelio presionó desde el otro 18 lado. Vencida entonces la resistencia de los habitantes de la plaza y abatidos los defensores de los muros, son ocupados éstos.

También la ciudadela fue tomada en medio de la confusión por el lado por donde se la suponía inexpugnable.

Los desertores africanos que entonces militaban entre 20 las tropas auxiliares romanas, mientras los habitantes se dedicaban a defender aquellos puntos donde parecía que había peligro y los romanos subían al asalto por donde 2 podían, vieron que la parte más elevada de la ciudad no tenía fortificación ninguna y estaba desprovista de defen-

sores porque estaba protegida por una roca muy alta. 3 Hombres ligeros de peso y rápidos debido al mucho ejercicio, provistos de clavos de hierro, escalaron la roca por 4 donde lo permitían sus salientes y desigualdades. Si en algún punto encontraban demasiado vertical y lisa la roca, hincaban los clavos a cortos intervalos formando una especie de escalones, y alzando a mano los primeros a los que iban detrás y aupando los últimos a los que les precedían 5 llegaron a la cima. Desde allí bajaron gritando y corriendo 6 hacia la ciudad tomada ya por los romanos. Entonces sí que quedó patente que el ataque a la ciudad era debido a la rabia y el odio. Nadie pensó en coger prisioneros, nadie pensó en el botín a pesar de que todo se ofrecía al saqueo; degollaron indiscriminadamente a los que tenían armas y a los que estaban desarmados, a las mujeres y a los hombres; en su airada crueldad llegaron a dar muerte a los 7 niños de corta edad. Después prendieron fuego a las casas y arrasaron lo que no podía ser consumido por las llamas, tales ansias tenían de borrar incluso las huellas de la ciudad y hacer desaparecer el recuerdo del lugar donde residían sus enemigos.

8 A continuación Escipión marchó a Cástulo con su ejército; defendían esta ciudad tanto fugitivos hispanos como supervivientes del ejército cartaginés reagrupados tras una 9 huida en desbandada. Pero la llegada de Escipión venía precedida de la derrota de los iliturgitanos, a raíz de la 10 cual había cundido el pánico y la desesperación. Como además los intereses eran encontrados y cada uno quería mirar por sí y desentenderse del otro, primero una desconfianza tácita y después una discordia manifiesta provocó 11 la escisión entre cartagineses e hispanos. En éstos mandaba Cerdubelo, decidido partidario de la capitulación, y en los auxiliares cartagineses mandaba Himilcón; Cerdubelo

entregó a los romanos a éste y sus tropas junto con la ciudad, después de recibir garantía en secreto. En esta victoria hubo mayor clemencia, pues la falta cometida no era tan grave, y por otra parte la entrega voluntaria había aplacado un tanto las iras.

Juegos
funerarios.
Horror en Astapa.
Operaciones
contra Cádiz

Después fue enviado Marcio a reducir a obediencia a los bárbaros que no estaban aún sometidos por completo. Escipión regresó a Cartagena para cumplir los votos hechos a los dioses y celebrar el espectáculo de gladiadores que había preparado en memoria de la muerte de su padre y de su tío. Los gladiadores que tomaron parte en el espectáculo no eran los que habitualmente presentan los lanistas, esclavos procedentes de la tarima de venta y libres que ponen precio a su sangre; la colaboración de los luchadores fue por entero voluntaria y gratuita. Algunos, en efecto, los enviaron los régulos para hacer una demostración del valor innato de su raza, otros manifestaron espontáneamente que ellos lucharían para hacer honor a su general, a otros los movió el espíritu de rivalidad para hacer y aceptar desafíos, y algunos resolvieron con el hierro las diferencias que no habían podido o no habían querido resolver pacíficamente, poniéndose previamente de acuerdo en que el objeto de las diferencias sería para el vencedor. Unos primos hermanos que no eran personas de origen oscuro sino famosas e ilustres, Corbis y Orsua, que se disputaban la primacía de una ciudad llamada Ibe²³¹, manifestaron que lo decidirían con las armas. Corbis era el de más edad; el padre de Orsua había sido el último en detentar el poder, que había recibido de su hermano mayor a la muerte de éste.

²³¹ Única ocasión en que aparece.

- 8 Escipión quería discutir la cuestión hablando y calmar sus iras, pero los dos dijeron que ya habían rechazado esa propuesta a sus parientes comunes y que no pensaban admitir por juez a hombre o dios alguno a no ser a Marte.
- 9 Confiado el mayor en su fuerza y el menor en su florida juventud, preferían morir en el combate a someterse uno a la autoridad del otro, no fue posible sacarlos de su encono y brindaron al ejército un espectáculo notable y una prueba de lo calamitosa que es para los mortales la ambición de poder. El mayor, con su práctica en el manejo de las armas y su astucia, se impuso fácilmente a la fuerza bruta del más joven. Este espectáculo de gladiadores fue seguido de unos juegos fúnebres acordes con los recursos de una provincia y el equipamiento de un campamento.
- 10 22 Entretanto los legados desarrollaban igualmente las operaciones. Marcio cruzó el río Betis, que los indígenas llaman Certis, y consiguió sin lucha la rendición de dos poderosas ciudades. Astapa ²³² era una ciudad que siempre
- 2 había tomado partido por los cartagineses; pero más que esta circunstancia, provocaba la cólera de los romanos el hecho de que, al margen de las exigencias de la guerra,
- 3 sentía un odio especial hacia ellos. Y sin embargo no tenían una ciudad cuya seguridad en razón del emplazamiento o la fortificación pudiera inspirarles mayor audacia; pero el carácter de sus moradores, inclinado al bandolerismo, los había llevado a realizar incursiones en el vecino territorio de los aliados del pueblo romano y a capturar soldados romanos extraviados y cantineros y mercaderes.
- 4 Incluso habían exterminado a una caravana muy numerosa —ya que yendo pocos se corría peligro— tras tenderle una emboscada en una zona abrupta cuando atravesaba su te-

²³² Estepa.

rritorio. Cuando el ejército marchó a atacar esta ciudad, sus habitantes, conscientes de sus fechorías, como no les parecía seguro entregarse a tan enconados enemigos y no tenían esperanzas de defender su vida con las murallas o las armas, tomaron una resolución horrible y salvaje contra sí mismos y contra los suyos. Eligieron en el foro un lugar donde apilar sus objetos de más valor. Sobre el montón hicieron que se colocasen sus mujeres e hijos y alrededor pusieron leña metiendo en medio haces de ramaje. Después ordenaron a cincuenta jóvenes armados que permaneciesen allí cuidando los bienes y las personas, más queridas que los bienes, mientras el resultado del combate se mantuviera incierto; si veían que se decantaba en contra y que la ciudad estaba a punto de ser tomada, que supieran que todos los que veían marchar al combate encontrarían la muerte en la propia batalla; por los dioses de lo alto y de las profundidades les suplicaban que pensasen en la libertad, que aquel día debía terminar en una muerte honrosa o en una esclavitud ignominiosa, y no dejasen nada en lo que pudiera ensañarse su airado enemigo; tenían en la mano el hierro y el fuego: que las manos amigas y fieles destruyesen lo que estaba destinado a perecer, antes de que los enemigos lo escarneciesen entre burlas insolentes. A estas exhortaciones siguió una terrible maldición contra todo aquel que se desviase de esta decisión por vana esperanza o por blandura.

A continuación se abrieron las puertas y salieron con gran estrépito en impetuoso tropel; no había la oposición de ningún puesto de guardia suficientemente sólido porque cualquier cosa era de temer menos que se atrevieran a salir de las murallas. Escuadrones de caballería muy reducidos y tropas ligeras enviadas al instante desde el campamento con ese fin expreso les salieron al paso. La lucha fue dura

por su impetuosidad y coraje más que organizada y ordenada en forma alguna. Así, el repliegue de la caballería, que se había enfrentado la primera con el enemigo, sembró el pánico entre las tropas ligeras, y se habría llegado a combatir al pie mismo de la empalizada si no se hubiese alineado en orden de batalla el grueso de las legiones, a
14 las que se dio un tiempo muy breve para formar. También entonces hubo unos instantes de desconcierto en torno a las enseñas, pues se lanzaban ciegos de furia, con audacia insensata, contra el hierro que los hería; después, los soldados veteranos, impertérritos frente a la temeraria embestida, abatieron a los primeros conteniendo a los que venían
15 detrás. Poco después intentaron avanzar a su vez, y cuando vieron que nadie retrocedía y que estaban todos decididos a morir en su puesto abrieron el frente, cosa que les permitía hacer sin dificultad su elevado número, envolvieron por los lados al enemigo que peleaba formando círculo y los abatieron a todos sin excepción.

23 Sin embargo, estos actos eran los que suelen hacer los enemigos encolerizados, que entonces más que nunca combatían de acuerdo con las leyes de la guerra contra hombres armados que oponían resistencia; pero otra masacre
2 más horrible tenía lugar en la ciudad, donde daban muerte a la multitud débil e indefensa de mujeres y niños sus propios conciudadanos y arrojaban a la pira encendida sus cuerpos, aún con vida la mayoría, y torrentes de sangre apagaban las incipientes llamas; al final, también ellos, cansados de la lamentable tarea de dar muerte a los suyos,
3 se arrojaron con las armas en medio de las llamas. Los romanos victoriosos llegaron cuando la carnicería había finalizado. Al ver por primera vez tan horrible espectáculo
4 quedaron unos instantes paralizados por la sorpresa; luego, cuando llevados por la codicia connatural al hombre qui-

sieron rescatar del fuego el oro y la plata que brillaban entre los objetos del montón, unos se vieron envueltos por las llamas y otros quemados por las bocanadas de aire abrasador, pues los primeros no podían retroceder debido a la gran masa que los presionaba por detrás. Así fue destruida Astapa por el hierro y el fuego, sin botín para los soldados. Marcio consiguió por el miedo la rendición de los demás pueblos de aquella comarca y volvió al lado de Escipión, a Cartagena, al frente de su ejército victorioso.

Por aquellos mismos días llegaron de Cádiz unos desertores ofreciéndose a entregar la ciudad y la guarnición cartaginesa que había en ella, y al jefe de la guarnición junto con la flota. Magón se había detenido allí en su huida y después de recoger las naves del Océano había reunido bastantes tropas auxiliares procedentes tanto de la costa de África, al otro lado del estrecho, como, gracias a la labor de su prefecto Hannón, de los lugares de Hispania más próximos. Después de un compromiso mutuo con los desertores fueron enviados allí Marcio, con cohortes ligeras, y Lelio, con siete trirremes y una quinquerreme, para dirigir las operaciones en un plan combinado por tierra y por mar.

*Motín en el
ejército
al caer enfermo
Escipión*

Una grave enfermedad que afectó al propio Escipión, cuya gravedad sin embargo exageraron las habladurías, pues cada cual añadía algo a lo que había oído por esa propensión innata del ser humano a alimentar adrede los rumores, conmocionó la provincia entera y especialmente los puntos más alejados. Se vio claramente que de haber sido cierta tal calamidad habría provocado una perturbación de grandes proporciones, cuando un rumor infundado desató tales tempestades. Ni los aliados se mantuvieron fieles ni el ejército se mantuvo en

3 el cumplimiento de su deber. Mandonio e Indíbil, que se
habían hecho ilusiones de dominar Hispania una vez ex-
pulsados de ella los cartagineses, como nada se había desa-
4 rrollado de acuerdo con sus expectativas, concitaron a sus
coterráneos —que eran los lacetanos—, sublevaron a la ju-
ventud de los celtíberos y devastaron con saña el territorio
de los suesetanos ²³³ y sedetanos ²³⁴, aliados del pueblo
romano.

5 Otro levantamiento, de ciudadanos romanos éste, esta-
lló en el campamento ²³⁵ cercano al Sucrón; había allí ocho
mil hombres, destacados como protección para las gentes
6 que habitan a este lado del Ebro. Ahora bien, su actitud
turbulenta no se originó entonces, cuando circularon los
inciertos rumores acerca de la vida del general, sino antes
ya, con la indisciplina derivada, como suele ocurrir, de una
prolongada inactividad, y también porque las condiciones
en momentos de paz eran particularmente duras para quie-
nes estaban acostumbrados a vivir más a sus anchas de
7 la rapiña en territorio enemigo. Al principio simplemente
se dejaban caer comentarios en privado: si había guerra
en la provincia, ¿qué pintaban ellos entre poblaciones so-
metidas?; si la guerra estaba terminada y su misión cum-
8 plida, ¿por qué no se les llevaba de vuelta a Italia? Tam-
bién se reclamó la paga con mayor descaro del que corres-
pondría a los hábitos y la disciplina militar, y los centinelas
lanzaron insultos a los tribunos que hacían la ronda por
los puestos de guardia, y por la noche algunos salieron
a saquear al territorio amigo de los alrededores; finalmen-
9 tamente. Todo se hacía siguiendo el arbitrio caprichoso de

²³³ Cf. XXV 34, 6. ¿En el valle de Sangüesa, hacia el Ebro?

²³⁴ En el entorno a Zaragoza, al norte o al sur del Ebro.

²³⁵ Donde se encuentra Albalat, junto al Júcar.

los soldados, en nada se observaban las ordenanzas y la disciplina militar ni las órdenes de los que tenían el mando. La apariencia formal de un campamento romano se mantenía, a pesar de todo, sobre la base únicamente de esta expectativa: convencidos de que los tribunos, contagiados de su desatino, no se mantendrían al margen de la sedición y la revuelta, les permitían ejercer su autoridad en el cuartel general, les pedían las contraseñas y acudían a los turnos de guardia y centinela; si bien le habían quitado la fuerza a la autoridad, con todo mantenían la apariencia de quien acata las órdenes mandándose ellos espontáneamente.

El motín estalló después, cuando se percataron de que los tribunos reprendían y desaprobaban su comportamiento, trataban de hacerles frente y manifestaban abiertamente que no se harían partícipes de su locura. Expulsados, pues, los tribunos del cuartel general, y poco después, del campamento se les confirió el mando por acuerdo unánime a los cabecillas de la revuelta, los soldados rasos Gayo Albio Caleno y Gayo Atrio Umbro. Éstos, no contentos con los distintivos tribunicios, tuvieron incluso la osadía de poner sus manos en los emblemas del más alto mando, las fasces y las hachas, sin pararse a pensar que sobre sus espaldas y su cuello pendían aquellas varas y hachas que hacían llevar delante de ellos para atemorizar a otros. Cegaba sus mentes su infundada creencia en la muerte de Escipión, no dudando de que en cuanto se difundiese la noticia, la conflagración bélica alcanzaría a Hispania entera, y que en la confusión resultante podrían exigir dinero a los aliados y saquear las ciudades cercanas; además, dada la perturbación general en la que todos cometerían cualquier osadía, iba a pasar más desapercibido lo que ellos hubieran hecho.

25 Esperaban de un momento a otro nuevas noticias no sólo de la muerte sino de los funerales también, y como no llegaba ninguna y se desvanecían los rumores surgidos sin fundamento, se comenzó a indagar de quién había partido. Como todos se desentendían para dar la impresión de que habían creído un poco a la ligera una cosa semejante pero que no la habían inventado, los cabecillas, faltos de apoyo, veían con horror que bien pronto se iban a volver en contra suya sus propios distintivos de mando y el poder efectivo y legítimo, en lugar de la vana apariencia de autoridad que detentaban. El motín se iba así paralizan-
3 do y llegaron noticias seguras, primero, de que Escipión estaba vivo y, poco después, de que incluso estaba bien de salud; entonces se presentaron siete tribunos militares enviados por el propio Escipión. Al principio, su llegada crispó los ánimos, que después se calmaron cuando ellos se pusieron a hablar amigablemente, en un tono sosegado, con los conocidos que encontraban. Comenzaron, en efecto, por darse una vuelta por las tiendas; después, si veían grupos hablando entre sí en corrillos ante las tiendas del mando o la del general, se dirigían a ellos más bien preguntando cuál era la causa de su irritación y su inesperado amotinamiento que echándoles la culpa de lo
6 ocurrido. La respuesta más común era que no se había abonado la paga puntualmente y que en el momento en que había ocurrido la traición de Iliturgi, después de la pérdida de los dos generales y los dos ejércitos, a pesar de que ellos habían defendido el nombre de Roma y conservado la provincia con su valor, los iliturgitanos tenían el castigo merecido por su falta pero a ellos no había quien
7 les diera una recompensa por sus buenos servicios. A estas quejas respondían que lo que se pedía era justo y que ellos las trasladarían al general; que se alegraban de que no se

tratara de algo más serio y difícil de solucionar; que, gracias a los dioses, tanto Publio Escipión como el Estado estaban en disposición de demostrar su gratitud.

Escipión, avezado a las guerras pero falto de experiencia en las borrascas de los amotinamientos, estaba preocupado por el asunto por temor a que el ejército fuera demasiado lejos en su desviado proceder o bien él se excediera en el castigo. De momento le pareció preferible seguir actuando con suavidad y dar esperanzas de que se cobraría pronto la paga enviando recaudadores a las ciudades estipendiarias del contorno. A continuación hizo pública una orden disponiendo que fueran a Cartagena a buscar la paga por grupos aislados o todos juntos, como prefirieran. El motín, que ya se estaba debilitando por sí solo, se apagó del todo con la repentina vuelta a la calma de los rebeldes hispanos. Renunciando, en efecto, a su propósito cuando llegó la noticia de que Escipión estaba vivo, Mandonio e Indíbil habían retornado a su territorio, y los amotinados ya no tenían a nadie, ni compatriota ni extranjero, a quien asociar a su desatino. Examinadas todas las posibilidades, no tenían más que una forma, y no segura del todo, de salir de su mal acuerdo: confiarse a la justa ira de su general o a su clemencia, en la que no había que perder las esperanzas, pues hasta con los enemigos a los que se había enfrentado con las armas había sido indulgente; su sedición no había causado heridas ni derramamiento de sangre, no había sido inhumana en sí misma ni merecía un castigo inhumano. Hasta ese extremo es la naturaleza humana más propensa de la cuenta a atenuar la propia responsabilidad. Sólo dudaban sobre cómo ir a buscar la paga, por cohortes aisladas o todos juntos. Prevaleció el criterio de ir todos juntos, porque les parecía más seguro.

26 Por los mismos días en que ellos discutían esta cuestión, en Cartagena tenía lugar un consejo referente a ellos
2 y se debatían dos propuestas: si se actuaba únicamente contra los cabecillas de la revuelta, que no eran más de treinta y cinco, o si se debía castigar con el suplicio de un número
3 más amplio tan vergonzoso ejemplo de rebelión, más que de amotinamiento. Prevaleció la propuesta más suave: aplicar el castigo donde estaba el origen del delito; para la
4 masa bastaba con una reprimenda. Para que no pareciera que era esto lo que se había tratado, una vez disuelto el consejo, se le anunció al ejército que estaba en Cartagena una expedición contra Mandonio e Indíbil y se le dio ór-
5 den de preparar víveres para varios días. Los siete tribunos que habían ido anteriormente al Sucrón a apaciguar la revuelta fueron enviados al encuentro del ejército, dándoles a cada uno los nombres de cinco de los cabecillas del mo-
6 tín a fin de que, por medio de las personas apropiadas, les ofrecieran hospitalidad de buenos modos y con palabras amables, y, después de embriagarlos, los ataran.
7 Estaban ya cerca de Cartagena cuando se enteraron por los que habían salido a su encuentro de que al día siguiente salía todo el ejército con Marco Silano contra los lacetanos; la noticia, aparte de liberarlos por completo del temor que anidaba en silencio en sus ánimos, les produjo una intensa alegría porque iban a tener al general solo a su
8 merced en lugar de estar ellos en su poder. A la puesta del sol entraron en la ciudad y vieron al otro ejército preparándolo todo para la marcha. Recibidos con el comentario deliberadamente preparado de que el general se alegraba de su oportuna llegada porque habían venido justo en el momento en que marchaba el otro ejército, repararon
9 fuerzas. Los tribunos, sin el menor alboroto, después de hacer que personas apropiadas hospedasen a los promoto-

res de la revuelta, los arrestaron y ataron. A la hora del 11
cuarto relevo de la guardia inició su salida la impedimenta
del ejército cuya marcha se simulaba; al amanecer se pu-
sieron en movimiento las tropas, pero la columna hizo alto
cerca de la puerta y se mandaron centinelas a todas las
puertas para que no saliese nadie de la ciudad. Llamados 12
después a asamblea los que habían llegado el día anterior,
corrieron amenazadoramente al foro hacia la tribuna del
general con el propósito de intimidarlo ellos primero con
sus gritos. De forma simultánea subió el general a la tari- 13
ma, y los hombres armados, que habían dado la vuelta,
desde la puerta se distribuyeron por detrás de la asamblea
desarmada. Entonces se desinfló por completo su arrogan- 14
cia y, tal como confesaban más tarde, nada los asustó tan-
to como la energía y el color del rostro del general, cosa
con la que no contaban, pues estaban convencidos de que
lo iban a ver quebrantado, y una expresión en su mirada
como no recordaban, decían, ni siquiera en el campo de
batalla. Permaneció unos instantes sentado en silencio has- 15
ta que fue informado de que los promotores de la sedición
habían sido conducidos al foro y que todo estaba dispuesto.

Entonces impuso silencio por medio del 27

*Discurso
de Escipión
a los rebeldes.*

*Castigo
de los cabecillas*

heraldo y comenzó de esta forma:

«Jamás hubiera creído que llegarían a
faltarme las palabras para dirigirme a mi
ejército, no porque haya practicado más 2

la palabra que la acción sino porque al haber vivido casi
desde la infancia en los cuarteles estoy avezado a la mane-
ra de ser de los soldados. Al estar ante vosotros no se 3
me ocurre qué deciros ni cómo hacerlo; ni siquiera sé con
qué nombre debo llamaros. ¿Ciudadanos, vosotros que 4
os rebelasteis contra vuestra patria? ¿Soldados acaso,
vosotros que rechazasteis la autoridad más alta y los

auspicios, y quebrantasteis la inviolabilidad del juramento? ¿Enemigos? Reconozco los cuerpos, los rostros, la indumentaria, el aspecto de ciudadanos; veo los hechos, las palabras, los propósitos, los sentimientos de enemigos.

5 ¿Qué otra cosa deseasteis o esperasteis, en efecto, sino lo mismo que los ilergetes y los lacetanos? Éstos, al menos, secundaron en su desvarío el liderazgo de Mandonio e Indíbil, hombres de regia nobleza; vosotros entregasteis los auspicios y el mando supremo a un umbro, Atrio, y a un

6 caleno, Albio. Decidme, soldados, que no todos vosotros lo hicisteis ni quisisteis que se hiciese; de buen grado creeré, si lo negáis, que fue un desatino insensato de unos cuantos, pues se perpetraron tales cosas que de estar implicado todo el ejército no es posible expiarlas sin tremendos sacrificios».

7 «A mi pesar pongo el dedo en estas llagas; pero es que sin tocarlas y hurgar en ellas no es posible ponerles remedio. Francamente, después de la expulsión de Hispania de

8 los cartagineses no creía que hubiera en toda la provincia lugar ni persona alguna que aborreciese mi vida, dado como yo me había comportado no sólo con los aliados sino

9 incluso con los enemigos. Resulta que en mi propio campamento —¿qué engañado estaba!— la noticia de mi muerte

10 fue no sólo creída sino incluso esperada. No es que yo quiera atribuir a todos esta acción reproable: sinceramente, si yo creyese que todo mi ejército había deseado mi muerte, moriría ahora mismo aquí ante vuestros ojos, pues no sería agradable para mí una vida aborrecida por mis

11 compatriotas y mis soldados. Pero la naturaleza de la masa es como la del mar, inerte de por sí: la mueven los vientos y la brisa; así también en vosotros hay calma o tempestad, y la causa y el origen de cualquier trastorno está en los agitadores. Vuestro desvarío se debe al contagio;

12 ni siquiera hoy me parece que sepáis a qué grado de insen-

satez habéis llegado, qué crimen os habéis atrevido a cometer contra mí, contra vuestra patria y vuestras mujeres e hijos, contra los dioses testigos de vuestro juramento, contra los auspicios bajo los que militáis, contra las costumbres de la vida militar y la disciplina tradicional, contra la majestad del mando supremo.

De mí mismo no digo nada; vamos a suponer que vuestra credulidad se debió más a la ligereza que a un deseo profundo, y, en último término, que yo soy una persona que no se sorprende en absoluto de que el ejército esté cansado de su mando. Pero, ¿qué mal os había hecho la patria, a la que traicionabais compartiendo los planes de Mandonio e Indibil? ¿Qué os había hecho el pueblo romano, que entregasteis el mando a unos particulares quitándoselo a los tribunos elegidos por votación popular, que no contentos con el hecho de tenerlos como tribunos, vosotros, un ejército romano, entregasteis las fasces de vuestro general a quienes nunca habían tenido ni un esclavo en quien mandar? Albio y Atrio plantaron su tienda en el pretorio, la trompeta sonó delante de ellos, a ellos se les pidió la contraseña, se sentaron en el tribunal de Publio Escipión, los asistió el lictor, se apartaron los demás para dejarles paso, los precedieron las faces y las hachas. A vosotros os parece que son portentos el que lluevan piedras, que caigan rayos del cielo, que los animales alumbren crías insólitas; éste es un portento que no puede expiar ninguna víctima, ninguna rogativa; sólo la sangre de quienes osaron hacer algo tan reprochable».

«A pesar de que ningún crimen tiene explicación racional, yo quisiera saber, no obstante, en la medida en que ello es posible en una acción abominable, cuál era vuestra idea, vuestro propósito. En cierta ocasión ²³⁶, una legión 2

²³⁶ Cf. *Per.* XII 7.

enviada a Regio como guarnición asesinó a los principales ciudadanos y ocupó durante diez años aquella opulenta ciudad. Por este hecho toda la legión, los cuatro mil hombres, fueron decapitados ²³⁷ en el foro de Roma. Sin embargo, en primer lugar ellos no secundaron a Atrio, un mercachifle umbro, un jefe con nombre de mal agüero incluso, sino al tribuno militar Décimo Vibelio; no se asociaron, por otra parte, con Pirro, ni con los samnitas o los lucanos, enemigos del pueblo romano. Vosotros comparasteis los planes con Mandonio e Indíbil y estuvisteis además a punto de compartir las armas. Aquéllos tenían intención de asentarse definitivamente en Regio, igual que los campanos en Capua después de quitársela a sus antiguos habitantes, los etruscos ²³⁸, o los mamertinos en Messina, en Sicilia, y no pensaban hacerle la guerra al pueblo romano ni a sus aliados. Vosotros, ¿pensabais tener el Suocrón como lugar de residencia? Si yo, vuestro general, una vez cumplida mi misión me marchara y os dejara allí, tendríais que implorar la ayuda de los dioses y de los hombres porque no volvíais al lado de vuestras mujeres y vuestros hijos».

«Pero supongamos que os olvidasteis de ellos, igual que de la patria y de mí; quiero seguir el curso de vuestro criminal designio, si bien no hasta su extrema demencia. Estando vivo yo, y a salvo el resto del ejército con el que en un solo día tomé Cartagena, con el que derroté a cuatro generales y cuatro ejércitos cartagineses y les puse en fuga y los expulsé de Hispania, vosotros, ocho mil hombres, todos de menos categoría seguramente que Albio y Atrio,

²³⁷ Cf. *Per.* XV 2.

²³⁸ En IV 37, 1-2, se hace referencia a la total ocupación de Capua por los oscos samnitas y a la consiguiente expulsión de los etruscos.

a los que os habéis sometido, ¿pensabais quitarle al pueblo romano la provincia de Hispania? Dejando mi nombre a 10 un lado y olvidándolo, supongamos que la única ofensa que me hicisteis fue creer con facilidad mi muerte. ¿Y entonces?, si yo muriera, ¿iba a desaparecer conmigo la república, iba a caer conmigo el imperio del pueblo romano? Que Júpiter Óptimo Máximo no consienta tal cosa, que una ciudad fundada bajo los auspicios y por la voluntad de los dioses para que dure siempre, se equipare con este frágil cuerpo mortal. Flaminio, Paulo, Graco, Postumio 12 Albino, Marco Marcelo, Tito Quincio Crispino, Gneo Fulvio, mis Escipiones, tantos y tan brillantes generales, cayeron ²³⁹ en una sola guerra y el pueblo romano ha sobrevivido, y sobrevivirá a otros mil, tanto si mueren por las armas como de enfermedad. ¿Sólo con mi funeral habría sido sepultada la república? Vosotros mismos aquí en His- 13 pania cuando fueron muertos dos generales, mi padre y mi tío, elegisteis a Séptimo Marcio jefe vuestro frente a unos cartagineses eufóricos con su reciente victoria. Y estoy hablando como si las Hispanias fuesen a quedar sin jefe. Marco Silano, enviado a esta provincia con el mismo 14 derecho y la misma autoridad que yo, mi hermano Lucio Escipión y Gayo Lelio, mis legados, ¿iban a dejar de defender la majestad del mando supremo? ¿Acaso admitían 15 comparación un ejército y otro, unos jefes y otros, la dignidad o la causa de unos y otros? Y aun cuando en todo esto fueseis superiores, ¿levantaríais las armas contra vuestra patria y vuestros compatriotas? ¿Querríais que África dominase sobre Italia, y Cartago sobre la ciudad de Roma? ¿Cuál era la culpa de la patria?».

²³⁹ Respectivamente en Trasimeno, Cannas, Lucania, Galia Cisalpina, Venusia (Marcelo y Quincio), Herdónca e Hispania.

29 «Tiempo atrás, una condena injusta y un desdichado
e inmerecido exilio impulsó a Coriolano ²⁴⁰ a ir a atacar
a su patria; sin embargo, su particular sentimiento filial
le hizo retroceder ante el parricidio público. ¿Qué agravio,
2 qué resentimiento os incitó a vosotros? El retraso de unos
cuantos días en el abono de la paga por la enfermedad
del general, ¿era motivo suficiente para declararle la gue-
rra a la patria, para abandonar al pueblo romano y pasa-
ros a los ilergetes, para que nada, divino ni humano, fuese
inviolable para vosotros?».

3 «Sin duda os volvisteis locos, soldados, y la enferme-
dad que atacó vuestras mentes fue tan virulenta como la
4 que atacó mi cuerpo. Mi ánimo se horroriza al recordar
lo que mis hombres creyeron, lo que esperaron, lo que de-
searon; que todo lo borre y anule el olvido, si es posible;
5 si no, que al menos lo cubra el silencio. No voy a negar
que mis palabras os habrán parecido amargas y duras. ¿No
creéis que vuestros hechos han sido mucho más despiada-
dos que mis palabras? A vosotros os parece justo que yo
tolere lo que hicisteis; ¿no soportáis sin alteraros ni siquie-
ra el que se hable de todo ello? Pero ni siquiera esto os
6 lo echaré en cara; ¡ojalá lo olvidéis vosotros tan fácilmen-
7 te como lo olvidaré yo! Por consiguiente, por lo que a
vosotros como colectivo se refiere, considero más que sufi-
ciente el castigo si estáis arrepentidos de vuestro extravío.
Albio el caleno y Atrio el umbro y los demás promotores
del infame motín lavarán con su sangre el delito que come-
8 tieron. El espectáculo de su suplicio a vosotros no debe
resultaros penoso, es más, debe resultaros regocijante, si
habéis recobrado la sensatez, pues contra vosotros más que
contra nadie planearon con encono y hostilidad».

²⁴⁰ Gneo Marcio Coriolano. Cf. II 33-40.

Apenas había terminado de hablar cuando, según se 9
 había preparado de antemano, el terror en todas sus for-
 mas se extendió ante sus ojos y sus oídos al mismo tiempo.
 El ejército, que había acordonado la asamblea, hizo sonar 10
 las espadas contra los escudos; se oyó la voz del pregonero
 leyendo en alto los nombres de los condenados en el
 consejo de guerra; eran arrastrados desnudos hasta el cen- 11
 tro del recinto, y al mismo tiempo se iba sacando todo
 el instrumental para el suplicio. Fueron atados al poste,
 azotados con las varas y decapitados, quedando tan parali-
 zados de espanto los presentes que no se oyó ni siquiera
 un gemido, no ya una voz de protesta, en contra de la atro-
 cidad del castigo. Retirados después todos los cuerpos y 12
 purificado el lugar, los soldados fueron llamados por su
 nombre y en presencia de los tribunos militares juraron
 lealtad a Publio Escipión, abonándosele la paga a cada
 uno por su nombre. Así fue el desenlace final de la revuel-
 ta militar iniciada en el Sucrón.

*Victoria naval
 romana;
 tentativa de
 revancha
 cartaginesa*

Por las mismas fechas, en las proximidades del río Betis, Hannón, prefecto de 30
 Magón, enviado desde Cádiz con una pe-
 queña partida de africanos, atrajo a los
 hispanos con promesa de dinero y armó

cerca de cuatro mil jóvenes. Después, perdido su campa- 2
 mento a manos de Lucio Marcio, perdida la mayor parte de
 sus hombres durante el ataque de la toma del campamento
 y algunos también durante la huida al perseguirlos la caba-
 llería cuando se dispersaron, él se escapó con unos pocos.

Mientras ocurrían estos hechos cerca del río Betis, Le- 3
 lio entretanto cruzó el estrecho con la flota hacia el Océa-
 no y se acercó a Carteya ²⁴¹. Esta ciudad está situada en

²⁴¹ En Carteya (El Rocadillo, Algeciras) se fundó en 171 la primera colonia latina extratálica. Cf. XLIII 3, 3-4.

la costa del Océano, donde el mar comienza a ensancharse
4 a la salida del estrecho. Se tenían esperanzas de tomar Cádiz sin luchar, como se ha dicho antes, pues acudían al campamento romano algunos que se comprometían espontáneamente a entregarla. Pero la traición se descubrió antes de tiempo y Magón arrestó a todos los responsables y se los entregó al pretor ²⁴² Adérbal para deportarlos a
5 Cartago. Adérbal embarcó a los conjurados en una quinquerreme, mandó ésta por delante porque era más lenta que las trirremes y la siguió a regular distancia con ocho
6 trirremes. Entraba ya en el estrecho la quinquerreme cuando Lelio, que había zarpado a su vez del puerto de Cartagena en una quinquerreme seguida de siete trirremes, se lanzó sobre Adérbal y sus trirremes seguro de que la quinquerreme, metida ya en la corriente del estrecho, no podía
7 retroceder contra corriente. El cartaginés, un poco desconcertado ante la acción inesperada, dudó entre seguir a la
8 quinquerreme o volver la proa contra el enemigo. Su propia indecisión le dejó sin posibilidad de rehuir el combate, pues estaba ya a tiro de dardo y los enemigos se echaban encima desde todas partes. Por otro lado, la fuerza de la corriente había anulado la facultad de controlar las naves. Aquello no parecía una batalla naval, puesto que no jugaba ningún papel la voluntad, ni la habilidad, ni la es-
9 trategia. Sólo la naturaleza del estrecho y la corriente, dueñas por completo de la batalla, lanzaban contra las naves propias o contra las enemigas a las que a fuerza de remo intentaban en vano apartarse; a una nave que huía se la podía ver arrastrada por el torbellino que la hacía virar hacia sus vencedores, y a una de las perseguidoras, si se metía en un trecho de corriente contraria, alejarse como

²⁴² Versión romana de sufete.

si huyera. Ya en el momento mismo del choque, cuando 10 una nave atacaba violentamente con su espolón a una nave enemiga, ella misma recibía en el costado el impacto del espolón de la otra; una que presentaba el costado al enemigo de repente experimentaba un giro y se presentaba de proa. Mientras entre las trirremes se desarrollaba un com- 11 bate de incierto resultado regido por el azar, la quinquereme romana, bien porque era más estable debido a su peso o bien porque era más fácil gobernarla al hendir el oleaje con más bancadas de remos, echó a pique dos trirremes y a otra le barrió los remos de un costado al adelantarla con fuerza; y habría dejado malparadas a las demás 12 que alcanzase si Adérbal no hubiera puesto velas a África con las cinco naves que quedaban.

Lelio regresó victorioso a Carteya. Enterado de lo que 31 había ocurrido en Cádiz —el descubrimiento de la traición y el envío de los conspiradores a Cartago, quedando en nada la esperanza que les había traído—, mandó un men- 2 saje a Lucio Marcio diciéndole que si no quería perder inúltimente el tiempo sin hacer nada en torno a Cádiz, debía volver al lado del general; Marcio estuvo de acuerdo y ambos regresaron a Cartagena pocos días después. Al partir 3 ellos, Magón, que sufría la presión de una amenaza doble, por tierra y por mar, no sólo respiró aliviado sino que incluso concibió esperanzas de reconquistar Hispania al enterarse de la sublevación de los ilergetes, y envió mensajeros al senado a Cartago con instrucciones de exagerar tan- 4 to el motín del campamento romano como la rebelión de los aliados, para animar al senado a que enviase refuerzos con los que poder recuperar el dominio de Hispania heredado de sus padres.

De regreso a su territorio, Mandonio e Indíbil se man- 5 tuvieron quietos durante un tiempo, a la expectativa, hasta

saber en qué paraba la sublevación, confiando en que si se perdonaba el extravío de unos ciudadanos, también a ellos se les podía perdonar. Pero cuando se divulgó la noticia del horrible castigo pensaron que su culpa había sido evaluada en una pena similar; llamaron de nuevo a las armas a sus coterráneos, reunieron las tropas auxiliares con que habían contado anteriormente y pasaron con veinte mil soldados de infantería y dos mil quinientos de caballería a territorio sedetano, donde habían tenido un campamento permanente al principio de la sublevación.

32 Escipión se ganó de nuevo fácilmente la voluntad de los soldados con el abono escrupuloso de la paga a todos por igual, tanto culpables como inocentes, y al mismo tiempo con su expresión y sus palabras serenas para con todos. Antes de salir de Cartagena los reunió en asamblea y tuvo una larga intervención con invectivas contra la perfidia de los réglulos rebeldes, dejando bien sentado que el estado de ánimo con que iba a castigar su delito era completamente distinto al de poco antes, cuando había puesto remedio a la aberración de los conciudadanos. Entonces, como si cercenara sus propias vísceras con gemidos y lágrimas, había expiado con treinta y cinco cabezas la imprudencia o la culpa de ocho mil; ahora marchaba a hacer pedazos a los ilergetes con el ánimo alegre y seguro de sí.

5 Éstos, en efecto, no habían nacido en su misma tierra ni tenían ningún vínculo de unión con él; el único que había, el de la lealtad y la amistad, lo habían roto ellos mismos con su degradante acción. En su propio ejército, aparte de ver que todos eran ciudadanos romanos o aliados y latinos, le impresionaba además el hecho de que casi no había ningún soldado al que no hubiese traído de Italia o su tío

*Arenga
de Escipión,
aplastamiento
de la
sublevación de
Indíbil
y Mandonio*

Gneo Escipión, el primer romano que había llegado a aquella provincia, o su padre el cónsul, o él mismo. Todos ellos 7 estaban familiarizados con el nombre y los auspicios de los Escipiones, quería llevarlos consigo a la patria para un merecido triunfo, esperaba que apoyarían su candidatura al consulado como si se tratara de un honor compartido por todos.

Por lo que concernía a la inminente expedición, el que 8 la considerase una guerra se olvidaba de las gestas que ellos habían llevado a cabo. Más que los ilergetes, por Hércules, le preocupaba Magón, que había huido con unas pocas naves a una isla rodeada por el Océano más allá de los límites del mundo, y es que en este caso se trataba de un 9 general cartaginés y de una guarnición púnica, por pequeña que fuese, mientras que en el otro se trataba de bandoleros y jefes de bandoleros, que si bien para devastar los campos de sus vecinos, quemar las casas y robar el ganado tenían alguna fuerza, en el campo de combate en una batalla en regla no tenían ninguna; lucharían confiando más en la rapidez para huir que en las armas. Por eso, si había 10 decidido aplastar a los ilergetes antes de dejar la provincia no era por ver en ellos una fuente de peligro o el germen de una guerra de mayor alcance, sino, ante todo, para que 11 no quedase impune una sublevación tan criminal, y en segundo lugar para que no pudiera decirse que quedaba algún enemigo en una provincia sometida con tanto valor y tanto éxito. Que le siguieran por tanto, con la ayuda 12 propicia de los dioses, no a dar una batalla, pues no se trataba de una confrontación con un enemigo igual a ellos, sino más bien a hacerles pagar sus culpas a unos criminales.

Después de este discurso los despidió mandándoles pre- 33 pararse para salir al día siguiente; emprendida la marcha,

en diez jornadas llegó al río Ebro. Luego cruzó el río y, 2 tres días después, acampó a la vista del enemigo. Delante había una llanura rodeada de montañas. Escipión mandó arrear, hasta aquel valle el ganado robado en su mayor parte en los campos de los propios enemigos, para despertar 3 la ferocidad de los bárbaros; después envió a los vélites como protección, dándole instrucciones a Lelio para que cuando estos escaramuceadores iniciasen el combate, cargara él con la caballería, que estaría escondida. Un oportuno saliente de la montaña cubrió la emboscada de los jinetes, y la lucha se inició inmediatamente. Se lanzaron a la carrera los hispanos sobre el ganado que avistaron desde lejos, y los vélites sobre los hispanos, ocupados con 5 el botín. Primero los amedrentaron con proyectiles; luego, dejando las armas ligeras, que eran más aptas para exacerbar la lucha que para decidirla, desenvainaron las espadas y comenzó a desarrollarse el combate cuerpo a cuerpo. El resultado del combate a pie era dudoso, pero intervinieron 6 los jinetes. No sólo machacaron, atacando frontalmente, a cuantos encontraron, sino que además algunos rodearon la base de la ladera y se presentaron por detrás para cerrar el paso al mayor número, y la matanza fue mayor de la que suelen causar los combates ligeros a base de acciones rápidas.

7 Este revés, en lugar de minarles la moral a los bárbaros, inflamó su rabia. Por eso, para no parecer amilanados, al amanecer del día siguiente formaron en orden de batalla. 8 El valle, estrecho, como se ha dicho antes, no tenía cabida para la totalidad de las tropas; aproximadamente dos terceras partes de la infantería y toda la caballería formaron el frente de combate; el resto de la infantería se situó en 9 la ladera de la colina. Escipión calculó que la estrechez del lugar iba a su favor porque le parecía que el soldado

romano se adaptaría mejor que el hispano a la lucha en un espacio reducido y, además, no tenía cabida para la totalidad de sus tropas; además ideó una táctica inesperada: como él no podía desplegar su caballería por las alas 10 en tan reducido espacio, y al enemigo le iba a resultar inútil la suya porque la había metido con la infantería, ordenó a Lelio que se llevase a los jinetes rodeando las colinas, ocultando la marcha cuanto pudiera, y que aislase lo más posible el combate ecuestre del de la infantería; él dirigió 12 todas las enseñas de infantería contra el enemigo y situó cuatro cohortes en la línea frontal porque no podía abrir más la formación. Entró inmediatamente en combate con 13 el objeto de que éste no dejara ver el paso de los jinetes por las colinas, y los enemigos no se percataron de que habían sido rodeados hasta que percibieron a sus espaldas el tumulto de la lucha ecuestre. Había así dos batallas sepa- 14 radas: dos frentes de infantería y dos caballerías combatían en extremos opuestos de la llanura, porque la falta de espacio no permitía que los dos tipos de lucha se fundieran en uno solo. En el lado hispano la infantería no 15 podía ayudar a la caballería ni viceversa, y la infantería que había entrado imprudentemente en acción en el llano confiando en la caballería era destrozada, mientras que la caballería, rodeada, no podía hacer frente ni por delante a la infantería —pues sus tropas de a pie estaban ya destruidas— ni por la espalda a la caballería; se defendieron largo tiempo formando círculo sobre sus caballos inmóviles, pero fueron muertos todos sin excepción; no sobrevivió ninguno de los que combatieron en el valle ni a pie ni a caballo. La otra tercera parte, que había permane- 16 cido en la colina para observar sin riesgos el combate más que para tomar parte en el mismo, tuvo sitio y tiempo para huir. También huyeron con ellos los propios réculos, 17

que se habían escabullido en plena confusión antes de que quedase rodeado todo el ejército.

34 Aquel mismo día fue tomado el campamento de los
hispanos con cerca de tres mil hombres, resto del botín
2 aparte. Cayeron en aquella batalla unos mil doscientos entre
romanos y aliados y resultaron heridos más de tres mil.
La victoria habría sido menos cruenta si se hubiera luchado
en un llano más abierto y más a propósito para la huida.

3 Indíbil, renunciando a los proyectos bélicos y pensando
que lo más seguro en su difícil situación era la probada
lealtad y clemencia de Escipión, le envió a su hermano Man-
4 donio. Éste, postrado de rodillas, echó las culpas al fatal
delirio de unos tiempos en que, como contagiados por una
epidemia, se habían vuelto locos no sólo los ilergetes y los
5 lacetanos sino incluso el campamento romano; realmente,
su situación y la de su hermano y el resto de sus paisanos
era la siguiente: o bien le devolvían a Escipión, si lo desea-
ba, la vida que de él habían recibido, o bien, si les perdo-
naba, le dedicaban para siempre la vida que le debían dos
6 veces sólo a él; la primera vez, como aún no habían expe-
rimentado su clemencia, habían confiado en su propia cau-
sa; ahora, por el contrario, no tenían ninguna confianza
en su causa, su esperanza se cifraba por entero en la
7 misericordia del vencedor. Desde antiguo los romanos te-
nían por costumbre, respecto a alguien con quien no te-
nían relaciones amistosas con un tratado formal ni con re-
ciprocidad de derechos, no ejercer sobre él la autoridad
como dominado hasta que rindiera todo lo divino y lo hu-
mano, entregara rehenes, se le quitaran las armas y se im-
8 pusieran guarniciones a sus ciudades. Escipión se expresó
en términos duros contra Mandonio, presente, y contra In-
díbil, ausente; dijo que éstos sin duda habían merecido la
muerte por su mala acción, pero que él y el pueblo roma-

no les harían el beneficio de que vivieran. Además no les 9 iba a quitar las armas ni exigir rehenes, garantías que exigen en realidad quienes temen una rebelión; él les dejaba el libre uso de las armas y los liberaba a ellos, y si se rebelaban, no se ensañaría con unos rehenes que no tenían culpa sino con ellos mismos; aplicaría el castigo no a per- 10 sonas inermes sino a enemigos armados; dejaba a su criterio la elección entre la benevolencia de los romanos y su ira, toda vez que tenían la experiencia de ambas cosas. Así dejó marchar a Mandonio, exigiéndole únicamente un 11 dinero con que poder hacer efectiva la paga a las tropas. Destacó a Marcio a la Hispania ulterior, envió de nuevo 12 a Tarragona a Silano y él se quedó algunos días, hasta que los ilergetes enviaran el dinero pedido, y después, con las tropas ligeras, dio alcance a Marcio, que iba ya cerca del Océano.

*Entrevista de
Escipión
con Masinisa.
Retirada de
Magón
a las Baleares.
Rendición
de Cádiz*

Las negociaciones con Masinisa, inicia- 35 das hacía tiempo, habían sido aplazadas por diferentes motivos, porque el númida quería a toda costa entrevistarse con el propio Escipión y sellar el acuerdo con un apretón de manos; ésa fue la razón de que Escipión hiciera entonces un viaje tan largo y tan fuera de mano. Estando en 2

Cádiz, Masinisa había sido informado de su inminente llegada por Marcio; pretextando que los caballos, encerrados en la isla ²⁴³, estaban en malas condiciones y causaban a todos una escasez general, cuyos efectos sentían también ellos mismos, y que, por otra parte, los jinetes se enervaban con la inactividad, convenció a Magón para que le permitiese 3 cruzar al continente a saquear los campos de Hispania más

²⁴³ Primitivo emplazamiento de Cádiz.

4 próximos. Después de cruzar envió a tres jefes númeras
para fijar el momento y el lugar de la entrevista. Les dio
instrucciones de que dos de ellos quedasen retenidos por
Escipión como rehenes; enviado de vuelta el tercero para
conducir a Masinisa a donde se le había indicado, acudie-
5 ron a la entrevista con una reducida escolta. El númera
admiraba ya de antes a aquel hombre por lo que había
oído de sus hazañas y mentalmente se lo había imaginado
además con un aspecto físico imponente, pero cuando es-
6 tuvo ante él sintió un respeto mayor aún. Aparte de que
era por naturaleza muy majestuoso, lo adornaba una larga
cabellera, y su aspecto corporal no era rebuscado sino
masculino y militar; por su edad estaba en plena forma
7 física, que una juventud floreciente, como renovada des-
pués de su enfermedad, hacía aún más plena y rebosante.
8 El númera, como estupefacto ante el encuentro, le dio
las gracias por haber devuelto al hijo de su hermano ²⁴⁴.
Le aseguró que desde entonces él había estado esperando
una ocasión como la que al fin, por la benevolencia de
los dioses, se le brindaba y que no la había dejado esca-
9 par. Deseaba colaborar con él y con el pueblo romano con
mayor empeño del que ningún extranjero había puesto en
10 favorecer los intereses de Roma. Aunque hacía tiempo que
deseaba una cosa así, había tenido menos posibilidades de
hacerlo en Hispania, una tierra extraña y desconocida; pe-
ro le sería fácil hacerlo en el país en que había sido
engendrado y educado en la expectativa del trono de su
11 padre. Si los romanos enviaban al mismo Escipión a África
como general, confiaba seriamente en que los días de Car-
12 tago estarían contados. Escipión se alegró de verle y oírle,
pues sabía que Masinisa había sido el elemento clave de

²⁴⁴ Masiva. Cf., no obstante, XXVII 19, 9.

toda la caballería enemiga, aparte del aspecto animoso que el joven presentaba. Se dieron y recibieron garantías y Escipión emprendió el camino de vuelta a Tarragona. Mas- 13
nisa saqueó las tierras del contorno con autorización de los romanos para que no pareciera que había cruzado al continente sin razón alguna y regresó a Cádiz.

Perdidas las esperanzas de éxito en Hispania, que lo ha- 36
bían animado primero por la sublevación militar y después por la rebelión de Indíbil, Magón se preparaba para hacer la travesía a África cuando le llegó de Cartago la comunicación de que por orden del senado trasladase a Italia la flota que tenía en Cádiz, que una vez allí contratase a cuan- 2
tos jóvenes galos y lígures le fuera posible y se reuniera con Aníbal a fin de evitar que languideciera aquella guerra iniciada con el mayor ímpetu y mejor suerte. Para este 3
propósito se le envió dinero a Magón desde Cartago, y él mismo les sacó todo el que pudo a los gaditanos expro-
liando su erario e incluso sus templos y obligando a todos los particulares a entregar el oro y la plata.

Cuando bordeaba las costas de Hispania desembarcó 4
tropas no lejos de Cartagena, devastó las tierras vecinas y a continuación arribó a la ciudad con la flota. Allí man- 5
tuvo durante el día a los soldados en las naves; por la noche los desembarcó y los condujo hacia la parte de la muralla por donde los romanos habían invadido Cartage-
na ²⁴⁵, persuadido de que la ciudad no estaría defendida
por una guarnición demasiado fuerte y que se suscitaría algún movimiento entre sus habitantes ante la perspectiva de dar un vuelco a la situación. Pero desde los campos 6
habían llegado, muy agitados, mensajeros que anunciaban
al mismo tiempo el saqueo y la huida de los campesinos

²⁴⁵ Cf. XXVI 45.

y la llegada del enemigo, y durante el día había sido vista la flota, y resultaba evidente que se había elegido aquel fondeadero delante de la ciudad por alguna razón; por eso se mantenían formados y armados detrás de la puerta que daba a la laguna y al mar. Cuando los enemigos, un tropel sin orden en que se entremezclaban soldados y marinería, se aproximaron al pie de las murallas con más ruido que fuerza, los romanos abrieron de pronto la puerta y salieron bruscamente dando el grito de guerra, sembrando la confusión entre los enemigos, a los que pusieron en fuga con la primera carga y el primer lanzamiento de armas arrojadizas, y los persiguieron hasta la playa causándoles muchas bajas; si las naves no se hubieran arrimado a la orilla para recoger a los fugitivos, nadie habría sobrevivido a la huida o a la batalla. Incluso en las propias naves reinó la confusión: por miedo a que los enemigos irrumpiesen dentro junto con los suyos, retiraron las escalas, y para no retrasar la maniobra cortaron las amarras y los cables de las anclas; muchos que nadaban hacia las naves sin saber muy bien, a causa de la oscuridad, a dónde dirigirse ni qué evitar, murieron lastimosamente. Cuando al día siguiente huyó la flota regresando al Océano, de donde había venido, se encontraron entre las murallas y el mar los cadáveres de unos ochocientos hombres así como unas dos mil armaduras.

Como a su vuelta a Cádiz se le impidió el acceso, Magón zarpó con su flota hacia Cimbios²⁴⁶, localidad ésta no muy distante de Cádiz, enviando unos representantes a quejarse de que se le hubieran cerrado las puertas a él, un aliado y amigo. Los gaditanos se disculparon atribuyendo el hecho a una revuelta de la población, irritada

²⁴⁶ Única vez que aparece. Desconocida su localización.

porque los soldados al embarcar habían cometido algunos actos de rapiña; él hizo venir a una entrevista a sus *sufetes*, que son los más altos magistrados entre los cartagineses, y a su cuestor, y después de azotarlos los hizo crucificar. A continuación cruzó con sus naves a la isla Pitiusa²⁴⁷, habitada entonces por los cartagineses, a unas cien millas del continente. Consiguientemente, la flota fue acogida de forma pacífica y amistosa, y aparte de suministrarle víveres con generosidad, se le proporcionaron armas y hombres de refuerzo; animado con todo esto, el cartaginés cruzó a las islas Baleares, que están a cincuenta millas de allí.

Hay dos islas Baleares, una de ellas más grande y más dotada de armas y hombres; tiene además un puerto en el que pensaba pasar tranquilamente el invierno, pues el otoño tocaba ya a su fin. Pero el recibimiento a la flota fue tan hostil como si la isla estuviera habitada por romanos. Su arma más común en la actualidad, la honda, era la única que entonces utilizaban, y no hay nadie de ningún otro pueblo que destaque en su manejo como los baleares. Por eso cuando la flota se acercaba a tierra cayó sobre ella tal cantidad de piedras, como nutridísimo pedrisco, que no se atrevieron a entrar en el puerto y viraron hacia alta mar con sus naves. De allí cruzaron a la menor de las islas Baleares, de fértil suelo pero menos poblada y peor armada. Desembarcaron, pues, y emplazaron el campamento en una posición bien defendida por encima del puerto; se apoderaron de la ciudad y su territorio sin librar combate, y después de enrolar dos mil soldados auxiliares y enviarlos a Cartago sacaron las naves a tierra para pasar el invierno. Tras la marcha de Magón de la costa del Océano los gaditanos se rindieron a los romanos.

²⁴⁷ Cf. XXII 20, 7.

38

*Elecciones
consulares en
Roma.*

*Candidatura de
Escipión.*

2

*Embajada de los
saguntinos*

Éstas fueron las operaciones llevadas a cabo en Hispania bajo el mando y los auspicios de Publio Escipión. Éste dejó al cargo de la provincia a los pretores Lucio Léntulo y Lucio Manlio Acidino y regresó a Roma con diez naves. Ante el senado, que se reunió con él fuera de la ciudad, en el templo de Belona, expuso

lo que había hecho en Hispania: en cuántas ocasiones había librado batalla campal, cuántas ciudades enemigas había conquistado, qué pueblos había sometido al dominio de Roma; había ido a Hispania a enfrentarse con cuatro generales y cuatro ejércitos victoriosos y no había dejado en aquellas tierras ni un solo cartaginés. Por estas gestas dejó entrever sus esperanzas del triunfo sin pedirlo decididamente ya que era bien sabido que hasta entonces no había obtenido el triunfo nadie que hubiera dirigido una campaña militar sin haber desempeñado una magistratura. Levantada la sesión del senado, entró en la ciudad, precedido por su aportación al tesoro público de catorce mil trescientas cuarenta y dos libras de plata y gran cantidad de monedas de plata. Después, Lucio Veturio Filón presidió los comicios para la elección de cónsules ²⁴⁸, y todas las centurias, con enorme entusiasmo, eligieron cónsul a Publio Cornelio Escipión, sumándosele como colega el pontífice máximo Publio Licinio Craso. Se cuenta, por otra parte, que en aquellas elecciones hubo una participación superior a la de otras cualesquiera durante aquella guerra. Acudió gente de todas partes, no sólo para votar, sino para ver a Publio Escipión; acudían en masa a su casa, y al Capitolio cuando sacrificó a Júpiter cien bueyes que había pro-

²⁴⁸ Para el año 205.

metido con voto en Hispania, y estaban convencidos de 9
que así como Gayo Lutacio había puesto fin a la Guerra
Púnica anterior, también Publio Cornelio pondría fin a
la que ahora tenían encima, y lo mismo que había echado de 10
Hispania a todos los cartagineses, también los iba a echar
de Italia; y como si en Italia estuviese ya resuelta la gue-
rra, le destinaban la provincia de África. Se celebraron luego
las elecciones de pretores. Fueron elegidos dos que enton- 11
ces eran ediles de la plebe, Espurio Lucrecio y Gneo Octa-
vio, y de los que no tenían cargo Gneo Servilio Cepión
y Lucio Emilio Papo.

En el año decimocuarto de la Guerra Púnica, una vez, 12
que Publio Cornelio Escipión y Publio Licinio Craso to-
maron posesión del consulado, se les asignaron las provin-
cias a los cónsules: Sicilia a Escipión, sin sorteo, con el
consentimiento de su colega porque la atención a los asun-
tos religiosos lo retenía en Italia como pontífice máximo,
y el Brucio a Craso. Después se sortearon las provincias 13
pretorias. A Gneo Servilio le correspondió la pretura urba-
na; Arímino —así llamaban a la Galia— a Espurio Lucre-
cio; Sicilia a Lucio Emilio, y Cerdeña a Gneo Octavio.

Se reunió el senado en el Capitolio. Publio Escipión 14
presentó una moción y se aprobó un senadoconsulto dis-
poniendo que los juegos que había prometido con voto
en Hispania durante la sublevación militar se celebrasen
con parte del dinero que él mismo había aportado al erario.

Después presentó en el senado a los embajadores sa- 39
guntinos. Habló el de más edad: «Aunque no hay males
peores, padres conscriptos, que los que hemos padecido
por guardaros lealtad hasta las últimas consecuencias, son
sin embargo tan grandes los servicios que nos habéis pres-
tado vosotros y vuestros generales que no lamentamos nues-
tros quebrantos. Emprendisteis la guerra por causa nues- 2

tra, y una vez emprendida la sostenéis desde hace trece años con tal tesón que en más de una ocasión habéis estado vosotros y habéis puesto al pueblo cartaginés en situación extremadamente crítica. A pesar de tener en Italia una guerra tan atroz y un enemigo como Aníbal, enviasteis a Hispania un cónsul y un ejército como para reunir los restos de nuestro naufragio. Desde que llegaron a la provincia Publio y Gneo Escipión no cesaron ni un momento de hacer lo que nos favorecía a nosotros y perjudicaba al enemigo. Antes de nada nos devolvieron nuestra ciudad; enviaron a buscar a nuestros conciudadanos por toda Hispania, que habían sido vendidos como esclavos, y los convirtieron de esclavos en libres de nuevo. Cuando casi habíamos pasado de la situación más deplorable a otra envidiable, vuestros generales Publio y Gneo Escipión perecieron, y la aflicción fue casi mayor para nosotros que para vosotros».

«Realmente parecía entonces que se nos había traído desde lejanos lugares a nuestra antigua morada únicamente para que pereciéramos de nuevo y viéramos una segunda destrucción de nuestra patria, y que para nuestra ruina ni siquiera hacía falta un general ni un ejército cartaginés: podían aniquilarnos los túrdulos²⁴⁹, nuestros enemigos inveterados, que ya habían sido la causa de nuestra primera desgracia. Entonces, inesperadamente, de pronto nos enviasteis a este Publio Escipión, nuestra esperanza, sostén y salvación; nos consideramos los más afortunados de todos los saguntinos porque lo hemos visto y a la vuelta les podremos decir a nuestros conciudadanos que lo hemos visto proclamado cónsul a él, que, después de tomarles a vuestros enemigos en Hispania un gran número de ciudades,

²⁴⁹ Vecinos de los turdetanos, entre éstos y los oretanos. Muy lejos de Sagunto.

siempre apartó a los saguntinos de entre los demás prisioneros y los envió de nuevo a su patria; él, por último, 11 dejó tan maltrecha con la guerra a la Turdetania ²⁵⁰, enemiga nuestra tan encarnizada que Sagunto no podría subsistir mientras aquel pueblo permaneciera incólume, que ya no es motivo de temor ni para nosotros ni tampoco, (dicho sea sin que se tome a mal), para nuestros descendientes. Vemos destruida la ciudad de aquellos en considera- 12 ción a los cuales Aníbal había destruido Sagunto; del producto de sus tierras cobramos un tributo que nos resulta tan grato por lo que tiene de venganza como por su interés material. Por estos beneficios —mayores no los podíamos 13 pedir ni esperar de los dioses inmortales— el senado y el pueblo de Sagunto nos enviaron a nosotros diez, embajadores suyos, para daros las gracias y al mismo tiempo para 14 daros la enhorabuena porque habéis operado durante estos años en Hispania y en Italia con tal acierto que tenéis Hispania bajo el dominio de vuestras armas no ya hasta el Ebro sino hasta donde el Océano pone límite a los últimos confines de la tierra, y en Italia sólo le habéis dejado al cartaginés el recinto limitado por la empalizada de su campamento. Tenemos instrucciones de darle las gracias por 15 esto a Júpiter Óptimo Máximo, protector de la ciudadela capitolina, y también, si vosotros lo permitís, de llevarle al Capitolio este presente, una corona de oro, por vuestra victoria. Os rogamos que nos autorizéis a ello y también 16 que, si os parece bien, ratifiquéis para siempre con vuestra autoridad los beneficios que nos concedieron vuestros generales».

El senado respondió a los embajadores saguntinos que 17 la destrucción y reconstrucción de Sagunto sería en el futu-

²⁵⁰ Cf. XXI 6, 1 y nota.

ro para el mundo entero un ejemplo de lealtad entre alia-
 18 dos mantenida por ambas partes; que sus generales habían
 actuado de forma correcta y regular y conforme a la vo-
 luntad del senado al reconstruir Sagunto y liberar de la
 esclavitud a los ciudadanos saguntinos; que cualquier otro
 beneficio que les hubieran hecho se había debido a la vo-
 luntad expresa del senado; y que se les autorizaba a depo-
 19 sitar su ofrenda en el Capitolio. Después se dio orden de
 proporcionar a los embajadores alojamiento y hospitali-
 dad y que en calidad de obsequio se les diese a cada uno
 20 no menos de diez mil ases. A continuación fueron introdu-
 21 cidas en el senado y escuchadas las demás embajadas. Los
 saguntinos pidieron visitar Italia hasta donde les fuera po-
 sible sin riesgo; se les asignaron guías y se enviaron cartas
 a las ciudades para que acogieran amistosamente a los his-
 22 panos. Después se sometieron a debate las cuestiones de
 Estado, el reclutamiento de tropas y las provincias.

40 *Discurso de
 Fabio
 en contra
 del plan
 de Escipión* La gente comentaba que el África, co-
 mo nueva provincia, estaba destinada a
 Publio Escipión sin entrar en sorteo; él
 mismo, no contento ya con una gloria me-
 nor, decía que había sido proclamado
 cónsul no sólo para hacer la guerra sino para finalizarla,
 2 y que la única forma de poder hacerlo era pasando él mis-
 mo a África con un ejército, y declaraba abiertamente que
 pensaba hacerlo por mediación del pueblo si el senado se
 oponía, plan que no gustaba en absoluto a los senadores
 más relevantes, mientras que los otros, por temor o por
 cálculo, se limitaban a murmurar; se le pidió entonces su
 3 parecer a Quinto Fabio Máximo y dijo: «Sé que muchos
 de vosotros, padres conscriptos, consideran cerrada la cues-
 tión que hoy se trata, y que será inútil la intervención de
 quien exprese su parecer acerca de la provincia de África

como si fuera una cuestión sin decidir aún. Pero en primer 4
lugar yo no sé cómo es ya de forma indiscutible campo
de operaciones del valiente y esforzado cónsul el África,
cuando ni el senado ha propuesto ni el pueblo mandado
que sea provincia para este año. En segundo lugar, si lo 5
es, en mi opinión quien no actúa bien es el cónsul que
se burla del senado simulando someterle una cuestión ya
decidida, y no el senador que cuando le toca el turno ex-
pone su criterio sobre aquello que se somete a debate.
Yo bien sé que si manifiesto mi desacuerdo con estas pri- 6
sas por pasar a África tendré que afrontar dos acusacio-
nes: una, la falta de decisión característica de mi manera de 7
ser, que los más jóvenes pueden llamar medrosidad e indo-
lencia, si bien yo no tengo que arrepentirme hasta la fecha
de mis planteamientos, que en la práctica han resultado
mejores aunque a primera vista los de otros siempre hayan
parecido más brillantes; otra, la de envidia y resentimiento 8
con la gloria de día en día creciente del valerosísimo cón-
sul. Si no me libran de esta sospecha ni la vida que he 9
llevado ni mis costumbres ni mi dictadura y mis cinco con-
sulados ni la gloria conseguida en la guerra y en la paz,
tan grande que más que ambicionarla estoy cansado de
ella, que al menos me libre mi edad. ¿Qué celos puedo
sentir, en efecto, de quien no tiene ni siquiera la edad de
mi propio hijo? Cuando yo era dictador y estaba aún en 10
plenitud de fuerzas y en el desenvolvimiento de mis mayo-
res empresas, nadie me oyó oponerme, ni en el senado ni
ante el pueblo, a que se le concediesen a un jefe de la
caballería que me atacaba unos poderes iguales a los
míos ²⁵¹, cosa inaudita hasta entonces; preferí conseguir 11
con hechos más que con palabras que quien en opinión

²⁵¹ Cf. XXII 25 y ss.

- de algunos estaba a mi nivel, al poco tiempo reconociera
12 él mismo mi superioridad; razón de más para que yo, que
he desempeñado todos los cargos, no vaya a pretender en-
trar en regateos y rivalidades con un joven en pleno es-
13 plendor de la edad, y todo para que la provincia de África,
si le es negada a éste, se me asigne a mí que estoy
cansado ya no sólo de actuar sino incluso de vivir. Hay
que vivir y morir con la gloria que se ha conseguido.
14 Yo impedí que Aníbal venciera para que también vosotros,
que ahora estáis en plenitud de fuerzas, pudierais ven-
cerlo».
- 41 «Tratándose de mí, nunca di más importancia a la opi-
nión de la gente que a los intereses del Estado; justo es,
Publio Cornelio, que me perdones si tampoco antepongo tu
2 gloria al bien común. Ciertamente que si no hubiese ninguna
guerra en Italia o se tratase de un enemigo cuya derrota
no iba a reportar la menor gloria, quien te retuviese en
Italia, aunque lo hiciese por razones de bien común, po-
dría parecer que lo que pretendía era escamotearte, junto
3 con la guerra, los medios de conseguir la gloria. Pero dado
que un enemigo como Aníbal lleva más de trece años ocu-
pando Italia con un ejército intacto, ¿te parecerá poca tu
gloria, Publio Cornelio, si durante tu consulado expulsas
de Italia a un enemigo que nos causó tanto luto y tantas
derrotas y, de igual forma que Gayo Lutacio tuvo el honor
de poner fin a la Primera Guerra Púnica ²⁵², tú tienes
4 el de poner fin a ésta? A menos que sea más importante
que Aníbal el general Amílcar o aquella guerra que ésta,
y que aquella victoria vaya a ser mayor y más brillante
que ésta, y eso en el caso de que obtengamos la victoria
5 durante tu consulado. ¿Vas a preferir haber desalojado a

²⁵² Cf. *Per.* XIX 12.

Amílcar de Drépanos²⁵³ y del Érice a echar de Italia a Aníbal y los cartagineses? Ni tú mismo, aunque aprecies 6 más la gloria ya adquirida que la que esperas, te sentirás más orgulloso de haber liberado de la guerra a Hispania que a Italia».

«Siendo aún quien es Aníbal, el que prefiera otra gue- 7 rra dará impresión de tenerle miedo más que de menospreciarlo. ¿Por qué entonces no te ciñes a esta guerra y, en 8 lugar de esos rodeos de esperar que cuando pases a África te seguirá Aníbal hasta allí, no diriges la ofensiva directamente desde aquí hacia donde está Aníbal? ¿Aspiras a esa gloria insigne de poner fin a la Guerra Púnica? El orden 9 natural es éste: ir a atacar lo que es de otro después de defender lo tuyo. Haya paz en Italia antes que guerra en África, y aléjese de nosotros la amenaza antes de amenazar a otros. Si pueden hacerse las dos cosas bajo tu mando 10 y con tus auspicios, ataca Cartago allí después de vencer a Aníbal aquí; si una de las dos victorias ha de quedar para los nuevos cónsules, ésta será más importante y más 11 brillante, y además será la causa de la otra. Y es que en estos momentos, aparte de que el tesoro público no puede sostener dos ejércitos por separado en Italia y en África, aparte de que no queda nada con que mantener las flotas 12 y de donde sacar para proporcionarles suministros, ¿quién no se percata de la gravedad del peligro que afrontamos? Publio Licinio hará la guerra en Italia y Publio Escipión en África. ¿Y bien? Supongamos (que los dioses todos ale- 13 jen este supuesto que mi ánimo se estremece sólo con formular, pero lo que ya ha ocurrido puede volver a ocurrir), supongamos que Aníbal sale vencedor y marcha sobre Ro-

²⁵³ Drépanos (Trápani), puerto de la costa occidental de Sicilia. El monte Érice (San Giuliano), a siete Kms.

ma: ¿te haremos venir de África entonces al fin a ti, el
 14 cónsul, igual que a Quinto Fulvio de Capua ²⁵⁴? ¿Y si en
 África la suerte de la guerra es la misma? Sírivate de lec-
 ción tu propia familia, tu padre y tu tío, y sus ejércitos
 15 exterminados en un espacio de treinta días allí donde a
 lo largo de varios años, llevando a cabo las mayores em-
 presas por tierra y mar, habían engrandecido entre los pue-
 blos extranjeros el nombre del pueblo romano y el de vues-
 16 tra familia. No me alcanzaría el día si quisiera enumerar
 los reyes y generales que pasaron de forma temeraria a
 suelo enemigo con el resultado de los mayores desastres
 17 para ellos y sus ejércitos. Los atenienses, pueblo de gran
 sensatez, dejaron una guerra en su territorio por iniciativa
 de un joven tan emprendedor como noble ²⁵⁵ cruzando a
 Sicilia con una gran flota, y en una sola batalla naval deja-
 ron malparado para siempre a su floreciente Estado».

42 «Pero me estoy remontando a hechos muy alejados en
 el espacio y en el tiempo. Sírannos de muestra esa misma
 África y Marco Atilio ²⁵⁶, ejemplo elocuente de las dos
 2 caras de la fortuna. Cuando desde alta mar veas África,
 Publio Cornelio, te parecerá que tus Hispanias han sido
 un juego y una broma. ¿Cuál es, en efecto, la semejanza?
 3 Navegando a lo largo de las costas de Italia y de la Galia
 en un mar libre de enemigos abordaste con tu flota a Am-
 purias, una ciudad aliada; desembarcadas las tropas, las
 condujiste hacia unos aliados y amigos del pueblo roma-
 no, a Tarragona, por parajes que no ofrecían el menor peli-
 4 gro; posteriormente la marcha desde Tarragona fue atrave-
 sando guarniciones romanas; junto al Ebro estaban los ejér-

²⁵⁴ Cf. XXVI 8 s.

²⁵⁵ Alcibíades.

²⁵⁶ Régulo, cónsul en 267 y 256. Cf. *Per.* XVII 7 y XVIII 1 ss.

citos de tu padre y de tu tío, a los que su propia desgracia había encorajinado más tras la pérdida de sus generales, y, aunque irregular, había un jefe, aquel Lucio Marcio provisionalmente elegido por votación de los soldados, que, de haber tenido, por otra parte, el lustre de la nobleza y del desempeño de cargos en debida forma, habría sido igual a los jefes famosos en todas las artes de la guerra. Cartagena fue asaltada con toda tranquilidad, sin que ninguno de los tres ejércitos cartagineses defendiera a sus aliados. Las otras empresas, y no voy a quitarles importancia, no pueden compararse bajo ningún concepto con una guerra en África, donde no hay ningún puerto abierto a nuestra flota, ningún territorio dominado, ninguna ciudad aliada, ni un rey amigo, ni lugar donde hacer alto o al que dirigirse; dondequiera que vuelvas la vista en torno, todo es hostil y amenazador».

«¿O es que confías en Sifax y en los númidas? Bástete con haber confiado una vez; no siempre sale bien la temeridad, y el engaño se gana la credibilidad en las cosas poco importantes primero, para engañar sacando gran provecho cuando merece la pena. Quienes primero envolvieron a tu padre y tu tío no fueron los enemigos con las armas sino sus aliados los celtíberos con una trampa; tú mismo no corriste tanto peligro con Magón y Asdrúbal, generales enemigos, como con Indíbil y Mandonio, acogidos a tu protección. ¿Puedes confiar en los númidas, tú que viviste la experiencia de un amotinamiento de tus propios soldados? Tanto Sifax como Masinisa prefieren ser ellos en vez de los cartagineses los más poderosos en África, y prefieren que lo sean los cartagineses en lugar de cualquier otro. Ahora los incita la rivalidad entre ellos y los enfrentamientos por cualquier motivo porque la amenaza exterior está lejos; ponles delante las armas romanas y un ejército ex-

tranjero, e inmediatamente correrán todos a una para apagar un incendio común. Aquellos mismos cartagineses defendieron Hispania de una manera, y de otra distinta defenderán las murallas de su patria, los templos de los dioses, los altares y los hogares, cuando al marchar al combate salga acompañándolos su esposa temblorosa y se les pongan delante sus hijos pequeños».

12 «¿Qué ocurrirá después si los cartagineses, cobrando confianza suficiente en el común sentir de África, en la fidelidad de los reyes aliados y en sus propias murallas, y viendo a Italia desprovista de tu protección y de tu ejército, envían a su vez un nuevo ejército a Italia desde África, o le ordenan a Magón, que, como se sabe con certeza, abandonó las Baleares con su flota y navega ya frente a las costas de los lígures alpinos, que se reúna con Aníbal?

13 ca, o le ordenan a Magón, que, como se sabe con certeza, abandonó las Baleares con su flota y navega ya frente a las costas de los lígures alpinos, que se reúna con Aníbal?

14 Pues que estaremos en el mismo peligro en que estuvimos hace poco cuando pasó a Italia ese Asdrúbal al que tú, que piensas sitiar con tu ejército no ya Cartago sino África entera, dejaste escapar de las manos hacia Italia. Dirás que

15 lo habías vencido; pero la verdad es que yo desearía, y ello no sólo por el bien del Estado sino por el tuyo, y con mayor razón, que no se le hubiera franqueado a un vencido el camino hacia Italia. Permite que atribuyamos a tu estrategia todo lo que resultó un acierto para ti y para el imperio del pueblo romano, y que releguemos lo adverso a los azares inciertos de la guerra y de la fortuna;

16 cuanto mejor y más valeroso eres, con mayor motivo la patria e Italia entera guarda para sí a un adalid semejante. Ni siquiera tú puedes negar que donde esté Aníbal allí está el núcleo y el fuerte de esta guerra, puesto que ostensiblemente tratas de hacer ver que la razón que tienes para

17 pasar a África es arrastrar hacia allí a Aníbal. O aquí o allí, por tanto, tendrás que vértelas con Aníbal».

«¿Serás, en fin, acaso, más fuerte en África tú solo, o aquí con tu ejército unido al de tu colega? ¿Ni siquiera los cónsules Claudio y Livio con su reciente ejemplo son una prueba de la importancia que tiene esa unión? Pues 18
qué, ¿será, en fin, Aníbal más fuerte en armas y hombres en el último rincón del Brucio, donde lleva ya bastante tiempo reclamando inútilmente ayuda de su patria, o cerca de Cartago, con toda África como aliada? ¿Qué táctica es 19
esa de preferir luchar donde tus fuerzas están reducidas a la mitad y las del enemigo son mucho mayores, y no donde se habrá de combatir con dos ejércitos frente a uno agotado de tantas batallas y tan larga y dura guerra? Juzga tú 20
el parecido entre tu estrategia y la de tu padre. Él había marchado como cónsul a Hispania y retornó a Italia desde la provincia para salirle al paso a Aníbal a su bajada de los Alpes; tú, estando Aníbal en Italia, te dispones a abandonarla no porque lo creas útil para el Estado sino porque consideras que es importante y glorioso para ti, igual que 21
cuando dejaste la provincia y el ejército sin autorización legal ni senadoconsulto: tú, un general del pueblo romano, confiaste a dos naves la suerte del Estado y la majestad del imperio, que entonces corrían el mismo peligro que tu persona. Yo considero, padres conscriptos, que Publio Cor- 22
nelio ha sido nombrado cónsul para el Estado y para nosotros, no para sus particulares intereses, y que los ejércitos han sido alistados para la defensa de Roma y de Italia, no para que los cónsules de forma arrogante como si fueran reyes se los lleven al lugar de la tierra que ellos quieran».

43

*Discurso
de réplica
de Escipión*

Con un discurso adaptado a las circunstancias, con su autoridad, y con su inveterada fama de prudente, Fabio había hecho efecto en una gran parte de los senadores, y de un modo especial en los de

más edad, y muchos elogiaban más la sensatez del anciano que el talante impetuoso del joven. Entonces Escipión, dicen, habló así: «El propio Quinto Fabio, padres conscriptos, reconoció al comenzar su discurso que su parecer podía ser sospechoso de envidia; yo no me atrevería a acusar de algo semejante a un hombre tan grande, pero esa sospecha no ha sido erradicada del todo, sea por culpa del discurso o de la realidad misma. En efecto, para neutralizar la acusación de envidia ha ensalzado con sus palabras las magistraturas que desempeñó y la gloria de las empresas que llevó a cabo como si yo corriese peligro de que rivalizase conmigo la persona de más baja condición social, y no quien, porque ocupa una posición de preeminencia sobre los demás, posición a la que no oculto que aspiro también yo, no quiere que me iguale a él. Se ha presentado a sí mismo como un anciano que llegó a la cima de los honores y a mí me ha situado por debajo de su hijo en edad, como si el ansia de gloria no se extendiera más allá de los límites de la vida humana y no tuviera en su mayor parte una prolongación en el recuerdo de la posteridad. Doy por seguro que a los más grandes hombres les ocurre que se les parangona no sólo con sus contemporáneos sino con los hombres ilustres de todas las épocas. Yo, la verdad, no oculto, Quinto Fabio, que pretendo no sólo igualar tu gloria sino incluso, si es posible, y no te parezca mal lo que voy a decir, superarla. Que tu actitud con respecto a mí y la mía con respecto a los más jóvenes no sea de querer que no surja ningún ciudadano

semejante a nosotros, pues ello iría en perjuicio tanto de aquellos a los que envidiásemos como del Estado y casi de todo el género humano».

«Ha subrayado la gravedad del peligro al que me expondría si pasase al África para parecer preocupado no sólo por la suerte del Estado y del ejército sino por la mía también. ¿De dónde ha salido ese repentino interés por mí? Cuando mataron a mi padre y a mi tío, cuando sus dos ejércitos estuvieron al borde del exterminio, cuando las Hispanias estaban perdidas, cuando cuatro ejércitos cartagineses y cuatro generales lo dominaban todo por el terror y las armas, cuando se buscaba un general para aquella guerra y nadie se presentaba, nadie se atrevía a dar su nombre a no ser yo, cuando entonces el pueblo romano me confió el mando supremo a mí, que tenía veinticuatro años, ¿por qué nadie hacía referencia entonces a mi edad, al poder del enemigo, a las dificultades de la guerra, a la reciente derrota de mi padre y de mi tío? ¿Es que se ha sufrido ahora en África algún descalabro mayor que el que se había sufrido entonces en Hispania? ¿Acaso hay ahora en África mayores ejércitos y más y mejores jefes que en Hispania entonces? ¿O es que mi edad era entonces más madura que ahora para dirigir una guerra? ¿O es más fácil hacer la guerra contra el enemigo cartaginés en Hispania que en África? Después que derroté y puse en fuga a cuatro ejércitos cartagineses, después que tomé por la fuerza o sometí por miedo a tantas ciudades a nuestro dominio, después que lo conquisté todo hasta el Océano, tantos reyezuelos y tantos fieros pueblos, después que conquisté Hispania entera de forma que no queda resto alguno de guerra, es fácil quitar importancia a mis hazañas, como sería fácil, por Hércules, si volviera victorioso de África, quitar importancia a esas mismas dificultades que

ahora, para retenerme, se exageran para que parezcan terribles».

- 17 «Afirma que no hay acceso a África, afirma que no hay abierto ningún puerto. Recuerda a Marco Atilio apresado en África, como si Marco Atilio hubiese tenido su tropiezo nada más llegar a África, y no recuerda que a este mismo general, tan poco afortunado, se le abrieron sin embargo los puertos de África, y que durante el primer año llevó muy bien las operaciones, y que, por lo que a generales cartagineses se refiere, se mantuvo invicto hasta
- 18 el final. De modo que con ese ejemplo no me vas a asustar lo más mínimo. Si se hubiera sufrido esa derrota en esta guerra y no en la anterior, no cuarenta años atrás sino recientemente, ¿por qué el apresamiento de Régulo me iba a impedir pasar a África más que la muerte de los Escipio-
- 19 nes trasladarme a Hispania? Yo no admitiría que el nacimiento del espartano Jantipo ²⁵⁷ hubiese sido más afortunado para Cartago que el mío para mi patria, y precisamente el hecho de que el valor de un solo hombre pueda
- 20 tener tanta importancia acrecentaría mi confianza. Pero además tenemos que escuchar que los atenienses pasaron a
- 21 Sicilia temerariamente dejando la guerra en casa. Ya que tienes tiempo para contar historias griegas, ¿por qué entonces no nos cuentas más bien que Agatocles, rey de Siracusa ²⁵⁸, cuando Sicilia llevaba largo tiempo ardiendo con la guerra de los cartagineses, pasó a esta misma África y llevó la guerra al lugar de donde había partido?».

- 44 «Pero, ¿qué necesidad hay de demostrar con ejemplos antiguos y del exterior lo ventajoso que es adelantarse a atemorizar al enemigo y alejar de uno mismo el peligro

²⁵⁷ Cf. *Per.* XVIII 2.

²⁵⁸ Fallecido en 289.

poniendo en aprietos al otro? ¿Puede haber algún ejemplo 2 mayor y más actual que Aníbal? Hay una gran diferencia entre saquear el territorio ajeno y ver que el propio es quemado y destruido; es más alta la moral del que ataca que la de quien se defiende. Además, el miedo de las cosas desconocidas es mayor: cuando se entra en su territorio se pueden observar de cerca los puntos fuertes y débiles del enemigo. Aníbal no había contado con que se iban a pasar 4 a su bando tantos pueblos de Italia, y después de la derrota de Cannas lo hicieron; ¡cuánto menos sólida y estable será en África la situación de los cartagineses, aliados desleales y amos déspotas y crueles! Por otra parte, nosotros, 5 incluso abandonados por nuestros aliados, nos mantuvimos firmes con nuestras propias fuerzas, con soldados romanos; los cartagineses no tienen fuerzas nacionales, tienen soldados mercenarios, africanos y númeridas, que por su carácter cambian de bando con gran facilidad. Sólo con 6 que aquí no se produzca ninguna dilación, oiréis a la vez que he realizado la travesía, que África arde en guerra, que Aníbal se dispone a salir de aquí y que Cartago está sitiada. Esperad noticias procedentes de África más satisfactorias y frecuentes que las que recibíais procedentes de Hispania. Estas esperanzas se basan en la fortuna del 7 pueblo romano, en los dioses, testigos de la violación de los tratados por parte del enemigo, y en los reyes Sifax y Masinisa, en cuya lealtad yo me apoyaré siempre y cuando me haya protegido bien contra una traición».

«La guerra desvelará muchas cosas que ahora debido 8 a la distancia no se ven con claridad; es deber de un hombre y de un jefe aprovechar la suerte cuando se presenta y adaptar a sus propios planes lo que la casualidad le ofrece. Tendré, Quinto Fabio, el antagonista que me asignas, 9 Aníbal; pero lo llevaré detrás de mí en lugar de que él

me retenga. Lo obligaré a luchar en su tierra, y el premio de la victoria será Cartago y no los fuertes medio derruidos del Brucio. En cuanto al temor de que el Estado sufra
10 daño aquí mientras cruzo el mar, desembarco el ejército en África y voy a acampar al pie de las murallas de Cartago, mira que no vaya a resultar ofensivo afirmar que lo que fuiste capaz de garantizar tú, Quinto Fabio, cuando
11 Aníbal victorioso recorría al vuelo toda Italia, eso mismo no es capaz de garantizarlo, ahora que Aníbal está machacado y casi destrozado, un hombre tan valeroso como el cónsul Publio Licinio, que si no entró en el sorteo de una provincia tan lejana fue precisamente para que el culto re-
12 ligioso no quede sin pontífice máximo. Aun en el caso, por Hércules, de que no se adelantase nada el final de la guerra de esta forma que yo pienso, al menos era propio de la dignidad del pueblo romano y de su prestigio ante los reyes y pueblos extranjeros dar la impresión de que tenemos coraje no sólo para defender Italia sino incluso para llevar la ofensiva a África, y que no se creyera y divul-
13 gara que ningún general romano se atreve a lo que se atrevió Aníbal, y que en la Primera Guerra Púnica, cuando era Sicilia el objeto de la contienda, nuestros ejércitos y nuestras flotas atacaron África tantas veces mientras que, ahora que se lucha por Italia, África está tan tranquila.
14 Descanse por fin Italia, tan largamente maltratada; en su
15 lugar sea abrasada y devastada África. Amenacen las puertas de Cartago los campamentos romanos, en vez de que veamos nosotros de nuevo la trinchera enemiga desde nuestras murallas. Sea África el escenario de lo que queda de guerra; recaigan sobre ella el pánico y la huida, la devastación de los campos, la sublevación de los aliados y las demás calamidades de la guerra que han caído sobre nosotros durante catorce años».

«Basta con haber hablado de lo que concierne al Esta- 16
do, a la guerra que se avecina y a las provincias sobre
las que se está tratando; mi discurso sería largo y sin inte- 17
rés para vosotros si, del mismo modo que Quinto Fabio
infravaloró las gestas que yo realicé en Hispania, yo qui-
siera a mi vez con mis palabras tomar a broma su gloria
y magnificar la mía. No haré ninguna de las dos cosas, 18
padres conscriptos, y, si no en otra cosa, al menos lo supe-
raré yo, un joven, a él, un anciano, en la moderación y
el control de mis palabras. He vivido y obrado con la nor-
ma de darme fácilmente por contento, sin hablar, con la
opinión que libremente tuvierais formada de mí».

Escipión fue escuchado con cierto dis- 45

*Preparativos para
la expedición
de Escipión
a África.*

*Desembarco de
Magón
en Liguria*

gusto porque se había corrido la voz de
que pensaba apelar de inmediato al pue-
blo si no conseguía en el senado la asig-
nación de la provincia de África. Por eso 2
Quinto Fulvio, que había sido cónsul cua-
tro veces y censor, pidió al cónsul que

manifestara claramente en el senado si dejaba que los se-
nadores decidieran acerca de las provincias e iba a ate-
nerse a lo que acordaran o pensaba apelar al pueblo.
Escipión respondió que haría lo que demandase el interés 3
del Estado. Entonces Fulvio dijo: «No te formulé la pre- 4
gunta porque ignorase lo que ibas a contestar o hacer, pue-
sto que dejás entrever con claridad que no consultas sino
que sondeas al senado y que, si no te asignamos al instante
la provincia que quieres, tienes preparada la apelación al
pueblo. Por consiguiente, tribunos de la plebe, pido que 5
me apoyéis al no exponer mi parecer, porque aunque la
votación me fuese favorable el cónsul no la dará por
válida». A continuación se originó una discusión, soste- 6
niendo el cónsul que no era legal que los tribunos usaran

el veto para excusar a alguien de que llegado su turno expusiera su parecer si se le demandaba. Los tribunos emitieron la siguiente resolución: «Si el cónsul somete al senado la deliberación acerca de las provincias, nuestro criterio es que debe atenerse a lo que el senado determine, y no permitiremos que traslade la cuestión al pueblo. Si no la somete, daremos nuestro apoyo a quien rehúse pronunciarse sobre dicha cuestión».

8 El cónsul pidió un día para cambiar impresiones con su colega. Al día siguiente se sometió a la decisión del senado. Las provincias fueron asignadas así: a uno de los cónsules, Sicilia y treinta naves de espolón que había tenido el año anterior Gayo Servilio, autorizándolo a pasar a África si consideraba que así lo pedía el interés del Estado; 9 al otro cónsul, el Brucio y la guerra con Aníbal, con el ejército que prefiriera de los dos que había allí. Lucio Veturio y Quinto Cecilio sortearían entre ellos o se pondrían de acuerdo sobre quién de los dos operaría en el Brucio 10 con las dos legiones que dejase el cónsul, y al que le tocase aquella provincia se le prorrogaría el mando por un año. También a los demás que, aparte de cónsules y pretores, iban a estar al frente de los ejércitos y provincias se les 11 prorrogó el mando. A Quinto Cecilio le tocó en suerte dirigir junto con el cónsul las operaciones contra Aníbal en el Brucio.

12 Se celebraron luego con una gran concurrencia y entusiasmo de los asistentes los juegos de Escipión. Fueron enviados a Delfos como diputados Marco Pomponio Matón y Quinto Cacio para llevar un donativo del botín de Asdrúbal. Llevaron una corona de oro de doscientas libras y reproducciones de los despojos labradas con mil libras de plata.

Escipión, que no había conseguido, ni tampoco pedido 13 con demasiada insistencia, efectuar un reclutamiento, consiguió autorización para coger voluntarios, y como había 14 asegurado que la flota no le costaría nada al Estado, fue autorizado a recibir las aportaciones de los aliados para construir nuevas naves. Los pueblos de Etruria fueron los primeros en prometer que ayudarían al cónsul según las posibilidades de cada uno: Cere aportaría trigo para las 15 tripulaciones y toda clase de víveres; Populonia ²⁵⁹, hierro; Tarquinios, tela para las velas; Volaterra, armazones de naves y trigo; Arrecio, tres mil escudos y otros tantos cas- 16 cos, venablos romanos y galos, y lanzas largas, la misma cantidad de cada hasta completar un total de cincuenta mil, y hachas, azadones, toneles, piedras de moler, cuantas hi- 17 cieran falta para cuarenta naves de guerra, así como ciento veinte mil modios de trigo y provisiones de viaje para los decuriones y remeros; Perugia, Clusio y Ruselas, madera 18 para construir naves y gran cantidad de trigo. También se utilizó madera de los montes públicos. Los pueblos de 19 Umbría y aparte de éstos los de Nursia ²⁶⁰, Reate y Amiterno y todo el territorio sabino prometieron soldados. Muchos marsos, pelignos y marrucinos se alistaron voluntarios en la flota. Los camerter ²⁶¹, aliados de los romanos 20 en igualdad de derechos, enviaron una cohorte armada de seiscientos hombres. Se carenaron treinta naves (veinte quin- 21

²⁵⁹ Populonia, o Populonio, (Piombino), fue fundada *post XII populos in Etruria constitutos* (Servio, *ad Aen.* 10, 172), y pasó a formar parte de la Liga de las Doce Ciudades etruscas (a la que pertenecían todas las aquí mencionadas) en sustitución de Veyos. Ver V 33, 9 nota.

²⁶⁰ Nursia (Norcia), situada en la Sabina rodeada de montañas, figura en la lista de *praefecturae* de Festo pero se desconoce en qué fecha consiguió la ciudadanía plena.

²⁶¹ Sobre Cameria, ver I 38, 4.

querremes y diez cuatrirremes) y el propio Escipión siguió tan de cerca los trabajos que cuarenta y cuatro días después de haber sido acarreada la madera de los bosques fueron botadas las naves equipadas y armadas.

- 46 Escipión partió para Sicilia con treinta naves de guerra en las que había embarcado cerca de siete mil voluntarios.
- 2 Por su parte, Publio Licinio fue a reunirse en el Brucio con los dos ejércitos consulares. De éstos tomó a su mando el que había estado a las órdenes del cónsul Lucio Veturio. Dejó que Metelo siguiese al frente de las legiones
- 3 que ya había mandado, en el convencimiento de que le sería más fácil operar con hombres acostumbrados a sus órdenes. Los pretores también partieron en distintas direcciones hacia sus provincias. Y como faltaba dinero para la
- 4 guerra, los cuestores recibieron orden de vender la parte del territorio campano comprendida entre el Canal Griego ²⁶²
- 5 y el mar, autorizándose además la denuncia de las tierras pertenecientes a ciudadanos campanos a fin de que pasaran a dominio del pueblo romano; se fijó como recompensa para el denunciante la décima parte del valor de las tie-
- 6 rras denunciadas. También se le hizo al pretor urbano Gneo Servilio la encomienda de que los ciudadanos campanos residiesen allí donde se le hubiera autorizado a cada uno por decreto del senado, y de tomar medidas contra los que viviesen en otro sitio.
- 7 En aquel mismo verano, Magón, el hijo de Amílcar, embarcó en la flota a la juventud que había reclutado y desde la isla menor de las Baleares donde había pasado el invierno trasladó a Italia en unas treinta naves de guerra
- 8 y muchas de transporte doce mil soldados de a pie y unos dos mil de a caballo, y tomó Génova al llegar inesperada-

²⁶² La *fossa Graeca* estaba cerca de Cumas.

mente, pues no había ninguna guarnición protegiendo sus costas. Desde allí se dirigió con la flota a la costa de los lígures alpinos, por si podía provocar allí alguna revuelta. El pueblo lígur de los ingaunos ²⁶³ estaba entonces en guerra con los epanterios montanos. Así pues, el cartaginés depositó el botín en la plaza fuerte alpina de Savón ²⁶⁴, dejó en el puerto diez naves de guerra para su defensa y envió las demás a Cartago para vigilar las costas porque corría el rumor de que Escipión estaba a punto de cruzar el mar; se alió con los ingaunos, pues prefería su amistad, y se dispuso a atacar a los montanos. Su ejército crecía de día en día, afluyendo los galos desde todas partes ante la fama de su nombre. El conocimiento de esta circunstancia a través de una carta de Espurio Lucrecio suscitó una viva preocupación entre los senadores, por temor a haberse alegrado en vano dos años antes por el aniquilamiento de Asdrúbal y su ejército si ahora surgía otra guerra parecida sin otro cambio que el del general. Por eso ordenaron al procónsul Marco Livio que trasladara de Etruria a Arimino su ejército de esclavos voluntarios, y se encargó al pretor Gneo Servilio que si lo consideraba útil para el Estado mandara sacar de Roma las dos legiones urbanas entregándole el mando a quien le pareciera. Marco Valerio Levino llevó a Arrecio estas legiones.

En aquellos mismos días, cerca de ochenta naves cartaginesas de transporte fueron capturadas junto a Cerdeña por Gneo Octavio, que mandaba en la provincia. Celio dice que iban cargadas con un envío de trigo y víveres para Aníbal, y Valerio ²⁶⁵, que transportaban a Cartago el bo-

²⁶³ Su capital, puerto de mar, era *Album Ingaunum* o *Albingaunum*, hoy Albenga. Más al norte, en las laderas alpinas, vivían los epanterios.

²⁶⁴ Hoy Savona. En la costa, al pie de los Alpes, al oeste de Génova.

²⁶⁵ Celio Antípatro y Valerio Anciate.

- 15 tén de Etruria y prisioneros lígures y montanos. En el Brucio apenas hubo acción alguna digna de mención en aquel año. Se propagó una epidemia causando parecidos estragos entre romanos y cartagineses, si bien al ejército cartaginés además de la enfermedad lo azotó también el hambre.
- 16 Aníbal pasó el verano cerca del templo de Juno Lacinia ²⁶⁶ y levantó allí un altar y lo dedicó con una gran inscripción grabada en caracteres púnicos y griegos refiriendo sus hazañas.

²⁶⁶ Cf. XXIII 33, 4.

LIBRO XXIX

SINOPSIS

AÑO 205 a. C.

Escipión recluta tropas en Sicilia (1 - 1, 18).

Sublevación en Hispania. Muerte de Indibil. Castigo de los responsables (1, 19 - 3, 5).

Lelio hace una incursión en África y se entrevista con Masinisa (3, 6 - 4).

Movimientos de Magón en Italia (5).

Escipión recupera Locros. Barbaridades de Pleminio (6-8).

Incidentes sangrientos entre romanos. Epidemia en ambos ejércitos (9 - 10, 3).

Vaticinio acerca del traslado a Roma de la estatua de Cibeles (10, 4 - 11, 8).

AÑO 204 a. C.

Elecciones en Roma. Paz en Grecia (11, 9 - 12).

Asignación de provincias. Llegada del símbolo de Cibeles a Roma (13-14).

Castigo de las doce colonias. Amortización de deuda pública (15 - 16, 3).

La diputación locrense ante el senado romano (16, 4 - 18).

Críticas contra Pleminio. Envío de una comisión investigadora. Arresto de Pleminio (19-21).

lla expedición por su dificultad y su dureza; si era así co- 6
mo sentían algunos, prefería que se lo confesaran de inme-
diato a que manifestaran después su descontento siendo
unos soldados remisos e inútiles para el Estado; que expu-
sieran lo que pensaban, que él los escucharía sin incomo-
darse. Cuando uno de ellos se atrevió a decir que él, la 7
verdad, si fuera libre para elegir, preferiría no participar
en la campaña, Escipión le dijo: «Pues ya que no has ocul- 8
tado lo que pensabas, muchacho, te voy a dar un sustitu-
to; le entregarás las armas, el caballo y el resto del equipo
militar, te lo llevarás de aquí a tu casa inmediatamente,
lo entrenarás y te ocuparás de adiestrarlo en el manejo
del caballo y de las armas». Aceptó gustoso la propuesta 9
y Escipión le entregó a uno de los trescientos jóvenes que
tenía sin armas. Cuando los demás vieron exonerado de
esta forma al jinete con el reconocimiento del general, iban
aduciendo cada uno su excusa y recibiendo sus suplentes.
De este modo fueron reemplazados trescientos sicilianos 10
por jinetes romanos sin gasto alguno para el Estado. Los
sicilianos pusieron buen cuidado en instruirlos y entrenar-
los, porque había una orden del general de que quien no
lo hiciese así tomaría él parte en la campaña. Dicen que 11
este escuadrón resultó excelente y prestó buenos servicios
al Estado en muchos combates.

Después, al pasar revista a las legiones, seleccionó de 12
entre ellas a los soldados que tenían más años de servicio,
especialmente a los que habían militado a las órdenes de
Marcelo ²⁶⁸, a los que consideraba formados en la mejor 13
disciplina y además muy duchos en el ataque a las ciuda-
des después del prolongado asedio de Siracusa; pues lo que
rondaba por su mente no era ya una empresa de poca

²⁶⁸ Marco Claudio Marcelo, cónsul por quinta vez en 208.

guerra iba a más, lo habían llamado para hacer frente a Aníbal. Aparte de que los romanos en Hispania sólo tenían generales de nombre, también habían retirado de allí el ejército veterano; no había más que desconcierto, y una masa informe de novatos. Jamás se presentaría una ocasión como aquélla de libertar Hispania. Hasta entonces habían servido a los cartagineses o a los romanos, y no a unos u otros alternativamente, sino a ambos al mismo tiempo en algunas ocasiones. Los romanos habían expulsado a los cartagineses; si los hispanos se ponían de acuerdo podían echar a los romanos, de suerte que Hispania, libre para siempre de toda dominación extranjera, volviese a las costumbres y usanzas de sus antepasados. Exponiendo estas razones y otras parecidas sublevó no sólo a sus coterráneos sino a los ausetanos también, pueblo vecino, y a otros pueblos limítrofes a él y a éstos. Así, en cosa de unos pocos días, treinta mil hombres de a pie y unos cuatro mil de a caballo se concentraron en territorio sedetano, donde se les había ordenado.

Por su parte, los generales romanos Lucio Léntulo y Lucio Manlio Acidino²⁷⁰, ante el temor a que la guerra se extendiese si no se prestaba atención a los primeros movimientos, unieron también ellos sus ejércitos, atravesaron con sus tropas el territorio ausetano en son de paz como si este territorio hostil fuese amigo, llegaron a donde se habían establecido los enemigos y acamparon a una distancia de tres millas de su campamento. Primero se intentó infructuosamente a través de emisarios que depusieran las armas; después, cuando unos jinetes hispanos atacaron por sorpresa a los forrajeadores romanos, se envió a la caba-

²⁷⁰ Lucio Cornelio Léntulo había sido pretor en 211, y Acidino en 210.

llería desde la avanzadilla romana y se libró un combate ecuestre cuyo resultado no revistió especial relieve para ninguna de las dos partes. Al salir el sol al día siguiente aparecieron todos armados y formados en orden de combate a unos mil pasos del campamento romano. En el centro estaban los ausetanos; el ala derecha la ocupaban los ilergetes, y la izquierda pueblos hispanos poco conocidos; entre las alas y el centro habían dejado espacios libres suficientemente amplios para lanzar por ellos a la caballería cuando llegase el momento. Por su parte, los romanos alinearon su ejército como de costumbre, siguiendo únicamente en una cosa el ejemplo del enemigo: también ellos dejaron entre las legiones espacios libres para la caballería. Pero Léntulo, convencido de que sólo iba a utilizar la caballería quien primero lanzase sus jinetes por los espacios abiertos en el frente enemigo, mandó al tribuno militar Servio Cornelio que diese orden a los jinetes de lanzar sus caballos por las calles abiertas en las líneas enemigas. Él, como el combate de la infantería se inició con poca fortuna, se entretuvo solamente en llevar desde la reserva a primera línea a la legión decimotercera como apoyo de la duodécima que retrocedía, y que estaba situada en el ala izquierda haciendo frente a los ilergetes; una vez equilibrado allí el combate, fue a reunirse con Lucio Manlio, que estaba en primera línea dando ánimos y llevando refuerzos a donde la situación lo requería, y le comunicó que en el ala izquierda la cosa estaba asegurada, y que, de un momento a otro, Cornelio, al que él había enviado con ese fin, envolvería al enemigo con el huracán de la caballería.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando los jinetes romanos se lanzaron por entre los enemigos y desbarataron las líneas de infantería a la vez que les cerraron a los jinetes hispanos el espacio por donde lanzar sus caba-

llos. Renunciando, pues, a combatir a caballo, los hispanos 13
echaron pie a tierra. Los generales romanos al ver rotas
las filas del enemigo, su desconcierto y su pánico y el in-
cierto fluctuar de sus enseñas, animan a sus hombres y
les piden que carguen sobre los enemigos descompuestos y
no les dejen rehacer la formación. Los bárbaros no habrían 14
aguantado una acometida tan violenta si el propio Indíbil
no se hubiera puesto delante de la primera línea de in-
fantería con los jinetes que habían desmontado. Allí se 15
mantuvo una lucha encarnizada durante algún tiempo; al
fin, una vez que cayeron acribillados por los dardos los
que peleaban en torno al rey, que se mantenía en pie me-
dio muerto y después quedó clavado al suelo por una jaba-
lina, comenzó una huida en desbandada. Murieron muchos 16
más porque los jinetes no tuvieron tiempo de montar en
sus caballos y porque los romanos acosaron con dureza
a los desconcertados enemigos, y no cesaron hasta que tam-
bién les quitaron el campamento. Murieron aquel día trece 17
mil hispanos y cayeron prisioneros alrededor de mil ocho-
cientos; romanos y aliados cayeron poco más de doscien-
tos, especialmente en el ala izquierda. Los hispanos desa-
lojados del campamento y los que habían huido durante
la batalla primeramente se dispersaron por los campos y
después retornaron cada uno a su ciudad.

Convocados después por Mandonio a una reunión, en 3
la que se lamentaron de sus desastres y recriminaron con
dureza a los promotores del levantamiento, acordaron en-
viar embajadores con el propósito de entregar las armas
y llevar a cabo la rendición. Éstos echaron la culpa a Indí- 2
bil como promotor de la guerra y a los demás jefes, que
en su mayoría habían caído en el campo de batalla, y
cuando se ofrecieron a entregar las armas y rendirse se 3
les respondió que se aceptaba su rendición a condición de

que entregasen vivos a Mandonio y a los demás inductores de la guerra; en caso contrario, los romanos invadirían con su ejército el territorio de los ilergetes y de los ausetanos, y después el de los otros pueblos. Ésta fue la respuesta que se les dio a los embajadores y que transmitieron a la asamblea. Mandonio y los demás jefes fueron detenidos allí mismo y entregados al suplicio. Se les concedió la paz de nuevo a los pueblos de Hispania; se les exigió aquel año tributo doble y trigo para seis meses, y capotes y togas para el ejército, y se cogieron rehenes de cerca de treinta pueblos.

Así fue como en unos pocos días se suscitó y sin mayores trabajos se sofocó la sublevación de Hispania, y la amenaza se orientó por entero hacia África. Gayo Lelio abordó de noche cerca de Hipona Regia²⁷¹ y al amanecer marchó con sus tropas en formación regular, con las tripulaciones como refuerzo, a devastar el territorio. Vivían todos despreocupados como en tiempos de paz y se les ocasionaron grandes destrozos, y por toda Cartago hicieron cundir el pánico los que llegaron, despavoridos, con la noticia de que se había presentado una flota romana con el general Escipión —pues había corrido ya el rumor de que había pasado a Sicilia—. Como no sabían muy bien cuántas naves habían visto ni qué contingente estaba asolando los campos, el miedo les hacía exagerarlo todo. Consiguientemente, los ánimos fueron presa de un miedo cerval primero, y del abatimiento después: la suerte había dado un vuelco tal que los mismos que poco antes habían tenido, victoriosos, su ejército delante de

²⁷¹ *Hippo Regius* (cerca de la actual Annaba) estaba a diez días de marcha de Cartago. *Hippo Diarrhytus* (Bizerta) estaba mucho más próxima.

las murallas de Roma y tras derrotar a tantos ejércitos enemigos habían conseguido de grado o por la fuerza la sumisión de todos los pueblos de Italia, esos mismos, al cambiar la suerte de la guerra, iban a ver el saqueo de África y el asedio de Cartago, cuya capacidad de resistencia para soportar algo así no se podía comparar a la que habían tenido los romanos. A éstos, la plebe romana y el Lacio les habían proporcionado una juventud cada vez más fuerte y más numerosa, que renacía reemplazando a tantos ejércitos destruidos; en cambio su población, tanto urbana como rural, no estaba preparada para la guerra; a fuerza de dinero se reclutaban tropas auxiliares entre los africanos, gente poco de fiar y tornadiza ante el soplo de cualquier expectativa. En cuanto a los reyes, Sifax había hecho causa aparte después de su entrevista con Escipión²⁷², y Masinisa era un enemigo acérrimo en abierta rebelión. No había esperanza ni ayuda alguna por ninguna parte. Magón no suscitaba en la Galia ni un asomo de insurrección, ni se unía con Aníbal, y el propio Aníbal venía sufriendo un desgaste en prestigio y en fuerzas.

Entregados los ánimos a estas lamentaciones a raíz de las recientes noticias, la inminencia de la amenaza los llevó de nuevo a estudiar de qué forma se afrontaría el peligro del momento. Se acordó hacer a toda prisa una movilización en la ciudad y en el campo, mandar a contratar mercenarios africanos, fortificar la ciudad, hacer acopio de trigo, preparar armas ofensivas y defensivas, fletar naves y enviarlas a Hipona contra la flota romana. Cuando ya estaban tomando estas medidas, llegó por fin la noticia de que era Lelio y no Escipión quien había cruzado el mar, y sólo con las tropas precisas para hacer incursiones en

²⁷² Cf. XXVIII 18.

los campos; el peso de la guerra gravitaba aún sobre Sicilia.

4 Se tuvo así un respiro y se comenzó a enviar diputaciones a Sifax y a otros régulos para afianzar las alianzas. También se le enviaron embajadores a Filipo, prometiéndole doscientos talentos de plata si pasaba a Sicilia o a Italia.

5 Enviaron asimismo mensajes a sus propios generales a Italia para que retuvieran a Escipión intimidándolo por todos

6 los medios; a Magón, aparte de mensajeros, le enviaron veinticinco naves de guerra, seis mil soldados de infantería y ochocientos de caballería, siete elefantes, y además gran cantidad de dinero para reclutar mercenarios que le dieran confianza para acercarse a Roma con su ejército y unirse a Aníbal.

7 Mientras en Cartago se estudiaban y hacían estos preparativos, Masinisa, atraído por la noticia de la presencia de la flota romana, se presentó con unos cuantos jinetes a Lelio cuando se estaba llevando un enorme botín de un

8 territorio indefenso y desguarnecido. Masinisa se lamentó de la lentitud con que se movía Escipión, porque no había cruzado ya con su ejército a África mientras los cartagineses estaban en pleno desconcierto y Sifax ocupado en las guerras con sus vecinos, respecto al cual tenía la seguridad de que si se le daba tiempo para arreglar sus asuntos como él quería, no se comportaría de forma leal con los roma-

9 nos en nada. Debía animar y urgir a Escipión para que no perdiese tiempo; él, a pesar de que había sido expulsado de su reino, colaboraría con un contingente no despreciable de tropas de infantería y caballería; en cuanto al propio Lelio, no debía entretenerse en África, pues tenía entendido que había salido de Cartago una flota con la que era bastante arriesgado entrar en combate en ausencia de Escipión.

*Movimientos de
Magón
en Italia*

Después de esta entrevista Lelio se des- 5
pidió de Masinisa y al día siguiente zarpó
de Hipona con las naves cargadas de bo-
tin, regresó a Sicilia y le expuso a Esci-
pión las recomendaciones de Masinisa.

Más o menos por las mismas fechas, las naves enviadas 2
a Magón desde Cartago tocaron tierra entre los lígures al-
bingaunos y Génova. Casualmente tenía entonces Magón 3
su flota en aquellos parajes, y tras oír las palabras de los
emisarios instándole a reunir el mayor volumen posible de
tropas, convocó inmediatamente una asamblea de galos y lí-
gures —pues ambas etnias eran allí muy abundantes—. Dijo 4
que él había sido enviado para devolverles la libertad y
que además, como ellos mismos estaban viendo, se le en-
viaban refuerzos desde su patria, pero que dependía de ellos
la importancia de las fuerzas y del ejército con que condu-
cir aquella guerra. Había dos ejércitos romanos, uno en 5
la Galia y otro en Etruria; sabía positivamente que Espu-
rio Lucrecio pensaba unirse con Marco Livio; para hacer
frente a dos generales y dos ejércitos romanos era preciso
armar muchos miles de hombres. Los galos dijeron que 6
estaban muy predispuestos a ello, pero que, como tenían
un campamento romano dentro de su territorio y otro casi
a la vista en el vecino país de Etruria, si se hacía de domi-
nio público que ayudaban al cartaginés con tropas auxilia-
res, automáticamente los dos ejércitos en son de guerra
se lanzarían sobre su territorio; de los galos debía esperar
la ayuda que pudiera prestársele en secreto. Los lígures, 7
dado que los campamentos romanos estaban lejos de su
territorio y de sus ciudades, tenían libertad de movimien-
tos; era justo que ellos armaran a su juventud y asumieran
la parte de guerra que les correspondía. Los lígures no se 8
negaron, limitándose a pedir un plazo de dos meses para

reclutar las tropas. Magón entretanto reclutaba mercenarios galos mandando a escondidas emisarios por sus tierras, y también en secreto le enviaban suministros de todas 9 clases los pueblos galos. Marco Livio trasladó de Etruria a la Galia su ejército de esclavos voluntarios y se unió a Lucrecio disponiéndose a salir al paso a Magón si avanzaba en dirección a Roma desde Liguria; si el cartaginés se mantenía quieto en su reducto alpino, también él permanecería en la misma posición, en las cercanías de Arimino, para defender Italia.

6 Tras el regreso de África de Gayo Le-
lio, Escipión sentía el acicate de las reco-
mendaciones de Masinisa y los soldados
la fiebre de hacer la travesía cuanto antes
al ver cómo se desembarcaba de toda
la flota el botín procedente del territorio de los enemigos;
pero el proyecto de mayor alcance se vio interrumpido por
otro menos importante, el de recuperar la ciudad de Lo-
cros, que también se había pasado a los cartagineses cuan-
do la defección de Italia ²⁷³. Fue sin embargo un incidente
trivial lo que hizo concebir esperanzas de llevar a cabo tal
empresa. Las operaciones en el Brucio se desarrollaban más
en forma de acciones de pillaje que de una guerra regular,
habiendo empezado así los númidas y adaptándose a este
sistema los brucios tanto por su propia manera
3 de ser como por la alianza con los cartagineses; al final,
hasta los soldados romanos, que ya habían tomado gusto
al pillaje por una especie de contagio, hacían incursiones
en los campos enemigos siempre que sus jefes se lo permi-
4 tían. Los romanos sorprendieron a unos locrenses que ha-
bían salido de la ciudad y los llevaron a Regio. Entre estos

²⁷³ Cf. XXIII 30, 8, y XXIV 1, 13.

prisioneros había algunos obreros que casualmente solían trabajar a sueldo para los cartagineses en la ciudadela de Locros. Fueron reconocidos por los notables locrenses que se refugiaron en Regio tras ser expulsados por el partido contrario, que había entregado Locros a Aníbal, y cuando, al hacerles éstos diversas preguntas, como es habitual entre los que llevan largo tiempo ausentes, les expusieron lo que estaba ocurriendo en su patria, dieron esperanzas de entregarles la ciudadela si eran rescatados y enviados de vuelta; ellos vivían allí, y los cartagineses confiaban plenamente en ellos. Así pues, torturados como estaban por la añoranza de la patria y al mismo tiempo ardiendo en deseos de vengarse de sus adversarios, los liberaron inmediatamente y los enviaron de vuelta después de concertar el plan a seguir y las señales que harían para verlas a distancia, y ellos se fueron a Siracusa a ver a Escipión, con el que estaba parte de los exiliados. Al darle cuenta de las promesas de los prisioneros hicieron que el cónsul concibiera esperanzas no alejadas de la realidad; envió con ellos a los tribunos militares Marco Sergio y Publio Macieno con instrucciones de conducir a Locros tres mil soldados desde Regio, y escribió al propretor Quinto Pleminio para que colaborase en el desarrollo de la operación.

Salieron de Regio portando escalas proporcionadas a la altura de la ciudadela y en torno a la media noche, desde el punto convenido, dieron la señal a los que iban a entregar la ciudadela. Estaban éstos preparados y atentos, y descolgaron a su vez escalas hechas con este propósito; dejaron entrar a los que escalaban por numerosos puntos a la vez, y antes de que se alzase un grito se produjo el ataque contra los centinelas cartagineses, que dormían sin temor a nada parecido. Primero se oyeron sus gemidos de

moribundos, después al brusco despertar siguió la consternación y la agitación al no saber el origen de lo que ocurría, y por último, al tomar conciencia clara de la situación, se despertaban unos a otros. Entonces cada uno por su cuenta gritaba «a las armas», que los enemigos estaban en la ciudadela y los centinelas estaban siendo degollados. Muy inferiores en número, los romanos habrían sido aplastados si los gritos que daban los que estaban en el exterior de la ciudadela no hubiesen dejado en la incertidumbre su procedencia en medio del tumulto nocturno que daba pábulo a toda clase de suposiciones. Por ello, como si la ciudadela estuviese ya llena de enemigos, los cartagineses, aterrados, se desentendieron del combate y se refugiaron en la otra ciudadela —pues hay dos, no muy distantes una de otra—. La ciudad, colocada en medio como premio para el vencedor, estaba ocupada por sus habitantes; desde las dos ciudadelas se originaban todos los días pequeños combates. Quinto Pleminio mandaba la guarnición romana y Amílcar la cartaginesa. Aumentaban sus tropas haciendo venir refuerzos de las localidades cercanas. Al fin era el propio Aníbal el que acudía, y no habrían resistido los romanos de no ser porque la población locrense, exasperada por la prepotencia y la codicia de los cartagineses, se puso a favor de los romanos.

7 Cuando Escipión fue informado de que la situación en Locros se hacía más crítica y que el propio Aníbal se estaba acercando, temió que corriera peligro la propia guarnición, al no ser fácil retirarse de allí, y dejando a su hermano Lucio Escipión de guarnición en Mesina, en cuanto la marea comenzó a bajar en el estrecho lanzó sus naves a favor de corriente. Por su parte, Aníbal, desde el río Buloto, que no está lejos de Locros, mandó por delante un mensajero a los suyos para que al amanecer entablasen com-

bate con la mayor violencia contra los romanos y los lo-
crenses, mientras él por la espalda atacaba la ciudad por
sorpresa cuando todos estuvieran absortos en aquella re-
fríega; cuando por la mañana encontró trabado el comba- 4
te, no quiso encerrarse en la ciudadela, pues al ser muchos
en tan reducido espacio se estorbarían, y por otra parte
no había traído escalas con que trepar a las murallas.
Hizo amontonar los bagajes, y después de alinear ostensi- 5
blemente sus tropas no lejos de los muros para amedrentar
al enemigo, mientras se preparaban escalas y demás pertre-
chos necesarios para el asalto, él, con los jinetes númerados,
daba una vuelta a caballo alrededor de la ciudad para ver
cuál era el punto mejor para atacar. Al adelantarse hacia 6
la muralla fue herido por un escorpión ²⁷⁴ casualmente el
hombre que estaba más próximo a él e inmediatamente,
alarmado ante tan peligrosa eventualidad, mandó tocar a
retirada y fortificó el campamento lejos del alcance de las
armas arrojadizas. La flota romana llegó de Mesina a Lo- 7
cros cuando aún quedaban algunas horas de día; desem-
barcaron todos y antes de la puesta del sol entraron en
la ciudad.

Al día siguiente los cartagineses iniciaron el combate 8
desde la ciudadela, y ya Aníbal, con las escalas y todo
el resto del material preparado para el ataque, llegaba al
pie de las murallas cuando de pronto se abrió la puerta
y los romanos se lanzaron contra él, que lo que menos
se esperaba era una acción semejante. Al atacar por sor- 9
presa mataron a unos doscientos; Aníbal retiró a los de-
más al campamento en cuanto se apercibió de la presencia
del cónsul, mandó a decir a los que se encontraban en la
ciudadela que se las arreglaran por su cuenta, levantó el

²⁷⁴ Máquina bélica de lanzamiento de pequeños dardos.

10 campamento durante la noche y se marchó. Por su parte, los que estaban en la ciudadela prendieron fuego a los edificios que ocupaban para que la confusión consiguiente entretuviese al enemigo y antes de la noche, en una marcha que más parecía una huida, dieron alcance a la columna de los suyos.

8 Cuando Escipión vio abandonada por el enemigo la ciudadela y vacío el campamento, reunió en asamblea a los locrenses y los recriminó con dureza por su defección; 2 mandó al suplicio a los responsables, y sus bienes se los entregó a los notables de la otra facción por su extraordinaria lealtad para con los romanos. En cuanto a medidas de carácter general, manifestó que él no les daba ni les quitaba nada a los locrenses, que enviasen embajadores a Roma, que su suerte sería la que el senado considerase 4 justa; de una cosa estaba seguro: aun habiéndose portado tan mal con el pueblo romano, su situación bajo los romanos irritados iba a ser mejor de lo que había sido bajo 5 los cartagineses amigos. Dejando para defender la ciudad al legado Pleminio y la guarnición que había tomado la ciudadela, cruzó a Mesina con las tropas que había traído.

6 Después de separarse de los romanos, los locrenses habían sido tratados por los cartagineses con tal despotismo y crueldad que eran capaces de soportar moderadas vejaciones no ya con resignación sino casi de buen grado; 7 pero la verdad es que Pleminio y los soldados de la guarnición romana superaron en tal medida en barbarie y rapacidad a Amílcar, el prefecto de la guarnición, y a los cartagineses, que parecían rivalizar con ellos en vicios más que 8 con las armas. Nada de lo que hace odioso al débil el poder del más fuerte se les ahorró a los habitantes de la plaza ni por parte del jefe ni por parte de los soldados; se perpetraron horribles vejaciones contra ellos, contra sus hijos,

contra sus mujeres. Ni siquiera del saqueo de los objetos 9 sagrados se privó su codicia; aparte de los demás templos, también fueron violados los tesoros de Prosérpina, respetados en todas las épocas exceptuado el caso de Pirro, que, según se decía, los había expoliado y tuvo que devolver, con graves expiaciones, el botín de su sacrilegio. Pues bien, 10 igual que en aquella ocasión las naves reales destrozadas por el naufragio solamente llevaron intacto a tierra el dinero sagrado que transportaban perteneciente a la diosa, también en esta ocasión, debido a otra clase de desastre, 11 aquel dinero provocó la locura en todos los que se habían contaminado con la violación del templo y los volvió a unos contra otros, jefe contra jefe y soldado contra soldado, con rabiosa hostilidad.

*Incidentes
sangrientos entre
romanos.
Epidemia en
ambos ejércitos*

Pleminio tenía el mando supremo, pero a sus órdenes inmediatas estaba una parte de los soldados, los que él había llevado de Regio; la otra parte estaba a las órdenes de los tribunos. Un soldado 2 de Pleminio que había robado una copa de plata del domicilio de un ciudadano huía perseguido por los propietarios y se topó casualmente con Sergio y Macieno, tribunos militares. Como se le quitó la copa por orden de los tribunos, 3 a partir de ahí se originó una disputa a gritos y al final una refriega entre los soldados de Pleminio y los de los tribunos, yendo a más los participantes a la vez que el tumulto a medida que iban llegando para ayudar cada uno a los suyos. Vencidos los soldados de Pleminio, corrieron 4 hacia él vociferando indignados, mostrando la sangre y las heridas y refiriéndole los insultos proferidos contra él mismo durante la reyerta. Encendido de cólera, salió precipitadamente de su casa, hizo llamar a los tribunos, y dio orden de desnudarlos y preparar las varas. Llevó su tiempo 5

despojarlos, pues se resistían e invocaban la protección de sus hombres; de pronto, los soldados, envalentonados por su reciente victoria, acudieron corriendo desde todas partes como si se hubiera llamado a las armas contra los enemigos, y en el momento en que vieron los cuerpos de los tribunos marcados por las varas, inflamados por una rabia repentina y ahora mucho más incontenible, no respetaron no ya la dignidad del legado ²⁷⁵ sino ni siquiera la humanidad y se lanzaron sobre él después de maltratar de forma indigna a los lictores. Después lo apartaron de los suyos y una vez aislado lo laceraron con saña y lo dejaron casi exangüe, con la nariz y las orejas mutiladas.

8 Cuando llegaron a Mesina estas noticias, Escipión se trasladó a Locros pocos días después en una nave de seis bancadas de remos; escuchó las razones de Pleminio y de los tribunos, declaró libre de culpa a Pleminio dejándolo al frente de la misma guarnición, y tras ser declarados culpables y encadenados los tribunos para su traslado a Roma ante el senado, regresó a Mesina y de allí a Siracusa.

9 Pleminio, incapaz de contener su rabia, consideró que Escipión no había hecho caso de su afrenta tomándola demasiado a la ligera, y que sólo podía valorar aquel litigio quien hubiese sentido y padecido la atrocidad del mismo; ordenó que le trajeran a los tribunos, y después de lacerarlos con todos los tormentos que el cuerpo humano puede soportar, los mató, y no satisfecho con el castigo que habían sufrido en vida los dejó tirados sin sepultura. Con la misma crueldad trató también a los notables locrenses que supo que habían ido a quejarse de sus desmanes a

12 Publio Escipión; y si antes había cometido actos infames contra los aliados por placer y codicia, ahora cometía mu-

²⁷⁵ Pleminio representa a Escipión.

chos más por resentimiento, siendo causa de desprestigio y ojeriza no sólo para él sino para su general.

Se aproximaba ya la fecha de las elecciones cuando lle- 10
gó a Roma una carta del cónsul Publio Licinio informan-
do de que él y su ejército estaban afectados por una grave
epidemia, y que no habría podido mantener su posición
de no ser porque también había atacado a los enemigos
una enfermedad igualmente virulenta, si no más; por con- 2
siguiente, puesto que él no podía venir personalmente a
los comicios, si el senado estaba de acuerdo, nombraría
dictador para presidirlos a Quinto Cecilio Metelo; conve-
nía, por otra parte, a los intereses del Estado licenciar al
ejército de Quinto Cecilio, pues en las circunstancias pre- 3
sentes no era de ninguna utilidad al haber retirado ya Aní-
bal a los suyos a los cuarteles de invierno, aparte de que
la enfermedad que se había propagado en aquel campa-
mento era tan virulenta que si no se agilizaba el licencia-
miento no parecía que fuese a sobrevivir nadie. Los sena-
dores autorizaron al cónsul a hacer lo que considerara acor-
de con su deber y con los intereses del Estado.

*Vaticinio
acerca
del traslado
a Roma
de la estatua de
Cibeles*

Por aquellas fechas una repentina ola 4
de superstición se extendió entre la po-
blación, pues se encontró en los Libros
Sibilinos, consultados porque aquel año
habían sido más frecuentes las lluvias de
piedras, un vaticinio según el cual siempre 5
que un enemigo extranjero llevase la guerra a suelo itálico
se le podía vencer y expulsar de Italia si se trasladaba de
Pesinunte a Roma a la Madre del Ida ²⁷⁶. El descubrimiento 6

²⁷⁶ Cibeles, divinidad de Frigia considerada la Gran Madre de los Dioses, y Gran Madre del Ida (por el monte Ida de Creta). Tenía un templo en Galacia, en Pesinunte, población fundada por Midas, a unos 130 Kms. de Ancira.

- de este vaticinio por los decénviro^s ²⁷⁷ causó mayor impacto entre los senadores debido a que los embajadores que habían ido a llevar una ofrenda a Delfos ²⁷⁸ contaban que también, cuando ellos estaban ofreciendo un sacrificio en honor de Apolo Pitio, las entrañas habían resultado favorables y además el oráculo había respondido que se le acercaba al pueblo romano una victoria mucho más importante que aquella de cuyos despojos procedía la ofrenda
- 7 que llevaban. A las demás razones para esta esperanza sumaban aquella especie de corazonada que había tenido Publio Escipión acerca del final de la guerra cuando había
- 8 reclamado la provincia de África. Por eso, para hacerse antes con la victoria que anunciaban los vaticinios, los presagios y los oráculos, se estudiaba y meditaba la forma de trasladar la diosa a Roma.
- 11 Roma no tenía aún en Asia ninguna ciudad aliada; recordando, sin embargo, que ya en una ocasión anterior se había traído a Esculapio ²⁷⁹, por razones de salud pública, desde Grecia, con la que no había aún tratado de alianza, y que ahora, en razón de la guerra común contra Filipo, había un principio de amistad con el rey Átalo, quien
- 2 haría lo que pudiera en favor del pueblo romano, se decidió enviarle como embajadores a Marco Valerio Levino, que había sido cónsul dos veces ²⁸⁰ y había dirigido opera-

²⁷⁷ Los diez sacerdotes a cuya custodia estaban confiados los Libros Sibilinos.

²⁷⁸ Cf. XXVIII 45, 12.

²⁷⁹ Cf. X 47, 7. En la *Periocha* XI 3, se dice que Esculapio subió en forma de serpiente a la nave, vino a Roma y quedó fijada en la isla Tiberina su sede.

²⁸⁰ Fue cónsul en 210. Hay una lista de cónsules que le atribuye el consulado del 220, pero en XXVI 22, 12 (año 211) se le considera *homo nouus*. Una hipótesis es que hubiera sido *suffectus* en 208, año en que murieron los dos cónsules.

ciones en Grecia, al ex pretor Marco Cecilio Metelo, al ex edil Servio Sulpicio Galba, y a los dos antiguos cuestores Gneo Tremelio Flaco y Marco Valerio Faltón. Se les 4 asignaron cinco naves quinquerremes a fin de que estuviera en consonancia con la dignidad del pueblo romano su llegada a aquellas tierras en las que había que ganar prestigio para el nombre de Roma. En su ruta hacia Asia, los emba- 5 jadores desembarcaron en Delfos y fueron a consultar al oráculo qué esperanzas les auguraba a ellos y al pueblo romano de llevar a término la misión con la que habían sido enviados desde su patria. Se les respondió, según cuen- 6 tan, que con la mediación del rey Átalo conseguirían lo que pretendían; que una vez trasladada la diosa a Roma procurasen que le diera hospitalidad el mejor hombre de Roma. Llegaron a Pérgamo a presencia del rey. Éste aco- 7 gió cordialmente a los embajadores, los llevó a Pesinunte, a Frigia, les entregó la piedra sagrada que a decir de los nativos era la madre de los dioses, y los invitó a que la llevaran a Roma. Los embajadores enviaron por delante 8 a Marco Valerio Faltón y éste anunció que la diosa estaba en camino, que era preciso buscar al mejor entre los ciudadanos para que le diese hospitalidad en debida forma.

*Elecciones
en Roma.
Paz en Grecia*

El cónsul que estaba en el Brucio nom- 9 bró dictador para los comicios a Quinto Cecilio Metelo, y su ejército fue licenciado; el jefe de la caballería fue Lucio Veturio Filón. El dictador presidió los co- 10 micios. Resultaron elegidos cónsules ²⁸¹ Marco Cornelio Cete- go y Publio Sempronio Tuditano, ausente, pues estaba al cargo de la provincia de Grecia. A continuación fueron 11

²⁸¹ Para el año 204.

elegidos pretores Tiberio Claudio Nerón, Marco Marcio Rala, Lucio Escribonio Libón y Marco Pomponio Matón. Finalizadas las elecciones, el dictador abandonó el cargo.

- 12 Los Juegos Romanos se renovaron tres veces, y los Juegos Plebeyos, siete. Eran ediles curules Gneo y Lucio Cornelio Léntulo. Lucio tenía a su cargo la provincia de Hispania; fue elegido estando ausente, y ausente desempeñó
13 dicho cargo. Tiberio Claudio Aselo y Marco Junio Peno fueron ediles plebeyos. Marco Marcelo dedicó aquel año el templo de la Virtud cerca de la puerta Capena, dieciséis años después de haberlo prometido con voto su padre en Clastidio, en la Galia, durante su primer consulado ²⁸².
14 También aquel año murió el flamen de Marte Marco Emilio Regilo.

- 12 Durante los dos últimos años se habían desatendido los asuntos de Grecia. Como consecuencia de ello, Filippo obligó a pedir y estipular la paz en las condiciones que quiso a los etolios, desasistidos por los romanos, único apoyo
2 en el que confiaban. Si no hubiese puesto todo su empeño en resolver esta cuestión a toda prisa, lo habría sorprendido en guerra con los etolios el procónsul Publio Sempromio, enviado para suceder en el mando a Sulpicio con diez mil soldados de infantería y mil de caballería y con treinta y cinco navíos de guerra, contingente de importancia considerable para prestar ayuda a los aliados. Apenas concluida
3 la paz, le llegaron noticias al rey de que los romanos habían llegado a Dirraquio, que los partinos ²⁸³ y otros pueblos cercanos se habían sublevado ante la perspectiva de un cambio en la situación, y que Dimalo era objeto de

²⁸² El primer consulado de Marco Claudio Marcelo padre fue en 222.

²⁸³ Los partinos poblaban el territorio situado al norte de Dirraquio (Durazzo), nombre romano para Epidamno. La localización de Dimalo, no lejana en todo caso, es incierta.

un ataque. Habían tomado esta dirección los romanos, en- 4
viados en ayuda de los etolios, al enfadarse porque éstos
habían hecho la paz con el rey sin autorización suya y en
contra del pacto de alianza ²⁸⁴. Enterado de ello Filipo, 5
en prevención de que surgiera algún levantamiento más im-
portante en las naciones y pueblos vecinos, se dirigió a
marchas forzadas a Apolonia, donde se había retirado Sem-
pronio tras enviar a Etolia a su legado Letorio con parte
de las tropas y quince naves para estudiar la situación y
desestabilizar la paz si le era posible. Filipo arrasó las tie- 6
rras de los apoloniatas y, acercando sus tropas a la ciudad,
presentó batalla al romano; cuando vio que éste se limita-
ba a defender las murallas sin moverse, como de una parte 7
no confiaba lo suficiente en sus fuerzas para atacar la ciu-
dad, y de otra deseaba hacer la paz con los romanos igual
que con los etolios si le era posible, y si no, al menos una
tregua, se retiró a su reino sin exacerbar más los odios
con un nuevo conflicto.

Por las mismas fechas, los epirotas, cansados de la larga 8
guerra, sondearon primero las intenciones de los romanos
y después enviaron embajadores a Filipo con una propues-
ta de paz general, asegurando que tenían plena confianza 9
en que ésta llegaría si él acudía a una entrevista con el
general romano Publio Sempronio. Se consiguió fácilmen- 10
te que el rey pasase al Epiro, pues tampoco a él le parecía
mal la idea. Fenice es una ciudad del Epiro ²⁸⁵. Allí habló 11
primero el rey con Aeropos, Derda y Filipo, jefes de los epi-
rotas, y después se encontró con Publio Sempronio. Asis- 12
tieron a la entrevista Aminandro, rey de los atamanes ²⁸⁶,

²⁸⁴ Cf. XXVI 24, 8-14.

²⁸⁵ Del Epiro norte, en Caonia, casi enfrente de Corcira.

²⁸⁶ En el Epiro oriental.

y otros altos jefes de los epirotas y acarnanes. El primero en hablar fue el pretor Filipo, y pidió tanto al rey como al general romano que pusiesen fin a la guerra, que hicie-
 13 sen esta concesión a los epirotas. Publio Sempronio puso como condición para la paz que los partinos, Dimalo, Bár-
 gulo y Eugenio ²⁸⁷ fuesen para los romanos, incorporán-
 dose Atintania ²⁸⁸ a Macedonia si lograba el consentimien-
 14 to del senado enviando unos embajadores a Roma. Conve-
 nida la paz en estos términos, por parte del rey suscribie-
 ron el tratado el rey de Bitinia, Prusias, y los aqueos, beo-
 cios, tesalios, acarnanes y epirotas; y por la de los roma-
 nos, los ilienses, el rey Átalo, Pléurato, Nabis el tirano
 de los lacedemonios, los eleos, los mesenios y los atenien-
 15 ses. Todo esto quedó consignado por escrito y firmado,
 estableciéndose una tregua de dos meses mientras se envia-
 ban diputados a Roma para que el pueblo ratificase la paz
 16 en estas condiciones. Todas las tribus votaron a favor, por-
 que al haberse centrado en África la acción bélica querían
 verse libres de cualquier otra guerra. Una vez concluida
 la paz, Publio Sempronio marchó a Roma para asumir el
 consulado.

13 Siendo cónsules Marco Cornelio y Pu-
 blio Sempronio, en el que era el año de-
 cimoquinto de la guerra púnica, les fue-
 ron asignadas a Cornelio la provincia de
 Etruria con su antiguo ejército y a Sem-
 pronio la del Brucio, con instrucciones de
 2 alistar nuevas legiones. En cuanto a los pretores, a Marco
 Marcio le correspondió la jurisdicción urbana, a Lucio Es-

²⁸⁷ Desconocida la localización de estas pequeñas poblaciones.

²⁸⁸ Había sido aliada de Roma en la guerra iliria del 219; ahora esta-
 ba sometida a Filipo.

cribonio Libón la de extranjeros y también a él la Galia; a Marco Pomponio Matón, Sicilia, y Cerdeña a Tiberio Claudio Nerón. A Publio Escipión se le prorrogó el mando por un año con el ejército y la flota que tenía; también se le prorrogó a Publio Licinio con el fin de que defendiera el Brucio con dos legiones mientras el cónsul considerase útil para el Estado permanecer él con mando en dicha provincia. También a Marco Livio y Espurio Lucrecio, cada uno con las dos legiones con que habían defendido la Galia frente a Magón, les fue prorrogado el mando, igual que a Gneo Octavio, para que, después de entregar Cerdeña y la legión a Tiberio Claudio, defendiera con cuarenta navíos de guerra los límites de costa que el senado señalase. Al pretor Marco Pomponio se le asignaron en Sicilia las dos legiones del ejército de Cannas. Tito Quincio y Gayo Hostilio Túbulo, como propretors, se harían cargo de Tarento y Capua respectivamente, como el año anterior, y cada uno con su antigua guarnición. Por lo que se refiere al mando de Hispania, se consultó al pueblo qué dos procónsules le parecía oportuno que se enviasen a dicha provincia²⁸⁹. Todas las tribus votaron que se hiciesen cargo de estas provincias como procónsules los mismos Lucio Cornelio Léntulo y Lucio Manlio Acidino, igual que lo habían hecho el año anterior. Los cónsules decidieron hacer una leva a fin de alistar nuevas legiones para el Brucio y reforzar los otros ejércitos, pues ésas eran las instrucciones que les había dado el senado.

A pesar de que ningún decreto había declarado aún provincia a África abiertamente, manteniéndolo oculto los se-

²⁸⁹ La división formal de Hispania en Citerior y Ulterior no se produce hasta el año 197. El singular y el plural vienen alternándose en Livio.

nadores, supongo, para que no lo supieran antes de tiempo los cartagineses, sin embargo la ciudadanía confiaba vivamente en que en aquel año se haría campaña en África y que el fin de la guerra púnica estaba cerca. Esto había llenado las mentes de ideas supersticiosas, predisponiéndolas a propalar y creer cosas extraordinarias. Por eso se divulgaban en mayor número: se habían visto dos soles, había brillado la luz durante la noche, se había visto una estela de fuego desplazándose de oriente a occidente en Secia, habían sido alcanzadas por rayos una puerta en Tarracina y en Anagnia una puerta y la muralla en varios puntos, en Lanuvio se había producido un sonido seguido de un horrible estruendo en el templo de Juno Sópita. Para expiar estos portentos hubo un día de rogativas, y un novenario sacro porque habían llovido piedras. A esto se sumó el debate sobre cómo recibir a la Madre del Ida, pues aparte de que uno de los embajadores, Marco Valerio, se había adelantado con la noticia de que muy pronto estaría en Italia, acababa de llegar un mensajero con la noticia de que se encontraba ya en Tarracina. Una cuestión de no poca trascendencia ocupaba la atención del senado: decidir quién era el mejor hombre de la ciudad. Cualquiera habría preferido, sin duda, una victoria de ese género a cualquier mando o alto cargo conferido por el voto de los senadores o del pueblo. Juzgaron que el mejor de los hombres buenos entre toda la ciudadanía era Publio Escipión²⁹⁰, un joven que aún no había sido cuestor, hijo del Gneo que había caído en Hispania. Yo transmitiría con gusto a la posteridad cuáles fueron las cualidades que los llevaron a emitir este veredicto si hubieran sido reflejadas por los historiadores más cercanos a aquella época, pero

²⁹⁰ Publio Cornelio Escipión Nasica, que sería cónsul en 191.

no voy a meter de por medio suposiciones mías haciendo conjeturas sobre algo que ha quedado sepultado por el paso del tiempo. Publio Cornelio recibió el encargo de salir 10 a Ostia al encuentro de la diosa con todas las matronas; él la recogería de la nave, la sacaría a tierra y se la entregaría a las matronas para que éstas la portasen. Cuando la 11 nave se aproximó a la desembocadura de Tíber, siguiendo las instrucciones recibidas él se trasladó hasta mar abierto en una embarcación, recibió la diosa de manos de los sacerdotes y la sacó a tierra. Se hicieron cargo de ella las 12 matronas más distinguidas de la ciudad, entre las cuales es famoso el nombre de una sola, Claudia Quinta: era dudosa su reputación hasta entonces, según cuentan, y este piadoso ministerio le dio fama de casta para la posteridad ²⁹¹. Mientras toda la población salía en masa a su encuentro 13 y se colocaban incensarios delante de las puertas por donde iba pasando, y quemando incienso le pedían que entrase en la ciudad de Roma con voluntad propicia, las matronas, pasándosela de mano en mano y relevándose, lle- 14 varon a la diosa hasta el templo de la Victoria ²⁹², que está en el Palatino, la víspera de los idus de abril, fecha que se consideró festiva. El pueblo en masa acudió al Palatino a llevar ofrendas a la diosa, y se celebró un lectisternio y unos juegos, llamados Megalesios ²⁹³.

²⁹¹ Cf. OVIDIO, *Fastos* IV 305-350.

²⁹² Allí estuvo hasta el 191, año en que se dedicó el templo a la Gran Madre (cf. XXXVI 36, 3).

²⁹³ Posteriormente la festividad fue trasladada del doce al cuatro de abril (víspera de las nonas).

15

*Castigo
de las doce
colonias.*

*Amortización
de deuda pública*

Cuando se debatió acerca de los complementos de tropas para las legiones que estaban en las provincias, algunos senadores hicieron alusión a que una vez desaparecido al fin el miedo gracias a la benevolencia de los dioses, era ya hora de no tolerar por más tiempo lo que de una u otra forma se había tolerado en momentos difíciles. Ante la viva expectación del senado, añadieron que las doce colonias latinas que durante el consulado de Quinto Fabio y Quinto Fulvio se habían negado a suministrar tropas ²⁹⁴ llevaban en torno a los cinco años disfrutando de exención del servicio militar como un honor y un privilegio, mientras que los aliados buenos y obedientes, como pago de su lealtad y deferencia para con el pueblo romano, estaban exhaustos por las interrumpidas levadas de todos los años. Esta mención no sólo reavivó en los senadores el recuerdo de un hecho ya casi olvidado sino que exacerbó sus iras. Por eso, sin dejar que los cónsules sometieran a debate ningún otro asunto, decidieron que los cónsules hicieran venir a Roma a los magistrados ²⁹⁵ y a diez notables de cada colonia, de Nepete, Sutrio, Árdea, Cales, Alba, Carséolos, Sora, Suesa, Secia, Circeyos, Narnia e Interamna, pues éstas eran las colonias implicadas; se les exigiría que suministrasen multiplicado por dos el número más alto de soldados de infantería que habría tenido que entregar al pueblo romano cada una de las colonias desde que el enemigo se encontraba en Italia, y ciento veinte jinetes. Si alguna no podía completar esta cifra de jinetes, se le permitiría entregar tres soldados de infantería en vez de cada jinete; los soldados de a pie y

²⁹⁴ Cf. XXVII 9-10.

²⁹⁵ Duúnviros, ediles y cuestores. Los notables serían los miembros del senado local.

los de a caballo serían elegidos entre los más ricos, y serían enviados donde hubiera necesidad de refuerzos fuera de Italia. Si alguno de ellos se negaba, se retendría a los magistrados y diputados de esa colonia, y si solicitaban audiencia ante el senado no les sería concedida hasta que hubiesen obedecido las órdenes. Además, a estas colonias se les impondría y se recaudaría anualmente un tributo de un as por cada mil, y se haría en ellas el censo según la fórmula establecida por los censores romanos —se quiso que fuese la misma que se aplicaba a la población romana—; los resultados serían presentados en Roma por los censores jurados de las colonias antes de abandonar el cargo.

En virtud de este decreto del senado se hizo venir a Roma a los magistrados y principales de aquellas colonias, y cuando los cónsules les exigieron los soldados y el dinero, se negaban y reclamaban a porfía. Aseguraban que no era posible reunir tan elevado número de soldados, que trabajo les costaría si se les exigiera la cifra sin doblar prevista en el pacto; pedían encarecidamente que se les permitiera acudir y suplicar al senado; que ellos no habían cometido ninguna falta por la que se les debiera hundir con razón, pero que aun en caso de que debieran perecer, ni su delito ni la cólera del pueblo romano podían lograr que entregasen más soldados de los que tenían. Los cónsules, impertérritos, ordenaron que los diputados permanecieran en Roma y que los magistrados fueran a su lugar de residencia para llevar a cabo los reclutamientos; si no conducían a Roma la cifra de soldados exigida, nadie les facilitaría audiencia en el senado. Desvanecida así la esperanza de presentarse ante el senado y suplicarle, se llevó a cabo sin dificultad el reclutamiento en aquellas doce colonias, pues debido al largo período de exención, el número de jóvenes se había multiplicado.

16 Una segunda cuestión, asimismo pasada en silencio casi durante el mismo tiempo, fue sacada a colación por Marco Valerio Levino; manifestó éste que era justo devolverles por fin a los particulares el dinero prestado cuando él y Marco
 2 Claudio eran cónsules ²⁹⁶, y que nadie debía sorprenderse de que él se preocupara de forma particular de un compromiso contraído por el Estado, ya que ello de alguna manera concernía particularmente al cónsul del año en el que se había prestado el dinero, y por otra parte había sido él quien había propuesto esa forma de contribución cuando el erario estaba sin recursos y el pueblo no estaba en
 3 condiciones de contribuir. Esta llamada de atención fue bien acogida por el senado. Se invitó a los cónsules a que presentaran una moción, y se acordó que se devolviera aquel dinero en tres plazos; el primero lo abonarían en el acto los cónsules de aquel año, y los otros dos los cónsules de dos y cuatro años después.

4 Todas las demás preocupaciones dieron
 La diputación locrense,
 ante el senado romano
 5 paso a una sola cuando las calamidades de los locrenses, ignoradas hasta entonces, se hicieron de dominio público con la llegada de una delegación. Más que la criminal conducta de Pleminio exacerbó las iras de la población la connivencia o la negligencia de Escipión para
 6 con él. Diez diputados locrenses, cubiertos con los andrajos del duelo, tendieron hacia los cónsules sentados en el comicio velos de suplicantes y ramos de olivo, según la costumbre de los griegos, y se postraron por tierra ante la
 7 tribuna entre gemidos y lágrimas. Al preguntarles los cónsules, dijeron que eran locrenses, que a manos de Pleminio, el legado, y de los soldados romanos habían sufrido

²⁹⁶ En el año 210. Cf. XXVI 36.

lo que el pueblo romano no desearía que sufrieran ni siquiera los cartagineses; les rogaban que les concedieran la posibilidad de acudir ante el senado y exponerle sus cuitas.

Concedida audiencia en el senado, el de edad más avanzada dijo: «Yo sé que a la hora de valorar nuestras quejas, 17
padres conscriptos, es de capital importancia que conozcáis perfectamente la forma en que Locros fue entregada a Aníbal y la forma en que volvió a vuestra jurisdicción tras la expulsión de la guarnición de Aníbal. Porque si la 2
responsabilidad de la defección no fue del gobierno, y si queda claro por otra parte que el retorno a vuestra autoridad se debió no sólo a nuestra voluntad sino además a nuestra valerosa colaboración, con mayor motivo os indignaréis de que vuestro legado y vuestros soldados hayan perpetrado tan vergonzosas y tan horribles vejaciones contra unos aliados buenos y leales. Pero yo creo que el análisis 3
de nuestras dos defecciones debe quedar aplazado para otro momento por dos razones: la primera, para que se 4
debata en presencia de Publio Escipión, que recuperó Locros y es testigo de todo lo que de bueno o malo hicimos; la segunda, porque, como quiera que haya sido nuestro comportamiento, no debimos sufrir, sin embargo, lo que hemos sufrido. No podemos ocultar, padres conscriptos, que 5
cuando teníamos la guarnición cartaginesa en nuestra ciudadela fuimos objeto de muchas y vergonzosas humillaciones por parte tanto de Amílcar, jefe de la guarnición, como de los númeridos y africanos; pero, ¿qué son éstas en comparación con las que hoy estamos padeciendo? Os ruego, 6
padres conscriptos, que escuchéis con benevolencia lo que a mi pesar voy a exponer. Lo que ahora está en juego es si toda la especie humana os verá a vosotros o a los cartagineses al frente del orbe. Si hay que valorar la dominación 7
romana y la cartaginesa a partir de lo que ellos nos

han hecho padecer y lo que ahora más que nunca nos está haciendo padecer vuestra guarnición, cualquiera los preferirá a ellos como dominadores antes que a vosotros. Y sin embargo ved cuáles son los sentimientos que albergan los locrenses hacia vosotros. A pesar de que recibíamos de los cartagineses humillaciones mucho menos graves, hemos recurrido a vuestro general; a pesar de ser tratados peor que enemigos por vuestra guarnición, únicamente a vosotros hemos acudido con nuestras quejas. O vosotros volvéis vuestros ojos sobre nuestra desesperada situación, padres conscriptos, o no nos queda nadie a quien suplicar, ni siquiera los dioses inmortales».

«El legado Quinto Plemínio fue enviado con un destacamento para quitarles de nuevo Locros a los cartagineses, y allí se le ha dejado con el mismo destacamento. En este legado vuestro —y nuestro supremo infortunio nos da valor para hablar con libertad— no hay ni rastro de humanidad, padres conscriptos, aparte de la apariencia física; ni rastro de ciudadano romano salvo el aspecto, la indumentaria y el acento de la lengua latina; es una plaga, un monstruo feroz como aquellos que según cuentan las leyendas ocupaban en otros tiempos, para perdición de los navegantes, el estrecho que nos separa de Sicilia. Y si tuviera bastante con ejercer sólo él contra vuestros aliados el crimen, el desenfreno y la codicia, con nuestra paciencia rellenaríamos esa única sima, sin duda profunda; pero ahora ha hecho un Plemínio de cada uno de vuestros centuriones y soldados, tanto afán puso en que el desenfreno y la maldad se generalizasen. Todos roban, expolían, golpean, hieren, matan; violan a las matronas, a las doncellas, a los muchachos arrancados de los brazos de sus padres. Día tras día es tomada nuestra ciudad, día tras día es saqueada, día y noche resuenan en todas partes los lamentos de

las mujeres y los niños que son arrebatados y arrastrados. Quien tenga conocimiento de esto, se preguntará sorprendido cómo somos capaces de soportarlo y cómo no se han saciado todavía de tales desmanes quienes los cometen. Ni yo puedo entrar en detalles ni a vosotros os merece la pena escuchar una por una las cosas que hemos padecido; lo resumiré todo globalmente. Afirmo que no hay en Locros ni una sola casa, ni una sola persona libre de su desafuero; afirmo que no queda ninguna forma de crimen, desenfreno o codicia que se le haya ahorrado a cualquier posible víctima. Resulta difícil establecer cuál de las dos eventualidades es más detestable para una ciudad: cuando los enemigos la toman durante la guerra, o cuando un tirano funesto la oprime con la violencia y con las armas. Todo lo que padecen las ciudades tomadas lo hemos padecido y lo estamos padeciendo más que nunca, padres conscriptos; todas las atrocidades que cometen los más crueles e inhumanos tiranos contra los ciudadanos oprimidos las ha cometido Pleminio contra nosotros, nuestros hijos y nuestras hijas».

«Hay sólo un hecho en particular del que nos obliga a quejarnos el sentimiento religioso innato en nuestros espíritus y que por otra parte queremos que oigáis, padres conscriptos, y libréis a vuestra república, si os parece, de la mancha de la impiedad, pues hemos visto con cuánta veneración no sólo honráis a vuestros dioses sino que acogéis a los de fuera. Nosotros tenemos un templo de Prosérpina; de la santidad de este templo supongo que os habrá llegado alguna noticia cuando la guerra con Pirro; éste, al pasar con su flota a la altura de Locros de vuelta de Sicilia, entre otras fechorías que cometió contra nuestra ciudad debido a nuestra lealtad hacia vosotros, saqueó también el tesoro de Prosérpina, intacto hasta aquella fecha,

y embarcando este dinero en las naves, él se marchó por
5 tierra. ¿Qué ocurrió entonces, padres conscriptos? Que la
flota fue destrozada al día siguiente por una terrible tem-
pestad, y todas las naves que llevaban el dinero sagrado
6 fueron lanzadas sobre nuestras costas. Tan grave desastre
le hizo comprender al fin que los dioses existen, y aquel
rey tan orgulloso dio orden de buscar cuidadosamente todo
el dinero y reponerlo en el tesoro de Prosérpina. Pero a par-
tir de entonces ya nunca le salió nada bien, y tras ser ex-
pulsado de Italia, cuando entró imprudentemente en Argos
de noche, sucumbió con una muerte oscura y poco honrosa.
7 Vuestro legado y los tribunos militares tenían conocimien-
to de este y otros mil episodios más, que contaban no para
avivar el temor religioso sino porque nosotros, igual que
nuestros antepasados, habíamos reconocido a menudo en
8 ellos la eficaz presencia de la diosa; sin embargo tuvieron
la osadía de poner sus sacrílegas manos sobre aquellos te-
soros nunca violados y contaminar con aquel impío botín
9 sus casas, sus personas y las de vuestros soldados. Por vo-
sotros y por vuestra conciencia, padres conscriptos, con
estos soldados no os metáis en ninguna empresa ni en Ita-
lia ni en África antes de expiar su crimen, no vaya a ser
que purifiquen no sólo con su sangre sino además con una
catástrofe nacional la impiedad en que incurrieron».
10 «Y es que ni siquiera ahora, padres conscriptos, remi-
te la cólera de la diosa contra vuestros jefes y vuestros
soldados. Varias veces se han enfrentado ya entre sí en
batalla campal, capitaneando Plemnio uno de los bandos,
y el otro los dos tribunos militares. Pelearon entre sí con
11 mayor denuedo que contra los cartagineses, y de no ser
por la intervención de Escipión, al que llamamos nosotros,
con su desatino le habrían brindado a Aníbal la oportuni-
12 dad de recuperar Locros. ¿Tal vez, ¡por Hércules!, el des-

varío afecta a los soldados contaminados por el sacrilegio, pero no ha aparecido ninguna señal de la voluntad de la diosa de castigar a los jefes? Al contrario, fue precisamente ahí donde más se manifestó. Los tribunos fueron azotados con las varas por orden del legado; después, el legado, 13 atrapado en una emboscada por los tribunos, aparte de ser lacerado todo su cuerpo, fue además abandonado exangüe con la nariz y las orejas cortadas; tras ello, el legado, 14 recuperado de sus heridas, hizo encarcelar a los tribunos militares, luego los hizo azotar, torturándolos con toda clase de suplicios propios de esclavos, y les dio muerte, y una vez muertos no dejó que se les diera sepultura».

«La diosa castiga de esta forma a los expoliadores de 15 su templo, y no cesará de azuzar a todas las furias contra ellos hasta que el dinero sagrado sea repuesto en su tesoro. En cierta ocasión, durante una dura guerra con los croto- 16 nienses, nuestros antepasados, como el templo está fuera de la ciudad, quisieron trasladar a ésta el dinero; por la noche se oyó una voz que salía del templo y les decía que no pusieran sus manos sobre él, que la diosa defendería lo que era suyo. Como les entró con ello un religioso te- 17 mor a mover de allí los tesoros, pretendieron rodear el templo con una muralla; cuando se habían levantado ya los muros a bastante altura se vinieron abajo de pronto entre ruinas. Pero tanto entonces como ahora, y en muchas otras 18 ocasiones, la diosa o bien defendió el templo donde mora o bien castigó severamente a los profanadores; nuestras afrentas no puede ni podría vengarlas nadie más que vosotros, padres conscriptos. A vosotros y a vuestro amparo 19 recurrimos suplicantes. Para nosotros no hay ninguna diferencia entre que dejéis que Locros siga bajo aquel legado y aquella guarnición, y que la entreguéis a las iras de Aníbal y los cartagineses para su exterminio. No pedimos que

su discurso: tomar el acuerdo de que el legado Pleminio 5
fuese trasladado a Roma encadenado y que defendiese su
causa encadenado, y si resultaban ciertas las quejas de los
locrenses, que se le ajusticiase en la cárcel y se confiscasen
sus bienes; en cuanto a Publio Escipión, hacerle volver 6
por haber salido de la provincia sin orden del senado, y
hablar con los tribunos de la plebe para que presentasen
al pueblo la propuesta de revocarle el mando; a los locren-
ses, que el senado les contestara, estando ellos presentes,
que ni el senado ni el pueblo romano habían querido que
se les hiciesen las afrentas que se quejaban de haber recibi-
do; que se les calificase de hombres buenos, y aliados, y 7
amigos, y se les devolvieran los hijos, las mujeres, y cual-
quier otra cosa que les hubiera sido arrebatada; que se in-
vestigase cuánto dinero había sido sustraído de los tesoros
de Prosérpina y se repusiese en ellos el doble de dicha can-
tidad, y que se celebrase una ceremonia expiatoria consul- 8
tando previamente al colegio de los pontífices qué expia-
ciones les parecía que se hicieran, a qué dioses, y con qué
víctimas, por haber sido removido, abierto y profanado
un tesoro sagrado; que los soldados que había en Locros 9
fuesen trasladados todos a Sicilia, y se llevaran a Locros
como guarnición cuatro cohortes de aliados latinos.

Apasionadas como estaban las posturas a favor y en 10
contra de Escipión, no se les pudo pedir a todos su pare-
cer aquel día. Aparte de la villanía de Pleminio y el infor- 11
tunio de los locrenses, se discutía también el estilo de vida
del propio general, impropio no ya de un romano sino in-
cluso de un militar: que se pasease por el gimnasio con
manto y sandalias griegas, que se dedicase a la lectura y 12
los ejercicios atléticos, que todo su séquito disfrutase de
los placeres siracusanos con igual abandono y molicie,
que Cartago y Aníbal se hubiesen borrado de su mente, 13

que todo el ejército, corrompido por la permisividad como había ocurrido en Hispania en el Sucrón y ahora en Locros, fuese más temible para los aliados que para el enemigo.

- 20 Aunque estas acusaciones eran verdad en unos casos y verdades a medias en otros, y por tanto verosímiles, prevaleció sin embargo el criterio de Quinto Metelo ²⁹⁸, que se mostró de acuerdo con Máximo en lo demás, pero disintió en lo referente a Escipión. A éste, en efecto, la ciudadanía lo había escogido hacía poco, siendo muy joven aún, como general único para reconquistar Hispania; una vez recuperada Hispania del poder del enemigo, lo había nombrado cónsul para poner fin a la guerra púnica, abrigando la esperanza de que arrastraría a Aníbal fuera de Italia y sometería África; ¿era lógico que de pronto se le hiciese volver de su provincia, como a Quinto Pleminio, casi condenado antes de poder defenderse, cuando las infamias que los locrenses se quejaban de haber padecido habían ocurrido, según ellos decían, sin que ni siquiera estuviese presente Escipión, y no se le podía acusar de otra cosa más que de excesiva tolerancia o miramiento por haber sido indulgente con el legado? Su propuesta era que el pretor Marco Pomponio, al que había tocado en suerte la provincia de Sicilia, marchase a su provincia en un plazo de tres días; que los cónsules eligiesen entre los senadores a los diez que prefiriesen como diputados para enviarlos con el pretor, dos tribunos de la plebe y un edil; el pretor, con esta comisión, haría una investigación; si los hechos de que se quejaban los locrenses se habían producido por orden de Escipión o con su consentimiento, le ordenarían abandonar la provincia; en caso de que Publio Escipión

²⁹⁸ Quinto Cecilio Metelo, el cónsul de 206.

hubiera cruzado ya a África, los tribunos de la plebe y el edil, junto con los dos comisionados que el pretor considerase más a propósito, partirían para África, los tribunos 7 y el edil para traer de vuelta de allí a Escipión, y los delegados para tomar el mando del ejército hasta que un nuevo general se incorporase al mismo; si Marco Pomponio 8 y los diez delegados averiguaban que aquellos hechos se habían producido sin orden ni consentimiento de Escipión, éste seguiría con el ejército y dirigiría las operaciones bélicas como se había propuesto. Una vez aprobado este de- 9 creto del senado se habló con los tribunos de la plebe para que por acuerdo entre ellos o por sorteo eligieran a los dos que acompañarían al pretor y los delegados; se hizo 10 una consulta al colegio de los pontífices sobre cómo expiar lo que se hubiera tocado, profanado, sustraído en Locros en el templo de Prosérpina.

Los tribunos de la plebe que partieron con el pretor 11 y los diez delegados fueron Marco Claudio Marcelo y Marco Cincio Alimento ²⁹⁹; se les asignó un edil de la plebe con el objeto de que los tribunos le dieran orden de arrestar a Escipión si no acataba las órdenes del pretor en Sicilia o si había pasado ya a África; en virtud de su sacrosanta potestad, lo traerían de vuelta. El plan era ir a Locros antes que a Mesina.

Hay, por otra parte, dos versiones en lo que a Pleminio 21 se refiere. Según unos, al enterarse de lo que se había acordado en Roma marchó a Nápoles para exiliarse y casualmente se encontró con Quinto Metelo, uno de los delegados, el cual se lo llevó arrestado de vuelta a Regio. Según 2 otros, el propio Escipión envió un lugarteniente con treinta jinetes de elite para arrestar a Pleminio y junto con

²⁹⁹ Probablemente sacó adelante la ley Cincia en este año 204.

3 él a los cabecillas de la revuelta. Todos ellos, o bien primero por orden de Escipión o bien entonces por orden del pretor, fueron entregados para su custodia a los reginos.

4 El pretor y los delegados partieron para Locros y de acuerdo con las instrucciones recibidas se ocuparon en primer lugar de lo referente a la religión; buscaron, pues, todo el dinero sagrado que tenían en su poder tanto Pleminio como los soldados, y junto con el que ellos mismos habían llevado lo depositaron en el tesoro y celebraron una

5 ceremonia expiatoria. Luego, el pretor convocó a los soldados a una asamblea, les mandó sacar las enseñas fuera de la ciudad y emplazó el campamento en campo abierto, amenazando con graves castigos si algún soldado se quedaba en la ciudad o se llevaba algo que no fuera suyo; a los locrenses les dijo que les autorizaba a coger lo que cada uno reconociera como suyo y reclamar lo que no apareciese.

6 Ante todo quería que se les devolvieran sin demora a los locrenses las personas libres; si alguien no lo hacía sufriría

7 un severo castigo. Después celebró una reunión con los locrenses y declaró que el pueblo y el senado romano les devolvían su libertad y sus leyes; si alguien quería presentar acusación contra Pleminio o contra cualquier otro, que

8 le acompañara a Regio; si querían presentar un queja oficial contra Publio Escipión por entender que las infamias perpetradas en Locros contra los dioses y los hombres se habían producido por orden de Publio Escipión o con su consentimiento, que enviasen una diputación a Mesina; allí

9 él y la comisión abrirían una investigación. Los locrenses dieron las gracias al pretor y a los delegados, al senado y al pueblo romano; dijeron que irían a acusar a Pleminio,

10 pero que Escipión, si bien no se había preocupado mucho de las afrentas padecidas por su población, era un hombre al que preferían tener como amigo que como enemigo; es-

taban seguros de que no se habían cometido tantas infamias por orden de Publio Escipión ni con su consentimiento, pero o bien había dado demasiado crédito a Pleminio y muy poco a ellos, o bien algunos, por su innata manera 11 de ser, ponen más voluntad en que no se obre mal que energía en castigar las malas acciones. Tanto al pretor como a la comisión se les había evitado la gravosa tarea de abrir una investigación acerca de Escipión. Condenaron ³⁰⁰ 12 a Pleminio y a otros treinta y dos hombres, y los enviaron a Roma encadenados. Ellos se fueron a donde estaba Esci- 13 pión, para comprobar también por sí mismos los rumores que habían circulado acerca del estilo de vida y la ociosidad del general y del relajamiento de la disciplina militar, e informar de ello en Roma.

*Preparativos
de la expedición
a África.*

*Pacto
entre Cartago
y Sifax*

Mientras ellos se dirigían a Siracusa, 22 Escipión preparó en su descargo hechos y no palabras. Ordenó que se reuniese allí todo el ejército y que estuviese lista la flota como si hubiera que combatir aquel día con los cartagineses. El día en que llega- 2

ron les dio una acogida hospitalaria y cordial; al día siguiente les mostró las fuerzas de tierra y mar tanto en formación como maniobrando las de tierra y ofreciendo la flota a su vez un simulacro de combate naval en el puerto. Después el pretor y los delegados fueron conducidos a visi- 3 tar los arsenales y los graneros, y los demás preparativos bélicos. Quedaron tan admirados ante el conjunto y ante 4 cada detalle en particular que tenían el firme convencimiento de que o se vencía al pueblo cartaginés con aquel general y aquel ejército o no se le podría vencer con ningún otro,

³⁰⁰ Los encontraron culpables, en su investigación preliminar. El juicio se celebraría en Roma.

5 y animaron a Escipión a hacer la travesía —que los dioses
hiciesen que ello fuese para bien— y hacer realidad cuanto
antes para el pueblo romano las esperanzas concebidas el
día en que todas las centurias lo habían aclamado cónsul
6 a él el primero. Y emprendieron el regreso tan llenos de
alegría como si fuesen a Roma a informar de una victoria,
más que de unos magníficos preparativos de guerra.

7 En cuanto llegaron a Roma, Pleminio y los que estaban
implicados en la misma causa fueron encarcelados de in-
mediato. Presentados ante el pueblo por los tribunos, la
primera vez no hubo el menor resquicio para la piedad,
impresionados como estaban de antemano los ánimos por
8 los horrores de Locros; después, al ser presentados en ve-
ces sucesivas, la hostilidad se iba diluyendo y se suaviza-
ban las iras, y la misma mutilación de Pleminio y el re-
cuerdo de Escipión ausente les iban granjeando el favor
9 de la masa. Sin embargo, Pleminio murió en prisión, antes
de que concluyese el juicio popular ³⁰¹ contra él.

10 En el libro tercero de su historia de Roma cuenta Clo-
dio Lícino ³⁰² que durante los juegos votivos que ofrecía
en Roma el Africano durante un segundo consulado ³⁰³,
este Pleminio intentó, por medio de algunos sujetos com-
prados con dinero, prender fuego a la ciudad en varios
puntos a la vez para tener oportunidad de abrir por la fuerza
la prisión y escapar, y que después, al descubrirse el com-
plot, fue relegado al Tuliano por decisión del senado.

³⁰¹ Los acusados de *perduellio* eran presentados tres veces, y la *quarta acusatio* tenía lugar 28 días después, procediéndose entonces a la votación de los *comitia tributa* si se pedía pena de multa y *centuriata* si se pedía la pena capital.

³⁰² Contemporáneo de Livio.

³⁰³ Año 194.

De Escipión sólo se trató en el senado, donde todos 11 los delegados y tribunos, ponderando con sus palabras al general, el ejército y la flota, consiguieron que el senado decretara que había que pasar a África lo antes posible y se autorizara a Escipión a escoger él mismo entre los 12 ejércitos que había en Sicilia los hombres que se llevaría consigo a África y los que dejaría de guarnición en la provincia.

Mientras en Roma se desarrollaban estos hechos, los 23 cartagineses, por su parte, habían colocado puestos de observación en todos los promontorios y habían pasado el invierno en vilo recabando información y temblando ante cada noticia; dieron a su vez un paso importante para la 2 defensa de África con la alianza con el rey Sifax: estaban convencidos de que el romano se disponía a pasar a África sobre todo porque confiaba en éste. Asdrúbal, el hijo de 3 Gisgón, tenía vínculos de hospitalidad con el rey, de los que ya hemos hablado anteriormente, cuando coincidieron Escipión y Asdrúbal al llegar a Hispania casualmente al mismo tiempo; pero también se había hecho mención a un parentesco en ciernes, a través de la boda del rey con la hija de Asdrúbal ³⁰⁴. Partió éste para cerrar el compro- 4 miso y fijar la fecha de la boda, pues la muchacha era ya núbil, y cuando se dio cuenta de que el rey estaba inflamado de pasión, pues los núbidas son los más apasionados de todos los bárbaros, hizo venir de Cartago a la joven y apresuró la boda. Entre otras manifestaciones de ale- 5 gría, para añadir al compromiso privado también uno público se consolidó con juramento una alianza entre el pueblo cartaginés y el rey, adquiriendo el compromiso mutuo de tener los mismos amigos y enemigos.

³⁰⁴ Sofonisba.

6 Pero Asdrúbal, recordando que el rey también había
ajustado una alianza con Escipión, y lo ligero y tornadizo
que es el carácter de los bárbaros, temiendo que, si Esci-
7 pión pasaba a África, aquel matrimonio fuese un vínculo
poco sólido, mientras tenía al númera ardiendo en las lla-
mas de su reciente amor, lo indujo, valiéndose también
de las caricias de la muchacha, a enviar a Sicilia emisarios
a Escipión para, a través de éstos, advertirle que no fuese
a pasar a África confiado en sus anteriores promesas;
8 él, unido al pueblo cartaginés por su matrimonio con una
ciudadana cartaginesa, hija de aquel Asdrúbal al que ha-
bía visto de huésped en su casa, y además unido por una
9 alianza pública, deseaba ante todo que los romanos hicie-
ran la guerra con los cartagineses lejos de África, como
habían hecho hasta entonces, para no verse obligado a in-
tervenir en su contienda y alinearse en uno de los bandos
10 combatientes renegando de una de las dos alianzas; si Esci-
pión no renunciaba al África y avanzaba con su ejército
sobre Cartago, él se iba a ver forzado a luchar por África,
la tierra donde había nacido también, por la patria de su
esposa, por su padre y por sus penates.

24 Los embajadores enviados por el rey con estas instruc-
ciones para Escipión se encontraron con él en Siracusa.
2 Escipión, aunque se quedaba sin una ayuda muy impor-
tante para su campaña en África y resultaba fallida una
gran esperanza, antes de que la noticia se divulgase envió
rápidamente a los embajadores de vuelta a África y les
3 entregó una carta para el rey en la que le insistía advirtiéndole
que no traicionase el compromiso de hospitalidad con-
traído con él ni el de la alianza estipulada con el pueblo
romano, ni los derechos sagrados, ni la lealtad, ni la pala-
bra dada, ni a los dioses, testigos y árbitros de los acuerdos.
4 Pero como no se podía ocultar la llegada de los númeras,

pues habían andado por la ciudad y se habían hecho ver junto al pretorio, y si se silenciaba el objeto de su venida, se corría el peligro de que la verdad estallara por sí sola con más fuerza precisamente por ocultarla y de que en el ejército cundiera el temor a tener que combatir al mismo tiempo con el rey y los cartagineses, Escipión desvió la verdad de la atención de sus hombres inculcándoles una mentira; convocando a los soldados a una asamblea, les 5 dijo que no había que pensárselo más; que los reyes aliados le instaban a que pasase a África cuanto antes; que primeramente se había presentado a Gayo Lelio el propio Masinisa quejándose de que se perdiera el tiempo en vacilaciones; ahora Sifax enviaba embajadores preguntándose 6 también él con extrañeza cuál era el motivo de una demora tan prolongada y pidiendo que se trasladase de una vez a África el ejército, o, en caso de que hubiera habido un cambio de planes, que se le pusiera al corriente para poder a su vez velar por su reino y por sí mismo. De modo, 7 pues, que como estaba ya todo perfectamente preparado y la empresa no admitía más dilaciones, una vez trasladada la flota a Lilibeo y concentradas allí todas las tropas de infantería y caballería estaba decidido a hacer la travesía a África, con la ayuda de los dioses, el primer día que fuera a propósito para la navegación. Envío una carta a 8 Marco Pomponio para que, si le parecía, acudiera a Lilibeo para estudiar juntos qué legiones en concreto y qué cantidad de soldados llevaría a África. Igualmente envió 9 aviso a todos los puntos de la costa para que cogieran todas las naves de carga y las juntasen en Lilibeo.

Al reunirse en Lilibeo todos cuantos soldados y naves 10 había en Sicilia, sin que pudiera dar cabida la ciudad a tal multitud de hombres ni el puerto a las naves, todos 11 tenían tantas ganas de pasar a África que parecía que no

muchedumbre tan grande que daba la impresión de no haber quedado mortal alguno en Italia ni en Sicilia.

Escipión se encargó personalmente de que los soldados subieran a las naves en orden y sin alboroto. Gayo Lelio, comandante de la flota, retuvo en las naves a los marineros, a los que se había hecho embarcar primero. El pretor Marco Pomponio fue el encargado de la tarea de cargar las provisiones. Se embarcaron alimentos para cuarenta y cinco días, y de ellos, ya cocidos, para una quincena. Cuando estaban ya todos a bordo, mandó unas lanchas recorriendo las naves para que el piloto, el patrón y dos soldados de cada una de ellas acudieran al foro para recibir órdenes. Una vez reunidos, les preguntó en primer lugar si habían cargado agua para hombres y animales para tantos días como víveres. Cuando respondieron que había agua en las naves para cuarenta y cinco días, ordenó a los soldados que hicieran lo que los marineros les mandaran, tranquilos, en silencio y sin disputas, para la realización de las maniobras. Él y Lucio Escipión protegerían a las naves de transporte con veinte naves de guerra desde el flanco derecho, y desde el izquierdo lo harían con otras tantas. Gayo Lelio, comandante de la flota, y Marco Porcio Catón, que entonces era cuestor. Las naves de guerra llevarían una luz cada una, y las de transporte, dos. La nave capitana llevaría una señalización nocturna de tres luces. Dio orden a los pilotos de poner rumbo a los Emporios³⁰⁵. Es una tierra muy fértil, por eso abundan en la comarca toda clase de productos, y los nativos son pacíficos, como suele ocurrir en los territorios feraces, por lo que era previsible que se podría aplastarlos antes de que les llegara ayu-

³⁰⁵ Región situada en torno al golfo de Gabes, y que podría haber abarcado toda la costa hasta Leptis.

- 13 da de Cartago. Impartidas estas órdenes les mandó volver a las naves y con la ayuda de los dioses levar anclas al día siguiente cuando se diese la señal.
- 26 Muchas flotas romanas habían salido de Sicilia y de aquel mismo puerto, pero no hubo ninguna partida tan espectacular no ya en aquella guerra —cosa que no es de extrañar, pues la mayoría de las flotas sólo habían salido a expediciones de saqueo—, sino ni siquiera en la anterior.
- 2 Y eso que si se considera el volumen de las flotas, también antes habían hecho la travesía a la vez dos cónsules con dos ejércitos ³⁰⁶, y en aquellas flotas había casi tantas naves de guerra ³⁰⁷ como naves de transporte llevaba en esta
- 3 ocasión Escipión; pues aparte de las cuarenta naves de guerra, trasladó al ejército en unas cuatrocientas naves de
- 4 carga. Pero la segunda guerra púnica les parecía a los romanos mucho más terrible que la primera debido por una parte a que se combatía en Italia, y por otra a los ingentes
- 5 descalabros de tantos ejércitos, con la muerte, al mismo tiempo, de sus generales. Además Escipión, general celebrado en parte por sus valerosas acciones y en parte por una especie de buena estrella personal muy eficaz en orden
- 6 a acrecentar su gloria, se había convertido en centro de atención. A ello contribuía también la propia iniciativa de la travesía, que ningún general se había planteado antes en aquella guerra, ya que él había hecho correr la noticia de que pasaba a África para arrancar a Aníbal de Italia,
- 7 trasladar a África la guerra, y allí terminarla. Se había concentrado en el puerto para ver el espectáculo toda la multitud no sólo de los habitantes de Lilibeo sino de las

³⁰⁶ En 256 Lucio Manlio Volsón y Marco Atilio Régulo, y en 255 Servio Fulvio Nobilior y Marco Emilio Paulo.

³⁰⁷ 330 y 350 respectivamente.

delegaciones de toda Sicilia que habían acudido para dar escolta de honor a Escipión siguiendo al pretor de la provincia, Marco Pomponio. Además se habían acercado a despedir a sus camaradas las legiones que se quedaban en Sicilia, y no sólo era un espectáculo la flota para los que la contemplaban desde tierra, sino que también lo era para los que se daban a la mar toda la orilla repleta de gente.

En cuanto amaneció, Escipión, desde la nave capitana, 27 una vez que el heraldo impuso silencio, dijo: «Dioses y 2 diosas que habitáis los mares y las tierras, yo os invoco y os ruego que todas cuantas empresas se han realizado, se están realizando y se realizarán bajo mi mando tengan un resultado feliz para mí, para el pueblo y la plebe de Roma, y para los aliados y latinos que siguen el partido, la autoridad y los auspicios del pueblo romano y míos por tierras, mares y ríos, y que os dignéis favorecerlas todas 3 y colmarlas con felices resultados; que nos llevéis de vuelta a nuestras casas sanos y salvos tras vencer a los enemigos, victoriosos, honrados con los despojos, cargados de botín y triunfantes; que nos brindéis la posibilidad de vengarnos de nuestros enemigos públicos y privados; que nos conce- 4 dáis a mí y al pueblo romano la oportunidad de dar un escarmiento haciendo contra el pueblo cartaginés lo mismo que el pueblo cartaginés intentó hacer contra nuestra ciudad».

Terminada esta plegaria arrojó al mar, según es cos- 5 tumbre, las entrañas crudas de la víctima inmolada, y con la trompeta dio la señal de salida. Impulsados por un vien- 6 to favorable bastante fuerte, desaparecieron rápidamente de la vista de tierra; a partir del mediodía los envolvió la niebla de tal forma que apenas podían evitar que las naves chocaran entre sí; ya en alta mar, el viento perdió fuerza. La misma niebla cayó a la noche siguiente; con 7

la salida del sol se disipó y arreció el viento. Ya divisaban
8 tierra. Poco después, el piloto le dijo a Escipión que África
estaba a no más de cinco millas, que estaba avistando
el promontorio de Mercurio ³⁰⁸, que si ordenaba dirigirse
hacia allí, en seguida estaría en el puerto toda la flota.
9 Escipión, cuando estuvo a la vista de tierra, suplicó a los
dioses que la contemplación de África redundase en bien
suyo y de la república, y ordenó desplegar las velas y bus-
car más abajo un lugar de desembarco para las naves.
10 Los impulsaba el mismo viento, pero la niebla que se le-
vantó más o menos a la misma hora del día anterior les
ocultó la vista de tierra, y al espesarse la niebla se calmó
11 el viento. Después la noche aumentó la incertidumbre, de
modo que echaron anclas para evitar que las naves entre-
12 chocaran o encallaran. Al clarear el día se levantó el mis-
mo viento, que disipó la niebla y dejó al descubierto todo
el litoral de África. Escipión preguntó cuál era el promon-
torio más próximo, y al oír que se llamaba promontorio
de Pulcro ³⁰⁹, dijo: «Me gusta el presagio, dirigid hacia
13 ahí las naves». La flota navegó hacia allí y todas las tropas
fueron desembarcadas.

Fiado en la autoridad de un gran número de historia-
dores griegos y latinos, tengo el convencimiento de que
la travesía se realizó felizmente, sin alarmas ni desorden.
14 Sólo Celio cuenta que las naves, salvo ser tragadas por
las olas, sufrieron todas las demás inclemencias del cielo
y del mar, y que finalmente una tempestad arrastró la flo-
ta desde África hasta la isla de Egimuro ³¹⁰, desde donde
15 a duras penas logró enderezar el rumbo, y, a punto de

³⁰⁸ El cabo Bon. El punto más próximo desde Sicilia.

³⁰⁹ De Apolo (Ra's Sidi).

³¹⁰ Zembra. A 30 millas de Cartago en dirección nordeste.

hundirse las naves, los soldados, sin orden del general, como si fueran náufragos salieron a tierra en barcas, sin armas y en medio de una gran confusión.

*Pánico
en Cartago.
Masinisa
se une
a Escipión*

Desembarcadas las tropas, los romanos 28
emplazaron el campamento sobre las co-
linas cercanas. La vista de la escuadra pri- 2
mero, y luego el tumulto de los que sal-
taban a tierra, habían hecho cundir el pá-
nico y la alarma no sólo en los campos cercanos al mar
sino en las mismas ciudades. Aparte de que una multitud 3
de hombres confundida con columnas de mujeres y niños
había llenado en todas partes todos los caminos, también
arreaban su ganado los campesinos, de modo que se diría
que África era abandonada repentinamente. Pero la alar- 4
ma que sembraban en las ciudades mismas era mayor que
la que ellos sentían. Sobre todo en Cartago hubo una con-
moción como si la ciudad hubiera caído en poder del ene-
migo, pues desde el consulado de Marco Atilio Régulo y 5
Lucio Manlio, casi cincuenta años, no habían visto ningún
ejército romano, exceptuando las flotas de merodeo con
las que se habían efectuado desembarcos en los campos
de la costa y, después de coger todo lo que el azar ponía 6
al alcance, siempre se había regresado a las naves antes de
que el grito de alarma pusiera en movimiento a los campe-
sinos. Por eso fueron ahora mayores la huida y el pánico 7
en la ciudad. Además, el caso es que no había en Cartago
en aquel momento ni un ejército poderoso ni un general
con que hacer frente. Asdrúbal el hijo de Gisgón era con
mucho el ciudadano más importante por su origen fami-
liar, su prestigio, sus riquezas, y ahora también por su pa-
rentesco con el rey; pero recordaban que había sido derro- 8
tado y puesto en fuga en Hispania por aquel mismo Esci-
pión en varios combates, y si no podía compararse un ge-

neral con el otro, menos aún su ejército improvisado con
9 el romano. Por eso, como si Escipión estuviera a punto
de atacar la ciudad de un momento a otro, se llamó a
las armas y se cerraron precipitadamente las puertas, se
apostaron hombres armados en las murallas, se organizaron
centinelas y puestos de guardia, y se mantuvo la alerta du-
10 rante la noche siguiente. Al otro día, quinientos jinetes
enviados en dirección al mar a hacer un reconocimiento
y obstaculizar el desembarco toparon con los puestos avan-
11 zados de los romanos, pues Escipión, después de enviar
a Útica la flota, había ocupado las colinas cercanas sin
alejarse mucho de la costa, y a sus jinetes los había apos-
tado en puntos estratégicos o los había enviado a saquear
por los campos.

29 Trabaron éstos combate con la caballería cartaginesa
y dieron muerte a unos pocos durante el propio combate
y a muchos más al perseguirlos cuando huían, entre ellos
2 también a su prefecto Hannón, un joven noble. Además
de devastar los campos del contorno, Escipión también to-
3 mó la ciudad africana más próxima, bastante rica, donde,
aparte del resto del botín, cargado inmediatamente en na-
ves de transporte y enviado a Sicilia, cogió ocho mil prisione-
ros entre libres y esclavos.

4 Sin embargo, lo que mejor les vino a los romanos en
los inicios de las operaciones fue la llegada de Masinisa.
Según relatan algunos se presentó con no más de doscien-
tos jinetes, según la mayoría, lo hizo con una caballería
5 de dos mil hombres. Ahora bien, como este rey fue el más
importante con mucho de los de su época y prestó valiosí-
simos servicios a Roma, me parece que merece la pena ha-
cer una pequeña digresión para contar los vaivenes de la
fortuna que experimentó en la pérdida y recuperación del
6 reino paterno. Mientras él combatía en Hispania en favor

*Historia de
Masinisa*

de los cartagineses, murió su padre, que se llamaba Gala. El reino, según la costumbre de los númidas, pasó al hermano del rey, Ezalces, de muy avanzada edad.

Muerto también Ezalces no mucho después, ⁷asumió el poder paterno el mayor de sus dos hijos, Capusa, siendo aún muy niño el otro. Pero como pasaba ⁸a reinar en virtud del derecho más que por ascendiente entre los suyos o por su propia fuerza, surgió un tal Mazetulo, de sangre real pero de una rama familiar siempre hostil a los que detentaban el poder y en pugna por él con suerte diversa. Éste sublevó a sus coterráneos, entre los que go- ⁹zaba de gran ascendiente por su odio hacia los reyes, plantó abiertamente un campamento y obligó al rey a presentar batalla y combatir por el reino. En aquel combate cayó ¹⁰Capusa con muchos de sus principales hombres. La población de los mesulios ³¹¹ pasó enteramente al dominio y la autoridad de Mazetulo; éste, sin embargo, prescindió del ¹¹título de rey, y, contentándose con el modesto título de tutor, nombró rey al pequeño Lacumazes, superviviente de la familia real. Se unió en matrimonio con una noble car- ¹²taginesa, hija de una hermana de Aníbal, que antes había estado casada con el rey Ezalces, esperando así llegar a una alianza con los cartagineses; y envió embajadores a Sifax ¹³para renovar los antiguos vínculos de hospitalidad, preparando todos estos apoyos para hacer frente a Masinisa.

Masinisa, por su parte, enterado de que su tío había ³⁰muerto y más tarde de que a su primo lo habían matado, se trasladó de Hispania a Mauritania. Por aquella época era Baga rey de los moros. Suplicándole de la forma más ²

³¹¹ Cf. XXIV 48, 13. Consideramos que los mesulios y los masesulios son dos pueblos, aunque no faltan razones a quienes *Masalsulos ab Maesulis non distinguunt*.

humillante consiguió de él una escolta de cuatro mil moros
3 para el viaje, ya que para la guerra no fue capaz. Con
éstos llegó a las fronteras de su reino, después de enviar un
mensaje a los amigos de su padre y a los suyos, y vinieron
4 a reunirse con él alrededor de quinientos númidas. Desde
allí le envió de vuelta al rey los moros tal como habían
acordado, a pesar de que las fuerzas que había reunido
eran bastante menos numerosas de lo que esperaba y no
eran como para acabar de decidirse a abordar una empresa
5 tan importante; convencido de que con su acción y su es-
fuerzo también podría reunir fuerzas para intentar algo,
en las cercanías de Tapso ³¹² salió al encuentro del reye-
6 zuelo Lacumazes, que se dirigía a la corte de Sífax. Al
haberse refugiado la desconcertada comitiva dentro de la
ciudad, Masinisa la tomó al primer asalto, y de los hom-
bres del rey cogió prisioneros a algunos que se habían ren-
dido y dio muerte a otros que se disponían a resistir, pero
la mayoría de ellos junto con el propio joven, aprovechan-
do la confusión, llegaron hasta Sífax, que era el primer
7 objetivo de su viaje. La noticia de esta modesta operación
llevada a cabo con éxito en el inicio de la campaña atrajo
a los númidas hacia Masinisa, y de todas partes afluían,
de campos y aldeas, los antiguos soldados de Gala, y ani-
maban al joven a reconquistar el reino de su padre.

8 Mazetulo lo superaba bastante en número de soldados,
pues él tenía, por una parte, el ejército con el que había
vencido a Capusa y algunos hombres de los que se le ha-
bían rendido después de la muerte del rey, y por otra parte
el joven Lacumazes había traído de parte de Sífax refuer-
9 zos muy considerables. Disponía, pues, Mazetulo de quin-
ce mil soldados de a pie y diez mil de a caballo, con los

³¹² Desconocida. Su famosa homónima quedaba a gran distancia.

cuales se enfrentó en combate con Masinisa, que no tenía, ni mucho menos, tanta infantería ni caballería. Sin embargo, salieron triunfantes el valor de los veteranos y la pericia del general, entrenado en las luchas entre romanos y cartagineses. El reyezuelo, con su tutor y una pequeña partida de masesulios, huyó a territorio cartaginés. Reconquistado así el reino paterno, Masinisa, en vista de que le esperaba una lucha bastante más dura contra Sifax, pensó que lo mejor era hacer las paces con su primo, mandó emisarios para convencer al chico de que si se confiaba a la lealtad de Masinisa tendría los mismos honores que en otro tiempo había tenido Ezalces al lado de Gala, y para prometerle a Mazetulo, además de la impunidad, la fiel restitución de todos sus bienes. Como ambos preferían una fortuna modesta en su patria antes que el exilio, se los atrajo a su lado a pesar de que los cartagineses lo intentaron todo para que esto no ocurriera.

Casualmente, cuando tenían lugar estos acontecimientos Asdrúbal estaba con Sifax. El númida estaba convencido de que a él no le afectaba en absoluto que el reino de los masesulios estuviera en poder de Lacumazes o de Masinisa, pero Asdrúbal le dijo que estaba muy equivocado si creía que Masinisa se iba a conformar con lo mismo que su padre Gala o su tío Ezalces, pues, por coraje y talento, su carácter era muy superior al que jamás había tenido hombre alguno de su nación; repetidas veces en Hispania les había dado prueba, tanto a los aliados como a los enemigos, de un valor poco común entre los mortales; si Sifax y los cartagineses no sofocaban aquel fuego en sus inicios, pronto se verían envueltos en las llamas de un gigantesco incendio cuando ya no tuvieran ningún recurso de que echar mano; de momento, mientras se ocupaba de la consolidación del reino, que se recuperaba trabajosamente, sus fuer-

zas eran aún débiles y quebradizas. A fuerza de insistir y pinchar, consiguió que aproximara su ejército a las fronteras de los mesulios y emplazara el campamento, como en una posición suya por derecho indiscutible, en un territorio por el que a menudo había discutido de palabra e incluso luchado con las armas con Gala. Si alguien trataba de echarlo de allí, daría la batalla, que era lo que más se necesitaba; y si por temor se le cedía el territorio, debía avanzar hacia el corazón del reino; o los mesulios se entregaban a su dominio sin combatir, o serían claramente inferiores con las armas.

7 Incitado por estas palabras, Sifax lanza la ofensiva contra Masinisa. En el primer combate derrota y pone en fuga a los mesulios. Masinisa, con unos pocos jinetes, huye del campo de batalla a un monte que los naturales del país
8 llaman Belo. Siguieron al rey algunas familias con sus tiendas y su ganado, que es la riqueza que poseen; la población mesulia restante se sometió a Sifax. El monte que habían ocupado los fugitivos tenía hierba y agua en abundancia, y como era bueno para alimentar al ganado, proporcionaba también alimentos en abundancia para los hombres, que se nutrían de carne y leche. Desde allí amenazaban todo el contorno, primero a base de correrías nocturnas y furtivas, y después con un bandolerismo declarado; arrasaban sobre todo el territorio cartaginés porque abundaba más el botín que entre los númidas y el pillaje era
10 menos arriesgado. Y operaban ya tan a sus anchas que transportaban el botín hacia la costa y lo vendían a los mercaderes que arribaban con sus naves con ese objeto, y caían o eran capturados más cartagineses que con frecuencia en una guerra regular.

12 Se quejaban de ello a Sifax los cartagineses y lo incitaban, aunque ya él estaba irritado, a liquidar la guerrilla

que quedaba; pero no le parecía muy propio de un rey andar a la caza de unos salteadores que erraban por las montañas.

Fue elegido para esta tarea uno de los oficiales del rey, 32
Búcar, un hombre aguerrido y animoso. Se le entregaron
cuatro mil soldados de infantería y dos mil de caballería,
estimulándolo con la perspectiva de ingentes recompensas
si traía la cabeza de Masinisa o lo capturaba vivo, cosa
que, desde luego, constituiría una satisfacción inestimable.
Atacó por sorpresa a los huidos mientras andaban disper- 2
sos moviéndose despreocupadamente, y después de aislar
de la protección armada a una enorme cantidad de hom-
bres y animales, acorraló al propio Masinisa y a unos po-
cos más en la cima de una montaña. Luego, como si la 3
operación estuviese ya concluida, le envió al rey el botín
de hombres y animales capturados e incluso parte de las
tropas, como que eran bastante más numerosas de lo nece-
sario para las acciones que restaban. Con no más de qui- 4
nientos hombres de a pie y doscientos de a caballo persi-
guió a Masinisa, que había descendido de las alturas, y
lo atrapó en un angosto valle bloqueando las salidas por
ambos lados. Se produjo allí una gran matanza de mesu-
lios. Masinisa, con cincuenta jinetes a lo sumo, se escapó 5
por vericuetos del monte desconocidos para sus persegui-
dores. No le perdió el rastro Búcar, sin embargo, y dándo- 6
le alcance en las llanuras que se extienden cerca de la ciu-
dad de Clúpea ³¹³ lo envolvió de tal forma que dio muerte
a todos sus hombres, exceptuando cuatro jinetes. Éstos y
el propio Masinisa, herido, se le escaparon casi de las ma-
nos en medio de la confusión. Los fugitivos estaban al al- 7

³¹³ Debe de tratarse de una población situada mucho más al oeste que la Clúpea de XXVII 29, 7.

cance de la vista. Un escuadrón de jinetes desplegado por la vasta llanura perseguía a los cinco enemigos, avanzando algunos en diagonal para cerrarles el paso. Un caudaloso río acogió a los fugitivos, pues sin dudarlo lanzaron a él sus caballos ante la amenaza de un peligro mayor, y la corriente los arrebató arrastrándolos al sesgo. A dos de ellos, ante los ojos de los enemigos se los tragó la impetuosa corriente, y Masinisa, que se creyó que había muerto también, y los dos jinetes restantes salieron a tierra entre los arbustos de la orilla opuesta. Así terminó la persecución por parte de Búcar, que no se atrevió a meterse en el río y creyó que ya no tenía a quien perseguir. Volvió, pues, a darle al rey la falsa noticia de la muerte de Masinisa, y se enviaron mensajeros a Cartago para anunciar la feliz nueva. La difusión por África entera de la noticia de la muerte de Masinisa suscitó reacciones diversas.

Masinisa, mientras curaba con hierbas la herida escondido en una cueva, vivió durante algunos días del pillaje de sus dos jinetes. En cuanto cicatrizó la herida y le pareció que podía soportar el traqueteo, con enorme audacia siguió avanzando hacia la reconquista del reino. Reuniendo sobre la marcha no más de cuarenta jinetes, llegó al país de los mesulios, y declarando ya abiertamente quién era, gracias tanto a su antigua popularidad como a la inesperada alegría de ver sano y salvo a quien se había dado por muerto, suscitó un movimiento de tales proporciones que en cosa de unos pocos días agrupó en torno suyo seis mil hombres armados de infantería y cuatro mil de caballería. Ahora no sólo estaba en posesión del reino paterno sino que además devastaba los pueblos aliados de los cartagineses y los confines de los masesulios, que era el reino de Sifax. A continuación, y tras provocar a Sifax a la gue-

rra, se estableció entre Cirta ³¹⁴ e Hipona ³¹⁵ sobre un relieve montañoso muy favorable en todos los sentidos.

Así pues, convencido Sifax, al fin, de que la cosa iba ³³ demasiado en serio como para encomendársela a sus prefectos, envió una parte de su ejército con su joven hijo, que se llamaba Vermina, con órdenes de hacer un movimiento envolvente y atacar por la espalda al enemigo, que estaría pendiente de él. Vermina partió durante la noche, pues te- ² nía que atacar por sorpresa; en cambio Sifax, como que se disponía a combatir en batalla campal, levantó el campamento y emprendió la marcha al descubierto en pleno día. Cuando le pareció que habían tenido ya tiempo de ³ llegar a su objetivo los que había enviado a dar un rodeo, él, por una ligera pendiente que conducía hacia el enemigo, hizo subir a su ejército directamente sobre el monte que tenía enfrente, confiando por una parte en el número de sus tropas y por otra en la emboscada tendida por la espalda. Masinisa, confiado sobre todo en la posición, en ⁴ la que combatiría con mucha ventaja, alineó a su vez a los suyos. La batalla fue encarnizada y largo tiempo incierta, jugando a favor de Masinisa el terreno y el valor de sus hombres, y a favor de Sifax el número de los suyos, enormemente superior. Este numeroso ejército, dividido en ⁵ dos partes, atacando una de frente y desplegándose por retaguardia la otra, le dio a Sifax una clara victoria, sin que tuvieran ni siquiera por dónde escapar los que estaban ⁶ copados por el frente y por la espalda. De modo, pues, que resultaron muertos o cayeron prisioneros todos, infantería y caballería, menos unos doscientos jinetes aproximadamente que se habían agrupado en torno a Masinisa, y

³¹⁴ Hoy Constantina. Era la capital de Sifax.

³¹⁵ Regia. Ver nota 271.

éste los dividió en tres escuadrones y les ordenó abrirse
 paso, señalándoles un punto donde reagruparse tras la dis-
 7 persión de la huida. Él escapó por el camino que había
 escogido, por entre los dardos de los enemigos. Los otros
 dos escuadrones no consiguieron pasar; uno, por miedo,
 se entregó al enemigo, y el otro, que ofreció una resis-
 tencia más tenaz, quedó acribillado bajo una nube de dardos.
 8 Masinisa burló a Vermina, que iba pisándole los talones,
 a base de continuos cambios de dirección, y al fin lo obli-
 gó a desistir de la persecución cansado, aburrido y deses-
 perado, mientras él con sesenta jinetes llegaba a la Sirte
 9 Menor. Allí, plenamente convencido de haber intentado va-
 rias veces recuperar el reino paterno, entre los Emporios
 cartagineses y el país de los garamantes ³¹⁶ pasó el resto
 del tiempo hasta que llegó a África Gayo Lelio y la flota
 10 romana. Por todo esto me inclino a creer que Masinisa
 fue también, más tarde, al encuentro de Escipión con un
 contingente de tropas reducido más que con uno numero-
 so, puesto que este último es el que corresponde a un rey,
 mientras que un número exiguo está en consonancia con
 la suerte de un exiliado.

34 *Victoria de* Los cartagineses, después de perder un
 Escipión escuadrón de caballería con su jefe, or-
 y Masinisa. ganizaron otro por medio de un nuevo
 Asalto fallido reclutamiento y pusieron al frente de él
 a Útica a Hannón, hijo de Amílcar. A continua-
 2 ción mandan llamar a Asdrúbal y a Sifax por medio de
 cartas y mensajeros, y por último también de embajado-
 res. A Asdrúbal le dan orden de prestar ayuda a su patria,
 casi asediada; a Sifax le ruegan que ayude a Cartago y
 3 a África entera. Tenía entonces Escipión su campamento

³¹⁶ Su territorio estaba en torno a Fezzan, al sur de Tripolitania.

cerca de Útica, a una milla de la ciudad aproximadamente, después de haberlo trasladado desde la costa, donde había permanecido algunos días acampado junto con la flota. Hannón había recibido una caballería insuficiente por completo no ya para hostigar al enemigo sino ni siquiera para defender los campos contra los saqueos, y lo primero que hizo fue incrementar el número de jinetes mediante un reclutamiento; y sin despreciar a los de otras poblaciones, alistó, no obstante, númidas sobre todo, que es con gran diferencia la mejor clase de jinetes de África. Cuando ya tenía cerca de cuatro mil hombres ocupó una ciudad llamada Saleca³¹⁷, situada a unas quince millas del campamento romano. Cuando se informó de esto a Escipión, dijo: «¡Una caballería bajo techo en verano! ¡Ya pueden ser más incluso, con tal que tengan un jefe semejante!» Considerando que cuanto más lentamente actuasen ellos, menos debía él descuidarse, envió por delante a Masinisa con la caballería, dándole instrucciones de cabalgar por delante de las puertas de la ciudad y atraer al enemigo al combate; cuando todos en masa se hubieran lanzado fuera y hubiese en combate demasiados como para poder resistir sin dificultad, cedería terreno poco a poco; en el momento oportuno, él intervendría en el combate. Esperó lo que consideró tiempo suficiente para que Masinisa, que se había adelantado, provocara la salida del enemigo, salió detrás con la caballería romana, y cubierto por las colinas que muy oportunamente se alzaban en torno a las revueltas del camino avanzó sin ser descubierto.

Masinisa, según lo convenido, unas veces en el papel del que amenaza y otras del que tiene miedo, cabalgaba

³¹⁷ Sólo aparece su nombre aquí y en el siguiente capítulo, y no se ha podido precisar su localización.

al pie mismo de las puertas, o retrocedía simulando temor para infundir audacia al enemigo y lo atraía a una persecución temeraria. Aún no habían salido todos y su jefe se fatigaba en diversos cometidos, obligando a unos, abotargados por el vino y el sueño, a empuñar las armas y embriagar los caballos, impidiendo a otros que salieran a la carrera por las puertas dispersos y en desorden, sin formación ni enseñas. Al principio, Masinisa hizo frente a los que se lanzaban sin tomar precauciones; después salieron apelotonados por una puerta muchos a la vez, y equilibraron el combate; por último, cuando intervino en la lucha toda la caballería, no fue posible seguir resistiendo. A pesar de todo, Masinisa respondía a su acometida no huyendo en desbandada sino retrocediendo poco a poco hasta que los atrajo hacia las colinas que ocultaban a la caballería romana. De allí surgieron los jinetes con las fuerzas intactas y los caballos descansados, y envolvieron a Hannón y sus africanos agotados por la pelea y la persecución, y además Masinisa hizo volver grupas súbitamente y se reincorporó al combate. Los aproximadamente mil que encabezaban la columna no tuvieron fácil la retirada, siendo copados y aniquilados con el propio Hannón, su jefe; en cuanto a los demás, huyeron en desbandada, aterrados sobre todo por la muerte de su jefe; los vencedores los persiguieron por espacio de treinta millas y cogieron prisioneros o dieron muerte a otros dos mil jinetes. De éstos, al menos doscientos se comprobó que eran jinetes cartagineses, y algunos, famosos por su riqueza y su linaje.

Casualmente el mismo día en que ocurrieron estos hechos retornaron con provisiones las naves que habían transportado el botín a Sicilia, como si, por un presentimiento, hubieran venido a buscar un segundo botín. Que murieran dos generales cartagineses del mismo nombre en dos com-

bates ecuestres no todos los historiadores lo dicen, por temor, supongo, a equivocarse con la narración repetida de un mismo episodio. Celio y Valerio, por cierto, dicen, además, que Hannón cayó prisionero.

Escipión concedió distintivos y recompensas, a tenor 3 de los servicios que cada cual había prestado, a sus oficiales y soldados, y más que a nadie a Masinisa. Dejando 4 en Saleca una fuerte guarnición, él se puso en marcha con el resto del ejército. No se limitó a arrasar los campos por donde pasaba sino que además tomó por asalto algunas ciudades y aldeas extendiendo los horrores de la guerra 5 en una amplia zona, y al séptimo día de su partida regresó al campamento llevando una gran cantidad de hombres, ganado y botín de todas clases, y devolvió las naves cargadas otra vez de despojos enemigos. Luego, abandonando 6 las correrías y los saqueos, concentró todos sus recursos bélicos en el ataque a Útica, con el propósito de utilizarla después, en caso de tomarla, como base para las restantes operaciones. De forma simultánea la flota acercó a los sol- 7 dados de marina por el lado en que la ciudad es bañada por el mar y se hizo avanzar al ejército de tierra desde una colina que se alzaba casi sobre las murallas mismas. Parte de las máquinas de lanzamiento y de asedio las había 8 traído consigo, y parte se las habían enviado desde Sicilia junto con los víveres; además se fabricaban otras nuevas en un arsenal donde había reunido con ese propósito a muchos obreros expertos en ese tipo de trabajos.

Los uticenses, bloqueados por todas partes por tan po- 9 derosas fuerzas, tenían puestas todas sus esperanzas en el pueblo cartaginés y los cartagineses en Asdrúbal, siempre y cuando éste consiguiera poner a Sifax en movimiento; pero todo se desarrollaba con mayor lentitud de lo que deseaban los que necesitaban ayuda. Asdrúbal, a pesar de 10

que con un reclutamiento muy riguroso había reunido cerca de treinta mil soldados de a pie y tres mil de a caballo, no se decidió, sin embargo, a aproximar su campamento al enemigo antes de la llegada de Sifax. Llegó éste con cincuenta mil soldados de infantería y diez mil de caballería, y, levantando inmediatamente el campamento de Cartago, se estableció no lejos de Útica y de las fortificaciones romanas. La consecuencia de su llegada fue, al menos, que Escipión, después de asediar Útica infructuosamente durante casi cuarenta días utilizando todos los recursos, se retiró de allí sin conseguir su propósito. Y como ya se echaba encima el invierno, fortificó los cuarteles de invierno³¹⁸ sobre un promontorio que se une al continente por una loma en pendiente suave y se adentra un buen trecho en el mar. Con una sola trinchera cerró también el campamento naval. Emplazado el campamento de las legiones en el centro de la loma, el lado norte era ocupado por las naves sacadas a tierra y los soldados de marina, y el valle del sur, que arranca de la otra vertiente, por la caballería. Éste fue el desarrollo de los acontecimientos en África hasta el final del otoño.

Además del trigo recogido por todas partes con el saqueo de los campos del contorno y de los suministros llegados de Sicilia e Italia, el propretor Gneo Octavio trajo de Cerdeña un gran contingente de trigo de parte del pretor Tiberio Claudio, que gobernaba dicha provincia. No sólo se llenaron a rebosar los graneros que ya estaban construidos, sino que incluso se construyeron otros nuevos. Faltaban ropas para el ejército; se encargó a Octavio que estudiase con el pretor si había

³¹⁸ *Castra Cornelianiana*. Cf. su descripción en CÉSAR, *Guerra Civil* II 24.

forma de reunir y enviar algo de su provincia. También ³ este problema se resolvió con prontitud: en poco tiempo se enviaron mil doscientas togas y doce mil túnicas.

Durante el verano en que ocurrieron estos acontecimien- ⁴ tos en África, el cónsul Publio Sempronio, que estaba al cargo de la provincia del Brucio, se enfrentó con Aníbal en territorio crotoniense en un combate improvisado sobre la marcha. Fue un combate entre columnas en marcha más que entre frentes en orden de batalla. Los romanos fueron ⁵ rechazados, y hubo cerca de mil doscientos muertos en el ejército del cónsul en lo que fue más una refriega que una batalla en regla. El retorno al campamento fue precipita- ⁶ do, pero a pesar de ello los enemigos no se atrevieron a atacarlo. Sin embargo, a la noche siguiente el cónsul se marchó de allí en silencio y, después de enviar por delante un mensaje al procónsul Publio Licinio para que se acerca- ⁷ ra con sus legiones, reunieron sus tropas. De esta forma, volvieron hacia Aníbal dos generales y dos ejércitos, y el combate no se hizo esperar, pues el cónsul estaba lleno de moral por la duplicación de sus fuerzas, y el cartaginés por su reciente victoria. Sempronio alineó sus legiones en ⁸ primera línea; en la reserva se situaron las legiones de Publio Licinio. Antes de iniciarse la batalla, el cónsul prometió con voto un templo a la Fortuna Primigenia ³¹⁹ si aquel día derrotaba a los enemigos, y sus deseos se cumplieron. Los cartagineses fueron derrotados y puestos en fuga; su- ⁹ cumbieron más de cuatro mil combatientes y fueron capturados vivos poco menos de trescientos con cuarenta caballos y once enseñas militares. Aníbal, afectado por la derrota, llevó de nuevo a Crotona su ejército.

³¹⁹ Dedicado por Quinto Marcio Rala en el Quirinal en 194 (cf. XXXIV 53, 5 ss.).

- 10 Por las mismas fechas, el cónsul Marco Cornelio, en la otra parte de Italia, más por miedo a los procesamientos que por las armas, mantuvo refrenada a Etruria, proclive a Magón casi por entero, y a través de él abierta a la esperanza de un vuelco en la situación. Los procesos decretados por el senado los llevó a cabo con la mayor imparcialidad, y muchos nobles etruscos que se habían dirigido a Magón personalmente o habían enviado a alguien para tratar de la defección de sus pueblos, al principio fueron condenados estando ellos presentes; después, al imponerse ellos mismos el destierro sabiéndose culpables, fueron condenados en rebeldía, y al haber hurtado sus personas sólo dejaban para el castigo sus bienes, que podían ser confiscados.
- 37 Mientras los cónsules operaban así en zonas opuestas, en Roma los censores Marco Livio y Gayo Claudio dieron lectura a la lista de senadores. Eligieron de nuevo cabeza de lista a Quinto Fabio Máximo; pusieron la nota infamante a siete senadores, ninguno de los cuales había ocupado, sin embargo, la silla curul. Vigilaron con rigor y con la mayor escrupulosidad la restauración de los edificios. Adjudicaron en subasta la construcción de una calle que iba desde el Foro Boario hasta el templo de Venus ³²⁰ rodeando las gradas del circo, y la construcción de un templo a la Gran Madre en el Palatino. También establecieron un nuevo impuesto sobre la producción anual de sal. El precio de la sal era de un sextante ³²¹ en Roma y en toda Italia; adjudicaron las concesiones de venta a este mismo precio en Roma, y en los mercados y ferias, a un precio más elevado, distinto para cada

³²⁰ Construido en 295. Cf. X 31, 9. El Foro Boario era el mercado de ganado vacuno.

³²¹ Sexta parte de un as.

distrito. Existía el firme convencimiento de que este im- 4
puesto lo había ideado uno de los censores, resentido contra el pueblo porque en una ocasión había sido condenado con una sentencia injusta, y que en el precio de la sal habían sido gravadas todas las tribus que habían intervenido en su condena. De ahí le vino a Livio el sobrenombre de Salinátor.

El lustro se cerró más tarde de lo habitual porque los 5
censores enviaron delegados a recorrer las provincias recogiendo información sobre el número total de ciudadanos que había en los ejércitos y dónde se encontraban. Con- 6
tando a éstos, los hombres censados fueron doscientos catorce mil. El lustro lo cerró Gayo Claudio Nerón. Después 7
recogieron, cosa que nunca se había hecho antes, los resultados del censo de doce colonias, que les fueron presentados por los censores de las propias colonias, con el fin de que en los archivos públicos hubiese pruebas documentales de sus recursos en hombres y en dinero. A continua- 8
ción comenzó a verificarse el censo de caballeros, y dio la casualidad de que ambos censores tenían caballo a cargo del Estado. Cuando se llegó a la tribu Polia, en la que estaba inscrito Marco Livio, el pregonero dudó en citar al propio censor, y Nerón le dijo: «Cita a Marco Livio»; 9
y sea porque aún le duraba su antiguo resentimiento, o bien henchido en un intempestivo alarde de severidad, ordenó a Marco Livio vender el caballo porque había sido condenado por una sentencia popular. De igual modo, cuando Marco Livio llegó a la tribu Arniense y al nombre de su colega, ordenó a Gayo Claudio vender su caballo por dos razones: una, por haber declarado en falso contra él, y otra, porque su reconciliación con él no había sido sincera. Igualmente vergonzosa fue la pugna que se produjo 11
al finalizar su censura, vilipendiando cada uno el buen nom-

bre del otro con menoscabo del propio. Cuando Gayo Claudio, después de jurar respeto a la ley, entró en el tesoro público, entre los nombres de los que dejaba como ciudadanos sin voto dio también el de su colega. Entró luego en el archivo Marco Livio; exceptuando a la tribu Mecia, que no le había condenado ni tampoco le había votado para cónsul o censor tras su condena, dejó sin voto a toda la población romana, las treinta y cuatro tribus, porque siendo inocente le habían condenado, y después de haber sido condenado lo habían elegido cónsul, y censor, y no podían negar que se habían equivocado una vez, con la sentencia, o dos veces, en las elecciones; con las treinta y cuatro tribus también quedaría privado de voto Gayo Claudio, y si hubiera encontrado precedentes de alguien incluido dos veces en tal relación, habría dejado entre éstos el nombre de Gayo Claudio. Fue un malhadado pugilato de notas denigratorias entre censores, pero también un varapalo por parte del censor a la veleidad popular, digno de la rigurosidad de aquellos tiempos. Como los censores estaban mal vistos, el tribuno de la plebe Gneo Bebio pensó que era la ocasión de medrar a su costa y los citó a ambos para comparecer ante el pueblo. Esta decisión fue anulada de forma unánime por los senadores, para que la censura no quedara en el futuro a merced del capricho popular.

38 Durante aquel mismo verano, en el Brucio, el cónsul tomó al asalto Clampec-
Elecciones en Roma cia ³²²; Consencia, Pandosia ³²³ y otras ciudades menos conocidas se entregaron voluntariamente. Y como ya se aproximaban las fechas de los comicios, se consideró preferible

³²² En la costa, al suroeste de Consencia.

³²³ Cf. VIII 24, 2. Al oeste de Consencia, a media distancia entre ésta y la costa.

hacer venir a Roma a Cornelio desde Etruria, donde no había guerra. Éste proclamó cónsules ³²⁴ a Gneo Servilio 3 Cepión y Gayo Servilio Gémino. A continuación se cele- 4 braron las elecciones de pretores. Fueron elegidos Publio Cornelio Léntulo, Publio Quintilio Varo, Publio Elio Peto, y Publio Vilio Tápulo; estos dos últimos eran ediles de 5 la plebe cuando fueron elegidos pretores. El cónsul regresó al frente de Etruria una vez finalizadas las elecciones.

Aquel año murieron algunos sacerdotes y se eligió a 6 otros para reemplazarlos. Tiberio Veturio Filón fue elegido y consagrado flamen de Marte en sustitución de Marco Emilio Regilo, que había fallecido el año anterior; en sus- 7 titución de Marco Pomponio Matón, augur y decénviro, fue elegido decénviro Marco Aurelio Cota, y augur Tiberio Sempronio Graco, todavía muy joven, cosa entonces muy poco habitual en la designación de sacerdotes. Aquel 8 año los ediles curules Gayo Livio y Marco Servilio Gémino colocaron cuadrigas de oro en el Capitolio, y se renovaron durante dos días los Juegos Romanos; también renovaron los Juegos Plebeyos durante dos días los ediles Publio Elio y Publio Vilio, y con ocasión de los juegos se celebró un banquete ritual en honor de Júpiter.

³²⁴ Para el año 203.

LIBRO XXX

SINOPSIS

Año 203 a. C.:

Reparto de provincias. Prodigios (1-2).

Negociaciones entre Escipión y Sifax. Ruptura de la tregua (3-4).

Incendio de los campamentos de Sifax y de Asdrúbal (5-6).

Cartago organiza la resistencia. Derrota de Sifax en los Llanos Grandes (7-9).

Combate naval en Útica. Victoria de Masinisa sobre Sifax (10-11).

Sifax, prisionero, conducido ante Escipión. Masinisa entra en Cirta y se casa con Sofonisba (12-13).

Reprimenda de Escipión a Masinisa. Muerte de Sofonisba. Negociaciones (14-16).

Embajadores de Masinisa ante el senado romano. Derrota de Magón en el norte de Italia (17-18).

Magón y Aníbal, llamados a Cartago. Alegría y preocupación en Roma (19-21).

La embajada de Cartago ante el senado romano (22-23).

Naufragio de un convoy romano. Ruptura de la tregua. Arribada de Aníbal a Leptis. Ofensiva de Filipo de Macedonia (24-26).

sideraba el ciudadano mejor dotado de aquella época, reuniendo todas las dotes naturales y de fortuna que pueden darse en un hombre. Era a la vez noble y rico. Destacaba 5 por su presencia y fortaleza física; se le consideraba muy elocuente, tanto a la hora de defender una causa como a la de hablar a favor o en contra de una propuesta en el senado o ante el pueblo. Era un gran experto en derecho 6 pontificio. Además de todo esto, el consulado le había granjeado también un gran prestigio militar. Con respecto a Etruria y los lígures se decidió lo mismo que con la provincia del Brucio: Marco Cornelio recibió orden de entre- 7 gar el ejército al nuevo cónsul y a su vez hacerse cargo de la provincia de la Galia, siéndole prorrogado el mando, con las legiones que el año anterior habían estado a las órdenes de Lucio Escribonio. Después se sortearon las pro- 8 vincias; a Cepión le tocó el Brucio, y a Gémino, Etruria. A continuación se hizo el sorteo de las provincias de los 9 pretores. A Elio Peto le tocó en suerte la jurisdicción urbana; a Publio Léntulo, Cerdeña; a Publio Vilio, Sicilia, y Arímino a Quintilio Varo con las dos legiones que habían estado bajo el mando de Espurio Lucrecio. También a Lu- 10 crecio le fue prorrogado el mando con la misión de reconstruir la ciudad de Génova, destruida por el cartaginés Magón ³²⁵. Se le prorrogó el mando a Publio Escipión poniendo como tope no un tiempo determinado sino la finalización de una empresa: hasta que se terminara la guerra en África, y se decretó la celebración de una rogativa pú- 11 blica pidiendo que, ya que había pasado a la provincia de África, esta operación resultase beneficiosa para el pueblo romano y para el propio general y su ejército.

³²⁵ El hermano de Aníbal.

- 2 Se reclutaron tres mil soldados para Sicilia porque las mejores tropas que tenía esta provincia habían sido trasladadas a África. Y como se había tomado el acuerdo de proteger las costas de Sicilia con cuarenta naves por si llegaba de África alguna flota, Vilio se llevó a Sicilia trece naves nuevas, y en cuanto al resto, se carenaron unas viejas en la propia Sicilia. Marco Pomponio, pretor del año anterior, fue nombrado comandante de esta flota, prorrogándosele el mando, y embarcó a las nuevas tropas llegadas de Italia. El mismo número de naves, con las mismas atribuciones en cuanto al mando, le fue asignado por el senado a Gneo Octavio, también él pretor del año anterior, para proteger las costas de Cerdeña; dándosele orden al pretor Léntulo de dotar las naves con dos mil hombres.
- 5 También con otras tantas naves se encomendó a Marco Marcio, pretor del año anterior, la defensa de las costas de Italia, porque no se sabía seguro a dónde enviarían una flota los cartagineses, pero se suponía que atacarían cualquier objetivo que estuviera desguarnecido. A tenor de un decreto del senado, los cónsules alistaron tres mil hombres para esta flota, y dos legiones urbanas para los imprevistos de la guerra. Las Hispanias les fueron asignadas a sus antiguos generales, Lucio Léntulo y Lucio Manlio Acidino, con los mismos ejércitos y mando supremo. Aquel año Roma hizo la campaña con un total de veinte legiones y ciento sesenta naves de guerra.
- 8 Los pretores recibieron instrucciones de partir para sus provincias. Se dio orden a los cónsules de celebrar, antes de abandonar la ciudad, los Grandes Juegos que el dictador Tito Manlio Torcuato había prometido con voto para cinco años más tarde si la situación del Estado se mantenía inalterada. Por otra parte, las noticias de extraños fenómenos llegadas de numerosos lugares suscitaron nuevos te-

mores religiosos en el ánimo de las gentes. Se creía que unos cuervos habían no sólo destrozado con sus picos sino incluso comido oro en el Capitolio; los ratones royeron una corona de oro en Ancio; en los alrededores de Capua una enorme plaga de langostas, que no se sabía muy bien de dónde procedía, invadió completamente los campos. En Reate nació un potro con cinco patas. En Anagnia aparecieron primero varios puntos de fuego diseminados por el cielo y después se encendió un enorme cometa. En Frusín rodeó el sol un halo de línea tenue, y después un disco solar más amplio envolvió a su vez este círculo. En un llano, en Arpino³²⁶, se abrió la tierra en un enorme socavón. Cuando uno de los cónsules inmolaba la primera víctima, apareció el hígado falto de uno de sus extremos. Estos portentos fueron expiados con víctimas adultas, y el colegio de los pontífices manifestó a qué dioses había que ofrecer los sacrificios.

*Negociaciones
entre Escipión y
Sifax.*

*Ruptura de la
tregua*

Una vez cumplido todo esto, los cónsules y los pretores marcharon a sus respectivas provincias; todos, sin embargo, iban preocupados por África como si fuera ésta la que les había tocado en suerte, porque veían que allí se decidía la suerte de la guerra o porque querían agradar a Escipión, que en aquellos momentos era el centro de atención de Roma entera. Por eso salían en aquella dirección ropas y trigo enviados no sólo desde Cerdeña, como ya se ha dicho³²⁷, sino también desde Sicilia y desde Hispania; desde Sicilia se enviaban además armas y suministros de todas clases. Por su parte, Escipión no había descuidado en ningún momento del invier-

³²⁶ Actual Arpino. Al sur de Sora.

³²⁷ Cf. XXIX 36, 1.

no las tareas bélicas que le apremiaban en gran número y desde todos los frentes a la vez: tenía sitiada Útica.³²⁸,
4 tenía a la vista el campamento de Asdrúbal, los cartagineses habían botado sus naves, y tenían una flota equipada y lista para interceptar los aprovisionamientos. En medio de esta situación no había renunciado al propósito de atraerse de nuevo a Sifax en caso de que estuviera ya saciado del amor de su esposa como consecuencia de su larga posesión. Pero de parte de Sifax le llegaban sugerencias de paz con los cartagineses condicionada a que se retiraran los romanos de África y los cartagineses de Italia, pero no le daba la menor esperanza de que fuese a cambiar de bando
6 si la guerra se producía. Yo, la verdad sea dicha, me inclino a creer que estos contactos se harían a través de intermediarios —y de este parecer son la mayor parte de los historiadores—, y no que, como sostiene Valerio Aciate, el propio Sifax acudiese a entrevistarse personalmente al
7 campamento romano. Al principio el general romano apenas dio oídos a dichas propuestas; después, con el objeto de que sus propios emisarios tuvieran un motivo plausible para visitar con frecuencia el campamento enemigo, fue atenuando su rechazo a las mismas, dando pie a la esperanza de que se podría llegar a un acuerdo si se discutía más veces el asunto por ambas partes.

8 Los cuarteles de invierno de los cartagineses, construidos de prisa y corriendo con materiales reunidos en los campos, eran casi por completo de madera. Los nómadas, particularmente, se alojaban aquí y allá sin orden alguno en cabañas de mimbres entretejidos cubiertas de estera en su mayor parte, algunos incluso fuera de la fosa y la empalizada, pues no se atenían a las órdenes para ocupar un

³²⁸ En XXIX 35, 12 se dijo que Escipión abandonó el asedio.

sitio. Informado de ello, Escipión concibió esperanzas de 10
prender fuego al campamento enemigo aprovechando una
oportunidad.

Con los parlamentarios que mandaba a Sifax, en lugar 4
de asistentes enviaba primeros centuriones de probado va-
lor y habilidad ataviados como sirvientes, con el objeto 2
de que, mientras los parlamentarios celebraban la entrevista,
vagaran por el campamento y se distribuyeran para ob-
servar todas las entradas y salidas, la posición y la forma
del campamento en su conjunto y de cada sector, dónde
estaban los cartagineses y dónde los númidas, qué distan-
cia había entre el campamento de Asdrúbal y el del rey;
al mismo tiempo se enterarían del sistema de guardia y cen- 3
tinelas, y si era mejor momento durante el día o durante
la noche para un ataque por sorpresa. Además, a medida
que se repetían las entrevistas mandaba hombres diferentes
cada vez, con toda intención, a fin de que fueran más los
que se familiarizaban con todos los detalles. La frecuencia 4
creciente de las conversaciones daba esperanzas de paz ca-
da día más firmes tanto a Sifax como, a través de él, a
los cartagineses; de pronto los parlamentarios romanos di-
jeron que tenían orden tajante de no volver a presencia de
su general sin que se les diera una respuesta precisa; por 5
consiguiente, si tenía tomada ya una decisión en firme, que
la expusiera, y si tenía que consultar con Asdrúbal y con
los cartagineses, que consultara, que había llegado el mo-
mento de concertar la paz o hacer la guerra sin contempla-
ciones. Mientras Sifax consultaba con Asdrúbal y éste con 6
los cartagineses, tuvieron tiempo los espías de estudiarlo
todo y Escipión de hacer los preparativos pertinentes. 7
otra parte, las conversaciones y las expectativas de paz ha-
bían dado origen, como suele ocurrir, a que los cartagine-
ses y el númida relajaran entretanto la vigilancia frente a una

disuelto el consejo. Tal como había ordenado, hacia la pue- 3
ta del sol comenzaron a salir las tropas; hacia la hora del
primer relevo de la guardia, la columna estaba desplegada;
a la media noche y sin forzar la marcha, pues eran siete
millas de camino, llegaron al campamento enemigo. Una 4
vez allí, Escipión le confió a Lelio el mando de una parte
de las tropas con Masinisa y los númidas, y le dio orden
de irrumpir en el campamento de Sífax y prenderle fuego.
Cogiendo después aparte y por separado a Lelio y Masini- 5
sa, los instó a que compensaran a base de actividad y vigi-
lancia los imprevistos que la noche podía acarrear; él ata- 6
caría a Asdrúbal y el campamento cartaginés, pero no ini-
ciaría la acción antes de avistar el fuego en el campamento
del rey. No tuvo que esperar mucho, pues en cuanto pren- 7
dió en las primeras cabañas el fuego que les aplicaron, in-
mediatamente se propagó a la zona contigua, y después
a la siguiente, extendiéndose en todas direcciones por todo
el campamento. Cundió el desconcierto, como no podía 8
ser menos ante un incendio nocturno y de tales proporcio-
nes, pero pensaron que el fuego era algo fortuito y no una
acción bélica del enemigo, salieron sin armas corriendo a
sofocar el incendio y se toparon con los enemigos armados,
sobre todo con los númidas, que Masinisa, conocedor del 9
campamento del rey, había apostado en los puntos estraté-
gicos junto a las salidas de las calles. Muchos fueron devo- 10
rados por las llamas, medio dormidos, en sus propios ca-
mastros; muchos se lanzaron a una huida precipitada y
quedaron aplastados unos encima de otros en la angostura
de las puertas del campamento.

Cuando vieron el resplandor de las llamas, en primer 6
lugar los centinelas cartagineses y a continuación los otros
que se despertaron con el alboroto nocturno, cayeron en
el mismo error de creer que el incendio se había originado

2 de forma espontánea; además les impedía comprender lo
que en realidad ocurría el hecho de atribuir equivocada-
mente a la alarma nocturna el griterío que se alzaba en
3 medio de la matanza y las heridas. Por eso cada uno por
su lado, desarmados, como que no sospechaban ninguna
intervención del enemigo, se precipitaban entre las tropas
romanas por todas las puertas, cada uno por donde le pi-
llaba más cerca, portando únicamente aquello que podía
4 servir para apagar el fuego. Después de matarlos a todos,
tanto por saña hacia el enemigo como para evitar que es-
capase uno solo para contarlos, Escipión irrumpió inmedia-
tamente por las puertas, que en semejante confusión habían
5 quedado sin vigilancia. Al aplicar fuego a las cabañas más
próximas, las llamas primero se expandieron reluciendo co-
mo si se hubieran encendido en muchos puntos, y después,
culebreando en líneas continuas, rápidamente lo envolvie-
6 ron todo en una única hoguera. Medio abrasados, hombres
y animales obstruían el paso hacia las puertas, primero con
una huida desesperada y después con sus cadáveres amon-
tonados. El hierro acabó con los que no habían sido devo-
rados por el fuego, y un único desastre arrasó los dos cam-
7 pamentos. Escaparon, sin embargo, los dos jefes y dos mil
soldados de a pie y quinientos de a caballo, medio desar-
mados y heridos o abrasados por las llamas buena parte
de ellos, de tantos miles de combatientes como eran.
8 Fueron muertos o consumidos por las llamas cerca de cua-
renta mil hombres y cayeron prisioneros más de quince
mil, muchos de ellos nobles cartagineses, así como once se-
9 nadores, siendo aprehendidas ciento setenta y cuatro ense-
ñas militares y más de dos mil setecientos caballos númi-
das; elefantes se capturaron seis, y ocho murieron por las
armas o por el fuego; se cogió una gran cantidad de ar-
mas, que el general consagró a Vulcano quemándolas todas.

*Cartago
organiza la
resistencia.*

*Derrota de Sifax
en los
Llanos Grandes*

Después de la huida, Asdrúbal se ha- 7
bía refugiado con unos pocos hombres en
la ciudad africana más próxima, y hacia
allí se habían dirigido todos los supervi-
vientes siguiendo las huellas de su jefe;
pero después éste se alejó de la ciudad
por miedo a que se rindiera a Escipión. Poco después los 2
romanos fueron recibidos en ella con las puertas abiertas,
y como la rendición había sido voluntaria no se produjo
ninguna acción hostil. Inmediatamente después fueron to-
madas y saqueadas otras dos ciudades, y el botín resultan-
te, junto con el que se había rescatado del fuego en los
campamentos en llamas, se repartió entre los soldados.
Sifax se estableció a unas ocho millas de distancia en una 3
posición fortificada; Asdrúbal se dirigió a Cartago para
evitar que en la reacción de pánico producida por el re-
ciente desastre se tomara alguna decisión demasiado me-
drosa. Las primeras noticias habían suscitado en la ciudad 4
tal alarma que había el convencimiento de que Escipión
se desentendería de Útica y asediaría Cartago de un mo-
mento a otro. Por consiguiente, los sufetes —que es entre 5
ellos una magistratura equivalente al consulado— convo-
caron al senado. Allí se debatieron tres propuestas: una, 6
enviar parlamentarios a Escipión para negociar la paz; otra,
llamar a Aníbal a defender la patria en aquella guerra de
exterminio; la tercera era de una firmeza propia de roma-
nos ante la adversidad: cubrir las bajas del ejército y ani- 7
mar a Sifax a que no se retirase de la guerra. Triunfó
esta última propuesta porque Asdrúbal, allí presente, y to-
dos los miembros de la facción de los Barca preferían la
guerra. Inmediatamente comenzó a realizarse un recluta- 8
miento en la ciudad y en el campo y se mandaron emisa-
rios a Sifax, que a su vez estaba preparando de nuevo la

guerra con mayor ahínco. Su esposa había logrado vencerlo no ya, como antes, a base de mimos, que surten
9 efecto en el ánimo de un enamorado, sino con ruegos y llamadas a la piedad, suplicándole con lágrimas que no traicionase a su padre y a su patria y que no dejase que Cartago fuese pasto de las mismas llamas que habían devorado los campamentos. Además, los emisarios brindaban una perspectiva que se había abierto muy a tiempo: en las proximidades de la ciudad de Oba ³³⁰ se habían encontrado con cuatro mil celtíberos, una juventud escogida alistada en Hispania por sus reclutadores, y por otra parte se iba a presentar Asdrúbal de un momento a otro con
11 un contingente de tropas muy considerable. De modo que, aparte de responder favorablemente a los emisarios, les mostró una multitud de campesinos nómadas a los que había entregado aquellos mismos días armas y caballos, y aseguró que pensaba movilizar a toda la juventud de su reino,
12 que era consciente de que el desastre sufrido había sido consecuencia de un incendio y no de una batalla, y que el perdedor de una guerra es el que resulta vencido por
13 las armas. Ésta fue la respuesta a los emisarios, y pocos días después Asdrúbal y Sifax unieron de nuevo sus tropas. El ejército resultante tenía en total unos treinta mil hombres.

8 Como si la guerra estuviese liquidada por lo que a Sifax y los cartagineses se refería, Escipión estaba centrado en el ataque a Útica y estaba ya acercando las máquinas a las murallas cuando la noticia de que se había reiniciado
2 la guerra le hizo cambiar de planes. Dejando un pequeño contingente de tropas, lo justo para dar la impresión de un asedio por tierra y por mar, él, con el grueso del ejérci-

³³⁰ Desconocida.

to, se fue derecho hacia el enemigo ³³¹. Primeramente acam- 3
pó en un otero que estaba a unas cuatro millas de distan-
cia del campamento del rey. Al día siguiente descendió con
la caballería a lo que llaman los Llanos Grandes ³³², que
se extienden al pie de la mencionada colina, y empleó la
jornada en aproximarse a los puestos de guardia enemigos
y provocarlos, en pequeñas escaramuzas. Tampoco duran- 4
te los dos días siguientes se hizo nada especialmente digno
de mención en las desordenadas salidas que se sucedieron
por parte y parte. Al cuarto día se presentaron unos y otros
en orden de batalla. El romano situó a los *principes* 5
detrás de los *hastati*, y a los *triarii* en la reserva: dis-
puso frente al enemigo a la caballería itálica en el flanco
derecho, y a Masinisa y los númidas en el izquierdo.
Sífax y Asdrúbal, con los númidas situados frente a la ca- 6
ballería itálica y los cartagineses frente a Masinisa, metie-
ron en el centro de la formación a los celtíberos haciendo
frente a los legionarios. Así formados, se lanzan al ataque.
En la primera carga fueron rechazadas a la vez las dos 7
alas enemigas, tanto los númidas como los cartagineses,
pues ni los primeros, campesinos en su mayoría, resistie-
ron a la caballería romana, ni los cartagineses, que a su
vez eran soldados bisoños, pudieron resistir a Masinisa,
aún más temible después de su reciente victoria. A pesar 8
de tener ambos flancos al descubierto, la línea formada
por los celtíberos aguantaba a pie firme porque la huida
no les ofrecía ninguna expectativa de salvación en unos
parajes desconocidos ni tenían esperanzas de perdón por

³³¹ Según Polibio, fueron cinco días de marcha, lo cual situaría el escenario de la batalla a setenta y cinco u ochenta millas de Útica (al suroeste).

³³² En el amplio valle central del Bággradas (Medjerda).

parte de Escipión, contra el que habían ido a África a combatir con armas mercenarias a pesar de lo bien que se había portado con ellos y con su pueblo. Por eso, rodeados de enemigos por todas partes, se obstinaban en morir cayendo uno sobre otro; y como todos estaban vueltos contra ellos, Sifax y Asdrúbal tuvieron tiempo suficiente para huir. La noche sorprendió a los vencedores, cansados por una matanza que había durado más que el combate.

Al día siguiente, Escipión envió a Lelio y Masinisa en persecución de Sifax y Asdrúbal con toda la caballería romana y núpida y con tropas ligeras. Él, con el grueso del ejército, unas veces con promesas, otras con amenazas y otras por la fuerza sometió las ciudades del contorno, que estaban todas ellas bajo dominio cartaginés. En Cartago el pánico era realmente acusado; se daba por seguro que en cuanto Escipión hubiera sometido a todas las ciudades del contorno en su campaña relámpago, lanzaría un ataque repentino contra la propia Cartago. Por eso se reparaban y reforzaban con contrafuertes las murallas, y cada uno por su cuenta acarreaba de los campos lo que podía servir para resistir un largo asedio. Raramente se hablaba de paz, y sí con mayor frecuencia de la conveniencia de enviar emisarios para hacer venir a Aníbal. Casi todos pedían que se enviase la flota, que estaba preparada para interceptar los aprovisionamientos, a aplastar las naves fondeadas cerca de Útica cogiéndolas desprevenidas; posiblemente se destruiría también el campamento naval, en el que se había dejado una débil protección. La mayoría se inclinaba por este plan, pero se decidió, no obstante, que procedía enviar una delegación a Aníbal, puesto que, aun suponiendo que la flota obtuviera el mayor de los éxitos, se aliviaría en buena parte el asedio de Útica, pero para defender la propia Cartago no había más general que Aní-

bal, ni más ejército que el de Aníbal. Al día siguiente, pues, 9 se echaron al mar las naves y al propio tiempo salieron para Italia los emisarios. Se hacía todo con mucha prisa, pues la situación apremiaba y cada uno temía poner en peligro la salvación de todos si se mostraba remiso en algo.

Escipión, que llevaba tras de sí un ejército agobiado 10 ya con el botín de muchas ciudades, envió los prisioneros y el resto del botín a su antiguo campamento de Útica y con la atención puesta ya en Cartago ocupó Tinete ³³³, abandonada por su guarnición. Esta plaza, situada a unas 11 quince millas de Cartago, estaba protegida tanto con fortificaciones como por su emplazamiento natural, que puede 12 ser divisado desde Cartago y a su vez permite ver tanto la ciudad como el mar que la rodea.

*Combate naval
en Útica.
Victoria
de Masinisa
sobre Sifax*

Desde allí, precisamente cuando esta- 10 ban construyendo la trinchera, los romanos divisaron la flota enemiga que se dirigía de Cartago a Útica. Se interrumpie- 2 ron por tanto los trabajos, se dio la orden de marcha y la columna se puso en camino apresuradamente para prevenir un ataque por sorpresa a las naves que estaban vueltas proa hacia tierra para el asedio y no estaban en absoluto en condiciones para un combate naval. En efecto, unas naves cargadas con maquinaria de lanza- 3 miento y de asedio, convertidas en embarcaciones de transporte o bien arrimadas a las murallas para facilitar el asalto haciendo de terraplenes y puentes, ¿cómo iban a poder hacer frente a una flota armada y equipada con material naval y capaz de maniobrar con rapidez?

Por eso, Escipión, nada más llegar allí, contrariamente 4 a lo que suele hacerse en un combate naval, retiró a la últi-

³³³ Túnez.

ma línea, cerca de tierra, las naves de guerra que podían
5 servir de defensa a las demás y situó como barrera frente al enemigo cuatro hileras de naves de transporte, y para evitar que en el tumulto de la batalla se descompusieran las hileras, atravesó entre unas naves y otras mástiles y vergas que sujetó con cables resistentes, y las unió formando como un único bloque; tendió tablas encima para
6 que se pudiera pasar de una hilera a otra a todas las naves, y por debajo de estos mismos puentes dejó espacios libres por donde pudieran pasar en dirección al enemigo y retirarse sin riesgo las embarcaciones de reconocimiento.
7 Todo esto se hizo con gran rapidez, pues el tiempo apremiaba, y después se hizo subir a las naves de transporte a unos mil combatientes escogidos, y se acumuló una enorme cantidad de armas, arrojadizas sobre todo, de forma que hubiera suficientes aunque el combate se prolongase.
8 Así preparados y alerta esperaban la llegada del enemigo.

Los cartagineses, de haberse dado prisa, lo habrían aplastado todo a la primera embestida aprovechando el
9 rullo de los que iban y venían en tropel, pero estaban desalentados por sus derrotas terrestres, por lo cual no tenían confianza en sí mismos ni siquiera en el mar, donde eran superiores; después de perder un día navegando con lentitud, hacia la puesta del sol arribaron a un puerto que
10 los africanos llaman Rusucmón ³³⁴. Al día siguiente, a la salida del sol, dispusieron las naves en mar abierto en formación regular de combate como si los romanos fueran
11 a salir contra ellos. Permanecieron largo tiempo sin moverse, y al ver que el enemigo no hacía ningún movimiento,
12 finalmente atacaron a las naves de transporte. Aquello no se asemejaba en nada a un combate naval, dando más bien

³³⁴ Al oeste del promontorio de Apolo.

la impresión del ataque de unas naves contra unas murallas. Los barcos de carga eran bastante más altos; desde sus 13 navíos de combate los cartagineses lanzaban sus proyectiles hacia un blanco más elevado, errando la mayoría de las veces, cosa lógica en un lanzamiento de abajo hacia arriba; desde las naves de carga el disparo desde arriba era más fuerte, por su mismo peso, y más certero. Las 14 de reconocimiento y otras embarcaciones ligeras que hacían salidas por los espacios libres bajo los entarimados de los puentes eran, en un principio, las únicas que se estrellaban en el choque con la mole de las naves de guerra; después eran además un estorbo para los defensores por- 15 que al mezclarse entre las naves enemigas los obligaban muchas veces a dejar de disparar por temor a que por falta de precisión cayesen los golpes sobre los suyos. Por último, 16 los cartagineses comenzaron a lanzar sobre las naves romanas desde las suyas unas vigas guarnecidas con garfios de hierro —*harpagones* las llaman los soldados—. Como 17 los romanos no podían partirlas, ni tampoco las cadenas con que iban suspendidas para lanzarlas, cada vez que una nave de combate ciaba y arrastraba a una de carga enganchada con el garfio, se veía cómo se rompían las amarras 18 que la sujetaban a las demás o cómo era arrastrada al mismo tiempo una numerosa hilera de naves. Por este sistema 19 sobre todo se destrozaron todos los puentes, y los defensores apenas tuvieron tiempo para saltar a la segunda hilera de naves. Unas sesenta naves de transporte fueron arrastra- 20 das por la popa hasta Cartago. El hecho suscitó un entusiasmo desproporcionado, pero tanto más gratificante por cuanto, en medio de la ininterrumpida serie de llantos y derrotas, inesperadamente había brillado una alegría, por pequeña que fuese; se daba además la circunstancia de re- 21 sultar evidente que se había estado al borde de aniquilar

la flota romana si los comandantes de la flota cartaginesa no hubieran perdido tiempo y Escipión no hubiera acudido en su ayuda oportunamente.

- 11 Casualmente por aquellas mismas fechas llegaban a Numidia Lelio y Masinisa, después de dos semanas de marcha, y los mesulios, todos contentos, le entregaron el trono paterno a Masinisa como rey largo tiempo echado de menos.
- 2 Tras haber sido expulsados de allí los jefes y guarniciones de Sifax, éste se mantenía en los límites de su antiguo reino, pero sin la menor intención de permanecer inactivo.
- 3 Lo acicateaban, perdidamente enamorado como estaba, su mujer y su suegro, y, además, tenía tal abundancia de hombres y caballos que la consideración de los recursos de su reino, tan floreciente durante tantos años, podía despertar la ambición incluso de un espíritu menos bárbaro
- 4 y apasionado. Reunió, por tanto, en un mismo lugar a todos lo que eran aptos para la guerra y les repartió caballos y armas defensivas y ofensivas, y distribuyó en escuadrones a los soldados de caballería y en cohortes a los de infantería, como en otro tiempo ³³⁵ había aprendido de los
- 5 centuriones romanos. Con un ejército tan numeroso como el que había tenido anteriormente, aunque bisoño y falto de instrucción casi en su totalidad, emprendió la marcha
- 6 en dirección al enemigo. Acampó en sus proximidades; al principio, un reducido número de jinetes, tras observar desde lugar seguro, se adelantaban desde los puestos de avanzada, y luego, al ser rechazados por los disparos, retrocedían hacia los suyos. Más adelante se hacían incursiones alternativamente, y como la rabia encendía a los que eran
- 7 repelidos, acudían más, pues así es como se desencadenan los combates de caballería, cuando la esperanza hace cre-

³³⁵ Cf. XXIV 48, 11 ss.

cer el número de los que van ganando o la rabia el de los que van perdiendo.

Así también en este caso, iniciado el combate por unos 8 pocos, al final el calor de la refriega hizo que saliera toda la caballería de uno y otro bando. Y mientras combatía únicamente la caballería, apenas si era posible resistir a la masa de masesulios que Sífax hacía salir en enormes columnas. Después, cuando la infantería romana avanzó de pronto 9 por entre los escuadrones que abrían paso a los suyos y dio estabilidad al combate mientras intimidaba al enemigo que cargaba en desorden, los bárbaros comenzaron por lanzar con menor ímpetu sus caballos, y luego se paraban co- 10 mo desconcertados por la nueva forma de lucha, y al final no sólo retrocedían ante la infantería sino que ni siquiera resistían a la caballería, envalentonada por el apoyo de los combatientes de a pie. Se acercaban ya también las ense- 11 ñas de las legiones. Pues bien, los masesulios, entonces, no aguantaron no ya el primer ataque, sino ni tan siquiera la vista de las enseñas y de las armas: tanta fuerza tuvo o bien el recuerdo de las derrotas pasadas o bien la amenaza presente.

*Sífax,
prisionero,
conducido ante
Escipión.
Masinisa
entra en Cirta
y se casa
con Sofonisba*

Sífax, entonces, mientras cabalgaba an- 12 te los escuadrones enemigos en un intento por detener la desbandada apelando al sentido del honor y exponiéndose al peligro, al ser despedido por su caballo 2 que había sido gravemente herido, fue sorprendido, hecho prisionero y conducido vivo a presencia de Lelio; su vista iba a llenar de satisfacción a Masinisa más que a nadie. En esta batalla el número de muertos fue menos importan- 4 te que la victoria, ya que sólo había tomado parte en el combate la caballería. No fueron más de cinco mil los muer- 5

tos, y cayeron prisioneros menos de la mitad de esta cifra en el asalto al campamento, donde había buscado refugio una gran masa de combatientes desconcertados por la pérdida de su rey.

- 3 Cirta era la capital del reino de Sifax, y en ella se había
6 refugiado un elevadísimo número de fugitivos. Masinisa decía que para él realmente no había en aquellos momentos nada más hermoso que volver a ver como vencedor el reino paterno recuperado después de tan largo tiempo, pero que ni en los éxitos ni en los fracasos había tiempo que
7 perder; si Lelio le permitía adelantarse a Cirta con la caballería y con Sifax prisionero, en el desconcierto general causado por el pánico se haría dueño de la situación; Lelio podía seguirle con la infantería sin forzar la marcha.
8 Con el consentimiento de Lelio se adelantó hasta Cirta y mandó llamar a una entrevista a los cirtenses más relevantes. Pero como desconocían la suerte que había corrido el rey, ni exponiéndoles lo ocurrido, ni amenazando, ni tratando de persuadirlos consiguió nada hasta que les puso
9 ante los ojos al rey encadenado. Comenzaron entonces las lamentaciones ante tan triste espectáculo, y el miedo, por una parte, hizo abandonar las murallas, y puestos precipitadamente de acuerdo, por otra, los que buscaban el favor
10 del vencedor abrieron las puertas. Por su parte, Masinisa situó retenes en las puertas y en los puntos estratégicos de las murallas para que nadie tuviese por dónde salir para escapar, y a galope se dirigió a ocupar el palacio real.
11 Al entrar en el vestíbulo, en el umbral mismo se encontró con Sofonisba, la esposa de Sifax, hija del cartaginés Asdrúbal. Cuando ésta vio entre las tropas de hombres armados a Masinisa, reconocible tanto por sus armas como por su atuendo, supuso, y no se equivocaba, que era
12 el rey, se echó a sus rodillas y dijo: «Los dioses, tu valor

y tu buena estrella te han concedido un poder absoluto sobre nosotros; pero si le es permitido a una cautiva pronunciar unas palabras de súplica ante quien es dueño de su vida y de su muerte, si le es permitido tocar sus rodillas 13 y su diestra victoriosa, por la real majestad que hace poco era también la nuestra, por el nombre de la nación de los númeridas, que fue común a ti y a Sífax, por los dioses de este palacio, que ojalá te reciban con mejores auspicios que aquellos con que hicieron salir de aquí a Sífax, te rue- 14 go encarecidamente que concedas esta gracia a una suplicante: toma tú personalmente acerca de tu prisionera la decisión que tu corazón te dicte, y no dejes que quede a merced del capricho arrogante y brutal de un romano cualquiera. Aunque sólo fuese la esposa de Sífax, y nada más, 15 preferiría, sin embargo, confiarme a la honorabilidad de un númerida nacido igual que yo aquí en África, antes que a la de un extraño y un extranjero. Comprendes lo que 16 debe temer de un romano un cartaginés, lo que debe temer una hija de Asdrúbal. Te ruego y te suplico que me libres de la arbitrariedad de los romanos con la muerte, si no te es posible de ninguna otra forma». Era notablemente her- 17 mosa y estaba en la flor de la edad; por eso, cuando, cogiendo unas veces sus rodillas y otras su diestra, trataba de arrancarle la promesa de que no sería entregada a ningún romano y sus palabras más parecían una caricia que una petición, no sólo se movió a compasión el ánimo del 18 vencedor sino que, sensible como es a la pasión el temperamento de los númeridas, el vencedor cayó prisionero del amor de su cautiva. Le dio la mano comprometiéndose a cumplir lo que se le pedía y a continuación entró en palacio. Se puso luego a reflexionar sobre la forma de cum- 19 plir su promesa. Como no encontraba otra salida, dejó que su amor le sugiriera un plan irreflexivo e inconveniente:

20 mandó de pronto preparar la boda para aquel mismo día, para no dejarles así ni a Lelio ni al propio Escipión ninguna decisión que tomar, como si fuese una prisionera, acerca de quien estaría ya casada con Masinisa. Cuando llegó 21 Lelio se había celebrado ya la boda, y disimuló tan poco su desaprobación del hecho que en un principio incluso intentó sacarla del lecho nupcial para enviársela a Escipión 22 junto con Sifax y los demás prisioneros. Convencido después por los ruegos de Masinisa, que le suplicaba que dejase a Escipión la decisión sobre cuál de los dos reyes llevaría a Sofonisba aparejada a su suerte, envió a Sifax y a los prisioneros, y con la ayuda de Masinisa recuperó las demás ciudades de Numidia que estaban ocupadas por guarniciones del rey.

13 Cuando llegó la noticia de que Sifax era conducido al campamento salieron todos en masa, como si fuesen a contemplar un desfile triunfal. Delante iba el propio rey encadenado; detrás, un cortejo de nobles númidas. Entonces todos exageraban cuanto podían la grandeza de Sifax y la gloria de su pueblo, para magnificar la propia victoria: 3 aquél era el rey cuya majestad habían valorado muy alto los dos pueblos más poderosos de la tierra, el romano y 4 el cartaginés; tanto, que para buscar su amistad, Escipión, su general, había dejado la provincia de Hispania y el ejército y había navegado hasta África con dos quinquerremes, 5 y Asdrúbal, el general cartaginés, no sólo había ido a visitarlo personalmente en su reino sino que además le había entregado a su hija en matrimonio. Había tenido en su poder a un mismo tiempo a los dos generales, el cartaginés 6 y el romano; las dos partes habían pedido igualmente su amistad, lo mismo que habían pedido la paz de los dioses 7 inmortales inmolando víctimas una y otra parte. Tan grande había sido su poder, que había expulsado de su reino

a Masinisa y lo había reducido a la situación de tener que proteger su vida haciendo correr el rumor de su muerte y viviendo de la rapiña en los escondrijos de los bosques igual que las fieras.

El rey, ensalzado con estos comentarios de los circuns- 8
tantes, fue conducido al pretorio a presencia de Escipión. También éste se sintió impresionado al comparar la antigua suerte de aquel hombre con su destino presente, así como al recordar que había sido su huésped, que se habían estrechado la mano y se habían unido en un pacto en nombre de sus Estados y en un compromiso particular. Estas 9
mismas reflexiones dieron ánimo a Sifax al hablar a su vencedor, pues cuando Escipión le preguntó qué era lo que había pretendido, que no sólo había renegado de la alianza con Roma sino que había tomado la iniciativa de hacerle la guerra, él reconoció que sin duda había cometido una 10
equivocación y una locura, pero no entonces, al final, cuando había tomado las armas en contra del pueblo romano. Ése había sido el final, no el principio de su desvarío. Cuando se había vuelto loco, cuando había olvidado por 11
completo los lazos de hospitalidad entre ellos y los acuerdos entre sus pueblos, había sido al dar entrada en su casa a una mujer cartaginesa. Con aquella antorcha nupcial se 12
había incendiado su palacio; aquella furia, aquella plaga, con toda clase de seducciones, le había extraviado y enajenado el sentido y no había parado hasta que ella misma, con sus propias manos, le había ceñido las armas criminales en contra de su huésped y amigo. Mas, en medio de 13
su ruina y su quebranto, le quedaba en su desgracia el consuelo de ver que aquella misma peste, aquella furia, se había trasladado a la casa, al hogar de su peor enemigo; Masinisa no era ni más sensato ni más entero que Sifax, 14
era incluso más incauto debido a su juventud; sin lugar

a dudas había dado muestras de una estulticia y una falta de dominio mayores que las suyas al casarse con ella.

- 14 *Reprimenda de* Estas palabras, pronunciadas no sólo
 Escipión por odio hacia su enemigo sino por el tor-
 a Masinisa. mento de los celos al ver a su amada en
 Muerte de poder de su rival, suscitaron una viva
 Sofonisba. preocupación en el ánimo de Escipión.
 Negociaciones
- 2 Por otra parte, daban credibilidad a es-
 tas imputaciones aquella boda precipitada, casi en pleno
 combate, sin consultar ni esperar a Lelio, aquel actuar tan
 deprisa y corriendo que el mismo día en que había visto
 prisionera a su enemiga se había unido a ella en matrimo-
 nio, llevando a efecto la ceremonia nupcial ante los pena-
 3 tes de su enemigo. Además, a Escipión esto le parecía más
 inaceptable porque a él mismo, en Hispania, a pesar de
 su juventud, no lo había seducido la belleza de ninguna
 prisionera ³³⁶. Mientras se hacía estas reflexiones llegaron
 Lelio y Masinisa. A los dos los recibió con expresión igual-
 mente afable y los felicitó con vivos elogios ante la concu-
 4 rrencia del pretorio, y después se llevó aparte a Masinisa
 y le habló en estos términos: «Supongo, Masinisa, que al-
 go bueno viste en mí para que primero en Hispania vinie-
 ras a ganarte mi amistad y después en África confiaras
 5 tu persona y todas tus esperanzas a mi lealtad. Pues bien,
 de todas esas cualidades por las que te pareció que debías
 acercarte a mí, de ninguna estoy tan orgulloso como de
 6 la templanza y el control de mis pasiones. Quisiera, Masini-
 sa, que al resto de tus excelentes dotes sumaras también
 ésta. A una edad como la nuestra no representan, no, cré-
 me, un peligro tan grave los enemigos armados como las
 7 seducciones que nos rodean por todas partes. El que les

³³⁶ Ver XXVI 49-50.

pone freno y las domina con su templanza, se labra una gloria mucho mayor y una victoria mucho más importante que la que nosotros hemos conseguido al vencer a Sifax. Las esforzadas y valientes acciones que realizaste sin estar 8 yo presente, de buen grado las he elogiado y las tengo en cuenta; las otras, prefiero que tú mismo reflexiones sobre ellas a que te ruborices sacándolas yo a colación. Sifax fue vencido y cogido prisionero bajo los auspicios del pueblo romano. Por consiguiente, él mismo, su esposa, su rei- 9 no, ciudades y hombres que las habitan, en una palabra, todo cuanto perteneció a Sifax es botín del pueblo romano; y en cuanto al rey y su esposa, aun en caso de que no 10 fuese ciudadana cartaginesa, aunque no viéramos a su padre como general de los enemigos, convendría mandarlos a Roma y que el senado y el pueblo romano juzguen y decidan acerca de una mujer a la que se atribuye el haber puesto en contra nuestra y haber lanzado de cabeza a la guerra a un rey aliado. Sobreponete a tus sentimientos; mi- 11 ra de no echar a perder con un solo fallo tus muchas buenas cualidades y de no arruinar el reconocimiento por tan buenos servicios con una falta más grave que la causa de la misma».

Al oír estas palabras, Masinisa se ruborizó y hasta se 15 le saltaron las lágrimas. Aseguró que él, por su parte, se atendería sin lugar a dudas a las órdenes de su general; le rogó que tuviera en cuenta en la medida en que las circunstancias lo permitieran la palabra que imprudentemente había empeñado, pues se había comprometido a no en- 2 tregar a Sofonisba en manos de nadie, y lleno de confusión se marchó del pretorio a su tienda. Allí, sin testigos, 3 pasó bastante tiempo entre largos suspiros y lamentos que podían oír sin dificultad los que estaban cerca de su tienda; finalmente, exhalando un profundo gemido, llamó al 4

esclavo de mayor confianza bajo cuya custodia guardaba, según la costumbre de los reyes, veneno para los azares de la fortuna, y le mandó llevárselo a Sofonisba disuelto
5 en una copa y comunicarle, al mismo tiempo, que Masinisa habría cumplido gustosamente el primer deber que un marido tiene con su esposa; pero como quienes tenían poder para ello le habían quitado la posibilidad de decidir, cumplía con su segundo deber: evitar que cayera viva en
6 poder de los romanos; que ella misma tomara su propia decisión teniendo en la mente a su padre, el general, a su patria, y a los dos reyes con los que se había casado.

Cuando el sirviente se presentó ante Sofonisba llevando
7 este mensaje junto con el veneno, ella dijo: «Acepto el regalo de bodas, y no me desagrada, si es lo máximo que el esposo pudo ofrecer a su esposa; pero dile lo siguiente: yo habría tenido una muerte mejor si no me hubiera casa-
8 do el mismo día de mi funeral». Con la misma altivez con que había hablado cogió la copa sin la menor señal de
9 vacilación y la apuró impávida. Cuando se lo comunicaron a Escipión tuvo miedo de que el orgulloso joven, en su abatimiento, tomase alguna decisión demasiado seria;
10 le hizo venir inmediatamente, y tan pronto le consolaba como le reprendía con suavidad por haber purgado una imprudencia con otra y haber hecho la situación más trágica
11 de lo que hacía falta. Al día siguiente, para desviar su atención de la conmoción que lo estaba agitando, subió a la tribuna y mandó convocar la asamblea. En ella, después de darle por vez primera a Masinisa el título de rey y de colmarlo de grandes elogios, lo galardonó con una corona de oro, una pátera de oro, una silla curul, un cetro
12 de marfil, una toga recamada y una túnica palmeada. Lo honró además con unas palabras, diciéndole que entre los romanos la distinción de mayor magnificencia era el triun-

fo, y que para un triunfador no había galardón más espléndido que el que a juicio del pueblo romano se merecía Masinisa, el único entre todos los extranjeros. Después elogi- 13
ó también a Lelio y lo recompensó con una corona de oro; asimismo, fueron recompensados otros miembros del ejército a tenor de los servicios que cada cual había prestado. Con estos honores se serenó el ánimo del rey y se animó con la perspectiva de hacerse pronto dueño de toda 14
Numidia, una vez eliminado Sifax.

Escipión envió a Roma a Gayo Lelio con Sifax y los 16
demás prisioneros, con los cuales partieron también los embajadores de Masinisa, y él trasladó de nuevo su campamento a Tinete, terminando las fortificaciones que había comenzado. En los cartagineses había provocado una ale- 2
gría pasajera y casi vacía de contenido el ataque a la flota, relativamente afortunado por el momento; pero, consternados por la noticia de la captura de Sifax, en quien habían depositado casi mayores esperanzas que en Asdrúbal y en su propio ejército, no hicieron más caso a ningún 3
partidario de la guerra y enviaron a los treinta ancianos más notables como parlamentarios para pedir la paz. Éstos formaban, entre los cartagineses, el consejo más venerable y de mayor influencia en la dirección del propio senado. Cuando llegaron al cuartel general del campamen- 4
to romano, se postraron al estilo de los cortesanos, siguiendo la costumbre de su país de origen, supongo. Su discurso estuvo en consonancia con tan humilde actitud cortesana, no tratando de exculparse sino cargando la responsabilidad de su falta sobre Aníbal y los miembros de su poderosa facción. Pedían perdón para su ciudad, dos veces ya 6
llevada a la ruina por la imprudencia de sus ciudadanos, y que por segunda vez se salvaría por la benevolencia de sus enemigos; el pueblo romano tenía como objetivo el do- 7

minio sobre los enemigos vencidos, no su destrucción; podía mandarles lo que quisiera, estaban dispuestos a obedecer sumisamente.

- 8 Escipión dijo que había ido a África con la esperanza de volver a su país llevando no la paz sino la victoria, y que esa esperanza suya se había visto reforzada con el
9 éxito de los resultados bélicos; sin embargo, y aun cuando tenía la victoria al alcance de la mano, no rehusaba la paz, para que todas las naciones supieran que el pueblo romano emprendía y también terminaba las guerras de acuerdo con
10 la justicia. Ponía las siguientes condiciones para la paz: devolución de los prisioneros, desertores y prófugos; retirada de las tropas de Italia y de la Galia³³⁷; renuncia a Hispania; retirada de todas las islas situadas entre Italia y
11 África; entrega de todas las naves de guerra menos veinte, y de quinientos mil modios de trigo y trescientos mil de
12 cebada. En cuanto a la cantidad de dinero que les exigió, los datos difieren bastante; en unos me encuentro con cinco mil talentos, en otros con cinco mil libras de plata, en
13 otros con una paga doble para las tropas. «Se os concederá un plazo de tres días —añadió— para deliberar si estáis de acuerdo con la paz en estas condiciones. Si os parece bien, concertad una tregua conmigo y enviad a Roma em-
14 bajadores al senado». Despedidos con estas palabras, los cartagineses estimaron que no se debía rechazar ninguna condición de paz, y es que buscaban ganar tiempo en tanto
15 Aníbal hacía la travesía a África, y enviaron unos diputados a Escipión para concertar una tregua y otros a Roma a pedir la paz; estos últimos, para cubrir las apariencias, llevaban unos pocos prisioneros, desertores y prófugos para lograr más fácilmente la paz.

³³⁷ Cisalpina.

*Embajadores de
Masinisa ante
el senado romano.
Derrota de Magón
en el norte de Italia*

Muchos días antes había llegado Lelio 17
a Roma llevando prisioneros a Sífax y los
númeras más importantes. Hizo ante los
senadores una exposición detallada de to-
dos los hechos ocurridos en África, y sus-
citó en todos una gran alegría para el presente y unas gran-
des esperanzas para el futuro. A continuación se les pidió 2
su parecer a los senadores, y dictaminaron que se debía
enviar al rey a Alba ³³⁸ para su custodia y que Lelio debía
quedarse hasta que llegase la embajada cartaginesa. Se de- 3
cretaron cuatro días de acción de gracias. El pretor Publio
Elio levantó la sesión del senado y convocó a continuación
la asamblea del pueblo, y subió a la tribuna rostral con
Gayo Lelio. Al oír que habían sido derrotados los ejércitos 4
cartagineses, que había sido vencido y hecho prisionero un
rey muy nombrado, que toda Numidia había sido recorri-
da victoriosamente, los allí presentes no podían refrenar 5
su júbilo y lo exteriorizaban con gritos y otras manifesta-
ciones habituales en la masa que expresa una alegría in-
contenible. El pretor, por tanto, ordenó inmediatamente 6
por medio de un edicto que los guardianes de los templos
los abriesen en toda la ciudad y que se permitiese al pueblo
recorrerlos, saludar a los dioses y darles gracias a lo largo
de todo el día.

Al día siguiente hizo entrar en el senado a los embaja- 7
dores de Masinisa. Éstos comenzaron por felicitar al sena-
do por los éxitos obtenidos por Escipión en África. A con- 8
tinuación dieron las gracias porque Escipión había no sólo
llamado sino hecho rey a Masinisa devolviéndolo al reino
paterno, en el que, una vez eliminado Sífax, si así lo deci-
dían los senadores, reinaría sin temor y sin oposición,

³³⁸ *Alba Fuentia*, colonizada por Roma en 303 (cf. X 1, 1).

9 y porque lo había elogiado vivamente ante la asamblea de
soldados y lo había galardonado con espléndidos presen-
tes, que Masinisa había procurado y procuraría en adelan-
10 te merecer. Pedía que el senado confirmase con un decreto
el título de rey y los demás beneficios y presentes de Esci-
11 pión; y, si no les parecía mal, Masinisa pedía también que
devolviesen los prisioneros númidas que estaban encarcela-
dos en Roma; esto le daría un gran prestigio entre sus com-
12 patriotas. A todo esto se les contestó a los embajadores
que se hacía partícipe al rey de la felicitación por los éxitos
obtenidos en África; que se estimaba que Escipión había
obrado justa y regularmente al darle el título de rey, y
que cualquier otra cosa que hubiese hecho para dar satis-
facción a Masinisa contaba con la aprobación y el aplauso
13 del senado. Se fijaron además los presentes que los emba-
jadores llevarían al rey: dos mantos de púrpura con sendas
fíbulas de oro y dos túnicas laticlavas, dos caballos engala-
nados con fáleras, dos armaduras de caballería con cora-
za, y tiendas de campaña con utillaje militar como las que
14 solían proporcionarse a los cónsules. Éstos fueron los pre-
sentes que el pretor recibió instrucciones de enviar al rey;
los embajadores fueron obsequiados con regalos por valor
de al menos cinco mil ases cada uno, y de mil cada miem-
bro de su séquito; con dos juegos de vestimenta cada em-
bajador, y con uno cada acompañante y cada uno de los
númidas que habían sido liberados y eran devueltos al rey.
Aparte de esto se les proporcionaron a los embajadores
residencias, localidades reservadas y los agasajos de la
hospitalidad.

18 Durante el mismo verano en que se tomaron en Roma
estas decisiones y se produjeron en África estos aconteci-
mientos, el pretor Publio Quintilio Varo y el procónsul
Marco Cornelio libraron una batalla en toda regla con el

cartaginés Magón en el territorio de los galos ínsubres. Las legiones del pretor estaban en primera línea; Cornelio 2 mantuvo las suyas en la reserva y él se trasladó a caballo a la vanguardia. Delante de las dos alas, el pretor y el procónsul animaban a las tropas a lanzarse al ataque contra el enemigo con el mayor ímpetu. Como no había forma 3 de hacerle ceder, Quintilio le dijo a Cornelio: «Como ves, la batalla se alarga bastante; los enemigos, al resistir más de lo que contaban, se sobreponen al miedo y hay peligro de que éste se transforme en audacia. Es preciso que 4 desencadenemos el huracán de la caballería si queremos descentrarlos y moverlos de su sitio. Por tanto, o bien tú mantienes el combate en primera línea y yo conduzco a los jinetes a la lucha, o bien yo dirijo la acción aquí en primera línea y tú lanzas sobre el enemigo la caballería de las cuatro legiones». Como el procónsul aceptaba el co- 5 metido que el pretor quisiese, el pretor Quintilio con su hijo, un joven animoso que se llamaba Marco, se dirigió hacia los jinetes, les ordenó montar sobre sus caballos y los lanzó de improviso sobre el enemigo. La infantería su- 6 mó su grito de guerra potenciando el fragor de la caballería, y el frente enemigo no habría resistido si Magón, al primer avance de la caballería, no hubiera puesto en acción a los elefantes que tenía preparados. Su barritar, su 7 olor y su aspecto asustó a los caballos, perdiendo su efectividad la intervención de la caballería. Por otra parte, si bien la caballería romana, metida en la refriega, donde podía utilizar la pica, y en la distancia más corta la espada, era más fuerte, los númeridas disparaban mejor desde lejos sus flechas contra ella, que se había apartado al espantarse los caballos. Al mismo tiempo la legión duodécima de in- 8 fantería, destrozada en gran parte, mantenía su posición más por pundonor que por contar con fuerzas. Y no la 9

habría mantenido por más tiempo de no ser porque la legión decimotercera, conducida a primera línea desde la reserva, tomó el relevo en el incierto combate. También Magón enfrentó sus galos de la reserva a esta legión de
10 refresco. Dispersados éstos sin mayores esfuerzos, los *has-tati* de la undécima legión, en formación cerrada, cargaron contra los elefantes, que en esos momentos estaban sembrando también el desconcierto entre las filas de la infan-
11 tería. Dispararon contra ellos sus jabalinas sin apenas fallar un tiro, pues estaban muy juntos, y les hicieron revolverse a todos contra sus propias líneas. Cuatro de ellos
12 cayeron acribillados de heridas. Entonces, comenzó a ceder el frente enemigo al cargar al mismo tiempo toda la caballería, nada más ver que los elefantes huían, para aumentar el pánico y la confusión. Pero mientras Magón se mantuvo delante de la primera línea, se iban replegando poco a poco y conservaban las filas y el nivel de combati-
13 vidad; mas cuando vieron que caía con un muslo atravesado y era retirado del combate casi desangrado, inmediatamente emprendieron todos la huida. Aquel día murieron unos cinco mil enemigos, y se capturaron veintidós enseñas mili-
14 tares. Tampoco para los romanos fue una victoria incruenta: hubo dos mil trescientas bajas en el ejército del pretor, pertenecientes, la inmensa mayoría, a la legión duodécima, de la que también cayeron dos tribunos militares, Marco
15 Cosconio y Marco Mevio. Asimismo, de la legión decimotercera, que había entrado en batalla al final, cayó el tribuno militar Gayo Helvio mientras intentaba restablecer el combate, y sucumbieron unos veintidós brillantes jinetes, aplastados por los elefantes, junto con varios centuriones. Y la lucha se habría prolongado si no hubieran renunciado a la victoria al ser herido su general.

*Magón y Aníbal
llamados
a Cartago.
Alegoría
y preocupación
en Roma*

Partió Magón en el silencio de la noche siguiente y, alargando las etapas de marcha todo lo que su herida le permitía soportar, llegó al mar, en el territorio de los lígures ingaunos. Allí fueron a verle los enviados de Cartago, que habían desembarcado en el golfo Gálico pocos días antes, y le transmitieron la orden de que cruzase a África cuanto antes; que su hermano Aníbal haría otro tanto (pues también a él había ido a verle una delegación con idénticas instrucciones); no estaba Cartago en condiciones de ocupar militarmente la Galia e Italia. Aparte de las órdenes del senado y el peligro que corría su patria, pesaba también en Magón el temor a que si no se daba prisa se le echase encima el enemigo y a que los propios lígures, viendo que los cartagineses abandonaban Italia, se pasasen al bando de los que muy pronto les tendrían bajo su dominio; como al mismo tiempo tenía la esperanza de que su herida soportaría mejor la navegación que el traqueteo del camino por tierra y que todo contribuiría a su mejor tratamiento, embarcó las tropas y partió; pero apenas rebasada Cerdeña murió a causa de la herida³³⁹. Además, la flota romana que operaba cerca de Cerdeña capturó un buen número de naves cartaginesas que iban dispersas en alta mar. Éstos fueron los hechos ocurridos en tierra y mar en la zona de Italia que se extiende al pie de los Alpes.

El cónsul Gayo Servilio no hizo nada digno de mención ni en la provincia de Etruria ni en la Galia, que también hasta allí había llegado. Liberó, sin embargo, del cautiverio a su padre, Gayo Servilio, y a Gayo Lutacio³⁴⁰, que

³³⁹ Sobre la muerte de Magón había versiones muy diversas.

³⁴⁰ El cónsul de 220.

hacía quince años habían caído prisioneros de los boyos
8 en el poblado de Taneto ³⁴¹; y, flanqueado por su padre
y por Cátulo, regresó a Roma, resaltando en él la gloria
9 privada más que la pública. Fue presentada al pueblo la
propuesta de que no se le exigieran responsabilidades a Gayo
Servilio porque, contraviniendo lo que prescribía la ley,
había sido tribuno y edil de la plebe estando vivo su padre,
que había desempeñado una magistratura curul ³⁴², ya que
ignoraba dicha circunstancia. Una vez aprobada esta pro-
puesta regresó a su provincia.

10 Consencia, Aufugo, Bergas, Besidias, Ocrículo, Linfeo,
Argentano ³⁴³, Clampecia y otras poblaciones poco impor-
tantes se pasaron al cónsul Gneo Servilio que se encontra-
ba en el Brucio, al ver que la Guerra Púnica tocaba
11 a su fin. Este mismo cónsul libró batalla contra Aníbal
en territorio crotoniense. Las referencias de este combate
son poco claras. Valerio Aciante sostiene que fueron cinco
mil los enemigos muertos; o bien se trata de una invención
descarada, o fue un descuido no hacer alusión a una ac-
12 ción tan importante. En cualquier caso, Aníbal no realizó
en Italia ninguna operación más, pues también a él se le
presentaron, casualmente por las mismas fechas que a Ma-
gón, los enviados de Cartago reclamando su vuelta a África.

20 Dicen que al oír las palabras de los delegados le rechina-
ron los dientes, gimió y le costó trabajo contener las lágrí-
2 mas. Después que le comunicaron las órdenes dijo: «Ya
no reclaman mi vuelta con rodeos sino abiertamente los
que ya antes querían forzar mi salida de aquí impidiendo
3 el envío de refuerzos y dinero. Aníbal, pues, ha sido venci-

³⁴¹ Entre las actuales Parma y Reggio nell'Emilia. Cf. XXI 25, 13.

³⁴² Había sido pretor, según Polibio. Cf. XXVII 21, 10.

³⁴³ Poblaciones del Brucio para cuya localización faltan referencias.

do no por el pueblo romano, tantas veces derrotado y puesto en fuga, sino por el senado cartaginés, con la calumnia y la envidia. Y con este vergonzoso retorno mío no se alegrará y ufanará tanto Publio Escipión como Hannón ³⁴⁴, que hundió nuestra casa con la ruina de Cartago, ya que por otro medio no fue capaz».

Presintiendo una eventualidad como ésta ya había preparado con anterioridad las naves. Y así, después de distribuir las tropas inútiles, aparentemente como guarniciones, por las escasas plazas del territorio del Brucio que se mantenían a su lado más por miedo que por lealtad, trasladó a África lo más escogido de su ejército; antes, hizo matar de forma brutal en el propio templo de Juno Lacinia, inviolado hasta aquel día, a muchos itálicos que se negaban a seguirle a África y se habían refugiado en el santuario. Dicen que pocas veces dejó nadie su patria para ir al destierro tan abatido como iba Aníbal cuando abandonó la tierra enemiga; que repetidas veces volvió la vista hacia las costas de Italia, y que, acusando a los dioses y a los hombres, echó maldiciones contra sí mismo y su propia cabeza por no haber conducido a sus tropas a Roma cuando aún estaban cubiertas de sangre por la victoria de Cannas ³⁴⁵; Escipión se había atrevido a marchar sobre Cartago sin haber visto, siendo cónsul, a su enemigo cartaginés en Italia, y él, después de haber abatido a cien mil combatientes en Trasimeno y Cannas, se había hecho viejo en los alrededores de Casilino ³⁴⁶, de Cumas y de Nola ³⁴⁷. Inculpándose y lamentándose de esta forma se vio obligado a salir de la Italia que durante tanto tiempo había ocupado.

³⁴⁴ Líder del partido oponente de los Barca. Cf. XXI 3, 2.

³⁴⁵ Ver XXII 51, 1-4.

³⁴⁶ Al noroeste de Capua, donde la Vía Apia cruzaba el río Volturno.

³⁴⁷ Cf. XXIII 14, 5.

- 21 En Roma se recibió en las mismas fechas la noticia de la partida de Magón y la de Aníbal. La alegría producida por este doble motivo de satisfacción quedó atenuada, de una parte, por el hecho de que los generales parecían haber tenido poca voluntad o poca fuerza a la hora de retenerlos, misión que les había encomendado el senado, 2 y de otra por el hecho de que preocupaba el desenlace final de la guerra ahora que todo su peso gravitaba sobre 3 un solo ejército y un único general. Por aquellos mismos días llegaron unos diputados saguntinos conduciendo a unos cartagineses que habían sido apresados con el dinero con que habían cruzado a Hispania para reclutar tropas auxi- 4 liares. Depositaron en el vestíbulo de la curia doscientas 5 cincuenta libras de oro y ochocientas de plata. Se recibió y encarceló a los hombres, pero el dinero fue devuelto a los diputados dándoles las gracias; además se les dieron regalos y naves para su regreso a Hispania.
- 6 Los más ancianos pusieron luego de relieve el hecho de que el ser humano es menos sensible a lo bueno que a lo malo; recordaron el miedo cerval que había causado el paso de Aníbal a Italia: ¡qué desastres habían sobreveni- 7 do después, qué sufrimientos!; desde las murallas de la ciudad se había visto el campamento enemigo: ¡los votos que se habían hecho individual y colectivamente!, ¡la de veces que se habían oído en las asambleas las palabras de los 8 que se preguntaban, tendiendo las manos al cielo, si alguna vez llegaría el día en que verían libre de enemigos a 9 Italia, disfrutando de paz y prosperidad! Por fin, al cabo de quince años, los dioses se lo habían concedido, pero no había nadie que propusiera dar gracias a los dioses; ni siquiera en el momento en que están recibiendo un favor se muestran agradecidos los hombres: ¡como para que 10 se acuerden de los pasados! Entonces toda la curia pidió

por aclamación que el pretor Publio Elio presentase una moción, y se decretó la celebración de acciones de gracias en todos los templos durante cinco días y la inmolación de ciento veinte víctimas adultas.

Ya habían sido despedidos Lelio y los embajadores de Masinisa cuando llegaron noticias de que los embajadores cartagineses que venían al senado para negociar la paz habían sido vistos en Putéolos, desde donde llegarían por tierra. Entonces se decidió llamar de nuevo ³⁴⁸ a Lelio para que estuviera presente en las negociaciones de paz. Quinto Fulvio Gilón, legado de Escipión, condujo a Roma a los cartagineses. A éstos no se les permitió la entrada en la ciudad; se les dio alojamiento en una residencia oficial ³⁴⁹ y el senado les dio audiencia en el templo de Belona.

Su discurso fue muy parecido al que habían pronunciado ante Escipión, exculpando al gobierno y cargando sobre Aníbal la responsabilidad de la guerra: éste había cruzado no sólo los Alpes sino incluso el Ebro sin la autorización del senado, y la ofensiva bélica contra los romanos, igual que antes contra los saguntinos, había sido iniciativa personal suya; en realidad, si bien se miraba, el senado y el pueblo cartaginés habían respetado escrupulosamente hasta la fecha su tratado con los romanos; por eso, la única misión que se les había encomendado a ellos era pedir que se les permitiera mantener las mismas condiciones de paz que concertaron finalmente con Gayo Lutacio ³⁵⁰. Cuando el pretor, de acuerdo con la práctica habitual, dio a los senadores la posibilidad de

³⁴⁸ No concuerda con lo dicho en 17, 2.

³⁴⁹ La *villa publica* estaba en el Campo de Marte.

³⁵⁰ Tras la victoria naval obtenida por Gayo Lutacio Cátulo, pero siendo cónsul Quinto Lutacio Cercón, en el año 241.

interrogar a los embajadores si alguno quería alguna aclaración, los más ancianos, que habían intervenido en la negociación de los acuerdos de paz hicieron diversas preguntas; y cuando los embajadores dijeron que ellos no se acordaban debido a su edad —casi todos eran jóvenes, en efecto—, desde todos los puntos de la curia se alzaron gritos de que para reclamar el antiguo tratado de paz se había elegido, con perfidia púnica, a quienes precisamente no lo recordaban.

23 Luego, una vez retirados de la curia los embajadores, se abrió un turno de intervenciones. Marco Livio ³⁵¹ consideraba que se debía llamar a Gayo Servilio, que era el cónsul que estaba más cerca, para tratar en su presencia la
2 cuestión de la paz; dado que ésta era la más importante de cuantas cuestiones se podían abordar en el debate, no le parecía a él que fuese muy acorde con la dignidad del pueblo romano discutirla en ausencia de uno de los cónsules o incluso de ambos. Quinto Metelo, que había sido cónsul y dictador tres años antes, dijo que Publio Escipión, destruyendo sus ejércitos y arrasando sus territorios, había
3 puesto al enemigo en la tesitura de tener que suplicar la
4 paz, y que la persona más capacitada para poder valorar con más exactitud con qué intenciones se pedía esa paz era quien estaba dirigiendo la guerra a las puertas de Cartago: por consiguiente, la paz debía ser aceptada o rechazada siguiendo el consejo de Escipión y de nadie más.
5 Marco Valerio Levino, que había sido cónsul dos veces ³⁵², argumentaba que eran espías, no embajadores, los que habían venido; que se les debía hacer salir de Italia, enviando una guardia con ellos hasta las naves, y se le debía escribir

³⁵¹ Salinátor.

³⁵² Ver nota 279.

a Escipión que no aflojara en su ofensiva. Lelio y Fulvio 6
añadieron que Escipión había basado su esperanza de paz
en que no fuesen llamados de Italia Aníbal y Magón;
que, por lo demás, los cartagineses simularían cualquier 7
cosa mientras esperaban a estos generales y sus ejércitos,
pero después reanudarían la guerra olvidándose de los tra-
tados, aunque fueran recientes, y de todos los dioses. Esta
consideración hizo que la mayoría se inclinara a favor de
la propuesta de Levino. Los embajadores fueron despedi- 8
dos sin concertar la paz y casi sin respuesta.

*Naufragio
de un convoy
romano.
Ruptura de la
tregua.
Aníbal arriba a
Leptis.
Ofensiva de
Filipo
de Macedonia*

Por aquellos días, el cónsul Gneo Ser- 24
vilio, plenamente convencido de que le co-
rrespondía a él la gloria de la pacifica-
ción de Italia, persiguiendo a Aníbal co-
mo si él lo hubiera obligado a huir, cru-
zó hasta Sicilia dispuesto a hacer la tra-
vesía de allí a África. Cuando se tuvo co- 2
nocimiento de esto en Roma, primera-
mente los senadores se pronunciaron a fa-
vor de que el pretor escribiese al cónsul

que el senado juzgaba oportuno su retorno a Italia; des- 3
pués, cuando el pretor ³⁵³ dijo que el cónsul no haría caso
de una carta suya, se nombró dictador a Publio Sulpicio ³⁵⁴
con ese fin concreto, y éste, en virtud de las atribuciones
que le confería su superior autoridad, llamó al cónsul a
Italia. El dictador dedicó el resto del año, con Marco 4
Servilio ³⁵⁵ como jefe de la caballería, a recorrer las ciu-
dades de Italia que con la guerra se habían pasado al ene-
migo, investigando cada caso en particular.

³⁵³ El pretor urbano, Elio Peto.

³⁵⁴ Galba, cónsul en 211 y 200.

³⁵⁵ Gémino, cónsul en 202.

5 Durante el período de tregua, cien naves de transporte
enviadas desde Cerdeña por el pretor Publio Léntulo con
provisiones, escoltadas por veinte navíos de guerra, hicie-
ron la travesía hasta África sin problemas con el tiempo
6 ni con el enemigo. Gneo Octavio, que cruzaba desde Sici-
lia con doscientas naves de carga y treinta de guerra, no
7 tuvo la misma suerte. Después de navegar sin contratiem-
pos hasta casi avistar África, el viento primero cesó y des-
pués roló al sudoeste, desbarató el convoy y dispersó las
8 naves por todas partes. Él, venciendo las olas contrarias
con gran esfuerzo de los remeros, llegó hasta el promonto-
9 rio de Apolo; la mayor parte de las naves de transporte
fueron arrastradas hacia Egimuro, isla que cierra hacia mar
abierto la bahía en que está situada Cartago, a unas treinta
millas de esta ciudad; las demás fueron impulsadas hasta
10 Aguas Calientes ³⁵⁶, en dirección a la propia ciudad. Todo
esto era visible desde Cartago, por eso la población acudió
al foro corriendo desde toda la ciudad; los magistrados
convocaron al senado; en el vestíbulo de la curia el pueblo
reclamaba a gritos que no se dejase escapar el cuantioso bo-
11 tín que tenían a la vista y al alcance de la mano. Algunos
se oponían en razón del compromiso de las negociaciones
de paz y otros del de la tregua, cuyo plazo no había expi-
rado aún, pero en aquella asamblea en que casi se confun-
dían senado y pueblo se acordó que Asdrúbal se dirigiera
a Egimuro con una flota de cincuenta navíos y a partir
de allí capturase las naves romanas dispersas por la costa
12 y en los puertos. Las naves de carga, abandonadas por
la huida de los marineros, fueron remolcadas por la popa,
primero desde Egimuro y después desde Aguas Calientes,
hasta Cartago.

³⁵⁶ Enfrente de Cartago por el Este, en la bahía.

No habían vuelto aún de Roma los embajadores, y no ²⁵ se sabía cuál era la postura del senado romano acerca de la guerra o la paz, ni había expirado aún el plazo de la tregua. Por eso, Escipión, considerando que la ruptura de ² la tregua y de las esperanzas de paz era un agravio tanto más indignante por cuanto era obra de los mismos que habían solicitado esa tregua y esa paz, envió inmediatamente de embajadores a Cartago a Lucio Bebio, Lucio Sergio y Lucio Fabio. Éstos estuvieron a punto de ser agredidos ³ por la multitud que se aglomeró, y viendo que a la vuelta no iban a correr menos peligro pidieron a los magistrados, gracias a cuya intervención se había impedido la violencia, que enviasen unas naves para que les dieran escolta. Se les concedieron dos trirremes, que se volvieron ⁴ a Cartago al llegar al río Bágrada ³⁵⁷, desde donde se divisaba el campamento romano. La flota cartaginesa estaba ⁵ fondeada frente a Útica. Tres cuatrirremes pertenecientes a ella, fuese porque se envió un mensaje secreto desde Cartago para que lo hicieran o fuese porque Asdrúbal, el comandante de la flota, decidió una acción semejante sin implicación del gobierno, atacaron de improviso desde mar ⁶ abierto a la quinquerreme romana cuando doblaba el promontorio. Pero no podían ni golpearla con sus espolones, ya que se les escapaba por velocidad, ni saltar armados sobre ella, más alta, desde sus naves más bajas. Además ⁷ de defendió perfectamente mientras hubo armas arrojadas suficientes. Al agotarse éstas, lo único que podía defenderla era la proximidad de tierra y los soldados que acudían en masa a la costa desde el campamento. La impulsaron ⁸, pues, hacia la orilla a gran velocidad remando con todas sus fuerzas y salieron todos sanos y salvos, perdiendo

³⁵⁷ El actual Medjerda, que antiguamente desembocaba más al sur.

9 únicamente la nave. Violada así la tregua de forma fla-
grante con dos felonías consecutivas, llegaron de Roma Le-
10 lio y Fulvio con los embajadores cartagineses. Escipión les
dijo que aun cuando los cartagineses habían quebrantado
tanto la inviolabilidad de la tregua como el derecho inter-
nacional en la persona de los parlamentarios, sin embargo
él no tomaría contra ellos ninguna represalia, indigna de
la tradición del pueblo romano y de sus personales normas
de comportamiento. Y tras despedir a los embajadores se
preparaba para la guerra.

11 Cuando Aníbal se aproximaba ya a tierra mandó a uno
de los tripulantes que subiera al mástil para observar a qué
12 punto se dirigían; éste le dijo que la proa apuntaba hacia
un sepulcro en ruinas, y entonces, tratando de alejar el
mal presagio, ordenó al timonel que siguiera rumbo, arri-
bó con la flota cerca de Leptis ³⁵⁸ y desembarcó las tropas.

26 Éstos fueron los hechos ocurridos en África aquel año;
los que vienen a continuación llegan hasta el año en que
fueron elegidos cónsules Marco Servilio Gémino, que en-
tonces era jefe de la caballería, y Tiberio Claudio Nerón.

2 Hay que añadir que, hacia finales de este año anterior, una
delegación de las ciudades de Grecia aliadas vino a quejar-
se de que sus territorios habían sido devastados por las
tropas del rey Filipo, y de que éste se había negado a reci-
bir a los embajadores que habían ido a Macedonia a pre-
3 sentar una reclamación. Al mismo tiempo informaron de
que, según rumores, cuatro mil soldados capitaneados por
Sópatro habían cruzado a África para reforzar a los carta-
gineses, y que junto con ellos se había enviado bastante
4 dinero. Por ello, el senado consideró que se debían enviar

³⁵⁸ *Leptis Minor*, en la costa este de Túnez, entre la actual Monastir y Tapso. La *Leptis Magna* estaba en Tripolitania.

embajadores al rey para comunicarle que en opinión de los senadores estos actos constituían una violación del tratado. Fueron enviados Gayo Terencio Varrón, Gayo Mamilio ³⁵⁹ y Marco Aurelio ³⁶⁰. Se les proporcionaron tres quinquerrems.

Fue un año marcado por un enorme incendio que arrasó la Cuesta Publicia, por una inundación, y por una baja en el precio de los víveres, debida en parte al hecho de que con la paz toda Italia estaba abierta y en parte a que los ediles curules Marco Valerio Faltón y Marco Fabio Butción distribuyeron a la población, por barrios, una gran cantidad de trigo llegada de Hispania, a cuatro ases el modio.

En este mismo año murió Quinto Fabio Máximo a edad muy avanzada, si efectivamente es verdad que fue augur durante sesenta y dos años, cosa que afirman algunos historiadores. Indiscutiblemente fue un hombre digno de tan gran sobrenombre, aun en caso de haber sido el primero en llevarlo. Desempeñó mayor número de magistraturas que su padre ³⁶¹, y tantas como su abuelo ³⁶². Rulo, su abuelo, se distinguió por un mayor número de victorias y unas batallas más importantes, pero un enemigo como Aníbal, por sí solo, puede compararse a todo. Se le consideró, no obstante, más prudente que decidido, y si bien se puede dudar si su indecisión se debía a su carácter o a que era la táctica más apropiada para la guerra que entonces se estaba librando, en todo caso nada hay más cierto que, como dice Ennio, un solo hombre, empleando una táctica dilatoria, restableció nuestra situación. Para reemplazarlo fue consa-

³⁵⁹ Atelo.

³⁶⁰ Cota.

³⁶¹ Quinto Fabio Máximo Gúrgite, cónsul por tercera vez en 265.

³⁶² Quinto Fabio Máximo Rulo o Ruliano, cónsul por quinta vez en 295.

grado augur su hijo ³⁶³ Quinto Fabio Máximo, y para sucederle como pontífice —pues desempeñó ambos sacerdocios— fue consagrado Servio Sulpicio Galba.

- 11 Los Juegos Romanos fueron reinaugurados un día, y tres los Plebeyos completos, por los ediles Marco Sextio Sabino y Gneo Tremelio Flaco. Éstos fueron elegidos pretores los dos, junto con Gayo Livio Salinátor y Gayo Aurelio Cota. Las discrepancias entre los historiadores hacen que no haya certeza sobre si presidió las elecciones de aquel año el cónsul Gayo Servilio o Publio Sulpicio, al que habría nombrado dictador porque a él lo retenía en Etruria la investigación que estaba realizando, siguiendo instrucciones del senado, acerca de las conspiraciones de los notables.

- 27 A principios del año siguiente ³⁶⁴, Marco Servilio y Tiberio Claudio convocaron al senado en el Capitolio y sometieron a debate la cuestión de la asignación de provincias. Como los dos pretendían África, querían que entrase en sorteo Italia y África; pero gracias a los improbables esfuerzos de Quinto Metelo, África no fue asignada ni negada. Se instó a los cónsules a que hablaran con los tribunos de la plebe con vistas a que, si a éstos les parecía oportuno, preguntasen al pueblo quién quería éste que tuviese el mando en la guerra de África. Todas las tribus votaron a favor de Publio Escipión. Aun así, los cónsules echaron a suertes la provincia de África, pues ésa había sido la decisión del senado. Le correspondió a Tiberio Claudio, que se trasladaría allí con una

³⁶³ Posible error por nieto.

³⁶⁴ 202 a. C.

flota de cincuenta naves, quinquerrems todas ellas, y tendría el grado de general supremo en paridad con Publio Escipión. A Marco Servilio le tocó en suerte Etruria. Para esta misma provincia se le prorrogó el mando a Gayo Servilio, por si el senado decidía que el cónsul permaneciese en Roma. En cuanto a los pretores, a Marco Sextio le tocó en suerte la Galia, provincia que le entregaría Publio Quintilio Varo con sus dos legiones; a Gayo Livio, el Brucio, con las dos legiones que había mandado el procónsul Publio Sempronio el año anterior; a Gneo Tremelio, Sicilia, provincia que le entregaría con sus dos legiones Publio Vilius Tápulo, pretor del año anterior; Vilio defendería como propretor la costa de Sicilia con veinte navios de guerra y un millar de hombres, mientras que Marco Pomponio trasladaría a Roma mil quinientos soldados con las veinte naves restantes. A Gayo Aurelio Cota le tocó en suerte la jurisdicción urbana. A los demás se les prorrogó el mando, conservando cada uno sus provincias y ejércitos. Aquel año se defendió el imperio con no más de dieciséis legiones. Por otra parte, para que todo se iniciase y se desarrollase contando con el favor de los dioses, se acordó que los cónsules, antes de partir para el frente, celebrasen los juegos e inmolasen las víctimas mayores que durante el consulado de Marco Claudio Marcelo y Tito Quincio había prometido con voto el dictador Tito Manlio si al cabo de cinco años la situación de la república continuaba siendo la misma. Se celebraron los juegos en el Circo durante cuatro días y se inmolaron las víctimas a los dioses a quienes habían sido prometidas con voto.

Entretanto, de día en día crecían a un tiempo la inquietud y la esperanza, sin que se viera muy claro si debía prevalecer la alegría por el hecho de que Aníbal se hubiera marchado después de dieciséis años dejando libre al pue-

blo romano el dominio de Italia, o si era el temor lo que debía predominar, por el hecho de que hubiese pasado a 2 África con su ejército intacto. En realidad, el peligro había cambiado de escenario, no había desaparecido. No en vano Quinto Fabio, el recientemente fallecido profeta de aquella terrible contienda, había vaticinado con frecuencia que Aníbal habría de ser un enemigo más peligroso en su 3 propia tierra que en suelo extranjero. Escipión no tendría que vérselas con un Sifax, rey de una barbarie sin disciplinar cuyos ejércitos solía instruir Estatorio ³⁶⁵, una especie de cantinero, ni con su suegro Asdrúbal, el más proclive a la huida entre los generales, ni con ejércitos improvisados, formados de prisa y corriendo con una masa de campesi- 4 nos mal armados, sino con Aníbal, nacido, por así decir, en la tienda de mando de su padre, general valerosísimo; criado y educado entre las armas, soldado ya desde niño; 5 general supremo desde muy joven; que había envejecido obteniendo victorias y había cubierto las Hispanias, las Galias e Italia desde los Alpes hasta el Estrecho con los vestigios de sus gigantescas hazañas; que mandaba un ejército tan veterano como él mismo, curtido en el aguante de todas las penalidades que apenas se podía creer que unos hombres hubieran soportado, bañado mil veces en sangre romana, portador de despojos no sólo de soldados sino 6 de generales. Escipión se iba a enfrentar en el campo de batalla a muchos que habían dado muerte con sus propias manos a pretores, a generales, a cónsules romanos; que habían sido galardonados con coronas murales y vallares ³⁶⁶, que se habían paseado por campamentos y ciudades roma-

³⁶⁵ Cf. XXIV 48.

³⁶⁶ Galardones para el primero en escalar una muralla o una empalizada enemiga.

nas tomados al asalto. No tenían en esos momentos tantas 7
fascas los magistrados del pueblo romano como las que
Aníbal podía llevar ante sí, capturadas tras dar muerte a
los generales.

A fuerza de dar vueltas en su interior a estos temores, 8
ellos mismos acrecentaban su angustia y su miedo; por otra
parte, cuando a lo largo de varios años se habían habitua-
do a que la guerra se desarrollara ante sus ojos en una
u otra parte de Italia con remotas esperanzas de algún de-
senlace próximo de la contienda, Escipión y Aníbal, como
generales dispuestos para el enfrentamiento definitivo,
habían puesto en tensión los ánimos de todos. Incluso aque- 9
llos que tenían una enorme confianza en Escipión y una
enorme fe en la victoria, cuanto más cercana la presentían,
más preocupados estaban. No era muy diferente el estado 10
de ánimo de los cartagineses, que unas veces se arrepentían
de haber pedido la paz, cuando fijaban su atención en Aní-
bal y la magnitud de sus hazañas, y otras, recordando que 11
habían sido vencidos por dos veces en el campo de batalla,
que Sifax estaba prisionero, que habían sido expulsados
de Hispania y expulsados de Italia, y que todo ello había
sido obra del valor y la inteligencia de Escipión exclusiva-
mente, lo temían como caudillo nacido para exterminarlos,
por designio del destino.

*Predámbulos
a la batalla de
Zama.*

*Entrevista
de Aníbal
con Escipión*

Aníbal había llegado ya a Adrume- 29
to ³⁶⁷. Se tomó unos breves días para que
los soldados se repusieran del ajetreo de
la travesía y desde allí se dirigió a Zama
a marchas forzadas, impulsado por los
alarmantes informes que le llegaban de
la ocupación total de los alrededores de Cartago. Zama 2
está a cinco jornadas de distancia de Cartago. Desde allí

³⁶⁷ En la costa, al norte de Monastir, donde la actual Sousse.

- envió por delante exploradores, que fueron sorprendidos por las avanzadas romanas y conducidos a presencia de Escipión. Éste los confió a un tribuno militar, los invitó a inspeccionarlo todo sin miedo y ordenó que les dieran una vuelta por el campamento, por donde ellos quisieran.
- 3 Después les preguntó si lo habían examinado todo a su gusto y se los reenvió a Aníbal asignándoles una escolta.
- 4 Aníbal no quedó nada contento al oír las noticias que traían, pues contaban, además, que precisamente aquel mismo día había llegado Masinisa con seis mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería. Lo que más le impresionó fue la confianza, evidentemente fundada en sólidos motivos,
- 5 del enemigo. Por eso, a pesar de que él era el responsable de la guerra y además con su llegada había roto la tregua pactada y las esperanzas de un acuerdo de paz, convencido de que si pedía la paz mientras sus fuerzas estaban intactas podría conseguir unas condiciones más ventajosas, envió un mensajero a Escipión para que le concediera la posibilidad de entrevistarse con él. No tengo elementos de juicio para aclarar si lo hizo por propia iniciativa o por decisión
- 6 de su gobierno. Valerio Aciate cuenta que acudió él personalmente con otros diez parlamentarios al campamento de Escipión después de ser vencido por éste en una primera batalla en que habrían muerto diez mil hombres en el campo de combate y caído prisioneros mil setecientos.
- 8 Como quiera que fuese, Escipión no se negó a la entrevista y los dos generales de común acuerdo adelantaron sus campamentos para facilitar un encuentro desde cerca.
- 9 Escipión acampó cerca de la ciudad de Naragara ³⁶⁸, punto estratégico porque había agua a un tiro de dardo, apar-

³⁶⁸ Probablemente, cerca de la frontera actual entre Túnez y Argelia, a unos ochenta kms. al oeste de *Zama Regia*.

te de las demás ventajas. Aníbal ocupó una colina, a cua- 10
tro millas de distancia, segura y ventajosa exceptuando lo
alejada que estaba del agua. A media distancia entre am-
bos se eligió un sitio bien visible desde todas partes para
que no hubiese lugar a una emboscada.

Dejaron los hombres armados a igual distancia y se acer- 30
caron cada uno con un intérprete; eran los generales más
grandes de su tiempo, comparables, además, con cualquier
rey o general de cualquier nación de toda la historia ante-
rior a ellos. Guardaron silencio unos instantes mirándose 2
uno a otro como sobrecogidos de admiración mutua. Des-
pués Aníbal habló el primero: «Si estaba fijado por el des- 3
tino que yo, que inicié la guerra contra el pueblo romano
y que tantas veces tuve la victoria al alcance de la mano,
fuese también el primero en venir a pedir la paz, me alegro
de que seas precisamente tú el señalado por la suerte para
que te la pida. También para ti, entre los muchos títulos 4
de gloria que tienes, no será el menos importante este de
que se haya doblegado ante ti Aníbal, a quien los dioses
concedieron la victoria sobre tantos generales romanos, y
de haber sido tú quien ha puesto fin a esta guerra, más
memorable por vuestras derrotas que por las nuestras.
La suerte ha querido además, por una ironía del destino, 5
que habiendo yo tomado las armas cuando era cónsul tu
padre, y habiendo sido también él el primer general roma-
no con el que me enfrenté con las armas, venga yo a pedir,
inerte, la paz a su hijo. Lo mejor habría sido, sin duda, 6
que los dioses hubieran inculcado a nuestros padres la idea
de darnos por contentos vosotros con el imperio de Italia
y nosotros con el de África. Ni siquiera Sicilia y Cerdeña, 7
en efecto, son para vosotros una compensación suficiente
por la pérdida de tantas flotas, tantos ejércitos, tantos y
tan brillantes generales. Pero es posible censurar lo pasa-

do, mas no lo es cambiarlo. Hemos ambicionado lo ajeno hasta el extremo de tener que combatir por lo nuestro, no limitándose la guerra a Italia para nosotros y a África para vosotros, de forma que vosotros visteis las enseñas y las armas enemigas casi en vuestras puertas y murallas, y nosotros hemos oído desde Cartago los ruidos del campamento romano. Así ocurre lo que nosotros más habríamos detestado y vosotros habríais deseado por encima de todo: que se negocia la paz cuando a vosotros os van mejor las cosas. La negociamos tú y yo, a los que tanto nos va en que la paz se produzca, y que veremos ratificado por nuestros gobiernos cualquier acuerdo al que lleguemos; lo único que hace falta es que nuestra actitud no sea refractaria a planteamientos pacíficos».

«En cuanto a mí, que vuelvo ya viejo a la patria de donde salí de niño, por una parte la edad y por otra los éxitos y fracasos me han enseñado de tal manera que prefiero seguir los dictados de la razón antes que los de la suerte; tengo miedo, en cambio, de tu juventud y tu ininterrumpida buena estrella, dos cosas que suelen inspirar mayor arrogancia de lo que requiere una negociación serena. Aquel a quien siempre sonrió la fortuna difícilmente reflexiona sobre lo incierto de los acontecimientos. Tú eres hoy lo que yo fui en el Trasimeno y en Cannas. A ti, que recibiste el mando supremo cuando apenas tenías edad para servir a las armas, que lo emprendiste todo con la mayor audacia, nunca te falló la suerte. Saliste a vengar la muerte de tu padre y de tu tío, la desgracia de tu familia te sirvió para conseguir una notable reputación de valor y piedad fuera de lo común; reconquistaste las Hispanias perdidas expulsando de allí a cuatro ejércitos cartagineses; una vez elegido cónsul, mientras que los demás apenas tenían redados para defender Italia, tú cruzaste a África y aquí des-

trozaste dos ejércitos, tomaste a la vez e incendiaste a la misma hora dos campamentos, cogiste prisionero al poderosísimo rey Sífax, y tomando tantas ciudades de su reino y tantas de nuestro imperio me obligaste a abandonar la ocupación de Italia, a la que llevaba dieciséis años pegado. Tu corazón puede preferir la victoria a la paz. Sé lo que 15 es un espíritu más ambicioso que práctico: también a mí en otro tiempo me sonrió una suerte así. Pero si también 16 en la prosperidad los dioses nos dieran buen sentido, pensaríamos no sólo en lo que ya ha sucedido sino también en lo que puede suceder. Aunque no pienses en todos los demás, soy un ejemplo suficiente de todas las vicisitudes, yo que no hace mucho empecé mi campamento entre el 17 Anio y vuestra ciudad, y me pudiste ver avanzando sobre Roma y a punto de escalar sus murallas, y ahora me ves aquí, privado de dos hermanos tan valerosos guerreros como brillantes generales, suplicando, delante de las murallas de mi patria casi sitiada, para ahorrarle los mismos terrores que yo causé en vuestra ciudad».

«Cuanto mayores son los éxitos, menos debe uno con- 18 fiarse. En circunstancias favorables para ti e inciertas para nosotros, la paz es un hermoso gesto de generosidad para ti que la concedes, y para nosotros, que la pedimos, más que honrosa es necesaria. Es mejor y más segura una paz 19 cierta que una victoria esperada; la primera depende de ti, la segunda está en manos de los dioses. No deberías arriesgar en una hora tantos años de buena suerte. Piensa 20 no sólo en tus fuerzas, sino en el peso de la fortuna y en la suerte de la guerra, común a unos y a otros; en ambos bandos habrá armas, en ambos habrá hombres; en la guerra es donde menos se corresponden los resultados con las expectativas. La gloria que sumarás, si vences en la 21 batalla, a la que ahora puedes obtener concediendo la paz

no será tanta como la que restarás si te sobreviene algún contratiempo. El albur de una hora puede dar al traste a un tiempo con las glorias ya conseguidas y con las esperadas. Concertando la paz, Publio Cornelio, todo está en tus manos; después, habrá que atenerse a la suerte que los dioses deparen. Marco Atilio, tiempo atrás, habría constituido en esta tierra un raro ejemplo de buena suerte y de valor si después de vencer les hubiese concedido a nuestros padres la paz que pedían; pero al no poner límite a su éxito y no controlar el vuelo de su fortuna, cuanto más alto había subido más humillante fue su caída».

Evidentemente, es privilegio de quien concede la paz y no de quien la solicita el definir los términos de la misma; pero tal vez no seamos indignos de proponer nosotros mismos nuestra sanción. No nos oponemos a que sea vuestro todo aquello por lo que fuimos a la guerra: Sicilia, Cerdeña, Hispania y cualquier isla que esté comprendida en todo el mar entre África e Italia; los cartagineses, confinados dentro del litoral africano, veremos cómo vosotros, puesto que así lo han querido los dioses, extendéis vuestro dominio por tierra y mar incluso sobre naciones extranjeras. No voy a negar que podéis tener vuestras dudas acerca de la credibilidad púnica debido a la forma no demasiado sincera en que recientemente pedimos y estábamos a la espera de la paz. La garantía de que la paz será respetada, Escipión, depende en gran medida de quién es el que la manda. También vuestros senadores, según he oído, negaron la paz debido en buena medida a que nuestra embajada no era un dechado de dignidad. La paz la pido yo, Aníbal, que no la pediría si no la considerase ventajosa, y la respetaré por las mismas razones de utilidad por las cuales la pido. Y lo mismo que hice todo lo posible, hasta que los dioses se pusieron en contra, para que nadie se

arrepintiese de la guerra, ya que era yo quien la había iniciado, también me esforzaré para que nadie se sienta pesados de la paz promovida por mí».

En respuesta a estas palabras, el general romano replicó más o menos en estos términos: «Yo era consciente, Aníbal, de que los cartagineses violaron el compromiso efectivo de la tregua y frustraron las expectativas de paz porque esperaban tu llegada; realmente, ni siquiera tú tratas de disimularlo cuando de las anteriores condiciones para la paz lo suprimes todo salvo lo que ya desde hace tiempo está en nuestro poder. Pero igual que tú te preocupas de que tus compatriotas se den cuenta de la enormidad del peso que se les quita de encima gracias a ti, por mi parte yo tengo que esforzarme por no recompensar ahora su perfidia eliminando alguna de las condiciones con las que entonces estaban formalmente de acuerdo. No merecéis que se os mantengan las mismas condiciones, y pretendéis encima sacar provecho de vuestro engaño. Ni nuestros padres fueron los agresores en la guerra por Sicilia, ni nosotros lo fuimos en la guerra por Hispania; entonces fue el peligro que corrían nuestros aliados mamertinos y ahora fue la destrucción de Sagunto lo que nos vistió con las armas de la lealtad y la justicia. Tú mismo reconoces que vosotros fuisteis los agresores, y son testigos de ello los dioses que dieron a aquella guerra un desenlace acorde con el derecho divino y humano, y también a ésta se lo dan y seguirán dando».

«En lo que a mí concierne, tengo presente la debilidad humana y tengo en cuenta el poder de la suerte, y sé que todo cuanto hacemos está sujeto a mil vicisitudes. Pero, de la misma forma que reconocería haber obrado con arrogancia y prepotencia si antes de mi paso a África hubieses venido personalmente a pedir la paz embarcando tus tro-

pas y retirándote voluntariamente de Italia y yo no te hubiese hecho caso, así, ahora que te he arrastrado a África casi cogiéndote por la mano a pesar de que te mostrabas remiso y oponías resistencia, no me siento obligado a tener ningún miramiento contigo. Por consiguiente, si se añade alguna cláusula a las que entonces parecían constituir la base de un futuro acuerdo de paz, como por ejemplo una indemnización por el ataque llevado a cabo durante la tregua contra el convoy naval y por la violencia llevada a cabo contra los embajadores, tendré algo que presentar al consejo; pero si incluso aquellas condiciones os parecen gravosas, preparaos para la guerra, ya que no pudisteis soportar la paz».

Así, sin concertar la paz, vuelven de la entrevista al lado de los suyos, anunciando que las conversaciones han sido infructuosas, que deben decidir las armas, que hay que atenerse a la suerte que los dioses deparen.

Nada más llegar al campamento, tanto uno como otro ordenaron a sus hombres que preparasen sus armas y se preparasen ellos para el combate decisivo, del que saldrían vencedores no para un día sino para siempre, si la suerte se ponía de su parte. Antes de la noche del día siguiente sabrían si era Roma o Cartago quien dictaría su ley a las naciones, pues el premio de la victoria no iba a ser África o Italia sino el orbe entero; tan grande como el premio era el peligro que amenazaba a quienes tuviesen en contra la suerte de la batalla. En efecto, a los romanos no se les ofrecía ninguna perspectiva de escapatoria en una tierra extranjera y desconocida, y sobre Cartago parecía cernirse una destrucción inmediata una vez agotado el último recurso.

*Batalla de
Zama.
Victoria romana*

Al día siguiente, se disponen para esta confrontación 4 decisiva los dos generales, con mucho, más insignes y los dos ejércitos más valerosos de los dos más poderosos pueblos, que ese día van a poner cima, o a echar por tierra, las muchas glorias hasta entonces conseguidas. Sus ánimos 5 albergaban sentimientos encontrados, alternando la esperanza y el temor; al mirar unas veces hacia sus filas y otras hacia las del enemigo sopesando sus fuerzas más a ojo que con la razón, les asaltaban pensamientos tan pronto alegres como sombríos. Y los que a ellos no se les ocurrían espontáneamente, se los sugerían sus generales con sus advertencias o sus palabras de aliento. El cartaginés les recor- 6 daba las empresas llevadas a cabo en suelo itálico durante dieciséis años y los muchos generales y ejércitos romanos pasados a cuchillo, y si llegaba junto a un soldado distinguido por el recuerdo de algún combate, rememoraba sus particulares actos de valor. Escipión les recordaba las His- 7 panias, las recientes batallas de África, y lo que habían reconocido los propios enemigos, incapaces de renunciar a pedir la paz, por miedo, y de respetarla, por su innata mala fe. Daba además la versión que le parecía de la entre- 8 vista con Aníbal, que podía tergiversar a su gusto por haberse celebrado sin testigos. Aseguraba en tono premonito- 9 rio que, al salir al campo de batalla, los dioses les habían manifestado los mismos auspicios con que sus padres habían combatido junto a las islas Egates. El final de la gue- 10 rra y de los padecimientos era inminente; tenían al alcance de la mano el botín de Cartago y el regreso a casa, a su patria, al lado de sus padres, sus hijos, sus esposas y sus penates. Esto lo decía con el cuerpo bien erguido 11 y con un semblante tan optimista que se diría que ya había vencido.

A continuación formó en primera línea a los *hastati* y detrás a los *principes*, cerrando la formación con los *triarii*.

33 Sin embargo, no alineó las cohortes en formación compacta ante sus respectivas enseñas, sino con los manípulos un tanto distanciados uno de otro de forma que hubiera espacio libre por donde pudieran lanzarse los elefantes enemigos sin deshacer la formación. A Lelio, que anteriormente había prestado servicios como legado y aquel año lo hacía como cuestor extraordinario en virtud de un decreto del senado, lo situó al frente de la caballería itálica en el ala izquierda, y a Masinisa y los númidas en el ala 2 derecha. Los espacios abiertos entre los manípulos de vanguardia los cubrió con vélites, que eran la infantería ligera de entonces, ordenándoles que ante la embestida de los elefantes se replegasen detrás de las filas regulares o bien se separaran corriendo a derecha e izquierda pegándose a los soldados de vanguardia, dejando paso a las bestias para que se lanzaran por entre dos líneas de tiro.

4 Aníbal, para sembrar el pánico, colocó en primera línea a los elefantes, que eran ochenta, más que los que 5 nunca había tenido en ninguna batalla anterior; después, las tropas auxiliares de lígures y galos mezclados con ba- leares y moros. En segunda fila situó a los cartagineses 6 y africanos y la legión de macedonios; luego, dejando un breve espacio, colocó una línea de reserva formada por soldados itálicos, la mayoría de ellos brucios que le habían seguido al abandonar Italia obligados por la necesidad más 7 que de forma espontánea. Él también dispuso la caballería en torno a los flancos, ocupando el derecho los cartagine- 8 ses y el izquierdo los númidas. Siendo tantos hombres cuyas lenguas, costumbres, leyes y armas, indumentaria y aspecto, y motivos para combatir eran diversos, las arengas

eran diferentes. Ante las tropas auxiliares se hacía resaltar 9 la paga al contado más su multiplicación por lo que se obtendría del botín. A los galos se los enardecía avivando su particular odio innato hacia los romanos. A los lígures, que habían bajado de aridísimas montañas, se les ponía ante los ojos las fértiles llanuras de Italia para que aspiraran a la victoria. A los moros y númeridas se los asustaba 10 con la perspectiva de la tiranía sin freno de Masinisa. Ante unos y otros se jugaba con distintas esperanzas y temores. A los cartagineses se les hacía recordar las murallas de la 11 patria, los dioses penates, las tumbas de sus antepasados, los hijos, padres y atemorizadas esposas, y el exterminio y la esclavitud o el dominio del mundo entero, sin término medio entre el temor y la esperanza.

Todavía se estaban dirigiendo en estos términos Aníbal 12 a los cartagineses y los jefes de los distintos pueblos a sus paisanos, en la mayoría de los casos por medio de intérpretes si había mezcla de extranjeros, cuando sonaron las trompetas y cuernos en el campo romano, y se organizó 13 tal alboroto que los elefantes se revolvieron contra los suyos, sobre todo contra los moros y númeridas del ala izquierda. Masinisa lo tuvo fácil para añadir el pánico a la confusión y dejó aquella parte de la formación desprovista del apoyo de la caballería. Sin embargo, algunas de las 14 bestias, lanzadas ciegamente contra el enemigo, causaban tremendos estragos entre las filas de los vélites recibiendo a su vez muchas heridas, pues los vélites se replegaban sal- 15 tando hacia los manípulos mientras abrían paso a los elefantes para que no les aplastasen, y arrojaban después sus lanzas sobre ellos, expuestos a los tiros desde ambos lados; tampoco cesaban los disparos de jabalinas de los soldados de vanguardia, hasta que los elefantes, repelidos de entre 16 las filas romanas por los dardos que caían de todas partes,

hicieron emprender la huida a los propios jinetes cartagineses, en su flanco derecho. Lelio, cuando vio descompuestos a los enemigos, añadió el pánico a su confusión.

- 34 Estaba el ejército cartaginés desguarnecido de su caballería por ambos lados cuando se produjo el choque de la infantería, con moral y fuerzas muy desiguales ya. A esto se añadieron circunstancias que parecen triviales al contarlas pero de gran importancia en el momento de la acción: el grito de guerra de los romanos era uniforme, y por ello más fuerte y más terrible; los gritos de los otros eran discordantes, al tratarse de muchos pueblos de lenguas diferentes; el ataque de los romanos era sólido, presionando sobre el enemigo con su propio peso y el de sus armas; en la otra parte, carreras y agilidad más que fuerza.
- 2 Así pues, a la primera carga, los romanos hicieron retroceder inmediatamente las líneas enemigas. Después, empujando con el hombro y el escudo, avanzando a medida que los obligaban a retroceder, adelantaron bastante terreno,
- 3 no, como si nadie les ofreciera resistencia. Las últimas filas, por su parte, al notar que el frente cedía, empujaron a las primeras, y esto precisamente contribuyó a rechazar al
- 4 enemigo con gran fuerza. Por el bando enemigo, la segunda línea —los africanos y cartagineses— no sólo no frenaba el retroceso de las fuerzas auxiliares sino que, por el contrario, cedía terreno por temor a que el enemigo llegara hasta ellos después de hacer trizas a la primera línea si
- 5 ésta ofrecía una resistencia encarnizada. Consiguientemente, las tropas auxiliares vuelven la espalda de repente, y, dirigiéndose hacia los suyos, unos se refugian en la segunda línea y otros matan a los que no les hacen sitio por
- 6 no haberles ayudado antes y rechazarlos ahora. Era como si en esos momentos se entrecruzaran dos batallas, al verse obligados los cartagineses a combatir contra los enemigos

y contra los suyos al mismo tiempo. Sin embargo, no admitieron entre sus filas a los que eran presa del pánico y de la rabia sino que cerraron la formación y los echaron hacia las alas y el espacio libre circundante, fuera del campo de batalla, a fin de no desorganizar su formación homogénea e intacta con una tropa desmoralizada por la huida y las heridas.

Por otra parte, el espacio que poco antes ocupaban las fuerzas auxiliares estaba tan obstruido por el amontonamiento de cuerpos y armaduras que casi resultaba más difícil pasar por allí que antes por entre las apretadas filas enemigas. Y así los *hastati*, la primera línea, desorganizaron enseñas y filas persiguiendo al enemigo por entre armas y cadáveres hacinados, entre charcos de sangre, cada uno por donde podía. Comenzaban también a oscilar las enseñas de los *principes* al ver delante una formación falta de estabilidad. Cuando se percató de ello Escipión, mandó tocar en seguida retirada a los *hastati*, y una vez retirados a retaguardia los heridos llevó a los *principes* y *triarii* a las alas con el fin de dar mayor seguridad y consistencia al centro del frente, formado por los *hastati*. Se inició así de nuevo y por completo la batalla; se había llegado, en efecto, a los auténticos enemigos, iguales tanto en armamento como en experiencia bélica, tanto por la fama de sus hazañas como por la magnitud de sus esperanzas y peligro. Pero los romanos eran superiores en número y en coraje porque ya habían dado cuenta de la caballería y de los elefantes y ya se enfrentaban a la segunda línea tras batir a la primera.

Lelio y Masinisa persiguieron un buen trecho a la caballería puesta en fuga y regresaron muy a tiempo, cayendo sobre el ejército enemigo por retaguardia. Esta carga de la caballería acabó de desarbolar al enemigo. Muchos fue-

ron rodeados y muertos en el campo de combate; muchos se dispersaron huyendo por la llanura que se extendía a su alrededor y perecieron aquí y allá, pues la caballería lo cubría todo. Murieron aquel día más de veinte mil, entre cartagineses y aliados; cayeron prisioneros casi otros tantos, capturándose ciento treinta y dos enseñas militares y once elefantes. Los vencedores tuvieron unas mil quinientas bajas.

4 Aníbal aprovechó la confusión para escapar con unos cuantos jinetes, huyendo a Adrumeto. Lo había intentado todo previamente a la batalla y durante el desarrollo de la misma antes de abandonar el campo de combate, y, a juicio del propio Escipión y de todos los expertos en temas militares, mereció elogios por la forma en que aquel día organizó el frente de combate con maestría singular: en primera línea los elefantes, con vistas a que su imprevisible embestida y su incontenible fuerza impidieran a los romanos seguir las enseñas y conservar la formación, que eran los factores en que más confiaban; detrás, las tropas auxiliares, delante de la línea de los cartagineses, para evitar que tuviera franca la retirada para huir aquel conglomerado de hombres de todas las razas, a quienes retenía no la lealtad sino el interés, y al mismo tiempo para que cansaran éstos al enemigo recibiendo la furia de su ataque inicial, y, si no otra cosa, consiguieran al menos embotarle las armas con las propias heridas; después, los cartagineses y africanos, que representaban sus mayores esperanzas, para que, siendo iguales a los otros en todos los sentidos, tuviesen la ventaja de combatir frescos contra los que estarían agotados y heridos. A los itálicos, que no estaba muy claro si eran aliados o enemigos, los relegó al final de la formación, dejando incluso un trecho de separación. Aníbal, después de hacer esta que parecía su última demostra-

ción de valor, se refugió en Adrumeto; llamado luego a Cartago, adonde regresó treinta y seis años después de haber salido de allí siendo un niño, reconoció en el senado 11 que había perdido no una batalla sino la guerra, y que la única esperanza de salvación era conseguir la paz.

Inmediatamente después de la batalla, 36
Embajada Escipión asaltó y saqueó el campamento
cartaginesa enemigo, y regresó a la costa, a las na-
ante Escipión. ves, con un enorme botín, después de re- 2
Las condiciones cibir el mensaje de que Publio Léntulo
de paz

había arribado a Útica con cincuenta navíos de guerra y cien de transporte cargados con toda clase de suministros. Considerando, pues, que se debía amenazar desde todos 3 los ángulos a la conmocionada Cartago, envió a Lelio a Roma con la noticia de la victoria, ordenó a Gneo Octavio que marchase sobre Cartago al frente de las legiones por vía terrestre, y él unió su antigua flota con la nueva de Léntulo, salió de Útica y se dirigió al puerto de Cartago. Cuando estaba ya cerca, salió a su encuentro una nave car- 4 taginesa adornada con ínfulas y ramos de olivo. Se trataba de diez personalidades enviadas como parlamentarios a propuesta de Aníbal para pedir la paz. Cuando se acercaron 5 a la popa de la nave pretoria tendiendo las cintas de los suplicantes e invocando y suplicando la protección y la compasión de Escipión, la única respuesta que se les dio fue 6 que se dirigieran a Tinete ³⁶⁹, donde él iría a acampar. Escipión siguió adelante hasta el puerto para examinar la posición de Cartago, no tanto por hacer un reconocimiento presencial como por minar la moral del enemigo; después retornó a Útica, a donde llamó también a Octavio.

³⁶⁹ A diferencia de las anteriores ocasiones en que menciona este topónimo, declinándolo *a la griega*, en este capítulo Livio lo adapta a la declinación latina.

7 Cuando se dirigían de aquí a Tinete les llegó la noticia de que Vermina, el hijo de Sifax, con más tropas de caballería que de infantería acudía en ayuda de los cartagineses. Enviada parte de la infantería y toda la caballería, atacaron a la columna de númidas el primer día de las Saturnales ³⁷⁰, dispersándola en un breve combate. Como además estaban cerradas todas las salidas para huir porque los jinetes lo habían rodeado todo, fueron muertos quince mil hombres y capturados vivos mil doscientos, así como mil quinientos caballos y setenta y dos enseñas militares. El propio reyezuelo escapó en medio de la confusión con unos pocos más. A continuación se emplazó el campamento cerca de Tinete, en el mismo sitio que anteriormente, y desde Cartago vinieron a presentarse a Escipión treinta parlamentarios.

Su comportamiento fue ciertamente mucho más humilde que la vez anterior, pues su situación era más apremiante; sin embargo, y debido al recuerdo de su reciente perfidia, se les escuchó en actitud bastante más inmisericorde.

10 En el consejo militar, una justificada rabia incitaba a todos a destruir Cartago; sin embargo, al echar cuentas de la envergadura de la operación y de lo que se prolongaría en el tiempo el asedio de una ciudad tan bien fortificada y tan poderosa, todos se inclinaron a favor de la paz,

11 pues además Escipión estaba personalmente preocupado ante la perspectiva de que un sucesor viniese a recoger el fruto en sazón de la victoria y la gloria de poner fin a la guerra, gloria debida al esfuerzo y los peligros de otro.

37 Al día siguiente fueron convocados de nuevo los parlamentarios y, después de recriminarlos severamente por su mala fe, instándolos a que, aprendiendo la lección de tan-

³⁷⁰ El 17 de diciembre.

tos desastres, creyesen de una vez en los dioses y en la inviolabilidad de los juramentos, les fueron expuestas las condiciones de paz para que pudieran vivir en libertad bajo sus propias leyes: conservarían las ciudades, territorios 2 y fronteras que tenían antes de la guerra, y los romanos cesarían en sus devastaciones aquel mismo día; devolverían 3 a los romanos todos los desertores, fugitivos y prisioneros, y entregarían todas las naves de guerra a excepción de diez trirremes, y los elefantes que tenían domados, y no domarían más; no harían guerras ni dentro ni fuera de África 4 sin autorización del pueblo romano; devolverían a Masinisa lo que le pertenecía y harían una alianza con él; aportarían trigo y dinero para pagar a las tropas auxiliares hasta que volviesen de Roma los embajadores; abonarían en cincuenta años diez mil talentos de plata repartidos en plazos iguales; entregarían cien rehenes escogidos por Escipión que 6 no tuvieran menos de catorce años ni más de treinta. Y les concedería una tregua a condición de que devolviesen las naves de guerra apresadas durante la tregua anterior y todo lo que contenían; en caso contrario, no habría ni tregua ni la menor esperanza de paz.

Se invitó a los parlamentarios a que fuesen a Cartago 7 a dar cuenta de estas condiciones, y las expusieran ante la asamblea; cuando Gisgón se adelantó para desaconsejar la paz y se mostró de acuerdo con él aquella multitud tan incapaz de estarse tranquila como de hacer la guerra, Aníbal, indignado de que en unas circunstancias como aqué- 8 llas se dijese cosas semejantes y se les prestase oídos, agarró a Gisgón con la mano y lo sacó a la fuerza de la tribuna. Este gesto, insólito en una sociedad civil libre, provocó murmullos de protesta entre el pueblo, y el hombre de armas, desconcertado ante aquella libertad de la ciudad, dijo: «Salí 9 de entre vosotros a los nueve años, y he vuelto después de

no la dejarían marchar antes de poner en conocimiento del general romano quiénes eran y qué habían venido a pedir. Con los embajadores cartagineses fueron enviados a Roma 4 Lucio Veturio Filón, Marco Marcio Rala, y Lucio Escipión, hermano del general. Por aquellos días llegaron de 5 Sicilia contingentes de alimentos que provocaron una baja tal en los precios, que los comerciantes dejaban el grano a los marinos como pago del transporte.

En Roma había cundido la alarma ante las primeras 6 noticias de que los cartagineses habían reiniciado la guerra, y se habían dado órdenes a Tiberio Claudio de marchar a toda prisa al frente de una flota a Sicilia, y de cruzar desde allí a África, y el otro cónsul, Marco Servilio, recibió órdenes de permanecer cerca de la ciudad hasta que se supiese cuál era la situación en África. El cónsul Tiberio 7 Claudio no se daba ninguna prisa en alistar la flota y hacerse a la mar porque los senadores habían decidido que prevaleciese el criterio de Escipión más que el del cónsul a la hora de determinar las condiciones de la paz. También 8 habían causado alarma las noticias de algunos prodigios llegadas a la vez que las de la reanudación de la guerra. En Cumas se había visto disminuir de tamaño el disco solar y había llovido piedra, y en territorio de Vélitras ³⁷² la tierra se había abierto en enormes socavones, tragando árboles en sus profundidades; en Aricia el foro y las tien- 9 das circundantes y en Frusinón una puerta y algunos puntos de la muralla habían sido alcanzados por el rayo. También en el Palatino había llovido piedra; este prodigio fue expiado con un novenario de ceremonias religiosas según la costumbre de los antepasados, y los demás con víctimas mayores. Aparte de esto hubo una crecida insólita en el 10

³⁷² Velletri. Cf. VIII 3, 9.

nivel de las aguas, a la que se atribuyó un significado religioso, pues el Tíber creció tanto que se inundó el Circo y hubo que organizar los Juegos Apolinales fuera de la
11 puerta Colina, junto al templo de Venus Ericina ³⁷³. Sin embargo, el día mismo de los juegos, al serenarse el tiempo de pronto, dieron la vuelta al cortejo, que iniciaba su marcha hacia la puerta Colina, conduciéndolo al Circo, cuando se hizo saber que se habían retirado de allí las aguas.
12 El retorno de este tradicional espectáculo a su sede habitual intensificó la alegría popular y la asistencia a los juegos.
39 Al fin salió de Roma el cónsul Claudio, pero entre los puertos de Cosa ³⁷⁴ y Loreta ³⁷⁵ lo sorprendió una violentísima borrasca que le hizo pasar un susto tremendo.
2 Desde allí se dirigió a Populonio ³⁷⁶, donde se detuvo a esperar a que se calmara la tempestad; pasó luego a la isla de Elba, de Elba a Córcega, y de Córcega a Cerdeña. Aquí, cuando pasaba a la altura de los Montes Insanos ³⁷⁷, se desató una borrasca aún más violenta y en una zona
3 más peligrosa, y dispersó la flota. Muchas naves resultaron malparadas y perdieron los aparejos, y algunas naufragaron. La flota, así maltrecha, puso rumbo a Cárales. Allí los sorprendió el invierno mientras carenaban las naves, que habían sido sacadas a tierra, y como transcurrió el año sin que el mando le fuese prorrogado, Tiberio Claudio condujo la flota a Roma como un particular. Marco Servilio nombró dictador a Gayo Servilio Gémino para no tener que volver a Roma con motivo de las elecciones, y partió hacia su provincia. El dictador nombró jefe de la

³⁷³ Ver XXII 9, 10. El templo no fue construido hasta el año 181 a. C.

³⁷⁴ Cerca de la actual Orbetello. Cf. XXII 11, 6.

³⁷⁵ Desconocido. ¿En la bahía de Talamone?

³⁷⁶ Véase la nota 259.

³⁷⁷ En la costa oriental de Cerdeña.

caballería a Publio Elio Peto. El mal tiempo impidió la 5 celebración de los comicios, convocados varias veces. Por eso, como los antiguos magistrados dejaron sus cargos la víspera de los idus de marzo y no se había elegido a los nuevos que habrían de sustituirles, el Estado se encontraba sin magistrados curules.

Aquel año falleció el pontífice Tito Manlio Torcuato; 6 para reemplazarlo fue elegido Gayo Sulpicio Galba. Los ediles curules Lucio Licinio Lúculo y Quinto Fulvio reini- 7 ciaron por completo tres veces los Juegos Romanos. Unos secretarios y subalternos de los ediles, acusados por un denunciante de haber sustraído subrepticamente dinero del tesoro público, fueron condenados, no sin desdoro del edil Lúculo. Publio Elio Tuberón y Lucio Letorio, ediles ple- 8 beyos en cuyo nombramiento se incurrió en alguna irregularidad, dimitieron de sus cargos después de haber celebrado los juegos y el banquete a Júpiter con motivo de los mismos, y después de haber erigido en el Capitolio tres estatuas financiadas con el dinero de las multas. Los Juegos de Ceres los celebraron el dictador y el jefe de la caballería en virtud de un decreto del senado.

<i>Embajadas.</i> <i>Elecciones.</i> <i>Asignación de</i> <i>provincias</i> <i>y mandos</i>	<p>Procedentes de África llegaron a Roma 40 al mismo tiempo los embajadores romanos y los cartagineses, y se reunió el senado en el templo de Belona. Allí, Lucio 2 Veturio Filón, con enorme alegría por parte de los senadores, contó que se había librado batalla contra Aníbal, la última para los cartagineses, y que por fin se había puesto punto final a aquella luctuosa guerra; añadió que también se le había dado la batalla definitiva 3 a Vermina, el hijo de Sífax, detalle que había que sumar a una bien llevada campaña. A continuación se le pidió</p>
---	---

que se presentara ante la asamblea del pueblo para hacerlo
4 participe de tanta alegría. Después se abrieron todos los
templos de la ciudad para las acciones de gracias y se decretaron tres días de rogativas. A los embajadores cartagineses y a los de Filipo —pues también éstos habían llegado—, que pedían se les concediera audiencia ante el senado, les contestó el dictador, siguiendo instrucciones de los senadores, que la audiencia les sería concedida por los nuevos cónsules.

5 A continuación se celebraron los comicios. Fueron elegidos cónsules ³⁷⁸ Gneo Cornelio Léntulo y Publio Elio Peto, y pretores Marco Junio Peno, al que correspondió la jurisdicción urbana, Marco Valerio Faltón, a quien tocó en suerte el Brucio, Marco Fabio Buteón, a quien tocó Cerdeña, y Publio Elio Tuberón, al que correspondió Sicilia.
6 En cuanto a las provincias de los cónsules, no se quería tomar ninguna decisión antes de haber oído a los embajadores del rey Filipo y de los cartagineses; los ánimos barruntaban el final de una guerra y el principio de otra.

7 El cónsul Gneo Léntulo ansiaba a toda costa la provincia de África, aspirando a la gloria de una victoria fácil si la guerra continuaba, o, en caso de que se acabase, a la gloria de que finalizase durante su consulado una guerra tan importante. Afirmaba, por ello, que no consentiría que se tratase ninguna cuestión antes de que le fuese asignada la provincia de África, con lo cual estaba de acuerdo su
8 colega, un hombre moderado y prudente que comprendía que aquella pugna por la gloria con Escipión iba a ser desigual, aparte de ser injusta. Los tribunos de la plebe Quinto
9 Minucio Termo y Manio Acilio Glabrión sostenían que

³⁷⁸ Para el año 201.

Gneo Cornelio intentaba lo mismo que había intentado en vano el cónsul Tiberio Claudio el año anterior, cuando por 10 decisión del senado se había preguntado al pueblo a quién designaba para el mando supremo en África, y todas las tribus, las treinta y cinco, se lo habían asignado con su voto a Publio Escipión. Después de tratar la cuestión en nume- 11 rosos debates en el senado y ante el pueblo, se acabó por dejar la decisión en manos del senado. Los senadores, pues, 12 tras prestar juramento, ya que así había sido acordado, decretaron que los cónsules se repartieran de mutuo acuerdo las provincias, o bien echaran a suertes cuál de ellos se haría cargo de Italia y cuál de la flota de cincuenta navíos; el que se hiciese cargo de la flota zarparía para Sici- 13 lia, y si no se podía llegar a un arreglo de paz con los cartagineses, seguiría a África; el cónsul dirigiría las operaciones por mar, y Escipión por tierra con el mismo alto mando que hasta entonces. Si se llegaba a un acuerdo en 14 cuanto a las condiciones de paz, los tribunos de la plebe preguntarían al pueblo si quería que fuese el cónsul o Publio Escipión quien la ratificase, y quién de los dos traería de vuelta de África el ejército en caso de que hubiese que traerlo; si el pueblo disponía que fuese Publio Escipión 15 quien ratificara la paz y trajera el ejército, entonces el cónsul no pasaría de Sicilia a África. El otro cónsul, al que 16 habría correspondido Italia, recibiría del pretor Marco Sextio sus dos legiones.

El mando de Publio Escipión en la provincia de África 41 fue prorrogado con los ejércitos que ya tenía. En cuanto a los pretores, a Marco Valerio Faltón le fueron asignadas en el Brucio las dos legiones que había mandado Gayo Livio el año anterior. Publio Elio recibiría de Gneo Tre- 2 melio sus dos legiones en Sicilia; a Marco Fabio le fue asignada, para Cerdeña, la legión que había tenido bajo

3 sus órdenes el propretor Publio Léntulo. Al cónsul del año anterior, Marco Servilio, le fue prorrogado el mando en
4 Etruria, con sus dos legiones otra vez. Por lo que se refiere a las Hispanias, Lucio Cornelio Léntulo y Lucio Manlio Acidino llevaban ya allí varios años ³⁷⁹; los cónsules hablarían con los tribunos para que éstos preguntasen al pueblo, si les parecía bien, a quién quería que se le confiriese
5 el mando para Hispania, y el designado sacaría de los dos ejércitos y reuniría en una sola legión a los soldados romanos, formaría quince cohortes con los aliados latinos, y con estas tropas gobernaría la provincia; Lucio Cornelio
6 y Lucio Manlio conducirían a Italia a los veteranos. Se le asignó al cónsul una flota de cincuenta navíos procedentes de dos flotas, la de Gneo Octavio, que se encontraba en África, y la de Publio Vilio, que protegía las costas
7 de Sicilia, eligiendo el cónsul las naves que quisiera. Publio Escipión conservaría las cuarenta naves de guerra que ya tenía, y si quería que el mando de las mismas lo siguiera teniendo Gneo Octavio como antes, se le prorrogaría a éste el mando por un año en calidad de propretor;
8 en caso de que le diese el mando a Lelio, Octavio regresaría a Roma trayendo las naves que el cónsul no utilizase. Se le asignaron también a Marco Fabio diez naves de guerra para Cerdeña. Y los cónsules recibieron instrucciones de reclutar dos legiones urbanas, de modo que aquel año se aseguró la defensa de la república con catorce legiones y cien navíos de guerra.

³⁷⁹ Desde el 206.

*Audiencia
en el senado
a las embajadas
de Filipo
y de Cartago.
Conclusión de
la paz
en África*

Se trató luego acerca de los embajado- 42
res de Filipo y de los cartagineses, y se 2
decidió oír primero a los macedonios. Su
discurso tuvo varias facetas. Por una par-
te, se defendieron de las acusaciones de
los diputados enviados por Roma al rey
a propósito de las devastaciones de los
territorios de sus aliados; por otra parte,
acusaban a su vez abiertamente a los aliados del pueblo
romano, y con especial virulencia a Marco Aurelio, uno 3
de los tres diputados enviados a su país, que se había qued-
ado allí y, después de hacer un reclutamiento, los había
hostigado con ataques violando los pactos e incluso se ha-
bía enfrentado varias veces en batalla regular con sus gene-
rales. Por último, pedían que les fueran devueltos con su 4
jefe Sópatro los macedonios que habían combatido como
mercenarios al lado de Aníbal y en ese momento estaban
en la cárcel prisioneros. En réplica a estas afirmaciones, 5
Marco Furio, enviado por Aurelio desde Macedonia preci-
samente con ese propósito, declaró que Aurelio se había
quedado allí para evitar que los aliados del pueblo roma-
no, hartos de devastaciones, coacciones y desmanes, se pa-
sasen al rey; que Aurelio no había salido de las fronteras
de los aliados; que se había ocupado de que los saqueado- 6
res no penetrasen impunemente en el territorio de los alia-
dos; que Sópatro era uno de los altos dignatarios y parien-
te del rey, que había sido enviado hacia poco a África en
ayuda de Aníbal y los cartagineses con cuatro mil macedo-
nios y con dinero. Interrogados acerca de estos extremos, 7
los macedonios respondieron con evasivas y recibieron una
dura respuesta: el rey andaba buscando la guerra, y, de
seguir así, la iba encontrar muy pronto; había cometido 8
una doble violación del acuerdo porque había perpetrado

desmanes contra unos aliados del pueblo romano hostigándolos con agresiones armadas y porque había colaborado con el enemigo con tropas y dinero. Se estimaba, además, que Publio Escipión había actuado y estaba actuando correcta y regularmente al tratar como enemigos, manteniéndolos en prisión, a quienes habían sido cogidos llevando armas contra el pueblo romano, y que Marco Aurelio obra-
ba en interés de la república, y el senado le estaba reconocido por ello, al defender con las armas a los aliados del pueblo romano ya que con el derecho de los acuerdos no le era posible.

Después de despedir a los macedonios con esta dura respuesta, se llamó a los embajadores cartagineses. Nada más ver su edad y su categoría —pues eran, con mucho, los ciudadanos más destacados—, todos se decían que esta vez iban en serio las negociaciones de paz. Destacaba, no obstante, entre los demás, Asdrúbal, conocido entre sus paisanos con el sobrenombre de Hedo³⁸⁰, permanente partidario de la paz y contrario a la facción de los Barca. Por eso gozó entonces de mayor autoridad a la hora de responsabilizar de la guerra no al Estado sino a unos cuantos ambiciosos. Utilizó en su discurso diferentes registros, excusando algunas imputaciones, admitiendo otras para no hacer más difícil el perdón si negaba descaradamente hechos evidentes, y en otros casos recomendando incluso a los padres conscriptos que hicieran uso de su buena fortuna con mesura y comedimiento: si los cartagineses les hubieran escuchado a él y a Hannón y hubieran sabido aprovechar las circunstancias favorables, habrían propuesto las condiciones de paz que ahora demandaban; rara vez se daban simultáneamente en los hombres la buena suerte y el

³⁸⁰ En latín *Haedus* significa 'Cabrito'.

buen sentido; pero el pueblo romano era invicto precisa- 16
mente porque no había olvidado la sensatez y la reflexión
cuando le iban bien las cosas, y lo extraño habría sido,
por Hércules, que se comportase de otro modo; aquellos 17
a quienes sonríe la fortuna por primera vez, deliran, debi-
do a la falta de costumbre, incapaces de controlar su eufo-
ria; pero para el pueblo romano el placer de la victoria
era algo habitual y poco menos que banal ya, y había en-
grandecido su imperio casi más a base de ser clemente con
los vencidos que de vencer. El discurso de los demás buscó 18
en mayor medida la compasión, haciendo hincapié en la
antigua grandeza de Cartago y lo bajo que había caído: no
les quedaban más que las murallas de Cartago a los que
poco antes dominaban con sus armas el mundo entero; en- 19
cerrados en ellas, no veían ni en el mar ni en la tierra
nada que estuviera sometido a su dominio; incluso la propia
ciudad y los penates los conservarían sólo en el caso de que
el pueblo romano no quisiera descargar sus iras sobre ellos
también, con lo cual nada les quedaría. Cuando parecía 20
claro que los senadores se inclinaban por la clemencia, cuen-
tan que uno de éstos, irritado por la mala fe de los cartagi-
neses, preguntó a voces en nombre de qué dioses suscribi- 21
rían el tratado después de haber burlado a aquellos en cu-
yo nombre habían suscrito el anterior. «En el nombre de
los mismos» —replicó Asdrúbal—, «ya que tan hostiles
se muestran contra los que violan los tratados».

Cuando el sentir de todos era favorable a la paz, el 43
cónsul Gneo Léntulo, que tenía la flota a su cargo, puso
el veto al senadoconsulto. Entonces los tribunos de la ple- 2
be Manio Acilio y Quinto Minucio preguntaron al pueblo
si quería y mandaba al senado que decretase que se hiciera
la paz con los cartagineses, y a quién designaba para ratifi-
car dicha paz y para reportar de África al ejército. Todas 3

- las tribus votaron afirmativamente a la cuestión sobre la paz, y que fuese Publio Escipión quien la formalizase y también quien trajese de vuelta al ejército. De acuerdo con esta decisión, el senado decretó que Publio Escipión, oído el parecer de diez comisarios, estipulase la paz con el pueblo cartaginés en las condiciones que considerase oportunas. Luego, los cartagineses dieron las gracias a los senadores y pidieron autorización para entrar en la ciudad y entrevistarse con sus compatriotas que habían sido hechos prisioneros y estaban en las cárceles públicas, pues entre ellos había algunos hombres nobles allegados y amigos suyos, y otros para los que traían encargos de sus parientes. Conseguido esto, hicieron una nueva petición: que se les permitiera rescatar a los prisioneros que quisieran; se les pidió que dieran nombres, dieron cerca de doscientos, y el senado aprobó un decreto disponiendo que los delegados romanos llevasen a África, a Publio Escipión, doscientos prisioneros elegidos por los cartagineses, y le dijese que si se llegaba a un acuerdo de paz los devolviese a los cartagineses sin exigir rescate. Se dio orden a los feciales de trasladarse a África para formalizar el tratado, y entonces, a petición suya, se aprobó un senadoconsulto en los siguientes términos: Cada uno llevaría consigo una piedra de sílice y un ramo sagrado, y cuando el jefe romano les ordenase formalizar el tratado, le pedirían a él las hierbas sagradas. Lo habitual era entregar esta clase de hierbas a los feciales tomándolas del Capitolio.
- De esta forma fueron despedidos de Roma los cartagineses; llegaron a África a presencia de Escipión, y se concluyó la paz en las condiciones ya mencionadas. Entregaron las naves de guerra, los elefantes, los desertores y fugitivos, y cuatro mil prisioneros, entre los que se encontraba el senador Quinto Terencio Culeón. Escipión mandó llevar

las naves a alta mar y prenderles fuego; eran, según algunos, quinientas naves de remo de todas clases, y la inesperada visión del incendio fue tan penosa para los cartagineses como si estuviera ardiendo la propia Cartago. Con los desertores se tomaron medidas más duras que con los esclavos fugitivos: los que eran ciudadanos latinos fueron decapitados, y los romanos, crucificados.

Hacia cuarenta años que se había firmado la última paz con los cartagineses, durante el consulado de Quinto Lutacio y Aulo Manlio. La guerra iniciada veintitrés años más tarde, durante el consulado de Publio Cornelio y Tiberio Sempronio³⁸¹, finalizó al cabo de diecisiete años, en el consulado de Gneo Cornelio y Publio Elio. Cuentan que después Escipión comentó más de una vez que primero la ambición de Tiberio Claudio y luego la de Gneo Cornelio habían impedido que la guerra tuviese como conclusión la destrucción de Cartago.

Cuentan que mientras a los cartagineses les parecía difícil la primera aportación económica, arruinados como estaban por una guerra tan larga, y en el senado reinaba el llanto y el abatimiento, se vio reír a Aníbal. Asdrúbal Heido le echó en cara su risa en medio del llanto general siendo precisamente él el causante de las lágrimas, y entonces replicó: «Si se pudiera ver por dentro el estado de ánimo igual que se ve con los ojos la expresión del rostro, veríais perfectamente y sin dificultad que esta risa que me recrimináis es la expresión de un corazón que no está alegre sino que casi se ha vuelto loco a fuerza de desventuras, y que en cualquier caso no es tan intempestiva como esas absurdas y extemporáneas lágrimas vuestras. Cuando había que

³⁸¹ Año 218 a. C.

- llorar era cuando nos quitaron las armas, nos quemaron las naves, y nos prohibieron la guerra con otros pueblos, pues ésa fue la herida que dio con nosotros en tierra. Y no hay razón para pensar que los romanos se han preocupado por vuestra paz doméstica. Ningún Estado grande puede permanecer tranquilo mucho tiempo; si no tiene enemigos fuera, los encuentra en casa, como las naturalezas especialmente vigorosas, que parecen inmunes a los influjos externos pero se rinden bajo el peso de su propia fuerza. Curiosamente, somos sensibles a las calamidades públicas en la medida en que repercuten en nuestros intereses particulares, y en cuanto a éstos, nada nos escuece más que el perder dinero. Por eso, mientras se le arrancaban los despojos de guerra a Cartago, derrotada, nadie se quejó a pesar de ver cómo quedaba ahora desasistida, inermey despojada en medio de tantos pueblos armados de África. Ahora que es preciso pagar el tributo con dinero privado, lloráis a coro como si fueran los funerales del país. ¡Mucho me temo que bien pronto os deis cuenta de que hoy habéis derramado lágrimas por un problema sin la menor importancia!». Así les habló Aníbal a los cartagineses.
- Escipión convocó la asamblea y recompensó a Masinisa añadiendo al reino paterno la ciudad de Cirta y otras ciudades y territorios del reino de Sifax que habían pasado a poder del pueblo romano. Ordenó a Gneo Octavio que llevara la flota a Sicilia y se la entregara al cónsul Gneo Cornelio, y a los embajadores cartagineses que partieran para Roma con el objeto de que la autoridad del senado y el mandato del pueblo ratificasen lo que él había hecho de acuerdo con el parecer de los diez delegados.
- Una vez asegurada la paz por tierra y por mar, embarcó las tropas y se trasladó a Lilibeo, en Sicilia. Desde allí mandó en barco una gran parte de las tropas y él llegó

a Roma atravesando una Italia exultante por la paz tanto como por la victoria: las ciudades se vaciaban para rendirle honores, y los campesinos en masa flanqueaban los caminos; entró en la ciudad en el desfile triunfal más famoso de los celebrados. Llevó al tesoro público ciento veintitrés 3 mil libras de plata. Del botín sacó para repartir a cada soldado cuatrocientos ases. La muerte sustrajo a Sifax a 4 la curiosidad del público, más que a la gloria del triunfador; en efecto, había muerto no hacía mucho en Tíbur, adonde había sido trasladado desde Alba. Sin embargo, su muerte no pasó desapercibida, pues se le tributaron honras fúnebres con carácter oficial. Según Polibio, historia- 5 dor que merece ser tenido muy en cuenta, este rey participó en el desfile triunfal. Detrás de Escipión triunfante iba, con la cabeza cubierta con el pilleo, Quinto Terencio Culeón, que durante el resto de su vida honró como correspondía al autor de su liberación. No tengo información 6 contrastada acerca de si el sobrenombre de «Africano» comenzó a popularizarlo el entusiasmo de la tropa o el fervor popular, o si tuvo su origen en la adulación de su círculo de amigos igual que el de «Afortunado» en el caso de Sila, y «Grande» en el de Pompeyo, en tiempos de nuestros padres. Lo cierto es que este general fue el primero 7 en ser honrado con el nombre del pueblo que él venció. Después, siguiendo este precedente, otros, cuyas victorias en modo alguno se podían comparar a las suyas, labraron las ilustres inscripciones de sus retratos y los brillantes sobrenombres de sus familias.

SEGUNDA GUERRA PÚNICA*

APÉNDICE HISTÓRICO-GEOGRÁFICO

LOS SUCEOS DE LA PENÍNSULA IBÉRICA Y EL ORIGEN DE LA GUERRA

1. *Las conquistas de los Bárquidas*

Después de haber cedido Cerdeña a los romanos (241) y de haberse mantenido en lucha, durante más de tres años, con los mercenarios y libios sublevados en el norte de África, a los que finalmente derrotó Amílcar Barca en el 238, el gobierno cartaginés encargó a este mismo general que se dirigiera, con una parte del ejército, al único territorio accesible que podía ser colonizado y explotado sin interferencias directas de los romanos: la Península Ibérica. En el 237 Amílcar cruzó el Estrecho y desembarcó en Gades con los efectivos puestos a su disposición (en su mayoría, tropas mercenarias).

Contamos sólo con noticias fragmentarias y no demasiado elocuentes sobre los avances y desarrollo de las campañas efectuadas por Amílcar desde su llegada a España hasta la fecha de su muerte (229/228), por lo que se hace extremadamente complejo diferenciar los fines y objetivos políticos, diplomáticos y económicos, de los estrictamente militares. Cartago tenía ya en época prebárquida, en Ibiza y en la costa meridional de la Península,

* Agradezco a mi discípulo D. Julián Espada su valiosa ayuda en la confección material de los croquis y mapas que figuran en este Apéndice.

una presencia comercial notable, que había sufrido sin embargo los avatares de la competencia griega y la influencia de las recesiones económicas de la metrópoli, durante el siglo iv y la primera mitad del iii; pero no cabe duda de que, por medio de esas factorías y pequeños emplazamientos, así como por las noticias recogidas en Gades, había conseguido procurarse una información favorable a sus apetencias de expansión hacia las zonas fértiles del Sur y de consecución del mayor número posible de recursos. Amílcar parece haber puesto en práctica, durante los nueve años que estuvo en tierras hispanas, dos grandes planes. El primero de ellos tenía por objeto dominar los ricos y feraces valles del curso medio e inferior del Guadalquivir y de la Andalucía occidental (campiñas de Sevilla y Córdoba), así como las llanuras del Genil. Gades constituyó el punto de partida de todas estas operaciones, realizadas seguramente en los primeros años, mediante las que derrotó a iberos, turdetanos y celtas; de este modo, el general cartaginés ocupó las mejores explotaciones agrícolas del *hinterland* de las antiguas factorías fenicias y fue incorporando sucesivamente a su ejército importantes contingentes de tropas indígenas ¹, que afianzaron la seguridad de las siguientes campañas. Amílcar abrió aquellos territorios a los intereses púnicos y convirtió a sus habitantes en súbditos sumisos de Cartago.

El segundo proyecto culminado por Amílcar consistió en trazar una ruta de comunicación que, por la altiplanicie de Cástulo y el curso superior del Guadalquivir, enlazando desde ahí con el Segura, juntase Andalucía con el Mediterráneo. El dominio de esta nueva zona, comprendida entre las fuentes del Guadalquivir y el río Segura, garantizaba la posesión directa de las minas de metales situadas en las estribaciones de la Andalucía oriental y el control de los caminos hasta los embarcaderos más próximos. La fundación de *Akra Leuke* (*Castrum Album*) ² está indu-

¹ Como hizo con los tres mil celtas que habían pertenecido al ejército de Istolacio (Diod., XXV 10, 1).

² Sobre el emplazamiento de esta población nada puede afirmarse con seguridad; son débiles, sin duda, los argumentos de orden toponímico

dablemente ligada a esta etapa de su política hispana, y proporcionó a los cartagineses una base operativa desde donde apoyar su soberanía en el sureste. Poco tiempo después, durante el asedio a la ciudad de *Helike* —sobre cuyo emplazamiento también se duda si estuvo junto a la costa o en el interior—, Amílcar cayó combatiendo contra los oretanos mientras organizaba la retirada que permitió salvarse a su hijo Aníbal y a otros oficiales. Con Amílcar perdió Cartago a un experimentado comandante, que mereció las alabanzas de Catón el Viejo (PLUT., *Cat.* 8, 14), y a un tenaz defensor de la expansión occidental cartaginesa, principal protagonista del renacimiento púnico después de la pérdida de Cerdeña.

Pero su obra fue perfectamente rematada por Asdrúbal, yerno de Amílcar, que había actuado previamente como jefe de la marina y comandante de la caballería nómada. Con las fuerzas recibidas, que alcanzaban la suma de 50.000 soldados de infantería, 6.000 jinetes y doscientos elefantes (DION., XXV 12; cf. APPIANO, *Ib.* 6), Asdrúbal derrotó a los oretanos y pacificó el resto del territorio más cercano a la ribera del Mediterráneo; para ello, Asdrúbal recurrió a menudo al establecimiento de acuerdos con los iberos, sin que faltaran incluso las alianzas de tipo matrimonial. Pero su principal aportación a la política de expansión cartaginesa consiste, evidentemente, en la fundación de *Carthago Nova*, ciudad que de inmediato adquirió el rango de capital del dominio báquida en la Península. La elección de Cartagena era óptima por numerosas razones: concentraba en sus alrededores varios recursos de primera importancia (plata, pesquerías, esparto); disponía de un puerto eficaz y muy seguro, tanto para el comercio como para la flota militar; estaba, además, mejor comunicado con las Baleares y Cartago que las ciudades del sur de Andalucía o la propia Gades; suministraba, por último, una buena salida al mineral explotado en Sierra Morena (Cástulo)

en favor de Alicante, por lo que se ha conjeturado una localización meridional, en las cercanías de Cástulo o en el territorio mastieno al sur de Cartagena.

y Sierra Almagrera. Y así, con el uso restringido de los efectivos de guerra, mediante el despliegue de una prudente actividad diplomática y el levantamiento de las estructuras económicas precisas para rentabilizar su estrategia en España, Asdrúbal completó y consolidó la concepción de Amílcar de ganar una nueva unidad territorial, desde el corazón de Andalucía al Mediterráneo, que asegura productos de toda especie, percepción de tributos y soldados.

2. *Los acuerdos romano-cartagineses y el Tratado del Ebro*

La consecución de tantos éxitos en la Península, y las noticias que llegaron a Roma —seguramente a través de comerciantes griegos e iberos, pasando por Massalia— sobre las verdaderas intenciones y el esfuerzo bélico desarrollado por los cartagineses, inquietaron al Senado romano, que juzgó oportuno enviar una embajada para informarse directamente de cuanto sucedía (DIÓN CASSIO, XII, fr. 48). Esta delegación senatorial se reunió con Amílcar en el 231, después de la fundación de *Akra Leuke*, y quedó, al parecer, satisfecha con las explicaciones recibidas. Si las autoridades romanas temían, simplemente, que los cartagineses avansasen demasiado hacia el norte (poniendo en peligro los intereses de sus aliados de Marsella y pudiendo concertarse, eventualmente, con los iberos, lígures y galos), o que fueran capaces de crear en Hispania un estado de corte «helenístico», debieron comprobar que las palabras de Amílcar resultaban convincentes: los cartagineses habían detenido su avance no sólo a considerable distancia de los Alpes y de los Pirineos, sino incluso del Ebro, y esas comarcas meridionales ahora ocupadas procuraban también beneficios a los mismos romanos, pues permitían a Cartago pagar las indemnizaciones de guerra debidas a Roma en virtud de los tratados de Lutacio, del 241, y del abandono de Cerdeña, del 237³. Lo cierto es que la desconfianza inicial del Senado se mitigará, por el momento.

³ El primero de ellos obligó a Cartago a indemnizar a Roma con 3.200 talentos, mil a entregar de inmediato y el resto a plazos durante

Sin embargo, Roma seguía con interés los progresos de los Bárquidas y estudiaba la forma de acoplarlos a su estrategia global. De ahí que entre el otoño del 226 y la primavera del 225 enviara una nueva embajada con poderes para negociar, en unas fechas en que preveía ya la inminente invasión de los galos. Llegados a la Península, los delegados romanos cerraron un acuerdo con Asdrúbal —es un misterio por qué no se dirigieron a Cartago, a no ser que imaginemos que previamente se hizo y que el gobierno cartaginés resolvió también delegar en Asdrúbal, como conocedor exacto de las piezas que componían el nuevo dominio púnico—, el llamado Tratado de Asdrúbal o Tratado del Ebro, cuya trascendencia radica en que fue alegado, por ambas partes, para justificar su posición en el caso de Sagunto y las subsiguientes operaciones. Por desgracia, sobre su contenido exacto y cláusulas concretas estamos parcialmente informados, puesto que sólo conocemos aquellas que fueron esgrimidas a raíz del estallido de la guerra; e incluso cabe la posibilidad de que el convenio no fuera sino un complemento, para regular lo sucedido en Hispania, al Tratado de Lutacio del 241. Con seguridad, lo que Asdrúbal firmó fue una ratificación de los propósitos de paz y de amistad que, formalmente, regían las relaciones entre los dos grandes estados, y la fijación de una línea de demarcación para el dominio cartaginés (tal como ya se había hecho en el Tratado romano-cartaginés del año 348), que quedó establecida en el río Ebro.

Todo lo demás son conjeturas, difícilmente demostrables: tal vez Asdrúbal se había comprometido a respetar la autonomía y libertad mercantil de las poblaciones griegas; tal vez las generosas concesiones romanas de que habla POLIBIO (II 13, 6) consistieran

diez años; el segundo fijó la cifra de 1.200 talentos; *vid.* F. J. FERNÁNDEZ NIETO, «Zur Problematik der Kriegskostenentschädigung in der Alten Welt (mit besonderer Berücksichtigung der griechischen Verhältnisse)», en *Symposion 1985. Vorträge zur griechischen und hellenistischen Rechtsgeschichte (Akten der Gesellschaft für Griechische und Hellenistische Rechtsgeschichte, t. VI)*, Colonia-Viena, 1989, págs. 383 s.

en reconocer la hegemonía púnica sobre lo ya conquistado y autorizar las futuras expediciones hacia la Meseta, es decir, consentir una eventual ampliación del dominio en dirección a Occidente; y probablemente, como señala POLIBIO (II 13, 7), fuera de la delimitación del Ebro no existía ninguna otra prescripción sobre el resto de España. El tratado aportaba, en cualquier caso, una serie de innegables ventajas para unos y otros, que no deben quedar enmascaradas por el hecho de que la tradición antigua nos ofrezca una perspectiva del mismo muy condicionada por las acusaciones mutuas de ruptura. El acuerdo fue cerrado, conviene recordarlo, a instancias de los romanos, lo que suponía para Cartago la aceptación por parte de su rival de las nuevas propiedades y el sancionamiento jurídico de su soberanía; por este acto diplomático compensaba con creces los territorios perdidos en los últimos tratados con Roma. Significaba además para Asdrúbal la posibilidad de fortalecer las formas de explotación impuestas y engrandecer *Carthago Nova*, contando con la libertad de extenderse hacia el Ebro y en otras direcciones (como, efectivamente, realizará Aníbal). Para los romanos, a su vez, el pacto favorecía la estabilidad política y militar en esta zona del Mediterráneo y les permitía liberarse de la preocupación de una alianza entre cartagineses y galos, pues se garantizaba la neutralidad púnica y se creaba una zona de defensa entre la Península y los celtas de Italia. Desde el punto de vista económico, también podía ser considerado un triunfo diplomático, ya que se obtenía la confirmación del pago de los plazos pendientes en las indemnizaciones impuestas anteriormente a Cartago y se protegían los intereses de Masalia, aliada de Roma, en todos los puertos al norte del Ebro (cuya libertad comercial convenía asimismo a los mercaderes púnicos).

Pero esto, con ser verosímil, no debe ocultarnos que el Tratado, como la mayoría de los pactos antiguos, encerraba una serie de imperfecciones por omisión o ambigüedades de interpretación. No parece que se aplicara recíprocamente a los romanos la necesidad de atenerse a unos límites, y menos aún que se les prohibiese establecer convenios de alianza o de amistad con las poblacio-

nes autónomas de la Península. Y las circunstancias pudieron llegar a ser más complejas si el Tratado de Asdrúbal era sólo un complemento del de Lutacio, lo que supondría una mayor holgura para Roma a la hora de diseñar su estrategia política exterior y adaptarla a las nuevas realidades. Lo que nos conduce de lleno al problema de la declaración de la guerra, argumentada en el ataque a Sagunto.

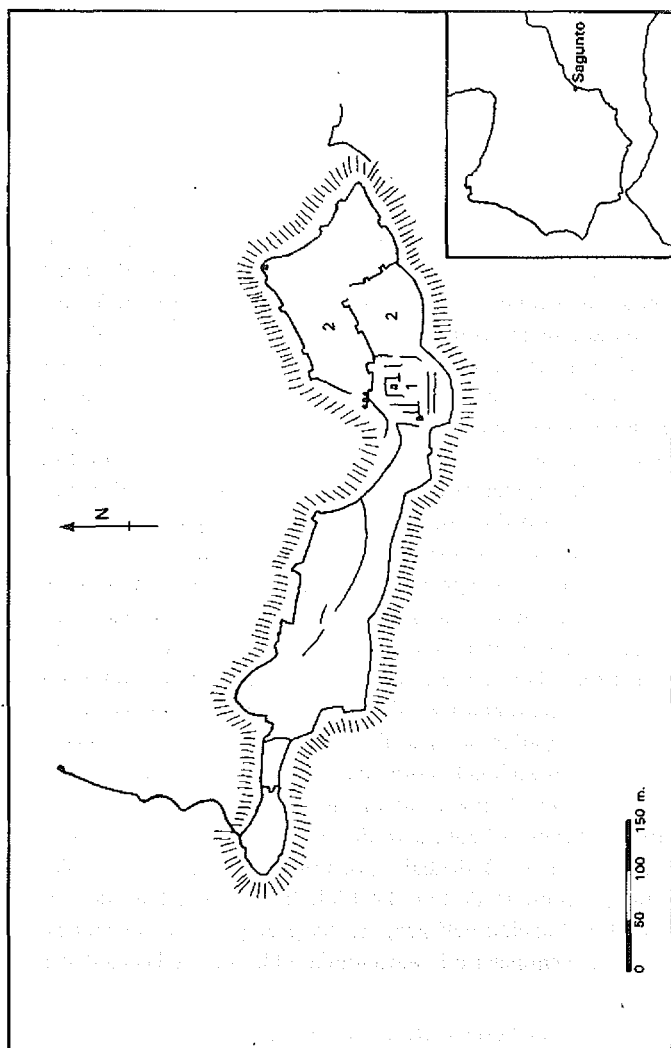
3. *La campaña de Aníbal contra Sagunto y el comienzo del conflicto*

Muerto inesperadamente Asdrúbal, asesinado por un ibero, en el 221, el ejército eligió para sucederle a Aníbal, el hijo de Amílcar, quien fue confirmado como general en jefe por el Consejo y el pueblo de Cartago. El joven comandante continuó con la táctica de reforzar su hegemonía entre turdetanos e iberos mediante pactos con los dinastas locales (optó incluso, como Asdrúbal, por casarse con una indígena de familia real), aunque simultáneamente se dispuso a emprender algunas operaciones militares de bastante entidad —lo que contrasta con la pasividad de los últimos años de Asdrúbal—, tal vez para no desaprovechar la oportunidad, consagrada en el Tratado del Ebro, de conquistar otros dominios en la España central. A tales efectos, su posición era excelente: gracias a la previsión de sus antecesores en el mando, contaba con guarniciones en las principales organizaciones urbanas del Sur, disponía de numerosas tropas indígenas y poseía reservas suficientes de metales y de excedentes agrícolas para financiar las campañas y abastecer al ejército. Esta gran capacidad de organización, que Aníbal muestra desde el principio en la Península, es una de las claves para explicar las futuras empresas del debelador de Italia.

En el mismo año en que se encarga del mando, Aníbal combatió contra los ólcades, uno de los pueblos asentados en el alto Guadiana, tomó al asalto su capital y obtuvo la sumisión de todas sus gentes; luego regresó a Cartagena para invernar. En el 220 reemprendió la lucha, esta vez contra los vacceos de la meseta

occidental, y se apoderó de *Helmantica* y *Arbucala*, obteniendo cuantioso botín por medio del pillaje de los territorios cercanos al antiguo Camino de la Plata; exploró después una parte de la Carpetania y logró abrirse paso entre el enemigo, para cruzar el Tajo, frustrando los intentos de dañar al ejército púnico. En el invierno del 220/219 estableció de nuevo sus cuarteles en *Carthago Nova*. Si la noticia sobre la embajada romana que fue a verle a Cartagena es histórica, resulta muy significativo que aquélla sólo se preocupara de la suerte de Sagunto, sin haber expresado ninguna queja acerca de las expediciones recién efectuadas por Aníbal, que no violaban los acuerdos firmados.

Las fuentes antiguas reconocen unánimemente que Aníbal preparaba ahora, después de la aventura en la Meseta, la conquista de Sagunto. Y éste es el punto central sobre el que la historiografía romana cargó las tintas, para atribuir la responsabilidad moral de la guerra a los cartagineses. Sagunto era una potente ciudad ibérica, a medio camino entre Cartagena y el Ebro, que mantenía una política externa autónoma y estaba regida por magistraturas propias, un senado de notables y una asamblea popular. La historia sobre el origen griego de esta urbe y la participación entre sus fundadores de los itálicos de Árdea es puramente legendaria, fingida quizá por masaliotas y romanos, sobre la base de las similitudes de los nombres oficiales *Arse / Saguntum* con los de *Ardea / Zakynthos*, para dotar de legítimas razones a las versiones que, después de la guerra, idearon contra Aníbal. La ciudad sostenía, parece ser, algunas relaciones con Roma, fechables en torno al 226, relaciones anudadas después del Tratado del Ebro porque la protección romana se presumía como la mejor defensa frente al peligro del avance cartaginés hacia la desembocadura del Ebro (un tramo del litoral, de Cartagena a Dertosa, en el que abundaron las pequeñas factorías fenicio-púnicas, según muestran los hallazgos arqueológicos; era lógico imaginar que Cartago acabaría tomando posesión de aquella franja). Sin embargo, existía en Sagunto otro bando contrario a esa solución e inclinado a negociar con los púnicos, formado sobre todo por las clases populares. Y si los primeros habían llegado a recurrir a Roma



Sagunto:

Acrópolis con la actual disposición de las murallas

1. (¿y 2.?) Probable emplazamiento del primitivo núcleo y ciudad ibérica, tomada por Aníbal.

para que mediara en las disputas internas entre los dos partidos ⁴, la respuesta del grupo popular había consistido en solicitar a Aníbal su intervención, cosa que el general cartaginés se dispuso a realizar en la primavera del 219.

Los intentos diplomáticos de Roma para disuadir a Aníbal de tales propósitos resultaron baldíos, pues ninguna de las embajadas que, presumiblemente, dialogaron con los cartagineses antes y después del asedio de Sagunto ⁵ logró apartar a Aníbal de lo que estaba en su derecho a hacer. Éste es, en efecto, el núcleo del debate que ocupó ya apasionadamente a la historiografía antigua: ¿permitían los convenios vigentes entre Cartago y Roma la operación llevada a cabo por Aníbal, o suponía ésta un quebrantamiento de las cláusulas estipuladas? Ciertamente, todas las explicaciones apuntadas desde la misma Antigüedad hasta nuestros días para despejar sin rodeos esa incógnita tropiezan con un serio obstáculo, cual es la fragmentariedad y parcialidad, cuando no abierta confusión, de las fuentes escritas, que no son contemporáneas de los sucesos que narran, sino que los toman de autores anteriores, ni representan una visión compensada desde el momento en que contamos con la perspectiva romana, pero nos faltan los datos contenidos en las obras de los escritores griegos que acompañaron a Aníbal; todas ellas se perdieron y no fueron, como recordaba Cicerón, suficientemente aprovechadas. Los motivos alegados por los historiadores romanos para hacer recaer la responsabilidad moral de la guerra, por violación de los pactos, sobre Cartago, fueron de varia especie: unos argumentan que Sagunto había entrado en la *fides* de Roma mucho antes del Tratado de Asdrúbal y por tanto se hallaba, como aliado formal, a cubierto de toda hostilidad; otros señalan que, como ciudad de filiación helénica, estaría protegida por un supuesto artículo que enunciaría la autonomía y libertad de las ciudades

⁴ Así lo asegura POLIBIO, III 15, 7; 30, 2.

⁵ Frente al resto de la tradición, POLIBIO (III 15) es la única fuente que defiende que la primera embajada fue anterior al asedio y habló con Aníbal en sus cuarteles de invierno.

griegas de la Península; y otro sector, en fin, no tiene reparo en asegurar que el ataque era ilegal porque la ciudad de Sagunto se levantaba ¡más allá del Ebro! ⁶.

Pura retórica. Si los romanos poseyeron un lazo jurídico con Sagunto desde antes del Tratado, mediante la autorización a la expansión hegemónica púnica habían renunciado manifiestamente al mismo; y si la alianza se cerró con posterioridad, representaba una interferencia inadmisible que podía ser denunciada por Cartago. La sugerencia sobre el origen griego de los saguntinos carece también, como antes dijimos, de entidad, y para ofrecer verosimilitud sería necesario, desde luego, que los acuerdos en vigor hubieran declarado una neutralidad/inmunidad para las viejas colonias griegas de esta parte del Mediterráneo, cuestión que ignoramos por completo. La excusa del Ebro, por último, no pudo ser tomada en serio más que por los más ingenuos patriotas romanos, no obstante los valedores modernos que ha tenido en quienes conjeturan que el río *Iber/Hiberus* que acotaba la zona de movimientos de Asdrúbal y sus hombres fue tal vez una de las corrientes fluviales ubicadas al sur de Sagunto ⁷. Todos los indicios razonables abogan, por el contrario, en favor de la tesis cartaginesa: Sagunto estaba dentro del territorio otorgado a la expansión de la soberanía púnica, y no era ninguno de los aliados romanos amparados por el Tratado de Lutacio del 241 —si éste constituía la pieza maestra para regir el convenio con Asdrúbal— ni una ciudad griega, sino ibérica. Cartago no tenía, además, por qué reconocer alianzas romanas posteriores al Tratado del Ebro con ciudades dentro de su zona de influencia, y menos aún cuando Sagunto estaba causando problemas a una tribu cercana que había reconocido ya la autoridad púnica (POLIB., III 15, 8; APIAN., *Ib.* 10; LIV., XXI 6, 1).

⁶ LIVIO, XXI 7, 2; APIAN., *Ib.* 7.

⁷ Una correcta interpretación de POLIBIO, III 30, 2-3, muestra que el debate se centró indudablemente en torno al Ebro y que no hace falta postular que el nombre perteneció a otro río: cf. C. NICOLET, *Roma y la conquista del mundo mediterráneo, 264-27 a. de J. C.* 2/ *La génesis de un imperio*, Barcelona, 1984, pág. 486.

La forma de examinar el problema del desencadenamiento del conflicto como un debate en torno a la legalidad, tal como lo presentan las fuentes escritas, no debe ocultarnos, sin embargo, que el enfrentamiento obedeció ante todo a una necesidad de afianzar las respectivas hegemonías. Ni Aníbal ni Cartago ignoraban que la toma de Sagunto podía derivar en un *casus belli*, pero ceder en este punto habría producido penosas consecuencias, la principal de las cuales hubiera sido la intervención constante de Roma en la Península para frenar un auge no controlado del dominio púnico. Las ventajas, en cambio, eran numerosas: los romanos tenían que atender a las amenazas surgidas en Iliria y Grecia (Demetrio de Faro y la alianza conformada por Antígono Dosón), por lo que era presumible que olvidaran su repentino interés por Sagunto; de seguir adelante con el plan, todos los iberos comprenderían que no cabía esperar apoyo especial de Roma y admitirían su integración en la provincia cartaginesa de los Bárquidas. Y si el Senado romano mantenía inflexible la postura de considerar rotos los tratados y abrir hostilidades, de efectuarse la operación contra Sagunto, dejaría bien patente que no lo hacía por defender la equidad, sino para impedir a los cartagineses que consolidaran un pequeño imperio al que no reputaba tan inocuo como en vida de Asdrúbal. En cualquier caso, Cartago no perdía demasiado en la prueba: desvelaba la actitud política de Roma respecto a su resurgimiento, tras la pérdida de Cerdeña, en occidente, y elegía el momento que a ellos convenía, no a los romanos, para completar las conquistas hasta el Ebro; ahora disponían de un ejército cuantioso y aguerrido, al que cada día se sumaban más indígenas, y podían sostener perfectamente sus acciones con recursos fijos.

La realidad es que durante la primavera del 219 Aníbal avanzó contra Sagunto. La ciudad,alzada sobre una mediana colina cerca de la costa, no estaba mal fortificada; pero ni sus muros ni la defensa a ultranza de sus habitantes bastaron para impedir, ocho meses después de establecido el cerco, que los soldados cartagineses se adueñaran de la plaza. Aníbal obró con firmeza e inteligencia durante la campaña. Adaptándose a las incomodida-

des del cerro, dosificó la utilización de las tropas de asalto, y es probable que destinara otras partes del ejército a operaciones distintas en todo el territorio. Los saguntinos resistieron al máximo, pues creían posible la llegada de auxilios remitidos por Roma, y aunque Aníbal se mostró dispuesto a ofrecer aceptables condiciones en caso de rendición —respetaría la vida de los asediados y les permitiría vivir libremente en otro asentamiento, no fortificado⁸—, la población saguntina prefirió llevar su desesperanza hasta la muerte. La tradición romana magnificó sin duda el dramatismo de este episodio, elevándolo a paradigma de la lealtad heroica, ya que no sólo se prestaba a destacar la «barbarie inhumana» de los púnicos, sino que indirectamente prestigia a Roma, capaz de aglutinar a aliados tan fieles y decididos; pero lo cierto es que algunos saguntinos sobrevivieron, tanto del bando filorromano como de la facción procartaginesa, y que Aníbal no destruyó la ciudad, que ofrecía ciertas ventajas operativas desde el punto de vista militar. Durante todo el tiempo que se consumió en el asedio, Roma no dio señales de vida.

Ocupada Sagunto, Aníbal distribuye a sus hombres para pasar el invierno. Entre tanto, la noticia de este nuevo triunfo cartaginés había llegado a Roma en el mes de marzo del 218; después de un encendido debate en el Senado, en el que predominó la opinión favorable a la guerra si las autoridades púnicas no satisfacían, salió una delegación de cinco embajadores (los dos cónsules del 219, M. Livio Salinátor y L. Emilio Paulo, Q. Bebio, M. Fabio Buteón y G. Licinio) hacia Cartago para transmitir la resolución conminatoria del gobierno romano. Pero ni sus palabras ni sus argumentos sobre la injusticia del ataque a Sagunto, como tampoco su interpretación de los términos del Tratado de Asdrúbal, hicieron rectificar al Consejo cartaginés, que se aferraba a la evidencia de que en ninguno de los acuerdos

⁸ LIVIO, XXI 12-13; propuso también otras condiciones, de menor entidad: *vid.* F. J. FERNÁNDEZ NIETO, «La fórmula $\delta\upsilon\omicron$ $\mu\acute{\alpha}\tau\iota\alpha$ / *bina vestimenta* y el pasaje de Livio sobre la rendición de Sagunto (XXI 13, 7)», en *Homenaje al Prof. J. M.^a Blázquez*, IV/1 (en prensa).

anteriores figuraba Sagunto como aliado de Roma: no estaba en la relación incluida en el Tratado de Lutacio del 241, y era obvio que para nada se había mencionado a esta ciudad en el convenio de regulación del abandono de Cerdeña, del 237, ni en el Tratado del Ebro. Finalmente, cuando Fabio urgió a los senadores de Cartago para que aceptaran o rechazaran la queja presentada, manteniendo así la paz o desatando la guerra, su respuesta fue que esa elección no les correspondía a ellos, sino a los propios romanos. La guerra quedaba irremisiblemente sellada.

LAS FUERZAS EN PRESENCIA Y LA EXPEDICIÓN A ITALIA

A la vista de la ambiciosa estrategia ofensiva practicada por los generales cartagineses en la Península y de los contactos establecidos con algunas poblaciones galas, los romanos podían sospechar que Aníbal trataría de incrementar y fortalecer su posición hegemónica hasta el límite de los territorios ibéricos en el sur de la Galia. El otro frente que podría abrir Cartago estaría en el norte de África, desde donde tradicionalmente la nación púnica había lanzado sus efectivos contra Sicilia y algunas otras islas. Las tropas de tierra cartaginesas eran tal vez superiores en número, pero la variedad étnica de sus contingentes disminuía quizá su eficacia; Roma poseía, desde luego, el dominio del mar.

Bajo estos cálculos realizó el Senado romano sus planes de campaña, de momento menos orientados a intervenir en la lejana Península Ibérica —poco conocida para Roma, que dependía de las informaciones de su aliada Masalia, y en la que no sabían si contarían con buenas bases navales— que a vigilar la Italia septentrional y hostigar, desde Sicilia, la capital del imperio cartaginés. El cónsul Publio Cornelio Escipión recibió un ejército de 22.000 soldados de infantería (dos legiones romanas y 14.000 aliados) y 2.200 soldados de caballería (seiscientos de ellos ciudadanos), junto con sesenta naves, ancladas en Pisa, para salir en expedición a la Galia meridional; el otro cónsul, Sempronio Lon-

go, se hizo cargo de una flota de 160 embarcaciones con que transportar a un ejército consular desde Lilibeo, en donde se ultimaban los preparativos, a África.

Cuando en Cartago los embajadores romanos comparecieron ante el Consejo, Aníbal ya había tomado posiciones para invadir las regiones al norte del Ebro (mayo del 218). En poco tiempo, sometió a varias tribus ibéricas asentadas en el camino interior hacia el Pirineo (ilergetes, jacetanos, ausetanos), con lo que procuró una franja de protección para el dominio bárquida meridional, asegurando el camino para una eventual retirada hacia España y dificultando a los romanos la instalación operativa si algún día pretendían cruzar el Ebro. Antes, sin embargo, de aventurarse hacia la Galia, Aníbal había distribuido compensadamente todas las piezas tácticas: en África permanecieron cerca de 20.000 hombres —más de dos mil iberos entre ellos—, que podían desplazarse en defensa de Cartago o del territorio e incluso, de ser preciso, pasar a la Península. En la provincia bárquida erigida desde Gades a Cataluña dejó una guarnición de 15.000 soldados de tierra, la mayoría de origen africano, junto con 21 elefantes; este cuerpo de ejército estaba complementado con una escuadra de 57 naves, tripulada por cerca de 12.000 hombres. Se trataba, sin duda, de la parte esencial en la concepción anibálica de este conflicto, pues eran fuerzas ya experimentadas fácilmente trasladables, por su ubicación equidistante, a los escenarios de la guerra que los reclamasen (África o Galia). El tercer contingente de reserva, menor que los anteriores, tenía su cuartel en la región comprendida entre los Pirineos y el Ebro: aquí había destinado Aníbal diez mil infantes y mil jinetes, puestos a las órdenes de Hannón.

A finales de julio de ese año, Aníbal se decide a franquear la barrera que cierra el acceso septentrional de la Península; lleva consigo un ejército que ronda los 50.000 soldados de infantería y nueve mil de caballería, según las noticias más fiables (POLIB., III 35, 7), a los que acompañaban treinta y siete elefantes (APIAN., *Hann.* 4). Atravesó el Pirineo por uno de los pasos interiores, evitando acercarse a la zona frecuentada por los griegos de Am-

purias, y a través del Rosellón se encaminó hacia el Ródano, a donde llegó en pleno agosto. Durante ese lapso, Roma había sufrido algunos contratiempos en la propia Italia, que obligarían a improvisar nuevas medidas. El Senado había acelerado la fundación de dos colonias latinas en *Placentia* (Piacenza) y Cremona, junto al Po (junio del 218), pero no contaban con la sublevación de los boyos e ínsubres, que impidieron la división de los campos y sitiaron *Mutina* (Módena), donde estaban refugiados los triúmviros encargados de la asignación de las tierras. La gravedad de la situación aconsejó enviar, sucesivamente, a las dos legiones alistadas para el cónsul Escipión: la primera, conducida por el pretor Lucio Manlio, sufrió importantes pérdidas y no logró auxiliar a los mutinenses; poco después la segunda, bajo el mando del pretor Gayo Atilio, rompió por fin el cerco y ahuyentó al enemigo, protegiendo el asentamiento de los colonos. A raíz de tales incidentes, Publio Cornelio Escipión tuvo que alistar urgentemente dos nuevas legiones y las condujo por mar desde Pisa hasta la desembocadura del Ródano.

Justo a tiempo para que un destacamento de caballería formado por romanos y celtas, enviados como exploradores a remontar el río, tropiece con los númidas de Aníbal cuando el ejército cartaginés iniciaba el paso del Ródano. La dura evidencia se impone: la expedición que en junio atravesó el Ebro no se encontraba, como se imaginaban, combatiendo a los iberos transpirenaicos, sino más allá de la línea que Escipión esperaba defender. A marchas forzadas, las legiones se dirigen hacia el interior, por la orilla izquierda, para cerrar el tránsito al enemigo; mas cuando alcanzan su campamento, hace ya tres días que los púnicos han abandonado la región. Efectivamente, Aníbal obligó a la infantería a salvar el obstáculo y, siguiendo la margen izquierda, a adentrarse en el país, mientras él mismo permanecía junto al río con la caballería para supervisar la operación técnica del pontón que permitió cruzar a los elefantes; completada ésta, alcanzó a la columna principal de sus tropas. El juego comenzaba a descubrirse: el general cartaginés se proponía entablar los combates en Italia, apoyándose en todas las tribus que quisieran se-



Ciudades de Italia y Sicilia en la Segunda Guerra Púnica

cundarle ⁹, y rehuía cualquier enfrentamiento previo; por eso renunciaba a seguir, más pegado a la costa, la antigua ruta heraclea, que por el valle del Durance le habría llevado a salvar los Alpes Marítimos por uno de los pasos más meridionales, el del monte Genève.

Publio Escipión traza en seguida su plan, que consiste en enviar a su hermano Gneo a España con las dos legiones y regresar él a Pisa. Las tropas llegan a Ampurias —que como todos los griegos del ámbito masaliota estaba al lado de Roma— por mar, con la misión de atacar a las reservas cartaginesas intactas confiadas a Hannón y a Asdrúbal (el hermano de Aníbal) en el imperio peninsular de los Bárquidas, objetivo que dificultaría el despacho de nuevos efectivos hacia Italia. Desde Pisa, el cónsul advierte al Senado de la situación y acude a las colonias del Po para tomar el mando de las legiones que sofocaron la insurrección de boyos e insubres. Pero también desde Roma se adoptaron medidas de prudencia, pues los hombres de que disponía Escipión tal vez no bastarían para frenar la amenaza; considerando que era delicado reclutar nuevas legiones y extremar la contribución de los aliados, se optó por anular la expedición al África, que en septiembre aún no había partido, y ordenar al cónsul Sempronio Longo que se trasladara cuanto antes a la Galia Cisalpina ¹⁰. Así pues, el plan de Aníbal había conseguido paralizar el ataque contra el territorio cartaginés y obligaba a los romanos a reorganizar sus acciones; a su vez, la idea de Escipión no es

⁹ Aníbal debía poseer informes sobre la acogida que podían dispensarle, como enemigo de Roma, en todo el sur de Francia y norte de Italia, y estaba seguro de conseguir aliados, según indica POLIBIO (III 34), en la Galia Cisalpina, cuyos habitantes llevaban años combatiendo a los romanos.

¹⁰ Sempronio había instalado su base de operaciones en Lilibeo, puerto de la costa occidental de Sicilia arrebatado poco antes a los púnicos. Desde aquí se había apoderado de la isla de Malta y capturó a la totalidad de la guarnición cartaginesa. Cuando llegó la orden del Senado, el cónsul seguía incrementando los preparativos para una posible campaña africana.

sino el revés de esta misma moneda, ya que la presencia militar permanente de efectivos romanos en la Península trajo como efecto la inmovilización de los estrategos púnicos sobre sus demarcaciones y la interferencia en las alianzas con los jefes indígenas, que con frecuencia aprovecharon la receptividad de los romanos para abandonar a las fuerzas cartaginesas y entregar todo su apoyo a los recién llegados.

Pero la marcha de Aníbal seguía su curso; acompañado por los alóbroges de la Galia, toma el camino del Isère, descendiendo por el Drac, hasta alcanzar los Alpes. El pasaje de esta barrera natural planteó, como es bien sabido, el problema más serio a resolver desde que cruzaron el Ebro; si primero fue una tribu local la que le dificultó con sus hostilidades el camino para coronar las alturas, acto seguido la nieve haría impracticable acceder a los pasos escogidos, por lo que Aníbal tiene que rectificar varias veces hasta conseguir que sus hombres, la caballería y los elefantes alcancen penosamente, por un collado del macizo entre los Alpes Grayos y los Cotianos (seguramente el Col du Clapier, al sur del monte Cenís), la llanura italiana cerca de Susa; es el comienzo del otoño del 218. Y aun cuando la historiografía posterior acentuara demasiado este episodio, que se prestaba fácilmente al colorido de la aventura, es indudable que el éxito y velocidad de la expedición, surgida como por ensalmo en la cabecera del valle cisalpino y a un paso de reunirse con los belicosos galos, causó un tremendo impacto en quienes sabían apreciar el vigor intrínseco de las hazañas con riesgo.

Los taurinos serán los primeros en comprobar la firmeza de los propósitos cartagineses; después de haber rechazado la amistad y alianza ofrecidas por Aníbal, en pocas horas pierden *Taurasia* (Turín), su capital, y todos los prisioneros serían ajusticiados. La lección fue aprendida por otros pueblos padanos, que nada debían a los altivos romanos. Aníbal conservaba más de 25.000 hombres y 21 elefantes, y había calculado, seguramente, incrementar sus fuerzas con aliados galos e itálicos. El escenario del conflicto se alza ya, de improviso, en medio de la Galia Cisalpina.

ANÍBAL EN ITALIA: LAS GRANDES VICTORIAS PÚNICAS
Y SUS CONSECUENCIAS (218-216)

Al conocer Escipión la noticia de que su contrincante pisaba ya, mucho antes de lo previsto, el suelo del norte de Italia, salió desde su campamento en las inmediaciones de Piacenza, atravesando el Po, para examinar el potencial cartaginés y estorbar la probable conjunción de Aníbal con los insubres antes de que llegaran las otras dos legiones. Por medio de un puente de barcas, pasó el Ticino y a menos de dos días de marcha esperaron al enemigo, que había establecido el campamento algo más allá del Sesia. Ambos generales tuvieron aquí su primer encuentro, en la región de Lomello, que se saldó negativamente para Publio. En efecto, la infantería ligera romana y la caballería céltica, que formaban la vanguardia de Escipión, no resistieron el choque con los jinetes iberos y, dispersadas, se replegaron a espaldas de su general; pero tampoco las tropas selectas de la caballería pesada mantuvieron durante mucho tiempo el asalto y pronto se vieron sorprendidas a retaguardia por los jinetes númidas, que habían penetrado por las alas y rodearon la formación enemiga. Ante la superioridad manifestada por los adversarios, que estaba poniendo en fuga a buen número de hombres, Escipión, herido él mismo, inició la retirada; después de haber cruzado el Ticino ordenó la destrucción del puente de barcas, y marchó a defender Piacenza.

La batalla del Ticino dejaba en manos de Aníbal la región situada al otro lado del Po, situación agravada por el hecho de que la victoria púnica había levantado el ánimo de los galos: los insubros volvieron a declararse en armas contra Roma, y en los días siguientes al encuentro dos mil infantes y más de 150 jinetes galos se pasaron de las filas romanas a las de Aníbal. El cónsul no tuvo más remedio que continuar retrocediendo, sin preocuparse ya de impedir la unión del enemigo con los boyos, y situó su campamento a la derecha del Trebia. La expedición cartaginesa estaba al otro lado del Po, e incluso había invitado una vez a los romanos a luchar en campo abierto; su dominio es notorio,

y hasta el comandante de la pequeña guarnición de *Clastidium* (Casteggio), un latino llamado Dasio, había entregado el fuerte (destinado a depósito de provisiones) a los hombres de Aníbal.

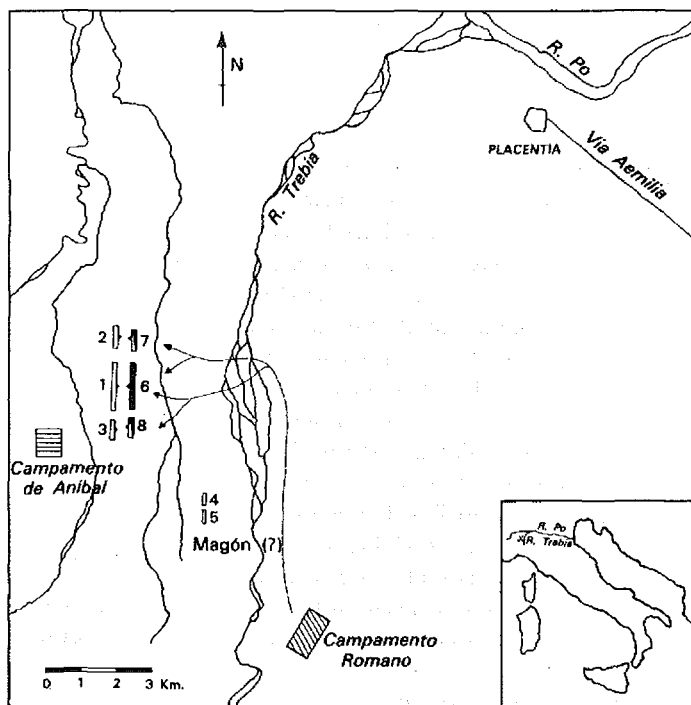
1. Batalla del Trebia

Al recibir el mandato del Senado, Sempronio agrupó a sus dos legiones en Mesina y licenció a los soldados, haciéndoles prestar el juramento de comparecer a los cuarenta días en *Ariminum* (Rimini). Desde allí se dirigieron con la mayor urgencia hasta Piacenza, para sumarse, algo al sur de la colonia, al campamento de Escipión. Los dos cónsules tenían a sus órdenes cuatro legiones, con un total de unos 40.000 combatientes de a pie, entre legionarios y aliados, y cuatro mil jinetes. Aníbal acampaba en la otra parte del río, con la protección del monte, y no había efectuado ningún movimiento para impedir que Sempronio se juntara con su colega en el consulado; confiaba quizá en que los romanos, después de haber reunido ese ejército, cederían a la tentación de exponerlo en zonas amplias y ventajosas para su caballería —sin olvidar la contribución de los elefantes— y le permitirían obtener un triunfo importantísimo para ganar la Galla Cisalpina. Más difícil podría haber resultado si hubiera tenido como único oponente a Escipión, que ya había probado la versatilidad militar del Bárquida; el otro cónsul, en cambio, parecía deseoso de medir aquí también sus fuerzas, tras los éxitos navales en aguas de Sicilia, frente a unos bárbaros a quienes superaban en número.

La batalla fue provocada con habilidad por Aníbal; intuyendo la inclinación del enemigo a aceptar el desafío, apostó durante la noche a Magón en una quebrada con dos mil hombres (mil de a caballo) y envió a los jinetes númidas al otro lado del Trebia como señuelo, para excitar a los romanos. Sempronio aceptó el envite e hizo salir por delante, persiguiendo a los númidas, a su caballería y a seis mil soldados armados a la ligera, y cuando los jinetes africanos atravesaban el Trebia, de regreso a sus líneas, él mismo condujo al resto de las legiones a vadear el río y a entablar insensatamente una pelea con el Trebia a la espalda

y sin la presencia de Escipión, postrado en su tienda a causa de la herida recibida en el aprieto del Ticino.

Aníbal dispuso a su ejército en orden de batalla, para recibir a los romanos, en una planicie cercana a su campamento; situó



Batalla del río Trebia (218 a. C.)

Disposición de las tropas contendientes:

- a) 1. Infantería cartaginesa. 2. y 3. Tropas auxiliares.
- 4. y 5. Destacamentos púnicos ocultos.
- b) 6. Infantería romana. 7. y 8. Tropas auxiliares.

en el centro a la infantería pesada (veinte mil hombres, hispanos, galos, celtas y africanos) y en las alas a la caballería (más de diez mil jinetes) y los elefantes. Mientras las dos formaciones centrales trababan combate, la caballería cartaginesa deshacía sin

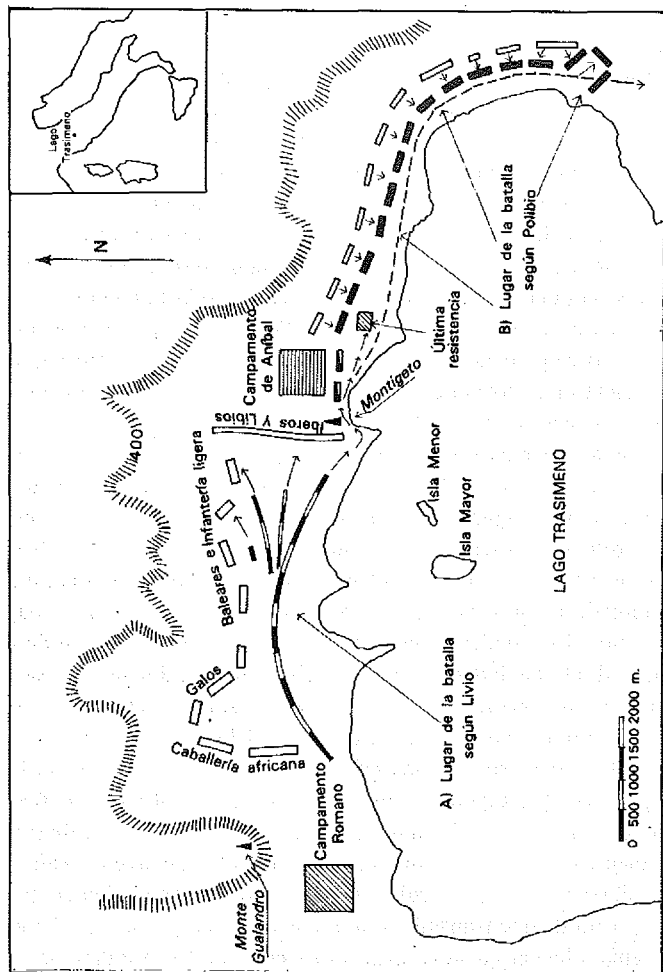
problemas a la romana, acosándola hasta el Trebia; el propio cónsul conducía desde el centro a sus legionarios, que presionaban duramente al grueso de la infantería púnica. Pero la debilidad romana empezó a manifestarse por los flancos, que, después de contemplar la huida de los *equites*, sufrían la carga simultánea del destacamento emboscado de Magón, la infantería ligera africana y los poderosos elefantes; las dos alas acabaron cediendo y sus hombres fueron atrapados cuando escapaban en desorden hacia el Trebia, convertido en una trampa para los romanos: muchos de ellos perecieron, calados por el aguanieve, en la fría y crecida corriente del río. Sempronio no quiso arriesgarse a ser cogido en medio, sin ninguna protección contra la caballería nómada, prácticamente intacta; por ello resolvió abandonar a su suerte al resto de las tropas y ponerse a salvo con los diez mil soldados asignados al grupo de choque. Todos ellos lograron atravesar el Trebia y refugiarse en Piacenza; los demás supervivientes regresaron, como había hecho la caballería, al campamento de Escipión, quien tuvo asimismo la precaución de guarecerse con su colega en la colonia placentina (diciembre del 218).

La derrota del Trebia es menos relevante por el número de las bajas habidas —un tercio de los efectivos romanos, entre prisioneros y muertos— que por la repercusión que produce. De confianza entre los aliados de los cartagineses en toda la Galia, que descubren y muestran a otras tribus la posibilidad de cortar la expansión romana por el valle del Po; de desconcierto para la población romana, pues las victorias parciales conseguidas en la insurrección de los galos, el desembarco en Ampurias y la fortificación de Sicilia no bastaban para ocultar la incapacidad de cuatro legiones para evitar que Aníbal estuviese ya en territorio romano. Se alzaron voces contra el plan aprobado por el Senado y la debilidad e ineptitud de los cónsules, aunque nadie creyera realmente en la de Escipión, como demuestra el hecho de que se le prorrogara el mando para que dirigiese las operaciones de Hispania. Los cartagineses paralizaron su marcha debido al invierno; los cónsules se retiraron más tarde, pero dejaron parte de los hombres en Piacenza y Cremona.

2. Batalla de Trasimeno

Fueron designados cónsules del 217 dos personas que habían mostrado cierta independendencia respecto al Senado, Gneo Servilio y Gayo Flaminio; este último había desempeñado la misma magistratura en el 223 y obtenido un resonante triunfo sobre los galos traspadanos. Cada uno recibió el mando de dos legiones, las que ya habían luchado contra Aníbal; fueron reforzadas y completadas, de modo que en cada una formaran no menos de doce mil hombres. Se mantuvieron las dos de la Península, y cinco más quedaron, movilizables, en reserva o guarnición. El Senado había renunciado a la ofensiva y no pretendía combatir a Aníbal de nuevo en la región del Po, sino esperar replegados en los Apeninos los movimientos del general cartaginés. Los cónsules ocuparon, pues, dos posiciones adecuadas para cerrar los pasos orientales y occidentales hacia Italia central: Flaminio tomó como base *Arretium* (Arezzo), en donde reunió las legiones que Sempronio sacó de Piacenza; Servilio se instaló en *Ariminum* (Rimini), con los anteriores efectivos de Escipión; ambos, por supuesto, repusieron los efectivos de sus unidades.

En el mes de mayo, Aníbal deja sus cuarteles padanos y opta por seguir avanzando hacia el interior de Italia, ya que debía de poseer informaciones sobre la viabilidad de sublevar a los aliados itálicos y éste era, sin duda, el mejor medio de mermar la fortaleza de los romanos. Pasando los Apeninos por el camino de Bolonia a Pistoia, deja *Arretium* a su izquierda y saquea algunas comarcas de Etruria; toma luego la ruta de *Perusia* (Perugia). Flaminio lo seguía de cerca y debía evitar todo combate antes de juntar sus legiones con las de Sempronio; pero Aníbal sabía que los romanos confiaban en que la estrategia púnica se fundamentaría sobre campos de batalla abiertos y prevalencia de la caballería. Haciendo creer al cónsul que iba en dirección a Roma, lo esperó junto al lago Trasimeno, en el camino de Cortona a Perugia, detrás del paso estrecho que discurre entre la orilla oriental y el monte Gualandro (mediados de junio del 217). Su



Batalla del Lago Trasimeno (217 a. C.)

ejército quedó dispuesto en un ensanchamiento del terreno, resguardada la espalda por los montes.

La treta dio resultado, tanto porque Flaminio no envió por delante a los exploradores como por la presencia de una espesa niebla que cubría la vía e impedía ver a los contingentes dispuestos en el flanco izquierdo. Los primeros legionarios habían recorrido ya algo más de seis kilómetros cuando encontraron cerrada la salida de la pequeña llanura, junto al estrechamiento de la colina de Montigeto, en donde Aníbal había desplegado a la infantería pesada cartaginesa e ibera; y como toda la columna había penetrado ya en la bolsa, la caballería nómada —pues el invierno no respetó la vida sino a un solo elefante— cargó sobre la retaguardia, cerrando la salida y empujando a los últimos manípulos hacia el centro de la planicie.

Cogidas por sorpresa, sin posibilidad de recomponer la columna en una formación cerrada de batalla y cortado el flanco derecho por las aguas del lago, privadas de la dirección del cónsul porque los jinetes púnicos dominaban la escena y dificultaban la transmisión de órdenes, ambas legiones sucumbieron al ataque combinado de la infantería pesada, por el frente, y de los soldados galos, los honderos baleares y la infantería ligera, que descendió desde las laderas y las acometieron lateralmente, presionando hacia el lago. En menos de tres horas, el desastre fue completo: Flaminio cayó en la lucha y con él la mitad de sus hombres; el resto fueron hechos prisioneros (seis mil soldados de la vanguardia, que lograron romper la barrera de Montigeto, fueron rodeados por la infantería ligera de Maharbal y acabaron también en manos de los púnicos). En un golpe de efecto, Aníbal dejó libres a todos los aliados itálicos de Roma que había capturado, a fin de que transmitieran la consigna de que la expedición no venía a luchar en su contra, sino a concederles la independencia respecto a Roma.

La victoria dejaba a los cartagineses libre, de momento, el camino hacia la Urbe, y se vio complementada por el éxito adicional, unos días más tarde, de destruir a un destacamento de caballería del ejército de Servilio, en Rímíni, que acudía en auxi-

lio de Flaminio (cuatro mil jinetes). No obstante, el general báquida decidió continuar las operaciones de castigo por Italia, propósito al que no sería ajena la recepción hostil que le estaban mostrando, pese a su comportamiento después del triunfo, las ciudades umbras y etruscas aliadas de Roma; ninguna quiso abrirle sus puertas, y el intento de apoderarse de la colonia latina de Espoleto no prosperó. A través de la Umbria y del Piceno alcanza el Adriático y, al parecer, fue saqueando los territorios comprendidos entre el Piceno y Apulia, en donde devastó las comarcas de *Luceria* y *Arpi*.

3. *La dictadura de Fabio*

Muerto Flaminio y ausente Servilio, el Senado quiso hacer frente a la delicada situación movilizand o otras legiones y confiándolas a un hombre experto y sensato en la guerra. Se pensó que la magistratura adecuada para revestirlo sería la del dictador con imperio militar; convocados los comicios centuriados, resultó nombrado Quinto Fabio Máximo, miembro del sector más conservador de la clase senatorial, el cual había desempeñado ya los más altos destinos dentro de la República: dos veces cónsul (en el 233 y en el 228), censor en el 230, y ya otra vez dictador, probablemente en torno al 220, *comitiorum habendorum causa*. Había celebrado un triunfo sobre los lígures. Los comicios designaron también, sin respetar esta competencia del dictador, al *magister equitum*, elección que recayó en el consular M. Minucio Rufo.

Fabio alistó dos legiones, a las que convocó en Tívoli, y antes de partir de Roma celebró solemnes ceremonias religiosas, en las que oficiaron los miembros de los principales colegios sacerdotales y los pretores (consulta de los Libros Sibilinos, rogativas y ofrecimiento de banquetes rituales, promesas de erección de templos y compromiso de realización del *ver sacrum*). En el camino se le unen las dos legiones de Servilio, relevado del mando y destinado como jefe a la flota de 160 barcos que vigilaba Italia; desde Tívoli emprendió Fabio la marcha hacia Apulia, con las

cuatro legiones, para seguir los pasos de Aníbal. Pero la táctica de los cartagineses seguía basándose en escoger los escenarios de batalla que más convenían a la naturaleza de sus distintos contingentes, por lo que en cuanto Aníbal comprobó que Fabio rechazaba sistemáticamente las oportunidades de entrar en batalla, tomó la dirección de Benevento e inició el saqueo de aquel territorio, continuando luego los pillajes por Campania y la comarca de Falerno. La prudencia de Fabio estuvo cerca de dar sus frutos al sorprender a Aníbal en un tramo delicado de la vía Apia, próximo a *Tarracina*; Minucio, el jefe de la caballería, custodiaba la garganta de Láutolas, mientras que Fabio y su ejército dominaban los otros tres pasos (principalmente el que, por el Volturmo, conducía a la vía Latina) desde las alturas; mas una ingeniosa estratagema, recogida por toda la tradición, sirvió para que el general cartaginés engañara a Fabio durante la noche y rompiera el bloqueo escapando por uno de los estrechos. Luego alcanzó de nuevo el Adriático y estableció sus cuarteles de invierno en el norte de Apulia, junto al país de los frentanos.

Mientras Fabio se hallaba temporalmente en Roma, para informar sobre el futuro de la guerra, Minucio vigilaba la posición de Aníbal, que había cometido el error de instalar a sus hombres en dos albergues separados, uno de los cuales estaba fortificado (la antigua población de Gereonio); pero el otro era un campamento convencional, sobre el que el ayudante del dictador, desobedeciendo las órdenes recibidas, lanzó un ataque por sorpresa y logró causar algunos daños apreciables. Conocido este primer éxito romano en la Urbe, los comicios centuriados, que habían elegido a M. Atilio Régulo como sucesor del desaparecido Flaminio, votaron una *rogatio* que equiparaba los poderes del *magister equitum* Minucio con los del dictador Fabio. Cuando este último regresó junto a su ayudante, repartió con él las legiones; Minucio siguió exponiendo demasiado ante Aníbal, y en una comprometida situación de combate que él mismo había creado sólo pudo salir del aprieto con la ayuda del ejército de Fabio. Ambos abdicaron de la magistratura poco antes de cumplirse los seis meses de duración del cargo (finales de diciembre del 217) y entregaron

el imperio y las legiones a Servilio y Atilio, quienes también se limitaron a vigilar la inoperancia invernal de los cartagineses. La filosofía práctica de Fabio, apelado por el pueblo *cunctator* (el contemporizador) para mejor definir al vacilante e irresoluto *dictator*, parecía contar con algunos discípulos.

4. Batalla de Cannas

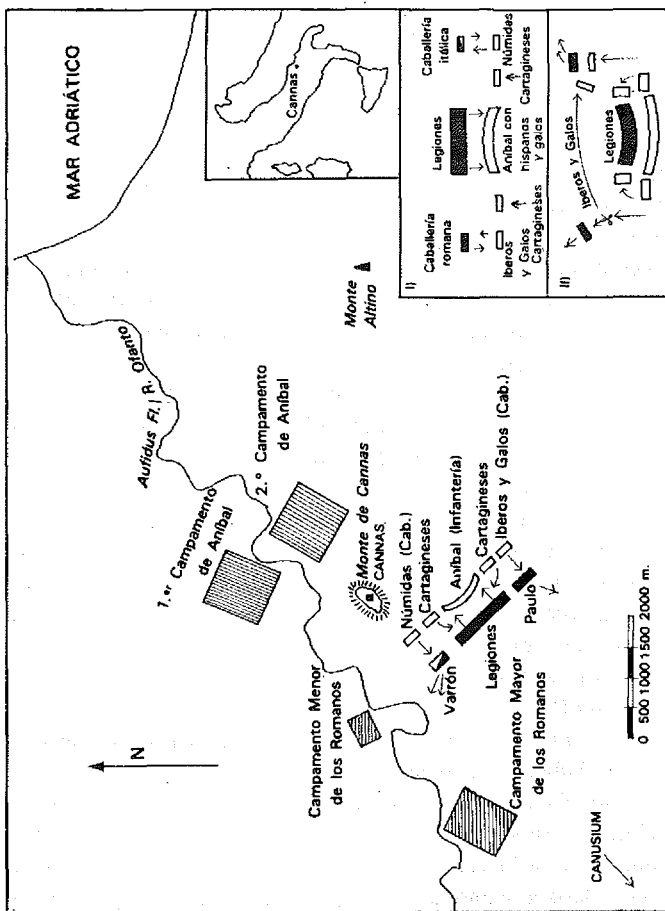
Los nuevos cónsules designados por los comicios para el año 216, Gayo Terencio Varrón y Lucio Emilio Paulo, asumieron el cargo en el mes de marzo. El primero, apoyado por el partido popular, defendía con ardor las exigencias de eficacia reclamadas por las asambleas y era un recién llegado a la política; Emilio Paulo había desempeñado ya el consulado en el 219 y obtenido bastantes éxitos en la guerra ilírica. Ambos permanecieron en Roma hasta el verano, ocupándose de los reclutamientos necesarios para completar la cifra de ocho legiones (cuatro de las cuales ya estaban en Apulia).

Avanzada la primavera, Aníbal había reemprendido las operaciones en el sector, encaminándose esta vez en dirección sur. Después de haber atravesado el río *Aufidus* (Ofanto) pudo adueñarse por sorpresa del puesto de Cannas, en donde la intendencia romana tenía establecido un importante granero, en el que se almacenaban los víveres procedentes de la Apulia inferior. Servilio y Atilio, a quienes se había prorrogado el mando como procónsules, advirtieron de la gravedad del caso al Senado, puesto que la expedición púnica podía ahora circular a su antojo por un territorio rico, estaba muy bien aprovisionada y hasta la configuración del terreno le era favorable, dada la superioridad de su caballería. Los cónsules salieron de Roma con la mayor urgencia, se reunieron en Apulia con los procónsules y tomaron personalmente el mando de todo el ejército (aunque mantuvieron consigo a Servilio y a Minucio); fueron tras los pasos del enemigo y cruzaron el Aufido, estableciendo un campamento principal (el llamado campamento mayor) no lejos de donde lo tenía Aníbal, junto al río; a poca distancia, en la orilla izquierda, levantaron

un campamento más reducido (el llamado campamento menor), cuyo objetivo residía en favorecer la protección de quienes atendieran los abastecimientos de agua y forraje o las actividades de reconocimiento.

Tal como resultaba lógico y ambos contendientes esperaban —los romanos confiando en su número y mejor conocimiento de Aníbal, los púnicos en el combate sobre el llano y en su afianzada moral—, el enfrentamiento no tardó en llegar. En uno de los días en que el mando alterno correspondía a Terencio Varrón (en fecha indeterminada de final de junio o comienzos de julio) el cónsul ordenó que todo el ejército se concentrara en las cercanías del campamento mayor. La línea de batalla dispuesta por el comandante romano acumulaba todas las legiones en la parte central, reduciendo mucho las distancias entre los soldados para ganar en densidad, y situaba en las alas a la caballería (a la izquierda la de los aliados, a la derecha la de los ciudadanos); se proponía, de esta forma, romper el frente que opusiera el adversario y, una vez dividido, hacer valer la superioridad de sus fuerzas. Los cónsules tomaron el mando de los flancos: Varrón, el del ala de los jinetes aliados, y Emilio Paulo, el de los escuadrones de la caballería ciudadana; en el centro, con la infantería, estaban Servilio y Minucio.

Aníbal sólo contaba con unos cuarenta mil hombres, efectivos duplicados por el ejército romano, pero no quiso evitar la batalla. Cruzaron también el río, colocó a su infantería pesada en medio de la formación y contrapuso los jinetes nómadas a los aliados itálicos, los iberos y celtas a la caballería romana. En el centro mismo de la infantería situó a los soldados ibéricos y a los galos, y en los extremos a cartagineses y africanos: la táctica consistió en hacer que avanzaran los primeros para soportar el impacto más fuerte de las legiones, mientras los infantes púnico-africanos permanecían ligeramente apartados de la refriega. Cuando los galos e hispanos, que se habían batido con enorme fiereza y coraje, empezaron a ceder, ya la caballería de los cartagineses había eliminado o puesto en fuga a los jinetes romanos de Emilio Paulo. Entonces pudo apreciarse de qué manera



Batalla de Cannas (216 a. C.)

había concebido Aníbal su proyecto; aquellas tropas norteafricanas de infantería pesada que había mantenido en reserva tomaron el relevo de celtas e iberos, envolviendo paulatinamente a los legionarios romanos; y como Asdrúbal había derrotado al cónsul Lucio Emilio, pudo acudir sin tardanza a apoyar a Hanón, que conducía las tropas númidas de caballería. Juntos vencieron la resistencia de los aliados itálicos de caballería, y a continuación sorprendieron por la espalda a la infantería romana, que se encontró así absolutamente cercada. Atacadas desde todos los puntos, ninguna de las filas podía tomar respiro, y para mayor infortunio los soldados iberos y galos habían vuelto vigorosamente a la carga.

Casi la mitad del ejército romano cayó en el encuentro, en el que asimismo hallaron la muerte Emilio Paulo (quien, al perder su posición, vino a integrarse con la infantería), el procónsul Servilio y Minucio, rodeados de tribunos militares, de senatoriales y de consulares. El número de prisioneros, hechos tanto en el campo de batalla como en la posterior ocupación de los campamentos, rondaba los veinte mil; otros quince mil hombres consiguieron escapar y fueron a refugiarse en *Canusium* (Canosa) y en algunas otras ciudades vecinas, fieles a Roma; Terencio Varrón y parte de los jinetes aliados huyeron hasta la colonia latina de *Venusia* (Venosa). Por ironía del destino, el gran responsable de la derrota —puesto que Emilio no era partidario de dar batalla— había salvado la vida.

La noticia de la humillación sufrida por las ocho legiones, consideradas en su momento una milicia más que suficiente para terminar con la invasión de Aníbal, fue acogida con respeto en Roma y llevó a aconsejar la adopción de una estrategia mucho más cauta y defensiva, recomendada por quienes en el Senado compartían aún los criterios pacientes de Fabio Varrón, a quien el abatimiento común perdonó cualquier recriminación por lo ocurrido, cumplió la indicación del Senado y designó como dictador con imperio militar a Junio Pera, cónsul en el 230 y censor en el 225, que nombró como su *magister equitum* a Sempronio Graco. El dictador y su ayudante tuvieron que ocuparse prioritaria-

mente del alistamiento de nuevos hombres; se reclutaron cuatro legiones para actuar de inmediato, dos formadas por los soldados ya inscritos en las legiones urbanas y las dos restantes por esclavos que se ofrecieron y por personas condenadas por delitos menores. A fin de reconstruir las dos legiones urbanas, que debían quedar en Roma de reserva, fueron enrolados incluso bastante jóvenes que no habían alcanzado la edad reglamentaria. El pretor Marcelo se desplazó a Canosa para asumir los restos del ejército derrotado en Cannas y traspasarlo al *imperium* del dictador.

La penosa situación causada por la victoria de Aníbal fue rematada por un segundo e inesperado infortunio del ejército romano. Para sustituir a Emilio Paulo, los comicios habían designado cónsul a Lucio Postumio Albino, a quien se encomendó la misión de dirigirse con las dos legiones urbanas del año anterior a la Cisalpina, para mantener a raya a los insumisos galos (éste era uno de los efectos de diversión logrados por la estrategia de Aníbal). Y a finales de ese verano del 216 sobrevino en este sector una nueva catástrofe: a pesar de su experiencia militar anterior, adquirida en precedentes consulados (234 y 229), Postumio fue sorprendido por los boyos en el bosque de Lítana y todo su ejército resultó aniquilado; los galos cortaron la cabeza del cónsul y utilizaron el cráneo como recipiente sagrado en uno de sus santuarios. Las colonias de Piacenza y Cremona quedaron aisladas de hecho, aunque no llegó a temerse por ellas, pero todos los progresos logrados en el territorio cisalpino se venían en un instante abajo. El año finalizaba con muy difíciles perspectivas para Roma.

LA INSTALACIÓN DE ANÍBAL EN ITALIA (215-203)

1. Operaciones y alianzas en la Italia meridional

Los primeros frutos cosechados por Aníbal a consecuencia de Cannas se dieron en la propia Apulia del norte; todas las ciu-

dades daunias, excepto *Luceria* (colonia latina), se pasaron al bando cartaginés, entre ellas la importante plaza de *Arpi*. No quiso perder tiempo el general cartaginés en el asedio de Canosa —refugio de los supervivientes romanos de Cannas—, que habría necesitado tiempo y costosos gastos militares, ni seguir los consejos de quienes, según la tradición, se inclinaban por encaminarse al asedio de Roma sin pérdida de tiempo (operación de aún más dudoso éxito): era evidente que la potencia romana seguía disponiendo de estimables recursos, principalmente navales, y clara muestra de ello la daba el hecho de que desde el puerto de Ostia hubiera zarpado la llamada legión *classica* (fuerzas de infantería adscritas a la flota) rumbo a Apulia. Por otra parte, el Senado manifestaba con firmeza la voluntad de no doblegarse a ningún trato, puesto que se había negado a satisfacer rescate por los prisioneros. Aníbal resolvió adentrarse por la región samnítica, en aplicación consecuente de su política de debilitar a Roma suscitando la defección de los aliados.

Sucesivamente, la ciudad de *Compsa* y las tribus samnitas de los hirpinos y los caudinos se unieron a los cartagineses. Con una parte del ejército, su hermano Magón descendió hasta los territorios de Lucania y de la punta del Brucio, logrando la adhesión de casi todos sus habitantes. Tan sólo las ciudades brucias de *Consentia* (Cosenza) y *Petelia* permanecieron fieles a su aliado romano, lo que le costó a esta última un asedio regular —probablemente por su posición estratégica junto a la costa, cercana a Sicilia— y la rendición once meses más tarde. En el otoño, el grueso del ejército abandona el Samnio y hace su aparición en Campania, riquísimo país cuyas viejas ciudades todavía no habían recibido el grado de autonomía al que aspiraban. Ésta fue la razón de que Capua, centro urbano y económico de la Campania, primera villa de Italia después de la Urbe, abriera sus puertas a Aníbal y renegase de su vinculación con Roma; la misma actitud siguieron otros miembros de la antigua liga campana o nucerina (*Atella*, *Caiatia*, etc.; *Nola* y *Neapolis*, que habían obtenido de las autoridades romanas mayor autonomía, no abrazaron el partido cartaginés).

La forma en que Aníbal negoció con los capuanos su separación de Roma hace patente la destreza y capacidad política que también atesoraba el hijo de Amílcar, deseoso de no cometer ninguno de los abusos que habían generado el malestar de toda la población, aristocracia local y clase popular, contra los romanos. Aníbal empeñó su palabra para garantizar que la ciudad se regiría por magistrados y leyes propias, y que ningún funcionario púnico poseería jurisdicción alguna sobre sus gentes (rectificaba así el sistema romano, que otorgaba el ejercicio de la justicia en Capua a un prefecto, delegado del pretor urbano). Aseguró, además, que nadie sería forzado por Cartago a entregar contribuciones o efectuar trabajos, ni a servir en el ejército; prometió, por último, que daría trescientos cautivos romanos, elegidos por los mismos capuanos, para que los retuviesen como rehenes a cambio del destacamento de trescientos compatriotas alistado en la caballería legionaria de Sicilia. No sabemos si es real la noticia de que Aníbal incluso dio la esperanza a Capua de que, en el futuro, estaría destinada a ser la cabeza de una federación de pueblos itálicos, en la que Roma sería un simple aliado. No es extraño que, mediante tal generosidad, la ciudad cediese a sus propuestas y lo acogiese como un auténtico liberador, fama que convenía a su interés por ganar a los pueblos itálicos.

Roma había extremado su prudencia y vigilaba las acciones de los púnicos en Campania desde la línea de seguridad, establecida antes del río Volturno (en la vía Latina, junto a *Teanum*); precisamente para tener bajo control el paso del Volturno asedió Aníbal la plaza de *Casilinum*, que concede el dominio del puente, durante todo el invierno, logrando rendirla por hambre ya en la primavera del 215. Todos los intentos del dictador Junio Pera para aliviar el cerco fracasaron, e incluso sufrió el revés de perder el campamento cuando fue puesto en fuga por su adversario (derrota que Livio silencia).

Los comicios eligieron como cónsules para el 215 a Tiberio Sempronio Graco, ayudante del dictador, y a Claudio Marcelo; pero como no agradaba al Senado la designación de dos plebeyos, Marcelo quiso evitar disensiones y rechazó el cargo. En su

lugar resultó electo por tercera vez el circumspecto Q. Fabio Máximo. La relación de fuerzas en las campañas de este año no experimentó casi ninguna alteración, puesto que los romanos no enrolaron nuevas legiones, limitándose a adjudicarles nuevos destinos. Aníbal, por su lado, recibió de Cartago, a la que Magón había informado personalmente del curso de la expedición y de las victorias obtenidas, una ayuda de cuatro mil númidas y cuarenta y ocho elefantes, llegados por mar hasta Locros cuando esta ciudad griega cayó en manos púnicas; débiles refuerzos, aunque trajeran consigo ciertas cantidades de dinero para pagar mercenarios.

Las operaciones del 215 se desarrollaron exclusivamente en dos escenarios, el Brucio y la Campania. En el primero de ellos consiguió Aníbal notables ventajas, ya que, a excepción de Regio—cuyo puerto defendía la flota del pretor de Sicilia—, sometió a las restantes poblaciones fieles a Roma. Después de *Petelia*, también *Consentia* se entregó a los púnicos, y reducidas ya las ciudades indígenas brucias llegó el turno a las fundadas por los griegos: Locros Epizefirios suscribió un convenio con Hannón, por el que aceptó la entrada de los cartagineses a cambio de conservar su autonomía y de que se otorgara la libre retirada a la guarnición romana. Cayó también Caulonia, así como Crotona, que no pudo obtener las mismas concesiones que los locrios y tuvo que transmitir la ciudad y el territorio a los brucios; Aníbal permitió a la población crotoniata que se instalaran entre los locrios. Sin embargo, en Campania pudieron los romanos estabilizar el frente, pues la parte del ejército cartaginés allí asentada tenía encima la sombra de seis legiones completas (distribuidas cuatro al norte, dos al sur de Capua). Los intentos de tomar Cumas, luego Nola, resultaron vanos, pues la presencia de las dos legiones de Sempronio Graco y del procónsul Marcelo, respectivamente, preparadas para la defensa, disuadió a Aníbal. A fin de establecer los cuarteles de invierno regresó a *Arpi*, en Apulia.

Elegidos cónsules Fabio Máximo (por cuarta vez) y Claudio Marcelo (por tercera vez) en el 214, Roma efectuó un esfuerzo mayor que en años anteriores y dispuso de hasta dieciocho legio-

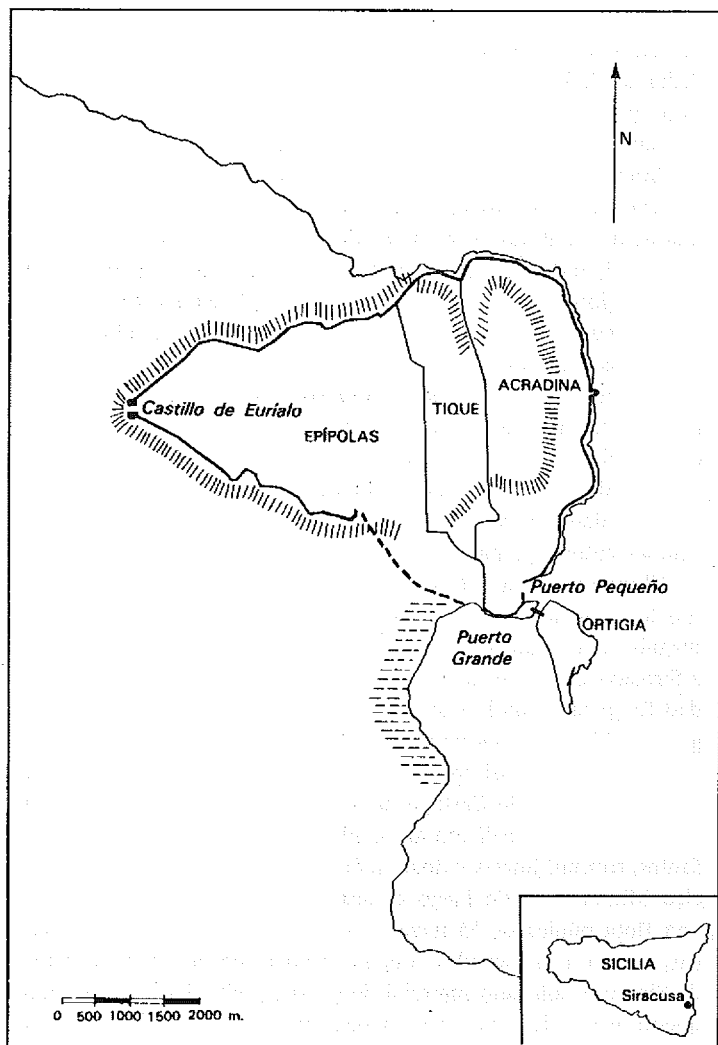
nes ordinarias (contando las que se hallaban fuera de Italia y las de reserva), más las dos de esclavos voluntarios (*volones*). Aníbal regresó de Apulia a Campania y reemprendió las hostilidades contra las ciudades de *Puteoli* y *Nola*, sin ningún éxito porque, desde sus puntos de apoyo, alrededor de Capua, los tres ejércitos romanos de Fabio, Marcelo y el procónsul Graco acudían en socorro de sus aliados, e incluso impidieron a Hannón, que volvía del Brucio con una columna de 17.000 infantes y mil doscientos jinetes (muchos de ellos indígenas lucanos y brucios), reunir sus efectivos con los del Bárquida. Y como su estancia gravaba demasiado al territorio de Capua y, militarmente, entrañaba bastantes riesgos dada la superioridad numérica romana, Aníbal optó por dirigirse al sur de Lucania, llegando hasta el golfo tarentino, en donde saqueó los territorios de las ciudades griegas de Turios y Heraclea, e intentó promover la defección de Tarento. Se retiró luego a Apulia, e invercó en *Salapia*, al sur de *Arpi*. Durante su incursión por el golfo tarentino los romanos habían recuperado *Casilinum* y, con ello, el paso del Volturno, y consiguieron asimismo ocupar de nuevo gran parte del Samnio (con todas las ciudades de los hirpinos).

2. La guerra en Sicilia. Asedio de Siracusa

Para el 213 recibieron el consulado Sempronio Graco (por segunda vez) y Quinto Fabio Máximo, hijo del que fue dictador y reiteradamente cónsul. De manera repentina, el centro de gravedad del conflicto —dejando al margen la Península Ibérica, cuya importancia en el desenlace final de la guerra es inmensa; luego nos ocuparemos de este escenario— se traslada a la isla de Sicilia a raíz de los cambios en Siracusa. El tirano Hierón, muerto en el 215, había respetado las relaciones de amistad y de alianza establecidas con Roma apoyando a la escuadra que, desde el estallido de la guerra, vigilaba los movimientos púnicos en este sector del Mediterráneo; también había remitido tropas de caballería (mil quinientos jinetes después del Trebia), una flota y algunos soldados de infantería ligera (que llegaron a Ostia

después de Trasimeno), así como ciertas cantidades de grano y de dinero. Pero no todos en Siracusa compartían la misma política de contentar a Roma, y en la propia corte del tirano existía un grupo de notables partidario de romper la inestable paz y recuperar una verdadera autonomía nacional griega en el interior de la isla; y puesto que el enemigo a batir eran los romanos, Cartago se presentaba como aliado ideal para sus proyectos; el propio Gelón, hijo de Hierón, había sido inspirador de esta doctrina, pero su muerte en el 216, algo después de Cannas, detuvo a sus seguidores. El sucesor de Hierón fue su nieto Jerónimo —hijo de Gelón y de una hija de Pirro, Nereida—, el cual se hizo cargo del gobierno con sólo quince años y adoptó, con el apoyo de algunos miembros del consejo de regencia, una serie de decisiones enojosas para Roma: envió delegaciones a Cartago y a Egipto (al rey Tolomeo IV Filópator); exigió al Senado cartaginés que, vencidos los romanos, toda la isla sería de Siracusa a cambio de dejar Italia a los púnicos; rechazó la propuesta del pretor Apio Claudio para que renovase el tratado de amistad y alianza cerrado por Hierón; mantuvo contactos con dos oficiales de origen siracusano, enviados por Aníbal, que militaban en las filas cartaginesas.

Después de haber reunido al ejército siracusano en la ciudad de Leontinos (quince mil hombres, aunque desconocemos si pensaba declarar la guerra a los romanos), Jerónimo es asesinado en esta ciudad (214). Mientras los amigos y partidarios del joven tirano, establecidos en Siracusa, y el grupo formado en torno a los conjurados de Leontinos mantenían sus disensiones y se cruzaban mutuas acusaciones, Hipócrates y Epicides, los dos agentes de Aníbal, se instalaban en esta última ciudad y ganaron también a los regicidas para la causa cartaginesa. De este modo, al llegar el pretor Marcelo como procónsul a la isla en el 213, llevando consigo una nueva legión a sumar a las dos de guarnición, encontró que los ánimos de todos los ciudadanos del antiguo reino siracusano rezumaban desconfianza hacia Roma y que dos oficiales helenos de la milicia anibálica incitaban a los cabecillas de los partidos, en Siracusa y Leontinos, a combatir a los



Siracusa

itálicos. Marcelo presionó a las autoridades de Siracusa y les ofreció la continuidad del tratado de paz de Hierón si expulsaban de Sicilia a Hipócrates y Epicides; pero ambos se refugiaron en Leontinos y la población de la ciudad se negó a cumplir la orden de exilio, alegando que la paz con Roma había sido renovada en Siracusa sin contar con ellos. La facción siracusana se dispuso, con ocho mil hombres, a colaborar con los romanos en el ataque a Leontinos, pero antes de que sus tropas llegaran ante la ciudad, todos los leontinos habían sucumbido a la ferocidad de las legiones de Marcelo y Apio Claudio; la ciudad fue saqueada, muchos prisioneros ajusticiados y el territorio quedó confiscado. Los horrores y excesos cometidos en esta jornada impresionaron tan vivamente a los siracusanos —quienes al mismo tiempo comprendían las verdaderas intenciones de Roma en la isla— que la rebelión fue inevitable; Hipócrates y Epicides, que lograron huir de Leontinos, fueron admitidos como estrategos y organizaron la defensa. Marcelo y Apio dividieron las legiones en dos campamentos y prepararon el asedio de Siracusa (finales del 213).

El momento era crucial, porque se dirimía el futuro de Sicilia. Así lo entendieron en Cartago, e incluso el propio Aníbal, que juzgaba más importante la ayuda que pudiera prestarse ahora a Siracusa que el reclamar refuerzos para Italia. Con gran habilidad fue promovida la insurrección entre otros griegos y los indígenas siciliotas, de suerte que una buena parte del sector meridional de la isla y casi todo el centro se pusieron contra Roma. La colaboración de Cartago no se hizo esperar, pues remitió de inmediato una expedición al mando de Himilcón, con 25.000 infantes, tres mil jinetes y doce elefantes, que desembarcó en Heraclaea Minoa y quedó luego concentrada en Agrigento; además, una flota púnica de 55 naves armadas, capitaneada por Bomílcar, sorteó a la escuadra romana y ancló en el Puerto Grande de Siracusa: allí dejó material de guerra y vituallas, más un pequeño grupo de naves; con el resto volvió a África, sin que el bloqueo romano causara ningún efecto.

El alto número de legiones que también ese año operaban en Italia rindió algunos provechos a los romanos, en particular

la recuperación en Apulia de la importante ciudad de *Arpi*, segundo baluarte del enemigo después de Capua. Fabio pudo tomarla a traición y, aunque los ciudadanos salvaron la vida y su libertad, *Arpi* vio confiscadas sus posesiones ubicadas junto a la costa. El otro cónsul, Sempronio Graco, consiguió atraer a dos de las poblaciones de la liga del Brucio, los cosentinos y los taurianos. Pero la actividad incansable de Aníbal, trasladándose de región en región para sublevar a los aliados itálicos de Roma —lo que obligaba incesantemente al ejército de sus adversarios a cubrir varios frentes—, tuvo asimismo sus recompensas. En el verano del 213 promovió la defección de todas las ciudades de los salentinos (en la península oriental del golfo tarentino), en donde Roma no mantenía ninguna vigilancia, y desde esta comarca seguía atento los sucesos de Tarento, cuya cooperación buscaba abiertamente.

Las circunstancias favorecieron pronto sus intenciones. La ciudad de Tarento, como otras fundaciones griegas en la ribera itálica del Mar Jonio, había visto mermada su autonomía con la ocupación romana; tuvo que admitir una guarnición en la ciudadela y entregar, por desconfianza hacia su lealtad, rehenes. Pero los tarentinos llevados a la Urbe como rehenes emprendieron la fuga y fueron detenidos antes de entrar en Campania; de regreso a Roma, se les dio muerte arrojándolos desde la roca Tarpeya. Los simpatizantes de Cartago esperaron desde entonces la posibilidad de poner Tarento en manos de Aníbal, plan que llevaron a cabo durante una noche, en el invierno del 213-212: a una señal convenida, abrieron dos de las puertas de la muralla y la infantería cartaginesa y gala ocupó el recinto ciudadano, salvo el alcázar, en donde el destacamento romano se hizo fuerte. Aníbal sólo toleró la rapiña de los bienes de los romanos y garantizó a los tarentinos las mismas condiciones que a Capua. A este gran éxito, pues Tarento era la mejor metrópoli griega de la Magna Grecia, se sumaron las subsiguientes defecciones de Metaponto, Heraclea y Turios. Todas las antiguas colonias griegas del sur de Italia estaban, por tanto, en la parte púnica.

El mayor esfuerzo en la guerra por parte de Roma se realizó en el 212, durante el consulado de Quinto Fulvio Flaco (ya cónsul en el 237 y el 224) y de Apio Claudio Pulcro, año en el que se reclutó un total de veinticinco legiones. Sin embargo, Aníbal envió a Campania al cuerpo de ejército que mandaba Hannón, el cual no sólo burló la vigilancia romana y pudo abastecer a los ciudadanos de Capua, sino que de regreso hacia el Brucio sorprendió a las dos legiones de *volones* de Sempronio Graco junto al río Tanagro, en Lucania, a las que derrotó por completo; el mismo procónsul halló la muerte. De todas formas, en el otoño comenzaron los cónsules el asedio de Capua, libre ya la Campania de cartagineses, realizando las obras de aislamiento en torno a la ciudad.

Y en Sicilia continuaba el cerco impuesto por Marcelo a Siracusa. Ciertamente, desde la época del tirano Dionisio I la ciudad contaba con amplias y seguras fortificaciones, que hacían impen-sable un asalto a la muralla, reforzada además por varios ingenios y máquinas defensivas fabricadas en tiempos de Hierón por el ilustre Arquímedes. De ahí que todos los progresos del ejército asediante llegaran a consecuencia de hábiles maniobras: en cierta noche de conmemoración de una festividad a Artemisa, Marcelo hizo escalar el muro y se apoderó de todas las Epípolas, del barrio de Tique y de la *Neapolis*, que no pudieron ser defendidos desde la ciudad vieja; poco más tarde, la guarnición siracusana destacada en el fuerte de Euríalo —castillo casi inexpugnable levantado en el extremo oeste de las Epípolas— fue persuadida por Marcelo para que entregaran la posición, a cambio de retirarse libremente hasta el interior de Siracusa. De esta manera, los romanos habían estrechado al máximo la situación de los griegos, que debieron limitarse al puerto, al barrio de Acradina y a la parte vieja, enclavada en la isla Ortigia.

3. La marcha sobre Roma. Rendición de Siracusa y de Capua

Para no entorpecer el curso del asedio a Capua, el Senado prorrogó el *imperium* a los cónsules del año anterior, y en los

comicios del 211 fueron designados para el consulado Publio Sulpicio Galba y Gneo Fulvio Centumalo, que nunca antes habían alcanzado dicha magistratura; el número de legiones armadas continuó siendo el mismo. A la llegada de la primavera, Aníbal partió del Brucio en dirección a Campania con la idea de ayudar a sus aliados de Capua; durante cinco días trató de romper el foso y la empalizada dobles con que los romanos habían rodeado la ciudad, pero los asediantes se mantuvieron al abrigo de las zanjás y evitaron salir a campo abierto (aun cuando sus efectivos ascendían a seis legiones). El general cartaginés prepara entonces una operación clásica de diversión que podía producir, entre otras ventajas, el levantamiento del sitio de Capua.

Sin que sus adversarios pudieran sospecharlo, Aníbal conduce a su ejército contra Roma. Remontando el río Volturno llegó hasta las cercanías de *Venafrum* y desde aquí alcanzó la vía Latina, por la que accedió hasta Roma (según la tradición analística, que ofrece demasiadas inexactitudes en otros puntos del relato, habría llegado por el este, cruzando primero el Samnio y el país de los marsos); acampado a tres millas de los muros, se acercó junto con dos mil jinetes hasta la *Porta Collina*. Fue, desde luego, un gran golpe de efecto; pero Roma disponía de muy sólidas defensas, pues las murallas habían sido restauradas después de la batalla de Trasimeno, e incluso ahora se hicieron reparaciones en los muros servianos. Los dos cónsules todavía estaban en la Urbe, ocupados en la leva, y la ciudad tenía en guarnición a las dos legiones urbanas del año anterior (que debían ir a Apulia), más las dos nuevas urbanas que estaban siendo reclutadas; como medida de precaución, se revistió con el *imperium* a todos los antiguos magistrados que habían desempeñado el consulado, la censura o la pretura. Aníbal tuvo que contentarse con saquear e incendiar los campos y granjas, y cuando los romanos optaron por establecer a una parte del ejército fuera del recinto urbano, a una milla del asentamiento cartaginés, debió de comprender que la maniobra entrañaba demasiados riesgos, ya que desconocía qué nuevas fuerzas podría acumular el Senado retirándolas de otras partes de Italia. Lo cierto es que el Bárquida no consi-

guió aliviar la presión sobre Capua, de donde los tres comandantes romanos que organizaban el cerco no movieron, al parecer, ni a un solo hombre, según POLIBIO (IX 7, 7 y 9, 8), más convincente que Livio para la historia de este episodio. Después de algunas refriegas con los legionarios de Sulpicio Galba, Aníbal abandonó Roma y regresó directamente al Brucio; allí sometió a pillaje el territorio de Regio.

Mientras tanto, continuaba el asedio de Siracusa por los soldados de Marcelo, y un intento de Cartago para apoyar a los sitiados había fracasado. En efecto, en la primavera del 211 fue enviado Bomílcar con ciento treinta naves de guerra y una importante flotilla de aprovisionamiento; se mantuvo al paio durante un tiempo, junto al promontorio Paquino, a la espera de vientos favorables para entrar en el Puerto Grande de Siracusa, pero cuando por fin reanudó la marcha encontró a la escuadra de Marcelo cerrándole el paso. Aunque eran superiores en número, Bomílcar no quiso aceptar el reto —por salvar a Siracusa, aliada griega, hubiera puesto en peligro la defensa por mar de la propia Cartago— y prefirió navegar hasta Tarento. Epícles, por su parte, reunió en Agrigento un pequeño ejército greco-púnico y obtuvo la ayuda de Aníbal, quien remitió desde Italia a Hannón con algunas tropas de refuerzo. Todo fue en vano; uno de los estrategos de la ciudad, Merico, jefe de mercenarios de origen ibérico, entregó a traición, por una puerta de la muralla, la isla Ortigia; el resto de los ciudadanos estaban aún refugiados en la Acradina, pero, perdida ya cualquier esperanza de ser auxiliados, Marcelo arrancó fácilmente la rendición sin condiciones. Siracusa fue presa del saqueo de los legionarios romanos, que cometieron toda clase de excesos contra la que había sido el más brillante centro del helenismo occidental; a manos de la soldadesca pereció el mismo Arquímedes, el último de los grandes intelectuales que ornaron la corte siracusana.

También Capua, definitivamente abandonada a su suerte por Aníbal —quien no podía comprometer toda la expedición itálica en la empresa, irrealizable, de desalojar al ejército romano de Campania—, apeló a la rendición. No sabemos si, por abreviar

una operación que inmovilizaba demasiadas fuerzas y a expertos generales, se otorgó alguna concesión a los sitiados, porque resulta llamativo que la ciudad no fuera arruinada ni sometida al pillaje y a la furia de las tropas. Sí pagaron, en cambio, aquellos a quienes Roma juzgaba más responsables de la rebelión, es decir, la aristocracia capuana, cuyos miembros padecieron diversa fortuna: unos recibieron muerte, otros fueron encerrados en prisión; otro grupo de notables, con sus familias, fueron vendidos como esclavos; algunos más, por último, fueron deportados a otras ciudades y territorios (más alejados de Campania cuanto mayor había sido su implicación en la insurrección). El resto conservó la vida y la libertad, pero todos perdieron los bienes raíces, que fueron confiscados, así como el oro y la plata, además de los caballos y los esclavos varones. Al pasar todas las tierras a ser propiedad del estado romano, la población superviviente quedó en la condición de arrendataria de campos y casas, y tuvo que pagar por ello, en el futuro, un canon. Se desposeyó asimismo a Capua de toda forma de gobierno municipal.

Elegidos cónsules en el 210 Claudio Marcelo (por cuarta vez) y Valerio Levino, este último fue destinado a Sicilia para acabar con los focos residuales de insumisión, cuyo principal promotor era el gobierno cartaginés. Antes de su llegada, habían desembarcado en la isla ocho mil infantes africanos y tres mil jinetes, circunstancia que aprovecharon varias ciudades (*Ergetium*, *Hybla*, *Murgentia* y *Macella*), junto con otras poblaciones de menor entidad, para alzarse contra Roma; pero el pretor Cornelio Cetego, sustituto de Marcelo en el mando cuando éste dejó Sicilia, había controlado bien aquella nueva amenaza. Valerio sólo debía ocuparse, por consiguiente, de Agrigento, en donde Hannón y Epícides comandaban el último ejército que podía inquietar aún a los romanos. Y, para su fortuna, hizo de nuevo acto de presencia el expediente de la traición: el jefe del contingente númida, llamado Mútnes, entregó la ciudad al cónsul. De la población de Agrigento, la mayoría perdieron la vida y el resto fueron vendidos como esclavos; todos sus bienes, subastados. Con la eliminación de este pequeño núcleo militar, toda Sicilia quedaba suje-

ta política y económicamente a Roma, que estableció su gobierno y ocupación según las normas que aplicaba a los territorios conquistados; sólo un pequeño número de comunidades gozó de estatutos especiales como ciudades federadas o libres e inmunes.

La guerra continuó en Italia circunscrita a las regiones meridionales. Los progresos más notables de los romanos se produjeron en la comarca daunia de Apulia, en donde recuperaron *Salapia*, y en el Samnio limítrofe con Lucania; sin embargo, Aníbal obtuvo una nueva victoria militar al forzar a batalla en el Brucio a las dos legiones del procónsul Fulvio (cónsul ordinario del año anterior), que fueron derrotadas; en el encuentro murieron, al parecer, varios miles de soldados y el propio Fulvio, con gran parte de sus oficiales (batalla de Herdónea). La estrategia cartaginesa de fragmentar el total de las fuerzas romanas y afrontarlas, en rápidas acciones, por separado, daba también excelentes resultados, siempre que pudieran reponer las pérdidas en la misma proporción que lo hacían sus oponentes; de ahí la necesidad constante de recibir auxilios desde África y de contar con los griegos e indígenas itálicos.

La designación, en el 209, de Fabio Máximo como cónsul (por quinta vez) suponía, sin duda, un deseo de no precipitar acciones que, como la de Fulvio en el Brucio, conducían al desastre. Y dejando que Aníbal gozase de su habitual libertad de movimientos —de hecho, empezó invadiendo el territorio de *Canusium*, en Apulia, y descendió luego hasta cerca de Caulonia, en el Brucio—, Fabio redujo el país de los salentinos y, con la seguridad de que no quedaban guarniciones filopúnicas a sus espaldas, se aprestó a asediar la ciudad de Tarento; se trataba, evidentemente, de una medida prudente y segura, muy rentable hasta el momento, como demostraban los casos de Capua y Siracusa, pues sin exponer innecesariamente a los hombres privaba a Aníbal de sus mejores bazas (materiales y morales). Y de la misma manera que Aníbal había entrado en la ciudad, así lo hicieron ahora los romanos, que pudieron escalar los muros gracias a la complicidad de uno de los jefes brucios de la guarnición cartaginesa. La ciudad sufrió un saqueo sistemático y estuvo sujeta a

toda clase de atrocidades; treinta mil tarentinos fueron vendidos como esclavos. El estado romano confiscó sus bienes y una parte del territorio; no obstante, no destruyó Tarento ni le quitó su autonomía, y mantuvo vigente el antiguo tratado de alianza, en consideración a aquellos ciudadanos que no tuvieron que ver con el partido favorable a Aníbal y que habían mostrado fidelidad a Roma.

Las milicias cartaginesas veían cada vez más reducido su espacio, obligadas a evolucionar en el sur de Italia, y en la Península Ibérica, como luego veremos, acababan de contemplar la pérdida irreparable de Cartagena. En el 208, los cónsules ordinarios, Claudio Marcelo (por quinta vez) y Quinto Crispino, parecían ya dispuestos a enfrentarse abiertamente con Aníbal, y a tal fin coordinaron sus operaciones; Quinto abandonó el asedio de Locros Epizefirios —el otro buen puerto que aún tenía Cartago en el mar Jónico, una vez perdida Tarento—, que ya había iniciado, y unió su ejército con el de Marcelo. Pero cuando estaban acampados cerca de la posición de Aníbal, ambos comandantes salieron a inspeccionar el terreno y fueron rodeados por la caballería nómada: Quinto, herido, pudo escapar; Marcelo, en cambio, perdió la vida. El episodio volvió a suscitar en Roma el respeto hacia la capacidad púnica para golpear de improviso, y aunque no paralizó las actividades en el Brucio, las redujo, sin duda, a un ritmo lento, que perjudicaba a los romanos: así lo experimentaron las fuerzas del pretor Claudio Flamen, que frente a cinco mil cartagineses tuvieron, en Petelia, dos mil bajas y mil quinientos prisioneros.

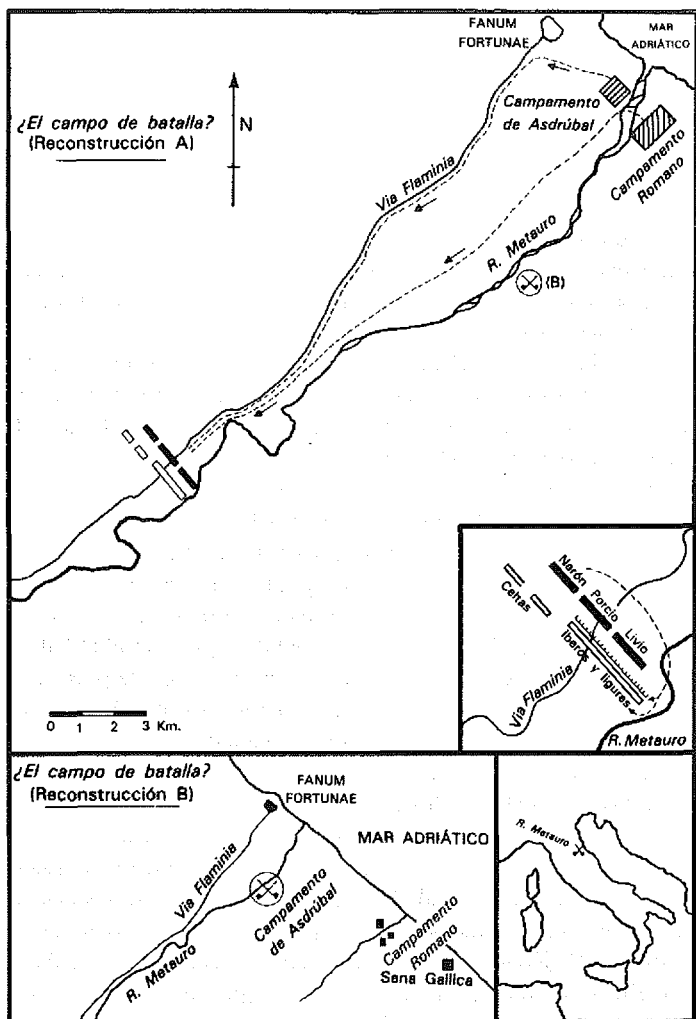
4. *Asdrúbal en Italia. Batalla del Metauro*

Con el objeto de mejorar la situación itálica de Aníbal, su hermano Asdrúbal organizó a finales del 208 una expedición similar a la del 218, que salió de la Península Ibérica y, para burlar la vigilancia de Escipión el Joven, cruzó los Pirineos occidentales e invercó en la Galia. En la primavera del 207 reemprendió el camino, atravesó el Ródano en las proximidades de donde lo rea-

lizó Aníbal, y antes del verano había ya franqueado los Alpes y pisaba el valle del Po, con unos efectivos que rondaban los 25.000 soldados de infantería y los cuatro mil jinetes. En la Galia Cisalpina decidió detenerse por algún tiempo, seguramente para negociar con las tribus celtas la incorporación de nuevos combatientes y reforzar la estrategia de la rebelión. Intentó el asedio de la colonia de *Placentia*, cuya caída habría supuesto un grave revés para los intereses romanos en el territorio, mas tuvo que desistir por la fortaleza de la ciudad y por la dificultad de impedir su comunicación con el río. Entonces pone en marcha a las tropas y se encamina hacia el Adriático, en dirección a *Ariminum*.

El Senado romano, que conocía desde su salida de España los propósitos de Asdrúbal, encargó a los cónsules del 207 (Claudio Nerón y Livio Salinátor) la misión de vigilar uno a Aníbal en el sur, el otro a su hermano en el norte, y les entregó sendos ejércitos consulares de seis legiones. Se había preferido, en esta ocasión, no destacar ninguna fuerza hasta el Ródano, ni a los Alpes o la propia Cisalpina, pues los generales romanos eran ya plenamente conscientes de las ventajas que habría podido extraer Asdrúbal de la lucha en territorios amigos o aliados de Cartago y muy alejados de los lugares de concentración de sus restantes efectivos navales y terrestres. La línea establecida por Livio copiaba el mismo planteamiento defensivo adoptado diez años antes, de forma que dos legiones cortaban el camino del Adriático en Rímini y otras dos custodiaban la vía hacia el centro de Italia en *Arretium*. Pero esta vez se había introducido una mejora básica: en un segundo plano más al sur, quizá en las cercanías de *Perusia*, el propio Livio mantenía dos legiones prestas a dirigirse hacia el punto en que fuera necesaria su asistencia.

En cuanto fue evidente que Asdrúbal había tomado la ruta del Adriático, dirigiéndose a lo largo de la costa hacia el Piceno, el cónsul Livio unió sus dos legiones a las mandadas por el pretor Porcio Licino, que seguía la columna púnica desde Rímini. Aníbal, a su vez, fue avanzando desde el Brucio hacia Apulia, no sin tener algunos roces con las legiones de Claudio, que no le perdían de vista; finalmente se estableció en la proximidad de



Batalla del río Metauro (207 a. C.)

Canosa. Es probable que ambos hermanos no hubieran podido aún fijar con exactitud un plan conjunto a desarrollar, dadas las dificultades creadas por el escalonamiento de las doce legiones consulares y su carencia de información sobre la posición, el radio de acción de las mismas y la posible aparición de otras de refuerzo (desde Sicilia, Campania, el país salentino, Etruria o Roma). En ese momento, según la tradición, los soldados de Claudio capturaron a unos enviados de Asdrúbal y el cónsul averiguó que éste convocaba a Aníbal en Umbría —seguramente, en la parte cercana al Samnio— para reunir ambas expediciones y entregarle el mando.

Claudio Nerón y el Senado adoptan la decisión de evitar a cualquier peso que se produzca tal reagrupamiento. Sitúan las legiones urbanas en *Narnia*, para que puedan acudir, llegado el caso, al Adriático o a Umbría, y traen a Roma la que se encontraba de guarnición en Campania. Pero, además, el cónsul toma consigo a sus soldados más experimentados (seis mil infantes y mil jinetes) y, a marchas forzadas, llega por la vía litoral adriática hasta el río Metauro, en donde encuentra a su colega Livio vigilando el campamento de Asdrúbal. Ahora sí, los romanos no tienen inconveniente en forzar la batalla, que Asdrúbal había buscado varias veces en días anteriores, puesto que a la presencia de los dos cónsules se añadía la clara superioridad numérica (cuatro legiones que, con los refuerzos de Claudio, sumaban unos 45.000 hombres); el hermano de Aníbal, sin embargo, modificó su táctica, pues era ya difícil abrirse paso hacia la Umbría, con lo que habría atraído a numerosísimos efectivos enemigos al lugar del encuentro, y tampoco podía arriesgarse a que los cónsules escogieran la oportunidad del escenario. De ahí que resolviera retroceder hacia el interior, tal vez para alcanzar la Cisalpina y, reforzado el ejército con más galos, esperar instrucciones de Aníbal. En plena noche, levantaron los cartagineses el campo y tomaron la dirección de la vía Flaminia; pero la maniobra fue advertida al amanecer por los romanos, y la caballería del cónsul Claudio empezó a hostigar la retaguardia enemiga cuando la columna apenas había recorrido, remontando junto a la orilla iz-

quierda del Metauro, unos veinticinco kilómetros. Asdrúbal tiene que interrumpir la marcha y establecer un campamento provisional, para lo que se protegió en las laderas de los montículos que bordean el Metauro por ese lado; mas al llegar todo el grueso de las legiones romanas, que en formación de batalla invitaban al general cartaginés a la lucha, éste determinó combatir.

En principio, la estrechez del campo (menos de dos mil metros entre las colinas y el río) y el hecho de que los romanos acabaran de efectuar una apresurada marcha, así como la ausencia de una parte de las tropas, dejadas en el campamento como guarnición, impedía a los romanos obtener ventaja numérica y otorgaba a los púnicos una paridad aceptable. Asdrúbal distribuyó en la derecha a la infantería pesada cartaginesa, junto con los iberos y los lígures, pues la apertura del valle facilitaría su despliegue y podría conjugarse bien con la ofensiva de los elefantes que aún llevaba consigo; en el flanco izquierdo había colocado a celtas y galos (infantes y jinetes), los cuales, al parecer, no estaban en buenas condiciones para afrontar el choque (después de la retirada nocturna, habían abusado de comida y bebida). Cara a la formación cartaginesa los romanos habían situado la infantería de sus cuatro legiones, un cuerpo al mando del cónsul Livio —el ala izquierda—, el otro conducido por el pretor Porcio; el resto de los hombres, con la caballería, quedó dispuesto en el ala derecha, donde las sinuosidades del terreno dificultaban más las evoluciones, a las órdenes del cónsul Claudio.

Por delante de los soldados de la infantería púnica estaban los elefantes, con los que Asdrúbal acometió las filas de Livio y Porcio, seguidos de la infantería pesada, y consiguió hacer mella en la cerrada posición de los legionarios. El desenlace de la batalla permanecía incierto hasta el momento en que Claudio, estimando que los galos del flanco izquierdo cartaginés podían ser contenidos con facilidad, tomó a un grupo de las tropas de a pie y a una parte de la caballería; cruzó por detrás de sus propias líneas y, aprovechando el pasillo que dejaban ambos ejércitos junto al borde del río, se colocó a espaldas del adversario. A favor de la sorpresa y del comprensible descuido en el ataque

que produjo tal acción, la infantería romana del centro rompió la formación púnica y aplastó toda resistencia; cayó también el hermano de Aníbal, batiéndose desesperadamente junto a sus oficiales. El improvisado campamento, en donde permanecía una parte de los galos, fue destruido a sangre y fuego.

Por fin, nueve años después del desastre de Cannas, el ejército romano había sido capaz de obtener un triunfo en toda regla, frente a una gran formación cartaginesa, dentro de la propia Italia (junio-julio del 207). Metauro podía presentarse, sin duda, como el anuncio de un giro nuevo y decisivo en el curso de la guerra, el del ocaso de la amenaza púnica. Restituía la confianza en la eficiencia militar de sus soldados y de sus generales, mostraba a los itálicos de nuevo que no cabía más salida que doblegarse ante Roma. Conjurado, además, el peligro que se cernía sobre Umbría —y, en definitiva, sobre todas las demás regiones si las tropas de los dos Bárquidas hubieran llegado a juntarse—, todo el esfuerzo bélico romano podía concentrarse sobre Aníbal, en el sur de Italia, y en las campañas de Escipión por la Península Ibérica. El cónsul Claudio regresó a su misión de vigilar a Aníbal, el cual había salido de Apulia hasta llegar, según Livio, a *Larinum*, en territorio de los frentanos (con la idea, probablemente, de alcanzar Umbría); Claudio hizo saber a los cartagineses la noticia de la derrota del ejército al que esperaban mediante un singular procedimiento: se dice que llevó consigo la cabeza de Asdrúbal y que mandó arrojarla al campamento enemigo (otros historiadores antiguos refieren que fue fijada en el extremo de un palo).

El ámbito de acción de Aníbal quedó, en lo sucesivo, reducido al Brucio, y la estrategia romana iba a consistir en estrechar cada vez más su libertad de movimientos; no obstante, para el año 206 el número de legiones alistadas todavía se elevó a veinte, porque el mejor sistema para intimar a la obediencia a los aliados y súbditos itálicos, tan tocados a la insumisión por Aníbal, seguía siendo el aparato militar. Los nuevos cónsules, Veturio Filón y Cecilio Metelo, atacaron con cuatro legiones el territorio de *Consentia*, pero dejaron luego que transcurriese su año de

mandato sin intentar ninguna operación en el sector; tanto era, en realidad, el respeto que el Bárquida imponía a sus adversarios. Pero esta situación cambió rápidamente con la llegada a Roma de Escipión, procedente de Hispania.

Escipión había planeado ya trasladar la guerra a África. Profundo conocedor de los medios y recursos cartagineses, pretendía aislar del todo a Aníbal impidiendo que recibiera ayuda por mar (en Locros o en Crotona, que obraban en su poder) desde Cartago. Aunque su proyecto halló la oposición de importantes personajes del Senado, su victoria en las elecciones consulares para el 205 fue tan clamorosa que se le dio como provincia la isla de Sicilia, otorgándole el permiso de combatir, si lo juzgaba oportuno, en África. El Senado no le facilitó, sin embargo, dinero y autorización para reclutar tropas y preparar navíos; sólo le permitió disponer de las dos legiones de servicio en Sicilia —las veteranas de Cannas, transferidas allí como castigo, curtidas en los asedios de Siracusa y Agrigento— y recibir a sus órdenes a quienes se ofrecieran como voluntarios o le confiaran embarcaciones. Al otro cónsul del 205, Publio Licinio Craso, se le encomendaron las operaciones en el Brucio al mando de dos legiones, mientras que las dos del ejército consular que correspondía a Escipión se enviaron a este mismo sector, pero bajo la tutela del procónsul Cecilio Metelo.

Fue ahora cuando Cartago realizó su segundo intento de desviar la presión de los romanos hacia el norte de Italia. El general púnico Magón, hermano de Aníbal, que había pasado el invierno del 206/5 en las Baleares con el ejército sacado de la Península, se dirigió con una escuadra mixta a Liguria; desembarcó en *Genua* (Génova), ciudad amiga de Roma, y se apoderó de ella por sorpresa; llevaba consigo doce mil infantes y unos dos mil jinetes. De allí se trasladó a *Savo* (Savona), en donde los ingaunos le permitieron asentar su base de operaciones en el país lígur. Magón se dedicó a reclutar galos y ligures, y quiso apoderarse de uno de los pasos alpinos que le pondrían en contacto directo con el valle del Po. Roma no llevó a cabo ningún desplazamiento a la lejana Liguria, y se limitó otra vez a asegurar las rutas de

la Cisalpina a Italia reforzando las guarniciones legionarias en *Ariminum* y *Arretium*.

Desde Savona, Magón había remitido varias naves a Cartago con vistas a la defensa de las costas frente a Escipión. Las informaciones que pudo transmitir sobre su posición, valoradas juntamente con las expedidas desde el Brucio por Aníbal, animaron al Consejo cartaginés a organizar dos importantes convoyes con destino, respectivamente, a los cuarteles de uno y otro general. La expedición a *Savo* alcanzó su meta sin novedad; de esta manera, Magón pudo incrementar la milicia en seis mil infantes, ochocientos jinetes y siete elefantes, y dispuso de una cantidad en metálico para financiar gastos y contratar nuevas tropas indígenas. No corrió la misma suerte la flota de cien barcos despachada para socorrer a Aníbal, que transportaba soldados, provisiones y dinero: interceptada en aguas de Cerdeña, el pretor Gneo Octavio capturó sesenta de las naves, con todos sus cargamentos, y hundió veinte; las restantes lograron escapar de vuelta a África.

Los progresos realizados por Escipión en Sicilia afectaron, sobre todo, al arma naval. Trajo desde Etruria treinta naves de guerra, en las que embarcaron siete mil voluntarios, y reparó la flotilla que, desde el comienzo del conflicto, operaba en Lilibeo. Al haberse presentado la oportunidad, gracias a algunos ciudadanos fugitivos, de poder ocupar la ciudad de Locros —el último recinto importante de Aníbal en el Brucio—, Escipión no dudó en acometer la empresa desde su provincia siciliana (invadiendo la competencia de su colega en el Brucio). Envio a su legado Quinto Pleminio, que se apoderó de una parte de las defensas, y él mismo acudió desde Mesina con una flotilla para asistir a la caída de Locros, abandonada por la guarnición púnica cuando Aníbal comprendió que la superioridad romana de fuerzas en todo el territorio haría casi inviable recuperar la plaza mediante asalto o asedio. No quiso el general romano perjudicar a los locrios y dejó que el Senado fijase los destinos de esta comunidad griega (que había suscrito una alianza con Roma antes de la guerra); sin embargo, su legado Pleminio cometió continuos atropellos contra la población y llegó a expoliar el tesoro del templo

de Perséfone. La crueldad y codicia de Pleminio —que tal vez se limitaba a allegar fondos para los planes del cónsul— suscitó incluso una leve sedición, resuelta por el propio Escipión. Pleminio continuó como jefe del destacamento en Locros. El asunto acabó siendo aprovechado por los enemigos de Escipión en Roma, los cuales lograron que al entrar en el cargo los cónsules del 204 se enviara una comisión a Locros, compuesta por el pretor de Sicilia y diez senadores nombrados por los cónsules, acompañados de dos tribunos de la plebe y un edil, para investigar los hechos y resolver en consecuencia. Pleminio y más de treinta cómplices fueron llevados a prisión en Roma, y se satisfizo a los locrios por los robos sacrílegos cometidos; el antiguo tratado de alianza continuó en vigor. Escipión no fue inculpado, pero la condena de Pleminio apuntaba a su responsabilidad indirecta y moral.

Después de haber desembarcado Escipión en África, como luego veremos, la situación en Italia se decanta ya ineludiblemente hacia el lado de los intereses romanos. En el 204, mientras uno de los cónsules, Sempronio Tuditano, sigue a Aníbal en el Brucio, recupera varias ciudades (entre ellas, *Consentia*) e incluso se enfrenta en batalla al Bárquida junto a Crotona, su colega Cornelio Cetego pasa todo su mandato en Etruria, pues en aquel territorio se castigó mediante tribunales a quienes habían roto la fidelidad a Roma. En la Liguria el ejército de Magón no realizó operaciones durante todo el año; pero en el 203 Roma envió cuatro legiones a la Galia Cisalpina, mientras el cónsul Servilio Gémino vigilaba con otras dos, en el valle del Po, los movimientos de los boyos. Magón, que había pasado a Galia, no pudo evitar la batalla, pese a la inferioridad de fuerzas (poseía, probablemente, unos 25.000 hombres frente a cuatro legiones); y aunque los elefantes y la caballería cartaginesa ganaron la partida a los jinetes romanos, el ímpetu de las veteranas legiones se impuso a una infantería muy heterogénea (africanos, iberos, celtas, galos y lígures) y menos adiestrada. No obstante, Magón salvó a una parte del ejército y se replegó hasta Savona. El ejército romano recuperó *Genua*.

Antes de terminar el verano, el gobierno cartaginés reclamó la presencia de ambos hermanos en África. Magón, recién derrotado, embarcó los restos de su ejército en Savona, pero murió, al parecer, durante la travesía a causa de las heridas recibidas en el último combate. Aníbal, que durante los meses finales de permanencia en el Brucio se mantuvo cerca del cabo Lacinio, al sur de Crotona, ordenó construir embarcaciones y, con los aliados itálicos que desearon seguirle (se dice que mató al resto, así como a los caballos que dejaba en Italia), puso rumbo a la costa de Bizacena y desembarcó no lejos de *Hadrumetum*. Antes de partir, como recuerdan POLIBIO (III 33) y el mismo Livio, hizo grabar en el templo de Hera Lacinia una extensa inscripción, en lengua púnica y griega, que contenía la crónica de todas sus acciones y proezas desde que se abrió la guerra.

LOS OTROS ESCENARIOS DE LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA

1. *Los combates en la Península Ibérica (218-206)*

Gneo Escipión, enviado por su hermano Publio desde Masalia a Ampurias después de que Aníbal atravesara el Ródano, apenas encontró resistencia por parte del ejército de Hannón, a quien Aníbal había confiado la administración del territorio comprendido entre los Pirineos y el Ebro. Por tal razón, desde la comarca emporitana los romanos avanzaron de inmediato en dirección a Cesse, el principal asentamiento de los cesetanos, en las cercanías de Tarragona, que servía a los púnicos como depósito; auxiliado por sus aliados indígenas, Hannón resolvió plantear batalla sin esperar a que Asdrúbal viniera con refuerzos desde Cartagena. Fue derrotado y hecho prisionero, junto con el rey de los ilergetes, Indíbil. Y así Asdrúbal se encontró, después de haber cruzado el Ebro, con que ya nada podía hacer por sus compatriotas, mientras Escipión se fortificaba en Tarragona, llamada a convertirse en la gran fundación romana de la Península. Pasado el invierno, Asdrúbal salió de nuevo en campaña hacia el otro lado

del Ebro; paralelamente le seguía, costeando, una pequeña flota de cuarenta barcos mandada por Amílcar. Contando con varias naves de su aliada Masalia, los romanos habían podido reunir treinta y cinco unidades, que se enfrentaron y vencieron a las cartaginesas junto a la desembocadura del Ebro (lograron capturar veinticinco de las naves de Amílcar). A partir de ahora, el dominio ejercido por Roma en los mares hispanos se tradujo en algunas operaciones de castigo y pillaje de las costas al sur del Ebro e incluso, seguramente, de las Baleares. La llegada de Publio Escipión con otros veinte navíos de guerra y ocho mil soldados contribuyó también, en este mismo año 217, a la realización de una expedición por tierra hasta las inmediaciones de Sagunto. La fortificación de Tarragona, a donde volvieron para invernar, había experimentado grandes avances.

La posición de romanos y púnico, separados por el Ebro, quedó estabilizada en la Península durante el 216. Los Escipiones tal vez no quisieron comprometer sus efectivos a la vista de los triunfos constantes de Aníbal en Italia; Asdrúbal, por su parte, tuvo que poner coto a un incómodo levantamiento de los turdetanos. Al año siguiente (215) los Escipiones comenzaron el asedio de una de las poblaciones ligadas con Cartago —es probable que se tratara de Dertosa—, pero debieron interrumpirlo para atajar a Asdrúbal, que apareció desde el sur con un poderoso ejército. Puestos en formación de batalla ambos contendientes, cada uno de los cuales contaba con cerca de 30.000 hombres, la infantería romana pudo romper certeramente el núcleo central de los cartagineses, causando gran mortandad entre los soldados mercenarios y africanos; sólo las alas soportaron la acometida romana, así como la caballería, que sin sufrir muchas bajas prefirió retirarse al comprobar la derrota de los infantes.

La primera gran lucha en Hispania se saldó, por tanto, con el triunfo de las armas itálicas, resultado que a la larga tendría especial trascendencia sobre el desarrollo futuro del conflicto; como que, por una parte, zanjaba cualquier posibilidad de que Aníbal recibiera el auxilio de nuevas expediciones organizadas en la Península Ibérica y obligaba a reservar el potencial cartaginés

de occidente para afrontar este molesto enclave romano, firmemente establecido al norte del Ebro. Por la otra, permitía a los Escipiones demostrar al Senado que una estrategia igual a la anibálica —atacar en los propios dominios de Cartago, minando paulatinamente su capacidad de rearme— era tan necesaria como la acción defensiva, combatiendo en Italia a fondo contra el ejército de Aníbal. Con su victoria, Publio y Gneo habían simplificado el problema bélico, dejándolo reducido a un mano a mano entre las legiones itálicas y el cuerpo de tropas comandado por Aníbal el Bárquida; la atención de las autoridades púnicas ya no podía desentenderse de España y concentrarse en Sicilia e Italia, sino que debería velar por distribuir proporcionalmente sus recursos. Tales eran, verdaderamente, las consecuencias inmediatas.

De hecho, Asdrúbal solicitó a Cartago que le fueran remitidos otros efectivos y obtuvo una estimable aportación militar ligeramente superior en número al contingente que operó a las órdenes de Hannón al norte del Ebro —lo que significa, parece verosímil, que a tales cifras ascendían las pérdidas púnicas en Hispania desde que partió Aníbal—, más veinticinco elefantes y mil talentos de plata. Todo ello, según Livio (XXIII 32), iba a destinarse para acrecentar el ejército de Aníbal; su desvío hacia el dominio hispánico es signo evidente del valor intrínseco concedido a la táctica de liberar y conservar esta gran base económica y humana.

Las unidades de apoyo incorporadas al ejército de Asdrúbal podían haber sido el preludio de una mayor ofensiva cartaginesa de no producirse en África el levantamiento de Sifax, rey de los númeridas masesulios, lo que forzó al gobierno púnico a llamar al ejército de Hispania y reclamar la presencia del propio Asdrúbal. Y esta circunstancia concedió una inesperada tregua a los Escipiones, valiosa en particular porque duró varios años y facilitó no sólo el arraigo definitivo de *Tarraco* como fortaleza central de operaciones, sino también el establecimiento de numerosos pactos con iberos y celtíberos: su concurso como auxiliares se hizo notar tanto en las legiones de España como en las formadas en Italia. Las incursiones de Gneo y Publio al sur del Ebro debieron

de ser frecuentes durante este período (215-212), y entre sus acciones se contabiliza la ocupación de Sagunto y la adquisición de alianzas en las comarcas interiores del dominio púnico hasta la alta Andalucía.

Pero una vez resuelto el problema de Sífax, Cartago volvió a destinar a la Península una importante cantidad de efectivos al mando de Asdrúbal, el hermano de Aníbal, auxiliado por otros dos generales (Magón, hermano de los anteriores, y Asdrúbal Gisgón). Los Escipiones habían decidido invernar en Andalucía y partirse el ejército; Publio se asentó en Cástulo y Gneo en *Urso* (Osuna). En la primavera del 211 las fuerzas púnicas pasaron a la acción, aprovechando la circunstancia de la separación del ejército romano en dos cuerpos de menor entidad; tal vez los Escipiones confiaron demasiado en los mercenarios celtíberos, de los cuales sabemos que abandonaron a Publio antes del enfrentamiento con Gisgón y Magón, pues la forma en que los romanos combatieron parece resultado de la improvisación. En efecto, Publio se hallaba refugiado en el interior de Cástulo y, para evitar que un importante contingente de iberos suesetanos, que venían acaudillados por Indíbil, se uniesen a la columna cartaginesa, salió de la ciudad con la mayor parte de sus hombres en formación de marcha; mas cuando ya había comenzado a hostigar al batallón ibérico, hizo su aparición la caballería nómada e, instantes después, la infantería púnica, perfectamente preparada. Rodeados por fuerzas superiores, muy pocos lograron escapar con vida; Publio Escipión murió durante el combate. Sin pérdida de tiempo, las tropas cartaginesas se encaminaron hasta el emplazamiento del ejército de Gneo, quien, a la vista de todas las unidades cartaginesas —para cercarle se habían dado cita Asdrúbal, Magón y Gisgón—, prefirió retirarse durante la noche de sus cuarteles. Descubierta la huida de los romanos, no costó demasiado a la caballería africana alcanzarlos, y aunque el otro Escipión pudo organizar una momentánea defensa en la falda de un cerro, protegiendo a los hombres con carros y pertrechos, corrió la misma suerte que su hermano al no poder resistir los embates de la infantería cartaginesa e ibérica.

El revés sufrido por los Escipiones en Andalucía fue completo, y sólo unos pocos supervivientes, conducidos por Fonteyo (Publio lo había dejado como comandante en Cástulo), llegaron a cruzar el Ebro y regresaron a *Tarraco*. Quedaba aproximadamente un tercio de los efectivos totales que los Escipiones habían reunido en años anteriores, y los aliados indígenas no debían de ser muchos al lado de los vencidos; todos los puntos de apoyo logrados al sur del Ebro es muy probable que cayeran de nuevo bajo dominio púnico. Sin embargo, ni Asdrúbal ni sus ayudantes tuvieron el arrojo de reconstruir la antigua provincia de los Pirineos al Ebro y se dedicaron a consolidar su presencia en el interior de Celtiberia. Roma, en cambio, no tardó en destinar a la Península a un comandante con experiencia, a fin de asegurar la obra emprendida por los Escipiones; y como la rendición de Capua había dejado libres a varias legiones, se formó un pequeño ejército de doce mil infantes (la mitad de ellos, aliados) y mil cien jinetes y se nombró al propretor Claudio Nerón para conducirlo a España. A finales del verano del 211 desembarcó en Tarragona, y todos los indicios apuntan a pensar que Claudio adoptó una política puramente defensiva, sin efectuar más movimientos que los necesarios para rechazar los contactos de los cartagineses con las tribus ibéricas de Cataluña y aumentar la fortificación de la ciudad y puerto de Tarragona.

2. *Las conquistas de Escipión Africano en Hispania. Toma de Carthago Nova (209)*

Para asumir el mando en España durante el 210 fue elegido en los comicios el joven Publio Cornelio Escipión. Su edad, veinticuatro años, y su corta experiencia militar, así como el hecho de que sólo hubiera desempeñado hasta entonces el cargo de edil curul, desaconsejó al Senado proceder a su designación directa como procónsul, rompiendo las normas que regulaban el ejercicio de las magistraturas. Pero traspasada la decisión al foro popular, los comicios no dudaron en investir al hijo de Publio Escipión con un proconsulado, pese al inconveniente legal, para diri-

gir la guerra en la Península Ibérica. A los ojos de sus partidarios, Escipión atesoraba ya un buen conocimiento de las artes bélicas después de combatir varios años en Italia frente a los cartagineses; era disciplinado y decidido, por lo que cabía esperar de él una forma de orientar el conflicto mucho más ofensiva que la mostrada por los comandantes que se sucedían en Italia; y podía, por último, hacer valer en España ante los soldados el prestigio de Publio y Gneo, fundadores de *Tarraco*, y los vínculos personales cerrados por su familia con los jefes indígenas a ambos lados del Ebro.

En la segunda mitad de ese mismo año arriba Escipión al puerto de Ampurias con las tropas que se le ha permitido reclutar de las legiones licenciadas de Campania. Son, en total, diez mil infantes y mil jinetes; viene como su lugarteniente, con rango de propretor, Junio Silano, nombrado por el senado. Con tales refuerzos, más los auxiliares iberos que se le suman, los efectivos romanos de España se elevarán a cuatro legiones. Escipión despliega desde su llegada una intensa actividad conducente no sólo a disponer de un ejército obediente y muy bien entrenado, sino además a ganarse la confianza y cooperación, mediante pactos o por dinero —había obtenido en Roma cuatrocientos talentos para financiar sus operaciones—, de los pueblos ibéricos, que en algunos casos habían sido objeto de excesivos gravámenes por parte de los púnicos. Seguramente, sus adversarios no calculaban que, después de los golpes asestados a Publio y Gneo, los romanos pudieran reponer muy pronto las bajas habidas, y todavía menos, a tenor de las noticias que Cartago poseía sobre la estrategia de rehuir la batalla frente al ejército anibólico, que se aventuraran a una gran expedición más allá del Ebro. Y eso es precisamente lo que realizó Escipión.

Los tres generales cartagineses habían fijado los cuarteles de invierno en lugares distintos: Asdrúbal estaba en Carpetania, casi en el centro de la Península; su hermano Magón custodiaba la franja del estrecho de Gibraltar, a cierta distancia de Gades; y Gisgón, a su vez, había llegado al Atlántico, junto a la desembocadura del Tajo, tal vez para tratar con las tribus lusitanas y

ampliar el dominio suroccidental púnico. Escipión debía poseer buenas informaciones sobre tales posiciones, porque al comenzar el buen tiempo en el 209 se lanzó a una campaña contra el punto vital del imperio púnico español, la ciudad de *Carthago Nova*. Rapidez y sorpresa, tales fueron los resortes que proporcionaron la ventaja al joven general. En una marcha relámpago, Escipión conduce desde la región tarraconense hasta las puertas de Cartagena a un ejército de tierra compuesto por 25.000 infantes y 2.500 jinetes, mientras venían navegando a vista del litoral treinta y seis navios capitaneados por Gayo Lelio. La seguridad del emplazamiento elegido por los púnicos para situar la ciudad era casi óptima, pues aquélla se alzaba sobre un gran promontorio rodeado por las aguas del mar y de una laguna interior y unido al resto del terreno a través de un istmo; el recinto urbano estaba protegido con un circuito amurallado. La guarnición dejada por Asdrúbal era, desde luego, demasiado escasa para afrontar un asedio masivo y continuado, desde el momento en que sus componentes solamente eran tres mil soldados (con un claro predominio de los nativos iberos), más 18 barcos, no todos ellos aptos para la lucha.

Escipión dispuso el campamento romano formando una línea que cerraba el istmo, y lo fortificó de manera que soportase mejor un eventual ataque de quienes vinieran a socorrer la ciudad, sin preocuparse demasiado de cualquier salida imprevista de los sitiados. El comandante púnico de la plaza, un tal Magón, envió a dos mil soldados de los indígenas armados para la defensa a ocupar una eminencia en el istmo, posición importante para evitar que los romanos operasen en aquella parte de la muralla que miraba hacia su campamento, pero la temeraria acción fue radicalmente cortada por la infantería romana; tuvieron que regresar desordenadamente a Cartagena y poco faltó para que, en plena confusión, los legionarios lograran franquear también las entradas del bastión. Entonces se llevó a cabo un asalto a ese muro principal, pero la solidez del mismo y la eficaz intervención, esta vez, de la milicia de Magón, obligó a desistir a los romanos.

La experiencia fue aprovechada por Escipión para poner en práctica un nuevo plan. El joven general romano conocía ya que durante la marea baja descendía el nivel de las aguas en el sector de la laguna y cerca de la bahía, por lo que concibió un ataque combinado de todos sus contingentes; y mientras una parte de los soldados repetía el intento de escalada sobre la muralla del istmo, los demás pudieron ganar desde las naves, dispuestas en torno al promontorio, las mínimas playas dejadas por el mar y acometer los muros en donde apenas existía vigilancia. La empresa se desarrolló con bastante facilidad, porque los asaltantes transportados por mar superaron en seguida las fortificaciones menores de aquel sector y desde dentro de la ciudad se hicieron rápidamente con el dominio de la situación, consiguiendo la entrada de quienes pugnaban por conquistar las murallas más altas. La ciudad fue sistemáticamente saqueada y la guarnición pasada a cuchillo, excepto Magón y una serie de notables, que se rindieron en el alcázar a condición de salvar la vida. La población indígena de la ciudad y del territorio, que estaba en situación de dependencia respecto a los púnicos, no sufrió daños ni represalias.

La toma de *Carthago Nova* por Escipión, sin que ninguno de los ejércitos cartagineses estacionados en la parte meridional de la Península tuviera tiempo para reaccionar, trajo numerosas consecuencias en la evolución de la guerra y marca el inicio del derrumbamiento del imperio creado por los Bárquidas en occidente. Privó a sus adversarios de una base militar y económica de primer orden, y dispuso todas esas circunstancias en favor de la causa romana. Los cartagineses perdieron su mejor puerto para comunicar con las Baleares y Cartago, así como los importantes astilleros y otras industrias con proyección militar; los dos mil operarios que trabajaban en la ejecución de armamento—desde el más ligero hasta grandes máquinas— y en la construcción naval pasaron a servir al ejército romano. Escipión se apoderó también de grandes cantidades de material allí almacenado (maderas, velas, cuerdas y maromas de esparto, armas y otros bagajes), junto con una cifra extraordinaria de provisiones en cereal (casi dos millones y medio de litros de cebada, y unos

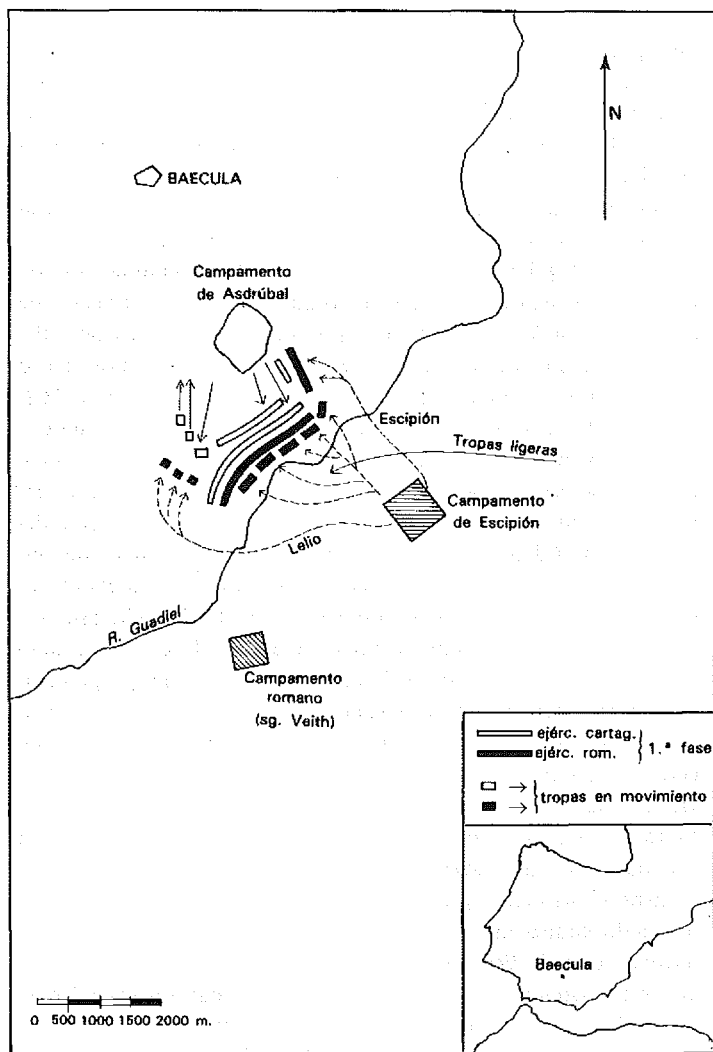
360.000 litros de trigo)¹¹. Consiguió, además, un enjundioso botín en oro y plata (unos tres talentos de oro y 175 de plata), que debió incrementar con la ocupación de las minas argentíferas del distrito de Cartagena, puesto que ingresó en el erario romano la cantidad de 600 talentos de plata (equivalente a 20.000 kilos). Todos los terrenos explotados por los púnicos se convirtieron en posesión romana, así como las salinas y los obradores de salazón de pescado.

Publio tuvo incluso la fortuna de encontrar con vida a trescientos rehenes de ambos sexos entregados por distintos pueblos ibéricos en garantía de los pactos u obligaciones impuestas por los generales cartagineses. Tanto con ellos como con la población oriunda del territorio se comportó Escipión políticamente: a los primeros los devolvió sin rescate a sus poblaciones, ganándose la inclinación de algunas tribus iberas de la costa y del interior; a los segundos les restituyó una cierta autonomía y muchas de sus antiguas tierras. A los cautivos africanos los redujo, en cambio, a la esclavitud, e irían, seguramente, a engrosar las filas de los adscritos a las minas; Magón y diecisiete senadores púnicos fueron llevados a Roma como prisioneros de calidad. El ejército romano de la Península se había hecho con la cabeza de puente necesaria para invadir con éxito Andalucía —lo que faltó a los otros Escipiones y determinó su fracaso— y ahora también dominaba el litoral hispano desde Tarragona a Cádiz. Cartagena vio reforzados sus baluartes en los sectores más débiles y recibió una sólida guarnición de legionarios; en cualquier caso, la preponderancia naval romana hacía ya muy difícil que la ciudad pudiera ser recuperada por el ejército púnico destacado en España. Escipión regresó sin tropiezos a Tarragona, a fin de invernar.

3. Batallas de Baecula e Ilipa (208-207)

En los meses posteriores a la caída de *Carthago Nova*, tanto en el camino de regreso hacia el otro lado del Ebro como en

¹¹ Y dichas cantidades deberíamos duplicarlas si tuviéramos la certeza de que la medición se hizo con modios castrenses, cuya capacidad era equivalente a dos modios normales del ámbito civil.



Batalla de Baecula (208 a. C.)

la propia sede tarraconense, Escipión fue recibiendo las muestras de agradecimiento de distintos jefes y régulos locales, con muchos de los cuales estableció tratados de amistad y colaboración militar; de este modo los romanos se procuraron, a cambio de sumas de dinero y de ofrecer su protección, la incorporación a sus filas de un considerable número de batallones hispanos. Entre los dinastas que abrazaron ahora las enseñas de Roma, a la vez que se separaban de los púnicos, estaban Edescón, rey de los edetanos, y los caudillos ilergetes Indíbil y Mandonio. El crecimiento que experimentaron sus tropas mediante la afluencia de auxiliares y la favorable acogida que, sin duda, anunciaron a Escipión los iberos de la alta Andalucía, indujeron al ya prestigioso general a ponerse de nuevo en campaña en la primavera del 208, y aprovechó por segunda vez el hecho de que los tres cuerpos de ejército cartagineses, aunque debían de estar intactos, seguían manteniéndose con independencia y a relativa distancia entre cada uno de ellos (es seguro que Asdrúbal se encontraba cerca del altiplano de Cástulo y Gisgón en la comarca gaditana; Magón, al parecer, acampaba no lejos del anterior, bien en el medio Guadalquivir, bien en la costa onubense o en la malacitana).

Con un total de cuatro legiones, como en la campaña anterior, Escipión se adentró por la comarca castulonense, repitiendo tal vez el itinerario hacia el valle del Guadalquivir ya cubierto años antes por su padre y su tío, mientras Asdrúbal seguía de cerca al ejército romano puesto que debía guarecer las explotaciones mineras y distraer a Escipión del camino de la Bética en tanto no llegara alguno de los otros dos comandantes. Pero el procónsul no quiso darle tiempo y buscó de prisa la ocasión de contrastar sus fuerzas, hasta el punto de proyectar la batalla acometiendo contra una posición superior. Asdrúbal ocupaba una altitud, cerca de *Baecula* (Bailén), que dominaba la vertiente hacia el río Guadiel, y al pie de esa defensa natural organizó la formación de sus milicias inducido, según POLIBIO (X 37), por sus aliados indígenas. La maniobra de Escipión había consistido en lanzar hacia el campamento púnico a las tropas ligeras de la infantería para atraer sobre ellas al contingente central de los

cartagineses, y cuando el enemigo suponía que la infantería pesada de las legiones irrumpiría por detrás de esa primera oleada, Publio dividió con pericia a lo mejor de sus legionarios y cargaron por uno y otro flanco, envolviendo a las alas del ejército de Asdrúbal. Desprevenido frente a estos dos ataques laterales, que dirigieron Escipión y Lelio respectivamente, y al darse cuenta de que no todos los hombres estaban desplegados, decidió ceder el campo antes de insistir en una lucha cuyos preliminares, resultaba obvio, no le favorecían.

De manera ordenada, Asdrúbal recuperó la posición defensiva y emprendió la retirada de todo su ejército, dejando el campamento en poder de Escipión. Si consideramos que después del episodio de *Baecula* las fuentes antiguas no acaban de transmitirnos ninguna noticia sustancial sobre los progresos de Escipión, habrá que concluir que el saldo real de esta inconclusa batalla fue más efectista que positivo. Asdrúbal pudo haber perdido, ciertamente, algo de su prestigio e influencia entre los hispanos, pero el grueso de sus efectivos, incluidos los elefantes, estaba a salvo y en disposición de agruparse con los cuerpos mandados por Magón y Gisgón; las cifras de ocho mil muertos y doce mil prisioneros, transmitidas por los historiadores favorables a Roma, son absolutamente ficticias. Escipión, por su lado, logró dar nuevamente pruebas de diplomacia permitiéndose indulgencia con las poblaciones ibéricas que habían luchado junto a Asdrúbal, y se vio sorprendido porque aquéllas resolvieron otorgarle el tratamiento de rey, honor que declinó en favor del título de *imperator*, con que fue saludado por el ejército. ¿Qué otros avances anotó, al margen de estas satisfacciones? Ninguno que sea perceptible, pues, ya conservara su acuartelamiento en *Baecula*, como quiere POLIBIO (X 40), ya se retirara a Tarragona antes de que los generales púnicos conjuntaran sus fuerzas, como refiere LIVIO (XXVII 20, 3), la verdad es que no llegó a estorbar los planes ideados por Asdrúbal para, sin que el equilibrio militar dentro de la Península sufriera grandes alteraciones, poner en marcha una segunda expedición desde España hasta el norte de Italia.

Y así, según vimos antes, Asdrúbal no tuvo problemas para contratar mercenarios celtíberos y vascones, evitando acercarse a los territorios del medio y bajo Ebro, y cruzó los Pirineos por los pasos occidentales. La causa de que Escipión permaneciera replegado sobre sus bases más seguras quizá deba encontrarse en el hecho de que, conociendo los preparativos y —de forma más inconcreta— los movimientos de Asdrúbal, no sospechaba que aquéllos tuviesen como último objetivo la propia Italia, sino que había calculado que el hermano de Aníbal podía iniciar una ofensiva hacia el Mediterráneo entrando por las comarcas aragonesas. La salida de Asdrúbal de la Península no produjo, en todo caso, un debilitamiento prolongado del ejército cartaginés; los dos cuerpos restantes sumaban un total de tropas incluso superior a las de Escipión, si tenemos en cuenta que no habían cesado de alistar mercenarios (baleares, lusitanos y celtíberos). A ello se añadía la llegada de un nuevo comandante para suplir a Asdrúbal, Hannón, que había traído consigo más unidades de soldados africanos.

Después del invierno del 208/7 los romanos sabían perfectamente que Asdrúbal se encaminaba hacia el Ródano y pretendía repetir la operación de Aníbal, y Escipión había transmitido la noticia al Senado. No es de extrañar, por tanto, que el joven Publio determinara valerse de esta ausencia para organizar una sólida campaña contra el dominio cartaginés en la Hispania meridional. Como Magón estaba ahora instalado entre los celtíberos de la Meseta, Escipión mandó a su encuentro al propretor Junio Silano con órdenes de mantener ocupadas a aquellas unidades del ejército púnico. Silano hostigó a los celtíberos aliados de los púnicos con bastante éxito, y sorprendió en un ataque a Magón y a su colega Hannón, que cayó prisionero de los romanos; sin embargo, no logró retener por mucho tiempo al grueso de la columna cartaginesa, que abandonó con Magón el centro de la Península y descendió hasta Andalucía, reuniéndose con Gisgón en las proximidades de Cádiz. El legado de Escipión siguió también los pasos de su adversario y, después de haber incorporado a

sus filas a bastantes auxiliares indígenas, alcanzó a la expedición de Publio en Cástulo (verano del 207).

Finalmente, Escipión se aventura a penetrar por la vía del Guadalquivir a la búsqueda de las fuerzas cartaginesas, que habían dejado el abrigo de Cádiz y estaban acampadas cerca de la ciudad de Ilipa (probablemente, hacia la parte de Carmona); el general romano capitaneaba un ejército de 45.000 soldados de infantería y tres mil jinetes. Cuando conoció el emplazamiento de los púnicos, no dudó en iniciar las labores de acondicionamiento del campamento romano frente al del enemigo (en el que se alojaban unos 50.000 infantes y cuatro mil jinetes, según las estimaciones más razonables). La caballería cartaginesa, guiada por Magón y por Masinisa, trató de entorpecer la ejecución del atrincheramiento romano, para dar tiempo a la intervención, si parecía oportuno, de la infantería; pero Escipión preparó el contraataque de su propia caballería y obligó a los jinetes púnicos y nómadas a desistir. De esta forma, entre el campamento romano y el de los africanos existía un dilatado espacio intermedio en el que, casi cotidianamente, se producían roces de la caballería y de la infantería ligera de ambos bandos; a menudo, los cartagineses iniciaban muy temprano estas evoluciones, colocando en formación a la infantería pesada púnica en el centro, y a los aliados hispanos en los flancos. Los romanos hacían a continuación otro tanto, y disponían a sus legiones en medio, a los auxiliares en las alas.

Debido a la escasez de provisiones y a la dificultad de reabastecerse, Escipión se inclinó a medir definitivamente sus fuerzas con el enemigo. Ordenó, una mañana, salir del campamento en orden de batalla antes de que los púnicos hubieran siquiera tomado algo de alimento, y éstos aceptaron el desafío, formando según habían ensayado en días pretéritos, pues estimaron que se trataba sólo de practicar las clásicas demostraciones matutinas. Pero Escipión había trastocado las posiciones y situó a los auxiliares ibéricos en el centro, mientras que por los flancos atacaban los soldados legionarios de armamento pesado dirigidos, en el ala izquierda, por Junio Silano y Marcio Séptimo, en el ala dere-

cha por el propio Publio. Los aliados de los cartagineses, sorprendidos y debilitados en el esfuerzo contra las mejores tropas de Escipión, se vieron claramente superados y tuvieron que ir cediendo el campo al cabo de unas horas; el centro del ejército púnico, con la infantería pesada, tampoco fue capaz de romper, como ya sucediera a los romanos en Cannas, la débil formación de los auxiliares iberos y celtíberos de Escipión, que combatían en cuña manteniéndose ligeramente retrasados. Fueron, pues, las alas el factor decisivo en la victoria, y en este caso no se produjo ninguna intervención notable de la caballería; y visto el desorden que imperaba en el núcleo de su infantería africana, más atenta a la entrada de los legionarios por los lados que al combate frontal, Gisgón optó por anunciar la retirada, que aún podía efectuarse bajo control.

La superioridad de Escipión en Ilipa no se tradujo, realmente, en un triunfo rotundo, porque los generales púnicos abandonaron oportunamente el campamento y salvaron al grueso del ejército; sólo los indígenas que desertaron fueron fácil presa de los romanos. Gisgón y Magón alcanzaron la costa y condujeron a todos los efectivos, por mar, hasta Cádiz. Sin embargo, la fuga precipitada de los cartagineses dejaba desguarnecida toda la Bética y equivalía, de hecho, a una derrota militar de graves consecuencias. A partir de ahora, y durante el año 206, una serie de poblaciones turdetanas e iberas reconocieron sin lucha la soberanía romana; en otros casos, la sumisión fue resultado del asedio y conquista de las ciudades por parte del ejército de Publio (Iliurgi, ante cuyos muros fue herido Escipión; Cástulo, cuyos habitantes cedieron después de eliminar a la guarnición púnica) o de las tropas confiadas a Marcio (Astapa, que protagonizó una resistencia saguntina, pues sus defensores prefirieron morir en la hoguera antes que entregarse). Hubo incluso algún tímido intento de acercarse a Cádiz, pero Magón, que tenía el mando supremo desde que Gisgón había regresado a Cartago, no se dejó sorprender y permaneció al amparo de esta gran plaza fuerte. En una de las contadas salidas que efectuaron las tropas, mandadas por uno de sus lugartenientes (Hannón), sufrieron un revés

ante las fuerzas de Marcio; sin embargo, las naves de Aderbal lograron impedir que una pequeña escuadra romana, capitaneada por Lelio, cruzase el Estrecho; después de su fracaso, Lelio se retiró a Cartagena. La política de Escipión en Hispania, que reflejaba las instrucciones del Senado, empezaba ya a manifestarse como la del implacable Estado que sistemáticamente tomaba el lugar de los Bárquidas y de Cartago para apropiarse de los recursos de la Península y establecer contribuciones en dinero y hombres tan gravosas como las de sus adversarios.

Los problemas engendrados mediante ese tipo de actuaciones pronto se hicieron evidentes y reclamaron todas las energías de Escipión. Por una parte, el general romano tenía que mantener las exigencias tributarias sobre las ciudades hispanas sujetas —e incluso aliadas— para hacer frente a los gastos militares, y las insuficiencias generadas en tal área ya habían conducido a un motín de los ocho mil legionarios acuartelados cerca del Júcar, que exigían los atrasos de la paga. Mas, por la otra parte, las exacciones efectuadas y el convencimiento de que los comandantes romanos no respetaban, en muchos casos, la autonomía pactada, fomentaron un sinfín de resquemores, aprovechados, como es lógico, por los púnicos. Los reyes ilergetes Indibil y Mandonio se pusieron a la cabeza de una sublevación que, en poco tiempo, aglutinó a la mayor parte de las tribus ibéricas al norte y al sur del Ebro y llegó también a recibir la ayuda de algunos pueblos celtíberos; Magón había cooperado, parece ser, al éxito de este movimiento. Escipión tuvo que dedicar su ejército a combatir a los insurrectos, cuyas fuerzas de a pie rondaban los veinte mil hombres (junto con un número algo inferior de jinetes); mediante un golpe táctico, impidió la conjunción de la infantería de Indibil con la caballería e infligió a sus adversarios iberos, armados a la ligera, una grave derrota. Los jefes de la revuelta se vieron constreñidos a solicitar de nuevo la amistad con Roma, y Escipión obró aquí con más prudencia que en Andalucía, pues no tomó prisioneros ni rehenes, ni devastó los reinos. Permitió que los príncipes y caudillos siguieran ejerciendo su autoridad y teniendo sus propias tropas, aunque debieron pagar una cuan-

tiosa suma por los gastos de la campaña, y ese dinero fue destinado por Publio a los sueldos de las legiones.

Todavía Magón realizó el esfuerzo de lanzar un ataque por sorpresa contra Cartagena en plena noche, pero la guarnición romana se bastó para impedirlo, y el general cartaginés no quiso exponerse a un asedio para el que no contaba con suficientes recursos navales.

La estancia de Escipión en la Península termina, coronando sus éxitos, con la integración de Cádiz en la órbita romana. Desde los días siguientes a la batalla de Ilipa, Publio había tratado, por diversos medios, de ganarse a los gaditanos ofreciendo sustanciosas ventajas en la futura relación con Roma si dejaban de colaborar con los cartagineses. Tales propósitos se vieron favorecidos por el hecho de que Cartago hubiera decidido a su vez abandonar la Península y concentrar los efectivos hispanos en Italia, por lo que ordenó a Magón que preparara el traslado de sus tropas y reuniera la mayor cantidad posible de dinero, y esto le llevó a cometer numerosos excesos con los bienes oficiales y privados de la población gaditana. Cuando el hermano de Aníbal conoció la noticia —después de la fracasada operación contra *Carthago Nova*— de que Cádiz maduraba la defección, regresó de inmediato hacia allí, pero como Magón había cometido el error de retirar a todos los soldados de guarnición en la plaza, la ciudad se negó a acogerlo. Los cartagineses se vengaron en las personas de los magistrados que habían salido a parlamentar; luego, renunciaron al asedio y Magón puso rumbo con la flota a Baleares. Según vimos, al acabar el invierno del 205 navegó hasta Liguria.

Cádiz negoció entonces con Marcio, el lugarteniente de Escipión en el sur, y obtuvo la concesión de un tratado de alianza en condiciones muy favorables (206), puesto que el *foedus* reconocía la autonomía plena de la ciudad y decretaba su exención de todo impuesto. Su estatuto de ciudad federada otorgó a los comerciantes gaditanos grandes ventajas económicas dentro del Mediterráneo, cada vez más controlado por Roma. Antes de partir para Italia, Escipión realizó la fundación de la ciudad de *Itali-*

ca con el objeto de instalar a los veteranos de sus legiones, lo que muestra claramente cuál era el destino que Roma reservaba a los antiguos dominios de los Bárquidas. Cumplida la misión que doce años antes habían proyectado Gneo y Publio Escipión, privar a Aníbal de los auxilios de Hispania y abatir a los ejércitos cartagineses de la Península Ibérica, el Senado romano no querrá desalojar unas nuevas provincias cuya posesión se presumía, con razón, cargada de beneficios.

4. *La campaña africana y el fin de la guerra (204-201)*

Durante su consulado del 205, que pasó entre Sicilia y el sur de Italia, Escipión organizaba ya el futuro traslado del ejército al África, como anteriormente señalamos. Según la tradición, después de la batalla de Ilipa el propio Escipión habría mantenido contactos con Sifax, rey de los númidas masesulios, y habría visitado *Siga* (Orán), capital de sus dominios, para convencerle de las ventajas de establecer una alianza con Roma; su interés por desarrollar una política anticartaginesa en el norte de África seguía vivo cuando llegó a Sicilia, y Publio se propuso explotar esta vez los rencores que separaban a Masinisa y los púnicos. De ahí que en el 205 enviara desde la isla hasta la costa de África una flota, conducida por Lelio, que hostilizó el territorio de Hipona; durante esta incursión el legado de Publio tuvo la oportunidad de ver a Masinisa y sellar una serie de acuerdos que luego influirían directamente en las últimas batallas.

Por fin, en el 204, pudo Escipión conseguir que el Senado le asignase el mando militar en África y dos legiones. Publio se embarcó, con un ejército de unos 25.000 hombres, en cuatrocientas naves de transporte, a las que escoltaban cuarenta barcos de guerra, y tocó tierra en las cercanías de *Utica*. Allí levantaron los romanos el campamento y, sin pérdida de tiempo, iniciaron el asedio de la ciudad por tierra y por mar. Los defensores de Útica resistieron bien todos los ataques hasta la llegada de las tropas númidas y cartaginesas que fueron enviadas, a las órdenes de Asdrúbal Giscón y de Sifax, en su auxilio. Como el número

de fuerzas enemigas, sobre todo de caballería, era bastante superior, Escipión tuvo que replegar su ejército hacia una estrecha lengua de tierra que le garantizaba las imprescindibles comunicaciones con el mar; sobre esta península estableció sus cuarteles de invierno (*Castra Cornelia*), que fueron perfectamente abastecidos por vía marítima desde Cerdeña, España y Sicilia.

Sin embargo, la situación no era nada propicia para los planes del joven general romano, puesto que se veía reducido a la inactividad, estaba sólidamente vigilado por sus adversarios, podía en cualquier momento encontrarse aislado por mar —si los púnicos desataban una seria ofensiva naval—, y no resultaba fácil ocultar al Senado la ausencia de progresos. Cabía la posibilidad de que la campaña perdiera todo sentido para las autoridades romanas, a la vista de que Cartago la había neutralizado y Aníbal todavía amenazaba el sur de Italia, y se tomara la decisión de retirar las tropas o sustituir a su comandante. Escipión entró, así pues, en tratos con Sifax para atraerlo a la causa romana, sin alcanzar ningún resultado positivo; modificó entonces su estrategia y realizó propuestas de paz a los cartagineses, a resguardo de un armisticio, utilizando como mediador al propio Sifax. Tanto éste como Gisgón creyeron en la seriedad del intento —probablemente Escipión decía obrar en nombre de Roma—, llegando a sugerir determinadas condiciones y concesiones como parte del futuro tratado, pero Publio sólo pretendía distraer su atención. Al acercarse el fin del armisticio, Escipión hizo saber a sus oponentes que él admitía los términos de la propuesta púnica, pero sus consejeros no eran partidarios de ello; mientras tanto, preparaba un golpe súbito contra el ejército cartaginés, que ejecutó en seguida. Sacó a sus hombres durante la noche y los dispuso en torno a los campamentos de Gisgón y de Sifax; con una parte de los soldados y de la caballería, Lelio y Masinisa prendieron fuego a las instalaciones del campamento de los númidas, y cuando los cartagineses abandonaban su campamento para socorrer a los hombres de Sifax, sin sospechar que se trataba de un ataque romano, los legionarios de Publio incendiaron también las tiendas de los púnicos. Escipión deshizo a más de

la mitad de las fuerzas enemigas, aunque los dos generales pudieron escapar con algunos de los suyos (primavera del 203); luego reemprendió el asedio de Útica.

La cercanía del ejército romano respecto a Cartago y la libertad con que podía operar obligó a las autoridades púnicas a extremar su vigilancia, reorganizando nuevos contingentes que oponer a Escipión. La reciente llegada de cuatro mil mercenarios celtíberos y los refuerzos aportados por el reino númida habían permitido reunir al sur de Útica, en una zona del valle del Bágrada conocida como los Llanos Grandes, un cuerpo militar de unos quince mil hombres que esperaban, a cierta distancia del teatro de batalla, recibir su plan de acción. Pero Publio Escipión, que debía poseer informaciones exactas sobre los movimientos de Sifax y Gisgón merced a las gentes de Masinisa, no quiso concederles respiro: tomó consigo a la mitad de sus efectivos y en una rápida marcha de cinco días avistó a las unidades del ejército cartaginés, y ambas partes se aprestaron al combate. Las formaciones de batalla fueron muy similares, con la infantería pesada en el centro y las tropas de caballería distribuidas en las alas. Lelio venció en su flanco a los jinetes númidas de Sifax, y Masinisa derrotó asimismo a la caballería de Gisgón en el otro lado; Escipión encontró gran resistencia en la infantería de los celtíberos, pero acabó aniquilándola por completo gracias a una maniobra táctica, pues sorprendió por los flancos a los mercenarios hispanos, ocupados en rechazar a los legionarios de la línea de choque, con la irrupción repentina de los veteranos de la segunda y tercera fila de los manípulos.

Tras la derrota en los Llanos Grandes del Bágrada, los cartagineses huyeron hacia su capital, y los númidas se retiraron hacia el oeste, para refugiarse en su territorio. Escipión resolvió entonces dividir a su ejército, y envió a la columna compuesta por la infantería ligera y casi toda la caballería en persecución de estos últimos. Lelio y Masinisa, comandantes de la misma, se adentraron en Numidia y no sólo tuvieron la fortuna de hacer prisionero al rey Sifax, sino que además capturaron una de las principales ciudades del reino, *Cirta* (la posterior Constantina),

que les abrió sus puertas. Escipión regresó a la costa, y no pudo evitar que la flota de Cartago atacara a las naves ancladas en la península de *Castra Cornelia*, apoderándose de sesenta embarcaciones; renunció entonces a mantener el cerco de Útica y trasladó todos sus efectivos a *Tunes* (Túnez), a la vista ya de Cartago, en el otoño de ese año.

Por primera vez, el peligro rondaba los muros de la capital del imperio cartaginés. Ausentes Aníbal y Magón, con el ejército de África malparado por los últimos choques con Escipión y privado del importante concurso de la caballería de Sifax, una buena parte de la aristocracia púnica, alentada por los adversarios de los Bárquidas, convenció a la población de la necesidad de negociar. El Consejo de Cartago envió al campamento romano una delegación de treinta miembros, y Escipión acordó con ellos un armisticio, para tratar de la paz, a cambio de que durante ese tiempo abonasen el doble de la soldada a sus legiones. Como Roma autorizó a Publio a fijar las condiciones del tratado, aquél decidió que Cartago quedaría reducida al territorio de las antiguas colonias fenicias, hasta *Leptis Magna*, respetando la autonomía de las tribus y no reclutando mercenarios líbicos; debería renunciar a toda posesión en la Península Ibérica y en la Galia, retirar a sus ejércitos de Liguria y de Italia y reconocer los derechos de Masinisa al reino númida; tendría que pagar una indemnización de guerra de cinco mil talentos y entregar a los prisioneros y desertores romanos, y no podría disponer en el futuro más que de veinte naves (treinta según *APIANO, Lib. 32*).

Cartago dio su visto bueno a tales propuestas y remitió una embajada a Roma para ocuparse de la conclusión de la paz. Durante su estancia en la Urbe, Magón y Aníbal recibieron la orden de regresar y abandonaron con sus últimas tropas, respectivamente, la Liguria y el Brucio. En el invierno del 203-202 el Senado y el pueblo romano ratificaron las condiciones establecidas por Escipión, por considerarlas adecuadas y ventajosas. Aníbal había establecido sus cuarteles en *Hadrumentum*, manteniéndose a una distancia prudencial de Cartago y del campamento romano de *Tunes* (tres días de marcha), y había instalado allí mismo al

ejército de Magón, repatriado desde el país lígur. Fue entonces cuando, mientras regresaban de Roma los embajadores púnicos con las noticias de la confirmación de la paz, se produjo un incidente que condujo a la ruptura de todo lo acordado. Según la única versión que conservamos, una flotilla romana de naves de carga naufragó en el golfo de Cartago y la población púnica se apoderó de las embarcaciones y de todos los víveres que transportaban; del campamento romano salió una delegación para reclamar a las autoridades cartaginesas la devolución de naves y mercancías, pero la mayoría del pueblo, castigado por la escasez, se negó a entregarlas y a punto estuvo de detener a los legados romanos. Escipión no tuvo más remedio, ante esa flagrante contravención de la justicia, que declarar rota la tregua y reanudar las hostilidades. Parece, sin embargo, obvio que esta explicación de los hechos, creada por una fuente romana, es demasiado sencilla y favorable al vencedor como para no levantar sospechas; y por otros indicios cabe presumir que detrás de la reapertura de la guerra se esconden motivos políticos —latentes en ambos bandos: Roma y sus oligarquías, los Bárquidas y el gobierno cartaginés—, que acabaron por generar un desacuerdo final sobre la aplicación de los términos del tratado.

5. *La batalla de Naraggara* (202)

Los dos grandes adversarios, Escipión y Aníbal, se preparan por fin para un enfrentamiento decisivo, que el primero no desea realizar antes de haber recibido los refuerzos prometidos por Masinisa. A la espera de la caballería númida, el general romano se desplazó hasta el valle interior del Bágrada, para expugnar los territorios y ciudades vecinos de Numidia; y al final del verano también Aníbal se puso en marcha desde Adrumeto hacia el oeste, acampando cerca de la ciudad de *Zama*. Ciertamente, el ejército cartaginés tampoco podía contar con la ayuda de Vermina, hijo y sucesor de Sifax al frente de los númidas masesilios, pues ocupado como estaba en la defensa del reino frente a Masinisa no había atendido a los llamamientos de Aníbal; no obstan-

te, el Bárquida capitaneaba un contingente de casi 50.000 hombres y sabía que, en ausencia de los númidas, o si podía evitar que Masinisa se reuniera con Escipión, el triunfo se inclinaría de su parte. No dudó, pues, en seguir desde *Zama* a los romanos cuando aquéllos partieron hacia el territorio de *Naraggara*, entre los ríos Bágrada y Mutul, con la intención de encontrar lo más pronto posible a su valioso aliado númida. Aníbal levantó su campamento cerca del romano, en un punto que desconocemos de la comarca de *Naraggara*, e inició los preparativos del combate, tal vez después de haber fracasado la última negociación (pues se cuenta que Escipión y Aníbal tuvieron una entrevista, en la que el general cartaginés propuso que Roma renunciara a la indemnización a cambio de la Península Ibérica).

Por desgracia para los púnicos, Masinisa ya había hecho acto de presencia con seis mil infantes y cuatro mil jinetes, lo que otorgaba a Escipión una neta superioridad en la caballería, de la que casi carecía su oponente (poseía sólo algunos destacamentos cartagineses y dos mil númidas aportados por un jefe llamado Tiqueo). Publio volvió a colocar a sus legiones como en la batalla de los Llanos Grandes, reservando las dos líneas posteriores de veteranos (*principes* y *triarii*) para atender indistintamente el centro o las alas; y no creó un frente demasiado compacto, sino que situó a los manipulos en columnas, dejando pasillos para que los elefantes atravesaran sin obstáculos el grueso de la formación. La caballería marchaba en los dos flancos, a la derecha los númidas de Masinisa, a la izquierda los jinetes itálicos con Lelio. El orden de batalla planteado por Aníbal pretendía compensar las maniobras tácticas de Escipión, por lo que situó delante a las más aguerridas tropas de Magón, los mercenarios lígures, galos, africanos e hispanos, y en segundo término a la infantería cartaginesa y libia, con la misión de reforzar ligeramente el centro y extender cuanto fuera posible las alas, a fin de imposibilitar que los legionarios veteranos envolvieran al grueso de la infantería pesada. Y contando con que la caballería númida e itálica superaría a los jinetes de Tiqueo y a los púnicos, con los más expertos soldados de las campañas de Italia constituyó una uni-

dad de retaguardia, válida para el ataque o la defensa si la caballería enemiga acometía por cualquier punto del frente o de la espalda, cuya dirección tomó el propio Aníbal.

El primer embate de la batalla se saldó de forma negativa para los púnicos, no sólo porque de los ochenta elefantes puestos en la vanguardia unos se desviaron hacia los propios lados del ejército cartaginés, otros atravesaron las líneas romanas y fueron abatidos a la espalda de la formación por los auxiliares armados a la ligera, sino en particular porque la caballería de Aníbal fue puesta rápidamente en fuga por los escuadrones de Masinisa y Lelio, que persiguieron con saña a los jinetes enemigos. Pero tampoco la infantería pesada fue capaz de contrarrestar el empuje de los legionarios, ya que las heterogéneas tropas mercenarias cedieron muy fácilmente la posición y en su desorden impidieron que los infantes cartagineses y libios cerrasen las brechas abiertas en el centro y fortaleciesen las alas. Estaba todavía la sólida unidad de reserva, a la que Aníbal había mantenido apartada de la refriega; Escipión, sin embargo, no cometió el error de afrontarla sobre la marcha, sino que interrumpió el avance y volvió a ordenar las columnas de manípulos. De este modo, al regresar a la carga, las legiones ya habían reconstruido su clásica formación central, que logró doblegar a los soldados selectos de Aníbal en cuanto la caballería de Lelio y Masinisa se reincorporó al campo de batalla y les atacó por la espalda. Sólo algunos hombres pudieron escapar junto con Aníbal; el último gran ejército de Cartago quedó, en *Naraggara*, eliminado (octubre del 202).

De inmediato, Publio organizó sus fuerzas de tierra y mar para proceder al asedio de Cartago; no fue necesario, pues antes de finalizar el año los cartagineses enviaron embajadores al campamento de Escipión, en *Tunes*, solicitando la paz. El general romano se avino a conceder un armisticio de tres meses, a condición de que los cartagineses podrían remitir delegados sólo a Roma, devolverían el valor de todo el cargamento de las naves que tomaron durante el anterior armisticio, suministrarían el grano y pagarían los sueldos del ejército romano hasta que Roma diese su respuesta al tratado; les exigió asimismo la entrega de rehe-

nes, para garantizar el cumplimiento de los anteriores términos.

Las condiciones fijadas ahora por Escipión para cerrar la paz fueron mucho más duras que un año antes. Cartago podía conservar las ciudades y comarcas que poseía en Libia, pero tenía que evacuar las ciudades indígenas de la costa africana situadas a occidente de las llamadas Fosas Fenicias, que separaban el territorio cartaginés de Numidia; se le otorgaba libertad y autonomía, pero quedaba ligada a Roma como estado amigo y aliado y no se le permitía realizar nunca la guerra fuera de las fronteras de Libia, ni dentro de ellas sin la autorización del Senado romano; además, se vería libre de guarniciones romanas. Debía entregar todos los elefantes y las naves de guerra, excepto diez trirremes, así como los prisioneros y los desertores; se le prohibía reclutar mercenarios entre los pueblos que se hallasen bajo la autoridad de Roma, y tampoco era lícito recibirlos como voluntarios. Tenían, por último, que devolver a Masinisa todas las posesiones que el rey númida reclamaba, pagar una indemnización de guerra de diez mil talentos en el plazo de cincuenta años y permitir que los romanos eligieran cien rehenes, de entre catorce y treinta años, para trasladar a Roma. Las legiones romanas serían retiradas de África en los cinco meses siguientes a la conclusión del tratado.

Las condiciones de paz fueron ratificadas por las autoridades romanas, y aunque algunos de sus oponentes políticos trataron de impedirlo, Escipión fue designado por los comicios en la primavera del 201 representante público para cerrar el tratado con Cartago. Con el fin del armisticio y la firma de la paz, resueltamente apoyada por el propio Aníbal ante el Consejo ¹², terminaba la segunda guerra púnica. El antiguo imperio de Cartago había sido desmembrado, en beneficio de Roma, y el radio de acción de los púnicos quedaba ahora confinado a África, desde donde difícilmente podrían repetir el asalto a Italia (pues ésta era la mayor obsesión de los romanos cuando establecían los preliminares del tratado).

¹² Hasta el punto de reclamar la unanimidad de todos los asistentes a la correspondiente sesión (POLIB., XV 19).

No cabe duda de que la gran personalidad de Aníbal alumbró brillantes concepciones, novedosas e insólitas, en el terreno de la política y de la estrategia, y supo manejar con destreza tanto el ejército —conglomerado de pueblos y de mercenarios, con grandes problemas a la hora de ejercer el mando para otros generales, pero no para el Bárquida— como la diplomacia (pactos y alianzas con tribus y ciudades de Galia e Italia, acuerdos con los griegos de Italia y Sicilia). Pero el destino de la guerra se fraguó

en España, como muy bien captó Polibio: la incapacidad continua de los generales púnicos fue manifiesta, y todo parece apuntar que prefirieron seguir obteniendo rentas de la Península antes que secundar las directrices ofensivas de Aníbal. Tremendo error, cuyas consecuencias pagaron todos en África por obra de un audaz comandante romano, que no titubeó cuando llegó el momento de devolver a los púnicos todas las lecciones tácticas anteriormente dictadas por Aníbal.

ÍNDICE DE NOMBRES*

- acarnane(s), XXVIII 5, 5.
XXIX 12, 12 y 14.
- Acarmania, XXVI 24, 8; 11 y
15; 25, 9 y 17.
- acarnanio(s), XXVI 24, 6; 25,
10; 14 y 16-17; 28, 1. XXVIII
7, 18.
- Acaya, XXVII 32, 11; 33, 4.
- Acerra, XXVII 3, 6.
- acerrano(s), XXVII 3, 6-7.
- Acilio, Manio, XXVII 4, 10;
25, 2.
- Acilio Glabrión, Manio, XXX
40, 9. Manio Acilio, XXX
43, 2.
- Adérbal, XXVIII 30, 4-6, 12.
- Adria, XXVII 10, 7.
- Adriático, XXVII 38, 4.
- Adrumeto, XXX 29, 1; 35, 4
y 10.
- Aeropo, XXVII 32, 9. XXIX
12, 11.
- Afortunado, véase Sila.
- África, XXVI 40, 11; 42, 4 y
8; 48, 3. XXVII 4, 9; 5, 1,
8 y 10-11; 7, 16; 22, 9; 29,
7. XXVIII 1, 4; 4, 5; 16, 11;
17, 3, 10 y 12; 18, 9-12; 23,
7; 28, 15; 35, 11; 36, 1; 38,
10; 40, 1-4, 6 y 13; 41, 8, 9,
11 y 14; 42, 1, 2, 6, 9, 12,
14 y 16-18; 43, 9, 12-14,
16-18 y 21; 44, 4, 6, 10 y
12-15; 45, 1 y 8. XXIX 1,

* Los números romanos hacen referencia a los libros; la primera cifra en arábigos indica capítulos, las que siguen tras la coma indican párrafos. Cuando hay varios párrafos correspondientes a un mismo capítulo, van separados por guión si son seguidos y por coma si son saltados. Las referencias de un capítulo van separadas de las de otro por punto y coma, y las de los libros por punto. Las menciones indirectas van entre paréntesis. En la elaboración de este índice ha prestado una valiosa colaboración José Antonio Valdés Gallego.

- 3 y 14; 3, 6 y 11; 4, 8 y 9; 6, 1; 10, 7; 12, 16; 14, 1; 18, 9; 19, 1; 20, 2, 6 y 11; 22, 11 y 12; 23, 2, 6, 7, 9 y 10; 24, 2, 5-8, 11 y 13; 25, 1; 26, 6; 27, 8, 9, 12 y 14; 28, 3; 32, 10; 33, 9; 34, 2 y 5; 35, 15; 36, 4. XXX 1, 10 y 11; 2, 1; 3, 1 y 5; 8, 8; 12, 15; 13, 4; 14, 4; 16, 8, 10 y 14; 17, 1, 7 y 12; 18, 1; 19, 2 y 12; 20, 5 y 6; 24, 1, 5 y 7; 26, 1 y 3; 27, 2-4; 28, 1; 30, 6, 8, 14 y 25; 31, 7 y 8; 32, 2 y 7; 37, 4 y 13; 38, 6; 40, 1, 7, 8, 10 y 13-15; 41, 1 y 6; 42, 6; 43, 2 y 8-10; 44, 10.
- africano(s), XXVII 18, 7; 19, 2 y 8; 51, 11. XXVIII 14, 4 y 19; 20, 1; 30, 1; 44, 5. XXIX 3, 13; 4, 2; 17, 5; 29, 2; 34, 14. XXX 7, 1; 10, 9; 30, 26; 33, 5; 34, 5; 35, 9.
- Agatirna, XXVI 40, 16-17. XXVII 12, 5.
- Agatocles, XXVIII 43, 21.
- agrianes, XXVIII 5, 12.
- agrigentino(s), XXVI 40, 14.
- Agrigento, XXVI 40, 2, 4, 7 y 13; 41, 15.
- Aguas Calientes, XXX 24, 9 y 12.
- Alba, XXVI 11, 11. XXVII 9, 7. XXVIII 11, 13. XXIX 15, 5. XXX 17, 2; 45, 4.
- Aba (Longo), XXVI 13, 16.
- Albano (lago), XXVII 11, 3.
- Albano (monte), XXVI 9, 9; 21, 6. XXVII 11, 2.
- albingaunos (lígyres), XXIX 5, 2.
- Albio Caleno, Gayo, XXVIII 24, 13. Albio, XXVIII 27, 5 y 15; 28, 9; 29, 7.
- Alejandro Magno, XXVI 19, 7.
- Álgido, XXVI 9, 12.
- Alifas, XXVI 9, 2.
- Alífera, XXVIII 8, 6.
- Alpes, XXVI 12, 14; 19, 11; 41, 13. XXVII 35, 10; 36, 4; 38, 6; 39, 2, 4, 7 y 9-10. XXVIII 42, 20. XXX 19, 6; 22, 2; 28, 5.
- alpino(s), XXVII 39, 6. XXVIII 42, 13; 46, 8 y 9. XXIX 5, 9.
- Alsio, XXVII 38, 4.
- Alucio, XXVI 50, 2, (3), (9) y 12.
- Amílcar (Barca, padre de Aníbal), XXVI 17, 4; 20, 6. XXVII 44, 6; 49, 4. XXVIII 12, 13; 41, 4 y 5; 46, 7.
- Amílcar (prefecto), XXVII 6, 13.
- Amílcar, XXIX 6, 16; 8, 7; 17, 5.
- Amílcar, XXIX 34, 1.
- Aminandro, XXVII 30, 4. XXIX 12, 12.
- Amiterno, XXVI 11, 10-11. XXVIII 45, 19.

- Ampurias, XXVI 19, 11. XXVIII 42, 3.
- Anagnia, XXVI 9, 11; 23, 5. XXVII 4, 12. XXX 2, 11.
- Ancio, XXVII 38, 4-5. XXVIII 11, 2. XXX 2, 10.
- Aníbal, XXVI, 2, 8 y 10; 4, 1; 5, 1, 7 y 10; 6, 6-8 y 11; 7, 1; 8, 3, 5, 6 y 10; 9, 1, 4 y 11; 10, 3; 11, 1, 4, 9, 10 y (12); 12, 1, 3, 11 y 16; 13, 6, 7, 10 y 19; 16, 13; 22, 1 y 9; 24, 16; 26, 10; 27, 13; 28, 3; 29, 1 y 9; 30, 2 y 7; 31, 8; 34, 9; 38, 1, 6-9 y 14; 39, 15; 41, 12, (13), 16 y 17. XXVII 1, 2, 5, 6 y 8; 2, 2, 4-6, 10 y 12; 3, 2; 4, 1; 5, 12; 7, 3; 9, 6, 12 y 14; 11, 11; 12, 2, 7, 9 y 11; 13, 6, 7 y 10; 14, 1, 5, 6 y 15; 15, 1, 2, 8 y 9; 16, 3, 9, 10 y 13; 20, 10; 21, 2; 25, 12 y 14; 26, 1, 5, 7 y 9; 27, 1; 28, 1, (3), 4-6, 9, 13, 15 y 17; 29, 1 y 3; 34, 2; 35, 4 y 10; 36, 8; 38, 7; 39, 4, (7) y 13; 40, 1, (6), 10, 12 y 14; 41, 1, 5 y 8; 42, 1, 3, 10 y 16; 43, 1-3 y (8); 44, 2, 4, 5, 7 y 8; 45, 3; 46, 9 y 10; 47, 5 y 6; 49, 4; 51, 11 y 12. XXVIII 9, 3, 12 y 14; 10, 8; 12, 1; 18, 11; 36, 2; 39, 3 y 12; 40, 14; 41, 3-5, 7, 8, 10 y 13; 42, 13, 16-18 y 20; 44, 2, 4, 6, 9-11 y 13; 45, 9 y 11; 46, 14 y 16. XXIX 1, 20; 3, 15; 4, 6; 6, 5 y 17; 7, 1, 3, 8 y 9; 10, 3; 17, 1; 18, 11 y 19; 19, 13; 20, 2; 26, 6; 29, 12; 36, 4, 7 y 9. XXX 1, 2; 7, 6; 9, 5, 7 y 8; 16, 5 y 14; 19, 3, 11 y 12; 20, 3 y 7; 21, 1 y 6; 22, 1; 23, 6; 24, 1; 25, 11; 26, 8; 28, 2, 4, 7, 8 y 10; 29, 1, 3, 4 y 10; 30, 2, 4 y 29; 31, 1; 32, 8; 33, 4 y 12; 35, 4 y 10; 36, 4; 37, 8 y 13; 40, 2; 42, 4 y 6; 44, 4 y 11.
- Anio (río), XXVI 10, 3; 11, 1; 13, 11; 41, 12. XXX 30, 17.
- Antícira de Locros, XXVI 26, 1 y 2. XXVIII 8, 7.
- Antíoco, XXX 37, 13.
- Antistio, Marco, XXVI 33, 10.
- Antistio, Sexto, XXVII 36, 3.
- Anxur, XXVII 38, 4.
- Apia (Vía), XXVI 8, 10.
- Apolinares, véase Juegos.
- Apolo, XXVII 37, 11. — Apolo Pitio, XXIX 10, 6.
- Apolo (promontorio de), XXX 24, 8.
- Apolonia, XXVIII 8, 9. XXIX 12, 5.
- apoloniata(s), XXVI 25, 2. XXIX 12, 6.
- Apulia, XXVI 1, 9; 2, 7; 12, 2; 22, 1; 28, 9. XXVII 2, 10

- y 12; 21, 7; 25, 13; 42, 10; 46, 9; 50, 1. XXVIII 9, 12.
- apuncio(s), XXVIII 7, 4.
- aqueo(s), XXVII 29, 9; 30, 6, 12 y 15; 31, 8 y 10; 32, 7 y 10; 33, 5. XXVIII 5, 5; 7, 17; 8, 6, 7 y 10. XXIX 12, 14; 13, 14.
- Aquilio, Publio, XXVII 3, 9.
- Aquino, XXVI 9, 3.
- Arato, XXVII 31, 8.
- Árdea, XXVII 9, 7. XXIX 15, 5.
- ardieo(s), XXVII 30, 13.
- Argentano, XXX 19, 10.
- Argeste, XXVII 33, 1.
- argivos, XXVIII 5, 5.
- Argos, XXVII 30, 8 y 17. XXIX 18, 6.
- Aricia, XXX 38, 9.
- Arímimo, XXVII 7, 11; 10, 7. XXVIII 38, 13; 46, 13. XXIX 5, 9.
- Arines, XXVI 49, 5.
- Armilustro, XXVII 37, 4.
- arniense (tribu), XXIX 37, 10.
- Arpino, XXX 2, 12.
- Arpos, XXVI 41, 15.
- Arrecio, XXVII 21, 6; 22, 13; 24, 1, 6 y 8. XXVIII 45, 16; 46, 13.
- Arrenio, Gayo (tr. pl. 210), XXVII 6, 3.
- Arrenio, Lucio (tr. pl. 210), XXVII 6, 3.
- Arrenio, Lucio (prefecto aliados), XXVII 26, 12; 27, 8.
- arretino(s), XXVII 24, 1.
- arverno(s), XXVII 39, 6.
- Asdrúbal Barca (hermano de Aníbal), XXVIII 1, 4. Asdrúbal, XXVI 17, 4-7, 12 y 13; 20, 6; 41, 13 y (20). XXVII 5, 11; 7, 3; 17, 3, 4 y (5); 18, 1, 5, 7 y 20; 19, 1; 20, 1, 3, 5, 6 y (8); 35, 10; 36, 1 y 4; 38, (2), 6 y (7); 39, 2, (4), 6 y 10; (40, 6); 43, 1, 3 y 8; 44, (5) y 6; 46, 4, 9 y 10; 47, 1, (5) y 10; 48, (2), 5, 9 y (10); 49, 2 y (5); 51, (4), (8) y 11. XXVIII 1, 1; 2, 12, 14 y (15); 3, 3; 4, 3; 9, 12 y 14; 10, 5 y 12; 12, 6; 14, 1 y 10; 15, 2, 8 y 16; 16, 3, (8), (9) y 13; 17, 13 y 15; 18, 5; 42, 8 y 14; 45, 12; 46, 12.
- Asdrúbal, hedo, XXX 42, 12; 44, 5. Asdrúbal, XXX 42, 21.
- Asdrúbal hijo de Gisgón, XXVI 20, 6; (41, 20). XXVII 20, 2-4, 7 y 8. XXVIII 1, 2; 12, 13. XXIX 23, 3; 28, 7. Asdrúbal, XXIX 23, 6 y 8; 31, 1 y 2; 34, 2; 35, 9 y 10. XXX 3, 3; 4, 2, 5, 6 y 12; 5, 6; 7, 1, 3, 7, 10 y 13; 8, 6 y 9; 9, 1; 12, 11 y 16; 13, 5;

- 16, 2; 24, 11; 25, 5; 28, 3.
 Asia, XXVI 24, 9. XXVII 29,
 10. XXVIII 7, 10. XXIX 11,
 1, 5.
 asiático(s), XXVI 37, 5.
 Astapa, XXVIII 22, 1; 23, 5.
 Átalo, XXVI 24, 9; 37, 5.
 XXVII 29, 10; 30, 1, 2, 7,
 8, 10 y 11; 33, 4 y 5. XXVIII
 5, 1, 4, 10, 13, 18 y 19; 6,
 7; 7, 4, 5, 7, 10, 11 y 18;
 8, 3 y 14. XXIX 11, 2, 6 y
 (7); 12, 14.
 ataman(es), XXVII 30, 4.
 XXIX 12, 12.
 Atela, XXVI 16, 5; 34, 11.
 XXVII 3, 7; 37, 2.
 atelano(s), XXVI 33, 8 y 12; 34,
 6. XXVII 3, 7.
 Atenes, XXVIII 15, 14.
 ateniense(s), XXVII 30, 4.
 XXVIII 41, 17; 43, 20.
 XXIX 12, 14.
 Atilio, Lucio (tr. pl. en 210),
 XXVI 33, 12.
 Atilio, Marco (embajador),
 XXVII 4, 10.
 Atilio Régulo, Marco (pretor en
 213), XXVI 33, 6. Marco
 Atilio, XXVI 6, 1; 33, 5.
 Atilio Régulo, Marco (cónsul en
 267 y 256), XXIX 28, 5.
 Marco Atilio, XXVIII 42, 1;
 43, 17. XXX 30, 23. Régu-
 lo, XXVIII 43, 18.
 Atintania, XXVII 30, 13.
 XXIX 12, 13.
 Atrio Regio, XXVI 27, 3.
 XXVII 11, 16.
 Atrio Umbro, Gayo, XXVIII
 24, 13. Atrio, XXVIII 27, 5
 y 15; 28, 4 y 9; 29, 7.
 Aufugo, XXX 19, 10.
 Augusto César, XXVIII 12, 12.
 Aulio, Manio, XXVII 26, 12;
 27, 8.
 Aurelio Cota, Gayo (cónsul en
 200), XXX 26, 11; 27, 9.
 Aurelio Cota, Marco, XXIX
 38, 7. Marco Aurelio, XXX
 26, 4; 42, 2 y 10. Aurelio,
 XXX 42, 5.
 Aurunculeyo, Gayo, XXVII 6,
 12; 7, 8 y 14; 22, 6; 41,
 9.
 Ausetania, XXVI 17, 4.
 ausetano(s), XXIX 1, 25; 2, 2
 y 5; 3, 3.
 Aventino, XXVI 10, 5 y 6.
 XXVII 37, 7 y 10.
 Baga, XXIX 30, 1 y (4).
 Bágrada (rio), XXX 25, 4.
 balear(es), XXVII 2, 6; 18, 7.
 XXVIII 15; 37, 6. XXX
 33, 5.
 Baleares, XXVII 20, 7. XXVIII
 37, 4, 5 y 8; 42, 13; 46, 7.
 Barca (familia), XXVIII 12, 13.
 XXX 7, 7; 42, 12.

- Bárgulo, XXIX 12, 13.
 bastetano(s), XXVIII 3, 3.
 Baucia, XXVII 25, 13.
 Bebio, Gneo, XXIX 37, 17.
 Bebio, Lucio, XXX 25, 1.
 Bécula, XXVII 18, 1; 20, 3.
 XXVIII 13, 5.
 Beligene, XXVI 21, 13.
 Belo (monte), XXIX 31, 7.
 Belona, XXVI 21, 1. XXVIII
 9, 5; 38, 2. XXX 21, 12;
 40, 1.
 Benevento, XXVI 2, 10. XXVII
 10, 8.
 Beocia, XXVII 30, 7; 32, 11.
 XXVIII 5, 11; 7, 16; 8, 10.
 beocio(s), XXVIII 5, 5 y 8.
 XXIX 12, 14.
 Bergas, XXX 19, 10.
 Besidias, XXX 19, 10.
 Bética, XXVIII 2, 15.
 Betis (río), XXVIII 16, 2; 22,
 1; 30, 3.
 Bitinia, XXVII 30, 16. XXVIII
 7, 10. XXIX 12, 14.
 Blatio, XXVI 38, 6, 8 y 11.
 Blosio, XXVII 3, 4-5.
 Bóstar, XXVI 5, 6; 12, 10.
 Botiea, XXVI 25, 4.
 boyo(s), XXVII 21, 10. XXX
 19, 7.
 Brucio, XXVI 5, 3; 12, 12; 40,
 18; 41, 16. XXVII 1, 5; 7,
 7; 12, 5; 15, 1 y 8; 25, 11
 y 13; 29, 1 y 3; 35, 10 y 12;
 36, 13; 38, 7; 40, 12; 41, 1;
 42, 16; 51, 13. XXVIII 10,
 8; 12, 6 y 7; 38, 12; 42, 18;
 44, 9; 45, 9 y 11; 46, 2 y 15.
 XXIX 6, 2; 13, 1, 3 y 8; 36,
 4; 38, 1. XXX 1, 2, 3, 6 y
 8; 19, 10; 20, 5; 27, 7; 40,
 5; 41, 1.
 brucio(s), XXVI 12, 2. XXVII
 12, 4 y 6; 15, 3, 9, 17 y 18;
 16, 6. XXVIII 11, 13. XXIX
 6, 2. XXX 33, 6.
 Brundisio, XXVII 10, 7.
 Búcar, XXIX 32, 1, 6 y 9.
 Buloto (río), XXIX 7, 3.
 Cacio, Quinto, XXVII 6, 19;
 43, 12. XXVIII 45, 12.
 Cádiz, XXVI 20, 6; 43, 8.
 XXVII 20, 4. XXVIII 1, 2;
 2, 12, 15 y 16; 4, 3; 12, 13;
 16, 8 y 13; 23, 6; 30, 1 y 4;
 31, 1 y 2; 35, 2 y 13; 36, 1;
 37, 1.
 Calacia, XXVI 5, 4; 16, 5; 34,
 11. XXVII 3, 7.
 calatino(s), XXVI 33, 12; 34, 6.
 Calavios, XXVI 27, 7.
 Cálcide, XXVII 30, 7. XXVIII
 5, 11 y 18; 6, 8; 7, 2; 8, 3,
 11 y 13.
 caleno(s), XXVIII 27, 5; 29, 7.
 Cales, XXVI 9, 2; 13, 10; 14,
 9; 15, 8 y 9; 16, 2 y 5.
 XXVII 9, 7. XXIX 15, 5.
 Calpurnio (Pisón), Gayo (pre-
 tor en 211), XXVI 3, 9; 10,

- 2; 15, 8; 21, 1; 28, 6. XXVII
6, 1; 7, 9 y 10; 21, 6; 22,
4 y 13. Calpurnio, XXVI
23, 3.
- camerte(s), XXVIII 45, 20.
- Campania, XXVI 5, 3; 11, 11
y 13; 16, 12; 23, 2. XXVII
33, 7.
- campano(s), XXVI 4, 2 y 6; 5,
6, 7, 9 y 10; 6, 3, 7, 8, 13,
15 y 17; 7, 5 y 6; 12, 5, 13
y 16; 13, 1 y 15; 14, 7; 15,
1, 3, 7-9 y 11; 16, 1 y 6; 27,
7, 10, 11 y 13-15; 33, 1, 5-7
y 9-12; 34, 2, 4, 6-8 y 13; 35,
1 y 4. XXVII 3, 1 y 4; 9,
10; 25, 1. XXVIII 28, 6; 46,
4-6.
- Campo de Marte, XXVI 18, 6.
- Canal Griego, XVIII 46, 4.
- Cannas, XXVI 1, 10; 2, 14; 3,
2; 7, 3; 8, 4; 12, 14; 28, 11;
41, 11 y 13. XXVII 1, 4; 2,
2; 7, 12 y 13; 9, 4; 11, 12
y 14; 12, 11; 22, 9; 40, 3; 49,
5. XXVIII 10, 13; 44, 4.
XXIX 13, 6; 24, 11, 12 y 14.
XXX 20, 8 y 9; 30, 12.
- Canteras, XXVI 27, 3.
- canusino(s), XXVII 12, 8.
- Canusio, XXVII 12, 7; 42, 16.
- Capena, XXVI 11, 9. XXVII
4, 14.
- Capena (puerta), XXVI 10, 1.
XXIX 11, 13.
- capenate(s), XXVII 4, 15.
- capitolino, XXVIII 39, 15.
- Capitolio, XXVI 1, 1; 9, 9; 10,
2 y 6; 19, 5; 24, 14; 31, 11;
32, 7. XXVII 37, 9. XXVIII
9, 16; 38, 8 y 14; 39, 15 y
18. XXIX 38, 8. XXX 2, 9;
27, 1; 39, 8; 43, 9.
- Capua, XXVI 1, 2; 3, 10 y 11;
4, 1; 5, 1, 2 y 4; 6, 3, 13,
14 y 17; 7, 1, 2 y 5-7; 8, 2-9;
9, 10; 12, 1, 3, 4, 11-13, 15
y 19; 13, 11, 13 y 16; 14, 2
y 7; 16, 1, 5, 9 y 11; 17, 1;
18, 2; 20, 7; 24, 2; 27, 7, 10
y 15; 30, 12; 33, 4-8; 34, 7-9
y 11; 37, 4 y 6; 38, 1; 41,
15. XXVII 3, 1; 5, 17; 6, 1;
7, 8 y 10; 11, 2 y 8; 12, 2;
22, 4; 23, 2; 29, 2; 35, 14;
36, 13; 37, 3; 40, 13 y 14;
43, 9. XXVIII 10, 15; 28, 6;
41, 13. XXIX 13, 6. XXX
2, 10.
- Capusa, XXIX 29, 7 y 10;
30, 8.
- Cárales, XXVII 6, 14. XXX
39, 3.
- Carinas, XXVI 10, 1.
- Carmental (puerta), XXVII 37,
11.
- Carséolos, XXVII 9, 7. XXIX
15, 5.
- Cartagena, XXVI 42, 3, 6 y 7;
47, 1 y 10; 51, 3, 5, 11 y 14.
XXVII 7, 2 y 5; 17, 7; 18,
8; 22, 7. XXVIII 4, 2; 17,

5, 11 y 12; 18, 12; 21, 1; 23, 5; 25, 10; 26, 1, 4 y 7; 28, 8; 30, 6; 31, 2; 32, 2; 36, 4 y 5; 42, 5.

cartaginés(es), XXVI 2, 11; 5, 10; 6, 3 y 8; 10, 7; 11, 4; 12, 4, 10, 13 y 14; 14, 7; 17, 6, 11, 12, 15 y 16; 20, 7 y 9; 21, 9 y 14; 22, 1 y 12; 24, 16; 30, 7; 31, 3 y 8; 33, 9; 37, 1 y 6; 38, 11, 12 y 14; 39, 23; 40, 2, 3 y 12; 41, 6, 12 y 19; 42, 2; 43, 4; 45, 1; 49, 2 y 5; 51, 11. XXVII 1, 5; 2, 4 y 5; 4, 5 y 6; 5, 1, 4 y 12; 6, 13; 8, 15 y 17; 9, 3 y 6; 12, 8; 14, 2; 15, 7; 16, 5, 6 y 12; 17, 2, 6 y 12; 18, 1; 19, 9; 20, 4, 6 y 7; 29, 7; 30, 16; 39, 8; 41, 3 y 4; 42, 8 y 15; 43, 11; 44, 1; 51, 4. XXVIII 1, 2, 7 y 9; 2, 10, 13 y 15; 3, 9, 10 y 15; 4, 5 y 6; 7, 17 y 18; 8, 8; 10, 12; 12, 10; 13, 8; 14, 2-5, 8 y 19; 15, 12; 16, 7 y 14; 17, 6, 8, 10 y 15; 18, 3 y 9; 19, 2 y 6; 20, 8, 10 y 11; 22, 1; 23, 6; 24, 3; 27, 8; 28, 8 y 13; 30, 7; 37, 2-4; 38, 3 y 10; 39, 2, 8 y 14; 41, 5; 42, 5, 9, 11 y 12; 43, 10, 14, 17 y 21; 44, 4 y 5; 46, 10, 14 y 15. XXIX 1, 23 y 24; 4, 8; 5, 6 y 9; 6, 1, 2, 4, 6, 11, 14 y 17; 7, 8; 8, 4, 6 y 7;

14, 1; 16, 7; 17, 5-8 y 10; 18, 10 y 19; 22, 1 y 4; 23, 1, 5, 8 y 9; 24, 4; 27, 4; 29, 1, 6 y 12; 30, 9, 10 y 13; 31, 3 y 10-12; 32, 14; 33, 9; 34, 1 y 17; 35, 2 y 9; 36, 7 y 9. XXX 2, 5; 3, 4, 5 y 8; 4, 2, 4, 5-7 y 9; 5, 6; 6, 1 y 8; 8, 1, 6 y 7; 9, 2; 10, 8, 13, 16 y 21; 12, 11 y 16; 13, 3, 5 y 11; 14, 10; 16, 2, 3 y 14; 17, 2 y 4; 18, 1; 19, 4 y 5; 20, 3 y 8; 21, 3, 11 y 12; 22, 3; 23, 7; 25, 5, 9 y 10; 26, 3; 28, 10; 30, 13 y 26; 31, 1; 32, 6; 33, 5, 7, 11, 12 y 16; 34, 1, 5 y 7; 35, 3, 7 y 9; 36, 4, 7 y 12; 38, 2 y 6; 40, 1, 2, 4, 6 y 13; 42, 1, 6, 11, 15 y 20; 43, 2, 4, 5, 8, 10 y 12; 44, 1, 4, 11 y 13.

Cartago, XXVI 16, 16. XXVII 5, 11; 22, 8; 51, 12. XXVIII 17, 3; 28, 15; 30, 4; 31, 1 y 3; 35, 11; 36, 1 y 3; 37, 9; 41, 10; 42, 14 y 18; 43, 19; 44, 6, 9, 10 y 15; 46, 10 y 14. XXIX 1, 3; 3, 8 y 11; 4, 7 y 9; 5, 2; 19, 3; 23, 4 y 10; 25, 12; 28, 4 y 7; 32, 10; 34, 2; 35, 11. XXX 7, 3, 4 y 9; 9, 3, 8 y 10-12; 10, 1 y 20; 19, 2, 3 y 12; 20, 4 y 8; 23, 4; 24, 9, 10 y 12; 25, 1, 4 y 5; 29, 1 y 2; 30, 8; 32, 2, 3 y 10; 35, 10; 36, 3, 6, 9 y 10;

- 37, 7; 38, 3; 42, 18; 43, 12; 44, 3 y 10.
- Cartalón, XXVII 16, 5.
- Carteya, XXVIII 30, 3; 31, 1.
- Carvilio Máximo, Espurio (cónsul en 234 y 228), XXVI 23, 7.
- Casandrea, XXVIII 8, 14.
- Casilino, XXX 20, 9.
- Casino, XXVI 9, 2. XXVII 23, 2.
- Cástulo, XXVI 20, 6. XXVII 20, 3. XXVIII 13, 4; 19, 1 y 4; 20, 8.
- Catania, XXVII 8, 19.
- Caulonia, XXVII 12, 6; 15, 8; 16, 9.
- Cecilio Metelo, Marco, XXVII 11, 12.
- Cecilio Metelo, Marco (pretor en 206), XXVII 36, 9. XXVIII 10, 3 y 9. XXIX 11, 3.
- Cecilio Metelo, Quinto (cónsul en 206), XXVII 21, 9; (37, 9); 51, 3 y (5). XXVIII (9, 20); 10, 8; (11, 8 y 11). XXIX 10, 2; 11, 9 y (10-11). Quinto Cecilio, XXVIII 9, 19; 10, 1 y 2; 11, 12; 45, 9 y 11. Quinto Metelo, XXVII 36, 8. XXIX 20, 1; 21, 1. XXX 23, 3; 27, 2. Metelo, XXVIII 46, 3.
- Celio (Antípatro, Lucio), XXVI 11, 10. XXVII 27, 13. XXVIII 46, 14. XXIX 25, 3; 27, 14; 35, 2.
- Celtiberia, XXVIII 1, 4 y 6.
- celtibérico, XXVIII 2, 4.
- celtibero(s), XXVI 41, 21; 50, 2. XXVIII 1, 7; 2, 7, 10, 12 y 13; 24, 4; 42, 8. XXX 8, 6 y 8.
- Cencreas, XXVIII 8, 11.
- Cercado, XXVI 22, 11.
- Cerdeña, XXVI 1, 11; 28, 12; 41, 12. XXVII 6, 13; 7, 8 y 14; 22, 6-8; 36, 11 y 12. XXVIII 10, 9 y 14; 38, 13; 46, 14. XXIX 13, 2 y 5; 36, 1. XXX 1, 9; 2, 4; 3, 2; 19, 5; 24, 5; 30, 7 y 25; 40, 5; 41, 2 y 8.
- Cerdubelo, XXVIII 20, 11.
- Cere, XXVII 23, 3. XXVIII 11, 3; 45, 15.
- Ceres, XXVII 6, 19; 36, 9. XXVIII 11, 14. XXX 39, 8.
- Certis (río), XXVIII 22, 1.
- César, Sexto, véase Julio.
- César Augusto, XXVIII 12, 12.
- Cícladas, XXVII 31, 10.
- Cilene, XXVII 32, 2.
- Cimbios, XXVIII 37, 1.
- Cincio Alimento, Lucio, XXVI 23, 1. XXVII 29, 4. Lucio Cincio, XXVI 28, 3 y 11. XXVII 5, 1; 7, 12 y 16; 8, 16; 26, 3; 28, 13.
- Cincio Alimento, Marco (tr. pl.), XXIX 20, 11.
- Cino, XXVIII 6, 12.
- Circeyos, XXVII 9, 7. XXIX 15, 5.
- Circo, XXX 27, 12; (Máximo), 38, 10 y 11.

Circo Flaminio, XXVIII 11, 4.
Cirta, XXIX 32, 14. XXX 12, 3,
7 y 8; 44, 12.

cisalpino(s), XXVII 38, 6; 49, 8.
Clampecia, XXIX 38, 1. XXX
19, 10.

Clastidio, XXVII 25, 7. XXIX
11, 13.

Claudia, Quinta, XXIX 14, 12.

Claudio, Gayo (flamen), XXVI
23, 8.

Claudio, Publio (pref. aliado),
XXVII 41, 7.

Claudio, Quinto (pretor en 208),
XXVII 21, 5; 22, 3; (23, 1);
29, 6; 36, 13; 38, 8; 40, 11; 43,
2. XXVIII 10, 10 y 15. Clau-
dio, XXVII 40, 13.

Claudio Aselo, Tiberio (trib.
mil.), XXVII 41, 7. XXVIII
10, 3. Tiberio Claudio,
XXVIII 10, 9 y 14.

Claudio Aselo, Tiberio (edil pl.),
XXIX 11, 13.

Claudio Marcelo, Marco (cónsul
en 222, 214, 210 y 208),
(XXVI 21, 3, 4 y 16; 26, 7, 9
y 11; 27, 6, 16 y 17; 28, 3; 29,
2, 4 y 10; 31, 1; 32, 3 y 7; 35,
3, 4 y 7; 36, 9, 10 y 12; 38, 5).
XXVII (4, 2; 13, 10 y 11; 22,
11; 23, 1 y 4; 25, 13 y 14; 26,
3 y 12; 27, 5, 6, 10 y 13; 28,
2 y 9; 29, 1, 2 y 4; 33, 7, 10
y 11); 34, 5; (40, 7; 44, 5).
XXIX (11, 13). XXX 27, 11.

Marco Claudio, XXVI 22, 13;
28, 13. XXVII 5, 8 y 19; 7, 8.
XXIX 16, 1. Marco Marcelo,
XXVI 1, 6; 21, 1 y 5; 22, 12;
26, 5; 32, 6. XXVII 4, 4; 7,
11; 10, 12; 22, 1; 36, 5.
XXVIII 28, 13. Claudio,
XXVII 20, 11 y 12. Marcelo,
XXVI 21, 14; 29, 1, 3, 5, 6 y
9; 30, 3-4, 7, 8 y 12; 32, 5 y
8; 33, 4; 38, 6 y 11; 39, 4.
XXVII 1, 15; 2, 1, 10 y 12; 4,
1; 12, 2, 7-11 y 14; 13, 1; 14,
4, 12 y 15; 16, 8; 20, 10, 12 y
13; 21, 1-4 y 7; 22, 2; 25, 7 y
9; 26, 1, 10 y 13; 27, 1, 7, 11
y 12; 28, 1, 4, 5 y 14. XXIX
1, 12.

Claudio Marcelo, Marco (hijo
del ant. Cónsul en 196),
(XXVII 27, 10 y 13). XXIX
20, 11. Marco Marcelo,
XXVII 26, 12; 29, 1. XXIX
11, 13. Marcelo, XXVII 27, 7.

Claudio Nerón, Gayo (cónsul en
207), (XXVI 17, 6). XXVII
(35, 5); 36, 10, (12) y (14); (37,
1; 38, 1, 3, 6 y 8-10; 39, 3; 40,
1, 7 y 14; 41, 2, 6 y 9; 42, 8
y 12; 43, 5 y 12; 44, 1-3; 46,
6; 47, 5, 6 y 8; 50, 11; 51, 4).
(XXVIII 9, 4, 6, 8, 9 y 20).
XXIX 37, 6. Gayo Claudio,
XXVII 34, 10 y 15; 51, 8 y 11.
XXVIII 9, 2 y 16-18; 10, 1 y
10. XXIX 37, 1, 10, 12 y 15.

- Gayo Nerón, XXVI 5, 8; 17, 1; 19, 10. XXVII 34, 9; 44, 9. XXVIII 11, 12. Claudio, XXVI 17, 15. XXVII 39, 10 y 13; 43, 4 y 6; 46, 2; 48, 4, 5 y 12; 50, 4. XXVIII 42, 17. Nerón, XXVI 17, 2, 5 y 12; 20, 4. XXVII 42, 17; 44, 4; 45, 1; 46, 4, 7 y 8; 48, 1; 50, 1. XXVIII 9, 3, 10 y 14-16. XXIX 37, 9.
- Claudio Nerón, Tiberio (cónsul en 202), XXIX 11, 11; 13, 2; (36, 2). XXX 26, 1. Tiberio Claudio, XXIX 13, 5; 36, 1. XXX 27, 1 y 5; 38, 6 y 7; 39, 3; 40, 9; 44, 3. Claudio, XXX 39, 1.
- Claudio Pulcro, Apio (cónsul en 212), (XXVI, 6, 11; 7, 5 y 7; 8, 6 y 7; 12, 5; 13, 2 y 7; 14, 6 y 7). Apio Claudio, XXVI 1, 2; 5, 8; 6, 5; 12, 15; 16, 1. XXVII 23, 5. Claudio, XXVI 8, 8; 15, 1; 33, 4. Apio, XXVI 5, 10; 15, 2 y 5.
- Cleopatra, XXVII 4, 10.
- Clodio Licino, XXIX 22, 10.
- Clúpea, XXVII 29, 7-8. Otra, XXIX 32, 6.
- Clusio, XXVIII 45, 18.
- Cluvia, Pácula, XXVI 33, 8. Cluvia, XXVI 34, 1.
- Colina (puerta), XXVI 10, 1-3. XXX 38, 10 y 11.
- Colina de Mercurio, XXVI 44, 6.
- Concordia, XXVI 23, 4.
- Consencia, XXIX 38, 1. XXX 19, 10.
- consentino(s), XXVIII 11, 13.
- Cora, XXVI 8, 10.
- Corbis, XXVIII 21, 6 y 7.
- Córcega, XXX 39, 2.
- Corcira, XXVI 24, 11 y 16; 26, 1. XXVII 15, 7.
- Corinto, XXVI 26, 2. XXVII 31, 1. XXVIII 7, 16 y 18; 8, 8 y 10.
- Coriolano, XXVIII 29, 1.
- Cornelio, Servio (tr. mil.), XXIX 2, 8. Cornelio, XXIX 2, 11.
- Cornelio Asina, Publio (cónsul en 221), XXVI 8, 2.
- Cornelio Caudino, Lucio, XXVII 21, 9.
- Cornelio Caudino, Publio, XXVI 48, 9. Publio Cornelio, XXVI 48, 13.
- Cornelio Cetego, Marco (cónsul en 204), XXVII 11, 7 y (8-9); 36, 6. XXIX 11, 10; (13, 8); (15, 5); (37, 1); (38, 5). Marco Cornelio, XXVI 21, 13 y 17; 26, 8; 28, 10. XXIX 13, 1; 36, 10. XXX 1, 7; 18, 1. Cornelio, XXVII 11, 10. XXIX 13, 1; 38, 2. XXX 18, 2 y 3.

Cornelio Dolabela, Gneo, XXVII 36, 5.

Cornelio Escipión (Calvo), Gneo (cónsul en 222; tío del Africano), (XXVI 18, 3, 5 y 11; 37, 8; 41, 4, 8, 17, 21, 22 y 24; 50, 7. XXVII 40, 4; 44, 6. XXVIII 21, 1; 25, 6; 28, 13; 41, 14; 42, 4 y 8; 43, 10, 12 y 18). Gneo Cornelio, XXVII 4, 6. XXVIII 39, 4 y 6. Gneo Escipión, XXVI 2, 5 y 13. XXVIII 32, 6. Escipión, XXVIII 19, 2; 28, 12. XXIX 1, 20. XXX 30, 13. Gneo, XXIX 14, 8.

(Cornelio) Escipión, Lucio (hermano del Africano. Cónsul en 190), XXVIII 3, 2; 4, (2) y 4; 17, 1; 28, 13. XXIX 7, 2; 25, 9. XXX 38, 4. Escipión, XXVIII 3, 4 y 8.

Cornelio Escipión (Nasica), Publio (cónsul en 191): Publio Cornelio, XXIX 14, 10. Publio Escipión, XXIX 14, 8.

Cornelio Escipión, Publio (cónsul en 218; padre del Africano), (XXVI 18, 3, 5 y 11; 37, 8; 41, 4, 8, 13, 17, 21, 22 y 24; 50, 7. XXVII 40, 4; 44, 6. XXVIII 21, 1; 25, 6; 28, 13; 41, 14; 42, 4 y 8; 43, 10, 12 y 18). Publio Cornelio, XXVII 4, 6. XXVIII 39, 4 y 6. XXX 44, 2. Publio Escipión, XXVI

2, 13. Escipión, XXVIII 19, 2; 28, 12. XXIX 1, 20. XXX 30, 13. Publio, XXVII 18, 7.

Cornelio Escipión Africano, Publio (cónsul en 205 y 194), (XXVI 19, 9; 41, 23; 42, 9; 44, 3; 47, 7; 49, 11; 51, 8 y 12. XXVII 10, 13; 17, 15. XXVIII 17, 8; 19, 9; 24, 6; 25, 18; 26, 7, 9 y 12-14; 40, 4 y 8; 45, 2, 5-8 y 14. XXIX 1, 10; 7, 9; 9, 12; 19, 11; 24, 11. XXX 4, 4; 6, 9; 15, 1; 45, 7). Publio Cornelio Escipión, XXVIII 38, 6 y 12. Publio Cornelio, XXVI 18, 7. XXVIII 38, 9; 39, 3; 41, 1 y 3; 42, 2 y 22. Publio Escipión, XXVI 18, 9; 41, 1. XXVII 7, 4; 17, 1; 22, 7; 38, 11. XXVIII 16, 14; 25, 7 y 15; 29, 12; 38, 1, 8 y 14; 39, 9; 40, 1; 41, 12. XXIX 9, 11; 10, 7; 13, 3; 17, 4; 19, 1 y 6; 20, 6; 21, 8 y 10. XXX 1, 10; 20, 4; 23, 3; 27, 4 y 5; 30, 22; 40, 10, 14 y 15; 41, 1 y 7; 42, 9; 43, 3, 4 y 8. Africano, XXIX 22, 10. XXX 45, 6. Escipión, XXVI 19, 1 y 3; 20, 4, 5 y 7; 41, 24; 42, 5; 44, 6; 45, 6 y 9; 46, 8; 47, 1; 48, 1, 8, 10 y 13; 49, 12 y 14; 50, 2, 9 y 11-14; 51, 1. XXVII 7, 1, 6 y 17; 17, 5, 8 y 14; 18, 8, 15 y 19; 19, 2, 4, 7, 8 y 11; 20, 1, 3, 5, 6 y 9;

- 22, 7. XXVIII 1, 3 y 5; 2, 14; 3, 1; 4, 2; 13, 1 y 6; 14, 6 y 13; 15, 3 y 15; 16, 1, 9 y 15; 17, 6, 9, 11 y 15; 18, 3, 5, 6, 11 y 12; 19, 6 y 16; 20, 8 y 9; 21, 1 y 8; 23, 5; 24, 1 y 15; 25, 3, 8 y 12; 32, 1; 33, 2 y 9; 34, 3, 5 y 8; 35, 1, 4, 11 y 12; 43, 2; 45, 1, 3, 12, 13 y 21; 46, 1 y 11. XXIX 1, 5, 7, 9, 17 y 19; 3, 8 y 14; 4, 3, 5, 8 y 9; 5, 1; 6, 1 y 8; 7, 1; 8, 1; 9, 8 y 9; 16, 5; 18, 11; 19, 3 y 10; 20, 1, 3, 5, 7, 8 y 11; 21, 2, 3, 11 y 13; 22, 1, 5, 8 y 11; 23, 3, 6, 7 y 10; 24, 1, 2, 4 y 12; 25, 5; 26, 2, 5 y 7; 27, 1, 8, 9 y 12; 28, 8, 9 y 11; 29, 2; 33, 10; 34, 3 y 7; 35, 3 y 12. XXX 3, 1, 3 y 10; 4, 6 y 8; 5, 4; 6, 4; 7, 1, 4 y 6; 8, 1 y 8; 9, 1, 3 y 10; 10, 4 y 21; 12, 20-22; 13, 4, 8 y 9; 14, 1 y 3; 15, 9; 16, 1, 8 y 15; 17, 7, 8, 10 y 12; 20, 8; 21, 12; 22, 1; 23, 4-6; 25, 1 y 10; 28, 3, 6, 8, 9 y 11; 29, 2, 5 y 7-9; 30, 27; 32, 7; 34, 11; 35, 5; 36, 1, 5, 6, 9 y 11; 37, 6, 12 y 13; 38, 1, 7 y 8; 40, 13; 43, 10 y 12; 44, 3 y 12; 45, 5.
- Cornelio Léntulo, Gneo (cónsul en 201), XXIX 11, 12. XXX 40, 5. Gneo Cornelio, XXX 40, 9; 44, 2, 3 y 13. Gneo Léntulo, XXX 40, 7; 43, 1.
- Cornelio Léntulo, Lucio, XXVII 14, 4. XXIX 11, 12; 13, 7. XXX 41, 4. Lucio Cornelio, XXVI 1, 11; 28, 12. XXX 41, 5. Lucio Léntulo, XXVIII 38, 1. XXIX 2, 1. XXX 2, 7. Léntulo, XXIX 2, 7.
- Cornelio Léntulo, Publio, XXIX 38, 4. Publio Cornelio, XXVI 1, 7 y 9. Publio Léntulo, XXX 1, 9; 24, 5; 36, 2; 41, 2. Léntulo, XXX 2, 4; 36, 3.
- Cornelio Léntulo, Servio, XXVIII 10, 6.
- Cornelio Sila, Publio, XXVII 23, 5.
- Cosa, XXVII 10, 8. XXX 39, 1.
- Cosconio, Marco, XXX 18, 14.
- Cremona, XXVII 10, 8.
- cremonense(s), XXVIII 11, 10 y 11.
- cretense(s), XXVIII 7, 6.
- Crispino, véase Quincio.
- Crotona, XXVI 39, 7. XXIX 36, 9.
- crotoniense(s), XXIX 18, 16; 36, 4. XXX 19, 11.
- Cuesta Publicia, XXVI 10, 6. XXX 26, 5.
- Culca, XXVIII 13, 3.
- Cumas, XXVI 2, 10. XXVII 23, 2. XXX 20, 9; 38, 8.
- Cutillas, XXVI 11, 10.

- dárdano(s), XXVI 25, 3. XXVII 32, 9; 33, 1. XXVIII 8, 14.
- dasarecio(s), XXVII 32, 9.
- Dasio, XXVI 38, 6-8.
- Decimio Flaco, Gayo, XXVII 14, 8.
- Décimo, véase Vibelio.
- Delfos, XXVIII 45, 12. XXIX 10, 6; 11, 5.
- Demetriade, XXVII 32, 11. XXVIII 5, 2, 3, 15 y 18.
- Demetrio, XXVIII 6, 7.
- Demócrates, XXVI 39, 6. XXVII 15, 15; 16, 3.
- Derda, XXIX 12, 11.
- Diana, XXVII 4, 12.
- Dígicio, Sexto, XXVI 48, 6 y 13.
- Dimalo, XXIX 12, 3 y 13.
- Dimas, XXVII 31, 9-11; 32, 11.
- Díon, XXVI 25, 17.
- Dirraquio, XXIX 12, 3.
- Dóride, XXVIII 7, 13.
- Dorímaco, XXVI 24, 7.
- Drépanos, XXVIII 41, 5.
- Drumias, XXVIII 7, 13.
- Ebro, XXVI 17, 3; 20, 2 y 6; 41, 1, 6 y 23; 42, 1 y 6; 51, 11. XXVIII 24, 5; 33, 1; 39, 14; 42, 4. XXX 22, 2.
- Edescón, XXVII 17, 1.
- Éfula, XXVI 9, 9.
- Egates, XXX 32, 9.
- Egimuro, XXIX 27, 14. XXX 24, 9, 11 y 12.
- Egina, XXVII 30, 11; 33, 4 y 5. XXVIII 5, 1; 7, 11.
- Egio, XXVII 30, 9. XXVIII 7, 17; 8, 10.
- Egipto, XXVII 30, 4.
- Elacia, XXVIII 7, 3 y 13.
- Elba, XXX 39, 2.
- eleo(s), XXVI 24, 9. XXVII 31, 9-11; 32, 3 y 7; 33, 5. XXVIII 7, 14. XXIX 12, 14.
- Elide, XXVII 32, 2 y 8.
- Elio Peto, Publio (cónsul en 201), XXVII 36, 5. XXIX 38, 4. XXX (17, 6 y 14); 39, 4; 40, 5. Publio Elio, XXIX 38, 8. XXX 17, 3; 21, 10; 44, 2. Elio Peto, XXX 1, 9.
- Elio Tuberón, Publio, XXX 39, 8; 40, 5. Publio Elio, XXX 41, 2.
- Emilio, Marco (pretor en 217), XXVII 33, 8.
- Emilio Lépidio, Marco (pretor en 213), XXVI 23, 7.
- Emilio Númida, Manio, XXVI 23, 7.
- Emilio Papo, Lucio, XXVIII 38, 11. Lucio Emilio, XXVIII 38, 13.
- Emilio Papo, Marco, XXVII 6, 16. Marco Emilio, XXVII 8, 1.
- (Emilio) Paulo, Lucio, XXVI 2, 13. Paulo, XXVIII 28, 12.

- Emilio Regilo, Marco, XXIX 11, 14; 38, 6.
- Emporios, XXIX 25, 12; 33, 9.
- Eníadas, XXVI 24, 15; 25, 10.
- eniano(s), XXVIII 5, 15.
- Ennio, XXX 26, 9.
- epanterio(s), XXVIII 46, 9.
- Epícles, XXVI 30, 2-4 y 7; (32, 2 y 3); 40, 11. XXVII 8, 15.
- Epiro, XXVI 25, 11. XXIX 12, 10 y 11.
- epirota(s), XXVI 25, 13. XXIX 12, 8, 11, 12 y 14.
- Ereto, XXVI 11, 10; 23, 5.
- Ergécio, XXVI 21, 14.
- Erice, XXVIII 41, 5.
- Erutras, XXVIII 8, 8.
- Escerdiledo, XXVI 24, 9. XXVII 30, 13; 33, 3. XXVIII 5, 7.
- Escipión, véase Cornelio.
- Escipiones, XXVI 41, 22. XXVIII 32, 7.
- Escopas, XXVI 24, 7; 25, 9; 26, 1.
- Escotusa, XXVIII 5, 12 y 15; 7, 3.
- Escribonio Libón, Lucio, XXIX 11, 11; 13, 2. Lucio Escribonio, XXX 1, 7.
- Esculapio, XXIX 11, 1.
- Esernia, XXVII 10, 8.
- Espoleto, XXVII 10, 8.
- Esquilas, XXVI 10, 1 y 5.
- Esquilina (puerta), XXVI 10, 1 y 2.
- Estatorio, XXX 28, 3.
- Estrecho, XXX 28, 5. Estrecho (de Mesina), XXVI 12, 2.
- Etna, XXVI 29, 4.
- Etolia, XXVI 24, 11 y 15. XXVII 33, 3. XXVIII 8, 8. XXIX 12, 5.
- etólico(s), XXVII 30, 10; 32, 10.
- etolio(s), XXVI 24, 1, 4-7 y 10-15; 25, 1, 4, 5, 9, 14, 16 y 17; 26, 1 y 3; 28, 1 y 2; 37, 5. XXVII 15, 7; 29, 9 y 10; 30, 1, 3-5, 11 y 14; 31, 9 y 10; 32, 1, 3 y 4; 33, 3 y 5. XXVIII 5, 4, 5, 8 y 13; 7, 3, 10, 12 y 14; 8, 9. XXIX 12, 1, 2, 4 y 7.
- Etruria, XXVI 1, 5; 28, 4 y 6. XXVII 3, 9; 6, 1; 7, 9 y 10; 8, 12; 21, 6 y 7; 22, 4; 24, 6; 35, 2, 11 y 14; 36, 13; 37, 6; 38, 6. XXVIII 10, 4 y 11; 45, 14; 46, 13 y 14. XXIX 5, 5, 6 y 9; 13, 1; 36, 10; 38, 2. XXX 1, 2, 6 y 8; 19, 6; 26, 12; 27, 5; 41, 3.
- etrusco(s), XXVII 21, 7; 24, 9; 26, 11; 27, 5 y 6; 37, 15. XXVIII 10, 5; 28, 6. XXIX 36, 11.
- Eubea, XXVII 30, 7; 32, 11. XXVIII 5, 5, 16 y 18; 8, 13.
- Eugenio, XXIX 12, 13.
- Eupalio, XXVIII 8, 8.
- Euripo, XXVIII 5, 18; 6, 10.
- Europa, XXVII 29, 10.

Ezalces, XXIX 29, 6, 7 y 12; 30, 11; 31, 2.

Fabio, Lucio, XXX 25, 1.

Fabio Buteón, Marco, XXX 26, 6; 40, 5. Marco Fabio, XXX 41, 2 y 8.

Fabio Máximo (Verrucoso, después Cunctátor), Quinto (cónsul en 233, 228, 215, 214 y 209). XXVII 6, 11; 7, 7 y (13); (8, 11); (9, 7-9, 13 y 14); (10, 1, 5, 6 y 10-12); 11, (1), 11 y 12; (12, 1 y 7); (15, 10, 12, 15 y 16); (16, 5); (22, 2); 36, 5. XXVIII 40, 2. XXIX 37, 1. XXX 26, 7. Fabio Máximo, XXVI 8, 3. Quinto Fabio, XXVI 22, 12. XXVII 6, 3; 7, 15; 15, 4; 20, 13; 34, 9; 40, 8. XXVIII 43, 2 y 7; 44, 9, 10 y 17. XXIX 15, 2; 19, 1 y 3. XXX 28, 2. Fabio, XXVII 7, 9; 8, 13; 9, 13; 12, 2; 15, 9, 13 y 17; 16, 8 y 12-15; 20, 9; 21, 8; 25, 1, 5 y 11. XXVIII 43, 1. Máximo, XXIX 20, 1.

Fabio Máximo, Quinto (hijo del anterior. Cónsul en 213), XXVIII 9, 1. XXX 26, 10. Quinto Fabio, XXVII 29, 4. Quinto Máximo, XXVII 8, 13.

Fálara, XXVII 30, 3 y 12.

Fenice, XXIX 12, 11.

Ferentino, XXVI 9, 11.

Feronia, XXVI 11, 8. XXVII 4, 14 y 15.

Filémemo, XXVII 16, 3.

Filipo, XXVI 22, 12; 24, 5, 10, 12, (13), 15 y 16; 25, 1, (7), (9) y 15-17; 28, 2; 35, 10; 37, 5. XXVII 15, 7; 29, 9; 30, 1-5, (7) y 14; 31, (1), 2-4, 7 y (10); (32, 4 y 5); 33, 1, (3) y (4). XXVIII 5, 2, (3), 8 y (11); 6, 1; 7, 1, 3, 5, 7, 11 y 12; 8, 1 y (6). XXIX 4, 4; 11, 2; 12, 1, (3-4), 5, 6, 8, (10-12) y (14). XXX 26, 2 y (4); 40, 4 y 6; 42, 1, (2), 5 y (6-7).

Filipo (jefe epirota), XXIX 12, 11 y 12.

Fineo, XXVIII 7, 16.

Firmo, XXVII 10, 7.

Flaco, véase Fulvio; véase Valerio.

Flaminio (circo), XXVII 21, 1.

Flaminio, Gayo (cónsul en 223 y 217), XXVI 2, 13. XXVII 6, 7; 33, 8. Flaminio, XXVIII 28, 12.

Flaminio, Gayo (hijo; cónsul en 187), XXVI 47, 8; 49, 10.

Fliunte, XXVIII 7, 16.

Foceá, XXVI 19, 11.

Fócide, XXVIII 5, 16; 7, 3.

Fonteyo, Tiberio, XXVI 17, 3.

Foro Boario, XXIX 37, 2.

Fortuna, XXVII 11, 2; 23, 2.

- Buena Fortuna, XXVII 11, 3.
 Fortuna Primigenia, XXIX 36, 8.
 Fóruos, XXVI 11, 11.
 fregelano(s), XXVI 9, 3 y 6. XXVII 26, 11; 27, 6.
 Fregelas, XXVI 9, 11; 23, 5. XXVII 10, 7. XXVIII 11, 3.
 frentano(s), XXVII 43, 10.
 Frigia, XXIX 11, 7.
 Frusinón, XXVI 9, 11. XXVII 37, 5. XXX 2, 12; 38, 9.
 Ftiótide, XXVIII 6, 7; 7, 11.
 Fulvio Centumalo, Gneo (cónsul en 211), XXVI 1, 1 y (11); (2, 5); (7, 2); (9, 10); (10, 2 y 5); (11, 1); (18, 4); (22, 1, 3, 7 y 10). (XXVII 1, 5 y 7; 2, 1). Gneo Fulvio, XXVI 28, 9. XXVII 1, 4, 9 y 12; 7, 12. Fulvio, XXVI 22, 2. XXVII 1, 14; 8, 13.
 Fulvio Flaco, Gayo, XXVI 5, 8. XXVII 8, 12. Gayo Fulvio, XXVI 14, 6; 33, 5.
 Fulvio Flaco, Gneo (pretor en 212), (XXVI 2, 12 y 16; 3, 1, 5, 6, 10 y 11). Gneo Fulvio, XXVI 1, 9; 2, 7-9, 11 y 13-15; 3, 12. XXVII 1, 9; 7, 13. XXVIII 28, 12. Fulvio, XXVI 3, 9.
 Fulvio Flaco, Quinto (cónsul en 237, 224, 212 y 209), (XXVI 4, 10; 5, 15; 7, 5 y 7; 8, 6 y 7; 12, 5 y 16; 13, 2 y 7; 14, 6 y 7; 15, 5; 16, 3; 27, 16; 28, 7). XXVII (3, 5; 6, 1, 2, 5, 6 y 9); 7, 7 y (13); (8, 11; 9, 7-9, 13 y 14; 10, 1, 5, 6 y 10-12; 11, 1; 12, 1; 22, 2); 25, 6. Fulvio Flaco, XXVI 8, 1; 10, 1. Quinto Fulvio, XXVI 1, 2; 3, 10; 8, 9; 9, 10; 13, 15; 27, 7; 28, 13; 33, 4 y 9; 34, 13. XXVII 5, 17; 6, 3 y 12; 7, 10; 11, 7; 15, 2; 23, 5; 35, 13; 36, 13; 40, 14; 42, 17. XXVIII 41, 13; 45, 2. XXIX 15, 2. Quinto Flaco, XXVI 27, 10. Fulvio, XXVI 3, 11; 5, 8, 10 y 12; 8, 8; 9, 4 y 5; 15, 1, 4, 6, 8, 9 y 11; 30, 12; 33, 5. XXVII 3, 6; 7, 9; 8, 12; 12, 2; 20, 9; 35, 14. XXVIII 45, 3. XXX 23, 6. Flaco, XXVI 6, 7; 10, 4; 11, 1; 12, 3 y 15; 15, 11 y 13; 16, 1 y 2; 27, 11 y 15; 33, 5. XXVII 3, 1.
 Fulvio Gilón, Quinto, XXX 21, 12. Quinto Fulvio, XXX 39, 6. Fulvio, XXX 25, 9.
 Furio, Marco, XXX 42, 5.
 Furio (Camilo), Marco (dictador en 396), XXVII 34, 14.
 Furio Purpurión, Lucio (cónsul en 196), XXVII 2, 10.
 Gabios, XXVI 9, 12.
 gaditano(s), XXVIII 36, 3; 37, 2 y 10.

Gala, XXVII 5, 11; 19, 9. XXIX 29, 6; 30, 7 y 11; 31, 2 y 5.

Galeria, XXVII 6, 3.

Galia, XXVI 1, 5; 28, 4 y 5.

XXVII 7, 8; 10, 12; 20, 5; 22,

5; 25, 7; 35, 10 y 11; 36, 1, 11

y 12; 39, 1; 44, 2; 46, 10.

XXVIII 9, 1 y 12; 10, 12; 38,

13; 42, 3. XXIX 3, 15; 5, 5 y

9; 11, 13; 13, 2 y 4. XXX 1,

7; 16, 10; 19, 3 y 6; 27, 7;

28, 5.

Gálico (golfo), XXVI 19, 11.

XXX 19, 2.

galo(s), XXVI 41, 10. XXVII

36, 2 y 3; 38, 11; 39, 6; 41, 3;

44, 7; 48, 5, 7 y 15. XXVIII

10, 12; 11, 10; 36, 2; 45, 16;

46, 11. XXIX 5, 3, 6 y 8.

XXX 18, 9; 33, 5 y 9. Galo(s)

cisalpino(s), XXVII 38, 6; 49,

8. Galo(s) insubre(s), XXX

18, 1.

garamante(s), XXIX 33, 9.

Génova, XXVIII 46, 8. XXIX 5,

2. XXX 1, 10.

Genucio, Lucio, XXVII 4, 7.

Gisgón, XXVI 20, 6. XXVII 20,

3, 4, 7 y 8. XXVIII 12, 13.

XXIX 23, 3; 28, 7. Otro,

XXX 37, 7 y 8.

Graco, véase Sempronio.

Gran Madre, XXIX 37, 2.

Grande (Pompeyo), XXX 45, 6.

Grandes Juegos, XXVII 33, 8.

XXX 2, 8.

Grecia, XXVI 1, 12; 21, 8; 25,

2; 28, 1. XXVII 22, 10.

XXVIII 5, 8; 8, 14; 9, 1.

XXIX 11, 1, 3 y 10; 12, 1.

XXX 26, 2.

griego(s), XXVI 19, 11; 31, 1;

49, 3. XXVII 11, 5; 30, 5; 35,

3. XXVIII 43, 21; 46, 4 y 16.

XXIX 1, 16; 16, 6; 19, 11; 27,

13.

Grumento, XXVII 41, 1 y 3.

Guerra Púnica, XXVIII 19, 1;

41, 3 y 8. XXX 1, 1; 19, 10.

Hannón (varios), XXVI 5, 6; 12,

10; 40, 3, 5 y 9. XXVII 42, 16.

XXVIII 1, 4; 2, 11; 4, 4; 23,

7; 30, 1. XXIX 29, 1; 34, 1,

4, 14, 15 y (16); 35, 2. XXX

20, 4; 42, 15.

Helvio, Gayo, XXX 18, 15.

Helvio, Marco, XXVII 12, 16.

Heraclea, XXVIII 5, 13 y 14; 7,

3 y 14.

Hércules, XXVI 2, 12; 10, 3; 12,

12. XXVII 45, 7. XXVIII 32,

8; 43, 16; 44, 12. XXIX 18,

12. XXX 42, 16.

Herdónea, XXVII 1, 3, 6 y 14;

2, 1.

Herea, XXVIII 7, 17; 8, 6.

Hereos (juegos), XXVII 30, 9.

Híbla, XXVI 21, 14.

Hierón, XXVI 30, 1; 31, 3; 32,

4. XXVII 8, 16.

Himilcón, XXVIII 20, 11.

- Hipócrates, XXVI 30, 2-4 y 7; (32, 2 y 3).
- Hípona, XXIX 4, 2; 5, 1; 32, 14.
- Hípona Regia, XXIX 3, 7.
- Hispania(s), XXVI 2, 5; 11, 5; 17, 2 y 5; 18, 1, 2, 4, 6, 7 y 9; 19, 10; 20, 7; 37, 2, 7 y 8; 41, 1, 6, 8 y 19; 42, 3, 4 y 7; 43, 3 y 8; 48, 3; 49, 1; 51, 12. XXVII 1, 1; 4, 6; 5, 11; 7, 2, 4, 6 y 17; 10, 13; 17, 1-3 y 6; 19, 9; 20, 2-6 y 8; 22, 6 y 7; 36, 12; 38, 11; 40, 3 y 4; 44, 6 y 7; 47, 7. XXVIII 1, 1; 2, 3, 6 y 14; 4, 3; 12, 9-11 y 13; 16, 14; 17, 1, 2, 5, 8, 10, 11 y 13; 18, 9; 19, 1, 3 y 15; 23, 7; 24, 3 y 15; 27, 8; 28, 9 y 13; 31, 3 y 4; 34, 12; 35, 3 y 10; 36, 1 y 4; 38, 1-3, 8, 10 y 14; 39, 3, 5, 10 y 14; 41, 6; 42, 2, 11 y 20; 43, 10, 12-15 y 18; 44, 6 y 17. XXIX 1, 19-22 y 24; 3, 5 y 6; 11, 12; 13, 7; 14, 8; 19, 4 y 13; 20, 2; 23, 3; 28, 8; 29, 6; 30, 1; 31, 3. XXX 2, 7; 3, 2; 7, 10; 13, 4; 14, 3 y 4; 16, 10; 21, 3 y 5; 26, 6; 28, 5 y 11; 30, 13 y 25; 31, 4; 32, 7; 41, 4.
- hispano(s), XXVI 5, 11, 13 y 17; 6, 1, 6 y 9; 21, 9, 12 y 17; 30, 6; 31, 4; 47, 4. XXVII 2, 6; 14, 5; 17, 1; 19, 2, 3, 7 y 12; 20, 4-7; 38, 11; 44, 9; 48, 6, 8, 10 y 15. XXVIII 2, 6; 3, 10; 12, 10; 14, 4, 14 y 18; 15, 1; 19, 6; 20, 8 y 10; 25, 11; 30, 1; 33, 4, 9 y 15; 34, 1; 39, 21. XXIX 1, 24; 2, 3, 5, 12, 13, 17 y 18.
- Honor, XXVII 25, 7.
- Hostilio Catón, Aulo (pretor en 207), XXVII 35, 1; (36, 10 y 12). Aulo Hostilio, XXVII 36, 11. XXVIII 10, 14.
- Hostilio Catón, Gayo (pretor en 207), XXVII 35, 1; (36, 10). Gayo Hostilio, XXVII 36, 11; 51, 8.
- Hostilio Túbulo, Gayo (pretor en 209), XXVII 6, 12; 7, 8; 22, 4; 36, 13; 40, 10. XXVIII 10, 15. XXIX 13, 6. Gayo Hostilio, XXVII 7, 11; 11, 6; 24, 1 y 7; 35, 2 y 14. Hostilio, XXVII 24, 2 y 9; 40, 13 y 14. Túbulo, XXVII 22, 13.
- Ianforina, XXVI 25, 8 y 15.
- Ibe, XXVIII 21, 6.
- Ida, XXIX 10, 5.
- ilergete(s), XXVI 49, 11. XXVIII 27, 5; 29, 2; 31, 3; 32, 4, 8 y 10; 34, 4 y 12. XXIX 1, 19; 2, 5 y 9; 3, 3.
- iliense(s), XXIX 12, 14.
- Iliria, XXVI 25, 3.
- ilirio(s), XXVI 24, 9; 25, 2. XXVII 32, 4.
- Iliturgi, XXVI 17, 4. XXVIII 19, 1 y 4; 25, 6.

- iliturgitano(s), XXVIII 19, 2; 20, 9; 25, 6.
- Indíbil, XXVI 49, 11 y 13. XXVII 17, 3, 9 y 10; 19, 7. XXVIII 24, 3; 25, 12; 26, 4; 27, 5 y 13; 28, 5; 31, 5; 34, 3 y 8; 36, 1; 42, 8. XXIX 1, 19; 2, 14; 3, 2.
- ingauno(s), XXVIII 46, 9-11.
- Insanos (Montes), XXX 39, 2.
- Interamna, XXVI 9, 3. XXVII 9, 7. XXIX 15, 5.
- Isla, La, XXVI 24, 8 y 10.
- Italia, XXVI 2, 14; 8, 2; 13, 7; 16, 7; 18, 2; 22, 7 y 9; 24, 2 y 16; 26, 10; 28, 2 y 3; 29, 1; 35, 10; 37, 3; 38, 1; 39, 2; 40, 16; 41, 12-15. XXVII 1, 1; 4, 3; 5, 12 y 15; 6, 7; 7, 3 y 7; 9, 3, 4 y 6; 11, 12; 12, 3; 20, 6 y 11; 21, 2; 22, 2, 7 y 8; 25, 2; 35, 10; 36, 1 y 8; 38, 2 y 5; 39, 2, 4 y 9; 40, 1, 3, 4 y 6; 43, 1; 44, 5; 47, 7; 51, 13. XXVIII 1, 1; 9, 12 y 13; 11, 8; 12, 6, 9 y 11; 17, 8; 18, 11; 24, 7; 28, 15; 32, 6; 36, 1; 38, 10 y 12; 39, 3, 14 y 21; 41, 2, 3, 5, 6, 9, 11 y 12; 42, 3, 12, 14-16, 20 y 22; 44, 4, 10 y 12-14; 46, 7. XXIX 1, 14, 16 y 20; 3, 10; 4, 4 y 5; 5, 9; 6, 1; 10, 5; 14, 5; 15, 6 y 7; 18, 6 y 9; 20, 2; 24, 13; 25, 4; 26, 4 y 6; 36, 1 y 10; 37, 3. XXX 2, 3 y 5; 3, 5; 9, 9; 16, 10; 19, 3, 4, 6 y 12; 20, 7-9; 21, 6 y 8; 23, 5 y 6; 24, 1-4; 26, 5; 27, 2; 28, 1, 5, 8 y 11; 30, 6, 8, 14 y 25; 31, 7; 32, 2; 33, 6 y 9; 40, 12 y 16; 45, 2.
- italico(s), XXVI 6, 11. XXIX 10, 15. XXX 8, 5 y 6; 20, 6; 32, 6; 33, 2 y 6; 35, 9.
- Iugario, XXVII 37, 14.
- Jantipo, XXVIII 43, 19.
- Jerónimo, XXVI 30, 2 y 7.
- Juegos Apolinales, XXVI 23, 3. XXVII 11, 6; 23, 5. XXX 38, 10.
- Juegos de Ceres, XXX 39, 8.
- Juegos Olímpicos, XXVIII 7, 14.
- Juegos Plebeyos, XXVII 21, 9; 36, 9. XXVIII 10, 7. XXIX 11, 12; 38, 8. XXX 26, 11.
- Juegos Romanos, XXVII 6, 19; 21, 9; 36, 8. XXVIII 10, 6. XXIX 11, 2; 38, 8. XXX 26, 11; 39, 6.
- Julio César, Sexto (pretor en 208), XXVII 21, 5; 22, 3; (23, 1); 29, 4. Sexto César, XXVII 22, 9.
- Junio Bubulco (Bruto), Gayo (cónsul en 291), XXVII 6, 8.
- Junio Peno, Marco, XXIX 11, 13. XXX 40, 5.
- Junio Silano, Marco (pretor en 212), XXVI 19, 10; 49, 4. Marco Junio, XXVI 1, 5.

- Marco Silano, XXVI 42, 1. XXVII 22, 7. XXVIII 1, 5; 28, 13. Silano, XXVI 20, 4. XXVII 7, 17. XXVIII 1, 6 y 9; 2, 14; 13, 3 y 5; 14, 15; 16, 9, 11 y 15; 17, 11; 26, 7; 34, 12.
- Juno Lacinia, XXVIII 46, 16. XXX 20, 6. Juno Reina, XXVII 37, 7, 12, 13 y 15. Juno Sópita, XXIX 14, 13.
- Júpiter, XXVI 8, 5; 14, 6; 23, 8. XXVII 4, 11; 8, 4 y 9; 11, 2; 23, 2 y 3; 36, 9; 37, 2. XXVIII 11, 2; 38, 8. XXIX 38, 8. XXX 39, 8. Júpiter Estátor, XXVII 37, 7. Júpiter Óptimo Máximo, XXVIII 28, 11; 39, 15.
- Labicos, XXVI 9, 11.
- Lacedemonia, XXVIII 7, 13.
- lacedemonio(s), XXVI 24, 9. XXVII 29, 9. XXVIII 5, 5. XXIX 12, 14.
- lacetano(s), XXVIII 24, 4; 26, 7; 27, 5; 34, 4.
- Lacinio, XXVII 25, 12.
- Lacio, XXVIII 11, 8. XXIX 3, 12.
- Lacumazes, XXIX 29, 11; 30, 5 y 8; 31, 1.
- Lamia, XXVII 30, 1 y 3.
- Lanuvio, XXIX 14, 3.
- larinate(s), XXVII 40, 10; 43, 10.
- Larisa, XXVIII 5, 2 y 12.
- Lariso, XXVII 31, 11.
- latín, XXVI 6, 11.
- latino(s), XXVI 15, 3; 16, 6; 17, 1; 34, 7. XXVII 9, 1 y 2. XXVIII 15, 1; 32, 6. XXIX 19, 9; 24, 14; 27, 13. XXX 41, 5; 43, 13.
- Lavinio, XXVI 8, 10.
- Lelio, Gayo (cónsul en 190), XXVI 42, 5; 48, 1, 7, 9, 10 y 14. XXVII 7, 1 y 4. XXVIII 17, 7 y 12; 28, 14. XXIX 1, 14; 3, 7; 6, 1; 24, 5; 25, 5 y 10; 33, 9. XXX 16, 1; 17, 3.
- Lelio, XXVI 48, 13; 49, 4; 51, 1. XXVII 17, 8, 15 y 17. XXVIII 17, 9 y 15; 19, 9 y 18; 23, 8; 30, 3 y 6; 31, 1; 33, 3 y 11. XXIX 4, 3, 7 y 9; 5, 1. XXX 5, 4 y 5; 9, 1; 11, 1; 12, 2, 7, 8, 20 y 21; 14, 2 y 3; 15, 3; 17, 1 y 2; 21, 11; 23, 6; 25, 9; 33, 2 y 16; 35, 1; 36, 3; 41, 8.
- Lemnos, XXVIII 5, 1 y 10.
- Léntulo, véase Cornelio.
- Leontinos, XXVI 30, 4.
- Leptis, XXX 25, 11.
- Lesio, véase Sepio.
- Letorio, Gayo (pretor en 210), XXVI 23, 1. XXVII 7, 11; 8, 4. Letorio, XXIX 12, 5.
- Letorio, Lucio, XXX 39, 8.
- Léucade, XXVI 26, 1.
- Levino, véase Valerio.

- Libros Sibilinos, XXIX 10, 4.
- Licinio, Marco (trib. mil.), XXVII 12, 16.
- Licinio Craso Dívite, Publio (cónsul en 205), XXVII 21, 5. Publio Licinio Craso, XXVII 5, 19; 6, 17; 22, 3; (23, 1). XXVIII 38, 6 y 12; (45, 8, 9 y 11). XXX (1, 4). Publio Licinio, XXVII 8, 5; 34, 6. XXVIII 11, 6; 41, 12; 44, 11; 46, 2. XXIX 10, 1; 13, 3; 36, 6 y 8. XXX 1, 3. Licinio, XXVII 6, 18.
- Licinio Lúculo, Lucio, XXX 39, 6. Lúculo, XXX 39, 7.
- Licinio Polión, Lucio, XXVII 29, 4.
- Licinio Varo, Publio (pretor en 208), XXVII 6, 19; 21, 5; 22, 3 y 12; 23, (1) y 7; 51, 3 y (5). Publio Licinio, XXVII 8, 8.
- Lícido, XXVII 32, 9.
- lígur(es), XXVII 39, 2; 48, 7, 10 y 15; 49, 8. XXVIII 36, 2; 42, 13; 46, 8, 9 y 14. XXIX 5, 3, 7 y 8. XXX 1, 2 y 6; 19, 4; 33, 5 y 9. Lígures albingaunos, XXIX 5, 2. Lígures ingaunos, XXX 19, 1.
- Liguria, XXIX 5, 9.
- Lilibeo, XXVII 5, 9; 29, 8. XXVIII 4, 7. XXIX 24, 7-10; 26, 7. XXX 45, 1.
- Linco, XXVI 25, 4.
- Linfeo, XXX 19, 10.
- Liris, XXVI 9, 3; 34, 8.
- Livio (Andrónico), XXVII 37, 7.
- Livio Macato, Marco, XXVII 34, 7. Marco Livio, XXVI 39, 1. XXVII 25, 3. Livio, XXVI 39, 21. XXVII 25, 5.
- Livio Salinátor, Gayo (cónsul en 188), XXX 26, 11. Gayo Livio, XXVI 23, 7. XXIX 38, 8. XXX 27, 7; 41, 1.
- Livio Salinátor, Marco (cónsul en 219 y 207), (XXVII 35, 1 y 8; 36, 12 y 14; 37, 1; 38, 1, 3, 6, 9 y 10; 39, 3; 40, 1 y 7; 43, 12; 45, 3 y 12; 46, 4 y 6; 47, 5; 48, 10; 50, 11; 51, 4). (XXVIII 9, 4, 6, 8, 9, 18 y 20; 10, 2 y 4). Marco Livio, XXVII 34, 3; 10, 15; 36, 10; 38, 11; 40, 8; 47, 4; 48, 6; 51, 8. XXVIII 9, 1-3, 10 y 17; 10, 1 y 11; 46, 13. XXIX 5, 5 y 9; 13, 4; 37, 1, 8-10 y 13. XXX 23, 1. Livio Salinátor, XXIX 37, 4. Livio, XXVII 35, 7; 37, 7; 46, 1; 48, 3, 4 y 9; 49, 8. XXVIII 42, 17.
- locrense(s), XXVI 28, 1. XXIX 6, 4, 5 y 17; 7, 3; 8, 1, 3 y 6; 9, 11; 16, 4, 6 y 7; 17, 8; 19, 5, 6 y 11; 20, 3 y 5; 21, 5-7 y 9.
- Lócride, XXVI 26, 2. XXVIII 6, 12.
- Locros, XXVII 25, 11 y 14; 26, 3; 28, 13 y 17. XXIX 6, 1, 4,

- 5 y 9; 7, 1, 3 y 7; 9, 8; 17, 1, 4, 10 y 18; 18, 4, 11 y 19; 19, 9 y 13; 20, 10 y 11; 21, 4 y 8; 22, 7.
- Loreta, XXX 39, 1.
- Lucania, XXVI 12, 2. XXVII 2, 4; 7, 7; 25, 6; 35, 9; 41, 1; 42, 17; 43, 11; 44, 2. XXVIII 11, 15.
- lucano(s), XXVII 15, 2; 51, 13. XXVIII 28, 4.
- Luceria, XXVII 10, 7.
- Lucrecio, Espurio, XXVIII 38, 11 y 13; 46, 12. XXIX 5, 5; 13, 4. XXX 1, 9. Lucrecio, XXIX 5, 9. XXX 1, 10.
- Lucrecio, Marco (trib. pl.), XXVII 5, 16.
- Lucrecio, Marco, XXVII 38, 12.
- Lusitania, XXVII 20, 8.
- Lutacio (Cátulo), Gayo (cónsul en 242), XXVIII 38, 9; 41, 3.
- Lutacio (Cátulo), Gayo (cónsul en 220), XXX 19, 7; 22, 4. Cátulo, XXX 19, 8.
- Lutacio, Quinto, XXX 44, 1.
- Llanuras Grandes, XXX 8, 3.
- Macánidas, XXVII 29, 9. XXVIII 5, 5; 7, 14 y 17; 8, 3.
- Macedonia, XXVI 22, 1; 24, 5; 25, 2, 3, 6 y 7; 28, 1 y 2. XXVII 7, 15; 22, 10; 30, 9; 31, 8; 32, 9; 33, 1. XXIX 12, 13. XXX 26, 2; 42, 5.
- macedonio(s), XXVI 24, 5. XXVIII 5, 7 y 12; 6, 6. XXX 33, 5; 42, 2, 4, 6, 7 y 11.
- Macela, XXVI 21, 14.
- Macieno, Publio, XXIX 6, 9. Macieno, XXIX 9, 2.
- Madre del Ida, XXIX 10, 5; 14, 5.
- Magón (varios), XXVI 20, 6; 46, 8 y 9; 49, 5; 51, 2. XXVII 20, 2, 3, 5, 7 y (8). XXVIII 28, 14. XXVIII 1, 4; 2, 3, 11 y 12; 12, 13; 13, 6; 16, 13; 23, 7; 30, 1 y 4; 31, 3; 32, 8; 35, 3; 36, 1 y 3; 37, 1 y 10; 42, 8 y 12; 46, 7. XXIX 3, 15; 4, 6; 5, 2, 3, 8 y 9; 13, 4; 36, 10 y 11. XXX 1, 10; 18, 1, 6, 9, 12 y (15); 19, 1, 4 y 12; 21, 1; 23, 6.
- Malíaco (golfo), XXVII 30, 3.
- mamertino(s), XXVIII 28, 6. XXX 31, 4.
- Mamilio Atelo, Gayo, XXVII 8, 2 y 3; (36, 10 y 12). Gayo Mamilio, XXVII 35, 1; 36, 9 y 11; 38, 12. XXVIII 10, 13. XXX 26, 4.
- Mamilio Turrino, Quinto, XXVIII 10, 3 y 7. Quinto Mamilio, XXVIII 10, 9 y 12. Mamilio, XXVIII 11, 11.
- Mandonio, XXVI 49, 11. XXVII 17, 3 y 9. XXVIII 24, 3; 25, 12; 26, 4; 27, 5 y 13; 28, 5; 31, 5; 34, 3, 8 y 11; 42, 8. XXIX 3, 1, 3 y 4.

Manduria, XXVII 15, 4.

Manlio, Aulo (tr. mil.), XXVII 26, 12; 27, 8.

Manlio Acidino, Lucio (pretor en 210), XXVI 23, 1. XXVII 50, 8. XXVIII 38, 1. XXIX 2, 1; 13, 7. XXX 2, 7; 41, 4. Lucio Manlio, XXVII 4, 4; 35, 3. XXIX 2, 10. XXX 41, 5.

Manlio (Torcuato), Aulo (cónsul en 241), XXX 44, 1.

Manlio Torcuato, Tito (cónsul en 235 y 224), XXVI 22, 2; 32, 1. XXVII 11, 10; 33, 6; (35, 1). XXX 2, 8; 39, 6. Tito Manlio, XXVI 23, 2. XXVII 34, 10. XXX 27, 11. Manlio, XXVI 22, 3. XXVII 33, 7. Torcuato, XXVI 22, 9.

Manlio (Volsón), Lucio (cónsul en 256 y 250), XXIX 28, 5.

Manlio Volsón, Publio (pretor en 210), XXVI 23, 1. XXVII 6, 14; 7, 14. Volsón, XXVI 28, 12.

Mano, XXVI 27, 7 y (8-9).

Marcelo, véase Claudio.

Marcio, Marco, XXVII 6, 16; 36, 5.

Marcio Séptimo, Lucio. Marcio Séptimo, XXVIII 28, 13. Lucio Marcio, XXVI 2, 1 y 4; 17, 3; 37, 8. XXVIII 17, 11; 19, 4; 30, 2; 31, 2; 42, 5. Marcio, XXVI 2, 3; 20, 3. XXVIII

14, 15; 21, 1; 22, 1; 23, 8; 34, 12; 35, 2.

Marcio Rala, Marco, XXIX 11, 11. XXX 38, 4. Marco Marcio, XXIX 13, 2. XXX 2, 5.

Marica, XXVII 37, 2.

Marmóreas, XXVII 1, 1.

marrucino(s), XXVI 11, 11. XXVII 43, 10. XXVIII 45, 19.

marsellés(es), XXVI 19, 13. XXVII 36, 1 y 3.

marso(s), XXVI 11, 11. XXVIII 45, 19.

Marte, XXVI 18, 6. XXVII 23, 2. XXVIII 21, 8. XXIX 11, 14; 38, 6.

masesulio(s), XXVIII 17, 5. XXIX 30, 10; 31, 1; 32, 14. XXX 11, 11.

Masinisa, XXVII 5, 11; 19, 9-11; 20, 8. XXVIII 13, 6; 16, 11; 35, 1, 2, 4, 12 y 13; 42, 9; 44, 7. XXIX 3, 14; 4, 7 y 8; 5, 1; 6, 1; 24, 5; 29, 4, (5) y 13; 30, 1, 6, 7 y 9-11; 31, 1, 2, 7 y (8); 32, 1, 2, 4-6 y 9-11; 33, 4, 6, 8 y 10; 34, 8-10 y 12-14; 35, 3. XXX 5, 1, 4, 5 y 9; 8, 5-7; 9, 1; 11, 1; 12, 2, 6, 10, 11, 20 y 22; 13, 7 y 14; 14, 3, 4 y 6; 15, 1, 5, 11, 12 y (14); 16, 1; 17, 7-9, 11, 12 y (13-14); 21, 11; 29, 4; 33, 2, 10 y 13; 35, 1; 37, 4; 44, 12.

- Masiva, XXVII 19, 9 y (11).
 Mater Matuta, XXVIII 11, 2.
 Mauritania, XXIX 30, 1.
 Máximo, véase Fabio.
 (Máximo) Rulo, (Quinto) (cónsul en 295), XXX 26, 8.
 Mazetulo, XXIX 29, 8 y 10; 30, 8-(10) y 12.
 Mecia (tribu), XXIX 37, 13.
 Médica, XXVI 25, 8.
 Mediterráneo, XXVI 42, 4. XXVIII 1, 3.
 medo(s), XXVI 25, 6. XXVIII 5, 7.
 Megalesios (juegos), XXIX 14, 14.
 megalopolita(s), XXVIII 8, 6.
 Mégara, XXVIII 7, 16.
 Meles, XXVII 1, 1.
 Menipo, XXVII 32, 10. XXVIII 5, 11.
 Mentisa, XXVI 17, 4.
 Mercurio (colina de), XXVI 44, 6; (promontorio de), XXIX 27, 8.
 Mérico, XXVI 21, 9, (10), 12 y 13; 30, 6; 31, 4.
 mesenio(s), XXVII 30, 13. XXIX 12, 14.
 Mesene, XXVII 33, 5.
 mesés(es), XXVIII 3, 3.
 Mesina, XXVIII 28, 6. XXIX 7, 2 y 7; 8, 5; 9, 8; 20, 11; 21, 8.
 mesulio(s), XXIX 29, 10; 31, 4 y 6-8; 32, 4 y 12; XXX 11, 1.
 metapontino(s), XXVI 39, 18. XXVII 16, 12 y 16.
 Metaponto, XXVII 1, 14; 16, 11-14; 42, 15 y 17; 43, 2; 51, 13.
 Metauro, XXVII 47, 9.
 Metelo, véase Cecilio.
 Milvio, XXVII 51, 2.
 Mevio, Marco, XXX 18, 14.
 Minturnas, XXVII 37, 2; 38, 4.
 minturnense(s), XXVII 37, 3.
 Minucio (Rufo), Quinto, XXVI 33, 5.
 Minucio Termo, Quinto, XXX 40, 9. Quinto Minucio, XXX 43, 2.
 montano(s), XXVIII 46, 9, 11 y 14.
 Montes Insanos, XXX 39, 2.
 moro(s), XXVIII 17, 5. XXIX 30, 1, 2 y 4. XXX 33, 5, 10 y 13.
 Mucio Escévola, Quinto (pretor en 215), XXVII 8, 4. Quinto Mucio, XXVI 1, 11.
 Murgencia, XXVI 21, 14 y 17.
 Mútina, XXVII 21, 10.
 Mútines, XXVI 21, 15; 40, 3, 6 y 7. XXVII 5, 6-7; 8, 18.
 Nabis, XXIX 12, 14.
 Nápoles, XXIX 21, 1.
 Naragara, XXX 29, 9.
 Narnia, XXVII 9, 7; 43, 9. XXIX 15, 5.

- narniense(s), XXVII 50, 6 y 8.
 Naso (en Acarnania), XXVI 24, 15; 25, 10.
 Naso (en Sicilia), XXVI 21, 10.
 Naupacto, XXVI 26, 1-2. XXVII 29, 9; 30, 11; 31, 1 y 3; 32, 2.
 Navio, Quinto, XXVI 4, 10; 5, 12 y (17). Navio, XXVI 5, 15.
 Nemeos (juegos), XXVII 30, 9 y 17; 31, 9.
 Nepe, XXVI 34, 10.
 Nepete, XXVII 9, 7. XXIX 15, 5.
 Neptuno, XXVI 45, 9. XXVIII 11, 4.
 Nerón, véase Claudio.
 Nicea, XXVIII 5, 18.
 Nicias, XXVIII 8, 10.
 Nicón Percón, XXVI 39, 15. Nicón, XXVI 39, 16. XXVII 16, 3.
 Nola, XXX 20, 9.
 Norba, XXVII 10, 7.
 Nuceria, XXVII 3, 6.
 nucerino(s), XXVII 3, 6 y 7.
 númida(s), XXVI 4, 2; 6, 9; 7, 6; 9, 13; 10, 5; 12, 15, 16 y 18; 21, 14 y 15; 38, 11; 40, 3, 6 y 8-10. XXVII 1, 11; 5, 11; 8, 15; 18, 7; 19, 9 y 11; 26, 8; 17, 3; 28, 16 y 17; 38, 11; 42, 10-11; 43, 1. XXVIII 11, 13; 13, 8; 35, 1, 4, 5 y 8; 42, 7 y 9; 44, 5. XXIX 6, 2; 7, 5; 17, 5; 23, 4 y 7; 24, 4; 29, 6; 30, 3 y 7; 31, 1 y 10; 34, 5. XXX 3, 9; 4, 2 y 7; 5, 4 y 9; 7, 11; 8, 5-7; 9, 1; 12, 13, 15 y 18; 13, 2; 17, 1, 11 y 14; 18, 7; 33, 2, 7, 10 y 13; 36, 8.
 Numidia, XXX 11, 1; 12, 22; 15, 14; 17, 4.
 Numistrón, XXVII 2, 4 y 10.
 Nursia, XXVIII 45, 19.
 Oba, XXX 7, 10.
 Océano, XXVIII 1, 2; 2, 15; 12, 10; 16, 3; 23, 7; 30, 3; 32, 8; 34, 12; 36, 13; 37, 10; 39, 14; 43, 15.
 Ocrículo, XXX 19, 10.
 Octavio, Gneo, XXVIII 38, 11 y 13; 46, 14. XXIX 13, 5; 36, 1. XXX 2, 4; 24, 6; 36, 3; 41, 6 y 7; 44, 13. Octavio, XXIX 36, 2. XXX 36, 6; 41, 8.
 Ogulnio, Marco, XXVII 3, 9.
 Olbia, XXVII 6, 13.
 Olimpia, XXVI 24, 14. XXVII 35, 3.
 Opia, Vestia, XXVI 33, 8. Opia, XXVI 34, 1.
 opuncio(s), XXVIII 7, 9; 8, 12.
 Opunte, XXVIII 6, 12; 7, 8, 9 y 11; 8, 3.
 Oreo, XXVIII 5, 18; 6, 8 y 11; 7, 1, 5, 10 y 18; 8, 13.
 Oréstide, XXVII 33, 1.
 oricino(s), XXVI 25, 2.
 Oriente, XXVI 37, 5.
 oritano(s), XXVIII 8, 12.

- Orongis, XXVIII 3, 2; 4, 2.
 Orsua, XXVIII 21, 6 y 7.
 Ostia, XXVII 11, 2; 22, 12; 23, 3; 38, 4-5. XXIX 14, 10.
 Otacilio Craso, Tito (pretor en 217 y 214), XXVI (22, 8); 23, 8. XXVII 6, 15. Tito Otacilio, XXVI 1, 12; 22, 2; 23, 2; 28, 3.
 Oxeas, XXVIII 7, 18.
 Pacio, XXVII 15, 3.
 Pácula, véase Cluvia.
 Palatino, XXIX 14, 14; 37, 2. XXX 38, 9.
 Pandosia, XXIX 38, 1.
 Panormo, XXIX 1, 14.
 partino(s), XXIX 12, 3 y 13.
 Patras, XXVII 29, 9.
 Paulo, véase Emilio.
 Pela, XXVI 25, 1 y 17.
 Pelagonia, XXVI 25, 3 y 4.
 peligno(s), XXVI 11, 11. XXVIII 45, 19.
 Pepareto, XXVIII 5, 9, 16 y 18.
 Pérgamo, XXIX 11, 7.
 Perseo, XXVI 25, 5.
 Persio, Gayo, XXVI 39, 21.
 Perugia, XXVIII 45, 18.
 Pesinunte, XXIX 10, 5 y 7.
 Pesto, XXVI 39, 5. XXVII 10, 8.
 Petelia, XXVII 26, 5.
 Petelio, Publio, XXVII 4, 7.
 Piceno, XXVII 43, 12; 44, 2.
 Piedras Negras, XXVI 17, 4.
 Pilo, XXVII 30, 13.
 Pirgo, XXVII 32, 7.
 Pirineo(s), XXVI 19, 11; 43, 8. XXVII 19, 1; 20, 2.
 Pirrias, XXVII 30, 1.
 Pirro, XXVIII 28, 4. XXIX 8, 9; 18, 3 y (6).
 Pitiusa, XXVIII 37, 3.
 Placencia, XXVII 10, 8; 39, 11; 43, 1.
 placentino(s), XXVIII 11, 10 y 11.
 Plátor, XXVIII 6, 1, 4 y 7; 7, 1.
 Plaza del Pescado, XXVI 27, 3.
 Pleminio, Quinto, XXIX 6, 9 y 16; 17, 10, (12-14) y (19); (19, 2); 20, 3. Pleminio, XXIX 8, 5 y 7; 9, 1-4, 8 y 9; 16, 5 y 7; 17, 14 y 20; 18, 10; 19, 3, 5 y 11; 21, 1, 2, 4, 7, 9, 10 y 12; 22, 7-10.
 Pléurato, XXVI 24, 9. XXVII 30, 13. XXVIII 5, 7. XXIX 12, 14.
 Polia (tribu), XXIX 37, 8.
 Polibio, XXX 45, 5.
 Policracia, XXVII 31, 8.
 Polifantes, XXVII 32, 10. XXVIII 5, 11.
 Pompeyo el Grande, XXX 45, 6.
 Pomponio Matón, Marco (pretor en 204), XXVI 23, 7. XXVIII 45, 12. XXIX 11, 11; 13, 2; (21, 4, 5 y 11); (23, 3). Marco Pomponio, XXIX 13,

- 6; 20, 4 y 8; 24, 8; 25, 6; 26, 7. XXX 2, 3; 27, 9.
- Pomponio Matón, Marco (jefe cab. en 216), XXVIII 10, 7. XXIX 38, 7.
- Poncias, XXVII 10, 8.
- Popilio, Publio, XXVII 4, 7.
- Popilio, Tito, XXVI 6, 1.
- Populonia, XXVIII 45, 15.
- Populonio, XXX 39, 2.
- Porcio Catón, Marco, XXIX 25, 10.
- Porcio Licino, Lucio (pretor en 207), XXVI 6, 1. XXVII 6, 19; 35, 1; 46, 5. Lucio Porcio, XXVII 35, 11; 39, 1; 47, 4. XXVIII 9, 1; 10, 12. Porcio, XXVII 48, 1.
- Porsena, XXVI 41, 10.
- Postumio Albino (Lucio), (cónsul en 234 y 229), XXVIII 28, 12.
- Postumio Megelo, Lucio (cónsul en 304, 294, 291), XXVII 6, 8. Lucio Postumio, XXVI 2, 13.
- Potidania, XXVIII 8, 9.
- Preneste, XXVIII 9, 4 y 5.
- pretuciano(s), XXVII 43, 10.
- Priverno, XXVII 11, 4.
- Prosérpina, XXIX 8, 9; 18, 3, 4 y 6; 19, 7; 20, 10.
- Prusias, XXVII 30, 16. XXVIII 7, 10. XXIX 12, 14.
- Publicia (cuesta), XXVII 37, 15.
- Publicio Bibulo, Gayo (tr. pl. en 209), XXVII 20, 11; (21, 2).
- Pulcro (promontorio), XXIX 27, 12.
- púnico(s), XXVI, 5, 6; 22, 9; 32, 3; 41, 10. XXVII 22, 1; 33, 9. 39, 9; 44, 5. XXVIII 12, 5; 19, 1; 32, 9; 38, 12; 41, 3 y 8; 44, 13; 46, 16. XXIX 13, 1; 14, 1; 26, 4. XXX 1, 1; 19, 10; 22, 6; 30, 27.
- Pupinia, XXVI 9, 12.
- Putéolos, XXVI 17, 2; 19, 10. XXX 21, 11.
- Quincio, Decio, XXVI 39, 2, (7) y (17). Quincio, XXVI 39, 15-16.
- Quincio Crispino, Tito (cónsul en 208), XXVII 6, 12; 7, 8; 21, 5; 22, 1, (2) y (11); (23, 1 y 4); 25, 6 y (13-14); (26, 1 y 3); (27, 2, 5, 6, 8 y 10); (28, 1, 3 y 5); (29, 4-6); (33, 7 y 10-11); (40, 7); (44, 5). XXVIII 28, 12. Tito Quincio, XXVII 7, 10; 22, 4; 33, 6; 35, 2. XXX 27, 11. Crispino, XXVII 25, 11; 26, 11; 27, 7; 28, 2 y 4; 29, 1.
- Quincio (Flaminio), Tito, XXIX 13, 6.
- (Quintilio Varo), Marco, XXX 18, 5.

- Quintilio Varo, Publio, XXIX 38, 4. XXX 18, 1 y (2); 27, 7.
 Quintilio Varo, XXX 1, 9.
 Quintilio, XXX 18, 3 y 5.
 Quincuatro, XXVI 27, 1.
 Quífos, XXVII 30, 4.
 Quirino, XXVIII 11, 4.
 Quirites, XXVI 33, 13.
- Reate, XXVI 11, 10; 23, 5.
 XXVIII 45, 19. XXX 2, 11.
 Recio, Marco, XXVII 36, 3.
 regino(s), XXVI 40, 18. XXIX 21, 3.
 Regio, XXVI 12, 2 y 14; 39, 2, 5 y 6. XXVIII 28, 2 y 6.
 XXIX 6, 4, 5, 9 y 10.
 Régulo, véase Atilio.
 Ríon, XXVII 29, 9. XXVIII 7, 18.
 Ródano, XXVII 39, 4.
 rodio(s), XXVII 30, 4. XXVIII 7, 13.
 Roma, XXVI 2, 14 y 16; 5, 2; 7, 3, 5 y 7; 8, 1, 4, 5 y 7-9; 9, 6, 8 y 12; 10, 1; 11, 2, 4, 5, 7, 8, 10 y 13; 12, 12; 13, 2, 6, 11, 12 y 15; 15, 2, 5 y 8; 16, 10; 18, 2; 21, 1, 4, 6 y 12; 22, 2 y 8; 24, 4 y 15; 25, 10; 26, 4, 6, 8 y 10; 27, 10 y 13-16; 29, 4; 31, 9; 32, 4; 33, 3; 34, 1, 8, 11 y 13; 37, 4 y 6; 38, 6; 40, 13, 14 y 16; 41, 13 y 16; 50, 7; 51, 2. XXVII 1, 4; 2, 1 y 3; 3, 6; 4, 5 y 15; 5, 2 y 8; 6, 1; 7, 1; 8, 12 y 19; 9, 7, 11 y 14; 11, 1, 3 y 11; 12, 1; 13, 12; 17, 8; 19, 4; 20, 9, 12 y 13; 21, 8; 22, 10 y 12; 24, 1 y 5; 25, 7; 29, 2, 3 y 5; 36, 3; 37, 9; 39, 1; 40, 2, 3 y 6; 43, 8 y 9; 44, 1; 45, 7; 50, 3. XXVIII 1, 3; 4, 4 y 7; 9, 1, 2, 4, 7 y 10; 10, 16; 11, 8 y 15; 17, 1; 25, 6; 28, 3 y 15; 35, 9; 38, 1 y 2; 41, 13; 42, 22; 46, 13. XXIX 3, 10; 4, 6; 5, 9; 8, 3; 9, 8; 10, 1, 5 y 8; 11, 1, 4, 6 y 7; 12, 13, 15 y 16; 14, 13; 15, 5, 10, 11 y 14; 19, 5; 21, 1, 12 y 13; 22, 6, 7 y 10; 23, 1; 27, 2; 29, 5; 37, 1 y 3; 38, 2. XXX 1, 4; 2, 7; 3, 1; 13, 9; 14, 10; 16, 1, 13 y 15; 17, 1 y 11; 18, 1; 19, 8; 20, 8; 21, 1 y 12; 22, 4; 25, 1 y 9; 27, 6 y 9; 30, 17; 32, 2; 36, 3; 37, 5; 38, 3, 4 y 6; 39, 1, 3 y 4; 40, 1; 41, 8; 42, 2; 43, 10; 44, 13; 45, 2.
- romano(s), XXVI 1, 3 y 12; 2, 10 y 11; 4, 2, 3 y 9; 5, 5, 7, 11 y 14; 6, 4, 5 y 9; 7, 5-7; 9, 8; 11, 7; 12, 1, 5, 12-14, 16 y 18; 13, 2-5, 13 y 15; 14, 2, 6, 7 y 9; 16, 8 y 13; 17, 1, 6, 14 y 16; 18, 1; 20, 7; 21, 11, 15 y 16; 24, 2, 3, 7, 8 y 10-14; 25, 4; 26, 3; 27, 11 y 12; 28, 13; 29, 10; 30, 1, 2, 6 y 7; 31, 1 y 3; 32, 2-4; 33, 3, 8, 10 y 12; 34, 3 y 7-9; 35, 4; 36, 4; 37,

1, 2, 5, 7 y 8; 38, 1 y 5; 39, 1, 7, 10, 11, 15, 17, 18, 21 y 23; 40, 4, 8, 10 y 14; 41, 5, 11, 12, 15, 17 y 18; 42, 9; 44, 2 y 3; 45, 9; 46, 1; 47, 2; 49, 5, 8 y 14; 50, 7. XXVII 1, 7, 10 y 13-15; 2, 5, 6, 9 y 11; 3, 9; 4, 6; 5, 5-7 y 15; 6, 15 y 19; 8, 16-17; 9, 3, 5-7 y 9-12; 10, 4, 9 y 10; 12, 12, 14 y 16; 14, 2, 3, 11 y 14; 16, 1 y 10; 17, 2, 3 y 15; 18, 3, 4, 7, 8 y 20; 19, 10; 20, 4 y 8; 21, 3 y 9; 22, 11; 26, 6, 7 y 9; 28, 7, 9 y 17; 29, 5 y 8; 30, 2, 10, 11, 13 y 16; 31, 2, 3 y 10; 32, 3-5; 33, 11; 35, 4; 36, 8; 37, 6; 41, 1, 2, 4 y 5; 42, 8, 9 y 11; 43, 2 y 11; 47, 5 y 7; 48, 8, 10 y 13; 49, 4 y 7; 51, 4. XXVIII 1, 2; 2, 3 y 5-7; 3, 4 y 16; 4, 5 y 7; 5, 1 y 4; 6, 4 y 12; 7, 4, 5, 10, 14 y 18; 8, 13; 10, 5; 11, 4; 12, 1 y 12; 13, 1, 5, 9 y 10; 14, 1, 2, 4, 5 y 9; 15, 1, 10 y 11; 16, 3; 17, 8; 18, 6, 8 y 10; 19, 8; 20, 1, 2, 5 y 11; 22, 2 y 3; 23, 3; 24, 4, 5 y 10; 27, 14; 28, 4, 6, 9, 11 y 12; 29, 2; 30, 4 y 11; 31, 4; 32, 6; 33, 9; 34, 2, 4, 7, 8 y 10; 35, 9, 11 y 13; 36, 5 y 8; 37, 6 y 10; 41, 15; 42, 3, 4, 10, 15 y 21; 43, 11; 44, 5, 7, 12, 13 y 15; 45, 16 y 20; 46, 5 y 15. XXIX 1, 10, 20, 21, 23 y 24; 2, 3, 4, 6, 12, 13, 16

y 17; 3, 3, 8, 11 y 12; 4, 2, 7 y 8; 5, 5-7; 6, 3, 4, 13, 16 y 17; 7, 3, 7 y 8; 8, 2, 4, 6 y 7; 10, 6; 11, 2, 4 y 5; 12, 1, 3, 4, 6-9 y 12-14; 15, 3, 6, 9, 10 y 13; 16, 7; 17, 7 y 11; 19, 6 y 11; 21, 7 y 9; 22, 5; 23, 2 y 9; 24, 3 y 12; 26, 1 y 4; 27, 2 y 4; 28, 1, 5, 8 y 10; 29, 4; 30, 9; 33, 9; 34, 6, 9 y 13; 35, 11; 36, 5; 37, 5 y 13. XXX 1, 11; 3, 5-7; 4, 4, 8 y 9; 6, 3; 7, 2 y 6; 8, 5 y 7; 9, 1; 10, 1, 10, 16, 17 y 21; 11, 4 y 9; 12, 14, 16 y 17; 13, 3, 5 y 10; 14, 9 y 10; 15, 5 y 12; 16, 4, 7 y 9; 18, 7 y 14; 19, 5; 20, 3; 22, 2 y 3; 23, 2; 24, 11; 25, 1, 4, 6 y 10; 28, 1 y 5-7; 29, 2; 30, 3-5 y 8; 31, 1; 32, 3 y 6; 33, 9, 12 y 16; 34, 1-3 y 13; 35, 6; 37, 2-4; 38, 3; 40, 1 y 5; 42, 2, 5, 8-10, 16, 17 y 19; 43, 8, 9 y 13; 44, 7 y 12.

Rostros, XXVII 50, 9.

Rulo, véase Máximo.

Ruselas, XXVIII 45, 18.

Rusucmón, XXX 10, 9.

sabatino(s), XXVI 33, 12; 34, 6.

sabino(s), XXVIII 45, 19.

saguntino(s), XXVIII 39, 1, 9-10, 17-18 y 21. XXX 21, 3; 22, 2.

Sagunto, XXVI 20, 6. XXVIII 39, 11-13, 17 y 18. XXX 31, 4.

Salapia, XXVI 38, 6, 11 y 14.

XXVII 1, 1 y 5; 28, 5.

salapitano(s), XXVII 28, 6 y 12.

Saleca, XXIX 34, 6; 35, 4.

Salentino, XXVII 40, 13.

salentino(s), XXVII 15, 4; 22, 2;
36, 13; 40, 10 y 11.

Salinátor, véase Livio.

Salud, XXVIII 11, 4.

Samnio, XXVI 11, 11; 12, 2.

XXVII 1, 15; 2, 4.

samnita(s), XXVI 13, 4; 41, 10.

XXVII 1, 1; 43, 5. XXVIII
28, 4.

Sapriorte, XXVI 39, 6.

Satícula, XXVII 10, 7.

satricano(s), XXVI 33, 10.
XXVIII 11, 2.

Sátrico, XXVIII 11, 2.

Saturnales, XXX 36, 8.

Savón, XXVIII 46, 10.

Secia, XXVI 8, 10. XXVII 9, 7.
XXIX 14, 3; 15, 5.

sedetano(s), XXVIII 24, 4; 31,
7. XXIX 1, 26.

Sempronio Bleso, Gayo (tr. pl.
en 211), XXVI 2, 7. XXVII 6,
1. Sempronio, XXVI 3, 9.
Bleso, XXVI 3, 7.

Sempronio Graco, Tiberio (cón-
sul en 215 y 213), XXIX 38,
7. Tiberio Sempronio, XXVI
2, 9 y 10. Graco, XXVIII 28,
12. Sempronio Longo, Tibe-
rio (cónsul 218; hijo de Ga-

yo), XXVII 6, 16. Tiberio
Sempronio, XXX 44, 2.

Sempronio Longo, Tiberio (cón-
sul en 194; hijo de Tiberio),
XXVII 6, 15-16.

Sempronio Tuditano, Marco,
XXVI 48, 7 y 9. Marco Sem-
pronio, XXVI 48, 13.

Sempronio Tuditano, Publio
(cónsul en 204), XXVII 11, 7,
(8), (9) y (15); 36, 6. XXIX 11,
10; (13, 8); (15, 5); (36, 5 y 6);
(37, 1); (38, 1). Publio Sem-
pronio, XXVI 1, 5. XXIX 12,
2, 9, 11, 13 y 16; 13, 1; 36, 4
y 8. XXX 1, 3; 27, 7. Sempro-
nio, XXVII 11, 10-12. XXIX
12, 5; 13, 1; 36, 8.

Sena, XXVII 38, 4; 46, 4.

Sepio Lesio, XXVI 6, 13 y
(14-15); (12, 8). Lesio, XXVI
6, 17; 13, 1.

Sergio, Lucio, XXX 25, 1.

Sergio, Marco, XXIX 6, 9. Ser-
gio, XXIX 9, 2.

Servilio (Cepión), Gayo, XXX
19, 7 y 9.

Servilio Cepión, Gneo (cónsul en
203), XXVIII 10, 6; 38, 11.
XXIX 38, 3. Gneo Servilio,
XXVIII 38, 13; 46, 6 y 13.
XXX 1, 1; 19, 10; 24, 1. Ce-
pión, XXX 1, 8.

Servilio Gémino, Gayo (cónsul
en 203), XXIX 38, 3. XXX

- 39, 4; (40, 4). Gayo Servilio, XXVII 6, 15; 21, 9; 33, 7; (35, 1); 36, 8; (37, 9). XXVIII 10, 3, 9, 13 y 16; 45, 8. XXX 1, 1; 19, 6; 23, 1; 26, 12; 27, 6. Servilio, XXVII 21, 10. Gémino, XXX 1, 8.
- Servilio (Gémino), Gneo (cónsul en 217), XXVII 6, 7; 33, 8.
- Servilio Gémino, Marco (cónsul en 202), XXIX 38, 8. XXX 26, 1. Marco Servilio, XXVI 23, 7. XXX 24, 4; 27, 1 y 5; 38, 6; 39, 4; 41, 3.
- Sextilio Fregelano, Marco, XXVII 10, 3.
- Sextio, Marco, XXX 27, 7; 40, 16.
- Sextio Sabino, Marco, XXX 26, 11.
- Síbaris, XXVI 39, 7.
- Sicilia, XXVI 1, 6, 7, 9 y 12; 2, 14; 20, 7; 21, 1, 12, 14 y 15; 22, 13; 23, 2; 24, 2; 26, 8; 28, 3, 10 y 11; 29, 1 y 3; 35, 10; 37, 2; 39, 1; 40, 1, 4, 11, 14 y 18; 41, 12, 14 y 15. XXVII 4, 3; 5, 3, 4, 9, 13 y 18; 7, 9, 12, 13 y 15; 8, 13; 9, 1; 11, 14; 12, 5; 22, 3, 8 y 9; 25, 11; 26, 3; 28, 13; 29, 4 y 7; 36, 11 y 12; 38, 12; 40, 4. XXVIII 4, 5 y 6; 10, 9, 13 y 16; 11, 8; 28, 6; 38, 12 y 13; 41, 17; 43, 20 y 21; 44, 13; 45, 8; 46, 1. XXIX 1, 1, 3 y 18; 3, 8; 4, 3 y 4; 5, 1; 13, 2 y 6; 17, 12; 18, 4; 19, 9; 20, 4 y 11; 22, 12; 23, 7; 24, 10; 25, 4; 26, 1, 7 y 8; 29, 3; 35, 1 y 8; 36, 1. XXX 1, 9; 2, 1 y 2; 3, 2; 24, 1 y 6; 27, 8; 30, 7 y 25; 31, 4; 38, 5 y 6; 40, 5, 12 y 15; 41, 2 y 6; 44, 13; 45, 1.
- siciliano(s), XXVI 26, 6 y 7; 27, 16; 29, 2 y 4-6; 30, 1; 31, 11; 32, 1, 5, 7 y 8; 33, 4; 35, 1 y 4; 40, 12 y 15. XXVII 5, 4; 8, 15; 35, 4. XXIX 1, 5, 10 y 14.
- Sición, XXVII 31, 1; 32, 2.
- sidicino(s), XXVI 9, 2; 15, 7.
- Sifax, XXVII 4, 5 y (6-7). XXVIII 17, 4, 10 y (15); 18, 1, 4, 6, 8 y 12; 42, 7 y 9; 44, 7. XXIX 3, 14; 4, 4 y 8; 23, 2 y (3-6); 24, (1, 2, 4) y 6; (28, 7); 29, 13; 30, 5, 6, 8 y 10; 31, 1, 3, 7, 8 y 12; 32, (3, 10) y 14; 33, 1, 2, 4 y 5; 34, 2; 35, 9 y 10. XXX 3, 4-6; 4, 1, (2), 4, 6, 9 y 12; 5, 4, (6) y (9); 7, 3, 7, 8 y 13; 8, 1, 6 y 9; 9, 1; 11, 2 y 8; 12, 1, 3, 7, (8), 11, 13, 15, 21 y 22; 13, 1, 2, (8), 9 y 14; 14, 7, 8 y (10); 15, 14; 16, 1 y 2; 17, 1, (2) y 8; 28, 3 y 11; 30, 14; 36, 7; 40, 3; 44, 12; 45, 4 y (5).
- Signia, XXVII 10, 7.
- Sila, véase Cornelio.
- Sila el Afortunado, XXX 45, 6.
- Silano, véase Junio.

- Sileno, XXVI 49, 3.
 Silpia, XXVIII 12, 14.
 Sintia, XXVI 25, 3.
 Sinuesa, XXVII 11, 2 y 4; 37, 5; 38, 4.
 Siracusa, XXVI 21, 7, 8, 10 y 11; 24, 2; 29, 2; 30, 6-9 y 12; 31, 2, 7 y 9; 32, 2, 4, 6 y 8; 40, 1; 41, 15. XXVII 16, 7. XXVIII 43, 21. XXIX 1, 13 y 15; 6, 8; 9, 8; 22, 1; 24, 1.
 siracusano(s), XXVI 21, 9 y 11; 30, 5-7; 31, 4 y 11. XXIX 1, 17; 19, 12.
 Sirte, XXIX 33, 8.
 Sofonisba, XXX 12, 11 y 22; 15, 2, 3 y 6.
 Sópatro, XXX 26, 3; 43, 4 y 6.
 Sora, XXVII 9, 7. XXIX 15, 5.
 Sosis, XXVI 21, 9, (10) y 11; 30, 6; 31, 4.
 Suberto, XXVI 23, 5.
 Sucrón, XXVIII 24, 5; 26, 5; 28, 7; 29, 12. XXIX 19, 13.
 Suesa, XXVI 9, 2. XXVII 9, 7. XXIX 15, 5.
 suesetano(s), XXVIII 24, 4.
 Suésula, XXVI 5, 8.
 Sulmona, XXVI 11, 11.
 Sulpicio Galba, Gayo (pretor en 211), XXX 39, 6. Gayo Sulpicio, XXVI 1, 9.
 Sulpicio Galba, Publio (cónsul en 211 y 200), XXVI 1, 1 y (11); (2, 5; 7, 2; 10, 2 y 5; 11, 1; 18, 4). XXVIII (5, 18; 6, 12). XXX (24, 4). Publio Sulpicio, XXVI 26, 4; 28, 9. XXVII 7, 15; 10, 12; 22, 10; 30, 2; 31, 1; 33, 5. XXVIII 5, 1. XXX 24, 3; 26, 12. Sulpicio, XXVI 22, 1; 28, 4. XXVII 32, 2; 33, 4. XXVIII 5, 19; 6, 7 y 8; 7, 4 y 11; 8, 3. XXIX 12, 2.
 Sulpicio Galba, Servio, XXVII 21, 9. XXIX 11, 3. XXX 26, 10.
 Sunio, XXVIII 8, 11.
 Sutrio, XXVI 34, 10. XXVII 9, 7. XXIX 15, 5.
 Tajo, XXVII 19, 1.
 Taneto, XXX 19, 7.
 Tapso, XXIX 30, 5.
 tarentino(s), XXVI 20, 9 y 10; 39, 6, 10, 15 y 17. XXVII 9, 10; 15, 9; 16, 1, 6 y 8; 25, 1 y 2; 35, 4; 40, 12.
 Tarento, XXVI 5, 1; 12, 14; 20, 7; 37, 3 y 6; 39, 1, 6, 11, 15, 20 y 23. XXVII 3, 8-9; 7, 7 y 15; 8, 19; 10, 13; 12, 2; 15, 4, 9 y 11; 16, 6, 9, 10, 12 y 15; 20, 9; 21, 8; 22, 2, 3 y 9; 25, 2-5 y 11; 26, 4-6; 29, 3 y 6; 33, 7; 35, 2 y 14; 36, 13; 38, 8; 43, 2. XXVIII 10, 15. XXIX 13, 6.
 Tarquinius, XXVI 3, 12. XXVII 4, 14. XXVIII 45, 15.

- Tarracina, XXVII 4, 13.
XXVIII 11, 2. XXIX 14, 3 y 5.
- tarraconense(s), XXVI 45, 7.
- Tarragona, XXVI 17, 2; 19, 12; 20, 1 y 4; 41, 1 y 2; 51, 9 y 10. XXVII 7, 1; 17, 6 y 8; 20, 3. XXVIII 4, 4; 13, 4; 16, 10 y 15; 17, 11; 19, 4; 34, 12; 35, 12; 42, 3 y 4.
- Táurea, véase Vibelio.
- Teano, XXVI 14, 9; 15, 7.
- Tebas (de Ftiótide), XXVIII 7, 12.
- Terencio Culeón, Quinto, XXX 43, 11; 45, 5.
- Terencio Varrón, Gayo (cónsul en 216), XXVII 24, 1; 35, 2. XXX 26, 4. Gayo Terencio, XXVII 24, 5, 6 y 8; 36, 13. XXVIII 10, 11. Varrón, XXVI 3, 2.
- Termópilas, XXVIII 5, 8; 7, 3.
- Tesalia, XXVI 25, 4-5. XXVII 30, 7; 32, 11.
- tesalio(s), XXIX 12, 14.
- Tiber, XXVI 19, 11; 34, 8 y 10. XXIX 14, 11. XXX 38, 10.
- Tiberio, véase Sempronio.
- Tibur, XXX 45, 4.
- Tiendas Nuevas, XXVI 27, 2.
- Tifata, XXVI 5, 4.
- Tinete, XXX 9, 10; 16, 1; 36, 6, 7 y 9.
- Tiseo, XXVIII 5, 17.
- Titronio, XXVIII 7, 13.
- Tolomeo, XXVII 4, 10; 30, 4. XXVIII 7, 13.
- Tracia, XXVI 25, 6 y 9.
- tracio(s), XXVI 24, 9. XXVIII 5, 7.
- Trales, XXVII 32, 4.
- Trasimeno, XXVI 41, 11. XXVII 6, 7; 12, 11; 40, 3. XXX 20, 9; 30, 12.
- Trebelio, Quinto, XXVI 48, 6 y 13.
- Trebia, XXVI 41, 11. XXVII 39, 14.
- Tremelio Flaco, Gneo, XXIX 11, 3. XXX 26, 11. Gneo Tremelio, XXX 27, 8; 41, 2.
- Trifulia, XXVIII 8, 6.
- Tronio, XXVIII 7, 9, 11 y 13.
- Tuliano, XXIX 22, 10.
- Turdetania, XXVIII 39, 11.
- turdetano(s), XXVIII 15, 14.
- túrdulo(s), XXVIII 39, 8.
- turino(s), XXVI 39, 18. XXVII 26, 5.
- Turios, XXVII 1, 14.
- Túsculo, XXVI 9, 12. XXVII 4, 11.
- Tucia, XXVI 11, 8.
- Umbria, XXVII 43, 8; 50, 6. XXVIII 45, 19.
- umbro(s), XXVIII 10, 5; 27, 5; 28, 4; 29, 7.
- Útica, XXVII 5, 8. XXVIII 4, 5. XXIX 28, 11; 34, 3; 35, 6, 11 y 12. XXX 3, 3; 4, 10 y 11; 7,

- 4; 8, 1; 9, 6, 7 y 10; 10, 1; 25, 5; 36, 2, 3 y 6.
- uticense(s), XXVIII 4, 5. XXIX 35, 9.
- Valerio Anciate (Lucio, historiador), XXVI 49, 3 y 5. XXX 3, 6; 19, 11; 29, 7. Valerio, XXVIII 46, 14. XXIX 35, 2.
- Valerio Faltón, Marco, XXIX 11, 3 y 8. XXX 26, 6; 40, 5; 41, 1.
- Valerio Flaco, Gayo, XXVII 8, 4, (8) y (10). Gayo Flaco, XXVII 8, 5.
- (Valerio) Flaco, Lucio, XXVII 8, 5.
- Valerio Flaco, Publio (cónsul en 227); XXVI 8, 6.
- Valerio Levino, Marco (cónsul en 210), XXVI 22, 12; 24, 1, (5) y (7); (26, 5, 7, 9 y 11; 27, 13 y 17; 28, 3 y 5; 29, 2 y 6-9; 32, 1; 35, 3, 4 y 7; 36, 9, 10 y 12; 40, 15). XXVII (5, 14-18); 7, 9 y 16; (8, 16); 22, 9; 34, 5 y 9. XXVIII 4, 5; 46, 13. XXIX 11, 3; 16, 1. XXX 23, 5. Marco Valerio, XXVI 1, 12; 22, 13; 28, 13. XXVII 5, 1; 7, 12; 29, 7. XXVIII 10, 16. XXIX 14, 5. Valerio, XXVII 4, 3. Levino, XXVI 22, 1; 24, 15-16; 26, 1 y 4; 27, 10 y 15; 28, 1; 29, 1; 30, 11; 32, 6; 36, 1; 40, 1, 13 y 18.
- XXVII 5, 10; 12, 4; 15, 5. XXX 23, 7.
- Valerio Mesala, Marco (cónsul en 226), XXVII 5, 1 y 15; 7, 3 y 16. Marco Valerio, XXVII 5, 8.
- Valor, XXVII 25, 7 y 9.
- Varrón, véase Terencio.
- Velabro, XXVII 37, 15.
- Velia, XXVI 39, 5.
- Vélitras, XXX 38, 8.
- Venus, XXIX 37, 2. Venus Eri-cina, XXX 38, 10.
- Venusia, XXVII 2, 10; 10, 7; 20, 10 y 12; 21, 3; 22, 2; 25, 10 y 12-13; 29, 1 y 4; 40, 13; 41, 2; 42, 14 y 16.
- Vermina, XXIX 33, 1, 2 y 8. XXX 36, 7 y (8); 40, 3.
- Vesta, XXVI 27, 4 y 14. XXVIII 11, 6 y 7.
- Vestia, véase Opia.
- Veturio Filón, Lucio (cónsul en 220), XXVII 6, 17. Lucio Veturio, XXVII 34, 6.
- Veturio Filón, Lucio (cónsul en 206), XXVI 33, 5. XXVII 6, 12; 7, 8; 22, 5; 51, 3 y (5). XXVIII (9, 20); 10, 8; (11, 8 y 11); 38, 6. XXIX 11, 9. XXX 38, 4; 40, 2. Lucio Veturio, XXVII 6, 18 y 19; 10, 12; 22, 6; 51, 6. XXVIII 9, 19; 10, 2; 11, 12; 45, 9; 46, 2.
- Veturio Filón, Tiberio, XXIX 38, 6.

- Veyos, XXVI 34, 10. XXVII 37, 1.
- Vía Latina, XXVI 8, 10; 9, 2.
- Vibelio, Décimo, XXVIII 28, 4.
- Vibelio, Táurea, XXVI 15, 11.
- Vibelio, XXVI 15, 13. Táurea, XXVI 16, 2-3.
- Vibio, XXVII 15, 3.
- Victoria, XXVI 23, 4. XXIX 14, 14.
- Vilio Tápulo, Publio, XXIX 38, 4. XXX 27, 8. Publio Vilio, XXIX 38, 8. XXX 1, 9; 41, 6.
- Vilio, XXX 2, 2.
- Virginio, Lucio, XXVII 43, 4.
- Virrio, Vibio, XXVI 13, 2; 14, 3. Virrio, XXVI 14, 1.
- Virtud, XXIX 11, 13.
- Volaterra, XXVIII 45, 15.
- volceyente(s), XXVII 15, 2.
- Volsinios, XXVII 23, 3.
- Volsón, véase Manlio.
- Volturmo (río), XXVI 5, 8; 6, 3; 7, 9; 8, 9; 9, 1 y 4; 13, 10; 34, 9.
- Voturia (centuria), XXVI 22, 2, 7 y 10-11.
- Vulcano, XXX 6, 9.
- Zacinto, XXVI 24, 15.
- Zama, XXX 29, 1 y 2.

ÍNDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
NOTA TEXTUAL	7
LIBRO XXVI	9
LIBRO XXVII	105
LIBRO XXVIII	203
LIBRO XXIX	295
LIBRO XXX	365
APÉNDICE HISTÓRICO-GEOGRÁFICO	443
ÍNDICE DE NOMBRES	525